

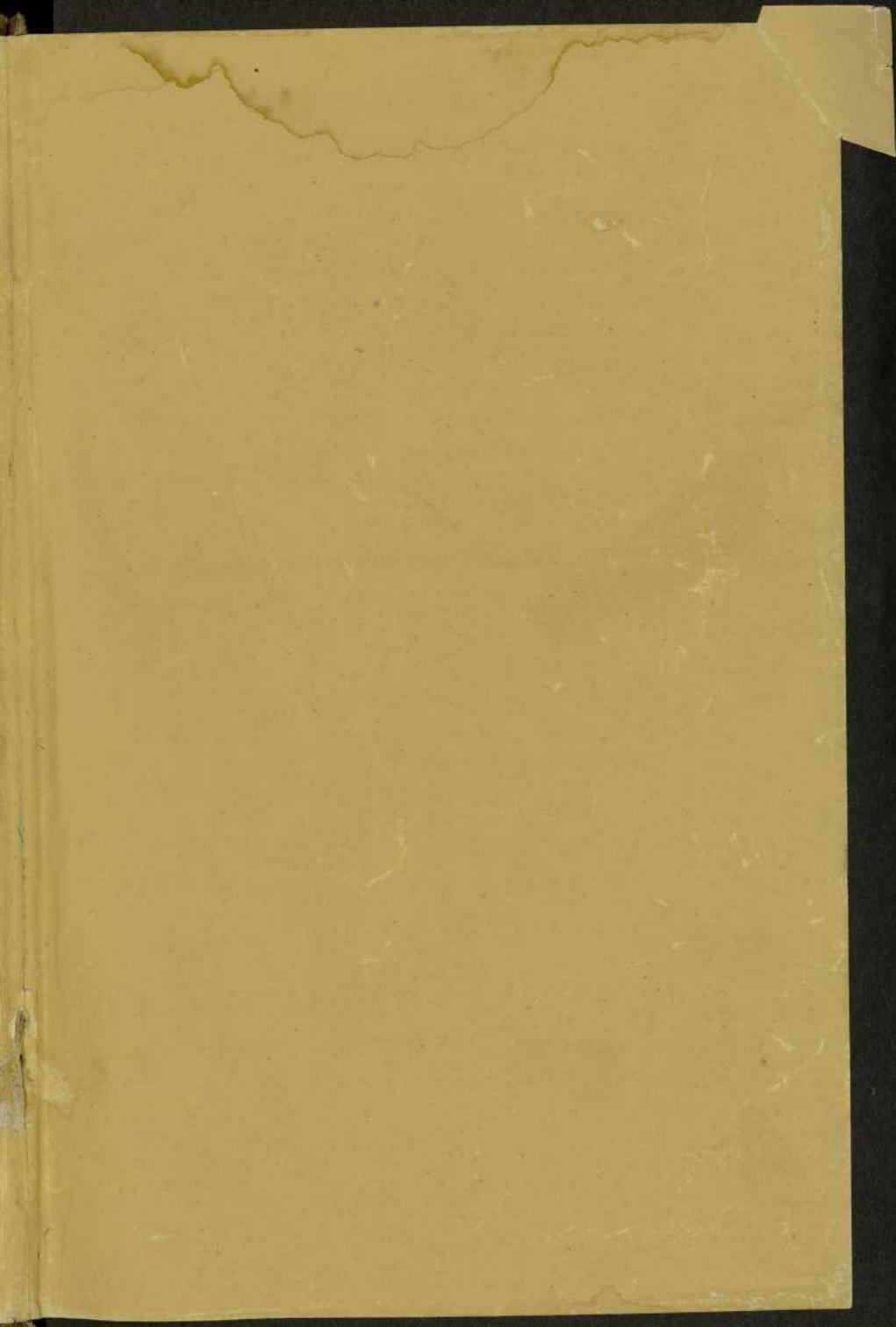


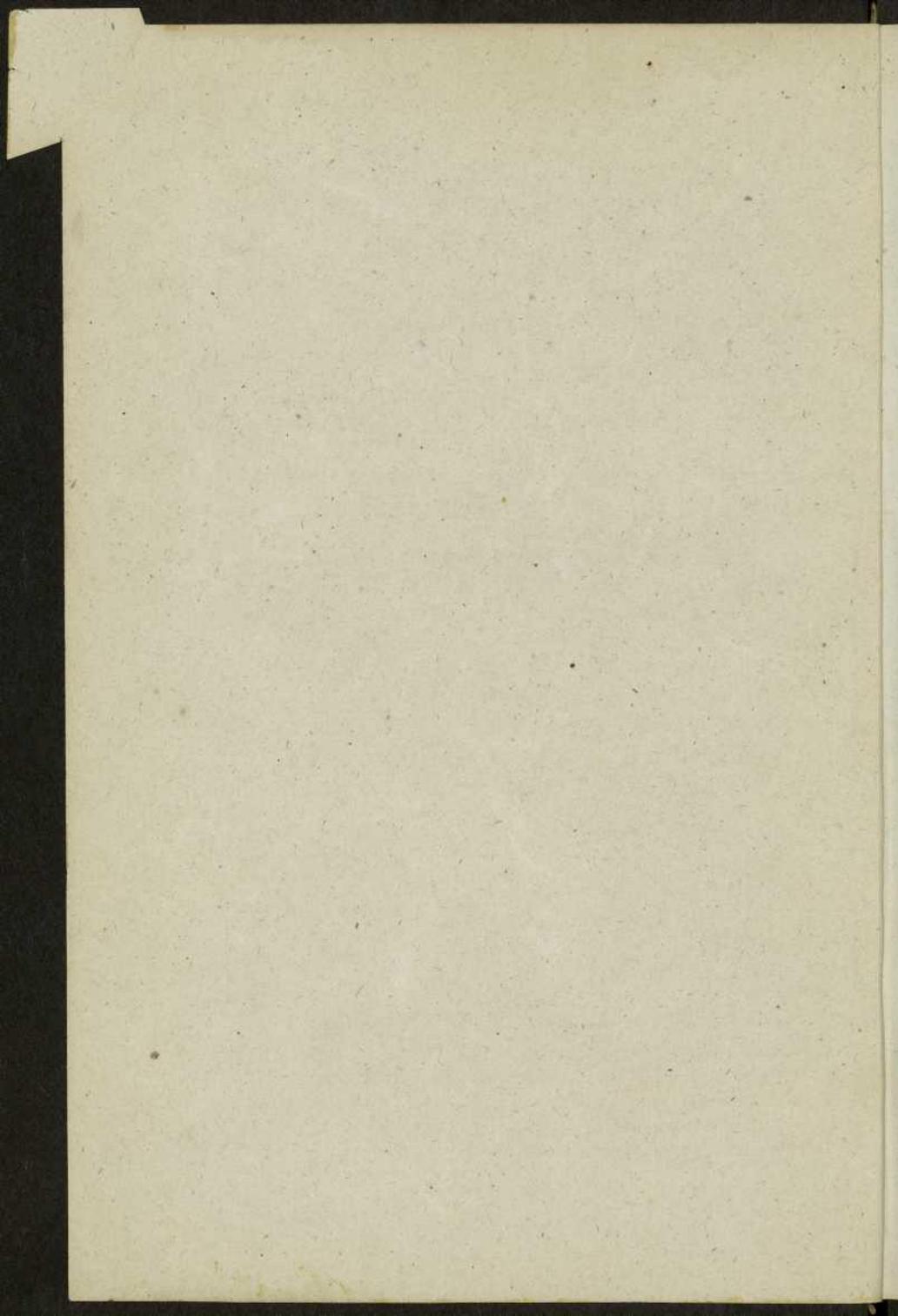
129

16129
~~8030~~

~~16129~~
16129

16129





LA MARAVILLA.

Administracion, calle de la Leona, n.º 4.—Barcelona.

Gran sociedad editorial

dirigida

POR D. MIGUEL DE RIALP.

Publica las mas grandes obras del saber humano en tomos de unas 400 páginas en 4.º, con primorosas láminas, y ricamente encuadrados á la suiza con mosaicos de oro y brillantes colores.

OBRAS PUBLICADAS.

Seccion Recreativa.

Seccion Instructiva.

Seccion Recreativa.		Seccion Instructiva.	
	Tomos		Tomos
Miguel de Cervantes.			
El ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha (segunda edicion) . . .	2	Malte Brun.	
Los trabajos de Persiles y Sigismunda —La Jitanilla.—Rinconete y Cortadillo	1	La Geografia universal (en prensa la segunda edicion)	2
Le Sage.			
Historia de Gil Blas de Santillana (en prensa la segunda edicion) . . .	2	J. A. Fleury.	
Walter Scott.			
Ivanhoe	1	Historia de Inglaterra, Escocia e Irlanda	3
Quinto Durward	1	Julio Zeller.	
Hob-Roy	1	Historia de Italia	2
Guy Mannering.—El oficial aventurero	2	Adolfo Garnier.	
Alejandro Dumas.			
Los Tres Mosqueteros (1.ª parte) . . .	2	La Moral social	1
Veinte años despues (2.ª parte) . . .	2	Fernando Scio.	
Vizconde de Bragelone (3.ª parte) . . .	6	Compendio de los libros históricos de la Santa Biblia	1
Fenimore Cooper.			
A Bordo y en Tierra (1.ª parte) . . .	1	Gullemin.	
Lucia Hardinge (2.ª parte)	1	Historia Antigua	2
La Bruja del Mar	1	V. Duruy.	
Paul de Feval.			
Los Amores de París	2	Historia Romana	2
Francisco de Quevedo.			
Obras selectas, criticas, satiricas y jocosas	1	Bouchot.	
José Zorrilla.			
Cantos del Trovador	1	Historia de Portugal	1
		Romey y Jacobs.	
		Historia de Rusia	2
		Michaud y Poujoulat.	
		Historia de las Cruzadas	1
		Teófilo Lavaleé.	
		Historia de Francia (en publicacion)	7

ATLAS GEOGRÁFICO UNIVERSAL.

Compuesto de 18 magníficos mapas iluminados.

LA SAGRADA BIBLIA

en latin y castellano, anotada por Scio de San Miguel, con setenta láminas: 10 tomos.

EN PUBLICACION.

Historia de los Soberanos Pontífices, por Artaud de Montor: de 12 á 14 tomos. Publicados, 6 tomos.

LA MANAVALIA

Administracion de la Manavalia de la Isla de Cuba

EDR D. MIGUEL DE RIAP

Historia de la Manavalia de la Isla de Cuba

Table with multiple columns containing chapter titles and page numbers, including sections like 'Descripcion de la Isla' and 'Historia de la Manavalia'.

LA MANAVALIA DE LA ISLA DE CUBA

HISTORIA
DE LOS
FRANCESES

desde la época de los galos hasta nuestros días.

TOMO VII.

HISTORIA

DE LAS

FRANCESAS

DE LA HISTORIA DE LAS FRANCESAS

HISTORIA

POR M. TEOFILO LAVALÉE

Traducción de la 4.ª edición

FRANCESAS

POR D. V. GERHARDT

El presente tratado, que Dios se gran

favorezca

TOMO PRIMERO

BARCELONA

LIBRERIA DE PLUS ULTRA

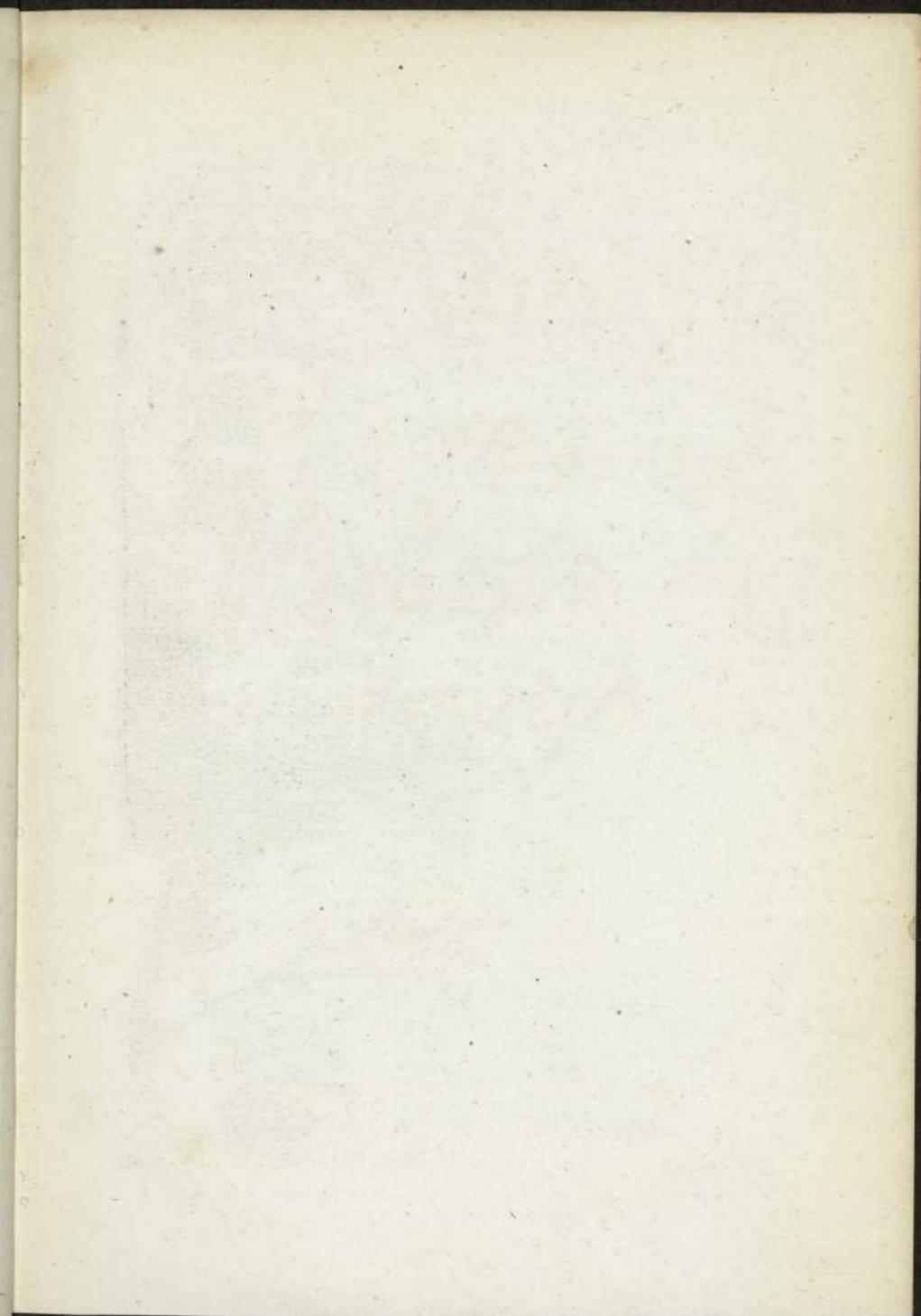
Calle del Centro, 45

MADRID

LIBRERIA DE SAN MARTÍN

Calle de la Victoria, 8

1833







HISTORIA
DE LOS
FRANCESES

DESDE LA ÉPOCA DE LOS GALOS HASTA NUESTROS DIAS,

POR M. TEÓFILO LAVALÉE

traducida de la última edicion

POR D. V. GEBHARDT.



El hombre marcha, pero Dios le guía.
FENELON.

TOMO SÉPTIMO.

MADRID
LIBRERÍA DE SAN MARTIN
calle de la Victoria, 9.

BARCELONA
LIBRERÍA DEL PLUS ULTRA
Rambla del Centro, 15.

1859.

HISTORIA

FRANCÉS

POUR M. TEOFILO LAVALLE

PAR D. V. GERHARDT

Imprenta de **LUIS TASSO**, en Barcelona.

calle Guardia, 15.

TOMO PRIMERO

BARCELONA

MADRID

LIBRERIA DE SAN MARTÍN, HERRERA & C^{IA} DE URTEGA

1820

HISTORIA

DE LOS

FRANCESES

DESDE LA ÉPOCA DE LOS GALOS HASTA NUESTROS DIAS.

TOMO SÉPTIMO.

CONTINUACION DEL LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO III.

Guerra de España.—Quinta coalicion.—Tratado de Viena.—Desde
7 de julio de 1807 á 14 de octubre de 1809.

§ I.—*Supresion del tribunado.—Organizacion de la nobleza, etc.*—
Marengo habia producido el concordato, la amnistía de los emi-
grados y la Legion de honor; Austerlitz, el sistema federativo,
los grandes feudos, y las sustituciones; Jena y Friedland fueron
seguidos de nuevos ataques contra las costumbres é institucio-
nes revolucionarias. El tribunado quedó suprimido (18 de setiem-
bre de 1807 «por no ver ya en el mecanismo público sino un re-
sorte inútil fuera de lugar y discordante,» y fué reemplazado en
la discusion de las leyes por tres comisiones del cuerpo legisla-
tivo, que constaban cada una de siete miembros y deliberaban
separadamente. Las sustituciones fueron introducidas en el Có-
digo civil, y con ello quedó destruido el principio de igualdad
que era su base; los senado consultos de 30 de marzo y de 14
de agosto de 1806, fueron completados por medio de un decreto

que restableció los títulos feudales (1.º de marzo de 1808), y organizó una nueva nobleza; los grandes dignatarios del imperio tuvieron el título de *príncipes*; los ministros, senadores, consejeros de Estado, presidentes del cuerpo legislativo y arzobispos, el de *condes*; los presidentes de los colegios electorales, los presidentes de los tribunales de casacion, de cuentas y de apelacion, los obispos, los alcaldes de las treinta y siete *buenas Ciudades*, el de *barones*, y los miembros de la Legion de honor el de *caballeros*. Estos títulos eran trasmisibles á los descendientes de varon en varon y por órden de primogenitura, con la condicion de instituir mayorazgos por el valor determinado por la ley, reservándose el emperador el otorgar los títulos que creyese conveniente á los funcionarios civiles y militares, que hubiesen prestado servicios al Estado. Desde aquel momento empezó su distribucion de dignidades, de escudos de armas, y de dotaciones usurpadas á países conquistados, y no solo sus mariscales fueron conocidos con los gloriosos nombres de sus victorias, sino que los jacobinos usaron los títulos feudales que tanto habian hollado y perseguido: Fouché se convirtió en duque de Otranto; Cambacérès, en duque de Parma; Monge, en conde de Pelusa, etc. (1). El ridículo se cebó en la nueva aristocracia; pero Napoleon no abandonó su empresa. «He creado, decía, diferentes títulos imperiales, á fin de impedir el restablecimiento de todo título feudal incompatible con las constituciones, de reconciliar á la nueva Francia con la Francia antigua, de favorecer la fusion de la antigua nobleza con el pueblo, y de colocar las instituciones de la Francia en armonía con las

(1) Los títulos dados desde 1808 á 1812 á los principales personajes del imperio, son los siguientes: Bertier, príncipe de Neufchatel y de Wagram; Talleyrand, príncipe de Benevento; Bernadotte, príncipe de Ponte Corvo; Davoust, príncipe de Eckmühl, duque de Auestaedt; Massena, príncipe de Essling, duque de Rivoli; Ney, príncipe de la Moskowa, duque de Eichingen; Cambacérès, duque de Parma; Lebrun, duque de Plasencia; Moncey duque de Conegliano; Augereau, duque de Castiglione; Soult, duque de Dalmacia; Lannes duque de Montebello; Mortier, duque de Trevisa; Bessiéres, duque de Istria; Victor, duque de Bellune; Kellermann, duque de Valmy; Lefebvre, duque de Dantzic; Marmont, duque de Ragusa; Junot, duque de Abrantes; Macdonald, duque de Tarento; Oudinot, duque de Reggio; Suchet, duque de Albufera, Duroc, duque de Frioul; Fouché, duque de Otranto; Clarke, duque de Feltre; Savary, duque de Rovigo; Caulaincourt, duque de Vicenza; Maret, duque de Bassano; Gaudin, duque de Gaeta; Champagny, duque de Cadore; Regnier, duque de Massa; Arrighi, duque de Padua.

demás de Europa.» Error craso, consecuencia de la idea política que le inspiraba desde el 18 de brumario, haciéndole transigir sin cesar con los enemigos de la revolución para acaptarse su apoyo! «Desde 1789 se había dicho varias veces, la nación francesa es la nobleza del género humano;» pero entonces cayó de su rango, al paso que se formó en su seno una aristocracia bastarda, sin conciencia, sin corazón y sin fe, dispuesta á sufrir todos los regímenes con tal de conservar sus riquezas, y cuya existencia es uno de los obstáculos que se oponen al porvenir de la Francia. La antigua nobleza, que se había resignado á la pérdida de sus títulos, y cuyas preocupaciones habían desaparecido, antes de dos generaciones se encontró resucitada, ridiculizó á los nobles de nueva creación, presentóse como la única y verdadera aristocracia, y se enorgulleció tanto más, cuanto que veía á los hombres de la revolución pavoneándose con el fausto del antiguo régimen. La creación de la nobleza imperial fué además para los extranjeros una nueva queja contra la revolución; el derecho que se arrogaba un soldado coronado de improvisar una nobleza con aventureros y advenedizos, era sin duda un acto más revolucionario que la creación de la monarquía imperial. «A pesar de todo, decía el ministro austriaco Stadion, el gobierno francés se encuentra en abierta oposición con todos los antiguos gobiernos.»

Las instituciones todas de aquella época, aunque excelentes en sí misma, llevaban impreso un sello antiliberal: así por ejemplo en la definitiva organización de la universidad, quedó totalmente destruida la libertad de enseñanza (17 de marzo de 1808), y la base de la educación fué «la fidelidad á la monarquía imperial, depositaria de los derechos del pueblo, y á la dinastía napoleónica, conservadora de la unidad de la Francia y de las ideas liberales proclamadas por la constitución;» en la redacción del código de procedimientos criminales, alteróse la constitución del jurado, y comprometióse la libertad individual, y finalmente se estableció el *tribunal de cuentas* para fiscalizar los ingresos y gastos del Estado (5 de noviembre de 1807), de los departamentos y de las municipalidades; pero no el tesoro extraordinario del emperador, procedente de las contribuciones de guerra, que ascendía ya á 400 millones. Esto no obstante, esas instituciones, y aun la de la

nobleza, atraieron á Napoleón un concierto de adulaciones; todo se olvidaba ante el acta de Tilsitt. La gran nación gobernaba el Occidente; su código, sus leyes, su administracion eran adoptadas por los demás estados, y la propaganda de nuestras ideas, de nuestras costumbres destruía en toda Europa el régimen feudal. El sistema imperial era despótico, pero era tan amante del progreso, era tan sagaz para descubrir el mérito que se perdonaba todo al hombre que quería «hacer de París la capital del universo, y de la Francia una verdadera novela.» «Durante las prolongadas ausencias del emperador, y mientras las tropas se hallaban en las fronteras, la Francia vivía tranquila en el interior; no era violada parte alguna de su territorio; las leyes eran observadas sin obstáculo ni esfuerzo, las contribuciones puntualmente pagadas, los caminos seguros, la administracion bien servida, y las masas adictas al emperador.»

§. II.—*Toma de Copenhague por los ingleses.—Asuntos de Turquia.—Conquista de Finlandia por los rusos.*—El bloqueo continental parecía haber triunfado en Tilsitt, la Inglaterra se sintió herida en el corazón por «el plan mas profundo y pernicioso que jamás se hubiese inventado para la gradual extincion de la Inglaterra;» pero si el plan era excelente, su ejecucion estaba llena de dificultades en cuanto suponía adhesion é inteligencia en cien millones de individuos que sufrían por un objeto confuso, incierto y lejano, que podía convertirse en quimérico, si todos los puntos no cooperasen con igual ardor á su realizacion. Era preciso que antes de seis meses el continente entero se conjurase contra Inglaterra: no eran posibles los neutrales.

La Gran Bretaña había previsto que Tilsitt seria ocasion de una gran liga marítima contra su poder, y resolvió prevenirla, atacando á los neutrales; en vano Alejandro le ofreció su mediacion; su respuesta fué enviar al Báltico una escuadra de veinte y tres navíos y de treinta y una fragatas ó corbetas, escoltando quinientos buques de transporte, en cuyo bordo había treinta mil hombres. Aquella expedicion iba dirigida contra un estado que se encontraba en paz con los ingleses, y que había logrado elevarse al primer lugar entre las naciones, por su dignidad moral y su cordura inalterable, al mismo tiempo que, sacrificándose noblemente por la libertad de los mares, se había negado siem-

pre á tomar parte en las coaliciones contra la Francia. La escuadra inglesa se presentó delante de Copenhage (8 de agosto de 1807), é intimó al príncipe regente que celebrara alianza con la Inglaterra y le entregara sus buques, «por la razon de que, no pudiendo la Dinamarca conservar su neutralidad, la Gran Bretaña se hallaba interesada en que las fuerzas de los neutrales no se empleasen contra ella.» El gobierno dinamarqués quedó asombrado al ver un ataque que nada hacia prever, pero apesar de no contar ni con un batallon formado, ni con un cañon puesto en batería, rechazó indignado la intimacion de los ingleses. Estos atacaron entonces la ciudad por mar y por tierra, y la bombardearon por espacio de seis dias; los daneses opusieron una resistencia heroica, pero viendo presa de las llamas sus principales edificios, y no teniendo esperanza de socorro, resolvieron capitular. Los ingleses se apoderaron de diez y ocho navíos, quince fragatas, seis bergantines y veinte y cinco chalupas cañoneras (7 de setiembre), formando un total de dos mil cañones; destruyeron los astilleros y arsenales, y se llevaron hasta la madera, el hierro y los cordajes.

Aquel acto de piratería coronaba dignamente los muchos con que la Inglaterra habia escandalizado al mundo. Los ministros ingleses se excusaron, diciendo «que los esfuerzos hechos por la Dinamarca para sostener el derecho de los neutrales probaban que era capaz de hacerlos otra vez, y que aquella expedicion al disminuir las fuerzas del enemigo, habia aumentado la seguridad de la Inglaterra.» El gobierno danés mandó prender á todos los súbditos ingleses, confiscó sus propiedades, prohibió toda relacion con la Inglaterra, y celebró con la Francia un tratado de alianza que no fué roto hasta la caída de Napoleon. La Rusia se mostró indignada por «un acto de violencia del que la historia no ofrecia ejemplo;» proclamó los principios de la neutralidad armada, declaró cesar toda relacion con la Inglaterra hasta que se hubiesen dado á la Dinamarca las satisfacciones necesarias, é hizo ejecutar con extremado rigor los decretos del sistema continental. La Prusia y tambien el Austria siguieron el ejemplo de la Rusia; pero la Inglaterra no se intimidó: declaró que los puertos del continente de donde se hallase excluido el pabellon británico quedaban bloqueados, que se prohibia con ellos

toda comunicacion; que los buques de las potencias neutrales, amigas y aun aliadas, debian sujetarse, no solo á la visita de los cruceros ingleses, sino tambien á un arribo forzoso á Inglaterra, y á una imposicion arbitraria sobre su cargamento. Al tener noticia de esta nueva violencia, Napoleon dijo: «El buque que se sòmeta á la visita é imposicion de los ingleses, queda *desnacionalizado*, se convierte en propiedad inglesa, y es declarado de buena presa» (13 de diciembre de 1807). Creia que el acto de Copenhague sublevaria á la Europa entera contra la Inglaterra; pero ni el Austria, ni la Prusia eran sinceras; en Rusia, solo el czar pertenecia al partido francés, y debe tenerse además en cuenta que la paz de Tilsitt solo era para él un acto necesario para realizar sus proyectos sobre la Turquía y la Suecia.

El imperio otomano se hallaba otra vez entregado á la anarquía: Selim que quiso destruir la milicia de los jenízaros, habia sido depuesto y reemplazado por su sobrino Mustafá (29 de mayo). La influencia francesa desapareció en Constantinopla, y firmado el tratado de Tilsitt consideraron los turcos la mediacion propuesta por la Francia como un pérfido abandono, y firmaron un armisticio con los rusos que continuaron ocupando la Valaquía y la Moldavia. Napoleon pidió la evacuacion de ambas provincias, mas Alejandro se negó á ello: «Si las evacuase, dijo, ¿cómo justificaria á los ojos de los rusos la alianza francesa?» Napoleon no se atrevió á insistir, pues en efecto el tratado de Tilsitt habia excitado tan violenta oposicion entre la aristocracia rusa, que el czar se veia abiertamente amenazado con la suerte de su padre; pero consideró aquella ocupacion como interina, y á despecho de sus promesas de Tilsitt, rechazó toda idea de desmembracion del imperio otomano: «Debemos aplazar la ruina de ese imperio, dijo, hasta el momento en que la division de sus vastas posesiones podrá hacerse sin temor de que la Inglaterra usurpe, adquiriendo el Egipto y las islas, sus mas ricos despojos.» Finalmente, para acallar las instancias de Alejandro, le excitó á librarse de «su enemigo geográfico,» atacando á la Suecia.

Gustavo IV persistia en la temeraria política que debia cansar la paciencia de sus súbditos y derribarle del trono. En el mismo momento en que firmaba la Rusia la paz de Tilsitt, habia principiado otra vez las hostilidades contra la Francia, viéndo-

se despojar por el ejército de Brune, de Stralsund, de Rugen y de la Pomerania (3 de julio de 1807). Después del desastre de Copenhague, Alejandro intimó á su antiguo aliado que se adhiriera al sistema continental, y en vista de su negativa envió cincuenta mil hombres á Finlandia. En vez de concentrar sus fuerzas en aquella provincia, Gustavo quiso conquistar la Noruega (21 de febrero de 1808), y Napoleon envió en auxilio de los daneses treinta mil hombres mandados por Bernadotte. Durante este tiempo los Rusos conquistaron la Finlandia, y Alejandro reunió á su imperio aquella provincia, que formaba la tercera parte de la monarquía sueca; desde aquel momento, el sistema continental iba á ser ejecutado en todo el Norte, y Napoleon, sacrificando la Suecia á la Rusia, quedaba libre de extenderlo á Italia y España.

§. III. — *Contiendas entre el papa y Napoleon. — Ocupacion de Roma.* — La armonía entre el papa y el emperador no habia sido de larga duracion. Pio VII se arrepentia del concordato que le habia grangeado la acusacion de *jacobinismo*, y pedia en vano la restitucion de las Legaciones, arrebatadas á su predecesor, mientras que Napoleon, sin asentimiento del papa, habia alterado en Italia los límites diocesanos, suprimido conventos, é introducido el concordato. Durante la campaña de 1805, el emperador pidió al Papa que cerrase sus puertos á los ingleses y á los rusos, «pues sus enemigos debian ser los de la Santa Sede,» y mandó ocupar Ancona. Pio VII se quejó de semejante atentado contra su independencia, y Napoleon le contestó (13 de febrero de 1806): «Me considero como el protector de la Santa Sede, y he ocupado Ancona con este título.... Vuestra Santidad, es soberana de Roma, pero yo soy su emperador.—El Sumo Pontífice, respondió el Papa, no ha reconocido jamás ni reconoce poder superior al suyo. Ningun emperador tiene derechos sobre Roma; el emperador de Roma ya no existe.» Y persistió en su neutralidad, diciendo que «el vicario de Jesucristo debia hallarse en paz con todos, sin hacer distincion entre católicos y herejes.» La contienda se animó: el emperador no podia admitir la neutralidad de un soberano, cuyo predecesor habia formado parte de la coalicion contra la Francia, y que podia abrir á los ingleses una puerta para entrar en los reinos de Nápoles y de Italia; mas no dejaba de ser peligroso

atacar á un anciano, en el que se confundía una doble existencia de príncipe y de pontífice, y que solo contestaba á las razones políticas con palabras de abnegacion cristiana. Sin embargo, cansado de una resistencia que creía inspirada por las sugerencias del Austria, le envió el siguiente *ultimatum*: «Se celebrará una alianza ofensiva y defensiva entre el Papa y los reyes de Italia y de Nápoles contra los ingleses y los turcos; el Papa se adherirá al bloqueo continental: en caso de que sea inminente un desembarco inglés en Italia, las tropas francesas ocuparán las fortalezas romanas; el Papa reconocerá á José por rey de Nápoles; la tercera parte del colegio de cardenales será francesa; el concordato será admitido en las provincias italianas.» Pio VII solo quiso obligarse á cerrar sus puertos á los ingleses, y pidió que se abrieran negociaciones sobre los demás puntos. Napoleon habria debido contentarse con esta concesion: la prudencia hubiera debido aconsejarle, no empeñar la lucha con un adversario que peleaba con armas espirituales; pero desconociendo que la verdadera grandeza habria consistido en humillarse ante quien le habia consagrado, é impulsado por las necesidades de su política, el emperador mandó ocupar Roma por un cuerpo de ejército (2 de febrero de 1808), y declaró reunidas al reino de Italia las tres provincias de Urbino, Ancona y Camerino. Las tropas pontificias fueron incorporadas al ejército francés; los cardenales fueron presos y conducidos á sus diócesis; el gobierno romano quedó desorganizado, y el Papa, considerado desde entonces como prisionero, se halló privado de toda autoridad. Semejante conducta era mezquina, impolítica y odiosa; la opinion pública se pronunció por el Papa, viendo en él al débil que se atrevia á resistir al poderoso; el vencedor de los reyes habia encontrado á un enemigo á quien no podía herir ni derribar. Pio VII mostró en la lucha una resignacion angélica, mezclada con la mas obstinada energía, mientras que Napoleon manifestó alternativamente violencia y moderacion, accesos de cólera y vacilaciones que, por ser tan contrarias á su carácter, revelaban la confusion en que se hallaba. Aquel fué el principio de su decadencia moral, la que debia continuar con la aplicacion de su sistema dinástico á la España. La resistencia de un anciano sacerdote, y la resistencia de un pueblo, en el momento en que los reyes se hallaban

prosternados delante de su trono, debian imprimir al coloso el primer sacudimiento.

§. IV.—*Situacion de la peninsula Ibérica.—Conquista de Portugal.*—La España, encadenada á los destinos de la Francia por la política de Luis XIV, habia permanecido adicta á la alianza francesa aun despues de haber desaparecido los Borbones del trono de San Luis, sin que las ideas de esta parte de los Pirineos hubiesen logrado penetrar en aquella comarca; las reformas administrativas de Carlos III eran los únicos progresos en ella realizados, y la España parecia encontrarse sumida aun en las tinieblas de la edad media. Las clases acomodadas no carecian de ilustracion, pero sí de poder, y el pueblo enérgico, sobrio, indiferente, dotado de cierta exaltacion caballeresca, era el único de Europa que hubiese conservado costumbres originales, y una poderosa individualidad; su vida se deslizaba gustosa bajo el régimen de los monjes, bajo el cual creia obedecer solo á Dios; amaba con pasion el culto de sus padres, idolatraba su patria, y se sentia poseido de confianza en sí mismo y de odio hácia el extranjero.

Carlos IV, que gobernaba la nacion española, habia abandonado el gobierno á su ministro y favorito, D. Manuel Godoy, principe de la Paz, odiado por el pueblo que le veia dócil instrumento de la voluntad de la Francia, cuya alianza solo le habia traído desastres y calamidades. El ministro, empero, se habia aliado con la Francia mas por temor que por afecto, hasta que seducido por la Inglaterra, inquieto por la deposicion de los Borbones de Nápoles, alarmado por la ruina en que veia la hacienda y las escuadras españolas, adhirióse en secreto á la coalicion; y cuando Napoleon fué atacado por la Prusia, publicó una proclama excitando á los españoles á levantarse en masa contra un enemigo cuyo nombre no expresaba (5 de octubre de 1806). Al tener noticia de la batalla de Jena, el favorito tembló, se humilló, y no logró bienquistarse con el emperador, sino enviando al grande ejército un contingente de catorce mil hombres, que formó parte del cuerpo de Bernadotte.

Napoleon no podia contar con la alianza española, y sin ella se frustraba todo su sistema continental; la Francia, al marchar á Alemania, quedaba con su retaguardia descubierta, y la política por la cual tantos sacrificios habia hecho la antigua monarquía,

se encontraba arruinada. El emperador resolvió por lo tanto hacer á la península para siempre francesa, ya por medio de una reforma política, ya por medio de la deposición de su dinastía, ya en fin incorporando á la Francia las provincias del Ebro, y cediendo en cambio el Portugal á la España. «Esto era lo mas que podía desear, decia algun tiempo despues, para afianzar mi dominacion hasta el centro de la monarquía, colocarla bajo mi absoluta dependencia, y romper para siempre los lazos que unen á la Inglaterra con el Portugal y con la España.» En virtud pues de lo pactado en Tilsitt, intimó al príncipe regente de Portugal, vasallo del gabinete de Lóndres, que se adhiciese completamente al sistema continental; deseoso de ganar tiempo, y por consejo del embajador británico, el príncipe se obligó á cerrar sus puertos á los ingleses, mas luego estrechó su alianza con la Gran Bretaña, y se dispuso para huir al Brasil. Napoleon resolvió entonces destronar á la casa de Braganza, y comprometiendo á la España en tan inicua empresa, hízole celebrar un tratado por el cual veinte y cinco mil franceses debían conquistar el Portugal, en union con veinte y cuatro mil españoles, y sostenidos en caso necesario por cuarenta mil hombres que se reunirían en los Pirineos (27 de octubre de 1807). El Portugal debía ser dividido en tres secciones: el norte debía darse al joven rey de Etruria, el cual cedería la Toscana á la Francia; el mediodía erigirse en reino para Godoy, y el centro permanecer en secuestro.

Junot, al frente de veinte y cinco mil reclutas de la última quinta, pasó el Bidasoa (18 de octubre), atravesó la España, y llegó á la frontera de Portugal, sin que la corte de Lisboa tuviese noticia de su marcha. En vez de seguir el camino real de Ciudad Rodrigo, harto largo para su impaciencia, lanzóse entre las fragosidades de Sierra Estrella, que forman las orillas del Tajo, en un país árido y desierto, sin víveres, sin municiones, detenido á cada paso por torrentes y montañas, cubriendo su camino de rezagados y enfermos. Su marcha sembró el terror en Lisboa: la corte declaró la guerra á la Gran Bretaña, y consintió en todas las exigencias de la Francia; pero en aquel momento llegó una escuadra inglesa para hacer bajo otras formas lo mismo que en Copenhague, es decir, apoderarse de la marina y de las colonias portuguesas, obligando á la corte á fugarse al Brasil. Todo se

preparó para la partida, y cuando Junot, acelerando su atrevida carrera, llegó sin aliento á las puertas de Lisboa, seguido de mil quinientos hombres haraposos, extenuados y hambrientos, hacía á la vela la escuadra portuguesa, llevándose á la familia real y á quince mil nobles. Junot penetró sin resistencia en aquella ciudad de doscientos mil habitantes que contaba con doce mil hombres de guarnicion; se apoderó del gobierno, reorganizó su ejército, licenció las tropas portuguesas, y ocupó el centro del reino, mientras que las divisiones españolas se dirigian á los Algarbes y al Duero. Todo se sometió sin resistencia ante aquel puñado de imberbes reclutas, á quienes escudaba la gloria de los vencedores de Friedland; tal era el terror que inspiraba el nombre de Napoleon y el de sus soldados.

§. V.—*Entrada de los franceses en España.—Abdicacion de Carlos IV.*—Mientras esto sucedia turbaban la corte de España funestas divisiones; Fernando, hijo primogénito de Carlos IV, era objeto de las persecuciones del favorito que le mantenía apartado de los negocios, tanto como del amor del pueblo á causa de sus infortunios y del odio que á los franceses profesaba. El príncipe formó el proyecto de derribar á Godoy y de apoderarse del gobierno, para lo cual escribió una carta al emperador, solicitando su proteccion y una esposa de su familia; pero instruido Carlos IV de sus designios é impulsado por Godoy, le mandó prender (30 de octubre de 1807), le acusó de haber atentado contra su corona, y escribió al emperador para que le auxiliase «en revocar la ley que llamaba á Fernando al trono.» Su enojo, empero, no fué de larga duracion, y luego que el príncipe hubo confesado la conjuracion y revelado el nombre de sus cómplices, le concedió su perdon; mas el emperador que se veia el árbitro entre el padre y el hijo, resolvió aprovecharse de sus disensiones para la realizacion de sus designios.

En tanto se habia reunido en Bayona un segundo ejército de veinte y ocho mil hombres al mando de Dupont, y entrando en España como para sostener á Junot, tomó posicion en el Duero (21 de noviembre). Un tercer ejército de igual fuerza, á las órdenes de Moncey, siguió al segundo, y se estableció en las provincias Vascongadas (9 de enero de 1808; otro de diez mil hombres, mandado por Duhesme, entró en Cataluña (9 de febrero);

reunió en Bayona otro, á las órdenes de Bessieres, y finalmente dirigiéronse á los Pirineos nuevas divisiones, y se decretó una quinta de ochenta mil hombres. Tales medidas sembraron la agitación en España, pero Godoy no se atrevió á pedir explicaciones, y recomendando á los gobernadores de ciudades y provincias «que evitasen todo choque con los aliados:» ceguedad que aprovecharon los franceses para apoderarse por astucia de Figueras, de Barcelona, de Pamplona, de San Sebastián, etc., con el pretexto de amenazar al Portugal y á Gibraltar, dominaron el Bidasoa y el Tajo, penetraron en las plazas, se apoderaron de los arsenales, convirtieron los conventos en cuarteles, y con sus disposiciones, su actitud y su arrogancia, manifestaron el destino que á la península preparaban. Murat fué nombrado general en jefe de los ejércitos franceses en España.

Napoleon declaró á la corte de Madrid (1.º de marzo) «que el estado de Europa exigia la reunion al imperio francés de las provincias situadas entre los Pirineos y el Ebro, en cambio de las cuales le ofrecia el Portugal » Esto era destruir el tratado de 27 de octubre, cuya cláusula principal habia recibido ya ejecucion, en cuanto la reina de Etruria habia sido despojada de su reino, incorporándose este al imperio francés; era además, convertir la España en una provincia de la Francia, puesto que los países del Ebro son el baluarte de la península, así por la fragosidad de su suelo como por la importancia de sus plazas y la belicosa índole de sus habitantes; era, en fin, hollar indignamente cuanto hay sagrado entre los pueblos. La corte de Madrid quedó estupefacta; Godoy que no disponia de medio alguno para resistir, consintió en un principio en tan vergonzosa cesion; mas habiendo recibido luego numerosos avisos de que el objeto de Napoleon era destronar á los Borbones, decidió al rey y á la reina á retirarse á América, obedeciendo en esto, segun se asegura, las órdenes del emperador. En Aranjuez, donde se hallaba la corte, hiciéronse los preparativos de la marcha, excitando la noticia extraordinaria fermentacion; los partidarios de Fernando quisieron impedir el viaje, y estalló una sublevacion: las tropas y el pueblo rodearon el palacio, y el rey se vió obligado á revocar sus órdenes de marcha y á destituir á Godoy (18 de marzo de 1808). La casa del favorito fué saqueada, y su persona solo de-

bió su salvacion al socorro de Fernando; preso al fin y encarcelado, no por esto cesó el tumulto; el pueblo pedia la cabeza de Godoy, y el anciano rey, asustado y no viendo otro medio de salvar á su *pobre amigo*, abdicó en favor de su hijo. La España se creyó salvada y recibió aquella nueva con los mayores transportes de alegría.

Al saber aquellos acontecimientos, Murat marchó á Madrid con los cuerpos de Dupont y de Moncey, y fué recibido en la ciudad sin desconfianza (23 de marzo), creyendo que sostendria la elevacion del nuevo rey. Fernando llegó el dia siguiente, siendo acogido con un entusiasmo frenético que revelaba el ardor nacional de aquel pueblo, y solicitó al instante el reconocimiento de Napoleon, proponiendo estrechar por medio de un enlace la alianza de la España con la Francia. Sin embargo, el anciano rey entregó á Murat una protesta contra su abdicacion, la que segun decia, le habia sido arrancada por la fuerza, y al mismo tiempo escribió una carta al emperador, acusando á su hijo de haber atentado á sus dias, denunciándole como enemigo de la Francia, y pidiendo retirarse á la otra parte de los Pirineos con la reina y su *único amigo*. Murat se mantuvo neutral, entre ambos reyes, tomó á Carlos bajo su proteccion, y esperó las órdenes del emperador, el cual no acertaba á tomar un partido. «Me hallaba preparado para algunas modificaciones, escribia á Murat en una carta notable en extremo; pero por lo que hasta ahora ha sucedido, veo que toman un giro del todo distinto de lo que creia... Seria un error suponer que basta mostrar nuestras tropas para someter á la España; tenemos que habérnoslas con un pueblo nuevo, animado de todo el valor, de todo el entusiasmo que se encuentran en los hombres á quienes no han gastado las pasiones políticas.... Debo ejercer un gran acto de protectorado, decidiendo la contienda entre el padre y el hijo? Creo muy difícil hacer reinar á Carlos IV: su gobierno y su favorito se hallan de tal modo desacreditados que no podian sostenerse durante tres meses. Fernando es enemigo de la Francia, y solo por esto ha sido proclamado; sentarle en el trono, seria alentar á las facciones que desde hace veinte y cinco años descan la humillacion de la Francia...» Y terminaba diciéndole que se portara de modo que los españoles no pudiesen sospechar el partido que adoptaria: «Esto os será difícil, decia, pues ni yo mismo lo sé.»

§. VI.—*Carlos IV y Fernando VII ceden sus derechos á Napoleon.—José rey de España.*—Napoleon quiso dirigir por sí mismo asunto tan complicado, y partió para Bayona; con este motivo díjose en España que llegaría hasta Madrid, y los amigos de Fernando y el general Savary, que habia sido enviado cerca de su persona, le aconsejaron salir al encuentro del emperador, á quien debia encontrar, segun decian, en Burgos ó en Vitoria. Fernando se hallaba convencido de que no podía reinar sin la proteccion del emperador, y temia que se le anticipase su padre que se disponia para marchar á Francia; partió pues (10 de abril de 1808), á pesar de las advertencias de los que se indignaban de que el rey de tan gran monarquía envileciese su dignidad hasta el punto de mendigar el reconocimiento de un soberano extranjero; y llegado á Vitoria, escribió al emperador, suplicándole que calmara la inquietud de sus súbditos reconociéndole como rey. La contestacion que obtuvo fué tan franca como dura, y Napoleon le declaró no poder reconocerle hasta tanto que se le demostrase haber sido del todo espontánea la abdicacion de Carlos IV; pero á pesar de esta carta, á pesar de que el pueblo acudia armado al camino para detener sus pasos, Fernando resolvió marchar á Bayona «para convencer por sí mismo al emperador.» Este se sorprendió de su llegada (20 de abril); pero al ver en su poder al vástago de Luis XIV, su incertidumbre cesó: «Jamás podré contar con la España, dijo, mientras los Borbones ocupen el trono.» Por orden suya, Savary exigió á Fernando su renuncia á la corona de España, recibiendo la Toscana en indemnizacion; Fernando se negó á ello con firme entereza, y el emperador le mandó á decir que se decidiese antes de la llegada de su padre, de quien obtendria cuántas concesiones desease: » al mismo tiempo hizo publicar la protesta y la suplicante carta de Carlos, mas Fernando persistió en su negativa. En aquel entonces llegaron á Bayona el anciano rey y su esposa, siendo recibidos con todos los honores reales, y no pudieron contener su alegría al encontrar allí á su *pobre amigo*, que acababa de ser libertado por Murat y enviado á Francia (30 de abril). El favorito era el instrumento de que pretendia servirse el emperador para obtener la renuncia de los Borbones: entonces empezaron una serie de intrigas y entrevistas en las que Carlos IV quiso obligar á su hijo á renun-

ciar á la corona « que habia usurpado:» Fernando quiso hacer concesiones, y exigió la reunion de las cortes, cuando una sublevacion popular precipitó los acontecimientos.

Los españoles se hallaban irritados por la marcha de la familia real, por la libertad dada á Godoy, y por la pérvida invasion de los franceses. Madrid se sublevó al grito de patria; trabóse en las calles un horrible combate, y aunque Murat logra vencer á la rebelion (2 de mayo), los cañonazos de Madrid hallaron eco en la Península toda, y la España dió principio á la serie de heróicos esfuerzos, de miserables convulsiones y de anárquicos motines en que se agita hace cuarenta años.

La noticia de la sublevacion dió motivo á una escena horrible entre Carlos IV, la reina, Fernando y Napoleon; el anciano rey y su esposa exigieron á su hijo su abdicacion. «Jamás reconoceré por rey de España, dijo Napoleon, al que ha ordenado el asesinato de mis soldados. No tengo mas compromiso que con el rey vuestro padre, y voy á conducirle á Madrid.—A mí! exclamó Carlos, ¿que haré en un país donde se han armado todas las pasiones contra mí?» Fernando nada contestó, y firmó su abdicacion (5 de mayo). Carlos celebró entonces con el emperador un tratado por el cual le cedió todos sus derechos al trono de España, y Fernando, su hermano Carlos y su tio Antonio, se adhirieron á él. Los príncipes publicaron una proclama excitando á los españoles á «esperar su felicidad de las prudentes disposiciones y del poder de Napoleon; «y se retiraron, Fernando, su hermano y su tio, á Valencey; Carlos, su esposa y Godoy, á Marsella.

A excitacion de Murat, y en virtud de las órdenes del emperador, la junta de gobierno que Fernando instituyera á su partida, pidió por rey á José Bonaparte. Napoleon accedió á ese forzado deseo, y convocó en Bayona una junta de Estado de ciento cincuenta diputados para redactar una constitucion (15 de junio). «Españoles: dijo en una proclama, despues de una larga agonía, vuestra nacion iba á perecer; he visto vuestros males, y he querido remediarlos. Vuestra monarquía es caduca, y mi mision es rejuvenecerla; mejoraré vuestras instituciones, y si me secundais, os haré gozar de los beneficios de una reforma sin desórdenes y sin convulsiones...» Esta era en efecto la mision del emperador, y es indudable que su dominacion reparadora hubiera

elevado á la España en pocos años al nivel de las sociedades europeas; mas el fin quedó desacreditado por los medios: la nación española rechazó al regenerador que se valia de la traicion para someterla; la Europa entera consideró la entrevista de Bayona como un lazo tendido á los Borbones para despojarse unos á otros en provecho de Napoleon; la Francia no reconoció en tan odiosas intrigas la política altiva y ambiciosa, pero franca y leal, de su emperador; preguntóse con qué derecho aceptaba la extraña donacion de Carlos IV, y qué utilidad le reportaría la elevacion de José Bonaparte. Luis XIV habia obrado cuerdamente uniendo la España á la Francia por medio de un lazo dinástico; así lo querian las exigencias del derecho público creado por el tratado de Westfalia; pero despues de la revolucion, los pactos de familia debian convertirse en pactos de los pueblos, y la alianza de la Francia con la España debia renovarse por medio de las ideas revolucionarias. El mismo Napoleon reconoció esta verdad: « Mi mayor falta, dijo, es haberme empeñado en destronar la dinastía de los Borbones. Carlos IV estaba desacreditado; habria podido dar una constitucion liberal á la nación española, y confiar su práctica á Fernando. Si la hubiese ejecutado de buena fe, la España habria prosperado, colocándose en armonía con nuestras nuevas costumbres; si hubiese faltado á sus promesas, los mismos españoles le habrian destronado. Quereis cargar sobre vos un trabajo de Hércules, me decía el primer consejero de ese príncipe, cuando lo que deberiais hacer es una niñada. He llevado ese asunto muy mal: la inmoralidad debió mostrarse harto patente, la injusticia harto cínica, y el atentado apareció en su vergonzosa desnudez, privado de todo lo grande y de los inmensos beneficios que mi plan llevaba consigo. La guerra de España fué una verdadera calamidad, y la causa primera de las desgracias de la Francia... La guerra de España fué mi perdicion (1). »

§. VII.—*Levantamiento de la España.*—José abdicó su pacífica corona de Nápoles, que fué conferida á Murat, y llegó á Bayona; algunas diputaciones españolas le colmaron de agasajos y de protestas de adhesion, y el mismo Fernando felicitó á *S. M. Católica* desde su retiro de Valencey. La junta de Estado adoptó la constitucion propuesta por el emperador, y José, despues de pres-

(1) Las Casas t. IV. p. 233.—O'Meara, t. II, p. 460.

tar juramento al nuevo código fundamental, partió para Madrid (9^o de julio de 1808).

Preciso fué que le abriese el camino el ejército francés; mientras los Borbones abandonaban su corona, el pueblo español rechazaba al rey extranjero que se le había dado desde tierra extraña, y tomaba las armas para destruir la constitucion y las reformas que se pretendia imponerle. Al difundirse la noticia de los acontecimientos de Madrid y de Bayona, estallaron sublevaciones en todas las provincias, en todas las ciudades (27 de mayo); los frailes dieron el impulso al pueblo, y este arrastró á la clase media y á la nobleza mejor dispuestas en favor del rey francés. Todas las tropas se sublevaron en nombre de Fernando VII y fraternizaron con los insurrectos; los estudiantes se alistaron en defensa de la libertad, y formaron «legiones de Bruto;» las autoridades que quisieron hablar de orden público fueron ultrajadas, varios generales y magistrados que intentaron contener y regularizar el movimiento fueron asesinados; los franceses que se hallaban en España fueron por todas partes entregados á la venganza popular: en Valencia, el pueblo acuchilló á trescientos cincuenta encerrados en la ciudadela. Frenéticas proclamas excitaban contra ellos los furoros del pueblo; no habia iglesia en que no se profiriese el grito de «¡Mueran los franceses!» Tan vasta, tan anárquica insurreccion habria llevado á su ruina á cualquier otra nacion, ó la habria hecho presa de sus mismos enemigos; pero adviértase que no hay país donde la vida municipal y el espíritu de localidad sean mas poderosos que en España, donde el terreno y las costumbres favorezcan tanto la guerra civil, donde la anarquía produzca menos fatales resultados: la España gusta de la vida aventurera; el contrabandista y el bandido son en ella personajes populares, y pasó ocho siglos guerreando con los árabes. En todas partes se establecieron con facilidad juntas de insurreccion, al mismo tiempo que se formaron reducidos ejércitos que combatian uno al lado de otro, sin lazo, sin plan general, pero que mantenian sublevado todo el territorio, se apoderaban de los convoyes, y aniquilaban á las partidas sueltas. La junta de Sevilla se declaró junta suprema, y declaró á la Francia una guerra á muerte hasta que los Borbones hubiesen sido restablecidos, y la nacion reintegrada en su independencia.

Aquel levantamiento tan universal, tan generoso, tan heroico fué la gloria y la desdicha de España; comunicó á las masas un poder exorbitante, una afición á los tumultos que es causa en el día del malestar de aquel país; suspendió toda reforma, aisló del gobierno á las clases letradas, alejó á la España del único país que podia comunicarle vida, para entregarla á un Estado del cual Gibraltar debía separarla para siempre, y que no vió en aquel gran movimiento nacional sino una salida para sus mercancías. La insurreccion española fué en efecto una fortuna para el poder británico y para los enemigos de la revolucion: la Inglaterra extenuada, abandonada por todos sus aliados, odiada por el incendio de Copenhague, no tenia mas recurso que celebrar la paz, cuando los sucesos de España cambiaron la situacion de Europa. La opinion pública se declaró contra Napoleon; la coalicion tuvo un nuevo campo de batalla á retaguardia del poderío francés; la Inglaterra para quien estaba cerrado el continente entero, vió abrirse ante sí los mercados de América, y por fin dióse al mundo un terrible ejemplo: un pueblo se levantaba contra la revolucion en nombre de la independencian nacional que la misma Francia habia mostrado á los pueblos, como el bien mas precioso. Por esto la Inglaterra recibió con trasportes de alegría, con aclamaciones de entusiasmo la insurreccion española, el ministerio celebró solemne alianza con las juntas, les envió, en menos de seis meses, setenta y seis millones en metálico, doscientos mil fusiles, y doscientos cañones, y preparó un ejército de desembarco.

§. VIII.—*Batalla de Medina de Rio Seco.—Capitulacion de Bailen.—Tratado de Cintra.*— Los franceses se hallaban empeñados en una guerra enteramente nueva; no debian vencer á gobiernos, sino someter á grandes masas; no se trataba de combinar acertadas maniobras, sino de ocupar un territorio entero. En vez de las risueñas aldeas, de los hermosos caminos, de los pacíficos pueblos de la Alemania, iban á encontrar «un caos de montañas donde se hallan á cada paso profundos desfiladeros en los que trescientos hombres bastarian para detener á un ejército; áridas llanuras, cuya uniformidad solo alteran la maleza y la retama; montes sin bosques que no atraen las nubes, y donde las lluvias solo engendran torrentes; hondanadas impracticables por sus aguas

en invierno, y por su fragosidad en verano; rios de escasa corriente, de descarnadas orillas, interceptados por barras y saltos multiplicados, en los que la navegacion casi es imposible, los vados peligrosos, y los puentes muy escasos; caminos que son desfiladeros ó pantanos; ciudades aisladas, edificadas en alturas ó encerradas en muros; aldeas distantes entre sí y semi-salvajes; habitantes altivos, sobrios y animosos; país muy propio para la guerra defensiva, y de conquista casi imposible; «gran cuerpo, que si carece de carnes, dice Suchet, tiene músculos y nervios.»

El ejército francés contaba apenas ochenta mil hombres, y se componia solo de reclutas; mal dirigido por Murat, diseminóse por todos lados, y dió infinitos combates sin el menor resultado. Bessieres, desde Burgos donde se hallaba establecido, dirigió diferentes cuerpos á Logroño, Palencia, Valladolid y Santander que abrieron el camino del Duero y de Asturias, sometieron las provincias Vascongadas, y ocuparon el camino desde Bayona á Madrid; pero los insurrectos, vencidos en Castilla, marcharon á reunirse con el ejército de Galicia, cuyo núcleo era formado por la division española que habia penetrado por el norte de Portugal. Treinta y cinco mil hombres, tropa de línea en su mayor parte, con cuarenta cañones y oficiales ingleses, intentaron establecerse entre Burgos y el Duero; Bessieres se dirigió á su encuentro con catorce mil hombres, hallóles en Medina de Río Seco, les puso en completa derrota, les causó una pérdida de doce mil hombres entre muertos y prisioneros, y persiguió á los fugitivos hasta el territorio de Galicia (14 de julio de 1808). Aquella victoria, que solo costó á los franceses doscientos hombres, permitió á José el verificar su entrada en Madrid.

En tanto, Lefebvre-Desnouettes, salido de Pamplona con seis mil hombres, marchaba contra Zaragoza, dispersaba á dos cuerpos de sublevados, y atacaba la ciudad que no pudo ser tomada sino despues de un sangriento sitio. Duhesme, deseoso de restablecer sus comunicaciones con la Francia, intentó apoderarse de Gerona; pero despues de sostener quince combates en un mes, debió regresar á Barcelona. Moncey marchó desde Madrid á Valencia con ocho mil hombres, arrolló á los sublevados hasta las montañas, y atacó la ciudad; rechazado repetidas veces, perdió

dos mil hombres, y se retiró á la Mancha. Dupont se habia dirigido desde Madrid á Cádiz con doce mil hombres, pero llegado á Andujar, encontró el país enteramente sublevado; esto no obstante forzó el paso del Guadalquivir, tomó á Córdoba por asalto, la entregó al saqueo (7 de junio), y detúvose luego para conservar su botín, segun dijo, lo que permitió al enemigo rehacerse y concentrar sus fuerzas. La junta de Sevilla reunió quince mil hombres de tropas, y treinta mil insurrectos junto con un gran material extraído de Cádiz, cuyo mando confirió á Castaños, auxiliado por el emigrado francés Coupigny y por el oficial suizo Reding. Dupont se replegó hácia Andujar, pues su ejército era diezariado por las enfermedades y por el furor de los habitantes; pero Murat le ordenó mantenerse en el Guadalquivir, y le envió la division Vedel, compuesta de diez mil hombres, que expulsó á los sublevados de la Mancha y de Sierra Morena. Sin embargo, al verse atacado por Castaños, y amenazado de ser envuelto por el vado de Mengibar, envió Vedel á Baylen para asegurar su retirada hácia Madrid, y se puso en marcha en tres columnas, seguido de gran número de carruajes. Llegado á Baylen no fué corta su sorpresa al encontrarse con el cuerpo de Reding; Vedel al saber que este habia vadeado el Guadalquivir en Mengibar, creyó que trataba de apoderarse de Despeña Perros y habia marchado á aquel punto; Reding ocupó el punto que abandonaba, y Dupont encontró cortado el paso. El combate era inevitable, y á pesar del calor y de la sed, los franceses combatieron por espacio de ocho horas (20 de junio), hasta el momento en que oyeron cañonazos á su espalda: Castaños llegaba de Andujar. Dupont, cogido entre dos fuegos, obtuvo una suspension de armas, y negociaba una capitulacion, cuando Vedel, atraído por el estrépito de la artillería, llegó al campo de batalla, atacó á Reding, y arrolló su primera línea. Dupont le dió órden de cesar el fuego por ir comprendido en la capitulacion que negociaba; Vedel quiso entonces retirarse, mas Dupont se lo prohibió. Finalmente, el héroe de Albeck firmó una capitulacion en campo raso; sus soldados quedaron prisioneros de guerra, y los de Vedel, despues de entregar sus armas, debian ser embarcados en buques españoles y conducidos á Francia. Diez y ocho mil franceses desfilaron ante el ejército español, y entregaron sus armas; sus mochilas fueron

vaciadas para descubrir los vasos sagrados robados en Córdoba, y solo se exceptuaron del registro los equipajes de los generales.

Tan grande acontecimiento llenó de justo orgullo á los españoles, que se creyeron los vengadores de la Europa; arrebató su prestigio á la bandera francesa; anunció que empezaba á agotarse la enérgica generacion que la época revolucionaria habia lanzado á los campos de batalla; alentó á los enemigos de la Francia, preparó la quinta coalicion, y fué una de las causas remotas de la caída del imperio. Napoleon supo la noticia con dolor, y en la roca de Santa Elena, deploraba todavía la ofensa sufrida por el honor francés, la única en veinte y cinco años de guerra! Sus resultados inmediatos fueron desastrosos: todas las fuerzas francesas se replegaron sobre Madrid; Desnouettes abandonó Zaragoza; Duhesme fué atacado en Barcelona; José evacuó su capital (1.º de agosto), y se retiró al Ebro, y Junot que se encontró aislado en Portugal, vióse obligado á abandonar su conquista.

El Portugal habia sido tratado como una tierra conquistada; habíasele impuesto una contribucion de guerra de 100 millones; sus tropas habian sido enviadas á Francia; sus insignias nacionales habian desaparecido. El dolor y la indignacion públicas habian llegado á su colmo, cuando estalló la sublevacion de la Península: los cuerpos españoles que habian entrado en Portugal con los franceses, marcharon á reunirse con sus compatriotas; los ingleses desembarcaron armas en la costa, los nobles y el clero excitaron al pueblo, y la insurreccion, empezada en Oporto (16 de junio), se propagó rápidamente por todo el reino, presentando igual carácter que la sublevacion española. Los franceses, diseminados y atacados por todas partes, dispérsaron á las bandas rebeldes, saquearon muchas poblaciones, y se concentraron en las plazas; pero un ejército inglés, mandado por sir Arturo Wellesley, despues duque de Wellington, desembarcó en la desembocadura del Mondego (2 de agosto), y Junot se halló entonces en posicion muy critica: con solo veinte y ocho mil hombres para ocupar un reino sublevado, con solo diez plazas fuertes y una capital, veia marchar contra Lisboa veinte y dos mil ingleses, que convenia aniquilar antes de que hubiesen recibido refuerzos y disciplinado las bandas portuguesas. Reunió pues

trece mil hombres, envió al encuentro de los ingleses la division Delaborde, que sostuvo en Roliza un glorioso combate contra fuerzas cuádruples, y dirigiéndose en persona contra Wellington, que habia tomado posicion en Vimeiro, le atacó, fué vencido, y se retiró á Torres Vedras (21 de agosto). No le quedaba otro recurso que evacuar el Portugal, pero imposible la retirada por la parte de España á consecuencia del desastre de Baylen, propuso un tratado de evacuacion, amenazando con destruir Lisboa en caso de que no consintiesen en trasladarle á Francia con su ejército, bagajes y artillería. El tratado se firmó en Cintra el dia 20 de agosto, y fué fielmente ejecutado: de los veinte y nueve mil hombres que habian sido enviados á Portugal, volvieron á Francia veinte y dos mil que fueron dirigidos al momento hácia los Pirineos.

§. IX.—*Armamentos del Austria.—Entrevista de Napoleon y de Alejandro en Erfurth.*—Napoleon veía cambiada su posicion por la guerra de España; habia suscitado á sus espaldas el peligro que la política de Luis XIV habia tan diestramente conjurado, y que él mismo procurara destruir, haciéndolo mil veces mas terrible que durante el gobierno regular de los reyes de España, y esto en una época en que la accion exterior de la Francia, no solo se extendia hasta el Rhin, sino hasta el Vístula. Por un momento pensó en abandonar sus planes «y entregar la España á sus propios furores;» pero semejante conducta hubiera equivalido á dejar libre el campo á los ingleses, á renunciar al bloqueo continental, y cerrar todo camino á la paz general. Entonces resolvió trasladarse allí en persona, seguido de su grande ejército, y conquistar la Península, mas para ello era preciso estar seguro de la Europa del norte y esta rebosaba odios y amenazas. Flessingue, Wesel, Cassel, Kehl, Parma, Plasencia y Toscana acababan de ser reunidas al imperio francés, y nadie sabia el término de tan continuas usurpaciones. El sistema federativo asustaba á los mismos aliados de la Francia; la dominacion de los mares por los ingleses era una tiranía menos inmediata que la del continente por los franceses, y los pueblos no acertaban á distinguir la legítima accion revolucionaria en aquellas conquistas, cuyos únicos beneficios eran contribuciones de guerra, quintas, y una ocupacion gravosa y humillante. La Alemania

era la que mas odiaba la dominacion francesa, y en ella se habian formado gran número de sociedades secretas, esencialmente revolucionarias y democráticas, que volvian contra la Francia las ideas que esta importara, y que en nombre de la patria y de la libertad, excitaban á los pueblos de la confederacion á sublevarse contra sus gobiernos, esclavos de la Francia. El ministro prusiano Stein, el duque de Brunswich-Oels, hijo del que hallara la muerte en Jena, el mayor prusiano Schill, el coronel de los guardias de Gerónimo, Dornberg, eran los directores de aquellas sociedades, donde se tomaba por modelo la insurreccion española. Los enemigos de la Francia habian conocido el lado vulnerable de Napoleon, y procuraban sublevar á los pueblos contra aquel que tanto habia solicitado la amistad de los reyes: los medios revolucionarios que la Francia habia empleado contra los gobiernos iban á ser empleados á su vez por los gobiernos contra ella, siendo la corte de Austria el alma de aquel movimiento, «el punto central de todos los odios reunidos contra la Francia, odios envidiosos de gabinete contra el poderío francés, odios de seculares dinastías contra la dinastía de una hora, odios de todas las medianías contra el genio, odios de la nobleza inmediata que deploraba sus ridículas soberanías, y de la nobleza feudal á quien heria Napoleon á cada momento en un punto ú otro de Europa (1).» Firme siempre en su política de perseverancia que le hace soñar en su engrandecimiento aun en medio de sus reveses, el Austria «habia preparado los medios para librarse del tratado de Presburgo, y recobrar su antiguo rango en el sistema político de Europa. Al saber los acontecimientos de la Península, creyó haber llegado el momento de obrar (2),» y resuelta á convertir á la Germania en otra España, apoyando aquella grande insurreccion con ejércitos regulares, introdujo en sus estados la quinta y la guardia nacional, preparó un ejército de doscientos mil hombres y trescientos mil hombres de landwher, renovó secretamente su alianza con la Inglaterra, negoció con la Prusia y la Rusia, inundó la Alemania con sus agentes y sus folletos, y envió por fin armas á España, al Tirol y á la Dalmacia. Napoleon recibió la noticia de tales preparativos, cuando se

(1) Bignon, t. VIII, p. 83.

(2) Schöell, t. IX, p. 223.

disponia á partir para España, y aunque se apresuró á pedir explicaciones, solo obtuvo protestas de amistad; no por esto dejó de ordenar á los príncipes de la Confederacion que reunieran sus contingentes; y seguro de la Prusia, ocupada por tropas francesas, pensó en colocar el Norte bajo la custodia de su amigo de Tilsitt, mientras realizase él su expedicion al Mediodía. Sin embargo, la alianza con la Rusia se habia entibiado mucho á causa de la cuestion otomana, acerca de la cual era Alejandro insaciable: «la Turquía es una herencia, decia, que debe corresponder á la Rusia á falta de herederos.» Y en efecto, agitado el imperio otomano por nuevas revoluciones, parecia próximo á su completa ruina; el visir Barayctar habia marchado contra Constantinopla con el ejército del Danubio, destronado á Mustafá, y colocado en su lugar á su hermano Mahmoud; pero atacado luego por los genzaros, incendió su propio palacio, y pereció entre sus escombros. Caulaincourt, embajador de Francia en Rusia, se esforzó «en convencer á Alejandro de la imposibilidad de dar á los rusos Constantinopla y los Dardanelos; dijo que con ello seria dueña la Rusia del comercio de Levante y aun del de la India; que podria llegar cuando quisiese á las puertas de Corfú, de Tolon,» etc. Alejandro contestó «que Constantinopla no seria para la Rusia mas que una ciudad de provincia en el extremo del imperio, que la geografia se la daba, que le era indispensable poseer la llave de la puerta de su casa (1),» etc.; y para arrancar de su aliado tan gran concesion, suplicaba, acariciaba, amenazaba; consentia todo, en la conquista de España, en la reunion de Roma al imperio, en el despojo de la Prusia; condenaba los armamentos del Austria, y le declaraba tener compromisos con la Francia; prometia cuanto se le pedia, y variaba el mapa del mundo. «Si el emperador y yo nos ponemos de acuerdo, decia, fuerza será que todos hagan lo mismo;» y al saber los reverses de los franceses en España, exclamó: «En cualquier circunstancia podeis contar con nosotros; el emperador puede disponer de nosotros cuando guste.» Jamas la ambicion rusa se habia mostrado tan franca y obstinada.

Napoleon, que ya no acertaba á dar una respuesta dilatoria,

(1) Bignon, t. VII, p. 425.

y queriendo conservar á toda costa la alianza rusa, resolvió hacer algunas concesiones respecto de la Turquía, aliado del cual creía no poder esperar la menor cosa, y propuso á Alejandro una entrevista, «en la cual los asuntos del mundo se arreglasen de modo que pudiese permanecer tranquilo por espacio de cuatro años sin mediar siquiera una explicacion.» Alejandro accedió á la proposicion, y ambos emperadores se dirigieron á Erfurth, donde permanecieron durante diez y ocho dias en la mayor intimidad en medio de una corte de soberanos. El rey de Prusia no asistió á las fiestas, en las que hubiera sido patente su humillacion: en aquella época acababa de celebrar con el emperador un tratado para la evacuacion de sus estados (8 de setiembre de 1808), y en él se fijó su deuda en ciento veinte millones, lo que aumentó las contribuciones pagadas por la Prusia durante dos años, ya en dinero, ya en especie, á seiscientos ochenta y cuatro millones; obligóse además á no mantener por espacio de diez años sino un ejército de cuarenta y dos mil hombres, y abandonó á los franceses las plazas de Stettin, Custring y Glogau hasta el completo pago de su deuda. El emperador de Austria deseaba encontrarse en Erfurth, pero su proposicion no fué aceptada; disimulando, empero la ofensa, envió á uno de sus ministros con una carta en la que protestaba de sus pacíficos proyectos, y Napoleon le dirigió una contestacion franca hasta ser dura, rogándole «que no pusiera otra vez en cuestion lo que habian decidido quince años de guerra.» El emperador mandó disolver los contingentes de la confederacion, y dió orden al grande ejército de regresar al Austria, pues si bien no confiaba en la sinceridad del Austria, contaba con la amistad de Alejandro, con el cual acababa de firmar una convencion secreta (12 de octubre de 1808) por medio de la que reconoció la posesion de la Finlandia, de la Moldavia y de la Valaquia, y se obligaba á no ensanchar las fronteras del ducado de Varsovia. ¡Fatal abandono de los tres verdaderos aliados de la Francia que condujo á Napoleon á Santa Helena! Alejandro reconoció en cambio las modificaciones introducidas en España y en Italia, y prometió aprontar ciento cincuenta mil hombres en caso de que el Austria declarase la guerra á la Francia. Ambos emperadores se obligaron á no negociar con la Inglaterra, á no ser que

reconociese el nuevo orden de cosas establecido en España y la anexión al imperio ruso de la Finlandia, la Moldavia y la Valaquía; escribieron en comun al rey Jorge III excitándole á poner fin á la guerra, pero recibieron por contestacion que la Inglaterra solo podia negociar sobre la base de que se restituyeran á los Borbones los reinos de España y de Nápoles. El gabinete británico no se alarmó por aquella íntima alianza de ambos emperadores; Alejandro habíale enviado un embajador «para comunicarle la secreta satisfaccion que habia experimentado al ver la habilidad de la Gran Bretaña, anticipándose y frustrando los proyectos de la Francia por medio de su ataque contra Copenhague.» El mismo enviado invitó á los ministros ingleses á comunicar francamente con el czar como con un príncipe «que, si bien obligado á ceder ante las circunstancias, era tan adicto como siempre á la causa de la independendencia europea.» Tal era el aliado á quien sacrificaba Napoleon la Suecia, la Polonia y la Turquía para que mantuviera la paz en el Norte, mientras que poniéndose él al frente de su ejército «coronaria á su hermano en Madrid, y clavaria sus águilas en los muros de Lisboa »

§. X.—*Napoleon entra en España.—Batallas de Burgos, de Espinosa y de Tudela.—Retirada de los ingleses.—Batalla de la Coruña.—Sitio de Zaragoza.—Operaciones en Cataluña.*—El grande ejército evacuó la Alemania, donde solo quedaron cincuenta mil hombres al mando de Davoust para custodiar las plazas del Oder, las ciudades anseáticas, Magdeburgo y el Hannover, y veinte y cuatro mil hombres en Francfort á las órdenes de Oudinot. Los demás cuerpos se dirigieron á los Pirineos, y el emperador, luego de haber obtenido del senado, servil como siempre, ochenta mil hombres de la quinta de 1810, y otros ochenta mil de las cuatro quintas anteriores, partió tambien para España.

Llegado á Vitoria, donde se encontraba José, púsose al frente del ejército francés, compuesto de cien mil hombres y de seis cuerpos, sin el ejército de Cataluña, que fué confiado á Gouvion Saint-Cyr (8 de noviembre de 1808). Los cuerpos de Moncey y de Ney formaban la izquierda; el cuerpo de Sault, la guardia y la reserva de caballería, el centro; los cuerpos de Victor y de Lefebvre, la derecha. La España se hallaba entregada á una espantosa anarquía: las juntas eran rivales entre sí, los generales in-

dependientes, y las operaciones confusas; pero el entusiasmo no había cesado, y hacia las veces de todo. La insurrección había aprontado ciento treinta y cinco mil hombres de tropas regulares, divididas en cuatro ejércitos, los cuales debían ser apoyados por cuarenta mil ingleses. El ejército de Aragón, compuesto de veinte mil hombres á las órdenes de Palafox, formaba la derecha con el ejército de Andalucía, compuesto de treinta y cinco mil hombres, y mandado por Castaños; el ejército de Extremadura, de veinte y cinco mil hombres, formaba el centro; y el de Galicia, mandado por Blake y compuesto de cuarenta y cinco mil hombres, formaba la izquierda. Esta pasó por Bilbao y Mondragon con objeto de salir á espaldas de Vitoria; el ejército de Extremadura ocupó Burgos, apoyado por los ingleses, y el de Castaños y Palafox se extendió desde Calahorra á Tudela. El movimiento de Blake fué paralizado por Lefebvre, quien venció sucesivamente á los gallegos en Durango y Guenes, rechazándoles á Espinosa; entonces Napoleon se dirigió á Burgos, seguido de su centro, derrotó y dispersó al ejército de Extremadura (10 de noviembre), y dirigió á Soult hácia Reynosa, al tiempo que Lefebvre y Victor atacaron á Blake en las montañas de Espinosa, le derrotaron completamente (11 de noviembre), le causaron una pérdida de diez mil hombres entre muertos y prisioneros, y persiguieron sus restos hasta Reynosa, donde fueron aniquilados por Soult. Lannes, que mandaba los cuerpos de Ney y de Moncey, marchó contra Palafox y Castaños, les venció en Tudela (23 de noviembre), y les habría destruído por completo, á no encontrarse Ney á una jornada de marcha. Al primer soplo de Napoleon habían desaparecido todos los ejércitos de la Península. «Los españoles no pueden mantenerse en línea, decia el boletín imperial; son fellahs de Egipto ó Beduinos del desierto.» Sin embargo, en España las batallas no decidían la cuestión como en Austria y en Prusia; el pueblo no deponía sus armas; la guerra de grandes maniobras no era la de los españoles, muchos en sorpresas y en los combates de guerrillas. La España se había convertido en una inmensa Vendée.

El emperador pasó el Duero en Aranda, y llegó al desfiladero de Somo Sierra, considerado como inexpugnable, que se hallaba defendido por doce mil hombres y diez y seis cañones;

la caballería ligera polaca escaló la montaña á galope, se apoderó de la posición y de las piezas, persiguiendo á los españoles hasta Buytrago (30 de noviembre). Los vencedores llegaron delante de Madrid, que se hallaba defendida por ocho mil soldados y cuarenta mil insurrectos; las calles estaban llenas de barricadas y atestadas de cañones; oíase sin cesar el toque de rebato; los nobles, el pueblo y el clero habían empuñado las armas, y su entusiasmo rayaba en delirio. Napoleon atacó la ciudad, se apoderó de las alturas del Retiro, intimó la rendición á los habitantes, y despues de dos dias de combates y de negociaciones, las autoridades lograron contener al pueblo y abrir las puertas de la villa (4 de diciembre). El emperador publicó una amnistía, y con la esperanza de crearse partidarios, abolió la Inquisición, los derechos feudales, las trabas impuestas á la industria, las barreras que existían entre las provincias, las dos terceras partes de los conventos, etc., medidas intempestivas que rechazaron los vencidos con indignación, y que convirtieron al emperador, instrumento de civilización, en el azote de la sociedad.

El ejército inglés, mandado por Moore, había llegado á Salamanca, cuando supo las derrotas de Espinosa y de Tudela, y aunque resuelto á retirarse, quiso antes derrotar á Soult, que había sido destacado para someter el principado de Asturias, y que se encontraba en Carrion con catorce mil hombres. Para conseguirlo se dirigió desde Toro á Mayorga, mientras que el cuerpo español de la Romana (1) se adelantaba desde Leon contra el ala derecha de Soult. Instruido Napoleon de aquel movimiento, resolvió marchar á retaguardia de los ingleses, y cerrarles los caminos de Galicia y de Portugal, y dejando en el Tajo los cuerpos de Victor y Lefebvre para observar los restos de los ejércitos de Extremadura y de Andalucía, salió de Madrid con la guardia, atravesó el Guadarrama en medio de una copiosa nevada, y pasó el Duero en Tordecillas. Moore había llegado

(1) El cuerpo de la Romana era el contingente enviado por Godoy al grande ejército; hallábase en las islas de Dinamarca cuando estalló la insurrección española, y poniéndose secretamente de acuerdo con la escuadra inglesa del Báltico, se embarcó y fué conducido á Galicia, donde fué recibido con grandes demostraciones de alegría.

á Palencia, pero al saber la marcha del emperador, huyó á Benavento, y de allí al camino de la Coruña; más perseguido de cerca por Napoleon, que se habia reunido con Soult en Astorga, abandonó sus heridos, incendió sus provisiones, mató sus caballos, y sacrificó su retaguardia. El emperador, que habia recibido malas noticias de Austria, regresó á Valladolid, confió á Soult la persecucion de los ingleses, y le ordenó arrojarles al mar sin darles tregua ni descanso. Moore llegó á la Coruña (3 de enero de 1809) despues de perder diez mil hombres, sus cañones y sus bagajes, pero los franceses iban á su alcance, y no encontró los buques en que debía embarcarse; mientras esperaba su llegada, formó en batalla delante de la plaza sus veinte y dos mil hombres, opuso una desesperada resistencia, y quedó muerto en el campo de batalla (10 de enero). En aquel momento llegó la escuadra, y los ingleses aprovecharon la noche para embarcarse; tres dias despues la Coruña capitula, el Ferrol siguió su ejemplo, y en breve quedó sometida toda la provincia.

Al mismo tiempo que los ingleses verificaban su retirada, Lefebvre derrotó en Almaraz á los restos del ejército de Extremadura, y Victor á los restos del ejército de Andalucía en Uclés, victorias que decidieron á José á regresar á Madrid (13 de enero). Lannes que habia tomado el mando de los cuerpos de Mortier y de Moncey, formando en todo treinta y dos mil hombres, atacó la ciudad de Zaragoza, que aunque defendida únicamente por un débil muro, tenia en su seno al ejército de Palafox y á treinta mil paisanos, frailes y campesinos, armados todos y poseidos de un entusiasmo, de un delirio tal, como la historia no ha visto jamás, ni aun en la época de la revolucion francesa. Ni el hambre, ni la peste, ni el bombardeo lograron que fuesen acatadas las intimaciones de los sitiadores, y la ciudad fué tomada por asalto (27 de enero); no por esto cesó la lucha; cada calle, cada casa, era una fortaleza, y durante veinte y cuatro dias fué preciso sitiirlas, y regar con sangre cada piso, cada aposento, cada piedra. Y finalmente, los franceses solo habian logrado apoderarse de una cuarta parte de la ciudad, cuando viendo los habitantes arruinada su ciudad y que llenaban las calles mas de treinta mil cadáveres, capitularon á discrecion, despues de un sitio de dos meses (21 de febrero).

Los catalanes mostraban igual heroísmo; setenta mil hombres sitiaban á Barcelona, donde Duhesme debía sostener continuos combates, cuando Gouvion Saint-Cyr llegó con treinta mil hombres, italianos casi todos; apoderóse de Rosas, y marchó hácia Barcelona, renunciando á apoderarse de Gerona y de Hostalrich ocupados por los españoles; forzó el paso del Tordera, derrotó en Llinás á cuarenta mil catalanes mandados por Valdés (4 de diciembre de 1808), y entró triunfante en Barcelona (16 de diciembre.) Los vencidos se reunieron en el Llobregat para cubrir Tarragona, pero sufrieron otras dos nuevas derrotas en Molins de Rey y en Valls.

§ XI.—*Quinta coalicion.*—Las armas francesas habian quedado victoriosas en todos los puntos de la Península; el valor disciplinado de los vencedores de Friedland habia triunfado del patriótico ardor de las masas españolas; los soldados británicos habian sido expulsados, y si Napoleon hubiese permanecido dos meses mas en España, el país se hubiera sometido al genio y á la fuerza, la Inglaterra habria quedado privada de su campo de batalla y de su último mercado; y el sistema continental habria recibido cumplida ejecucion en todos los puntos. Sin embargo, el Austria se sacrificó de nuevo para librar del apuro al poderío británico; á pesar de sus protestas, no habia cesado en sus armamentos, y 100 millones de subsidios ingleses la decidieron á aprovechar el momento en que Napoleon se encontraba en España con sus mejores tropas, «para abrir contra el conquistador la campaña de los pueblos y ahogarse con insurrecciones.» La nueva coalicion presentó un singular carácter: el Austria parecia ser la única potencia del continente que desafiase la cólera de Napoleon; pero segun decia «contaba con todas las naciones descontentas,» y se apoyaba de una parte en los intereses privados y mercantiles, perjudicados por el bloqueo continental, y de otra en la religion y en la moralidad, ofendidas por el cautiverio del Papa y la deposicion de los Borbones de España. Los tronos todos eran sus auxiliares; el gabinete prusiano debia declararse en su favor luego que hubiese desembarcado en el Hano-ver un ejército inglés de cuarenta mil hombres; Alejandro, apenas salido de Erfurth, le habia enviado un enemigo particular de la familia Bonaparte, Pozzo di Borgo, anunciándole que

«si sus primeros esfuerzos producian el resultado apetecido, la secundaria en la obra de libertar á la Europa occidental.» Finalmente, confiaba en el estado de la Francia y en las intrigas interiores, que tenian todo el aspecto de una conjuracion.

La opinion pública se habia pronunciado contra la inicua y sangrienta guerra de España, en la que no se veia un ataque contra la Inglaterra, sino una empresa de perfidia y de ambicion. En 1808 se habian llamado á las filas doscientos setenta mil reclutas, parte de los correspondientes al año 1810 militaban ya en los regimientos, y no habian sido aun licenciadas las clases anteriores. La Francia, cansada de victorias, lloraba á sus hijos sacrificados á un interés dinástico; las madres tenian las quintas en horror, la gendarmería se ocupaba exclusivamente en perseguir prófugos, y los prefectos, deseosos de bienquistarse con el gobierno, aumentaban los cupos de sus departamentos. Todo el mundo preguntaba cuándo terminaria la guerra: Austerlitz, Jena y Friedland nada habian decidido, y sin duda era preciso empezar de nuevo la serie de tantas victorias; las hostilidades eran implacables. Napoleon habia sido elegido para establecer la revolucion á la faz de la Europa, y la Europa, á pesar de cien derrotas, blandia aun las armas para combatirla: la paz era mas imposible con el imperio que con la república. Los descontentos reanimaban á los partidos vencidos; calculábase las probabilidades que podian causar la muerte del emperador; urdiábase intrigas para cambiar el gobierno en caso de que le hiriesen el puñal de un asesino ó una bala enemiga: en una palabra empezaba la reaccion contra el régimen imperial. Fouché y Talleyrand parecian ser el centro de aquella oposicion: el primero continuaba siendo ministro de policia, y el segundo habia abandonado los negocios extranjeros, de los que se encargó Champagny, para lisonjear su vanidad con el pomposo título de vicegrande elector del imperio: Fouché reunia á su alrededor á los republicanos, Talleyrand á los partidarios del antiguo régimen, y ambos se apoyaban en Bernadotte, y mantenian correspondencia con Murat, militar pasivo que habria convenido á sus ambiciosos designios. «De este modo, dice Napoleon, eran constantemente alimentadas las esperanzas de los extranjeros, haciéndoles entrever la posibilidad de una desunion en Francia.»

§. XII.—*Batallas de Abensberg, de Eckmuhl y de Ratisbona.*—*Toma de Viena.*—*Batalla de Essling.*—Recibido el juramento de las principales ciudades de España, y nombrado José generalísimo y el mariscal Jourdan mayor general, Napoleon regresó á Francia. «¿Qué significa esto? dijo al embajador de Austria, M. de Metternich. Quereis poner otra vez al mundo en combustion? Cómo! cuando tenía á mi ejército en Alemania, no creiais vuestra existencia amenazada, y ahora que se encuentra en España, la considerais comprometida!» Metternich se confundió en protestas de amistad, y negó los preparativos de la corte de Viena. «Por fuerza, dijo Napoleon á sus familiares, hay algunos proyectos que ño sé concebir, pues de otro modo seria una locura el hacerme la guerra. Y luego dirán que soy yo el que no puedo estar en reposo, que tengo ambicion, cuando sus tonterías (*belises*) son las que me obligan á tenerla!» Si la pérdida de momento ordenó á Davoust (4 de marzo de 1809), que ocupaba el norte de la Alemania, que se concentrase hácia Bamberg con cuarenta y cinco mil hombres; á Massena que reuniese en Ulm el cuerpo de Oudinot y los contingentes de Hesse y de Baden, y que marchara á Augsburgo con cincuenta mil hombres; y á Lefebvre y á Vandamme que se pusiesen al frente de los bávaros y wurtembergeses que formaban treinta y seis mil hombres. Confió á Berthier el mando interino de aquellos tres cuerpos, ordenándole expresamente que en caso de un imprevisto ataque los concentrase todos en la orilla derecha del Danubio, entre Augsburgo y Donauwerth; y para no desatender los accesorios teatros de la guerra, dispuso que Bernadotte tomase el mando de los sajones para observar la Bohemia, que Poniatowski, antiguo compañero de armas de Kosciusko y sobrino del último rey de Polonia, observase la Galitzia con diez y ocho mil hombres, que Eugenio se adelantase por el Adiger con cuarenta y cinco mil, y finalmente que Marmont, gobernador de la Dalmacia, se hallase dispuesto con quince mil á incorporarse al ejército de Italia.

La corte de Viena habia levantado trescientos diez mil hombres; el ejército de Alemania, mandado por el archiduque Carlos, contaba ciento setenta y cinco mil; el del Tirol, mandado por Jellachich, veinte y cinco mil; el de Italia, mandado por el archiduque Juan, cincuenta mil; el de Dalmacia, mandado

por Gyulai, veinte mil, y el de Galitzia, mandado por el archiduque Fernando, cuarenta mil. Carlos, creyendo sorprender al emperador y á sus aliados, quiso apoderarse del espacio que media entre Donauwerth y Ratisbona, llave del Danubio, y se dirigió allí en tres columnas (10 de abril de 1809). Su ala derecha, formada por cincuenta mil hombres, á las órdenes de Bellegarde, salió de Bohemia y marchó por Pilsen y Cham, introduciendo algunos destacamentos en Sajonia; su centro, compuesto de setenta y cinco mil hombres, mandados por él en persona, salió de Austria y marchó por Scharding y Landau, y su izquierda, formada por cincuenta mil hombres al mando de Hiller, marchó por Braunau y Landslut. Los bávaros, arrollados por todas partes, se replegaron al Abens; algunos pasos mas, y las tres columnas austriacas se reunian en Ratisbona, sin que nada pudiera detenerles hasta el Rhin. En efecto, Berthier, que no habia comprendido la órden del emperador, habia hecho marchar á Davoust de Bamberg á Ratisbona y Massena hácia Augsburgo, mientras que Lefebvre se encontraba en el Abens y Vandamme en Donauwerth, de modo que el ejército, compuesto en su mayor parte de reclutas y extranjeros, se encontraba diseminado en un espacio de cuarenta leguas á ambas orillas del Danubio, y que Davoust, aislado en Ratisbona, iba á encontrarse entre Carlos y Bellegarde. La lentitud del archiduque, que empleó seis dias para marchar desde el Inn al Iser, permitió al emperador salir de París, llegar al teatro de los acontecimientos, y reparar en un momento las faltas de Berthier. Mandó á Davoust salir de Ratisbona y marchar á Neustadt, y á Massena correr de Augsburgo á Pfaffenhofen, mientras que él se reunia con Lefebvre con dos divisiones mandadas por Lannes (18 de abril). Davoust habia adivinado la idea del emperador, y se hallaba ya en marcha por el desfiladero de A bach, habiendo dejado un regimiento para cubrir á Ratisbona; en Tann derrota á la vanguardia de Hiller, y verificó su reunion en Abensberg (19 de abril); Massena por su parte, llegó á Pfaffenhofen, y Napoleon, merced á aquel gran movimiento de concentracion, pudo establecer ciento veinte mil hombres en el espacio que separaba á Hiller de Carlos. Sin perder un momento, deja en Tann á Davoust con veinte y cinco mil hombres para detener al archiduque que se adelantaba lentamente

hacia Ratisbona; manda á Massena que pase el Iser y se dirija á Landshut por la orilla derecha, y luego, seguido por las tropas alemanas, á quienes electriza con sus palabras, se precipita al encuentro de Hiller, y le arroja en una serie de combates, que recibieron el nombre de batalla de Abensberg, y que separaron al ala izquierda austriaca de su centro de operaciones (20 de abril). Hiller, que habia perdido siete mil hombres, se retira á Landshut; pero perseguido, derrotado delante de aquel pueblo, penetra por sus calles, es otra vez vencido, y viendo á Massena que acude por la orilla derecha, huye hácia el Inn, dejando en poder de los franceses diez mil prisioneros y todos sus bagajes (21 de abril). Napoleon lanza tres divisiones en su persecucion, y verificando un cambio de frente, marcha contra el archiduque por el camino de Eckmuhl. Carlos habia enviado á Ratisbona una columna que hizo capitular al regimiento dejado allí por Davoust, y despues de ponerse en comunicacion con Bellegarde, que le envió veinte mil hombres, manteníase en el Laber esperando que Hiller se le reuniera. Atacado por Davoust, observó que tenia que habérselas con un solo cuerpo, y despues de muchas vacilaciones, empezaba á tomar la ofensiva, cuando el emperador le atacó por retaguardia y Davoust por uno de sus flancos; despues de una viva resistencia, vió rotas sus filas, y dejando en el campo cinco mil muertos y quince mil prisioneros en poder del enemigo, huyó á Ratisbona (22 de abril). A encontrarse aquella ciudad en poder de los franceses, estaba perdido; Napoleon le persiguió y ordenó el asalto, y aunque pudo penetrar en la plaza despues de un sangriento combate, solo encontró en ella unos ocho mil hombres; el archiduque, que habia cortado el puente, y reuniéndose con Bellegarde, se precipitó por Cham en Bohemia, para volver al Danubio por Budweiss.

Aquella maravillosa batalla de cinco dias dió á los franceses cuarenta mil prisioneros, cien cañones, cuarenta banderas, y tres mil furgones, hizo perder al archiduque su línea de operaciones, y dejó á Viena en descubierto. Lo necesario era entonces llegar antes que él á aquella capital, impidiéndole abandonar la Bohemia para atacar nuestro flanco, durante una marcha de sesenta leguas; para ello, Davoust permaneció de observacion en Ratisbona, siendo luego relevado por Bernadotte, que recorrió por

su base las montañas de la Bohemia con su ejército sajón; Lefebvre fué dirigido con los bávaros contra los insurrectos del Tirol, y Massena, Lannes y la guardia marcharon hácia el Inn, que pasaron sin el menor obstáculo. Hiller, que habia reunido treinta mil hombres, resolvió, para dar tiempo al archiduque de pasar á la orilla derecha, defender el Traun en Ebersberg, reducida poblacion, situada en una altura y defendida por un castillo, á la que se llegaba por un puente armado con artillería. Massena atacó de frente aquella posicion formidable, y apoderóse del puente, del pueblo y del castillo despues de un espantoso combate, en que los combatientes, los heridos y los habitantes perecieron bajo los edificios incendiados (1). Hiller que habia perdido siete mil hombres, pasó por Mautern á la orilla opuesta del Danubio, y se reunió con el archiduque, que marchaba lentamente por Zwettel (3 de mayo). El ejército francés se escalonó en el camino de Viena para observar y oponerse á los austriacos; Napoleon con Massena, Lannes y la guardia llegó delante de la capital, que se hallaba dispuesta á defenderse, mientras que Davoust se encontraba aun en Moelk y Bernadotte en Lintz. El archiduque dejó en Bohemia un cuerpo que debia pasar por Lintz y atacar á los franceses por retaguardia, mientras que él marchase á ocupar la capital y diese una batalla al pié de sus muros; mas el cuerpo de Bohemia fué derrotado en Lintz por Bernadotte, y Viena capituló despues de algunas horas de bombardeo (13 de mayo).

Napoleon resolvió pasar á la orilla izquierda, y salir al encuentro del ejército austriaco; mas el gran puente de Viena habia sido incendiado, y era preciso pasar á viva fuerza el Danubio delante de cien mil hombres, cuando solo podia contar con los cuerpos de Massena y de Lannes, con la caballería y la guardia, es decir con sesenta mil hombres. Davoust se hallaba en marcha hácia la capital; Bernadotte y Vandamme cubrian el rio hasta Passau. Eligióse un punto á dos leguas de Viena, donde la masa

(1) El amor á la gloria no puede justificar tan horrible matanza. Figúrenos aquellos cadáveres cocidos por el incendio, pisoteados por los caballos, y triturados por las ruedas de los cañones; el campo se habia convertido en un charco de carne humana que exhalaba un olor infecto, tanto que para enterrarlo todo fué necesario servirse de palas como para limpiar un camino fangoso. (Mem. de Rovigo, t. IV, p. 100.)

de las aguas se dirige hácia la orilla derecha, y estaba dividida primeramente por dos islas y tres brazos, que tenian juntos mil setecientos metros de ancho, luego por la grande isla triangular de Lobau, que contaba cuatro mil ochocientos metros de largo por cuatro mil de ancho, y en fin, por un brazo de ciento cuarenta metros, que formaba un ángulo considerable con uno de los lados de la isla. Sobre aquellos brazos y aquellas islas, arrojóse un puente de cincuenta y cuatro barras, pasando por él tres divisiones, las cuales se formaron en la vasta llanura de Marchfeld, y empezaban á establecerse en las aldeas de Aspern y de Essling, cuando el enemigo, que se habia ocultado detrás de una espesa línea de caballería, atacó á aquellos treinta mil hombres con fuerzas triples y doscientos cañones. En aquel momento, una avenida del Danubio rompió los puentes, y los franceses quedaron sin comunicacion con la orilla derecha (21 de mayo); Massena, con las divisiones Legrand y Molitor, y Lannes, con la division Boudet, defendieron sus posiciones con heroica obstinacion, y lograron mantenerse en ellas. La noche suspendió el combate, y el emperador la aprovechó para reparar los puentes y enviar dos divisiones á Massena y una á Lannes; Davoust con las municiones debia seguir á aquellos refuerzos (22 de mayo). Entonces Napoleon tomó la ofensiva con cincuenta mil hombres; el centro enemigo fué roto al primer choque; la línea de los franceses se hallaba ya desplegada en medio de los austriacos, y Davoust iba á pasar el rio, cuando los puentes y barcas, excepto los del último brazo, fueron arrastrados por las copiosas aguas del Danubio. Semejante contratiempo, hizo que los franceses se encontrasen encerrados entre un rio inmenso y un ejército doble en número, y casi exhaustos de municiones. El emperador ordena la retirada, y el enemigo se reanima; las dos aldeas son todavía teatro de un terrible combate; los franceses se sirven únicamente de la bayoneta, y despues de perder y recobrar seis veces los pueblos, acaban por quedar dueños del campo. Los austriacos se limitan entonces á un insignificante cañoneo; pero una de sus últimas balas causa la muerte de Lannes. Su pérdida consternó al ejército: «Era valiente entre los valientes, exclamó Napoleon; su inteligencia habia crecido al par que su valor, y era ya un gigante!» Los generales querian pasar al momento á la

orilla derecha, pero solo podían verificarlo en barcas bajo el fuego del enemigo, y abandonándole los heridos y la artillería. «Es fuerza permanecer en Lobau, dijo Napoleon, ó retroceder hasta el Rhin. Esperaremos al ejército de Italia. Massena, tú darás fin á lo que con tanta gloria has empezado; tú solo puedes contener al archiduque.» En efecto, condujéronse á Lobau los heridos, los cañones, las ruinas de la batalla; las tropas abandonaron las dos aldeas, sin que el enemigo, contenido por Massena, se atreviese á inquietarlas; por espacio de tres días el ejército se amontonó en la isla, esperando la recomposicion de los puentes, y por fin pasó á la orilla derecha, conservando Lobau como cabeza de puente para pasar á la orilla opuesta por segunda vez.

Napoleon había retrocedido: los austriacos prorumpieron en gritos de victoria, y los enemigos de la Francia se estremecieron de alegría. Los descontentos del interior se agitaron con esperanza; el gabinete prusiano hizo una leva de cien mil hombres, y la Inglaterra se dispuso á introducir un ejército en el norte de Alemania. La Francia necesitaba una gran victoria; el emperador la preparó con un reposo de seis semanas, y esperó noticias de las dos alas del grande ejército, acantonadas en Italia y en Galitzia.

§ XIII.—*Insurreccion de la Alemania y del Tirol.—Operaciones en Italia y en Galitzia.—Reunion de Roma al imperio.*—Al mismo tiempo que los austriacos pasaban el Inn, las sociedades secretas habian entrado en campaña; pero sus jefes, Dornberg, Schill y Brunswick, vieron frustrarse sus expediciones á Westfalia, á Brandeburgo y á Sajonia. Despues de la batalla de Essling, Brunswick se lanzó otra vez al campo con su legion de *soldados de la Muerte*, y entró en Dresde y en Leipzig; otros jefes aventureros penetraron en la Franconia, en el Wurtemberg y en Westfalia; pero la Alemania no estaba aun preparada para una insurreccion general, y despues de muchos é insignificantes combates, las bandas se dispersaron. Brunswick fué el último en cejar de su empeño, y manifestó una audacia poco comun; acosado por todas partes, divagó por el norte de la Alemania, y se refugió en Heligoland, pequeña isla danesa, que se hallaba en poder de los ingleses.

—La insurreccion del Tirol, país católico y muy adicto á la casa

de Austria, fué mas temible que la de la Alemania, y ofreció la misma energía, igual entusiasmo religioso que la insurreccion española. A la primera señal de la corte de Viena, los destacamentos franceses y bávaros fueron atacados y ocupáronse los desfiladeros; levantáronse las ciudades y las divisiones de Jellachich y de Chasteler fueron recibidas con trasportes de alegría. Al llegar Lefebvre con los bávaros encontró viva resistencia, y no logró apoderarse de los desfiladeros y de las plazas, sino empleando esfuerzos de audacia y de valor. La batalla de Eckmuhl, que fué causa de la retirada de las divisiones austriacas, produjo la sumision de los tirolese; pero despues de la jornada de Essling empuñaron de nuevo las armas con mayor encarnizamiento, é hicieron sublevar todos los Alpes, desde Laybach hasta Constanza; ocuparon además todos los caminos de Alemania y de Italia, amenazaron la Carniola, el Frioul, la Valtelina y la Suiza, invadieron Brixen, Bellune, Feltre, etc., y Lefebvre se vió obligado á permanecer en la defensiva.

El archiduque Juan habia penetrado en el Frioul, excitando en vano á los pueblos á pelear contra el comun enemigo; Eugenio, sin esperar que sus fuerzas se hallasen reunidas, corrió á su encuentro, fué derrotado en Sacila y retrocedió hasta el Adiger, donde recibió refuerzos, uniéndosele Macdonald en clase de segundo (16 de abril). La noticia de la batalla de Eckmuhl obligó á Juan á emprender la retirada, pero no pudo hacerlo sin encontrar á Eugenio en el Piave, y sufrir allí una completa derrota; los franceses se apoderaron de Goritz, de Trieste y de Laybach (8 de mayo), y Juan, despues de perder veinte mil hombres, se retiró á Gratz, y llamó á sí á Jellachich, pero este fué atacado en su camino cerca de San Miguel, y casi del todo destruido (25 de mayo). Entonces dejó á Gyulai en las provincias ilirias para hacer frente á Marmont, y retrocedió hasta Kormond en el Raab, mientras que Eugenio llegaba á Leoben, pasaba el Semmering, donde sus soldados se pusieron en comunicacion con los del grande ejército (26 de mayo), dejaba en su camino una brigada para favorecer la union de Marmont, cubriendo la Styria, y llegaba á Neustadt. Marmont, salido de Zara, habia llegado á Laybach arrollando á los croatas (3 de junio), y atravesando el Save y el Drave, dirigióse hácia Gratz. Gyulai quiso apoderarse de aque-

lla ciudad para cerrar el paso, pero Gratz se hallaba ocupado por el regimiento 84^o que luchó durante doce horas contra veinte mil croatas, les causó una pérdida de mil seiscientos hombres entre muertos y prisioneros, y les obligó á emprender la retirada (24 de junio). La incorporacion de Marmont quedaba asegurada. En tanto Eugenio habia marchado de Neustadt al Raab para librar de enemigos la orilla derecha del Danubio; el archiduque se habia retirado al mismo rio, donde se habia fortificado, reuniendo á su alrededor cuarenta mil hombres (14 de junio); pero derrotado con pérdida de seis mil hombres, pasó á la orilla izquierda. Desde aquel momento el grande ejército tuvo del todo afianzada su derecha, y los vencedores de Raab ingresaron en sus filas.

En la Polonia, el archiduque Fernando habia derrotado á los polacos en Baszym, habia entrado en Varsovia, y se habia corrido por el Vístula hasta Thorn (18 de abril). Poniatowski, sin inquietarse por aquellos triunfos, penetró en Galitzia, apoderóse de Lublin y de Sandomirz, y sublevó todo el país, atrevida expedicion que obligó á Fernando á evacuar á Varsovia y á replegarse á Cracovia (1.^o de junio). Napoleon habia reclamado de Alejandro los socorros prometidos contra el Austria, y el czar se habia visto obligado (1) á enviar veinte y cinco mil hombres al ducado de Varsovia. Sin embargo, polacos y rusos estuvieron próximos á llegar á las manos, y al mismo tiempo que el general ruso felicitaba á Fernando por sus triunfos, á los cuales, dijo, esperaba cooperar muy pronto, sus soldados se negaron á arrojar á los austriacos de Varsovia, contribuyendo únicamente á sofocar la insurreccion de la Galitzia. «El acuerdo entre la Rusia y el Austria era cierto y evidente, dice un historiador moscovita; propiamente hablando, sus enemigos eran las tropas polacas, y al paso que se esforzaban en frustrar los esfuerzos de sus aliados, prestábanse de buen grado á las miras de los jefes austriacos.» Napoleon, desde el palacio de Schoebrunn donde esperaba el mo-

(1) «Por una parte, dice Butturlin, no estaba en su interés el cooperar á la ruina de la única potencia que presentaba todavía una masa intermedia entre él y el imperio de Napoleon; y por otra, no podia negarse á auxiliar á la Francia sin violar abiertamente los pactos con ella estipulados, cuya santidad no habia debilitado la menor infraccion por parte del emperador de los franceses.» (T. I, pág. 36).

mento de abrir la campaña, no se hacia ilusiones acerca de la disposicion de sus enemigos declarados y de sus fingidos amigos: «Se han dado cita en mi tumba, decia, pero no se atreven á reunirse allí (1).» Y confiando en su genio, hallándose á cuatrocientas leguas de su capital y bajo el peso de una derrota, arrostraba los resentimientos de la Europa por un acto de violencia que tenia todos los visos de una provocacion. La contienda entre el emperador y el Papa, no habia cesado aun, y se cruzaban inutilmente bulas, notas, y comunicaciones; la situacion se hacia intolerable, y Napoleon puso fin á ella con un decreto de reunion de los Estados romanos al imperio francés (17 de mayo), en el que declaraba que «Carlomagno, su *augusto predecesor*, al conceder ciertas posesiones á los obispos de Roma, solo se las habia dado á título de feudos, y sin que Roma cesase de formar parte de su imperio.» Pio VII contestó á semejante decreto con una bula de excomunion, que causó en Italia, en Alemania y tambien en Francia profunda sensacion (20 de junio). Miollis temió sus efectos á causa de la batalla de Essling, y por orden de Murat, hizo prender al Papa y trasladarle á Grenoble (6 de julio). Napoleon, que, no habia dispuesto tan violenta medida, tomó la responsabilidad de la misma, y mandó conducir el pontífice á Savona, diciendo que fuese tratado con honor y magnificencia; pero Pio VII permaneció constantemente preso en su aposento, invencible en su resistencia, y tanto mas poderoso cuanto que era considerado como un mártir. La Europa entera se indignó al saber su cautiverio, pero sus murmullos quedaron sofocados por el cañon de Wagram.

§. XIV.—*Batalla de Wagram.—Armisticio de Znaim.*—Inmensos trabajos habian convertido á Lobau en una gran ciudadela unida á la orilla derecha por cuatro puentes, y desde la cual podian en una hora arrojarle otros cinco sobre la orilla izquierda: habíanse construido las mas admirables obras de campaña que se hubiesen visto jamás. El grande ejército, reforzado con las tropas de Eugenio y de Marmont, contaba ciento cincuenta mil hombres, sin los que defendian el Danubio de Viena á Passau; y el ejército austriaco ciento setenta y cinco mil, sin las fuerzas del archiduque Juan, que se encontraban en Presburgo; su

(1) Rovigo, t. IV. pág. 145.

derecha se apoyaba en Aspern; su izquierda en Enzersdorf, y estas aldeas, lo mismo que Essling, se hallaban defendidas con reductos armados con ciento cincuenta cañones. El príncipe Carlos se había mantenido en una absoluta defensiva, dispuesto empero á impedir el paso del río, y persuadido de que este, en caso de intentarse, se afectuaría como anteriormente por el norte de Lobau. Para dejarle en este error, dispuso Napoleón la construcción de esos puentes delante de Aspern y de Essling; pero el 5 de julio á media noche, en medio de una horrible tempestad, y mientras se hallaba reunido el grande ejército en Lobau y en la orilla derecha, dirigieron contra Enzersdorf cien piezas de artillería; los austriacos fijaron en aquel punto toda su atención, y en tanto que cubrían á Lobau de proyectiles, arrojose en diez minutos un puente en la parte de la isla, y la vanguardia se precipitó por él; otros cuatro puentes fueron construidos con igual celeridad, el ejército entero desfiló por ellos, con el orden mas admirable, y á los primeros rayos del sol, hallóse formado en batalla contra la izquierda del enemigo, habiendo pasado por entre sus campamentos atrincherados, hecho inútiles todas sus obras de defensa, y obligado á los austriacos á abandonar sus posiciones para combatir en el terreno elegido por el emperador. Carlos, sorprendido de aquella gran operación, única en los fastos de la guerra, se retiró oblicuamente hácia Wagram, y formó de nuevo sus líneas en la otra parte del Russbach; el ejército francés le siguió, desplegándose paralelamente al Danubio, ocupó las tres aldeas, maniobró durante todo el día en aquella llanura descubierta, y llegó por la tarde al río. Su primer cuidado fué apoderarse de las alturas de Wagram, pero fué rechazado, y la noche aplazó la gran batalla para el siguiente día.

El archiduque desplegó y fortificó sus alas con el designio de dirigirse en masa al Danubio para arrollar nuestra derecha, y apoderarse de los puentes (6 de julio). El emperador reunió en el centro los cuerpos de Eugenio, Oudinot, Marmont y de la guardia; en la izquierda se hallaban Massena y Bernadotte, y Davoust en la derecha. Mientras este empeñaba el combate en el Russbach, Carlos se precipitó hácia Aspern, puso en fuga á los sajones de Bernadotte, y desalojó á Massena de Essling, de modo que el grueso de las fuerzas enemigas se encontró establecido perpen-

dicularmente al Danubio y amenazando los puentes. Napoleon no se alarmó por aquel triunfo de la derecha enemiga; luego que vió á Davoust llegar al Russbach, despues de un combate terrible: «Hemos ganado la batalla!» exclamó, y al mismo tiempo que da á Massena la órden de mantenerse firme, lanza á Macdonald con una enorme columna de veinte y un batallones, llevando á la vanguardia cien piezas de artillería, dos divisiones de caballería en las alas, y la guardia á retaguardia. Todo cede ante aquella masa que adelanta una legua de terreno, y que apesar de sus pérdidas se encuentra mas allá de las posiciones centrales del enemigo. El archiduque, que vió arrollada su derecha, da órden de retroceder; Massena le persigue y recobra Essling; Davoust se precipita hácia Wagram, y el enemigo emprende su retirada por el camino de Bohemia, dejando veinte y cinco mil hombres en el campo de batalla.

Aquella jornada fué una gloriosa victoria, pero distó mucho de ser la de Austerlitz: la pérdida de los vencedores era igual á la de los vencidos; quedaba á Carlos, un ejército de ciento cincuenta mil hombres, é iba á ser reforzado por Juan que habia pasado el March. Los franceses se lanzaron en persecucion de los austriacos, y despues de varios combates de retaguardia, alcanzáronles en Znaim, donde iba á trabarse una nueva batalla, cuando el archiduque propuso un armisticio (20 de julio). Napoleon ávido siempre de aprovechar la menor proposicion pacífica, cometió la misma falta que en Presburgo y en Tilsitt; en vez de aniquilar al Austria, consintió en una suspension de armas. Abriéronse negociaciones en Altenburgo y luego en Viena, pero la situacion no era la misma que en 1805; el Austria no se hallaba mas que medio vencida, y solo deseaba una suspension para concentrar sus fuerzas, contando además con el auxilio de la Inglaterra, con los acontecimientos de la España y con las disposiciones de la Rusia. Sus esperanzas quedaron frustradas.

§. XV.—*Expedicion de los ingleses á Bélgica.—Campana de 1809 en España.—Descontento de la Rusia.*—Napoleon léjos de confiar únicamente en el bloqueo continental para aniquilar á la Inglaterra, consagraba cada año enormes sumas para aumentar sus escuadras; emprendia inmensos trabajos en Génova, en Venecia, en Cherburgo y sobre todo en Amberes; pedia marineros á todos

sus aliados, y decretó por fin que los departamentos marítimos solo aprontasen reclutas para el ejército de mar; su deseo era poseer doscientos navíos antes de cinco años, y vencer á los ingleses en su imperio (1). El gabinete británico conocia el peligro, y al mismo tiempo que socorria á sus aliados del continente, solo pensaba en destruir los recursos marítimos de la Francia; sus escuadras se apoderaron de la Martinica, de Santo Domingo, de la Guyena y del Senegal; una armada de doce navíos, diez y siete fragatas y treinta y dos brulotes, sorprendió en la bahía de la isla de Aix una escuadra francesa de doce navíos y cuatro fragatas; lanzó contra ella una máquina infernal de mil quinientos barriles de pólvora junto con cohetes á la congreve, de la cual hizo uso por primera vez, é incendió seis navíos y dos fragatas (11 de abril de 1809). Aquello era el preludio de la gran expedicion que la Inglaterra destinaba, no á sublevar á la Alemania del norte, como habia prometido, sino á destruir á Amberes y á cegar el Escalda, aquel rio que amenaza al Támesis, aquella ciudad, que segun Napoleon, era una pistola cargada en el corazon de la Inglaterra. Esperaban además sublevar la Holanda, donde el rey Luis se hallaba en completa oposicion con su hermano, y alentar á los descontentos del interior. La formidable armada se componia de cuarenta navíos, de treinta y seis fragatas y de muchos otros buques, llevando treinta mil hombres de marina y de tripulacion, y cuarenta mil de desembarco; habia costado 500 millones, y era mandada por lord Chatam, hermano primogénito del gran Pitt. La expedicion desembarcó en Walcheren, se apoderó del fuerte de Batz (3 de agosto), y en vez de dirigirse en línea recta á Amberes, donde nada se hallaba dispuesto para un sitio, atacó á Flesingue. La noticia de semejante invasion excitó en Francia un furor y un entusiasmo digno de 1792; Fouché mandó movilizar la guardia nacional; Clarke, ministro de la guerra, hizo partir los depósitos y la gendarmería; los departamentos del norte enviaron tropas, y en pocos dias se hallaron cien mil hombres en Bélgica. Flesingue se habia rendido por la debilidad del general Monnet (15 de agosto), y los ingleses subie-

(1) En 1804, la Francia tenia cincuenta y cinco navíos y cuarenta y tres fragatas; desde 1804 á 1804, perdió treinta y ocho navíos y sesenta y tres fragatas; en 1814, contaba todavia con ciento tres navíos y cincuenta y tres fragatas.

ron por el Escalda; pero era ya tarde: Amberes se hallaba atestada de tropas, el río defendido por inmensas baterías, y la escuadra puesta al abrigo de los cañones de los fuertes. Chatam ordenó vergonzosamente la retirada, despues de perder diez mil hombres en los pantanos de Walcheren; la guarnición que dejó en Flessingue se vió obligada en breve por las enfermedades á abandonar la plaza, cuyas fortificaciones destruyó (24 de diciembre). La dolorosa impresión que causó en Inglaterra aquel gran contratiempo, fué apenas atenuada por los triunfos dudosos que alcanzó en la Península.

Despues de la batalla de la Coruña, Soult había recibido órden de arrojar á los ingleses de Portugal: Ney debia conservar sus comunicaciones con Galicia, y Victor debia reunirse con él bajo los muros de Lisboa por el camino de Mérida y Badajoz; mas los ejércitos de España se hallaban descontentos, cansados y desprovistos de todo; nadie hablaba de su gloria y de sus miserias; el emperador no estaba allí para reanimar su paciencia y su valor, y ni siquiera había unidad en el mando. José no era obedecido; los mariscales se hallaban divididos por rencillas y rivalidades, y todos aspiraban á ceñir una corona; en una palabra, la guerra de España, sin el emperador, el único que podía dirigirla, no debia ser mas que una serie de abortadas tentativas, de expediciones sin plan, de combates y de esfuerzos inútiles. Soult partió de Santiago con veinte y cinco mil hombres, llegó á Tuy, de cuyo punto se apoderó, pero no pudo pasar el Miño (28 de enero de 1809); subió hasta Orense, arrollando á las tropas de la Romana que habían bajado de Asturias, atravesó el río, y en Chaves y en Braga puso en derrota las masas de portugueses que se oponian á su paso (20 de febrero). Despues de una penosa marcha por paisés montañosos y desiertos, donde los víveres mas insignificantes debían adquirirse á costa de combates, llegó delante de Oporto, cubierta de parapetos y de barricadas, armada con doscientos cañones, y defendida por cuarenta mil patriotas, mandados por el obispo; aquella multitud fué derrotada al primer choque, el puente del Duero tomado á paso de carga, y la ciudad tomada por asalto y saqueada (29 de marzo); veinte mil portugueses perecieron en el combate ó en el río. Tan sangrienta conquista no fué de utilidad alguna; para marchar contra Lisboa á través de un país insurrec-

to, en el cual debía encontrarse á los ingleses, hubiera sido preciso que Victor hubiese verificado una diversion en el Alentejo, y Victor permanecia en Extremadura.

Los ejércitos de la Mancha y de la Extremadura, vencidos en Uclés y Almaraz, se habian reunido de nuevo, y amenazaban el Tajo y Madrid; Sebastiani encontró el primero en Ciudad Real y lo derrotó (27 de febrero); Victor marchó contra el segundo que se replegó hácia el Guadiana, le alcanzó mas allá de Medellín, lo arrolló completamente, y le causó una pérdida de diez mil hombres entre muertos ó prisioneros (27 de marzo). Sin embargo, los ejércitos españoles, siempre vencidos, se rehacian como por encanto con los prisioneros que se fugaban y los insurrectos de cada provincia; el de la Mancha recibió en pocos dias un refuerzo de treinta mil hombres, y Victor que se daba muy poca prisa en socorrer á Soult, y que no queria penetrar en Portugal, dejando aquellas fuerzas á su espalda, emprendió otra vez la marcha hácia el Tajo.

Soult se habia hallado en muy peligrosa situacion; el camino que siguiera habia sido ocupado por los insurrectos, que habian recobrado Chaves y Braga; Wellington, que habia reorganizado en Lisboa el ejército británico, marchaba contra Oporto con veinte y ocho mil anglo-portugueses; Beresford, mariscal del ejército portugués, se dirigia por Lamego á Tras-os-Montes con veinte mil hombres disciplinados por oficiales ingleses, con objeto de ocupar los desfiladeros de Chaves. Soult se concentró; pero obstruido por los ingleses el paso del Duero, arrojóse combatiendo hácia el camino de Amarante, y encontró el Tamega ocupado ya por Beresford. Entonces destruyó su artillería y se dirigió á Guimaraens, pero los ingleses habian llegado á Braga, y estrechado entre dos ejércitos superiores en número, evitólos á ambos, penetrando en los horribles desfiladeros del Zavado, donde le fué preciso pasar á través de la poblacion armada, y combatir por cada puente, por cada sendero, en medio de montañas desconocidas, donde los habitantes le fusilaban sin misericordia. De este modo llegó á Montalegre y luego á Orense, desde donde se dirigió á Lugo despues de perder cuatro mil hombres en aquella penosa retirada (18 de mayo). Reunido con Ney, que ocupado en guerrear en Asturias, no habia podido socorrerle, los dos maris-

cales no lograron ponerse de acuerdo: Soult se dirigió á Zamora así para reorganizar su ejército como para acercarse á Madrid; Ney, descontento al verse solo en un país sin recursos y sin víveres, evacuó Galicia y los puertos del Ferrol y de la Coruña, y se retiró á Astorga.

Wellington habia seguido á Soult hasta Braga, mas regresando luego al Tajo, resolvió entrar en España, y de acuerdo con los ejércitos de la Mancha y Extremadura, que se habian de nuevo organizado al mando de Venegas y de Cuesta marchar contra Madrid, en tanto que Beresford, acampado delante de Almeyda, debia reunirse con veinte mil españoles, mandados por el del Parque á fin de ocupar á los franceses en el Duero. Wellington pues salió de Abrantes, se reunió en Oropesa con el ejército de Cuesta, lo que le puso al frente de sesenta mil hombres y se dirigió á Talavera, mientras que Venegas, con veinte y cinco mil hombres, se dirigia á Toledo (20 de julio). Victor, acantonado en el Alberche, observaba á Cuesta, y Sebastiani, desde Consuegra, á Venegas; ambos cuerpos se replegaron hácia Toledo, dándose orden á Soult de reunir el cuerpo de Ney que se hallaba en Astorga, y el de Mortier que ocupaba á Castilla la Vieja, de marchar Plasencia por el puerto de Baños, atacando al enemigo por el flanco y la retaguardia. Soult se hallaba muy léjos, los cuerpos de Ney y de Mortier diseminados, y ambos mariscales le obedecian con disgusto, pero no obstante se puso en marcha, sin inquietarse y Beresford ni por el del Parque. José habia salido de Madrid con sus reservas, y reuniéndose con Victor y Sebastiani, formó un ejército de cuarenta mil hombres; sin embargo, en vez de atraer al enemigo hácia la capital, esperando la llegada de Soult, se alarmó de la marcha de Venegas, salió al encuentro de Wellington, y por consejo de Victor, le atacó en la formidable posicion que ocupaba cerca de Talavera (27 de julio). Viéndose rechazado, redobló al dia siguiente sus esfuerzos, pero en vano, y debió pasar de nuevo el Alberche con una pérdida de siete mil hombres; entonces supo que Venegas bombardeaba á Toledo, y retrocediendo en compañía de Sebastiani, dejó á Victor delante de los ingleses. Por su parte, Wellington que no se hacia ilusiones sobre su semi-victoria, púsose en retirada al saber la marcha de Soult, dejando á Cuesta para contener á Victor, y pasó á la opuesta

orilla del Tajo al saber que Soult habia llegado á Plasencia. Cuesta le siguió sin que Victor pensara inquietarle, y pasó el puente del Arzobispo en el mismo momento en que Soult llegaba á él desde Plasencia. Los ingleses abrian entonces un camino á fuerza de brazos hasta Trujillo, y los españoles se habian arremado á un monte en la otra parte del puente; todo el ejército aliado podia ser destruido, pero Soult perdió un tiempo precioso ó no fué obedecido. Wellington pudo llegar á Trujillo, y solo Cuesta fué alcanzado y vencido (8 de agosto). Los españoles se dispersaron por las montañas; los ingleses pasaron por Badajoz y volvieron á Portugal.

Restaban aun los dos ejércitos de Venegas y el del Parque; el primero habia llegado á Aranjuez, y el segundo hasta Salamanca. Sebastiani derrotó á Venegas en Almonacid, y le causó una pérdida de ocho mil hombres, en tanto que Ney obligaba al del Parque á retirarse hasta Ciudad Rodrigo. Si José en vez de cubrir á Madrid, hubiese perseguido á los ingleses hasta Lisboa con los cien mil hombres que tenia á sus órdenes, aquella campaña habria sido decisiva; la ocasion propicia habia pasado para no volver mas.

La guerra fué mejor dirigida en Aragon y en Cataluña; despues de la toma de Zaragoza, Lannes habia partido para Alemania, Mortier marchó á Castilla, y Suchet debió contener el Aragon, en cuya provincia se habian formado numerosas bandas, ascendiendo á mas de veinte mil hombres, que se entregaban á una guerra aislada pero activa. Además Blake, encargado por la junta suprema del mando de Aragon, Cataluña y Valencia, avanzaba por Alcañiz hácia Zaragoza con veinte mil hombres. Suchet reorganizó y concentró su cuerpo de ejército, compuesto de extranjeros y reclutas, marchó contra Blake, le derrotó en María y en Belchite, y le obligó á refugiarse en Tortosa (15 de junio); entonces volvióse contra las guerrillas, las destruyó ó dispersó, y logró convertir el Aragon en la provincia mas dócil de la península, y éstablecer en ella una verdadera administracion francesa.

En Cataluña, Saint-Cyr, al cual no se enviaban refuerzos ni material, empleó cuatro meses en intentar el ataque de Tarragona y en cubrir la plaza de Barcelona, marchando despues contra Gerona; aquel sitio fué mas espantoso aun que el de Zaragoza.

za por la obstinacion her6ica y el entusiasmo desesperado de los habitantes: bombardeo, asalto, bloqueo, todo fu6 inútil; la peste y el hambre nada decidieron, y la ciudad no capituló hasta pasados seis meses de trinchera abierta, cuando hubieron sucumbido las dos terceras partes de la poblacion (10 de diciembre).

En definitiva, la campaña de 1809 en España, demostr6 que si el Austria con su agresion habia salvado á la Península, esta no podia reparar la derrota de Wagram, ni impedir la paz á pesar de su vigorosa resistencia. La Rusia fu6 pues la única esperanza de la corte de Viena, pero aquella potencia se hallaba enteramente absorta en los negocios de Suecia y de Turquía, y además la distancia á que se encontraban sus ejércitos, no le habria permitido dar al Austria un socorro eficaz. «Esta fu6, dice Butturlin, la causa de la inaccion de Alejandro.» En efecto, desde que Napoleon en Erfurth habia tan vilmente abandonado los antiguos aliados de la Francia á la codicia rusa, el czar habia redoblado sus esfuerzos contra ellos: en el Danubio, las faltas de sus generales limitaron sus triunfos á la toma de Ismail y de Brahilow; pero en Suecia, un ejército de cuarenta mil hombres aprovech6 el invierno que habia convertido el mar Báltico en una llanura de hielo, para apoderarse de las islas de Aland y amenazar á Stockolmo. Los suecos se rebelaron entonces contra Gustavo IV, el cual fu6 sitiado en su palacio, y tuvo que dar su abdicacion (13 de marzo de 1809); los estados generales pronunciaron su deposicion, y eligieron por rey á su tío, Carlos XIII (6 de mayo), cuyo primer acto fu6 pedir la paz á la Rusia, pero no pudo obtenerla, sino cediendo la Finlandia y las islas de Aland (17 de setiembre).

Así pues, la Rusia, á quien la Francia habia abandonado la Moldavia, la Valaquía y la Finlandia para que mantuviese al Austria en paz, se habia apoderado de su presa, no solo sin impedir que Austria se lanzara al campo, sino permaneciendo con ella en secreto acuerdo contra la Francia. «Sin mi confianza en vos, escribia Napoleon á Alejandro, repetidas y desgraciadas campañas, no habrian podido obligarla á despojar de ese modo á sus antiguos aliados. La Moldavia y la Valaquia constituyen la tercera parte de la Turquía de Europa, y su conquista, al hacer llegar al imperio ruso hasta el Danubio, quita toda su fuerza á la

Turquía, y puédesse decir que destruye el imperio otomano. Así tambien desde la conquista de la Finlandia, que forma la tercera parte de los estados suecos, puédesse decir que no existe la Suecia, puesto que Estocolmo se halla á las puertas del reino.» No por esto se manifestaba Alejandro menos exigente en las demás cuestiones, y al pedir Napoleon al Austria en las negociaciones de Viena la cesion de la Galitzia, tropezó con la oposicion del czar. «La idea de restablecer la Polonia, escribió Alejandro á Napoleon, fermenta en todas las imaginaciones; pero no se conserva en ellas como una aspiracion secreta, sino que es predicada como una nueva cruzada;» y solicitó de él un compromiso formal de no restablecer jamás aquel reino. El mundo es bastante grande para que podamos ponernos de acuerdo, contestó Napoleon.—Si se tratase del restablecimiento de la Polonia, Napoleon se equivocaba; en este caso no fuera el mundo bastante grande para ponernos de acuerdo...» Y el emperador, para complacer á su aliado, modificó otra vez sus designios sobre la Polonia.

§. XVI.—*Tratado de Viena.*—Las negociaciones de Viena tocaban á su fin; en un principio habia pensado Napoleon variar y trastornar la forma de los estados austriacos, obligar á Francisco á firmar su adicacion, y sentar en el trono á Fernando, su hermano, gran duque de Wurtzburgo; proyectó además separar las tres coronas de Bohemia, de Austria y de Hungría, y destruir la nobleza feudal en los tres reinos; pero Napoleon no era ya revolucionario, solo pensaba en bienquistarse con los reyes sus hermanos, y solo exigió de la corte de Viena cesiones de territorio, cuando cinco coaliciones habian demostrado que tales medidas nada podian con ella. Así pues la paz de Viena no fué mas que un reparo sin condicion alguna de estabilidad (14 de octubre): el Austria cedió á la Baviera el país de Saltzburgo, Braunau y varios distritos en el Inn; á la Francia, la Istria, la Croacia y la Carniola; al ducado de Varsovia, la Galitzia occidental, y á la Rusia, parte de la Galitzia oriental. Se adhirió además al sistema continental, reconoció á José por rey de España, pagó 80 millones para los gastos de la guerra, y se obligó á no mantener armados mas de ciento cincuenta mil hombres. Hallóse, pues, debilitada de tres millones y medio de súbditos, privada de toda comunicacion con el mar, y amenazada en el

Danubio por la Baviera, y en los Alpes Noricos por la frontera francesa que solo distaba cuarenta leguas de Viena.

Aquel tratado fué una terrible humillacion, pero Napoleon añadió á él un ultraje que fué mas sensible á los austriacos que la pérdida de una provincia: tal fué la destruccion de las murallas de Viena; así se despidió de la Alemania, y la Alemania en cambio se despidió de él, enviándole un miembro de las sociedades secretas, un niño de diez y ocho años, que trató de asesinarle: ¿Quién os ha impulsado á ese crimen? le preguntó el emperador.—Nadie; la íntima conviccion de que matándoos prestaria un gran servicio á mi país y á la Europa, ha sido lo único que ha armado mi brazo.—¿Y no habeis retrocedido delante de un crimen?—Mataros no es un crimen, es un deber.—¿Si os perdonara me lo agradeceriais?—Os mataria.» Napoleon quedó pasmado: desde aquel momento pudo conocer hasta donde llegaba la irritacion de los pueblos. El jóven Stabs fué juzgado por una comision militar que le condenó á muerte, y al caer, atravesado por las balas, gritó: «¡Viva la libertad! ¡viva la Germania!» Las gloriosas palabras de patria y libertad que la Francia habia hecho salir de la nada, le eran arrojadas como un grito de guerra, como una sangrienta amenaza.

CAPÍTULO IV.

Ultimas instituciones y conquistas del imperio. Guerra de España de 1810 á 1812.—Campana de Rusia.—Desde el 15 de octubre de 1809 hasta el 9 de marzo de 1813.

§. I.—*Progresos de la revolucion.—Situacion interior del imperio.—Síntomas de decadencia.*—La revolucion francesa contaba apenas veinte años de existencia, y ya la Europa se encontraba enteramente trastornada; los Borbones habian sido expulsados de tres tronos; la casa de Saboya quedaba reducida á la Cerdeña, la de Nápoles á la Sicilia, la de Braganza al Brasil, y las de Orange, de Hesse y de Brunswick del todo despojadas. Los ducados de Parma, de Módena y de Toscana, las repúblicas de Génova, de Venecia y de Holanda, el imperio germánico, el Estado de la Igle-

sia, no existian ya; la casa de Austria, convertida en potencia de segundo orden, acababa de librarse á duras penas de una completa ruina; la casa de Brandeburgo se encontraba tan humillada que habria bastado una palabra para convertir á Berlin en prefectura francesa, y el orgulloso vaticinio de Napoleon parecia próximo á cumplirse: «Dentro de diez años, será mi dinastía la mas antigua de Europa.» La feudalidad era en todas partes destruida ó atacada; la Holanda, la Italia, la Westfalia, la Baviera, Nápoles y Varsovia tenian constituciones francesas, códigos franceses y una administracion francesa; la accion revolucionaria de la Francia se extendia aun á los mismos paises enemigos: al Austria, donde el gobierno procuraba captarse el afecto de los pueblos por medio de libertades locales; á la Prusia, donde se abolía la servidumbre de la gleba, se derogaban las trabas impuestas á la industria, se establecian municipalidades, y se admitía la igualdad civil; á la España, cuyas cortes iban á redactar una constitucion basada en la del año 1791.

El imperio francés comprendia una poblacion de cuarenta millones de habitantes, á cuyo alrededor se agrupaban los cuarenta millones de almas de los Estados federativos. «El emperador, dice Thibaudeau, parecia fuera del alcance de todos los tiros; la accion libre, regular del gobierno, inspiraba seguridad y confianza; el brillo de la corte, en la que aparecian los grandes, los príncipes, y los reyes de Europa, era deslumbrador; los sufrimientos interiores callaban ó desaparecian delante de la gloria; la falta de libertad se hallaba compensada con la grandeza y supremacia de la nacion; el nombre francés inspiraba en todas partes respeto ó temor, y todo se amoldaba mas y mas á un despotismo que así sometia á los reyes como á los pueblos. La prodigiosa actividad del jefe del imperio, no reconocia obstáculos (1):» se ocupaba á un tiempo de los asuntos del estado y de los placeres; daba fiestas y celebraba consejos, emprendia viajes dejando grabada la huella de sus pasos con mejoras y obras útiles; tenia la corte mas suntuosa de Europa, y solo gastaba la mitad de su dotacion; restauraba los palacios imperiales, formaba proyectos de monumentos que habrian exigido mas de un si-

(1) T. VIII, p. 310.

glo de trabajos, y protegía las letras, las artes y sobre todo las ciencias. Espíritu altamente práctico y positivo, no gustaba de la filosofía especulativa, de los sistemas generales, de las teorías que no tienen una aplicación inmediata á hechos sociales, y por esto fué que la literatura de su reinado, no fué mas que una miserable copia de la del siglo de Luis XIV; las artes que debían eternizar tan sublimes acciones, fueron mas felices, y los nombres de David, de Gros, de Girodet, de Chaudet, de Lemot, de Fontaine y de Percier son inseparables de la gloria de Napoleón, si bien no llegaron ni de mucho á la altura de las ciencias positivas y de aplicación. Las necesidades producidas por el bloqueo continental engendraron nuevas industrias; reemplazóse el azúcar de caña con el de remolacha; cultiváronse la rubia y el glasto, encontráronse máquinas para hilar y tejer el algodón, y al lado de los nombres de los sábios Fourcroy, Berthollet, Cháptal, etc., debe conservar la historia los de los fabricantes Richard-Lenoir, Oberkampf, Ternaux, etc. En 1810 se emplearon en obras públicas 138 millones, y 154 en 1811, invirtiéndose este dinero así en Roma y Amsterdam como en París, y «no existe un territorio que haya pertenecido á la Francia que no conserve todavía algunas obras del gobierno imperial.» El emperador se envanecía «de que en medio de las guerras, de los gastos que exigían sus inmensos ejércitos, y la creación de numerosas escuadras, se gastaba en un año en obras de utilidad pública mas de lo que en ellas empleaba la antigua monarquía en toda una generación.»

Tanta grandeza carecía de base; un nuevo sistema social no se ingerta violenta y repentinamente en un orden social antiguo sin que la causa del pasado tenga sus momentos de victoria, y nadie ignoraba que la nueva Francia carecía de condiciones de estabilidad. En el exterior, no tenía ni un solo aliado; en los dos extremos de la Europa y de la civilización, aparecían la Rusia y la España amenazadoras; el bloqueo continental era execrado por todos los pueblos, y la coalición se ocultaba con la máscara de las alianzas, resuelta siempre á encerrar á la Francia dentro de los límites del año 92. En el interior, las quintas estenuaban á la nación, la hacienda empezaba á convertirse en un caos, el ejército, que ocupaba el primer puesto en la sociedad, tomaba una

actitud despótica, y realizaba la separacion empezada en 18 de brumario entre los ciudadanos y el ejército, que es todavía uno de los cánceres roedores de la Francia; en una palabra, el edificio descansaba en un hombre solo, quien lo había convertido en su obra personal.

§ II.—*Matrimonio de Napoleon con Maria Luisa.*—Para consolidar su poder, destruir las esperanzas de sus enemigos, y asegurar el porvenir de su obra dinástica, Napoleon resolvió romper su enlace con Josefina, y tomar una nueva esposa que le diese posteridad, consecuencia desde mucho tiempo prevista de los enlaces reales que había hecho contraer á los miembros de su familia: Eugenio se había unido con la hija del rey de Baviera; dos sobrinas de Josefina, la una con el hijo del gran duque de Baden y la otra con el duque de Aremberg, y Jerónimo con una hija del rey de Wurtemberg. Todos los príncipes solicitaban la alianza de sus parientes, y á falta de hermanos de Bonaparte, admitían á sus generales: Berthier se había casado con una sobrina del rey de Baviera, y una sobrina de Murat con un príncipe de Hohenzollern. Un senado consulto declaró la disolucion del matrimonio civil del emperador y de la emperatriz, y la oficialidad de París la del matrimonio religioso (16 de diciembre de 1809). Josefina, agobiada de pesar, se retiró á la Malmaison, diciendo: «Tiemblo por el emperador; quién sabe hasta dónde le llevará su ambicion? Todo el mundo se disputa el honor de darle una mujer; mejor le fuera tomar una francesa! La última ciudadana sería mas agradable á la nacion que una princesa extranjera... A mi pesar me asaltan tristes presentimientos. Una extranjera revelará los secretos del estado, le venderá quizás! ..»

Napoleon deseaba contraer una alianza política al mismo tiempo que una alianza de ambicion, que, al paso que diera nobleza á su estirpe, completase la fusion entre ella y las familias reinantes; en un principio vaciló entre una hermana de Alejandro y una hija de Francisco, alianza que no podia de modo alguno producir buenos resultados, puesto que debía convertir en enemiga á la potencia desairada; sin embargo, como toda la política de Napoleon descansaba en la amistad de Alejandro, resolvió pedir la mano de la princesa rusa. El czar se manifestó muy satisfecho; pero un ukase de Pablo I conferia á su viuda la libre dis-

posicion de sus hijas, y la emperatriz madre se negó á dar su consentimiento, alegando la extremada juventud de la princesa. «Las ideas de mi madre, escribió Alejandro, no siempre están acordes con mis deseos, con la política y con la razon,» y pidió algun tiempo para convencerla. El emperador se ofendió de una dilacion que consideraba como una negativa, y se dirigió al Austria. A las primeras palabras, la corte de Viena ofreció su archiduquesa, pues M. de Metternich, que se habia encargado de la direccion de los negocios, recordó sin duda que la casa de Austria debia su fortuna á los matrimonios de sus miembros. Todo quedó arreglado en muy pocos dias: la princesa María Luisa partió para la Francia, y las mas pomposas fiestas celebraron el enlace del vástago de la revolucion con la descendiente de las casas de Hapsburgo y de Lorena (2 de abril de 1810). El pueblo se abstuvo de tomar parte en ellas: amaba á Josefina, mujer de talento, bella y de nobles sentimientos, que no se habia mostrado inferior á su sorprendente fortuna, y á la que llamaba el ángel bueno del emperador, y consideró su repudio, y la eleccion de una austríaca, el ingreso de Napoleon en la familia de los reyes absolutos, como una apostasía de su jefe, como un pérfido lazo de la coalicion, como señal de terribles desgracias. La nueva emperatriz era una jóven de diez y nueve años, sin gracia, sin belleza, sin talento, que siempre fué una extranjera así para el emperador como para la Francia, y que solo sedujo á Napoleon, orgulloso con tener en su tálamo á la hija de los césares; á los antiguos nobles, que acudieron solícitos al lado de la sobrina de María Antonieta, y á los nuevos duques de origen revolucionario que calificaron aquel matrimonio de «magnífica expiacion de un gran crimen.» Las aristocracias europeas elevaron un grito de indignacion, y los Borbones en su destierro se consideraron perdidos: hacer sentár á María Luisa en el sangriento trono de su tia parecia la consagracion de la era revolucionaria; pero la familia imperial de Lorena-Austria era mas previsora; habia sacrificado al demonio de la democracia la víctima que debia adormecerle en la confianza de su fortuna: «Lo han confesado, decia Napoleon en Santa Helena; han tramado mi ruina bajo la máscara de las alianzas, de la amistad y hasta de la sangre.»

§. III.—*Prensa, justicia, hacienda, cuestiones religiosas.*—Aque-

lla época fué fatal para Napoleon : en el exterior, creyóse seguro del Austria, y despreció el resentimiento de la Rusia; consideró la paz con la Inglaterra como un asunto de tiempo y de paciencia, y abandonó á sus generales la direccion de la guerra de España; en el interior, hizo su dictadura mas dominadora y franca; repitió las palabras de Luis XIV : «¡El estado, soy yo!» manchó con la arbitrariedad todas sus obras, buenas ó malas, principalmente las que se referian á la prensa, á la justicia, á la hacienda y á las cuestiones religiosas.

El poder redujo el número de periódicos, atribuyóse la propiedad de aquellos cuya existencia toleraba, y distribuyó entre los literatos las acciones de los mismos (5 de febrero de 1810); establecióse la censura aun para los libros, inmensa falta que dejó á las calumnias de la prensa inglesa contra Napoleon y su familia sin mas contestacion que las iras del *Monitor*, y que las convirtió en creencias populares en el extranjero. Instituyéronse ocho cárceles de Estado (3 de marzo), donde el gobierno mandó encerrar sin formacion de causa á los reos políticos; la organizacion judicial fué enteramente monárquica; regularizóse la institucion de los jueces oidores, que fueron meros comisarios á disposicion del poder; el gobierno quedó autorizado para suspender el jurado y multiplicar los tribunales especiales; é ingresaron en la magistratura los hijos de los ex-parlamentarios. Promulgóse un código penal (2 de marzo de 1810), obra de antiguos criminalistas, en el que se prodigaba la pena de muerte por delitos políticos y se admitia la confiscacion. Finalmente, despojóse de la policia á Fouché, extraviado por el espíritu de intriga hasta el punto de haber entablado negociaciones con la Inglaterra, y fué confiada á Savary, adicto al emperador hasta el fanatismo.

El presupuesto de 1808 se habia elevado á ochocientos once millones, el de 1809 á ochocientos cincuenta y nueve, el de 1810 á setecientos cuarenta, y el de 1811 á nuevecientos cincuenta y cuatro, sumas módicas para tan vasto imperio, pero en los que no iban comprendidos los gastos de recaudacion; además los departamentos tenian á su cargo muchos gastos accesorios, y desde 1805 el ejército habia sido casi siempre alimentado á expensas del enemigo. En la administracion de la hacienda, el emperador mostraba gran celo en pro de los intereses públicos, pero no siempre

era justo en los intereses privados: no amaba á los capitalistas á quienes viera tan rapaces en tiempo del Directorio, y no se preciaba de fidelidad en sus compromisos con los asentistas, alegando «que se atenia al espíritu, no á la letra de los contratos, y que su mision superior era reparar todos los perjuicios que se causaban al interés público.» En virtud de este principio mandó terminar la liquidacion de los créditos atrasados de la revolucion (1.º de julio), liquidacion que duraba hacia veinte años, y que era la operacion mas vasta y complicada que se hubiese practicado jamás, puesto que comprendia cerca de quinientos mil créditos, ascendiendo á tres mil millones (1). Defermon, á quien por último fué confiada, se mostró implacable para los que habian abusado de las necesidades de la patria y presentaban cuentas fraudulentas: declaróse que el tesoro alcanzaba dos mil seiscientos setenta y ocho millones de noventa y nueve deudores, y se reconoció que las demandas falsas ó injustificadas ascendian á mil trescientos cincuenta y siete millones; pero no fueron los hombres de mala fe los únicos despojados; honrados acreedores fueron tratados con arbitrario rigor, y el pago de las deudas de la revolucion tomó todo el carácter de una bancarrota.

Al mismo tiempo que Napoleon se mostraba tan rígido administrador de las rentas del Estado, atribufase la libre disposicion de recursos que habrian debido ingresar en el tesoro público, y ser administrados segun las leyes ordinarias, es decir, de las rentas extraordinarias procedentes de las contribuciones de guerra percibidas en país extranjero, y de las propiedades públicas de los Estados conquistados, pues si bien las aplicaba sin duda á cubrir los gastos de los ejércitos, á recompensar á sus soldados, á elevar monumentos, á adornar los palacios imperiales, su empleo no era por esto menos arbitrario y clandestino. En 31 de diciembre de 1810, época en la que hizo liquidar por un senado-consulta los bienes extraordinarios, la suma de los capitales procedentes de la tercera, cuarta y quinta coalicion, ascendia á sete-

(1) Esta deuda procedia: 1.º del reembolso de los cargos judiciales, militares ó rentísticos, cauciones atrasadas, deudas de los estados, del clero, etc.; 2.º de los empréstitos, requisiciones, etc. hechos en tiempo de la república; 3.º de las deudas de la Bélgica, del Piamonte y otros países reunidos. Desde el 1.º de enero de 1791 hasta el 10 de mesidor del año X, liquidáronse doscientos treinta y uueve mil ochocientos un crédito por la suma de 4,327 millones.

cientos cincuenta y cuatro millones, de los cuales habia gastado en el ejército, en gratificaciones y en monumentos, cuatrocientos cincuenta y tres millones, restando por lo tanto trescientos veinte y uno. Además, las rentas de las posesiones adquiridas en el extranjero por medio de la conquista, ascendian á treinta y ocho millones, con los cuales el emperador distribuyó cinco mil ciento setenta y seis dotaciones á sus mariscales, generales, oficiales, soldados, príncipes imperiales, ministros, senadores, consejeros, antiguos nobles y establecimientos públicos, importando en todo treinta y dos millones cuatrocientos sesenta y tres mil francos de renta.

Al confinar al papa á Savona, Napoleon habia dicho: «El obispo de Roma continuará siendo el jefe de la Iglesia, su poder permanece el mismo;» pero le habia privado de todos sus cardenales, habíale prohibido toda comunicacion con la Francia y la Italia, é hizo declarar leyes del imperio los artículos de 1682. Pio VII cautivo y perseguido, negóse á conceder la institucion á los obispos nombrados por el emperador; entonces, por consejo del cardenal Maury, nombrado arzobispo de París, y en virtud de un decreto del concilio de Trento, orillóse la dificultad, haciendo que los capítulos, como vicarios apostólicos, eligiesen á los obispos nombrados; pero el papa prohibió á sus vicarios, y especialmente á Maury, el encargarse de la administracion de las diócesis. Para poner término á semejante contienda, el emperador convocó un gran concilio nacional (17 de junio de 1811); cien prelados se reunieron en París, y decretaron, bajo la reserva de la aprobacion del papa y en virtud de una nota que este les habia enviado, que «en adelante debiese el Pontífice conceder la institucion á los obispos dentro de las seis semanas siguientes á su nombramiento, quedando en caso contrario autorizados los metropolitanos para concederla.» Esto era cuanto el emperador deseaba; pero, irritado por las discusiones de los prelados acerca de las prerogativas de los papas, mandó la disolucion del concilio y la prision de muchos obispos (10 de julio). Pasado algun tiempo calmóse su enojo, y autorizó á una diputacion del concilio para que pasara á conferenciar con Pio VII, quien dió un breve aprobando el concilio, si bien lo hizo en términos que parecieron injuriosos para el gobierno. Napoleon rechazó el breve, ya impul-

sado por un orgullo mal entendido, ya para no entrar con el Papa en una nueva lucha sobre la cuestion de los Estados de la Iglesia; y hasta el fin de su reinado quedaron los asuntos eclesiásticos en una interinidad, que le desacreditó á los ojos de sus pueblos.

§. IV.—*Nacimiento del rey de Roma.—Reunion de la Holanda, del Hannover, y de las ciudades anseáticas.*—En 20 de marzo de 1811 la emperatriz dió á luz un hijo que fué saludado con el nombre de rey de Roma, y divinizado en su cuna por las adulaciones de la Europa entera. Aquél suceso excitó indecible alegría; creyóse que el emperador se dejaria dominar por sentimientos pacíficos y de conservacion; pero no sucedió así; embriagado de felicidad, era por fin dueño del porvenir! jefe de una dinastía, descansaria en el panteon de San Dionisio; desde aquel momento descansaba en él su sistema dinástico que hasta entonces habia apoyado en hermanos ingratos, cuya absurda resistencia habia tenido que vencer mas de una vez.

La gran idea del sistema dinástico era asegurar la ejecucion de los decretos contra la Inglaterra, y por consiguiente, producir la paz. Napoleon no habia elevado á sus hermanos deseoso de favorecerles, sino que lo habia hecho para él, para el bloqueo continental, para la Francia. «Hijo mio, dijo un dia al hijo de Luis á quien hiciera gran duque de Berg, en cualquier posicion en que mi política y el interés de mi imperio os coloquen, no olvideis jamás que vuestro primer deber es servirme y el segundo servir á la Francia; vuestras demás obligaciones, aun las que os ligen con los pueblos que quizás os confie, ocupan un lugar secundario.» Sin embargo, José, Luis, Gerónimo y Murat habian tomado sus dignidades por lo sério: apenas llegados á sus reinos, consideráronse como destinados á fundar una dinastía, y hablaron á sus pueblos con el tono que habrian usado los descendientes de veinte reyes; pensando únicamente en bienquistarse con ellos, en mostrarse español, holandés, napolitano, abrazaron con ardor sus odios, sus amistades, sus preocupaciones y sus intereses, hasta el punto de que llegaron á aislarse completamente de la Francia, á unirse con sus enemigos, y á hacer traicion á su patria y á su hermano. Toda su ambicion se cifró en hacerse independientes, en sacudir la dominacion de su bienhechor, en rom-

per sus lazos con la Francia, y en tener con ella iguales relaciones que las familias soberanas á las que sucedian. Así pues la Francia habia hecho diez revoluciones y ganado cien batallas únicamente en provecho de los hermanos de Napoleon, en provecho de su grandeza personal, y para que pudieran imperar y constituir una dinastía en Amsterdam, en Nápoles y en Madrid. Habíamos conquistado reinos para tener algunos enemigos mas en vez de aliados familiares! «Luego que nombraba un rey, decia el cautivo de Santa Helena, crefase rey por la gracia de Dios, tan epidémica es esta palabra. No era ya un teniente en quien pudiese confiar, sino otro enemigo con quien debia guerrear. Sus esfuerzos no se dirigian á secundarme, sino á hacerse independiente. Todos abrigaban la manía de creerse adorados, preferidos á mí; yo era para ellos un estorbo y un peligro. Si en vez de suceder así, cada uno de ellos hubiese impreso un impulso comun á las diferentes masas que les habia confiado, habríamos marchado hasta el polo; todo se habria inclinado ante nosotros, habríamos cambiado la faz del mundo, y la Europa gozaria de un nuevo sistema!»

La Holanda, trasformada en reino, se habia convertido en enemiga de la Francia, á quien con tanta fidelidad sirviera mientras se conservó república; los franceses eran insultados, hablábase de celebrar alianza con la Inglaterra, y recordábanse las afrentas inferidas á Luis XIV por los mercaderes de Amsterdam. No habia estado que mas sufriera á causa del bloqueo continental, pero tampoco habia otro que lo violara mas abiertamente. Luis era un hombre apacible é ilustrado que en tiempos ordinarios habria gobernado perfectamente aquel país; pero deseoso de bienquistarse con sus súbditos, favorecia al contrabando, y la Holanda era el depósito de las mercancías inglesas destinadas al Continente. Napoleon le dirigió severas reconvenciones: «Vuestro reino es una provincia inglesa, le dijo; pero bajo pretexto alguno, sufrirá la Francia que la Holanda se separe de la causa Continental.» Hizo mas, proscribió toda mercancía procedente de Holanda, amenazó á Luis con reunir su reino á la Francia, y por último le llamó á París: «Colocándoos en el trono de Holanda, dijo, cref sentar en él á un ciudadano francés amante de la grandeza de su nacion, y tan celoso como yo de los intereses de

la madre patria; pero léjos de eso, habeis forzado vuestra razon y torcido vuestra conciencia, para convenceros de que sois holandeses.» Reconvínole tambien por las injurias que recibia la Francia de un país que debia á los reyes franceses su existencia primitiva. «Debeis tener entendido que no me separo de mis predecesores, y que desde Clodoveo hasta la junta de salvacion pública, me considero solidario de todo...» Finalmente, hizole firmar un tratado por el cual se obligaba la Holanda á no tener comercio ni comunicacion alguna con la Inglaterra; el Brabante meridional y la Zelandia eran cedidos á la Francia y el thalweg del Wahal se convertia en límite de los dos estados; diez y ocho mil hombres de tropas francesas se hallaban encargados de la defensa de las costas y de las embocaduras de los rios. Luis se retiró á su reino, decidido á resistir y aun á hacer la guerra á la Francia; Napoleon, irritado, envió tropas para ocupar Amsterdam; Luis abdicó en favor de su hijo y se fugó á los estados austriacos (1.º de julio de 1810), desde donde envió una violenta protesta contra «la insoportable tiranía y la insaciable ambicion de su hermano.» Napoleon que no podia devolver á la Holanda su independencia sin entregarla á los ingleses, reunió aquel reino á su imperio (10 de julio); «Semejante acto, dijo, completa mi sistema de guerra, de política y de comercio; por otra parte aquel país es realmente una porcion de la Francia, puesto que no era mas que el aluvion del Rhin, del Meuse y del Escalda, es decir, de las grandes arterias del imperio; y por fin, es este un paso necesario para la restauracion de nuestra marina, y un golpe mortal asestado á la Inglaterra.» La Holanda fué dividida en nueve departamentos, nombróse á Lebrun por su gobernador general, y Amsterdam fué declarada la tercera ciudad del imperio. La conquista de la Holanda justificó las declamaciones de los reyes contra la ambicion del emperador, desacreditóle como tirano de su familia, y fué tan reprobada en Francia como en Holanda.

Gerónimo no era mas feliz en Westfalia, reino compuesto de pueblos distintos, agobiado de miseria, cargado con una deuda de 20 millones de dotaciones, y minado por las sociedades secretas. Pródigo, frívolo y vano, Gerónimo dábase aires de rey, hacia inmensos gastos, armaba hermosos regimientos de caballe-

ría, y contestaba á las reconvenções del emperador amenazándole con su abdicacion. «Semejante estado de cosas tuvo fin, dice Napoleon, con la intimacion que le dirigí de que enviara poderes para tratar de la toma de posesion del reino.» Algun tiempo despues acudióle decir que el Hannover le reportaba más perjuicios que ventajas, y anulado al momento el tratado de cesion, el emperador se posesionó otra vez de la indicada provincia. No fué esto todo: el senado-consulta que confirmó la reunion de Holanda (1) (13 de diciembre de 1810) la añadió á ella como accesorio, sin preámbulo y sin preparacion de ninguna clase, «la costa que se extiende desde el Ems hasta el Elba y las ciudades anseáticas;» lo que arrebatava quinientas mil almas á la Westfalia, una parte del ducado de Berg, el ducado de Aremberg, el principado de Salm, el ducado de Oldenburgo, el de Lauenburgo y las ciudades de Brema, de Hamburgo y de Lubeck. «Un nuevo orden de cosas rige el universo, dijo el emperador; en la necesidad de adquirir nuevas garantias, la reunion al imperio de las bocas del Escalda, del Meuse, del Rhin, del Ems, del Wesser y del Elba me ha parecido ser la primera y la mas importante. Los principes á quienes tal vez perjudique esta gran medida que exige la necesidad de apoyar en el Báltico la derecha de las fronteras de mi imperio, serán indemnizados.» Los países incorporados formaron cinco departamentos, de los cuales Davoust fué nombrado gobernador general. Hasta entonces las incorporaciones habian sido justificadas y hechas con ciertas precauciones; pero esta fué repentina, violenta, sin otra razon que cerrar unas costas que la posesion de Heligoland habia abierto en parte á los ingleses; además, no se anunció como una medida de guerra y una usurpacion temporal, sino como permanente y definitiva, aunque entrase sin duda en las intenciones de Napoleon el devolver aquellos países al celebrarse la paz general. Aquella anexion fué el acto que mayor indignacion excitó contra la Francia á quien se creia insaciable, y la Alemania se consideró destinada á una infame servidumbre: «La fermentacion de los ánimos, es-

(1) El mismo senado consulta reunia tambien el Valais con el que se formó el departamento del Simplon: «Aquel acto era la consecuencia lógica de las inmensas obras que la Francia realizaba hacia diez años en aquella parte de los Alpes.»

cribia Gerónimo á su hermano, ha llegado á su colmo; trátase de imitar el ejemplo de la España, y si llega á estallar la guerra, el territorio comprendido entre el Rhin y el Oder, serán el foco de una vasta y activa insurreccion. La causa primera del general encono, no estriba únicamente en el odio contra los franceses y en la ira que causa el yugo extranjero; está tambien y con mas fuerza aun en lo calamitoso de los tiempos, en la ruina de todos las clases de la sociedad, en las contribuciones cada dia mas crecidas, en el continuo paso de soldados, y en las vejaciones que sin cesar se cometen.»

§ V.—*Relaciones de Napoleon con los reyes de Nápoles y de España.—Campaññas de 1810 y 1811 en España.*—Joaquín Murat habia sido muy bien recibido en Nápoles, y aunque no era mas que un arrogante húsar, y segun decia Napoleon, «una cabeza vacía,» parecia creado para reinar sobre los lazzaroni por su marcial continente, su aspecto de rey de comedia, y su aficion al fausto y aparato. Justo es decir que su gobierno fué el mejor que hubiese tenido aquel país; pero tambien él se convirtió en napolitano, y separó sus intereses de los intereses de Francia; creíase destinado á ser el protector de la independenciam italiana contra el emperador, idea ambiciosa que le precipitó mas tarde en fatales resoluciones, y finalmente quiso obligar á los franceses que le habian seguido, á naturalizarse en Nápoles. Napoleon, irritado, declaró á todos los ciudadanos franceses ciudadanos de derecho del reino de Nápoles, «pues aquel reino, dijo, forma parte del grande imperio, y el príncipe que allí reina ha sido elevado al trono por los esfuerzos y la sangre francesa;» envió un cuerpo de ejército para ocupar Gaeta, y nombró al mariscal Perignon gobernador de Nápoles. «Si resiste, dijo aludiendo á su cuñado, cesa de reinar.» Murat se sometió, y Napoleon le recordó con severidad sus deberes de *gran feudatario*, consistentes en observar la constitucion, en aprontar un contingente, en observar el sistema continental, y en inspirar al ejército de Nápoles un espíritu francés. «La Francia, le dijo al colocar en Nápoles á un gran dignatario del imperio, ha entendido crear un rey que no cesase de ser francés, y que mirase como uno de sus mas hermosos derechos, y como uno de sus primeros deberes, el hacer amar á los franceses, el enseñar á los napolitanos que su causa

es la causa de la Francia... El rey Joaquin se engaña si cree reinar en Nápoles á no. ser por mi voluntad y el bien general del imperio....»

José se hallaba animado de iguales tendencias; mientras que la Francia se esforzaba en conquistarle un trono, conspiraba con sus consejeros españoles para unirse con la Inglaterra y atraer á sí á sus *pueblos extraviados*; negociaba con los insurrectos, y publicaba proclamas en las que se presentaba como mediador entre la España y la Francia. Napoleón, así para neutralizar la mala política de su hermano como para suplir su incapacidad militar, erigió la mayor parte de las provincias españolas en gobiernos independientes, en los cuales reunían los generales, los poderes civil, judicial y militar sin deber dar cuenta á nadie sino á él mismo; medida que fundó en la necesidad de preparar la anexión á la Francia de la orilla izquierda del Ebro, y quizás también de todo el territorio hasta el Duero. «Lo mismo me importa Fernando ó José, decía, con tal de que la España no pertenezca á la Inglaterra.» José ofreció su abdicación, pero Napoleón la rechazó, para no complicar la cuestión española mientras durase la guerra.

La junta suprema, abandonada por Wellington, persistía en el proyecto de marchar contra Madrid, y organizó un ejército de sesenta mil hombres que se adelantó por la Mancha. Soult que había sido nombrado por Napoleón jefe de estado mayor de José, salió al encuentro de los españoles con veinte y ocho mil hombres, atacóles en Ocaña, y les puso en completa derrota (19 de noviembre de 1809): cinco mil muertos, veinte y cinco mil prisioneros, y sesenta cañones fueron los trofeos de aquella victoria, que en cualquier otra guerra habría decidido de la suerte del país. Completola además la derrota de las tropas de el del Parque, dispersadas en Alba de Tormes por el cuerpo de Ney, mandado interinamente por Kellermann (28 de noviembre); mas para hacer fructuosas las victorias de los ejércitos de España, faltaba que Napoleón se hubiese encontrado entre ellos; retenido en Francia por su matrimonio, y por los temores que le inspiraba la Rusia, contentóse con enviar á la Península parte del grande ejército, y olvidando su principio de la unidad de ejército, de objeto y de mando, dividió los trescientos mil hombres

que se hallaban entonces en España en diferentes ejércitos, haciendo á sus generales independientes entre sí. Sus discordias frustraron su plan general de operaciones.

La suerte de la guerra dependia por completo de la expulsion de los ingleses, así es que se destinaron dos ejércitos para invadir el Portugal por los dos caminos de Ciudad Rodrigo y Badajoz: el primero y principal, mandado por Massena, se componia de los cuerpos de Ney, Reynier y Junot, y formaba un total de sesenta mil hombres; el segundo, mandado por José y Soult, componíase de los cuerpos de Victor, Sebastiani y Mortier, y formaba un total de cincuenta mil hombres. Varios cuerpos destacados en los valles superiores del Ebro, del Duero y del Tago, formando un total de setenta mil hombres, dominaban Castilla y mantenian las relaciones con la Francia; treinta y cinco mil hombres se hallaban de reserva en el Bidasoa, y finalmente, dos ejércitos de cuarenta y cinco mil hombres cada uno, á las órdenes de Suchet y Augereau, se hallaban encargados de someter las provincias del Este.

Soult, que no queria servir de segundo á Massena, se anticipó á las disposiciones del emperador relativas á la conquista de Portugal: luego despues de la batalla de Ocaña, que le habia abierto las puertas de Andalucía, resolvió, de acuerdo con José, conquistar el mediodía del reino, centro del gobierno de los insurrectos, y apoderarse de Cádiz, foco de la guerra. Los ejércitos españoles se hallaban desorganizados por sus continuas derrotas, y la Sierra Morena fué atravesada casi sin obstáculo alguno: Victor, que formaba el ala derecha, marchó contra Córdoba; Soult, colocado en el centro, contra Andujar; y Sebastiani, en la izquierda, contra Ubeda, desde allí contra Granada, y en fin contra Málaga, sosteniendo insignificantes combates. En tanto, Sevilla era presa de la mayor anarquía; la junta se habia disuelto, y el pueblo que pretendia defender la ciudad habia llenado las calles de barricadas. José perdió un tiempo precioso en obligarla á capitular y en hacer en ella una entrada triunfal, en vez de marchar rápidamente á Cadiz, que carecia de guarnicion (31 de enero de 1810). Los restos del gobierno y del ejército español pudieron refugiarse en sus muros, y al llegar las tropas francesas delante de la isla de Leon, hallaron cortado

el puente de Suazo, y Cádiz al abrigo de toda sorpresa (5 de febrero). El emperador dió á Soult el mando superior del ejército del Mediodía, y le ordenó apoderarse de Badajoz á fin de preparar la expedición de Portugal; pero aquel mariscal confió á Victor el bloqueo de Cádiz, dejó á Sebastiani el cuidado de observar á Gibraltar y conquistar la provincia de Murcia, y se ocupó exclusivamente en someter la Andalucía, donde las tropas francesas, aunque hostigadas por bandas salidas de Portugal, de Extremadura y de Murcia, habían sido recibidas con el encono que encontraron en las demás provincias. Pasado un año los soldados de la Francia no tenían con quien combatir, y Soult se había creado allí una verdadera soberanía, mientras José, reducido al mando de algunos cuerpos en Castilla, volvía á Madrid pesaroso de la independencia de su segundo en una provincia donde se había creído popular.

Wellington permaneció ocho meses en la inacción sin alarmarse por la conquista de Andalucía; su empresa de Talavera le había demostrado que no podía intentarse cosa alguna en el centro de la Península, antes de poseer un seguro refugio y una más eficaz cooperación por parte de los ejércitos españoles. El Portugal debía ser la base de todas sus operaciones, y se preparaba á recibir en él á Massena, reuniendo refuerzos, disciplinando á los portugueses y fortificando las cercanías de Lisboa. Massena, cuya expedición había sido retardada por la marcha de Soult á Andalucía, operó en un principio con objeto de asegurar sus flancos y su base de operaciones; así, Junot venció á los insurrectos de Asturias y se apoderó de Astorga; Reynier se dirigió á Extremadura para entrar en comunicaciones con el ejército del Mediodía, y Ney entró en Ciudad Rodrigo (10 de julio de 1810). Hecho esto, Massena reunió sus tres cuerpos y marchó contra Almeida á la que puso sitio; Wellington, que se encontraba en la frontera con sesenta y cinco mil anglo-portugueses, no hizo demostración alguna para impedir la capitulación de la plaza, pero al ver á Massena dirigirse desde Celerico á Viseo, replegó sus fuerzas, pasó el Mondego, y tomó posición en la eminencia de Busaco, que domina el camino de Coimbra. Los franceses escalaron la montaña y desordenaron la primera línea enemiga, pero rechazados por tropas descansadas y por

un nutrido fuego de metralla, retrocedieron despues de perder cuatro mil hombres. Entonces tomaron una senda extraviada que rodeaba el monte, y por medio de un movimiento de flanco delante del ejército inglés llegaron á Coimbra. Wellington habia evacuado ya su posicion, y se retiraba á sus líneas de Torres Vedras (9 de octubre), mandando á los portugueses bajo pena de muerte que abandonasen sus pueblos y aldeas, cortasen los caminos, y destruyesen los víveres, y de este modo entró en Lisboa una poblacion de quinientos mil individuos, empujados por las tropas que mataban á los que resistian. El ejército francés continuó su marcha á través de un país desierto y devastado, y llegó á Alanquer delante del campamento atrincherado de Torres Vedras, en el que se trabajaba hacia un año. Aquel campo, flanqueado á la derecha por el Tajo y á la izquierda por el mar, situado en las dos vertientes de las montañas, y de una extension de diez y seis leguas, componíase de tres líneas defendidas por cien mil hombres, ciento seis reductos y trescientos setenta cañones, y hallábase proveido con abundancia por los buques ingleses y por la via de Lisboa. Massena intentó bloquear á los ingleses, pero luego se retiró á Santaren, donde se fortificó, esperando los refuerzos del ejército de reserva. Sin embargo, Portugal, Extremadura y Castilla se encontraban llenas de partidas armadas, y solo trabando continuos combates, pudo Drouet, que mandaba la reserva, llegar á Leyria con doce mil hombres. Cinco meses duró aquella situacion sin que Wellington tomase la ofensiva; el ejército francés se dividia en pequeñas columnas para ir en busca de víveres á una distancia hasta de cincuenta leguas; habia adquirido costumbres salvajes, nómadas, y solo podia existir merced á prodigios de astucia y de valor; encontrábase en el mas miserable estado, hostigábanle sin cesar los insurrectos, y acusaba en alta voz á su general, el cual si bien mal secundado por sus tenientes, no mostró en esa campaña el talento ni la energía del héroe de Zurich y de Essling.

El ejército francés no tenia mas esperanza que ver llegar á Soult por la orilla izquierda del Tajo. Este habia recibido en efecto órdenes del emperadõr para que entrase en Portugal, pero antes era preciso apoderarse de Olivenza y de Badajoz; la prime-

ra plaza solo se resistió doce días (22 de enero de 1811); la segunda contaba con una guarnición de quince mil hombres, y fué socorrida por un ejército español. Soult dispersó á esas fuerzas en el Gebora y obligó á la ciudad á rendirse (10 de marzo), pero en aquel momento tuvo que volver á Andalucía á causa de una tentativa de los aliados contra el cuerpo de Victor: diez y ocho mil ingleses salidos de Gibraltar debían reunirse con quince mil españoles salidos de Cádiz para forzar la línea de bloqueo; pero los dos ejércitos aliados no lograron ponerse de acuerdo, y Victor, aunque vencido en Chiclana, volvió á poner sitio á la isla de Leon (5 de marzo).

En tanto que Badajoz sucumbía, Massena, desprovisto enteramente de víveres, con su ejército reducido á veinte y ocho mil hombres, y viendo que Drouet se ponía en retirada, resolvió regresar á España, para lo cual levantó en secreto su campo y emprendió la marcha por el camino de Coimbra (4 de marzo); mas Wellington salió en su persecución, atacó su retaguardia en Pombal y en Redinha, y le obligó, ocupando á Coimbra, á dirigirse á Miranda y desde allí á Celerico. Ney tuvo todo el honor de tan penosa retirada, y supo inspirar nuevo valor al ejército francés, desalentado y desprovisto de todo, llegando por fin á Almeida. Massena habría querido mantenerse bajo los muros de aquella plaza, y procurar entrar en comunicaciones con Soult; pero sus tropas se negaron á obedecerle, y después de otra derrota en el Coa, retrocedió hasta Ciudad Rodrigo, abandonando Almeida á sus propias fuerzas. El enemigo atacó la plaza sin pérdida de momento; Massena que había recibido algunos refuerzos, se adelantó para libertarla, pero encontró á Wellington en una magnífica posición, en la eminencia de Fuente-di-Onor; atacóle, pero mal secundado por sus tropas descontentas, fué rechazado. Brenier, gobernador de Almeida, que vió la plaza perdida, voló las murallas durante la noche, y en medio de aquella destrucción, atravesó el ejército inglés con su guarnición y se reunió con Massena (10 de mayo).

Luego que el ejército francés empezó su retirada, Beresford con treinta mil portugueses, había marchado desde Portalegre á Elvas, y desde allí á Olivenza, de la que se apoderó, poniendo luego sitio á Badajoz. Soult acudió con veinte mil hombres en

auxilio de la plaza, y despues de una batalla indecisa en Albuera, se retiró á Llerena (16 de mayo). Wellington se reunió con Beresford y comunicó nueva actividad á los trabajos de sitio, pero en aquel tiempo, Marmont, sucesor de Massena, se puso en marcha hácia Mérida, y se reunió con Soult, mientras que Drouet llegaba por Almaraz. El ejército inglés, reducido á la mitad desde su salida de Torres Vedras y amenazado por fuerzas superiores, levantó el sitio de Badajoz, y se retiró á Portugal (18 de junio). Soult y Marmont se separaron: el primero marchó á sofocar la sublevacion de Andalucía, y dispersando á las bandas españolas, libertó á Granada, y obligó á los ingleses á retirarse á Gibraltar; el segundo volvió á Salamanca, incorporó á su ejército varios cuerpos destacados en el Ebro superior, y se dirigió contra Wellington que acababa de sitiar á Ciudad Rodrigo; obligóle á retirarse, y como habia llegado el invierno, tomó sus cuarteles en Salamanca. Entonces el general inglés salió repentinamente de Almeida, avanzó hácia Ciudad Rodrigo, y antes de que Marmont hubiese reunido sus tropas, se apoderó de la plaza, y se retiró á Portugal (20 de enero de 1812). Dos meses despues marchó contra Badajoz, no prestó la menor atencion á los esfuerzos de Soult para apartarle de aquella plaza, y la tomó por asalto, á pesar de la heroica defensa del gobernador Philippon, á quien hizo traicion un batallon aleman (6 de abril); en seguida se apoderó del puente de Almaraz, único punto por donde podian comunicar Soult y Marmont, y apoyado en la excelente base que le ofrecian Ciudad Rodrigo y Badajoz, se preparó á tomar la ofensiva en el centro de la Península.

La discordia de los generales era la causa primera de tantos reveses; cada uno de ellos pretendia aislarse en su gobierno, y esto introducía vaguedad é incertidumbre en las operaciones generales, al mismo tiempo que pudo conocerse la importancia de la unidad de mando por los triunfos de Suchet en las provincias del Este, provincias en que las bandas insurrectas eran mas numerosas, mas aguerridas y mas temibles que en otro punto alguno, y donde los ejércitos franceses solo eran dueños del terreno que pisaban.

Suchet se dirigió á Valencia para hacer una diversion favorable á la conquista de Andalucía; pero rechazado delante de aquella

ciudad, volvió á Aragon á través de masas de insurrectos, y solo pensó en preparar la sumision de las provincias del Este con la toma de las ciudades del bajo Ebro. Lérida, Mequinenza y Morella cayeron sucesivamente en su poder (13 de mayo y 8 de junio de 1810), y esas tres plazas le sirvieron de base para operar contra Cataluña y Valencia, empezando por dirigirse contra Tortosa. Augereau que habia sucedido á Gouvion Saint-Cir, mostró en su mando tanto orgullo como incapacidad, y sus hazañas se limitaron á apoderarse de Hostalrich, despues de cuatro meses de sitio. Macdonald fué su sucesor, y si bien protegió el sitio de Tortosa contra los guerrilleros, perdió la mitad de su ejército en aquella guerra de emboscadas, en la que no tenia conocimiento alguno. Tortosa capituló despues de un sitio de dos meses (2 de enero de 1811), y Suchet dirigióse entonces contra Tarragona, último baluarte de los catalanes. Aquel sitio fué el mas terrible de la guerra, ó por mejor decir, fué un continuo combate de cincuenta y cuatro dias, en el que así la guarnicion como los habitantes mostraron tan heróica obstinacion como los de Gerona y Zaragoza; finalmente la ciudad fué tomada por asalto, y diez mil hombres estrechados entre el mar y los vencedores depusieron las armas (28 de junio). Suchet, nombrado mariscal y comandante general de las provincias del Este, introdujo refuerzos en Barcelona, se apoderó de Monserrate, gran depósito de municiones de los insurrectos, y esperó la rendicion de Figueras, plaza que los catalanes habian sorprendido, y que Macdonald redujo por hambre. Entonces se dirigió á Valencia, cuya conquista debia ponerle en comunicacion con Sebastiani y aseguraba la posesion de toda la costa hasta Cádiz, operacion de la mas alta importancia que podia cambiar la faz de la guerra. Los valencianos hicieron formidables preparativos de defensa, y Blake fué enviado con refuerzos á aquella provincia. Suchet llegó á Murviedro y puso sitio al castillo que se levanta sobre las ruinas de Sagunto; Blake acudió en auxilio de la plaza con veinte y cinco mil hombres, pero fué derrotado, y Sagunto capituló. Suchet, que habia recibido refuerzos, dispersó sucesivamente á todas las divisiones españolas (25 de octubre), y atacando luego la ciudad, la obligó á capitular despues de un sitio de doce dias (26 de diciembre). Blake, veinte mil hombres y trescientas piezas de

artillería é inmensas provisiones, fueron el resultado de aquella conquista.

Los españoles empezaban á cansarse de aquella guerra, pues además de no amar á los ingleses, de quienes se habian convertido en vasallos, deseaban poner término á la anarquía en que se hallaba sumido el país, é impregnándose á pesar suyo en las ideas francesas, parecia posible y próxima una conciliacion. Un gran acontecimiento que abrió en España una nueva era, hizo esperar el término de tantos males; las cortes, convocadas por la junta de Sevilla se habian reunido en Cadiz (24 de setiembre de 1810), y declararon que la soberanía reside en la nacion, abolieron el feudalismo, y redactaron por fin una constitucion casi republicana, que fué proclamada en 19 de marzo de 1812. De las ideas francesas á una dinastía francesa, habia muy poca distancia, y en efecto aquella asamblea llamada monstruosa por los enemigos de la Francia, entabló con José, á pesar de haber reconocido á Fernando VII, negociaciones secretas, que quedaron frustradas por los acontecimientos de la guerra.

§. VI.—*Progreso del bloqueo continental.*—*Angustiosa situacion de la Inglaterra.*—La conquista de España habia sido emprendida para completar el bloqueo continental, pero así en Europa como en España, experimentaba aquel sistema insuperables obstáculos. Esto no obstante, Napoleon habia trabado con las mercancías inglesas una lucha de todos los momentos, y como los neutrales y especialmente los americanos, cuya avidez mercantil se sometia á todas las exigencias de la tiranía británica, se habian convertido en factores del tráfico inglés, confinó sus buques y llegó á proscribir el comercio de todo el universo; ordenó quemar en todas partes las mercancías inglesas (27 de agosto de 1810), siendo destruidas por valor de 1100 millones: estableció para el contrabando un código especial, treinta y cuatro tribunales de aduanas, un ejército de aduaneros, y la mas tiránica y minuciosa policía. Tales medidas eran causa de grandes sufrimientos y acarreaban violentas quejas: los Estados-Unidos hacian vivas reclamaciones; los pueblos marítimos, y los holandeses en especial, se hallaban dispuestos á la rebelion; nuestro comercio marítimo se reducía á un miserable cabotaje; nuestros buques se pudrian en los puertos, y no posefamos colonia alguna, pues

la Guadalupe y las islas de Francia y de Borbon habian sido tomadas en 1810. Napoleon se vió obligado á violar él mismo un sistema para aliviar las privaciones de sus súbditos, favorecer la salida de los productos industriales del continente, y aumentar la renta de aduanas, y concedió licencia á ciertos comerciantes para importar en el imperio géneros coloniales, con la condicion de que exportasen por un valor igual de productos de fábricas francesas. La Inglaterra hizo lo mismo porque tenia necesidad de nuestro trigo y de nuestro vino, bajo igual condicion; pero como los productos manufacturados de la Francia eran prohibidos en Inglaterra, y los de Inglaterra en Francia, los provistos de licencia arrojaban al agua al entrar en el puerto, donde querian cargar, los ingleses de trigo y de vino, los Franceses de azucar y de café, los productos industriales que exportáran de su país. Jamás, en los tiempos modernos, habia experimentado el comercio mayor malestar; pero en definitiva, el bloqueo continental, á pesar de las licencias, del contrabando, de las quejas de los pueblos y de la guerra de España, habia tenido un completo éxito; otro año de sufrimientos y rigores, y Napoleon conseguia su objeto: «el nuevo derecho público quedaba definitivamente sentado para el imperio francés y para la Europa toda.» La Inglaterra se encontraba en la mas angustiosa situacion que pueda imaginarse: su hacienda se hallaba en el mayor desorden; su deuda habia aumentado de nueve mil millones en el espacio de diez años; sus gastos excedian constantemente á sus rentas; estaba atestada de géneros coloniales y de manufacturas de algodón; los Estados-Unidos, que en su provecho habian obtenido de Napoleon la revocacion de sus decretos, se preparaban á hacerle la guerra para la independenciam de su pabellon; los proletarios, sumidos en los horrores del hambre, á pesar de un subsidio de 180 millones dado por el gobierno á los fabricantes, rompian las máquinas y atacaban las propiedades, y finalmente el ministerio relegó á los pontones los prisioneros franceses, «deseoso de alejarles de tierra, por ver á una parte de la poblacion muy dispuesta á fraternizar con ellos (1).» Así las cosas, era imposible que Napoleon no abrigase gran confianza en

(1) Las Casas, t. VII, p. 146.

el porvenir, en su fortuna y en su genio: á mantenerse la paz continental, la Inglaterra hubiera debido pedir gracia, el sistema francés habria triunfado, las nuevas ideas tomaban posesion del mundo, y la obra de la revolucion propagada por la dictadura imperial habria quedado completa. Sin embargo, la humanidad que en veinte años habia recorrido el camino de diez siglos, no se lanza al progreso con tan rápida carrera sin tener momentos de reaccion, y debia ser conducida otra vez mediante terribles sacudimientos á su punto de partida, para emprender de nuevo la misma senda lenta y penosamente. La aristocracia inglesa despertó en los hielos del Norte á la gran enemiga de la Francia, á la que se halla en oposicion con ella por las ideas, los principios y los intereses, aquella cuyo antagonismo habia creido desarmar Napoleon con los mayores sacrificios: la Rusia iba á empuñar las armas para no deponerlas hasta haber vencido al emperador, á la Francia y á la revolucion.

§. VII.—*Rompimiento entre la Francia y la Rusia.*—Desde el tratado de Viena, habia cierta tibieza entre los amigos de Erfurth; Alejandro, á pesar de haber tomado su parte de los despojos del Austria, habia manifestado gran disgusto por el engrandecimiento del ducado de Varsovia, que consideraba como una violacion del tratado de Tilsitt. «Escasa recompensa tengo, decia, de haber secundado á Napoleon en la guerra: la anexion de dos millones de almas al gran ducado aumentará el poder de ese Estado, y dará nuevo pábulo á la idea de sus habitantes, idea de que participa todo el mundo, de que se halla destinado á convertirse en un reino de Polonia. Otro desenlace debia yo esperar.» Napoleon se esforzó en tranquilizarle por todos los medios posibles, y le escribió «aprobar que los nombres de Polonia y de polacos desapareciesen, no solo de toda transaccion política, sino también de la historia» (20 de octubre de 1809). Alejandro le exigió sobre este punto un tratado formal, «en el cual estaba invariablemente empeñado,» y redactó el primer artículo en estos extraños términos: «El reino de Polonia no será jamás restablecido» (4 de enero de 1810). Napoleon se negó á pronunciar semejante sentencia, por la cual se obligaba por sí y sus sucesores, no solo á no restablecer la Polonia, sino á impedir que otros la restableciesen, y redactó el artículo del modo siguiente: «El empe-

rador de los franceses se obliga á no favorecer empresa alguna que tienda á restablecer el reino de Polonia; á no prestar auxilio á la potencia que lo intentase, ni apoyo directo ó indirecto á una insurreccion de las provincias que componen dicho reino.» Alejandro rechazó semejante redaccion, que era sin embargo muy explícita, y persistió en su fórmula, celebrándose en aquel intervalo el enlace de Napoleon con María Luisa. El czar sintió por aquel suceso violenta cólera; consideró rota su alianza, y continuó la discusion como si buscase un motivo de guerra con una acritud que rayó en violencia y en insulto, queriendo que Napoleon aceptase su fallo contra la Polonia sin modificacion alguna. El emperador escribió lo siguiente á su embajador, M. de Caulaincourt (1.º de julio): «¿Qué pretende la Rusia con semejante lenguaje? desea por ventura la guerra? Porque tantas quejas é injuriosas sospechas? Si hubiese sido mi intencion restablecer la Polonia, lo habria dicho, y no habria retirado mis tropas de Alemania. Quiere acaso prepararme para su defeccion? El dia en que la Rusia se halle en paz con la Inglaterra, se hallará en guerra conmigo? ¿Acaso no ha recogido la Rusia los frutos todos de la alianza? No se ha convertido la Finlandia, cuya desmembracion apenas se atrevia á ambicionar Catalina II, en una provincia rusa? Permanecerian rusas, á no subsistir la alianza, la Moldavia y la Valaquia? Y por el contrario, ¿de qué me ha servido la alianza? No le debo mis triunfos en la guerra de Austria, pues me encontraba en Viena antes de que se hallase reunido el ejército ruso; y yo no me he quejado, menos deben quejarse de mí. No pretendo restablecer la Polonia, ni ir á consumir mi destino en las arenas de sus desiertos; quiero y debo consagrarme á la Francia y á sus intereses, y jamás empuñaré las armas, á menos de que se me obligue á ello, por intereses extraños á mis pueblos; sin embargo, tampoco quiero deshonrarme, declarando que el reino de Polonia no será jamás restablecido, atraerme el ridículo, hablando el lenguaje de la Divinidad, ni mancillar mi memoria, poniendo el sello á tan maquiavélica política, pues declarar que la Polonia no será jamás restablecida, es mas que reconocer su desmembracion. No me es dable contraer el compromiso de armarme contra hombres que nada me han hecho, que por el contrario me han servido bien, y que siempre han manifestado há-

cia mí afecto y adhesión. No, no puedo declararme su enemigo, ni decir á los franceses: «Es preciso que derrameis vuestra sangre para poner á la Polonia bajo el yugo de la Rusia (1).»

Alejandro no insistió en su tratado sobre la Polonia, pero conservó su resentimiento, y sintió aumentar su cólera al tener noticia de la anexión de la Holanda, de las ciudades anseáticas, y sobre todo del ducado de Oldenburgo. Semejante medida era, no solo una infracción de los tratados, sino un ultraje directo á su familia, pues el duque de Oldenburgo era su cuñado, y halló en él la ocasión que buscaba desde el tratado de Viena. El czar no podía consentir en que el imperio francés enlazase á la Europa por los dos flancos, por las provincias Ilirias y las ciudades anseáticas, confinando por un lado con la Turquía y por el otro con la Rusia. «Desde entonces se ocupó en organizar secretamente sus medios de defensa, creyendo necesario reunir la mayor parte de sus fuerzas en la frontera occidental de su imperio (2).» Finalmente, aconsejado por la Inglaterra é impulsado por su nobleza, anunció de un modo indirecto á Napoleon que abandonaba su alianza, abandonando el sistema continental: un ukase de 31 de diciembre de 1810 autorizó la entrada de los géneros coloniales en los puertos rusos bajo pabellón neutral, prohibió la importación de los productos industriales de la Francia, impuso enormes derechos sobre los vinos franceses, y formó un ejército de ochenta mil hombres para asegurar la ejecución de su reglamento de aduanas. Las mercancías francesas fueron quemadas en los puertos rusos con gran regocijo de los ingleses, cuyo comercio respiró al encontrar un mercado de cuarenta millones de individuos.

La cólera de Napoleon llegó á su colmo: «Preferiría, dijo, recibir un bofetón, á ver entregados á las llamas los productos de la industria y del trabajo de mis súbditos... La Rusia no puede invadir nuestro territorio, y nos insulta en las producciones de nuestras artes!» Una viva discusión se entabló entre ambos emperadores, á causa del principado de Oldenburgo por una parte, y del ukase aduanero por la otra; al mismo tiempo que Alejandro renovó sus quejas con motivo «del cetro de la Polonia que

(1) Bignon, t. IX.

(2) Butturlin, t. I, p. 45.

era paseado por la frontera rusa.» Napoleon ofreció el principado de Erfurth en cambio de Oldenburgo, pero el czar rechazó su proposición; «las quejas proclamadas, dice Butturlin, solo versaban sobre puntos accesorios, y poco se habria adelantado consiguiendo por ellas satisfacion; la cuestion principal, la del poder dictatorial de la Francia sobre las demás potencias, solo podia ser resuelta por la fuerza de las armas.» El czar envió á todas las cortes una protesta contra la anexion de Oldenburgo, lo cual equivalia á anunciar el rompimiento de la alianza, á justificar de antemano la guerra que deseaba emprender, y á excitar á los enemigos de la Francia á una nueva coalicion. Napoleon le escribió lo siguiente: «El último ukase de V. M. está dirigido contra la Francia, así en su fondo como en su forma; la Europa entera lo ha considerado así, y nuestra alianza no existe ya en la opinion de la Inglaterra y de la Europa.» Esto no obstante vacilaba en declarar la guerra á la Rusia, á pesar de que la juzgaba necesaria hacia mucho tiempo para la fundacion de la nueva sociedad europea: «Ninguna de vuestras cuestiones vale un cañonazo, decia, es preciso que haya aquí alguna perfidia secreta, que nos revelarán en su dia el gabinete de Lóndres y los jefes del partido de la guerra en San Petersburgo.» En efecto, el gabinete británico, la nobleza rusa, la Europa entera, unidos contra el imperio francés, habian conseguido su objeto: Alejandro, que era el instrumento mas bien que el jefe de aquel partido, se hallaba rodeado, dominado de tal modo, que le era imposible ya retroceder; era preciso que Napoleon sucumbiera, aun cuando debiese sufrir la Rusia los mas espantosos desastres. Era aquel el último combate entre los dos principios que dividen todavía al mundo, los privilegios y la igualdad.

Ambas partes se prepararon para la guerra. Alejandro que tenia ya cien mil hombres en el Niemen, pensó sorprender á Napoleon, precipitándose en Polonia y arrastrando á la Prusia; pero el gabinete inglés le disuadió de semejante empresa, aconsejándole hacer una guerra nacional y defensiva, y atraer á su enemigo á una España del Norte. Napoleon hizo marchar hácia el Vístula su grande ejército y los contingentes de Italia y de Alemania; llamó á las armas los reclutas de 1811 y 1812, y como la Francia debía ocupar todas sus fuerzas activas en los dos extremos de

Europa, pidió al senado un decreto por el cual se organizó en tres clases la guardia nacional (13 de marzo de 1812): la primera, formada de hombres de veinte á veinte y seis años, se hallaba destinada á custodiar las fronteras; la segunda, formada de hombres de veinte y seis á cuarenta, á cubrir los departamentos, y la tercera, á cubrir las municipalidades.

§. VIII.—*Alianza de la Prusia y del Austria con la Francia.—Negociaciones con la Turquía y la Suecia.*—Napoleon buscó aliados: «Cuando vean los rusos, dijo, que la Prusia y el Austria, y probablemente la Suecia, se ponen á nuestro lado, y que los turcos se reaniman bajo nuestra influencia, supongo que no se abandonarán á la idea de desafiar mis iras.» «La Prusia ofreció unir irrevocablemente su suerte á la de la Francia;» y en efecto no tenia el rey otro medio para conservar su existencia, dice, Schæll, que ser aliado de aquel que como enemigo podia aniquilarle, y sacrificar sus mas caras inclinaciones á sus deberes de soberano. Federico Guillermo se obligó á aprontar contra la Rusia un contingente de veinte mil hombres (24 de febrero); pero un artículo del tratado reveló la desconfianza con que aceptaba Napoleon aquella forzosa alianza: «La Prusia, decíase en él, no hará leva ni movimiento militar alguno, ni reunirá tropas, mientras el ejército francés ocupe su territorio ó se halle en el territorio enemigo.» El mariscal Victor reunió treinta mil hombres en Berlin para asegurar las comunicaciones del ejército francés, vigilar al gobierno y ocupar las plazas. El Austria esperó á que solicitasen su alianza, y se apresuró á otorgarla, obligándose á aprontar treinta mil hombres contra la Rusia (14 de marzo). Napoleon le aseguró la Galitzia, en caso de que el reino de Polonia fuese restablecido, estipulando que dicho territorio podria ser permutado por las provincias ilirias.

El emperador debía establecer su base de operaciones sobre esos dos equívocos aliados, y confiaba además en la Turquía y en la Suecia para atacar á la Rusia por los flancos; sin embargo, ni la una ni otra habian olvidado el tratado de Erfurth, y debía expiar cruelmente los insensatos sacrificios que hiciera á la alianza rusa.

La Turquía habia sufrido nuevos reveses en las campañas de 1810 y 1811; la mayor parte de las plazas del Danubio habian

caído en poder del enemigo, y un ejército otomano había debido deponer las armas. El Divan solicitó la paz, y abrióse un congreso en Bucharest, y á pesar de que Napoleon procuró frustrar las negociaciones, enviando á Andreossy como embajador á Constantinopla, excitando al sultan Mahmoud á pasar el Danubio con cien mil hombres, y prometiéndole la restitucion de la Valaquia, de la Moldavia y de la Crimea, el Divan se hallaba dominado por el oro y las intrigas de la Inglaterra, y la Turquía, llamada por Napoleon «el pantano que le impedia envolver su derecha,» debía abandonarle en la ocasion decisiva.

La Suecia habia celebrado la paz con Francia y adheridose al bloqueo continental; Carlos XIII procuraba reanudar entre ambos estados las antiguas relaciones, y como no tenia sucesion y debía nombrar un príncipe real, pidió consejo á Napoleon, el cual apoyó la candidatura del rey de Dinamarca. Este era en efecto el rey que convenia á la política francesa, y la reunion de las tres coronas del Norte en una sola frente habria sido un gran revés para la Rusia; los suecos, empero, habrian creído volver bajo el yugo de los daneses de que les librara Gustavo Wasa en el siglo XVI, y Napoleon para no disgustar á su fatal amigo de Erfurth, se mostró resuelto á dejar la eleccion enteramente libre. «Con una sola palabra, escribian de Suecia, haria rey á quien quisiese, aun cuando fuera al rey de Dinamarca; pero se preferiria un general francés.» Así las cosas, algunos oficiales suecos que habian conocido á Bernadotte en Pomerania, presentaron su candidatura: Bernadotte era cuñado de José, creíase complacer á Napoleon, eligiendo á un general miembro de su familia para el cual habia creado el primer gran feudo, y por este debil indicio, Bernadotte fué elegido (21 de agosto de 1810). Carlos XIII se apresuró á participar al emperador un acontecimiento, «cuyo único fin era estrechar mas y mas la alianza entre la Francia y la Suecia,» y si bien Napoleon consideró la eleccion como «una prueba de afecto dada á su pueblo y á su ejército,» «experimentó un presentimiento penoso» al dar su permiso á Bernadotte. Este general, bajo pretexto de sentimientos republicanos, habia hecho á su gobierno una oposicion constante, habia conspirado varias veces durante el consulado, habíase mezclado en todas las intrigas de Fouché, y habia obser-

vado en la última campaña tan singular conducta, que Napoleon le despojó del mando. Apenas llegado á Suecia, embriagóse con los halagos de la Rusia, y trató de emanciparse del bloqueo continental: «No pretendo separarme de la Francia, contestó á las observaciones del emperador; pero quiero sí que la Francia me deje en paz, que no me oprima, y que sepa que puedo lanzar cincuenta mil hombres á Alemania...» y gracias á él la Pomerania se convirtió en el principal depósito de las mercancías inglesas. Finalmente, cuando Napoleon solicitó su alianza contra la Rusia, contestó: Necesitamos algo que nos recompense de la pérdida de la Finlandia, una frontera de que carecemos, la Noruega, que podríamos obtener de otra potencia que no fuese la Francia... Si el emperador me la da, le prometo aprontar cuarenta mil hombres, y cerrar la Suecia á todo el comercio inglés.» Napoleon rechazó con enojo semejante proposición, lo mismo que una demanda de subsidios, que era sin embargo muy motivada; por último, como el contrabando se hacia mas y mas activo, mandó ocupar la Pomerania por tropas francesas (27 de enero de 1812.) Al saberlo, exclamó Bernadotte: «Puesto que lo quiere, muy caro le ha de costar!» y se arrojó desde entonces en brazos de la Rusia y de la Inglaterra.

§. IX.—*Proyectos de Napoleon.—Composicion de los ejércitos.*—Las disposiciones de la Turquía y de la Suecia cambiaban todos los planes de la guerra; pero ambos estados tenian tan poderoso interés en unirse con la Francia, era tan propicia la ocasion que se les presentaba para reparar sus pérdidas, y aniquilar á su enemigo, que Napoleon no dudó de su auxilio luego de que hubiese entrado en campaña. La Francia se manifestaba muy hostil á la guerra, y la consideraba exclusivamente provocada por la ambicion del emperador; cansábase de aquellas vastas combinaciones que si importaban quizas á la civilizacion del mundo, exigian tan grandes sacrificios; temia el enemigo con quien iba á entrar en lucha, á aquella nacion semi-salvaje, valiente y entusiasta; asustábase la perspectiva de aquel país de bosques y lagunas, donde se pasa sin transicion de un estío violento á un invierno intolerable; de aquel imperio tan vasto y tan profundo, donde todas las combinaciones militares debian ser nuevas; de aquella potencia situada en el polo, junto á las eternas

nieves, vulnerable apenas durante la cuarta parte del año, y finalmente, de aquel gobierno despótico, que se limitaba á una amenazadora defensa, seguro de no retroceder ante sacrificio alguno. Napoleon nada sabia de aquella oposicion: la prensa estaba muda, á su alrededor solo se elevaban voces serviles, y así era que hablaba de la guerra con orgullo y alegría. «Aquella empresa era la suya, decia; la habia preparado con gran anticipacion, y ofuscaria á la de Egipto.» Contaba con otro Friedland, con un gran triunfo en Wilna ó en Witepsk, y dejaba entrever las razones secretas y la idea gigantesca de la expedicion: «El imperio francés, decia, goza en la actualidad de toda la energía de su existencia, y si no termina en este instante la constitucion política de la Europa, puede perder mañana las ventajas de su posicion y sucumbir en sus empresas (1).» Al ver á las razas romana y tudesca, á la Europa meridional, civilizada y sometida al sistema francés, marchar con él contra la raza esclava, contra aquella Europa nueva y bárbara, que amenazaba hacia un siglo el Mediodía, creíase destinado á arrojar á los escitas al Asia ó á introducir las ideas francesas entre los hielos del Norte. «Esa guerra, decia, es el complemento de todas las guerras de la revolucion;» siéntese impulsado á ella, «por un poder invisible, cuyos derechos é imperio reconoce, y que ha decidido esta cuestion como tantas otras (2).» Es la guerra de la civilizacion contra la barbarie, de los pueblos libres contra los pueblos esclavos, la que debe dar el golpe de gracia á la Europa antigua, destruyendo el poder que es su último sostén, su último representante; «la del buen sentido y de los verdaderos intereses, la del reposo y de la seguridad de todos; es puramente pacífica y conservadora, europea y continental. Despues de ella, quedará establecido el sistema europeo, la causa del siglo habrá triunfado, y la revolucion se encontrará terminada (3).»

Napoleon exige á Alejandro una explicacion definitiva acerca de sus armamentos (25 de febrero de 1812): «Espero, escribió á su embajador Lauriston, que los cuatrocientos cincuenta mil hombres que he puesto en movimiento y su inmenso aparato,

(1) Instruccion de 18 de abril al encargado de negocios en Varsovia.

(2) Carta á Alejandro de 28 de junio de 1812.

(3) Las Casas, t. VII, p. 90.

Inspirarán muy graves reflexiones al gabinete de San Petersburgo, le harán adoptar otra vez el sistema establecido en Tilsitt, y colocarán de nuevo á la Rusia en el estado de inferioridad en que se encontraba entonces.» La Rusia contesta con un ultimatum en el que pide la evacuacion de la Prusia, de Dantzig y de la Pomerania, una indemnizacion para el ducado de Oldenburgo, y la libertad de comercio para los neutrales (24 de abril). «Qué lenguaje! dijo Napoleon; el mismo habria usado Catalina con el último rey de Polonia!» Al mismo tiempo el embajador ruso pide sus pasaportes, y Alejandro fué á reunirse con su ejército en Wilna (9 de mayo), lo cual equivalia á una declaracion de guerra. Napoleon partió para Dresde, donde halló al emperador de Austria, al rey de Prusia y á la mayor parte de los príncipes de la confederacion, que se colmaron de protestas de amistad y adhesion; desvanecido con su poder, con aquella corte de reyes, con la Europa que marchaba trás él, dijo: «Jamás podrá presentarse un conjunto de circunstancias mas favorables; me siento arrastrado,» y saliendo de Dresde (29 de mayo), visita Dantzig, se establece en Königsberg, y dirige su ejército al Niemen. Sabe entonces que la última embajada enviada á Alejandro no ha sido siquiera recibida, y exclama: «La fatalidad arrastra á la Rusia! cúmplanse sus destinos!» al mismo tiempo que publica una proclama, cuyas primeras palabras revelan la causa secreta de la guerra, y la resolucion de realizar lo que impidió la entrevista de Tilsitt, «*Ha empezado la segunda guerra de Polonia, y será gloriosa como la primera. La paz que celebraremos, llevará en sí misma su garantía, y pondrá término á la orgullosa influencia que la Rusia ejerce hace cincuenta años en los asuntos de Europa.*»

Componian el ejército cuatrocientos cincuenta mil hombres, entre ellos doscientos mil italianos, alemanes, etc. En el ala izquierda, delante de Tilsitt, se hallaba Macdonald con veinte mil prusianos y diez mil franceses; en el centro delante de Kowno, se hallaba Napoleon con los cuerpos de Davoust, de Oudinot y de Ney, formando ciento veinte mil hombres, con la guardia, compuesta de treinta mil hombres y mandada por Lefebvre, Motierr y Bessieres, y con la reserva de caballería compuesta de treinta mil hombres, mandada por el rey de Nápoles; en la derecha,

en las inmediaciones de Pilyony, hallábase Eugenio con cincuenta mil italianos y bávaros; mas léjos delante de Grodno, acampaba el rey de Westfalia con sesenta mil polacos, westfalios y sajones, y finalmente, en el extremo derecho, entre la Galitzia y Drogiezin, se encontraba el príncipe de Schwartzemberg con treinta mil austriacos. A retaguardia, entre el Oder y el Vístula, mandaba Victor treinta mil hombres, y á la reserva, en el Elba, se hallaba Augereau con cincuenta mil; de modo que exceptuando los austriacos y los cuerpos de Victor y de Augereau, el ejército entero estaba concentrado en el ángulo que forma el Niemen desde Grodno á Tilsitt. Aquel ejército llevaba en pos de sí otro ejército de empleados de toda clase, mas de mil doscientas piezas de artillería, tres mil arcones, cuatro mil carros de administración, y gran número de furgones de los jefes, de víveres y de hospitales, ocupando doscientos mil caballos. Los caminos, los rios, los canales se hallaban cubiertos de soldados, de carrajes, de viajeros y de caballos; el país entre el Vístula y el Niemen era devorado por aquella masa humana.

Alejandro habia formado tres ejércitos: Barclay de Tolly con ciento treinta mil hombres, se hallaba delante del Niemen, desde Rossieny á Lida; la derecha, compuesta de treinta mil hombres, y mandada por Wittgenstein, ocupaba Rossieny; el centro, de setenta mil, Wilna, y la izquierda, de treinta mil á las órdenes de Doctorof, Lida. Aquel ejército se apoyaba en el Duna, en Riga, en Dunaburgo y en el vasto campamento atrincherado de Drissa. Bagration, con cincuenta mil hombres, se hallaba en Wolkovitz para cerrar el paso entre el Niemen y el Bug y atacar nuestro flanco derecho; apoyábase en Minsk, en Bobruisk y en el Dnieper. Tormasof, con cuarenta mil hombres, acampaba en Loutzk delante del Bug superior, debiendo ser reforzado por el ejército de Moldavia, compuesto de cincuenta mil hombres, que iba á verse libre de los turcos. En segunda línea habia una reserva de ochenta mil hombres y de numerosas bandas de cosacos, y en tercera línea las levas de milicia, la cual hacia las de los rusos fuerzas casi iguales á las de los franceses.

§. X.—*Paso del Niemen. — Permanencia en Wilna.*—El emperador al dirigir la masa de sus fuerzas á Kowno, situado en el vértice del ángulo formado por el Niemen, habia resuelto pasar por

allí el río, y dirigiéndose á Wilna, dividir en dos al principal ejército ruso, y marchar luego al espacio que separa el Dwina del Dnieper, defendido únicamente por Witepsk y Esmolenko, posición central en la que una batalla debía hacerle dueño de una de ambas capitales. El grande ejército pasó el Niemen por tres puentes (22 de junio), entró en Kowno arrollando á las avanzadas rusas, pasó el Wilia y re dirigió á Wilna, mientras que el ala izquierda pasaba el río en Tilsitt y marchaba contra Riga. Algunos días despues, Eugenio lo pasó en Pilyony, y marchó hácia Wilna (30 de junio), mientras Gerónimo lo pasaba en Grodno. Barclay, que vió su centro dividido, evacuó Wilna incendiando sus almacenes, y se retiró al campamento atrincherado de Drissa, que defendia el camino de San Petersburgo, para reunir allí todo su ejército. Murat y Ney le siguieron; su derecha, vencida por Oudinot, fué arrojada á Dunaburgo y encontró en su flanco á Macdonald; su izquierda huyó de Lida á Smorgoni, sacrificando sus bagajes y su retaguardia, y logró reunirse con Barclay. Así pues, un solo movimiento de Napoleon habia bastado para introducir el desórden en el grande ejército ruso, y para exponer al de Bagration, el cual al saber el paso del Niemen, se habia puesto en movimiento por Nowogrodek á fin de incorporarse con Barclay. Sin embargo, al tener noticia de la toma de Wilna, cambió de frente, y se dirigió á Minsk por Myr, pero Davoust ocupaba aquella plaza; entonces marchó á Neswige, ciudad que se encontraba en el camino de Gerónimo; pero este, desatendiendo las órdenes del emperador, solo habia andado veinte leguas en siete días, y la retaguardia rusa fué lo único que encontró en Neswige. Bagration corrió á Bobruisk donde pasó el Beresina, y marchó á Mohilow para reunirse con Barclay en Witepsk; mas Napoleon ordenó á Davoust que se le anticipara en Mohilow; á Junot, sucesor de Gerónimo en el mando de los westfalios, que hostigara su retaguardia, y á Schwartzenberg que marchara por Slonim á Bobruisk, al mismo tiempo que Reynier con los sajones contendria á las tropas de Tormasof. La pérdida de Bagration parecia inevitable.

En tanto el emperador habia entrado en Wilna en medio de las aclamaciones de los lithuanios (28 de junio); pero en vez de arrojarse contra el ejército enemigo, segun su costumbre,

y obligarle á aceptar una batalla sin darle tiempo de elegir el terreno, detúvose en aquella ciudad durante quince dias, alto que tuvo una funesta influencia en el resultado final de la campaña, y que se considera como la mayor falta militar de su existencia. El ejército se hallaba ya desorganizado: los convoyes de víveres no podian seguirle; los batallones de tren se habian dividido; las lluvias y los malos caminos habian causado la pérdida de cuatro mil caballos; veinte ó treinta mil rezagados devastaban el país, y temíase el hambre. Napoleon, alarmado al ver tan inmenso desórden, puso remedio al mal con su ordinaria actividad: convirtió á Wilna en un gran centro de provisiones, de hospitales y de comunicacion con su retaguardia; mandó fortificar la ciudad, estableció en ella un gobierno provisional de la Lithuania, y ordenó á Victor que se escalonará entre el Vistula y el Niemen, reemplazándole Augereau entre el Elba y el Oder. La dieta de Varsovia, que se habia constituido en confederacion general, proclamó el restablecimiento de la Polonia (14 de julio de 1812), y una diputacion de la dieta fué á solicitar su proteccion: «Señor, pronunciad una palabra, le dijo, decid que la Polonia existe, y vuestro decreto equivaldrá para el mundo á una realidad.» Napoleon se hallaba resuelto á restablecer la Polonia (1): «aquel acto, decía, era la clave del arco;» pero «él, que, adaptaba siempre sus sistemas á los acontecimientos,» no podía declarar sus designios antes de una gran victoria, convertir al Austria en enemiga en el momento de penetrar en Rusia, ni cerrar de antemano todo camino de paz. «Si la guerra estalla, habia dicho á su encargado de negocios en Varsovia, los polacos deben considerarla como un medio añadido á sus propios recursos. El gobierno del gran ducado debe procurar que se confederen bajo las banderas de la independencia los miembros de su infortunada patria....» El emperador contestó lo siguiente á la diputacion: «Si yo hubiese reinado durante las desmembraciones de la Polonia, habria armado á mis pueblos para defenderos... Apruebo cuanto habeis hecho; y autorizo los esfuerzos que meditais; haré cuanto de mí dependa para secundar vuestras resoluciones; pero he garantido al emperador de Austria la integri-

(1) Véanse la instrucciones dadas al encargado de negocios en Varsovia, en 18 de abril de 1812.

dad de sus Estados.... Anfmense la Lihuania, la Samogicia, la Wolhynia, la Ucrania y la Podolia del espíritu que he visto en la Gran Polonia, y la Providencia coronará con el triunfo la santidad de vuestra causal...»

Al ver á su ejército cortado en dos, intentó el czar reanudar las negociaciones, y escribió en estos términos al emperador: «Si V. M. consiente en retirar sus tropas del territorio ruso, consideraré los hechos pasados como no sucedidos, y será posible aun una reconciliacion entre nosotros.» — «Es ya tarde!» contestó Napoleon, y su negativa ha de considerarse como una gran falta, si bien en virtud de los términos de la proposicion, habria pasado un mes antes de ponerse de acuerdo, y aquella dilacion podia hacerle perder inmensos preparativos; fué una gran falta, repetimos, pues sabia ya entonces la defeccion de sus dos indispensables aliados, y los suecos y los turcos que debian llegar á San Petersburgo y á Crimea al mismo tiempo que él á Moscou, eran enemigos ó neutrales.

Desde la ocupacion de la Pomerania, Bernadotte habia negociado con Napoleon por espacio de cuatro meses, solicitando siempre la Noruega y un subsidio, y repitiendo incesantemente, que «no olvidaba la gloria de la Francia, ni la sincera adhesion que habia consagrado al emperador.» Sus palabras eran un engaño; hacia mucho tiempo que habia celebrado con la Rusia un tratado de alianza (24 de marzo de 1812), con la condicion de que se entregaria la Noruega á la Suecia, y la Inglaterra habia aprobado aquella convencion que fué el preliminar de la sexta coalicion (3 de mayo) (1).

(1) «Bernadotte fué la vívora alimentada en nuestro seno. Apenas se separó de nosotros, cuando entró en el sistema de nuestros enemigos, y nos obligó á vigilarle y temerle. Mas tarde, fué una de las causas activas de nuestros infortunios, revelando á nuestros enemigos los secretos de nuestra política, la táctica de nuestros ejércitos, el camino de la tierra sagrada... Un francés ha tenido en su mano los destinos del mundo! Si su corazon y su entendimiento hubiesen estado á la altura de su constitucion, si, como ha pretendido, hubiese sido buen sueco, podia restablecer el lustre y el poder de su nueva patria, reconquistar la Finlandia y apoderarse de San Petersburgo, antes de entrar yo en Moscou. Pero léjos de esto, cedió á resentimientos personales, á una estúpida vanidad, á mezquinas pasiones; el ex-jacobino, sintióse desvanecido al verse festejado por soberanos de antigua raza y al encontrarse en conferencias políticas y amistosas con un empe-

La Turquía habia firmado la paz en Bucharest (28 de mayo) mediante la restitucion de la Moldavia y de la Valaquia; el gran visir habia sido seducido por el oro inglés, y por una carta que segun se dice inventó el general Kutusof, en la cual Napoleon proponia á Alejandro la desmembracion del imperio otomano. Solo se esperaba la ratificacion del sultan para dirigir á la Wolhynia el ejército ruso.

§ XI.—*Entrada en Witepsk.—Operaciones en ambas alas.—Batalla de Esmolenko.—Batalla de Valoutina.*—A pesar de la defecion de la Turquía y de la Suecia, que dejaba descubiertos sus flancos (15 de julio), el ejército francés continuó su marcha, y Napoleon se dirigió á Glubokoï; apartándose del camino de San Petersburgo, donde Barclay le esperaba, queria avanzar por Witepsk y Esmolenko hácia el de Moscou, penetrar entre las dos líneas del Dwina y del Dnieper, y envolver de este modo á los dos ejércitos enemigos. Barclay, que veia iba á ser atacado por la izquierda, cortado del interior y arrollado hasta el mar, abandonó su campamento de Drissa, dejó á Wittgenstein para cubrir el camino de San Petersburgo, y marchó rápidamente hácia Witepsk, donde esperaba reunirse con Bagration. El emperador salió en su persecucion, y alcanzó su retaguardia en Ostrowno; Barclay defendió las inmediaciones de Witepsk con encarnizamiento, pero al saber que Bagration, detenido en Mohilow por Davoust despues de un violento combate, habia pasado el Dnieper en Bichow, y se dirigia á Esmolenko por Mitislaw, abandonó Witepsk y se replegó hácia Esmolenko, donde por fin se reunió con Bagration. Napoleon entró en Witepsk (28 de julio), que halló desierta, y concedió algun descanso á sus soldados. El ala izquierda, mandada por Eugenio, acampó en el Dwina; la guardia Ney y Murat, entre Witepsk y Orcha, en el estrecho espacio que forma la línea divisoria de las aguas de la Europa, mientras que Davoust subia el Dnieper con Junot, haciéndose relevar en Mohilow por Poniatowski. El ejército sufría mucho por el calor y la falta de víveres; veia con cierto temor aquel país llano y pantanoso, donde se hundia mas y mas sin encontrar al enemigo, aque-

rador de todas las Rusias. En su embriaguez, Bernadotte sacrificó su nueva patria y la antigua, su propia gloria y su verdadero poder, la causa de los pueblos y los destinos del mundo » (Las Casas, t. V, p. 246; t. VII, p. 478.)

la guerra donde solo hallaba devastacion, horribles caminos, ciudades de madera, que podian ser incendiadas con una antorcha, y empezaba á mirar detrás de sí los inmensos paisés que lo separaban de la Francia.

Por el contrario, los rusos al replegarse hácia el centro de su imperio, encontraban en él nuevas y numerosas fuerzas; fanáticas proclamas llamaban á los siervos «á defender la independencia de la patria y la seguridad de la Iglesia contra el Moloch que pretendia destruir la tierra.» Alejandro recorria las provincias para reclutar milicianos, y preparar á sus súbditos á los mas grandes sacrificios: «Los desastres de que estais amenazados, dijo á los habitantes de Moscou, deben considerarse como seguros medios de consumir la ruina del enemigo.» Diéronse órdenes para incendiar las ciudades, destruir los víveres, y rechazar la poblacion en masa hácia el centro del imperio; era aquella una guerra de esterminio, una guerra de scitas. Al mismo tiempo las dos alas del ejército ruso recibieron orden de hacer una desesperada resistencia: en ellas descansaba realmente la salvacion del imperio, desde que los tratados con la Suecia y con la Turquía les dejaban libres en sus movimientos.

En el ala izquierda, Napoleon habia dejado en el Dwina á Oudinot, sostenido á retaguardia por Saint-Cyr con los bávaros, á fin de rechazar á Wittgenstein hácia San Petersburgo, operando de acuerdo con Macdonald, y formando los tres cuerpos mas de sesenta mil hombres. Oudinot, despues de destruir el campamento de Drissa y tomado Polotzk, trabó tres combates indecisos delante de aquella ciudad; Macdonald entró en Dunaburgo evacuado por los rusos, y luego atacó á Riga; pero Wittgenstein iba á ser reforzado por las milicias de San Petersburgo y por el cuerpo de observacion de la Finlandia.

En la derecha Tormasof, que habia entrado en el ducado de Varsovia para cortar nuestras comunicaciones con el Vístula, sorprendió á Reynier en Kobrin, hizo prisionera una de sus brigadas, y le obligó á replegarse á Slonim. Napoleon dió orden á Schwartzemberg de reunirse con Reynier, de marchar contra Tormasof, y de vencerle sin pérdida de momento; pero los rusos fueron reforzados con todo el ejército de Moldavia.

En tanto Barclay y Bagration, despues de reunir y reorgani-

zar su ejército, intentaron tomar de nuevo la ofensiva, y atacaron nuestras avanzadas en Roudnia con el proyecto de sorprender á nuestros cuerpos diseminados; pero operaron con lentitud y sin plan determinado, y Napoleon creyó llegado el momento de descargar un terrible golpe. Las tropas fueron reunidas con extraordinaria rapidez; Murat, Ney, Eugenio y la guardia se dirigieron al Dnieper, que pasaron mas allá de Orcha; Davoust se dirigió á Krasnoí teniendo á su derecha á Junot y dejando á Poniatowski á retaguardia, de modo que mientras Barclay con ciento veinte mil hombres buscaba al ejército francés por el camino de Witepsk, se halló este reunido en la orilla izquierda del Dnieper, pronto á apoderarse de Smolenko, y amenazando cortar al enemigo del camino de Moscou, arrollándole hácia San Petersburgo. «Aquel fué el movimiento mas hermoso, dice Butturlin, que hizo Napoleon en aquella campaña.» El valor de un cuerpo de diez mil rusos apostado en la orilla izquierda del Dnieper para observar á Davoust, y que defendió las inmediaciones de Smolenko con héroe encarnizamiento, frustró la bien meditada maniobra: aniquilado por cuarenta cargas de caballería, dejó el campo cubierto de cadáveres, pero detuvo la marcha del ejército francés durante algunas horas, dió tiempo á Barclay de hacer un cambio de frente y de enviarle refuerzos, y sus restos pudieron retirarse á Smolenko.

Napoleon llegó delante de la ciudad, situada en una eminencia, en la orilla izquierda del Dnieper y defendida por gruesas murallas y algunas construcciones modernas. Ney intentó apoderarse de ella por medio de un golpe de mano, mas la plaza contaba entonces cuarenta mil defensores y el ejército ruso habia llegado á la orilla derecha. Barclay tuvo la idea de presentar batalla, pero cuando vió los ciento cuarenta mil franceses que se formaban delante de él, apoyados por ambos lados en el rio, solo pensó en defender la ciudad para proteger su retirada: Bagration con cuarenta mil hombres, ocupó el camino de Moscou, y Barclay con ochenta mil, guarneció los arrabales y las fortificaciones de la plaza (17 de agosto). El día siguiente los franceses atacaron los arrabales, y se apoderaron de ellos despues de una obstinada resistencia; en las puertas de la ciudad se trabó una nueva batalla; nuestra artillería barria los puentes, las tropas iban á subir

al asalto, cuando llegada la noche los rusos pasaron á la orilla derecha, incendiando antes la ciudad: los franceses penetraron en ella en medio de las ruinas, el incendio, de doce mil muertos ó moribundos, espantados de una victoria que les costaba siete mil hombres, de la obstinacion de los rusos, y de aquella guerra destructora.

Para no desfilarse á lo largo del rio bajo el fuego de la artillería francesa, Barcla y se retiró por el camino de San Petersburgo, con la intencion de volver al de Moscou, donde se hallaba Bagration, por caminos traveseros. Ney pasó el rio y fué detenido en el camino de Moscou á Valoutina por una division que cubria los movimientos de Barclay; atacóla, pero encontró una resistencia tenaz, y no tardó en ver desplegarse delante de él fuerzas muy superiores (20 de agosto). Ney pidió refuerzos: todo el ejército ruso podia ser envuelto en el desórden, causado por la manioobra de su general; pero Napoleon que creyó ser aquel un choque de retaguardia, envió solamente la division Gudin, cuyo valiente jefe fué muerto al llegar por una bala de cañon, y ordenó á Junot que se hallaba á dos leguas de los rusos en la orilla izquierda, que pasára el rio y les atacára por la espalda. Junot no obedeció, y los esfuerzos de Ney quedaron impotentes: llegada la noche los enemigos se retiraron, dejando ocho mil hombres en el campo de batalla, pero habiendo ganado su línea de retirada y reunido sus dos ejércitos.

La fortuna se evadía por tercera vez de entre las manos del emperador; pero harto adelantado para retroceder, resolvió marchar contra Moscou. Napoleon aseguró el camino hasta Wilna por medio de estaciones militares y de casas de posta; mandó fortificar Witepsk y Smolenko, y hacer de estas plazas como de Wilna y de Minsk, grandes centros de provisiones; dispuso que Victor se dirigiera á Smolenko para tomar el mando de la Lithuania, mantener las comunicaciones entre Wilna y Moscou, y observar y auxiliar á nuestras dos alas. Las milicias lithuanias, mandadas por Dombrowski, debian mantenerse en observacion en el Verecina; Augereau con cincuenta mil hombres se puso en marcha para reemplazar á Victor entre el Vístula y el Niemen; las cien cohortes de guardias nacionales destinadas á la custodia de las plazas del Rhin, debian ejercitarse para pasar el rio, y fi-

nalmente, llamóse á las armas la quinta de 1813. «La Europa, dice Jomini, parecia escalonar su poblacion viril hácia el polo.»

§. XII.—*Batalla de la Moscova.*—Barclay se replegaba hácia Moscú, incendiando las ciudades, empujando delante de él á toda la poblacion, defendiendo cada barranco, cada arroyo, pero retirándose siempre al presentarle una batalla. Los rusos se indignaban por una retirada que consideraban como una traicion, y Alejandro «para nacionalizar la guerra, colocó un nombre ruso al frente del ejército.» El anciano mariscal Kutusof, que acababa de terminar la guerra contra los turcos, tomó el mando, y resolvió presentar batalla delante de Moscú: para ello se defuvo en el Kolocza, en Borodino, en un terreno desigual y quebrado, donde empleó todo su ejército en levantar fortificaciones. Sus ciento treinta mil hombres se dividian en dos masas: Bagration, en el ala izquierda, defendia la destruida aldea de Smenofskoi; Barclay, en la derecha, se hallaba parapetado en un gran reducto que ocupaba el centro de la posicion, y se extendia á lo largo del Kolocza y por ambos lados del camino de Moscú. El ejército francés, compuesto de ciento veinte mil hombres, llegó delante de aquellas posiciones, y se preparó para la tan deseada batalla (7 de setiembre): Eugenio, tomó posicion en la izquierda delante de Borodino y en las márgenes del Kolocza; Davoust y Ney se hallaban en el centro, teniendo en segunda línea á Murat y á Junot, y á la guardia en reserva; Poniatowski, colocado en la derecha, debia atacar los bosques, en los cuales se apoyaba el ala izquierda enemiga. Davoust y Ney dieron principio al ataque contra los reductos de Smenofskoi: «lanzáronse impetuosamente hácia los intervalos de las fortificaciones; los soldados de ambos cuerpos penetraron en tropel en los reductos, sin dar tiempo á los rusos para retirar sus piezas.» Bagration acudió con refuerzos, pero sus desesperados ataques no tuvieron éxito alguno, y fué mortalmente herido. En tanto, Kutusof amontonaba sus tropas contra Eugenio, quien, despues de apoderarse de Borodino, habia penetrado en el gran reducto; sus esfuerzos lograron expulsarle de allí, y entonces dirigió sus reservas en auxilio de su ala izquierda. El combate se renovó con furor, pero el encarnizamiento de los rusos se estrelló contra la fria intrepidez de nuestros batallones, y los reductos quedaron en nuestro poder.

Kutusof, haciendo un último esfuerzo, reanimó y concentró sus tropas, pero se rechazó su ataque marchando contra el gran reducto: los coraceros de Caulaincourt entraron en él por la gola, y los infantes de Lanabere escalando los parapetos; el reducto fué tomado, pero los dos generales quedaron muertos en el campo. Ya era tiempo: las masas enemigas se precipitaban por tercera vez contra Smenofskoi; el choque fué espantoso: franceses y rusos se mezclaron, se dieron muerte en medio de las detonaciones de ochocientas piezas de artillería; al fin Davoust y Ney arrollaron el ala izquierda de los rusos, los cuales se retiraron hácia el Moskowa, dejando en el campo de batalla quince mil muertos, treinta mil heridos y tres ó cuatro mil prisioneros. Haciendo que la guardia entrase en acción se habria podido desalojarles de sus últimas posiciones y completar su derrota, pero Napoleon se contentó con una semi-victoria: en aquella batalla, tan terrible para las masas que en ella tomaron parte, mostró una circunspeccion que pareció extraña; mas no queria exponerse á una derrota con un ejército formado de veinte naciones distintas, á quinientas leguas de París, delante de un enemigo para quien la guerra era nacional. Por otra parte, creia deber sostener otra batalla bajo los muros de Moscou; pero Kutusof, que tenia órdenes secretas, evacuó la ciudad, que fué abandonada por la mitad de sus habitantes, y se retiró por el camino de Kolomna: «La cesion de la capital, decia á sus soldados consternados, es un lazo, donde es infalible la ruina del enemigo.»

§. XIII.—*Entrada de los franceses en Moscou.—Asuntos de España.—Plan de campaña de los rusos.*—El ejército francés, desde las alturas que dominan Moscou, quedó trasportado de alegría al ver aquella inmensa ciudad de doscientos mil habitantes, medio európea, medio asiática, llena de palacios y jardines; y en la que brillaban los dorados campanarios de cien iglesias; las tropas entraron en ella cantando la *Marsellesa*, y arrollando delante de sí á los últimos batallones rusos (15 de setiembre), en tanto que Napoleon establecia su residencia en el Kremlin, ciudadela y palacio de los czares, alegre con su conquista y pensando ya en la paz ó en tomar cuarteles de invierno. El dia siguiente, empero, extallaron incendios por todas partes, y la ciudad, casi enteramente construida de madera, fué en breve un

océano de llamas. Los habitantes huyeron, y la mayor parte perecieron de miseria; nuestros soldados intentaron en vano contener el desastre: solo pudieron arrancar á las llamas víveres y riquezas, y durante cinco días, aquella gran capital fué teatro de la mas terrible devastacion: solo quedaron en pié las iglesias y una décima parte de las casas. Los franceses prendieron á muchos incendiarios, quienes confesaron haber recibido órdenes del gobernador Rostopchin, instrumento de la aristocracia rusa, «salvaje estúpido, decia Napoleon, que creia hacer el romano.»

Aquella catástrofe cambiaba enteramente la faz de las cosas: el emperador quedó asombrado sintiendo su genio impotente, contra tanta barbarie: «Hé aquí, dijo, de qué modo hacen la guerra! La civilizacion de San Petersburgo nos ha engañado: son todavía scitas!» En el principio pensó, puesto que la retirada de Kutusof le dejaba libre todo el norte, en marchar contra San Petersburgo, uniéndose con Oudinot y Macdonald; pero sus generales le disuadieron de semejante empresa, persuadiéndole á que permaneciera en Moscou, donde quedaban aun grandes recursos, y de que entablase desde allí negociaciones. El emperador cedió diciendo: «Los que han incendiado á Moscou, no son hombres para pedir la paz,» y despues de escribir á Alejandro, solo se ocupó durante un mes en dejar descansar á sus tropas y en preparar la retirada. Gracias á sus cuidados, parte de los habitantes volvieron á la ciudad, utilizáronse cuantas municiones y víveres pudieron hallarse, y desde el palacio del Kremlin, gobernaba su imperio, recibia cada dia los trabajos de sus ministros, se ocupaba en los negocios extranjeros, pedia refuerzos al emperador de Austria, fijaba su atencion en la guerra empezada entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña en favor de los principios de libertad marítima, que con tanto empeño habia él defendido, guerra que habria dado la paz al mundo á ser emprendida dos años antes, y finalmente, examinaba los partes de España, cuyos asuntos tomaban cada dia un giro mas desastroso.

Despues de la toma del puente de Almaraz, Wellington, con cincuenta mil hombres, se apoderó de Salamanca; Marmont se replegó hácia el Duero, y luego que hubo recibido refuerzos que elevaron su ejército á treinta mil hombres, tomó de nuevo la ofensiva. Los ingleses se establecieron en las alturas de Arapi-

les cerca de Salamanca, y en la batalla que allí se trabó, Marmont fué herido en el primer choque, y su ejército completamente derrotado (22 de julio de 1812). Clausel, que mandaba el ala derecha, tuvo que retirarse hasta Burgos, mientras que Wellington entraba sin obstáculo en Madrid, y José se refugiaba en Valencia. Al saber tales acontecimientos Soult debió abandonar el bloqueo de Cádiz, donde había practicado enormes trabajos, y la Andalucía, donde reinaba como soberano, y replegándose hacia el reino de Valencia, reunióse con José para marchar luego contra Madrid y expulsar de allí á los ingleses. Wellington se había dirigido á Burgos, pero el general Dubreton, gobernador del castillo, resistió al ejército inglés y le obligó retirarse, á pesar de haber sufrido cinco asaltos y treinta y cinco dias de sitio. Souham, despues de reorganizar al ejército derrotado en Salamanca, persiguió á los aliados hasta Tordesillas, y se reunió con Soult (22 de octubre; próxima á trabarse una batalla delante de Salamanca, Wellington levantó el campo, sacrificando su retaguardia, y volvió á Portugal. A pesar de este cambio de fortuna, la batalla de Salamanca no fué menos fatal para la causa francesa: las cortes rompieron las negociaciones entabladas con José, y celebraron alianza con el emperador de Rusia, el cual reconoció la constitucion española.

Alejandro no se dignó «contestar á las proposiciones de paz del príncipe que había recibido su billete escrito con lapiz en los campos de Austerlitz,» y reprendió á Kutusof por haber consentido en parlamentar: «Mi resolucion es irrevocable, le dijo; ninguna proposición del enemigo podrá moverme á terminar la guerra.» Justo es decir sin embargo que el autócrata no se pertenecía á sí mismo: hallábase dominado por el partido que había dado muerte á su padre, y que acababa de incendiar Moscou. Segun el plan forjado por el gabinete ruso, Kutusof, aprovechando el desórden que el incendio había introducido entre los franceses, se había trasladado sin ser inquietado desde el camino de Kolomna, siguiendo el curso del Pakhra, al camino de Kalouga, es decir, había pasado del sudeste al sudoeste de Moscou, y amenazaba nuestras comunicaciones con Mojaïsk (27 de setiembre). Murat que despues de 10 dias de la mas extraña inaccion, recibió órden de batir todos los caminos, le derrotó en Winkowo, rechazándole

hasta Taroutino, donde su ejército, apoyado en las provincias del mediodía abundaba en todo y recibía continuos refuerzos. En tanto los rusos, atacados en el centro de su imperio, no concentraban en él toda su resistencia, sino que persistían en multiplicar sus esfuerzos en las extremidades.

Schwartzemberg se había reunido con Reynier y derrotado á Tormasof en Gorodeczna (12 de agosto); pero dejó que los rusos se retirasen pacíficamente al Styr, y dió tiempo á los cuarenta mil hombres del ejército de Moldavia, mandados por Tchichagof, de incorporarse á sus filas (18 de setiembre).

Por otra parte, Oudinot despues de una prolongada inaccion, reunióse con Sain-Cyr, y tomó de nuevo la ofensiva, pero fué derrotado delante de Polotsk, y herido en el combate (18 de agosto). Saint-Cyr se encargó del mando, y al dia siguiente venció á los rusos, y aseguró su posicion en el Dwina; pero en aquel entonces llegaron á Wittgenstein refuerzos de San Petersburgo, y el cuerpo de observacion de la Finlandia, compuesto de doce mil hombres, desembarcó en Riga para incorporarse con él (14 de setiembre).

Los rusos, viéndose con fuerza en los dos extremos de su línea de operaciones, y habiendo elevado su grande ejército á ciento setenta mil hombres, resolvieron empeñar de nuevo las hostilidades delante de Moscou, al mismo tiempo que Tchichagof y Wittgenstein con cien mil hombres, procuraban reunirse en el camino de Esmolenko á fin de cortar la retirada á los franceses. Kutusof dió la señal de ese plan de campaña, sorprendiendo á Murat, que fué derrotado en Winkowo (18 de octubre).

S. LXIV — *Retirada de los franceses. — Batallas de Malo-Jorostawetz y de Wiazma.* — No había tiempo que perder: Napoleon se había preparado para la retirada, utilizando todos los recursos hallados en Moscou, reuniendo á todos los rezagados, y haciendo disponer masas de provisiones en Esmolenko, en Witepsk, en Miusk y en Wilna. Su plan era volver á Esmolenko por el camino de Kalouga, que atravesaba un país fértil y poblado, creyendo llegar allfantes de los frios. El dia 13 de octubre cayeron las primeras nieves, é hizo salir todos los hospitales y convoyes, dirigiendo á Eugenio con la vanguardia hácia Borowska á fin de que llegára á Kalouga antes de que Kutusof recibiera noticias de

su marcha. Desde el 14 al 19 de octubre salieron de Moscou ochenta mil combatientes: la infantería se hallaba en buen estado y acostumbrada á las fatigas, pero la caballería se hallaba desorganizada, y solo contaba con doce mil caballos; la artillería compuesta de seiscientos cañones y de dos mil arzones, carecía de caballos, y finalmente embarazaba al ejército un número infinito de carros cargados de víveres y de botín que ocupaban cuarenta mil animales y que arrastraban á varios habitantes de Moscou, á empleados, á mujeres, á enfermos, etc., formando en todo cincuenta mil no combatientes. Dejóse en Moscou una retaguardia mandada por Mortier, el cual hizo saltar el Kremlin.

Kutusof no supo hasta el 20 de octubre la retirada de los franceses; pero los obstáculos del camino eran tantos, que Eugenio no llegó á Malo-Jaroslavitx hasta el 25, encontrándose entonces con todo el ejército ruso que ocupaba el camino de Kalouga. Atacado por fuerzas cuádruples resistióse con tal encarnizamiento, que la ciudad fué tomada y perdida siete veces, obligando por fin al enemigo á emprender la retirada. No por esto quedaba abierto el camino de Kalouga, y era preciso trabar una segunda batalla con todo el ejército, ó dirigirse hácia la derecha por el camino de Mojaisk, el mismo que se habia seguido en la marcha hácia adelante, y que se hallaba completamente devastado: Napoleon, contra su parecer y por seguir el de sus generales, adoptó el último partido, y se encaminó á Mojaisk, en el mismo momento en que Kutusof, temiendo una segunda batalla, se replegaba á toda prisa hácia el camino de Taroutino (26 de octubre). Aquella fué la principal causa de los desastres de la retirada.

El ejército francés llegó á su antiguo camino en Borodino, y encontró el campo de batalla del 7 de setiembre cubierto todavía de cadáveres; dividióse en cuatro cuerpos que se seguían á media jornada de distancia, pues la retirada no podia efectuarse sino por un solo camino, presentando de este modo el flanco del ejército á los rusos, quienes, siguiendo el camino paralelo, debían hostigarlos con continuos ataques. Napoleon y la guardia marchaban delante, venían luego Ney y Eugenio, y Davoust formaba la retaguardia; cada columna ocupaba una extension de muchas leguas. Kutusof lanzó en nuestra persecucion veinte y

cinco mil hombres de infantería con todos sus cosacos, caballería salvaje, infatigable, que volvía grupa á la menor resistencia pero que mataba y robaba cuanto quedaba aislado, mientras que él se dirigia al camino de Medyn para anticipárseles en Wiazma. Napoleon llegó allí antes que él, y se ocupó sin pérdida de momento en dirigir refuerzos á Esmolenko (31 de octubre); pero recibió entonces tan desastrosas noticias de sus dos alas, que precipitó su marcha hácia aquella ciudad, dejando á Ney á sus espaldas para esperar á Eugenio y á Davoust. Estos hallaron obstruido el camino por cuarenta mil rusos (3 de noviembre), y no pudieron continuar su marcha, sino despues de derrotarles. Ney relevó á Davoust y formó la retaguardia. Los víveres se agotaban; el frio empezaba á ser intenso; los campamentos eran terribles para hombres mal vestidos y mal alimentados, y cada mañana se hallaban centenares de muertos; el desórden se habia introducido en todos los cuerpos; los soldados arrojaban sus armas; abandonábanse los cañones por falta de caballos; los caminos se ocultaban bajo la nieve; torrentes que apenas se habian apercebido al marchar hácia adelante, se habian convertido en pantanos, de donde no podía salirse sino sacrificando los carros, las municiones y la artillería. El ejército llegó por fin á Esmolenko (12 de noviembre).

§. XV.—*Operaciones en ambas alas.—Batalla de Krasnoi.*—Napoleon al marchar contra Moscou habia tomado innumerables medidas de prudencia: dejó detrás de sí doscientos mil hombres, inmensos almacenes, ciudades fortificadas; pero su prevision quedó frustrada por la negligencia de los administradores y las faltas de los generales. El emperador esperaba detenerse en Esmolenko, donde debia encontrar provisiones de toda clase, al ejército de Victor para reorganizar el suyo, el apoyo de Saint-Cyr, quien habia rechazado á los rusos al camino de San Petersburgo, y la cooperacion de Schwartzemberg que habia debido acercarse á Minsk para contener á Tchichagof. Sin embargo, los víveres habian sido consumidos por las tropas de paso, y el ejército en retirada, devoró en un dia el resto de los almacenes; el ejército de Victor no se hallaba ya en Esmolenko, Saint-Cyr habia abandonado el Dwina y Schwartzemberg el camino de Minsk.

Saint-Cyr, cuyo ejército se hallaba diezmado por las enfermedades, mientras que el de su adversario recibía refuerzos, debió mantenerse en la defensiva en vez de marchar contra San Petersburgo: atacado por Wittgenstein, logró rechazarle; pero sabiendo al día siguiente que el cuerpo de Finlandia se había colocado entre él y Macdonald para atacarle por retaguardia, ordenó la retirada y evacuó Polotzk después de un violento combate (19 de octubre); luego marchó contra el cuerpo de Finlandia, arrollóle y se detuvo en Lepel para apoyarse en Victor y en el Beresina superior. La línea del Wina quedaba perdida, Esmolenko amenazado por la espalda y por el camino de Minsk, la Lituania abierta en á Wittgenstein, y Macdonald rechazado fuera del círculo de nuestras operaciones. Victor salió de Esmolenko para remediar tan grave mal, y reuniéndose con el ejército de Saint-Cyr, de cuyo mando se encargó Oudinot, extendióse desde Glubokoi á Senno. El enemigo se dirigió á Lepel, derrotó á Oudinot, y amenazó el camino de Moscou. Victor recibió del emperador la orden de tomar á toda costa la ofensiva.

En tanto Schwartzemberg temió las fuerzas superiores de Tchichagof, el cual sin embargo se adelantaba vacilando y sin objeto determinado, en vez de replegarse hácia Minsk, y apesar de las órdenes de Napoleon que le decía sin cesar: «Haced de modo que los enemigos que teneis delante, no caigan sobre mí,» pasó el Bug tomó á Varsovia por base, y renunció así á cooperar con el grande ejército. Era tan extraña aquella escéntrica retirada que ha sido considerada como el primer acto de la defeccion de los austriacos: en efecto, gracias á ella, pudo Tchichagof dejar en el Bug veinte y cinco mil hombres, mandados por Sacken, y marchar con treinta mil á Minsk. La cooperacion del gabinete de Viena era tan equívoca, que Alejandro habia reconocido la neutralidad de Galitzia, en virtud del principio de que «el Austria, aunque auxiliar de los franceses, no era enemiga de los rusos (1).»

El peligro era inmenso: Kutusof ocupaba ya los caminos de Roslaw y de Mitislaw y amenazaba á Orcha y Borisow; Wittgenstein y Tchichagof atacaban, el primero á Witepsk y el se-

(1) Butturlin, t. I, p. 128.

gruado á Minsk, y ambos avanzaban por el Beresina á fin de reunirse y cerrarnos el paso. Napoleón se apresuró á salir de Esmolenko, y con los soldados que habian conservado su fuerza moral y alguna disciplina, formóse un ejército de cincuenta mil hombres, dividido en cuatro cuerpos, á cada uno de los cuales acompañaba una multitud de carros, que llenaban los puentes y los vados, y doce ó quince mil individuos de todos grados, de todas condiciones, de todas armas, heridos, enfermos y rezagados, que devoraban los víveres, ocupaban todos los abrigos é introducian por todas partes la confusion. Algunos oficiales tan inteligentes como intrépidos marchaban á la vanguardia con zapadores, pontoneros y marinos de la guardia, heróicos soldados que se sacrificaron por la salvacion del ejército, construyendo puentes, despejando los desfiladeros, y abriendo el camino. Las fortificaciones de Smolenko y las municiones que se abandonaban fueron destruidas (14 de noviembre), y los cuatro cuerpos, mandados por Napoleón, Eugenio, Davoust y Ney se pusieron en marcha á una jornada de distancia. El frio bajó entonces á 18 grados; los víveres se habian agotado; el camino se hizo casi impracticable: un vértigo se apoderó de aquellos desgraciados expuestos á tantos sufrimientos; unos se daban muerte, otros se entregaban á los cosacos, otros se negaban á abandonar el miserable asilo que habian encontrado y perecian en él. «Los caballos de la caballería, de la artillería y del tren, dice el boletín vigésimo nono, morian todas las noches, no por centenares, sino por miles; en pocos dias murieron mas de treinta mil. Nuestra caballería se encontró enteramente desmontada, no habia quien tirase de la artillería y bagajes, y fué preciso abandonar y destruir gran parte de nuestras piezas y municiones. El enemigo, que veia en los caminos las huellas de la terrible calamidad que pesaba sobre el ejército francés, procuró aprovecharse de ella: envolvía nuestras columnas entre nubes de cosacos, los cuales, como los arabes en el desierto, arrebatában los carros y soldados que se extraviaban.»

Napoleón llegó á Krasnoi dispersando las avanzadas enemigas (16 de noviembre); y como se anunciaba la proximidad de Kutusof contra nuestra izquierda, se detuvo para incorporarse con los otros tres cuerpos. Sin embargo, veinte y cinco mil rusos habian cerrado el camino á sus espaldas; Eugenio, con seis

mil soldados, seguidos de doce mil rezagados, intentó atravesar la masa enemiga, y despues de un violento combate, lanzóse entre el camino y el Dnieper, librándose así de la persecucion de los rusos. Napoleon retrocedió para auxiliar al menos á Davoust; pero habia llegado todo el ejército ruso; púsose entonces al frente de su guardia, columna inmortal reducida á diez mil hombres, pero que habia conservado toda su firmeza, y hundiéndose en medio de sesenta mil enemigos, logró abrir paso á Davoust. Supo, empero, que considerables fuerzas rusas se dirigian á Liady para cerrarle la retirada, y replegándose lleno de dolor por abandonar á Ney, llegó á Orcha. Ney chocó con su débil tropa de seis mil combatientes y de seis mil rezagados contra el ejército ruso (19 de noviembre); tres veces logró atravesarlo, y tres veces vió cerrarse delante de sí aquella muralla de hierro. Intimáronle la rendicion, pero indignado el héroe, abandonó sus rezagados, lanzóse á través de la campiña con tres mil hombres, los únicos validos que le quedaban, dispersó á innumerables cosacos, pasó el Dnieper por encima del hielo y llegó á Orcha, donde el ejército le acogió con aclamaciones. Desde Esmolenko á Krasnoi los rusos recogieron veinte y seis mil rezagados ó heridos, doscientos veinte y ocho cañones y cinco mil carros.

§. XVI.—*Paso del Beresina.—Marcha del emperador.—Paso del Niemen.*—Los franceses creian detenerse y reorganizarse en Witepsk y en Minsk, pero ambas plazas habian caído en poder de los rusos. En vano habia Victor adelantado; despues de cuatro encarnizados combates en Smoliani, retrocedió á Czereia, y Witepsk fué tomada (7 de noviembre). Schwartzemberg se dirigió á Slonim desde las márgenes del Bug, y deteniéndose de repente, dejó libre á Tchichagof para penetrar hasta el Beresina; la division lithuania de Dombrowski se replegó delante de él, y Minsk cayó en poder del enemigo (13 de noviembre). Napoleon escribió entonces á Victor (19 de noviembre): «Ha pasado el tiempo de entretenernos en maniobras; vuestro ejército es nuestro único recurso, y debe hacer frente, así á la vanguardia como á la retaguardia, allí para abrirnos el camino, aquí para cerrárnoslo.» En su consecuencia le mandó dirigir á Oudinot contra Borisow á fin de ocupar el puente del Beresina, reunirse con

Dombrowski y procurar la reconquista de Minsk; mandóle además que hiciera él frente á los rusos en el Oula para cubrir el camino de Wilna y el movimiento de Oudinot. Los dos cuerpos de Victor y de Oudinot que contaban sesenta y cinco mil hombres al abrirse la campaña, habian quedado reducidos á veinte ó veinte y cinco mil. Victor, en efecto, se mantuvo en nuestra derecha, y Oudinot marchó contra Borisow; pero al llegar á Bobr, supo Napoleon que Dombrowski, cediendo á fuerzas superiores habia evacuado Borisow (21 de noviembre), y que Tchichagof habia entrado allí. Era aquel un golpe terrible: hallábanse los franceses estrechados en un espacio de quince leguas entre los tres ejércitos enemigos, que iban á reunirse en el mismo camino que aquellos seguian; sin embargo Kutusof, despues de perder tres dias en Krasnoi, se hallaba aun muy léjos; Wittgenstein podia ser contenido por Victor, y se resolvió marchar contra Tchichagof y arrebatar á Borisow (22 de noviembre). Oudinot le encontró marchando tranquilamente para reunirse con Wittgenstein sin sospechar la proximidad del grande ejército; derrotóle y recobró Borisow, mas el enemigo incendió el puente al retirarse. Todo parecia perdido: el ejército francés, envuelto por ciento veinte mil rusos, teniendo delante de sí un rio sin puente, deshelado y arrastrando grandes témpanos de hielo, solo constaba, incluso los cuerpos de Victor y de Oudinot, de cuarenta mil combatientes, y estos se hallaban transidos de frio y de dolor. Los polacos, heróicos soldados que se hallaban por todas partes, sirviendo de guia y de sosten á sus hermanos de Francia, formaban la tercera parte de aquel número. En semejante situacion, la mas terrible en que se hubiese jamás hallado, Napoleon no fué inferior á sí mismo; midió el peligro con la mirada del genio (1), y con su calma y actividad ordinarias, hizo cuanto pudo para evitarlo (23 de noviembre). Envió desde Bobr al general Eblé con gastadores y pontoneros para construir dos puentes en Studzianka, aldea situada á tres leguas mas allá de Borisow donde el peligro habia revelado un vado; mandó á Victor que se arrojára impetuosamente al encuentro de Wittgenstein delante de Studzianka, y finalmente hizo delante

(1) *Buttarlin*, t. II, p. 362.

de Borisow demostraciones que persuadieron á Tchichagof de que marchábamos contra Minsk.

El ejército llegó á Borisow é hizo media vuelta á la derecha para remontar el rio hasta Studzianka (25 de noviembre). Algunos escuadrones, llevando en grupa á tiradores, habian pasado el vado, al mismo tiempo que la division Dombrowski pasaba el rio por medio de las balsas; dichas tropas protegieron la construccion de puentes que experimentó mil obstáculos: faltaban útiles, no se encontraron vigas sino demoliendo la aldea; el rio era fangoso y con los pantanos que en sus orillas existian tenia doscientas cincuenta toesas de ancho. Los trabajadores murieron casi todos entre el hielo, y luego que estuvo construido el pequeño puente destinado para la infantería, atravesólo Oudinot, se apoderó del camino de Zembin, y se colocó en la derecha del rio para hacer frente á Tchichagof (26 de noviembre); Ney pasó con seis mil hombres para apoyarle, y Napoleon se quedó en Studzianka con la guardia, esperando la llegada de Victor que se hallaba aun en Borisow, y sobre todo la de Eugenio y de Davoust, á quienes Victor se habia adelantado. El emperador se esforzaba en hacer pasar á la multitud de rezagados que, contentos por haber hallado un abrigo en Studzianka y locos de terror, se resistian á los ruegos y á las amenazas, y no comprendian ya el peligro. Cuando los tres cuerpos hubieron llegado, cuando Victor hubo tomado posicion en las alturas de Studzianka, Napoleon pasó con la guardia, y Eugenio y Davoust le siguieron, pero con lentitud á causa de los numerosos accidentes que rompian los puentes. En tanto Wittgenstein habia llegado á Borisow, y envuelto y hecho prisionera á la division Partonneaux que Victor dejara allí para favorecer la llegada de Eugenio y de Davoust; Tchichagof por su parte habia restablecido el puente de Borisow, y reunióse con Wittgenstein, resolviendo entonces los dos generales en ausencia de Kutusof, del cual solo habia llegado la vanguardia, encerrar á los franceses en Studzianka, ocupando ambas márgenes del Beresina. Tchichagof ocupó la orilla derecha, Wittgenstein la izquierda, y trabóse una doble batalla: el primero fué detenido por Ney y Oudinot con diez y seis mil hombres, mientras que Napoleon, Davoust y Eugenio marchaban contra Zembin; despues de un encarnizado

combate, donde nuestros infelices soldados se cubrieron de nueva gloria, fueron rechazados á Borisow con grandes pérdidas. Victor, que tenia diez mil hombres y que reparó sus faltas con su noble conducta, fué desalojado de las alturas de Studzianka despues de un dia y una noche de combates, y entonces la multitud de rezagados se precipitó hácia el puente que barrian las descargas de la artillería rusa. Vióse entonces un horrible espectáculo: carros, cajones, heridos, mujeres y rezagados se amontonaron, se pisotearon, cayeron al rio, ó fueron mutilados por las balas enemigas. Victor hizo frente hasta el último extremo; pero reducido al fin á cinco mil hombres y arrollado hasta el rio, abrióse un sangriento camino á través de la multitud, é incendió los puentes (29 de noviembre). En la orilla izquierda habian quedado doce ó quince mil rezagados.

Mientras esto sucedia, Napoleon marchaba á Wilna por Zembín; á pié entre sus veteranos de la guardia, sentia desgarrado su corazon al ver caer á cada paso alguno de aquellos gloriosos restos. Llegado á Smorgoni, resolvió partir para París: el ejército se hallaba destruido, y su primer deber, no era asistir á su agonía, sino pensar en la Francia y en la Europa. Por otra parte los rusos habian sufrido tanto, que no nos perseguian ya con igual ardor; solo los cosacos seguian nuestras huellas como aves de mal agüero; finalmente, debíase encontrar en Wilna el cuerpo Augereau, víveres para cuatro meses, vestidos para cincuenta mil hombres, un arsenal completo, y mas allá los inmensos recursos de Koenigsberg y de Dantzic: fácil parecia el tomar cuarteles de invierno, y Napoleon, despues de exponer á sus generales las razones que le obligaban á abandonarles, dejó el mando y las órdenes mas minuciosas á Murat, y partió en secreto para París (5 de diciembre).

La marcha del emperador, la incapacidad de Murat, y el frio que bajó á 30 grados, completaron la ruina del ejército; no hubo ya operaciones militares, ni disciplina, ni banderas, ni lazos sociales: el pensamiento de cada uno era solo salvar su vida; arrojáronse las armas, lanzáronse en tropel por el camino, donde en tres dias perecieron veinte mil hombres de frio y de miseria. El resto que ascendia aun á cincuenta mil, se precipitó en Wilna como una horda de hambrientos salvajes, devoró las provisiones,

y saqueó las casas particulares (8 de diciembre). Murat no acertaba á introducir el orden entre aquella turba de infelices; el cuerpo de Augereau, última esperanza del ejército, habia sufrido tanto del frio, que la division Loison acababa de perder ocho mil hombres en tres dias. Apenas se hallaron los franceses en la ciudad, cuando se dejó oír el cañon enemigo; llegaban los tres ejércitos rusos: Wittgenstein por la orilla derecha del Wilia, Tchichagof por Smorgoni y Kutusof por Minsk. La masa fugitiva se lanzó en desorden por el camino de Kowno; la confusion llegó á su colmo: Ney, el único que habia conservado su energia, se puso al frente de cuatro mil hombres de la division Loison, y dió tiempo á la multitud para evadirse; pero quedaron en la ciudad quince mil enfermos ó moribundos, y fueron casi todos asesinados. Llegados los fugitivos á dos leguas de Wilna, viéronse detenidos por la cuesta de Ponary que parecia una muralla de hielo; carruaje alguno pudo pasar por ella, y fueron abandonados mas de cuatro mil; finalmente veinte ó treinta mil infelices, de los cuales apenas seis mil podian empuñar las armas, llegaron á Kowno, pasaron el Niemen, y se arrojaron al camino de Koenigsberg (30 de diciembre). Ney fué tambien esta vez quien protegió su fuga: con un fusil en la mano, rodeado de un centenar de valientes, defendió el puente, y fué el último en abandonar el fatal territorio, donde quedaban muertos ó prisioneros trescientos treinta mil hombres, de los cuatrocientos cincuenta mil que habian pasado el Niemen.

§. XVII.—*Retirada de los franceses al Vistula, al Oder y al Elba.*—El enemigo se detuvo: Kutusof que habia quedado reducido de ciento setenta mil hombres á cuarenta mil, permaneció acantonado en el Wilia con el objeto de reorganizarse; Tchichagof y los cosacos lanzáronse en persecucion de los franceses hácia Koenigsberg; Wittgenstein se dirigió á Gumbinen para cerrar el paso á Macdonald que se habia puesto en retirada, acosado por la guarnicion de Riga (18 de noviembre), y finalmente Sacken debió tomar de nuevo la ofensiva contra Schwartzemberg que se habia replegado hácia Bialistok al saber el desastre del Beresina. La campaña de los rusos habia terminado: las fuerzas que podian poner en persecucion de los franceses, no llegaban á cien mil hombres, y entonces empezó una série de defecciones y perfidias que debian completar la ruina de la Francia.

El general York, que mandaba los veinte mil prusianos de la retaguardia, y casi todo el cuerpo de Macdonald, celebró al llegar á Taurogen, con el cuerpo ruso que le perseguia, un tratado en virtud del cual se pasó al enemigo (30 de diciembre), teniendo apenas Macdonald con cinco ó seis mil franceses el tiempo necesario para pasar el Niemen. Murat abandonó entonces Koenigsberg, Elbing y Marienberg; nuestros soldados se precipitaron en desórden hácia el Vístula, y los rusos se aprovecharon de los inmensos recursos que abandonábamos. El rey de Prusia protestó contra la defeccion de su general, y ordenó la formacion de un nuevo contingente, declarando persistir en la alianza francesa, al mismo tiempo que marchaba á Breslau para conferenciar con los rusos, y que llamaba á las armas á toda la poblacion viril de sus Estados. Aquello era en realidad dar á la Prusia la señal de insurreccion contra los franceses, y fué tan grande la agitacion, que Murat, fuera de sí, dejó veinte mil hombres en las plazas del Vístula, y precipitó su retirada hasta Posen, donde abandonó el mando al príncipe Eugenio para marchar en auxilio, decia, de su reino de Nápoles (16 de enero de 1813). Los franceses pasaron el Oder; Macdonald dejó en Dantzig los restos de varios cuerpos que formaron un ejército de treinta mil hombres de todas naciones y de todas armas, y los rusos pasaron el Vístula (18 de enero).

Eugenio tomó con mano firme el mando del ejército, reducido á diez y siete mil hombres, y manifestando la mayor actividad, extrajo de su retaguardia armas, caballos y municiones, aprovisionó las plazas del Oder, organizó los refuerzos que empezaban á llegar al Elba, y logró inspirar respeto á los rusos. Sin embargo, dos nuevas defecciones hicieron inútiles sus esfuerzos: el cuerpo de Bulow, reunido por el rey de Prusia en Stettin para reemplazar al de York, entró en negociaciones con Wittgenstein y entregó el paso del Oder; Schwartzemberg abandonó por su parte á Varsovia, se retiró á Galitzia, y celebró una tregua con los rusos (22 de enero), mientras que Reynier y los sajones se retiraban á Kalisch. «El Austria parecia hacernos gracia, escribia nuestro embajador en Viena, al vacilar antes de declararse contra nosotros.» Eugenio entonces, amenazado en sus dos flancos, salió de Posen (12 de febrero), dejó guarniciones en Stettin, Cus-

trin y Glogau, y llegó á Berlín donde encontró al general Grenier con diez y ocho mil hombres procedentes de Italia; mas ya los cosacos aparecian delante de la plaza, y la Prusia era presa de grande agitacion. Eugenio evacuó Berlín (6 de marzo), dejó guarnicion en Spandau y llegó al Elba, encontrando allí los núcleos de tres cuerpos de ejército, mandados por Lauriston, Víctor y Macdonald, y además al de Reynier que habia marchado de Kalisch á Dresde por Glogau. Eugenio que podia disponer de cuarenta mil hombres, se detuvo, apoyando el centro en Leipzig, la izquierda en Magdeburgo y la derecha en Dresde, y esperó re- fuerzos. La retirada habia terminado (9 de marzo).

CAPÍTULO V.

Campañás de 1813 y 1814.—Abdicacion de Napoleon.—Tratado de Paris y Constitucion de 1814.—Desde 10 de diciembre de 1812 hasta 24 de junio de 1814.

§. I.—*Napoleon en Paris.—Conspiracion de Mallet.—Preparati- vos de guerra.*—Napoleon llegó á París veinte y cuatro horas des- púes que su boletín vijésimo nono hubo sembrado la consternación en la capital (10 de diciembre de 1812), y entregándose al trabajo con una actividad y un vigor mas fuertes que nunca, anunció «que á mediados de febrero se incorporaría al grande ejército una reserva de trescientos mil hombres, y que la próxima campaña se abriría con fuerzas dobles de las que habian combatido en la anterior.» El senado le concedió cien mil hombres de guardia nacional, cien mil hombres tomados de las quintas de 1809 á 1812, y ciento cincuenta mil hombres de la quinta de 1814; el cuerpo legislativo fué convocado para reorganizar la hacienda (14 de febrero de 1813), y cubrió el déficit de los dos años anteriores y las necesidades extraordinarias del que corría, decretando la venta de los bienes raíces pertenecientes á las municipalidades, cuyo valor ascendía á trescientos setenta millones. Las municipali- dades recibieron en cambio títulos de renta inscritos en el gran libro.

Estos sacrificios fueron hechos con resignacion y sin murmullos; la campaña de Rusia no habia debilitado el poder del emperador, si bien la opinion pública hacia pesar sobre él toda la responsabilidad de tan gran desastre, y la opinion pública reprobaba vivamente el que hubiese abandonado á su ejército: el mecanismo se hallaba tan perfectamente establecido, que no habia sufrido la menor perturbacion; de todas partes llegaron exposiciones, respirando la mas viva adhesion, en las que los habitantes de Roma y de Hamburgo, lo mismo que los de Lion y de París, declararon al emperador estar resueltos á todos los sacrificios para que diera cima á la grande obra que la Providencia le confiára.» Sin embargo, un acontecimiento extraño habia revelado la debilidad del gobierno imperial, y demostrado que no era otra cosa que la dictadura de un grande hombre. En la época en que empezaba la retirada de Moscou, un general republicano, llamado Mallet, que habia estado preso por tramas políticas, concibió el atrevido proyecto de derribar el gobierno: su plan descansaba en estas solas palabras: el emperador ha muerto; y con un falso senado-consulta, y unas falsas certificaciones de servicio (16 de octubre de 1812), hizo seguir de dos batallones de la guarnición de París, se apoderó de varios puestos militares, del Tesoro y de las Casas Consistoriales, encarceló á Savary, ministro de policía y al prefecto Pasquier, y les reemplazó por dos ayudantes de campo de Moreau. El estado mayor de la plaza fué el único punto donde encontró resistencia, y habiendo empleado la fuerza contra el general Hullin, fué reducido á prision; juzgado por una comision militar, fué condenado y fusilado con otras trece personas, cuyo solo crimen era haber obedecido con harta facilidad á aquel audaz conspirador.

Napoleon quedó aterrado con aquel golpe de mano; la pasiva actitud de los funcionarios, la maquinal docilidad de las tropas, la indiferencia de los ciudadanos, la resignacion de todo el mundo, era una terrible leccion para el gobierno, una desconsoladora revelacion del secreto estado de la Francia, y la explicacion de la restauracion de 1814. «A la primera noticia de mi muerte, dijo el emperador, por orden de un desconocido, los oficiales conducen sus regimientos contra las cárceles, y se apoderan de las primeras autoridades! Un carcelero encierra á los ministros bajo llave!

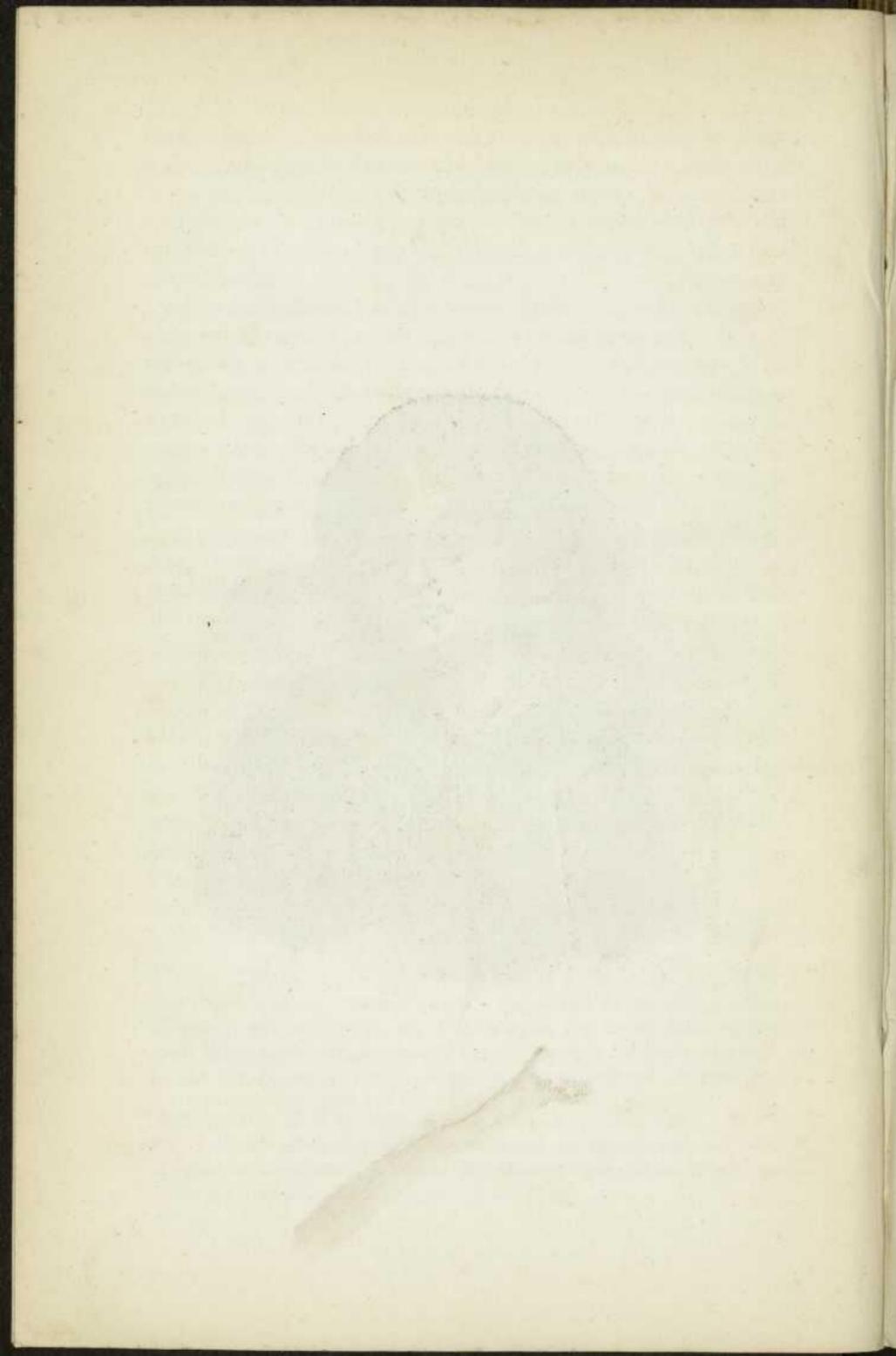
Un prefecto de la capital, á la voz de algunos soldados, se presta á disponer su gran salon de ceremonias, para no sé qué asamblea de facciosos, mientras que la emperatriz, el rey de Roma, mis ministros y los grandes poderes del Estado, están aquí! Con qué un hombre lo es todo? con qué las instituciones, los juramentos, no son nada?»

Su primer cuidado fué, asegurarse por todos los medios, el favor popular: recorrió los arrabales, visitó los talleres, habló con los operarios, y en todas partes fué acogido con entusiasmo por el pueblo, que le admiraba lo mismo que antes, y le consideraba como símbolo de la grandeza de la Francia (1), mandó continuar los grandes trabajos de arte y utilidad empezados hacia diez años, se ocupó en reformas interiores, y presentó al cuerpo legislativo una magnífica exposicion del estado del imperio, de la cual resultaba haberse invertido mil millones en obras públicas en el espacio de doce años (2). Finalmente, deseoso de poner fin á las contiendas religiosas que habian aterrorizado sobre él la enemistad del clero y de gran parte del pueblo, marchó á Fontainebleau, á donde el papa habia sido trasladado en 1812, y celebró con él un concordato sobre las bases establecidas por el concilio de París (25 de enero de 1813); convínose además en que Pio VII residiese en Aviñon, y el emperador declaró haber tratado con él como jefe de la Iglesia, y sin prejuzgar lo mas mínimo acerca de los Estados romanos. El pontífice fué puesto en libertad, y los cardenales pudieron volver á su lado; pero el pontificado se halló bajo la completa dependencia del representante de la revolucion. Pio VII no tardó en arrepentirse de su conducta, y envió al emperador una retractacion, diciendo que su conciencia se oponia á la ejecucion del concordato, «firmado ligeramente y por

(1) «Mi popularidad es inmensa, incalculable, decia al consejo de Estado; y dígame lo que se quiera, el pueblo me ama y me respeta; su buen sentido triunfa de la malevolencia de los salones y de la metafísica de los políticos, y estoy cierto de que me seguiria á despecho de todos vosotros. El pueblo solo á mí me conoce: por mí goza sin temor de cuanto ha adquirido, por mí ve á sus hermanos, á sus hijos, ascendidos, condecorados y enriquecidos; por mí sus brazos hallan siempre trabajo y sus fatigas algunas distracciones.» (Las Casas, t. V, p 345.)

(2) Palacios imperiales, 62 millones; fortificaciones 144; puertos, 117; caminos, 227; puentes, 31; canales y desagües, 123; obras en París, 102; edificios públicos, de los departamentos, 149.





fragilidad humana.» El concordato, empero, se hallaba ya publicado, y el emperador consideró la retractacion como de ningun valor; el papa permaneció en Fontainebleau, y la oposicion del clero se hizo cada día mas amenazadora.

En tanto no cesaban los preparativos de guerra; en tres meses se enviaron al Elba seiscientos cañones, dos mil cajas de municiones, setenta compañías de artilleros, y seis regimientos de artillería; sacáronse de España los cuadros de cien batallones, de cuatro regimientos de la guardia, y de dos regimientos de caballería; la gendarmería aprontó tres mil oficiales y subalternos para reorganizar la caballería, y el emperador obtuvo además del senado ochenta mil hombres de guardia nacional, noventa mil de la quinta de 1814, destinados para la defensa de las fronteras del Mediodía, y en fin, diez mil *guardias de honor*, especie de rehenes exigidos á las familias nobles, que debian uniformarse, equiparse y montarse á sus expensas. Doscientos mil hombres se dirigian al Elba, y otros cien mil iban á seguir sus huellas; la confederacion del Rhin preparaba sus contingentes, y creíase que el Austria aumentaria su cuerpo auxiliar.

§. II.—*Preparativos de la coalicion.—Alianza de la Prusia y de la Rusia.—Disposiciones del Austria.*—Tambien la coalicion se preparaba para la gran lucha que parecia deber ser la postrera: la Inglaterra estrechó su alianza con la Rusia; celebró un tratado con la Suecia, por el cual tomó á su sueldo treinta mil hombres que debia mandar Bernadotte; difundió proclamas en Alemania, y sondeó las sociedades secretas; intimó al rey de Prusia que entrara en la coalicion, amenazándole con establecer en sus Estados un gobierno provisional, y excitó al Austria á vengarse de sus derrotas, ofreciéndole la Italia y asegurándole que la Alemania se hallaba pronta á sublevarse contra la Francia, y que esta se hallaba tambien en vísperas de una gran revolucion» (1). De la resolucion de la Prusia y del Austria dependia el resultado de la lucha.

La Prusia, deseosa de ganar tiempo, habia, propuesto una tregua entre la Rusia y la Francia, y ofrecido su mediacion, que Napoleon rechazó, y entonces Federico Guillermo firmó secreta-

(1) Comunicaciones del embajador de Francia en Viena.

mente con Alejandro (22 de febrero de 1813) un tratado de alianza, «para devolver la independencia á la Europa y restablecer á la Prusia en sus límites de 1806;» la Rusia debía poner en línea ciento cincuenta mil hombres y la Prusia ochenta mil; el czar se obligaba á proporcionar á la Prusia los subsidios de la Inglaterra, y ambas potencias se obligaban á no celebrar la paz la una sin la otra. Esto no obstante la Prusia no cesó de negociar con la Francia sobre las bases de la alianza, y de repente le declaró la guerra (17 de marzo). Dos días despues, Alejandro y Federico celebraron la convencion de Breslau, por la cual se llamaba á los príncipes alemanes á contribuir á la emancipacion de la patria, bajo pena de ser privados de sus Estados; la confederacion del Rhin fué declarada disuelta; creóse un consejo para administrar en beneficio de los aliados las provincias conquistadas, y organizar la leva en masa en los Estados de la confederacion; dióse orden al *landsturm* de hostigar al enemigo, de dar muerte á los soldados aislados, de destruir los víveres, etc., y estalló el gran movimiento de la independencia alemana. Los alemanes no veian en Napoleon mas que al conquistador, y en sus actos mas que la guerra; nadie habia sufrido como ellos en la lucha entre la Francia y la antigua Europa, y nada habian reportado de ella: «Me odian, y es natural, decia el emperador; durante diez años me han obligado á baticirme sobre sus cadáveres, y no han podido conocer mis verdaderas intenciones.» Al tomar las armas contra Francia, creyeron marchar á la libertad; su movimiento fué del todo revolucionario, y arrastraron á las cortes y á los gabinetes, los que debieron fingir las pasiones de los estudiantes de Prusia y de Westfalia. Reyes, ministros y generales adoptaron el estilo del año 93, y prometieron constituciones á los pueblos para excitarles contra el moderno Atila. «Pueblos, sed libres, decian sus proclamas, unios con nosotros! Dios está á nuestro lado, y peleamos contra el infierno y sus aliados! las distinciones de rango, de nacimiento, de país, están desterradas de nuestras legiones; todos somos hombres libres!...—Alemanes, decia Wittgenstein, abiertas están para vosotros las filas prusianas; en ellas encontrareis al hijo del labrador junto al hijo del príncipe. Las ideas de trono, libertad, honor y patria borran toda distincion de clase.—Libertad ó muerte! exclamaba otro. Alemanes, á contar desde 1812,

nuestros árboles genealógicos de nada sirven; las hazañas de nuestros abuelos quedan borradas por el envilecimiento de sus descendientes. Solo la regeneración de la Alemania puede producir nuevas familias nobles, y devolver su esplendor á las que antes lo fueron.» Los reyes empleaban á su vez contra Napoleon las armas revolucionarias, mientras que él no podía oponerles mas que los recursos regulares de las antiguas monarquías.

Mientras el Austria ordenaba á Schwartzemberg que se replegara á Galitzia, y firmaba con los rusos una tregua que debía prolongarse indefinidamente, declaraba á la Francia, que entendía conservarse fiel á su sistema; que la alianza se hallaba fundada en los intereses mas naturales, mas permanentes y mas saludables, y que debía ser eterna... Nos obligamos, decia, á no obrar sino del modo que convenga al emperador Napoleon, á no dar un paso sin darle antes aviso, y á emplear contra los rusos, en caso de que se nieguen á celebrar la paz, las fuerzas todas de la monarquía (1).» Mientras esto proclamaba, Francisco aconsejaba al rey de Prusia, que «no refrenára el noble entusiasmo que le habia llevado á secundar los esfuerzos del emperador de Rusia para la reconquista de la independencia europea (2);» adheríase secretamente á la convencion de Breslau, é intrigaba cerca de los reyes de Dinamarca, de Baviera, de Wurtemberg, de Westfalia y de Nápoles, «mostrándose á ellos como un amigo de Napoleon que solo deseaba la paz, y excitándoles á no hacer armamentos inútiles, que harian al emperador mas duro en sus condiciones.» Jamás gabinete europeo alguno habia usado de tanta doblez; pero como no se hallaba dispuesto aun para la guerra, esperaba, mientras completaba sus armamentos, el resultado de las primeras hostilidades, para hacer comprar su alianza á Napoleon ó para descargarle el golpe de gracia.

§. III.—*Campaña de estío de 1813.—Batallas de Lutzen y de Bautzen.—Armisticio de Pleswitz.*—Eugenio habia logrado conservar el Elba durante quince dias contra ciento cincuenta mil hombres, mas al fin quedó rota aquella línea en sus dos extremos por la insurrección de Hamburgo, ciudad que abrió sus puertas á los rusos (12 de marzo de 1813), y por la toma de Dres-

(1) Cartas de Otto, embajador de Francia en Viena.

(2) Schoell, t. VI, p. 61.

de, ocupada por los prusianos (26 de marzo). Entonces el virey se retiró al Saal, donde detuvo al enemigo por espacio de un mes por medio de acertadas maniobras, y despues de llenar tan dignamente su mision, solo pensó en reunirse con la vanguardia del grande ejército (30 de abril).

El emperador, despues de confiar la regencia á María Luisa, habia salido de París y llegado á Erfurth con todas sus tropas excepto la caballería, cuya organizacion no se hallaba todavía terminada. Su ejército ascendia á ciento diez mil hombres sin las fuerzas de Eugenio, y hallábase dividido en cuatro cuerpos, mandados por Ney, Marmont, Bertrand y Oudinot; la guardia tenia por jefes á Soult, Mortier y Bessieres; la artillería contaba doscientas piezas. Davoust con treinta mil hombres debia expulsar la Westfalia de los cosacos que allí habian penetrado, y ocupar de nuevo Hamburgo. Napoleon se puso en marcha para reunirse con Eugenio en el Saal, y se dirigió á Leipzig; Ney, en la vanguardia, formaba el centro con cuarenta mil hombres, teniendo detrás de sí á Marmont y á la guardia; Bertrand y Oudinot, formaban el ala derecha y Eugenio la izquierda. Ney pasó el Saal en Kosen, y encontró en Weissenfels la vanguardia del ejército aliado.

El ejército aliado, mandado por Wittgenstein, habia salido de Dresde y se dirigia, la derecha por Zwenckau, el centro por Borna, y la izquierda por Autemburgo, esperando sorprender al emperador en Erfurth ó envolver á Eugenio, penetrando detrás de él en Thuringia. Ney arrojó de Weissenfels á la vanguardia del ejército despues de un violento combate, apoderándose el dia siguiente del desfiladero de Rippach, despues de una escaramuza en la cual murió el mariscal Bessieres (1.º de mayo), y entrando en comunicaciones con Eugenio que llegaba de Merseburgo; marchó en seguida hácia las llanuras del Elster, y acantonó sus tropas entre Lutzen y Pegau. Eugenio con los cuerpos de Lauriston y de Macdonald se dirigió á Leipzig, mientras que Marmont y Bertrand se hallaban en Poserna á espaldas de Ney, y Oudinot en Naumburgo. A causa de la carencia de caballería, ignorábase la posicion del enemigo, el cual se hallaba situado en una línea paralela á nosotros, desde Zwenckau hasta Zeitz, y en el momento en que Lauriston marchaba contra Lindenau, dejóse ~~en~~

en nuestra derecha un espantoso cañoneo, apareciendo inmensas columnas por la parte de Pegau: el ejército aliado nos atacaba con todas sus fuerzas (2 de mayo).

Al saber la marcha de Napoleon al Elba, Wittgenstein se había detenido; concentró todas sus tropas dejando un cuerpo delante de Leipzig, y resolvió atacar por el centro la larga columna que formaba el ejército francés desde Lindenau hasta Naumburgo. Blucher, que mandaba el ala derecha de los aliados, se precipitó contra los pueblos de Kaya y de Goerschen, ocupados por Ney, y se apoderó de ellos. Ante tan imprevisto ataque, Napoleon detuvo á todas sus tropas en marcha: ordenó á Eugenio que reuniera sus dos cuerpos, á Marmont que abandonara á Porserna para formar el ala derecha, á la guardia que se colocara á espaldas de Ney, y finalmente á Bertrand y á Oudinot que atacaran al enemigo por su flanco izquierdo.

Ney había ocupado de nuevo las aldeas; pero Blucher, después de recibir refuerzos, las había ocupado otra vez: Kaya que era el punto central de la batalla, en cuanto cubria Lutzen y el camino de Leipzig, fué perdido, tomado, perdido y recobrado: los reclutas franceses y los estudiantes prusianos rivalizaban en arrojo y en furor; casi todos los generales se hallaban heridos, y mientras Federico Guillermo y Alejandro contemplaban la carnicería desde lo alto de una colina, Napoleon, en medio del fuego, animaba á sus jóvenes soldados: «Esta es la jornada de la Francia, les gritaba, adelante! La patria os contempla! sabed morir por ella!» Sin embargo, Kaya fué de nuevo perdida, y las tropas se disponian para un nuevo ataque, cuando Eugenio y Bertrand entraron en línea: el primero arrolló la derecha del enemigo, el segundo atacó su izquierda con sesenta piezas, y nuestras dos prolongadas alas iban á envolver el centro de los aliados. Entonces diez y seis batallones de la joven guardia, apoyados por la guardia veterana, formada en escalones y sostenida por ochenta piezas, se lanzan hácia Kaya á la bayoneta, se apoderan del pueblo, y obligan al enemigo á ponerse en retirada, dejando quince mil hombres en el campo de batalla.

Napoleon quedó muy satisfecho de su victoria: «Desde hace veinte años que mando los ejércitos franceses, dijo, no he visto jamás tanto valor y tanta abnegacion. Oh mis jóvenes soldados!

el honor y el arrojo les salian por todos los poros!» Su victoria empero le costaba doce mil hombres; sus grandes esfuerzos solo le habian producido dos mil prisioneros, y por falta de caballeria no pudo perseguirse á los vencidos.

El ejército aliado se retiró á Dresde, y despues de algunos combates de retaguardia en el Mulda, pasó el Elba. Napoleon les siguió y entró en Dresde, donde restableció al rey de Sajonia, quien le proporcionó un contingente de quince mil hombres (9 de mayo). El enemigo se dirigió á la Silesia por Bautzen, abandonando la defensa de Berlin para apoyarse en la Bohemia; los aliados sabian las disposiciones del Austria.

Al empezar las hostilidades, la corte de Viena habia declarado á Napoleon (26 de abril) «que la alianza habia cambiado de naturaleza, que el Austria debia limitar su simple intervencion á la actitud de una mediadora armada.» Y que no podia ser ya potencia auxiliar de la Francia. Despues de la batalla de Lutzen, hizo nuevas protestas de amistad: «La alianza existe, decia, no está mas que suspendida; si no aprontaba su contingente era para conservar las apariencias de imparcialidad; solo un congreso podia poner fin á la guerra.» «El mediador es vuestro sincero amigo, escribia Francisco á su yerno (11 de mayo). Trátase de sentar sobre bases inexpugnables vuestra dinastía, cuya existencia se halla confundida con la mia.» Mientras así hablaba recogia á los heridos de Lutzen, continuaba sus negociaciones con los rusos, y permitia que Schwarthemberg, enviado con una mision á París, dijese á Maret, ministro de negocios extranjeros: «La política ha hecho el matrimonio y tambien podrá deshacerlo.»

Napoleon aceptó la proposicion de un congreso, pues si bien no creía en la sinceridad del Austria, no queria obligarla á arrojar su máscara antes de tiempo, y esperaba que una victoria la haria completamente suya; esto no obstante apresuró la marcha de sus refuerzos: Marmont, Macdonald y Bertrand habian salido en persecucion de los aliados y llegado delante de Bautzen; Ney, con Lauriston y Reynier, marchaban desde Torgau hácia Berlin; Victor, Mortier y Sebastiani defendian los puentes del Elba, y Eugenio habia sido enviado á Italia. El emperador se dirigió á Bautzen, y se encontró al frente de ciento cincuenta mil hombres, incluso el cuerpo de Ney, que tenia orden de incorporarse.

al movimiento general del ejército, rodeando el ala derecha del enemigo por Weissig y Koenigswartha.

El ejército aliado se había concentrado en Bautzen y ocupaba una posición formidable, teniendo su izquierda apoyada en las montañas de los Gigantes, su centro en la ciudad, y su derecha en los reductos fortificados de Krekewitz que dominan el Spree; á sus espaldas había un inmenso campo atrincherado, defendido con muchas fortificaciones, y apoyado en tres aldeas y en un arroyo pantanoso. El ejército aliado, compuesto de ciento setenta mil hombres, se hallaba dividido en dos masas: la primera mandada por Blucher, y la segunda por Wittgenstein. El emperador empezó el ataque (20 de mayo), y después de un día de encarnizados combates, apoderóse de Bautzen y de la línea del Spree, y arrojó al enemigo en su campo atrincherado, siendo Blucher el único que logró sostenerse en las alturas de Krekewitz. Al día siguiente principió de nuevo la batalla: Oudinot que formaba el ala derecha, se corrió por las montañas á fin de envolver el campo; el enemigo dirigió allí todos sus esfuerzos, pero de repente estalló un vivo cañoneo en la izquierda contra sus últimas posiciones. Era Ney que, después de arrollar á York y á Barclay en Weissig, llegaba con sesenta mil hombres contra el flanco derecho de los aliados; sin embargo, en vez de lanzarse hácia la calzada de Wurtschen para apoderarse de la línea de retirada del enemigo, se dirigió á las alturas de la derecha, donde le fué preciso combatir á pié firme, perdiendo así el fruto de su grande operación. Los aliados dirigieron todas sus reservas hácia la parte amenazada, y Napoleon se aprovechó de ello para arrollar su centro; Blucher, atacado de frente por Bertrand y en la derecha por Marmont, envuelta su izquierda por la guardia y amenazadas sus espaldas por Ney, se replegó hácia Górlitz, y Wittgenstein, que había conservado sus posiciones, se apresuró á imitar aquel movimiento.

Fué aquella una magnífica victoria, pero tan infructuosa como la de Lutzen: el enemigo había perdido 18 mil hombres, pero había causado á los franceses una pérdida de 12 mil, y se retiraba en buen orden, incendiando sus bagajes, asolando el camino, oponiendo resistencia en cada arroyo, en cada barranco. Los vencedores debieron apoderarse combatiendo de Weissenberg,

Schoppen, Reichenbach y mas allá de este último pueblo encontraron aun el enemigo formado en batalla (22 de mayo): «Cómo! dijo el emperador, despues de semejante carnicería, ningún resultado! ni un prisionero! Esa gente no me abandonará ni un claro!» Y mientras mandaba á Ney que se adelantára hasta Grolitz, una bala perdida mató á su lado al gran mariscal Duroc y al general de ingenieros Kirgener. Napoleon quedó aterrado por la pérdida de Duroc, su amigo particular desde el sitio de Tolon; el ejército se hallaba consternado: «Espantosa guerra, decfase, nos devorará á todos.» Esto no obstante la persecucion continua: Víctor y Sebastiani en la izquierda marchan contra Glogau; Macdonald, Marmont y Bertrand en la derecha, siguen los caminos que rodean la Bohemia, y Ney, Reynier y Lauriston forman el centro y la vanguardia. Los franceses pasan el Neiss, el Queiss, el Bober y el Katzbach; el enemigo sacrifica los caminos de Berlin, de la Polonia y de Breslau para apoyarse en la Bohemia, y nuestra derecha llega á Glogau, nuestra izquierda á Schweidnitz, y nuestro centro á Breslau (1 de junio).

Así, en un mes la Sajonia habia quedado libre de enemigos, y la Silesia se hallaba medio conquistada; la Wetsfalia y el Hannover fueron sometidos, y Davoust recobró las bocas del Elba, Hamburgo y Lubeck. Napoleon podia arrollar al ejército aliado hasta las montañas y aniquilarle, cuando de repente se desliza el Austria en medio de nosotros y suspende nuestra marcha, obteniendo de Napoleon un armisticio, firmado en Pleswitz que debe durar desde el 4 de junio hasta el 28 de julio. Los aliados podian pues rehacerse de sus dos derrotas (1), ser reforzados por el ejército de Benigsen que se organiza en Polonia, por el de Bernadotte que desembarca en Stralsund, y sobre todo permitirán al Austria que una vez completados sus armamentos, pueda entrar en la coalicion. «Cometí una gran falta, ha dicho Napoleon: si hubiese continuado avanzando, como podia hacerlo, el Austria no se habria declarado contra mí (2).» Sin embargo, todo el mundo decia en Europa y especialmente en Francia que el emperador

(1) «He aceptado el armisticio, dijo el rey de Prusia á sus súbditos, á fin de que la fuerza nacional que mi pueblo ha manifestado con tanta gloria, pueda desenvolverse enteramente.»

(2) O'Meara, T. II, p. 172.

solo deseaba la guerra, que la hacia sin motivo y solo por pasion, y érale preciso demostrar hasta la evidencia «que si bien parecia atacar, no hacia mas que defenderse,» y que su mayor deseo era la paz. «Cuáles no debian ser mis tribulaciones, decia en Santa Elena, al encontrarme solo para juzgar la inminencia del peligro, y aplicar á él el oportuno remedio; al verme entre los coaligados que amenazaban nuestra existencia y el espíritu del interior, que en su ceguedad parecia hacer causa comun con ellos; entre nuestros enemigos prontos á ahogarse, y el cansancio de todos los míos que me instaban para que me arrojára en brazos de sus mismos enemigos (1)!» Esto hizo que firmase el armisticio con tristes presentimientos: «Si los aliados no tienen buena fe, dijo al partir para Dresde, este armisticio ha de sernos fatal (2)!»

§. IV.—*Situacion del emperador.—Asuntos de España.—Batalla de Vitoria.*—En tanto que se abrian las negociaciones, ocupóse el emperador en afirmar su posicion, y tomó Dresde por centro de sus operaciones: «Esta posicion, dijo, me ofrece ventajas tales, que el enemigo, vencedor en diez batallas, podria á duras penas arrojarme al Rhin, mientras que yo, alcanzando una sola victoria, puedo marchar contra las capitales de los aliados, entrar en comunicacion con nuestras guarniciones del Oder y del Vístula, y obligar al enemigo á celebrar la paz (3.)» Las cercanías de Dresde fueron protegidas con varios reductos; abrióse un campo atrincherado en Pyrna, tomóse posesion del castillo de Koenigstein en la frontera de Bohemia; Merseburgo, Erfurt y Wurtzburgo, fueron nuestras estaciones hasta el Rhin; nuestras plazas del Oder y del Vístula se hallaban en buen estado; nuestro novel ejército se habia aguerrido, y recibió sin cesar refuerzos de artillería y caballería; nuestros aliados de Alemania parecian tan adictos como siempre, y los reyes de Sajonia y de Dinamarca mostraban el mas ardiente celo á pesar de ver, el primero, sus Estados convertidos en teatro de la guerra, y de tener el segundo, amenazada su capital por los ingleses y la Noruega invadida por los suecos. En cuanto la Francia permaneció tranquila, acostumbrada, como estaba, á obedecer, y en medio de las felici-

(1) Las Casas t. VI. p. 428

(2) Fain, Manuscrito de 1813 t. I, p. 449.

(3) Id. t. II, p. 30.

taciones y de los regocijos oficiales, era imposible ver su fatiga, su tristeza, la oposicion al régimen imperial, que sin cesar aumentaba, y el partido de la contra-revolucion que tomaba creces cada dia. Napoleon, pues, no conocia todo el peligro de su situacion: pensaba no haber perdido sino la Polonia, y no tener delante de sí mas que á dos enemigos, á los cuales anonadaria con una tercera victoria; no creia en la traicion completa de su suegro, y no imaginaba que los reyes tratasen de derribarle por medio de una revolucion política, reputándose convertido en uno de ellos y en la base de todo el órden social. Semejante confianza le perdió: no quiso hacer sacrificios, ni supo hacerlos en tiempo oportuno. En aquella época en que tenia necesidad de todos sus recursos, podia doblarlos, negociando con Fernando VII, devolviéndole la España, y llamando á su lado á los ciento cincuenta mil soldados aguerridos que se consumian en ella sin utilidad; sin embargo, no quiso volver atrás, y los españoles, á quienes tan indignamente engañára, debian ser los primeros en violar el suelo de la Francia.

Suchet habia afianzado la dominacion francesa en el reino de Valencia por medio de una administracion justa y enérgica, pero en Aragon y en Cataluña, nuestras tropas, mandadas por Decaen y Lamarque debian luchar incesantemente con numerosas partidas de insurrectos. Habíase formado en Murcia un ejército anglo-español, y despues de numerosos combates en el Jucar, una mitad de dicho ejército permaneció delante de Suchet mientras que la otra se embarcó y bloqueó á Tarragona. La toma de esta ciudad habria cortado las comunicaciones de los franceses con los Pirineos, así es que el mariscal corrió á ella con numerosas fuerzas, atacó á los aliados, les derrotó completamente, y les obligó á reembarcarse, volviendo luego á tomar sus primeras posiciones en el Jucar.

Despues de la retirada de Wellington á Portugal, los ejércitos franceses habian quedado muy debilitados á consecuencia de los refuerzos enviados á Alemania, y José, á quien su hermano habia devuelto casi todo su poder ayudado por Jourdan, como mayor general, formó con ellos un solo ejército que ascendia á 80,000 hombres, pero que se hallaba diseminado en varias provincias, desde el Tajo hasta los Pirineos. Wellington al frente de 70,000

españoles y de 50,000 ingleses tomó otra vez la ofensiva (20 de mayo de 1813), y pasando por Salamanca, mientras que su ala izquierda atravesaba el Duero cerca de la frontera portuguesa, se dirigió hácia Zamora y Toro. Las divisiones francesas evacuaron Madrid y Valladolid, y aunque José quiso concentrarlas en Búrgos, el movimiento de Wellington que pasó por Palencia y tomó posición en el Pisuerga, obligó á evacuar á Búrgos y á retirarse con 45,000 hombres hácia Miranda y Pancorbo, temiendo que el enemigo llegase antes que él al Ebro; su derecha compuesta de 12,000 hombres, y mandada por Foy, se encontraba en Vizcaya, y su izquierda, formada por 15,000 hombres á las órdenes de Clausel, en Logroño. Wellington, dejando su derecha delante de los franceses (17 de junio), rodeó el Ebro con su centro y su izquierda, y tomó posición en el torrente de Bayas, con la derecha apoyada en el rio y la izquierda en el camino de Vitoria á Bilbao. José se retiró á Vitoria, centro de los caminos de Madrid, de Logroño y de Bilbao; Wellington le atacó (21 de junio), le arrolló en todos los puntos, y se apoderó del camino de Bayona. José mandó emprender la retirada hácia Pamplona, pero el tren de reserva encontró en el camino los coches reales y los bagajes de los refugiados españoles, produciéndose allí extrema confusión: y 120 cañones, 400 arcones, 1,500 carros cayeron en poder del enemigo. Los franceses perdieron 5,000 hombres entre muertos y prisioneros, y aunque débilmente perseguidos, no intentaron defender á Pamplona y pasaron los Pirineos. Clausel, que llegó á Vitoria despues de la batalla, marchó á Jaca y desde allí á Oleron, sin obstáculo alguno, mientras que Foy, que habia reunido sus tropas en Tolosa, debió combatir sin descanso hasta el Bidasoa. Soult se encargó del mando del ejército de José con ilimitados poderes, y Suchet recibió la orden de evacuar Valencia y de retirarse á Cataluña.

Los ingleses se encontraban en el Bidasoa! la Francia iba á ser invadida por los españoles! Este acontecimiento causó profunda sensación en Europa, y no fué la menor de las causas que impulsaron á los aliados á continuar la guerra.

§ V.—*Congreso de Praga.*—*El Austria entra en la coalicion.*—Las negociaciones para la paz no se habian abierto todavía; el Austria, despues de anunciar á la Francia que la Inglaterra rechazaba

su mediacion, pero que la Rusia y la Prusia la aceptaban, pidió nuestras condiciones en cuanto los aliados le habian entregado las suyas, y queriendo que las negociaciones pasasen únicamente por sus manos, opuso infinitos obstáculos á la convocacion del Congreso, y en tanto la Inglaterra firmaba con la Prusia y la Rusia los tratados de Reichenbach (14 de junio), en virtud de los cuales les concedió un subsidio mensual de 33 millones á la una y de 17 á la otra. Napoleon conoció el objeto del armisticio, y dijo á Metternich que le visitó en Dresde (28 de junio): «Venís muy tarde; vuestra mediacion se hace casi hostil á fuerza de permanecer inactiva... Qué resultados ha dado hasta ahora el armisticio? Los tratados de Reichenbach son los únicos que han llegado á mi noticia. Convenid en que habeis querido ganar tiempo, y que en el dia están prontos vuestros doscientos mil hombres detrás de las montañas de Bohemia. La única cuestion para vosotros, es ver si os será dable sacar buen partido sin llegar á las armas, ó si debeis entrar definitivamente en las filas de mis enemigos. Veamos pues; negociemos: qué quereis? Os he ofrecido la Iliria para permanecer neutrales; no estais satisfechos aun? —En vuestra mano está, contestó Metternich, el disponer de nuestras fuerzas. Las cosas han llegado á un punto en que ya no podemos permanecer neutrales; es preciso que estemos por vos ó contra vos.» El embajador formuló entonces sus proposiciones. «Cómo! exclamó el emperador, no solo la Iliria sino tambien la mitad de la Italia, el restablecimiento del papa en Roma, el abandono de España, de la Holanda, de la confederacion del Rhin y de la Suiza! Con que deberíamos evacuar la Europa, cuando ocupo todavía la mitad de ella, conducir mis legiones con la culata de su fusil al aire detrás del Rhin, de los Alpes y de los Pirineos! Y cuando nuestras banderas flotan todavía en el Vístula y en el Oder, cuando mi ejército triunfante se encuentra en las puertas de Berlin y de Breslau, en donde me hallo al frente de trescientos mil hombres, el Austria sin sacar la espada se atreve á dirigirme semejantes proposiciones! Y ha aprobado mi suegro semejante proyecto! Cómo se ha atrevido á enviaros? Ah! Metternich, cuanto os ha dado la Gran Bretaña para hacerme la guerra (1)?» El ministro herido en el corazon, cambió de semblante y

(1) Tain, tomo II.

desde entonces la defeccion del Austria, resuelta hacia mucho tiempo, fué para él un asunto de pasion personal; esto no obstante, Napoleon aceptó la mediacion de la corte de Viena; el congreso debia reunirse en Praga, y el armisticio prolongarse hasta el 10 de agosto. Todo ello empero no era mas que un juego, durante el cual Metternich completó sus armamentos.

Napoleon esperaba la abertura del congreso, y en tanto los soberanos aliados, Bernadotte y los ministros ingleses se reunian en Trachenberg (9 de julio). El Austria adhirióse allí formalmente á la coalicion, y recibió de la Inglaterra un subsidio mensual de 13 millones. Discutióse y adoptóse tambien el plan de campaña, y segun dijo lord Castlereagh en el parlamento inglés, Bernadotte propuso tres y los tres excelentes. Convínose en que cien mil rusos y prusianos, mandados por Barclay, se reunirian en Bohemia con cien mil austríacos para marchar contra Dresde, mientras que Blucher y Bernadotte, al frente de otros dos ejércitos, mantendria á los franceses en expectativa, rehusando la batalla á Napoleon, y aceptándola de sus generales. Los gabinetes de la confederacion rhiniana fueron corrompidos; tramáronse intrigas en Francia; hablóse de nuevo de restaurar los Borbones; por consejo de Luis XVIII y de Bernadotte se llamó á Moreau que residia en los Estados-Unidos, y finalmente formóse el plan de una revolucion en Francia: debia aislarse al ejército de la nacion, invocar la libertad contra el emperador, mostrarse á los franceses, no como conquistadores, sino como libertadores «contra el enemigo comun;» la coalicion solo hacia la guerra á un hombre; no tenia mas objeto que la paz del mundo, y hubiérase dicho que las ideas de libertad y emancipacion habian pasado al campo de los soberanos absolutos.

- A pesar de hallarse los negociadores en Praga, fueron tantos los obstáculos y dilaciones que el congreso no llegó á abrirse hasta el 29 de julio, 12 dias antes de espirar el armisticio. El Austria redobló sus intrigas para impedir las conferencias: suscitó cuestiones de forma, hizo que los negociadores no pudiesen verse, y quiso decidir sola sobre su notas escritas. «Difícil era dudar de sus intenciones y del resultado del pretendido congreso de Praga, terminado antes de haber empezado (1).»

(1) Montverat, t. VI, p. 225.

Napoleon vió por fin el abismo en que habia caído, y entabló con Metternich una negociacion directa para conocer su definitiva resolucion; el ministro austriaco para dar cima á quel edificio de falsedades, pidió la division de la Polonia entre las tres potencias del Norte, el restablecimiento de la Prusia, la independencia de la confederacion germánica, etc., y aunque Napoleon accedió á todo, su contestacion no llegó al congreso hasta el 11 de agosto, cuando los plenipotenciarios se habian separado hacia pocas horas. El Austria declaró ser demasiado tarde, y haber entrado ya en la coalicion «resuelta á arrostrar todos los peligros de la guerra;» enseguida publicó su manifiesto, no ocultó la conducta que venia observando hacia seis meses, diciendo que «los aliados y ella profesaban ya iguales principios aun antes de que los tratados hubiesen cimentado su union. «El emperador experimentó vivísima indignacion:» El gabinete de Viena, dijo, ha abusado de lo mas santo que existe entre los hombres, de una mediacion, de un congreso, y del nombre de la paz.»

§. VI.—*Campaña de Otoño.—Batalla de Dresde.*—La coalicion, tal como la Inglaterra habia querido tantas veces formarla, se hallaba completa, y, resuelta á aniquilar á la Francia, habia armado á un millon de hombres. Los ejércitos del Norte comprendian 600,000 combatientes (1), 100,000 caballos, 1800 cañones; el de la derecha ó *del Norte*, mandado por Bernadotte, componíase de 130,000 hombres y acampaba en el Havel; el del centro ó *de Silesia*, mandado por Blucher y compuesto de 200,000 hombres, ocupaba el Oder; el de la izquierda ó *de Bohemia*, mandado por Schwartzemberg, ascendia á 130,000 hombres, y se encontraba en Praga. Además 140,000 rusos y prusianos bloqueaban las plazas del Vístula y del Oder; los austriacos tenian en el Inn 30,000 hombres contra la Baviera, y en Styria 50,000 destinados á entrar en Italia; en el Mecklenburgo se hallaban 30,000 ingleses, suecos y rusos, mandados por Walmoden; esperábase de Asia una reserva de 70,000 rusos, mandados por Benigsen, y los ejércitos de España, en fin, se elevaban á mas de 200,000 hombres.

Napoleon opuso á aquella masa de enemigos 550,000 comba-

(1) Rusos 120,000, prusianos 230,000; austriacos 180,000; suecos 30,000; alemanes 20,000.

tientes; bajo sus órdenes se hallaban 280,000 hombres, 40,000 caballos y 1,200 cañones, divididos en tres ejércitos: el primero al mando de Davoust y compuesto de 30,000 hombres, ocupaba Hamburgo; el segundo, de 70,000 mandados por Oudinot, se hallaba reunido en Witemberg, y el tercero, de 180,000 mandado por Napoleon, estaba escalonado desde Dresde hasta Liegnitz. Eugenio reunía además en Italia cuarenta mil hombres; había en el Inn veinte y cinco mil bávaros; Augereau tenía en Wurtzburgo veinte mil hombres; setenta y cinco mil se hallaban encerrados en las plazas del Vístula, del Oder y del Elba, y finalmente hallábanse cien mil en los Pirineos y en Cataluña. El plan de Napoleon consistía en dirigir á Oudinot y á Davoust desde Witemberg y Hamburgo hácia Berlin, mientras que él penetrase en Bohemia para impedir la reunion de los rusos y de los austriacos. En efecto, dejando diez y ocho mil hombres en Dresde al mando de Gouvion Saint-Cyr, marchó á Gorlitz, y sin inquietarse Blucher que antes de espirar el armisticio había tomado la ofensiva, y rechazado nuestras tropas mas allá del Bober, atravesó las montañas de los Gigantes y se apoderó de Gabel (28 de agosto); entonces supo que desde el 9 de agosto, es decir, tres dias antes de la disolucion del congreso, habían entrado en Bohemia noventa mil hombres destacados del ejército de Blucher, reuniéndose con las tropas de Schwartzemberg, y poniéndose luego en marcha hácia Dresde. Napoleon retrocedió hácia Zittau, y queriendo alejar á Blucher antes de regresar á Dresde, marchó al Bober con su guardia, desalojó al enemigo de todas sus posiciones, y le arrojó mas allá del Katzbach (24 de agosto). Un postrer combate en Goldberg anunció á Blucher la presencia de Napoleon, y se retiró á toda prisa á las líneas de Jauer. «Es preciso cansarle,» habían dicho los coaligados.

En tanto el ejército de Bohemia había atravesado las montañas Metálicas, y bajado lentamente á la Sajonia, el ala derecha por el camino real de Peterswald, el centro por Dippodiswald y el ala izquierda por Marienberg, á fin de marchar á Dresde por Freiberg. Saint-Cyr replegó sus avanzadas hasta Pyrna, y no tardó en ser estrechado hasta las empalizadas del recinto exterior. Ciento cincuenta mil hombres ocuparon el espacio que se

extiende desde Pilnitz hasta el valle de Tharandt; formaban la derecha y el centro de los aliados, pues la izquierda, mandada por Klenau, no habia llegado aun, y debia completar el ataque de la plaza desde Tharandt hasta el Elba. Schwartzemberg perdió treinta horas esperando á Klenau.

Napoleon, al saber la marcha de los aliados, dejó delante de Blucher setenta y cinco mil hombres, mandados por Macdonald mandándole que se conservase en la defensiva, y volvió á Dresde á marchas forzadas con setenta mil hombres (20 de agosto). Llegado á Stolpen, dirigirse á los desfiladeros de la Bohemia por Koenigstein á fin de atacar al enemigo por la espalda, cuando supo que Dresde iba á ser tomada (25 de agosto). Entonces destacó á Vandamme con veinte y cinco mil hombres para apoderarse de los desfiladeros de Peterswald, y esperar allí á los fugitivos que desde Dresde iba á enviarle; adelantóse pues á sus demás tropas, y entró en aquella ciudad con su guardia, en el momento en que Saint-Cyr, con sus diez y ocho mil reclutas, se preparaba para una desesperada resistencia. Tiempo era ya de que llegase. Schwartzemberg ordenó el ataque sin esperar mas á Klenau (26 de agosto); seis columnas, precedidas por trescientas piezas, se precipitaron en el intervalo que dejaban los reducidos, y apoderáronse del arrabal de Pyna. La ciudad se hallaba cubierta de bombas y granadas; el enemigo gritaba: ¡París! ¡París! y habia logrado derribar una puerta, pero dos columnas de la guardia veterana, se lanzaron contra el enemigo, le rechazaron y recobraron el arrabal. Los sitiadores volvieron á sus primeras posiciones, dejando cuatro mil muertos y dos mil prisioneros.

Schwartzemberg se mantuvo en la defensiva, pues al dia siguiente debia entrar Klenau en línea con veinte y cinco mil hombres; pero Napoleon, despues de reunir todas sus fuerzas, le atacó vigorosamente por el centro, con toda su artillería, y le obligó á amontonar allí todas sus tropas; allí una bala francesa quitó la vida á Moreau en las filas enemigas. En tanto las dos alas habian trabado la acción; Murat en la derecha, dando un gran rodeo para envolver á Klenau, le derrotaba en todos los puntos y le hacia diez mil prisioneros; Ney y Mortier en la izquierda, arrollaban la derecha enemiga hasta Maxen, y enton-

ces Schwartzemberg, que habia sabido la marcha de Vandamme, emprendió su retirada hácia la Bohemia, abandonando treinta mil muertos heridos ó prisioneros y doscientos cañones.

Los aliados se retiraron en el mayor desórden por todos los caminos de las montañas Metálicas que cubrieron de bagajes y de heridos. El emperador salió en su persecucion, confiando en Vandamme para completar su derrota; pero cayó enfermo en el camino á consecuencia de las fatigas de la batalla, y vióse obligado á regresar á Dresde, abandonando la persecucion á sus generales. Estos se detuvieron; Vandamme fué olvidado, y empezaron entonces los desastres que debian conducir hasta París á la Europa confederada.

§. VII.—*Batallas de Kulm, del Katzbach, de Gross-Beeren y de Dennewitz.*—Vandamme habia abandonado el Elba en Koenigstein, bajado el rio hasta Pyrna, y derrotado á quince mil hombres de la guardia rusa, que cubrian el camino de Praga; rechazó luego aquel cuerpo hasta las montañas, se apoderó de los desfiladeros de Peterswald, y creyendo que Napoleon marchaba á sus espaldas, se dirigió á Kulm y quiso llegar hasta Toeplitz, centro de los caminos que seguian las varias columnas aliadas (28 de agosto). «Si se hubiese hecho dueño de él, dice Butturlin, las columnas á quienes habria cerrado el paso, habrian introducido tal desórden en el ejército de los aliados, que los franceses hubieran podido perseguirles hasta Viena.» Sin embargo, la guardia rusa opuso una resistencia desesperada, y dió tiempo á que llegasen las primeras tropas de Schwartzemberg; Vandamme, admirado de que el emperador le dejase solo y sin instrucciones, se replegó hácia Kulm, donde no tardó en verse atacado por sesenta mil hombres (29 de agosto). Quiso entonces recobrar su posicion de Peterswald, pero en el mismo momento en que subia, bajaba de allí el cuerpo prusiano de Kleitz que se habia librado de la persecucion de Saint-Cyr. Entre las dos tropas que procuraban pasar en sentido contrario, hubo un choque terrible: los franceses escalaron con tanto ardor el escarpado camino que arrebataron á los prusianos su artillería, y que doce mil hombres pudieron atravesar sus filas; pero el resto, envuelto por fuerzas cuádruples, se vió obligado á rendirse (30 de agosto). Vandamme se hallaba entre los prisioneros, y fué indignamente

tratado por los aliados, quienes le abandonaron á los insultos del populacho.

Luego que Napoleon hubo abandonado el ejército de Silesia, Blucher tomó otra vez la ofensiva, y quiso pasar el Katzbach entre Liegnitz y Goldberg; pero Macdonald había pasado también el rio, y marchaba en tres columnas con un frente de diez leguas. Ambos ejércitos se encontraron sin pensarlo, y nuestro centro, expuesto á los ataques de todas las fuerzas enemigas, acabó por ser arrollado; el ala izquierda acudió demasiado tarde y se retiró en desórden, y el ala derecha no pudo reunirse con los restos del centro, hasta despues de tres dias de lucha (26 de agosto). Aquella gran derrota hizo perder á los franceses diez mil hombres entre muertos y heridos, diez mil prisioneros y sesenta cañones. Las lluvias y las inundaciones hicieron muy desastrosa su retirada, repasaron el Bober, el Queiss y el Neiss abandonando sus bagajes, y retrocedieron hasta Bautzen.

Bernadotte, dejando á Walmoden para hacer frente á Davoust, había llevado cien mil hombres por el camino de Berlin á Wittemberg á fin de aislar á Magdeburgo; pero al saber que Oudinot marchaba contra la capital de la Prusia por el camino paralelo de Torgau á Baruth, se replegó, y los franceses ocuparon Trebbin para cortarle la retirada. Halláronle en batalla cubriendo las cercanías de Berlin (24 de agosto), y despues de un violento combate en Gross-Beeren, retiráronse dejando mil trescientos prisioneros. Esta derrota tuvo las mas fatales consecuencias: una division procedente de Magdeburgo y que marchaba para cooperar al movimiento de Oudinot, fué arrollada por la derecha de Bernadotte, y perdió mil doscientos hombres; finalmente, Davoust que se habia apoderado de Schwerin y de Wismar debió retroceder hasta su campamento del Steckenitz.

Oudinot se replegó lentamente hácia Wittemberg, y Ney le reemplazó; Napoleon que habia dejado tres cuerpos delante de Bohemia, se disponia á seguir á Ney con cincuenta mil hombres y á marchar contra Berlin, cuando le detuvo el desastre de Macdonald. Ney, abandonado á sí mismo, quiso desalojar al enemigo del camino de Wittemberg, y le atacó en Dennewitz; pero sus divisiones entraron en accion una despues de otra, los sajones se mostraron muy débiles, y fué completamen-

te derrotado, perdiendo diez mil hombres entre muertos y prisioneros, y no logrando reorganizar su ejército hasta llegar á la márgen opuesta del Elba y bajo los cañones de Torgau. Bernadotte llegó al río, y arrojó numerosas bandas de Cosacos en la Sajonia y en la Westfalia.

Esta derrota llevaba al ala derecha de los aliados bajo los muros de Wittemberg; la retirada de Macdonald permitía á su centro avanzar hasta Dresde, y la batalla de Kulm les abría las puertas de la Sajonia. Napoleon persistió en su posición central; pero debió emplear todo el mes de setiembre en correr alternativamente desde el ejército de Silesia al ejército de Bohemia, sin que el uno ni el otro se decidiesen á empeñar la batalla; si marchaba contra Blucher, los austriacos invadían la Sajonia, y si adelantaba contra Schwartzemberg, los prusianos amenazaban á Dresde. Los soldados perdían su vigor en aquellas marchas continuas; numerosas bandas de insurrectos hostigaban nuestra retaguardia; la Westfalia se hallaba en completa insurrección; los cosacos se habían apoderado de Cassel y de Brema; el rey de Baviera advertía al emperador de que se vería obligado á entrar en la coalición, y su general Wrede, colmado de beneficios por Napoleon, negociaba ya con el Austria; los sajones y los wurtembergueses vacilaban, seducidos por las sociedades secretas y las proclamas de Bernadotte. «La estrella palidecía, dice el prisionero de Santa Elena; sentía que las riendas se escapaban de mis manos, y nada podía hacer para retenerlas. Solo un golpe estrepitoso podía salvarnos.... y cada día, por esta ó la otra fatalidad, disminuían nuestras probabilidades de triunfo. Las malas intenciones empezaban á deslizarse entre nosotros; el cansancio y el desaliento se apoderaban del mayor número; mis tenientes volvíanse débiles y torpes, y por consiguiente desgraciados; no eran ya los hombres de nuestra revolución, ni los de mis hermosos tiempos..... Los generales no podían mas: habíales colmado de honores y de riquezas; habían bebido en la copa de los placeres, y deseaban alcanzar el reposo á toda costa..... El sagrado fuego se apagaba.» (1).

§. VIII.—*Batalla de Leipzig*.—En tanto los aliados reparaban sus pérdidas, adelantaban terreno, y concentraban sus ejércitos,

(1) Las Casas, t. VI, p. 139.

formando alrededor de Dresde un semicírculo que se extendía desde Wittemberg hasta Toeplitz pasando por Bautzen, y que estrechaba mas cada dia á los franceses encerrados entre el Elba y el enemigo, y esperando únicamente los sesenta mil hombres de Benigsen para marchar todos hácia Dresde, y cerrar á Napoleon el camino de Francia. Llegado Benigsen, pusieron en movimiento los tres ejércitos aliados: Blucher se dirigió desde Bautzen á Wittemberg, y se reunió con Bernadotte; ambos pasaron el Elba y arrollaron á Ney hasta el Mulda (23 de setiembre), quedándose el primero en Eilenburgo, y corriéndose el segundo hácia el Saal inferior. Schwartzemberg marchó al Elster por Commotan y Chemnitz (3 de octubre), de modo que el semicírculo formado por los aliados en la orilla derecha del Elba, habia sido trasladado á la orilla izquierda, y se extendía desde Wittemberg á Toeplitz, pasando Leipzig. Sin embargo, no se hallaba del todo formado todavía, y segun dice Butturlin, marchaban los aliados con extremadas precauciones luego de haber llegado á la circunferencia del círculo, del cual los franceses ocupaban la cuerda.

Napoleon dió á Murat cincuenta mil hombres para contener al ejército de Bohemia y defender las cercanías de Leipzig; dejó veinte y cinco mil hombres en Dresde al mando de Saint-Cyr, y marchando él á Eilenburgo, se reunió con Ney, y se halló al frente de ciento veinte y cinco mil hombres (9 de octubre). Esperaba cortar á Blucher del Elba, y vencerle aisladamente; pero este se arrojó á la otra parte del Saal, y desfiló hácia Zerbigo, donde se incorporó con Bernadotte, dirigiéndose los dos á Halle: sus comunicaciones con el Elba quedaban interceptadas, mas sus exploradores llegaban hasta Weissenfels. Entonces llegó á aquel punto el cuerpo de Gyulai, extremo izquierdo de los austriacos, quienes avanzaban á grandes jornadas á pesar de los esfuerzos de Murat: su ala izquierda se hallaba en Altenburgo, su centro seguia el curso del Pleiss y su ala derecha llegaba á Colditz. El camino de Francia iba á quedar cerrado, y Napoleon resolvió variar su línea de operaciones, llevando la guerra á Prusia, y pasando á la orilla izquierda del Elba á fin de operar entre aquel rio, el Oder, el Báltico y la Bohemia, bajo la proteccion de nuestras plazas; pero al empezar aquel hermoso

movimiento, y al dirigirse Bernadotte al Elba para oponerse á él, súpose que la Baviera habia entrado en la coalicion, que Wurtemberg y Baden iban á ser arrastrados á ella, y que sesenta mil austro-bávaros marchaban ó habian marchado hácia el Rhin (8 de octubre). Napoleon abandonó su plan, y solo pensó en aprovecharse de la momentánea ausencia de Bernadotte para concentrarse, en Leipzig ocupar el camino de Francia, y derrotar aisladamente á Schwartzemberg. En dos dias se encontró allí reunido el ejército francés, reducido á ciento cuarenta mil infantes y á veinte mil ginetes (15 de octubre); y Napoleon, despues de dirigir á Bertrand con quince mil hombres á Lindenau para abrir el camino de Lutzen, de apostar en el Partha cuarenta y cinco mil hombres para contener á Blucher, que llegaba por Halle, y á Bernadotte que regresaba á Zerbigo, esperaba con sus cien mil hombres, vencer á los ciento treinta mil de Schwartzemberg; su ala derecha se apoyaba en el Pleiss, su centro en el barranco de Wachau, y su ala izquierda en el camino de Colditz.

Schwartzemberg, que deseaba impedir la concentracion de las fuerzas francesas, y dar tiempo á que llegaran Blucher y Bernadotte, se decidió á atacar, á pesar de tener á sus espaldas cincuenta mil hombres, mandados por Benigsen y Colloredo: tres enormes columnas atacaron las posiciones de los franceses, que fueron perdidas y recobradas hasta seis veces (16 de octubre), y aunque el enemigo fué definitivamente arrojado de ellas con grandes pérdidas, la victoria quedó indecisa. Mientras esto sucedia, Ney, atacado por Blucher, era arrollado al Partha despues de perder dos mil hombres, y Bertrand ocupaba Lindenau y derrotaba á Gyulai.

Napoleon resolvió empeñar una nueva batalla, falta trascendental, en cuanto el enemigo iba á ser reforzado con mas de cien mil hombres y los franceses no esperaban otro refuerzo que el de unos doce mil sajones: para ello concentró sus fuerzas entre Connewitz y Schoenfeld, apoyando el centro en Probstheyda; pero no olvidó preparar la retirada, mandando construir varios puentes en el Elster, órden que Berthier no ejecutó, y que fué causa de grandes desastres. El enemigo no atacó en todo aquel dia, pues Bernadotte y Benigsen no llegaron hasta el siguiente. Los aliados avanzaron por todas partes, en número de trescientos

tos mil hombres, con cincuenta mil caballos y mil doscientos cañones, encerrando en un semi-círculo de tres ó cuatro leguas de extension, á los ciento cuarenta mil franceses, apoyados en Leipzig. La batalla fué espantosa (18 de octubre); los aliados atacaban en masa, y hacian sufrir á las columnas francesas, verdaderos asaltos, en los que experimentaban pérdidas enormes; pero reemplazaban sin cesar sus tropas cansadas, con otras que no habian combatido aun; nada les importaba perder gente, seguros de tener siempre la superioridad numérica. En el centro y en la derecha, los franceses que, segun confesion de sus mismos enemigos, jamás habian mostrado tanto valor, conservaron sus posiciones; pero en la izquierda una traicion horrible les hizo perder por algunos momentos el terreno: cuarenta mil hombres se hallaban allí en presencia de cien mil y de trescientas piezas de artillería que mandaba Bernadotte, cuando los doce mil sajones que formaban la tercera parte de aquella ala, pasáronse á los rusos, y á ruegos de Bernadotte, descargaron á quemarropa toda su artillería contra los compañeros á quienes acababan de abandonar. Napoleon corrió á aquel punto con su guardia, y allí, como en todas partes, se conservaron las posiciones. La noche hizo cesar la carnicería; sesenta mil hombres yacian en el campo de batalla. El emperador, que se encontraba sin municiones, se preparó para la retirada, y los bagajes empezaron á desfilarse por el camino de Lindenau, desfiladero de dos leguas, cortado por cinco ó seis canales que atraviesa un solo puente. A la siguiente mañana, los cuerpos de Victor y de Augereau abrieron la retirada (19 de octubre); Marmont se mantenía en el arrabal de Halle; Ney ocupaba los arrabales del este, y Lauriston, Macdonald y Poniatowski formaban la retaguardia, y defendian las barreras del mediodía. Los aliados se negaron á toda negociacion para evitar á Leipzig los horrores de un asalto, y atacaron con furor los arrabales; Blucher se apoderó del de Halle, Benigsen penetró por las barreras del mediodía, pero entonces se trabó una nueva batalla en los muros, en las calles, en las casas; la ciudad se hallaba atestada de carruajes, de combatientes y de fugitivos. Sin embargo, Victor, Augereau, Ney, Marmont, la guardia y Napoleon habian llegado á Lindenau; Lauriston se ponía en movimiento para hacer otro tanto: dos horas mas de

resistencia, y la retaguardia se habia salvado: pero el tiroteo que se oia en todas direcciones desde el puente del Elster, hizo creer á los zapadores, encargados de volar el puente, que habia llegado ya el momento, y pegaron fuego á la mina, cuando quedaban aun en la ciudad treinta mil hombres y ciento cincuenta cañones. La desesperacion se apoderó de aquellos valientes; unos se defendieron hasta morir en las casas que ocupaban; otros se precipitaron en las profundas y cenagosas aguas del Elster; Macdonald se salvó á nado; Poniatowski fué muerto al arrojarse al río; el rey de Sajonia, Reynier, Lauriston y otros quince generales quedaron prisioneros. En los tres dias de aquella batalla, la mas terrible de los tiempos modernos, y á la que llaman los alemanes *la batalla de las naciones*, los franceses perdieron cincuenta mil hombres, entre ellos veinte mil muertos, y sesenta mil los aliados entre muertos y prisioneros.

§. IX.—*Retirada de los franceses.—Batalla de Hanau.*—*Los franceses pasan el Rhin.*—Blucher y Schwartzemberg salieron en nuestra persecucion; Bernadotte y Benigsen se dirigieron á Hamburgo y á la Westfalia, y Klenau, á Dresde. Los franceses hallaron en Weissenfels á Bertrand, contenido por Gyulai, el cual era dueño de Naumburgo, y deseosos de evitar una batalla, marcharon rápidamente á Freyburgo, y luego á Erfurth, conteniendo con su retaguardia á los prusianos apostados mas allá del Unstrutt, y á los austriacos que ocupaban el Saal. Llegados allí supieron que los bávaros se habian unido con los austriacos, y que en número de cincuenta mil hombres, mandados por Wrede, estaban en marcha para Hanau. Despues de un dia de descanso, salieron de Erfurth (25 de octubre); Macdonald, Victor y Sebastiani formaban la vanguardia; Marmont, Ney y Augereau, el centro, y Bertrand y Mortier, la retaguardia. Murat abandonó el ejército, y volvió á Nápoles; en aquel tiempo estaba ya en negociaciones con el Austria.

El ejército llegó cerca de Hanau, donde debia forzar un desfiladero á lo largo del Kintzig, á través de un bosque y en pocas horas, pues Blucher á la izquierda se encontraba en las fuentes del Nidda, y Schwartzemberg á la derecha en las montañas de la Franconia. Napoleon dispersó á la vanguardia enemiga, llegó á la salida del bosque, y encontró al ejército bávaro en batalla,

con la derecha apoyada en Hanau y defendida con ochenta cañones, dispersándola por todas partes y causándole una pérdida de diez mil hombres (30 de octubre). La vanguardia y el centro pasaron, pero la retaguardia, mandada por Bertrand, debió trabar un nuevo combate con Wrede, en el cual alcanzó también la victoria.

En 2 de noviembre, el ejército entero, reducido á sesenta mil hombres, había pasado el Rhin; nuestros infelices soldados llenaron los hospitales, donde se declaró el tifus, causando en seis semanas la muerte de treinta mil hombres. Los aliados suspendieron sus operaciones para prepararse á la invasión de la Francia.

«La campaña de 1813, dijo Napoleon, será el triunfo del valor innato en la juventud francesa, el de la intriga y la astucia en la diplomacia inglesa, y el de la imprudencia en el gabinete austriaco; señalará la época de la desorganización de las sociedades políticas, de la grande separación de los pueblos y de sus soberanos, y del olvido en fin de las primeras virtudes militares, la fidelidad y el honor.» Traición de York en el Niemen, de Bulow en el Oder, de Schwartzemberg en el Vístula, del Austria en el congreso de Praga, de los sajones en Leipzig, de los bávaros en Hanau, he aquí por qué medios la Francia fué llevada al Rhin por la Europa confederada.

§. X.—*Capitulacion de las plazas.—Operaciones en el Elba inferior.—Insurreccion de la Holanda.—Operaciones en Italia y en los Pirineos.*—Napoleon había dejado mas de cien mil hombres en las plazas del Vístula, del Oder y del Elba, aguerridos soldados que echó de menos la Francia en sus reveses. Saint-Cyr, sitiado en Dresde con treinta mil hombres, mostró poca decision, y despues de intentar en vano, seguido de las demás guarniciones del Elba, atravesar las filas enemigas y reunirse con Davoust, capituló con la condicion de que su ejército seria conducido á Francia, no pudiendo servir hasta despues del cange (11 de noviembre), mas los austriacos le retuvieron prisionero. Stettin capituló en 5 de diciembre despues de nueve meses de bloqueo, Zemosc el 22, Modlin el 25; y Torgau el 26. Dantzig, donde Rapp se había defendido con heroismo por espacio de un año, capituló el 29 bajo iguales condiciones que Dresde, pero la capitulacion

fué tambien violada. Wittemberg se rindió el dia 13 de enero, Custrin el 30 de marzo, y Glogau el 10 de abril de 1814.

Bernadotte habia destacado á Bulow á Westfalia, y á Wintzingerode á Hannóver, mientas [que él se dirigia al Elba inferior para reunirse con Walmoden y recobrar Hamburgo. Davoust recibió del emperador la órden de marchar á Holanda, pero era ya tarde; y abandonando su campamento de Steckenitz, se separó de los daneses, y volvió á Hamburgo, donde fué sitiado por el cuerpo de Woronzow. Los daneses evacuaron á Lubeck y se retiraron á Rendsburgo, hasta que envueltos por Walmoden, firmaron un armisticio (15 de diciembre) que dejó á los franceses aislados en las bocas del Elba, sin esperanza de ser socorridos, y hostigados por los habitantes. Davoust, empero, á fuerza de habilidad y energía, logró mantenerse allí hasta el fin de la guerra; mas la Dinamarca, el último y mas constante aliado de la Francia, se vió obligada á entrar en la coalicion.

Mientras esto sucedia, Bulow habia avanzado por la Holanda, donde se encontraban apenas doce mil hombres de malas tropas al mando de Molitor, el cual evacuó Amsterdam (18 de noviembre), introdujo algunos refuerzos en las plazas, y se replegó hácia Utrecht. La Holanda se sublevó y llamó á los aliados; Wintzingerode se incorporó con Bulow, forzó el paso del Issel en Zwol, se embarcó en el Zuyderzée, y entró en Amsterdam (24 de noviembre), donde estableció un gobierno provisional, que proclamó la independencia de las Provincias Unidas, y restauró al príncipe de Orange. Bulow, despues de un empeñado combate en Arnheim, llegó á Utrecht, y Molitor se retiró al Meuse. Gertruydemberg, Bois-le-Duc, Breda y Berg-op-Zoom tenian por guarnicion un centenar de marinos y de veteranos á lo mas, y las demás plazas no se hallaban siquiera defendidas; los ingleses desembarcaron en las bocas del Escalda, y los guarda costas les entregaron las islas de la Zelandia. El enemigo atravesó la línea del Leck, desde Arnheim á Rotterdam, sin que tuviera delante de sí mas obstáculo que el Wahal, cuando Decaen tomó el mando de la Holanda; á duras penas pudo reunir algunos batallones de la jóven guardia, de guardia nacional y de marinos, pero no pudo salvar las islas del Leck y del Meuse, y evacuó en breve por falta de guarnicion, Wilhemstadt, Gertruydemberg y Breda. Maison sucedió á Decaen (9 de diciembre).

Las campañas de 1812 y 1813 habian arrebatado á la Italia todo su ejército, y con mucho trabajo pudo Eugenio reunir á mediados de agosto cuarenta y cinco mil infantes, mil quinientos caballos y ciento treinta cañones, con cuyo ejército se dirigió á la otra parte de los Alpes Julianos, y defendió palmo á palmo las inmediaciones de Italia. Los franceses vencieron muchas veces á los austriacos, pero estos eran secundados por los habitantes; las provincias ilirias se sublevaron en masa, y Eugenio se retiró á Isonzo (13 de setiembre). La defeccion de los bávaros facilitó á los austriacos la entrada del Tirol; Hiller llegó á Trento por el puerto de Toblach, y se adelantó hasta el Brenta (16 de octubre). Eugenio puso guarnicion en Venecia y se retiró al Adiger, donde llegó despues de desalojar al enemigo de Bassano; la deserccion habia reducido su ejército á treinta mil hombres, y debia defender el Adiger desde Ferrara á Rívoli. Los austriacos llegaron á Caldiero, y al mismo tiempo que Eugenio les vencia y les obligaba á emprender su retirada (15 de noviembre), un cuerpo anglo-austriaco desembarcó en la desembocadura del Pó, apoderose de Ferrara, se dirigió á Ravena, y sublevó los Estados pontificios. Eugenio se concentró en el Adiger, ocupó los pasos del Pó, y rechazó las proposiciones de los aliados que le ofrecian la corona de Italia; cifraba su esperanza en Murat, que con veinte y cinco mil napolitanos marchaba á Roma para expulsar á los ingleses de la Romanía y tomar de nuevo la ofensiva; pero Murat que quiso desempeñar igual papel que Bernadotte, habia negociado en secreto con el Austria, y despues de haber recibido la garantía de que sus estados quedarian ilesos, marchaba contra los franceses y se decia protector de la independencia italiana.

Wellington, con un ejército de ciento veinte mil hombres se habia apoderado de los desfiladeros de Maya y de Roncesvalles, y esperaba, para entrar en Francia, la rendicion de Pamplona y de San Sebastian. Al llegar Soult á Bayona, reforzó su ejército con treinta mil reclutas del mediodía, armó los fuertes de los Pirineos, convirtió á Bayona en una plaza fuerte, y tomó la ofensiva para auxiliar á Pamplona y á San Sebastian. Para ello atravesó el paso de Ibañeta, y encontró al enemigo acampado en Zubiry en una posicion inexpugnable; en vano intentó desalojarle, y despues de un combate encarnizado en el que perdió ocho mil

hombres, se retiró detrás de los Pirineos (13 de julio de 1813). San Sebastian y Pamplona capitularon despues de una heróica resistencia, y los ingleses, que tomaron posesion de la primera de aquellas plazas, la incendiaron y pasaron á cuchillo á muchos de sus habitantes (31 de agosto).

Wellington permaneció inactivo por espacio de dos meses, ocupado en reorganizar su ejército, y pasando luego el Bidasoa, rompió la línea de los franceses, que se extendia desde San Juan de Luz hasta la montaña de Rhune, y les obligó á replegarse á la otra parte del Nive (8 de noviembre). Soult se mantuvo por espacio de un mes en aquella posicion, cuyas orillas fueron teatro de una continua batalla, perdiendo los ingleses quince mil hombres, y los franceses diez mil (9-13 de diciembre), y á fines de diciembre, tenia Wellington su izquierda en Ustariz, su centro en el Nive, y su derecha en el Adour; Soult ocupaba una línea curva desde San Juan de Pie de Puerto hasta Bayona, pasando por Peyrehorade.

En virtud de las órdenes del emperador, Suchet habia dejado veinte mil hombres en Denia, Peñíscola, Tortosa, Mequinenza y Lérida, y saliendo de Valencia se dirigió á Barcelona, donde incorporó á sus fuerzas el cuerpo de Decaen (7 de julio). Los ingleses le siguieron, pasaron el Ebro y atacaron á Tarragona, mas Suchet les obligó á levantar el sitio, y proporcionó salida á la guarnicion. Desde allí se retiró al Llobregat, venció á los españoles en Ordal, y les persiguió hasta Tarragona (11 de setiembre de 1813), asegurando esta victoria sus posiciones entre el Llobregat y Barcelona. Sin embargo, los peligros de la Francia y los recursos que debió enviar al emperador, le obligaron en breve á retirarse hácia Figueras.

§. XI.—*Situacion de la Francia.—Declaracion de Francfort.—Oposicion del cuerpo legislativo.—Preparativos de Napoleon.*—El emperador habia regresado á París: «Hace un año, dijo al senado, la Europa entera seguia nuestras huellas, y hoy, la Europa entera marcha contra nosotros. Sin la energia y la fuerza de la nacion, tendríamos que temerlo todo.» E hizo decretar una leva de trescientos mil hombres, convocó el cuerpo legislativo, y con el dinero de los fondos extraordinarios, preparó armas, caballos y vestuario. Sin embargo, el pueblo de las aldeas y de los

talleres, á quien habia arrebatado toda influencia política, y el que se habia lanzado tras él á los campos de batalla, era el único que conservaba su fe en el emperador, el único que no separaba la causa de su jefe de la causa de la Francia, el único que veía en él al hombre de la revolucion; el resto de la nacion francesa, cansado, estenuado, irritado, achacaba á su ambicion los males y peligros de la patria, se horrorizaba al considerar los dos millones de hombres y los ocho mil millones de francos en dinero que habia consumido en ocho años, y reputaba intolerable por mas tiempo el despotismo del sable. Los hombres que solo vieran en la revolucion la conquista de instituciones libres, los restos de los girondinos, los vencidos en 18 de fructidor y en 13 de vendimiarío, la nueva generacion que sufría la dictadura sin comprender las causas que la habian producido, las madres de familia, los comerciantes arruinados, las numerosas víctimas en fin del régimen imperial, detestaban á Napoleon, y se hallaban prontos á sacrificar al representante de la independencia nacional por un poco de paz y libertad.

No faltaban traidores para informar á los extranjeros de la situacion de la Francia, asíes que antes de pisar la tierra que engendrara tantas ideas, tantos ejércitos, tan grandes cosas y tantas revoluciones, quisieron los aliados crearse auxiliares, sembrar en ella la division, y aislar de su pueblo al emperador desgraciado. Mostrábanse moderados, pacíficos y liberales, y así en el parlamento inglés como en el consejo de los soberanos, hablábase con respeto de la Francia, de su «honor» de sus «justos derechos;» los pueblos marchaban contra nosotros en nombre de los mismos principios que habíamos proclamado, en nombre de la libertad é independencia de las naciones, y finalmente los soberanos aliados llegaron al punto de ofrecer negociaciones y un congreso, sentando como bases sumarias del tratado el abandono por la Francia de la Italia, la Holanda, la Alemania y la España, volviendo á sus naturales límites. Napoleon, que sospechó la sinceridad de semejantes proposiciones, aceptó la oferta de un congreso, sin explicarse acerca de las bases sumarias; pero los aliados exigieron que las mismas fuesen aceptadas antes de toda negociacion, y publicaron un manifiesto fechado en Francfort, en el cual decían «no hacer la guerra á la Francia, sí-

no á la preponderancia ejercida por Napoleon fuera de los límites de su imperio... Deseaban que la Francia fuese fuerte, grande y feliz, porque el poderío francés es una de las bases del edificio social... Confirmaban á la Francia una extension de territorio que jamás habia tenido bajo sus antiguos reyes, porque una nacion valerosa no se envilece por haber experimentado derrotas en una lucha obstinada y sangrienta, en la que ha combatido con su valor acostumbrado... No debian deponer las armas hasta que el estado político de Europa se hallase de nuevo afianzado, hasta que principios inmutables hubiesen recobrado sus derechos contra vanas pretensiones, hasta que la santidad de los tratados hubiese asegurado á la Europa una paz verdadera.»

Semejante manifiesto dió un golpe mortal al poder de Napoleon, en cuanto era conforme con la opinion general, que tendia á aislar á la nacion de su jefe, y satisfacía á lo que la Francia deseaba: sus límites naturales y un gobierno de su eleccion. El emperador se adhirió á las bases sumarias; pero entonces empezó de nuevo la farsa política de Praga: pidiéronse plazos, suscitáronse dificultades, y como los aliados sabian por los traidores del interior que solo les haria frente un débil ejército, y no la nacion, que no tenian delante de sí á la Francia del año 92, sino á la Francia desalentada, dispuesta á aceptar la paz, aun á costa de su honor, impusieron silencio á sus vacilaciones, y se resolvió una campaña de invierno.

El emperador que veia el plan de los aliados y las intrigas del interior, quiso convencer á la nacion de su amor á la paz, y comunicó al cuerpo legislativo todos los documentos diplomáticos (19 de diciembre de 1813). La comision nombrada para examinarlos se componia de Raynouard, Lainé, Gallois, Flaugergues y Maine de Biran, y en su dictámen, pidió que el emperador contestase al manifiesto de los aliados con otro en que desmintiera ante la Europa el designio que se le atribuia de aspirar á una preponderancia contraria al interés de las naciones. «Es indispensable, dijo el secretario Lainé, que al mismo tiempo que proponga el gobierno las medidas mas eficaces para la seguridad del Estado, se suplique á S. M. que conserve íntegras y constantes las leyes que garanticen á los franceses la libertad, la seguridad y la propiedad, y á la nacion el libre ejercicio de sus derechos

políticos.» Este dictámen suscitó una viva discusión, en la que Raynouard atacó con amarga violencia la situación, comparando la grandeza de la Francia bajo el imperio de las lises con la miseria de entonces, y llamando á Bernadotte el héroe de la Suecia: «Nuestros males han llegado á su colmo, dijo, la patria se halla amenazada en todas sus fronteras; el comercio está destruido; la industria espira; las quintas son para la Francia un odioso azote; una guerra bárbara y sin objeto devora periódicamente á la juventud. Tiempo es ya de que las naciones respiren; tiempo es ya de que los tronos se afirmen, y de que cesen los cargos que á la Francia se dirigen de querer sacudir sobre el mundo entero, la antorcha revolucionaria.»

Napoleon se irritó por tan intempestivas reclamaciones que podian engendrar la guerra civil. «Vuestra comision, dijo á los diputados, ha sido animada por el espíritu de la Gironda!... En vez de ayudarme, ayudais al extranjero! en vez de reunirnos, nos dividís! ¿Es este el momento oportuno para hablar de abusos cuando doscientos mil cosacos traspasan nuestras fronteras? No se trata ahora de libertad, ni de seguridad individual, sino de la independencia de la nacion. Si no estais contentos con la constitucion, debíais pedir otra hace cuatro años... En nombre de quién hablais? Yo soy el único, el verdadero representante del pueblo; cuatro veces he alcanzado los votos de cinco millones de ciudadanos. Atacarme es atacar á la nacion!» Y mandó la suspension indefinida de las sesiones legislativas (31 de diciembre de 1813). Aquella repeticion del 18 de brumario produjo muy mal efecto en el público, justificó todas las acusaciones de despotismo dirigidas contra Napoleon, y transformó á los diputados, hasta entonces indecisos, en partidarios de la libertad y de la monarquía.

El emperador solo podia contar con él para salvar su trono y la Francia, y apesar del universal desaliento, conservó su indomable firmeza y en nada cambió su sistema. Habia renegado de su origen y de la revolucion (1); habia hecho á la nacion el ultraje

(1) «Su horror á las revoluciones y el peligro de su ejemplo le hacian aspirar á ser considerado como heredero directo y natural de la última dinastía. No podia oír sin disgusto que se pronunciaran estas palabras: «desde la revolucion» parecíate que con ellas se la reconocía y se daba á la misma una nueva consa-

de mantenerla apartada de los negocios públicos; habia concentrado en su persona la vida de la Francia; habíase rodeado de hombres del antiguo régimen, de personajes corrompidos por la riqueza, de autoridades serviles y medrosas, y en pena de tantas faltas capitales, debia adoptar medidas insuficientes é intempestivas, y dejando á la Francia en una deplorable seguridad, entregarla desarmada, por decirlo así, á la invasion extranjera. Un decreto estableció el presupuesto para 1814, lo cual fué para la nacion nuevo motivo de disgusto; envió comisarios á los departamentos para acelerar los medios de defensa, pero eligió para este cargo á personas desconocidas que nada hicieron; restableció la guardia nacional de París, mas presidió á esta una desconfianza tal, que solo se compuso aquella de empleados y propietarios; movilizó ciento veinte batallones de guardia nacional para el servicio de las plazas, pero no les dió armas hasta el último extremo, y no tomó para mover á las masas sino medidas parciales. Con los ciento cincuenta mil hombres que combatian en Italia y en España, la Francia habria sido invulnerable, pero Napoleon, que creía poder tomar de nuevo la ofensiva, no quiso llamarles á su patria, y en vez de concentrar sus últimos recursos, se estenuó en inútiles y tardíos sacrificios. Libróse de su contienda con el Papa enviándole otra vez á Italia, mas lo hizo sin tratado ni condiciones, pues Pio VII, que se hallaba en correspondencia con los aliados, se habia negado á toda clase de negociacion; celebró asimismo un tratado con Fernando VII, reconociéndole por rey de España, devolvióle la libertad, y retiró sus tropas de la Península; pero Fernando no tenia deseos ni poder de ejecutar ese tratado; la regencia española no se dió prisa en reconocerle, y Wellington no detuvo su marcha.

Napoleon apenas contaba con ochenta mil combatientes para resistir á los quinientos mil aliados próximos á pasar el Rhin. Augereau reunia en Lion dos mil hombres que debian ser reforzados con diez mil pedidos á Suchet, y con ellos tocábale defender el Ródano y mantener sus comunicaciones con Eugenio. Víctor tenia doce mil hombres diseminados desde Basilea á Estrasburgo; Marmont, diez mil entre Estrasburgo y Maguncia;

gracion. Habria querido borrar hasta su nombre.» (Napoleon, en el consejo de Estado, por Pelet de la Lozère, p. 270).

Ney, diez y ocho mil entre Maguncia y Coblentza; Macdonald, trece mil entre Coblentza y Nimega, y finalmente Maison con doce mil defendía la Bélgica.

S. XII.—*Invasión de la Francia.*—*Operaciones de los tres ejércitos aliados.*—*Batalla de la Rothiere.*—*Batallas de Montmirail, de Vauchamp, etc.*—*Operaciones del ejército del Norte.*—Para invadir la Francia, defendida con aquel débil cordon de tropas nuevas, desalentadas y desprovistas de todo, los aliados habian convocado toda la poblacion vigorosa de Europa. Los tres grandes ejércitos de Bohemia, de Silesia y del Norte formaban trescientos cuarenta mil hombres; en pos de ellos venian ciento cuarenta mil hombres de la confederacion del Rhin, y luego ciento sesenta mil de las reservas prusianas y austriacas; en Bélgica se encontraban veinte y cinco mil anglo-holandeses; el ejército austriaco de Italia contaba cien mil hombres junto con el de Murat; ciento veinte mil se hallaban reunidos en el Oder y en el Elba para el sitio de las plazas, y finalmente los ejércitos anglo-españoles se elevaban á ciento cuarenta mil hombres.

Segun el plan de los aliados, Schwartzemberg debía pasar el Rhin en Schaffouse y en Basilea, y Blucher entre Estrasburgo y Coblentza, y reuniéndose ambos en el Marne ó en el Meuse, dirigirse contra París. El ejército del Norte se hallaba destinado á la conquista de la Bélgica. Semejante plan violaba la neutralidad de la Suiza, y la dieta helvética, reclamando la fe de los tratados, apostó algunas tropas en el Rhin; sin embargo, como la aristocracia de aquel país tenia tambien reparaciones que pedir á la Francia, púsose de acuerdo con los aliados, y cuando los austriacos se presentaron entre Basilea y Schaffouse, los batallones suizos se retiraron y las columnas de Schwartzemberg pasaron el rio (21 de diciembre).

El ala izquierda, mandada por Bubna, se dirigió á Ginebra á través de la Suiza, y despues de ocupar aquella plaza, apoderóse de San Claudio, de Salins y de Dole; sus esfuerzos se estrellaron delante de Macon, y entonces marchó contra Bourg, que opuso alguna resistencia y fué entregada al saqueo, mientras que uno de sus destacamentos penetraba en Chambery. La poblacion de los departamentos del Ain, del Monte Blanco y del Isere se formó en compañías francas, y desplegó grande energía en la defensa de su país.

El centro se adelantó por Neuchatel hácia Besançon, Auxonne y Dijon. Auxonne y Besançon fueron atacadas, y un cuerpo destacado se dirigió á Langres. Mortier, con una division de la guardia, marchó en auxilio de aquella ciudad; pero vióse obligado á evacuarla, y se retiró á Chaumont, á Bar-sur-Aube en seguida, y luego á Troyes despues de un combate encarnizado (24 de enero de 1814).

El ala derecha atacó Huningue y Befort, se extendió por la Alsacia y pasó los Vosgos; Víctor, despues de dos combates en Epinal y en Saint-Die, se replegó á Nancy, donde se reunió con Ney, y ambos se retiraron á Vaucouleurs, á la otra parte del Meuse.

El ejército de Silesia pasó el Rhin, entre Manheim y Coblenza; la derecha atacó á Maguncia; la izquierda ocupó el camino de Nancy para comunicar con el ejército de Bohemia, y el centro persiguió á Marmont, quien despues de retirarse al Sarre y al Mosella, y de guarnecer la plaza de Metz, se replegó hácia Verdun. Marmont entró entonces en comunicaciones con Ney y Víctor, los que despues de una batalla en Ligny, se habian retirado á Saint-Dizier (24 de enero), y los tres mariscales se reunieron en Vitry.

El ejército del Norte, que solo comprendia los cuerpos de Bulow y de Wintzingerode, dueño ya de la Holanda, habia pasado el Wahal y el Meuse, y mientras Bulow se dirigió contra Maison, que intentó en vano apoderarse de Breda, y que se retiró á Amberes (12 de enero), Wintzingerode expulsó á Macdonald de Nimega, de Cleveris, de Dusseldorf y de Colonia. Macdonald se retiró á Aix, luego á Lieja, y por fin á Namur, donde recibió órden del emperador de marchar á Chalons. Wintzingerode llegó á Namur, y esperó refuerzos.

Así pues, á fines de enero, los tres ejércitos de Wintzingerode, de Blucher y de Schwartzemberg ocupaban una línea continua desde Namur hasta Langres, teniendo en sus flancos los cuerpos de Bulow y de Bubna que operaban aisladamente. La marcha de los aliados habia sido muy lenta, y dieron tiempo á Napoleon para reunir sus últimos recursos.

El emperador salió de las Tullerías, dejando la regencia á María Luisa (25 de enero), y confiando á la guardia nacional la de-

fensa de su esposa y de su hijo, á quienes no debía ver jamás. Su presencia reanimó el ardor de la Champagne, cuyos habitantes tomaron las armas gritando: Viva el emperador! pero mezclando este grito con el de: Abajo los *derechos reunidos!* que era para ellos la reprobacion del régimen imperial. Napoleon halló á Marmont, á Ney y á Víctor agrupados delante de Vitry, á Macdonald en marcha hácia Chalons, y á Mortier en Troyes, formando un total de setenta mil hombres, y dejando á Macdonald en Chalons, donde se encontraba el gran parque de artillería para defender el Marne, y á Mortier en Troyes para defender el Sena, resolvió operar con los otros tres cuerpos entre los dos rios á fin de impedir la reunion de Blucher y Schwartzemberg, y sorprender á sus columnas aisladas. Púsose en marcha y encontró en Saint-Dizier los primeros enemigos (27 de enero), parte del centro del ejército de Silesia, cuya vanguardia (Sacken) se hallaba en marcha para Brienne á fin de reunirse con el ejército de Bohemia, mientras que la retaguardia (York) se hallaba aun en Saint-Mihiel. El emperador les derrotó, y resuelto á marchar contra Blucher antes de que hubiese realizado su reunion con Schwartzemberg, se dirigió á Montierender por Vassy. Blucher supo el movimiento de los franceses, y concentróse en Brienne despues de instruir á Schwartzemberg de su posicion; Napoleon le atacó, y se apoderó de Brienne sosteniendo antes un violento combate delante del colegio militar, donde habia sido educado; pero Blucher se retiró por el camino de Bar-sur-Aube, que seguia el ejército de Bohemia, y se incorporó con él. Las masas aliadas se hallaban reunidas (31 de enero), y Napoleon, obstinándose en la persecucion de Blucher iba, en vez de cortarlas, á ser envuelto por ellas; en efecto, llegado á la Rothiere, debió combatir con veinte y siete mil infantes, nueve mil caballos y ciento diez piezas de artillería, contra setenta y ocho mil infantes, veinte y dos mil caballos y doscientos ochenta cañones. La batalla fué muy sangrienta: los franceses, rotos en el centro y envueltos por su ala izquierda, perdieron seis mil hombres y cincuenta cañones (1.º de febrero), se retiraron en buen orden por el puente de Lesmont, sin ser inquietados por el enemigo, y llegaron á Troyes, donde se les incorporó el cuerpo de guardia veterana, mandado por Mortier (3 de febrero). Aquellas fuerzas habian impedi-

do que el ejército de Bohemia atacase á Napoleon por la derecha; las de Macdonald, despues de un violento combate empeñado delante de Chalons contra la retaguardia de Blucher (6 de febrero), evacuaron la ciudad con el gran parque y se retiraron á Epernay.

Los ejércitos aliados no aprovecharon su victoria de la Rothiere: en vez de dirigirse en masa hácia la capital por el país que se extiende entre el Sena y el Marne, separáronse para descender el uno el Marne y el otro el Sena hasta París. Blucher marchó á Epernay por Arcis-sur-Aube y Fere-Champenoise, llegó de este modo al flanco de Macdonald, al cual obligó á retirarse á Chateau-Thierry, y mandó á York que persiguiera á aquel mariscal por Epernay, á Sacken que se dirigiera por Vertus y Montmirail á fin de llegar antes que él á Ferté-sous-Jouarre, mientras que él tomaba el mismo camino, y dejaba á sus espaldas en Chalons, los cuerpos de Kleist y de Langeron. Macdonald defendió el terreno palmo á palmo, voló el puente de Chateau-Thierry, llegó á la Ferté sous-Jouarre, donde rechazó el ataque de las primeras tropas de Sacken; y por fin se retiró á Meaux. En tanto reinaban en París la alarma y la agitacion.

Napoleon no tenia delante de sí mas ejército que el de Bohemia, y despues de algunos combates, evacuó Troyes para defender el paso del Sena en Nogent y recibir refuerzos; supo allí la marcha aislada de Blucher, y resolvió atacar por el flanco la larga columna que formaba el ejército de Silesia; para ello, deja á Víctor en Nogent y á Oudinot en Bray con veinte mil hombres de las reservas y algunos batallones de guardia nacional, y seguido de su guardia, de Marmont y de Ney, es decir, de quince mil hombres, penetra en los hondos caminos que unen el Marne y el Sena por Villenoix y Sezanne (7 de febrero). Llegado á Champ-Aubert en el camino de Chalons, encuentra una columna rusa de cinco mil hombres y de veinte y cuatro cañones; la ataca, la envuelve, la destruye, y el ejército de Silesia queda cortado en dos (10 de febrero), pues Sacken se hallaba en la Ferté-sous-Jouarre, York en Chateau-Thierry, Blucher en Vertus, y Kleist y Langeron en las inmediaciones de Chalons. Blucher manda á los dos primeros retroceder hasta Montmirail, y á los dos últimos dirigirse á Etoges, y él se detiene en Vertus. Napoleon deja á Marmont para contener á Blucher, y se dirige á Mont-

mirail (11 de febrero): Sacken llega allí, y es completamente derrotado, perdiendo cuatro mil hombres, veinte y seis cañones y doscientos carros. York acude en su auxilio, y solo logra recoger los restos de su compañero, retirándose ambos á Chateau-Thierry; en vano tratan de detenerse delante de aquella ciudad: son arrollados con pérdida de tres mil hombres, perseguidos hasta el interior de Chateau-Thierry, á la que pegan fuego, y desde allí hasta el camino de Fismes. Napoleon abandona la persecucion á Mortier y á los campesinos furiosos, y regresando á Montmirail, se reune con Marmont que habia retrocedido hasta Vauchamp delante de Blucher (14 de febrero). Este emprende la retirada, pero es perseguido y derrotado durante tres dias, y despues de perder diez mil hombres, entra en Chalons donde se le reunen Sacken y York, que habian dado un largo rodeo pasando por Reims. El ejército de Silesia habia perdido veinte y cinco mil hombres, pero recibió refuerzos del ejército del Norte, que empezaba á entrar en línea en las márgenes del Sena.

Wintzingerode habia salido de Namur, y se apoderó de Avesnes (6 de febrero) que no tenia guarnicion, de Laon, y finalmente de Soissons que no se hallaba fortificada. Bulow habia luchado contra Maison que con débiles batallones de depósito y con plazas sin guarniciones quiso detener su marcha; auxiliado por un cuerpo inglés, atacó á Amberes, y despues de varios dias de bombardeo y de combate, se puso en vergonzosa retirada (6 de febrero). La ciudad era defendida por Carnot, enemigo del despotismo imperial, pero que se habia acordado del 793 á la vista de los extranjeros, y habia ofrecido sus servicios al emperador (1).

El cuerpo de Bulow fué reemplazado entonces por el del duque

(1) « Señor, le escribí, mientras el triunfo ha coronado vuestras empresas, me he abstenido de ofrecer á V. M. servicios que creí no serle agradables; pero en el dia en que la mala fortuna sujeta vuestra constancia á tan gran prueba, no vacilo en ofreceros los débiles medios que me restan: no ignoro que es muy poca cosa la oferta de un brazo sexagenario, pero he creído que el ejemplo de un soldado, cuyos sentimientos patrióticos son bien conocidos, puede reunir á vuestras águilas muchos hombres vacilantes acerca del partido que deben tomar y persuadidos quizás de que sirven á su país abandonándolo. Señor, aun es tiempo de conquistar una paz gloriosa, y de hacer que os sea devuelto el amor de un gran pueblo.»

de Weymar, y se dirigió á Malines; Maison evacuó Bruselas y se retiró á Tournay mientras que Bulow, pasando por Mons y evitando las plazas, llegó á Laon y se apoderó de Lafere, ciudad mal defendida, donde encontró un material de 20 millones (24-27 de febrero). Blucher podía pues reunirse con los dos cuerpos del ejército del Norte, pero Maison, que con ocho mil hombres defendía todavía nuestra antigua frontera, retardó su reunion, y mientras Bulow y Wintzingerode retrocedían á la otra parte del Aisne, Mortier recobró á Soissons, posición de la mayor importancia, en la que dejó mil quinientos hombres.

§. XIII.—*Congreso de Chatillon.—Regreso del Emperador al Sena.—Batallas de Mormans y de Montereau.—Napoleon vuelve al Marne.—Batallas de Craonne y de Laon.*—A pesar de estos acontecimientos habíase abierto un congreso en Chatillon (5 de febrero); el emperador, desalentado por la derrota de la Rothiere, habia enviado á él á Caulaincourt, dándole plenos poderes para «salvar la capital y evitar una batalla, última esperanza de la nacion.» «He aceptado las bases de Francfort, le decia; pero es mas que probable que los aliados tengan en el dia otras ideas, y que quieran reducir la Francia á sus antiguos límites... Este sistema es inseparable del restablecimiento de los Borbones, porque solo ellos pueden ofrecer la garantía de la conservacion del mismo (1).» En efecto los plenipotenciarios de la Inglaterra, del Austria, de la Prusia y de la Rusia, «negociando con la Francia en nombre de la Europa, formando un solo todo,» declararon como primera condicion de paz «ser preciso que la nacion francesa volviese á sus antiguos límites, y que no seria admitida su intervencion en la disposicion de los países á que renunciase.» «Jamás firmaré semejante tratado, escribió Napoleon; he jurado mantener la integridad de la república, y no abandonaré las conquistas que han sido hechas antes de mi elevacion. Que deje á la Francia mas pequeña de lo que la encontré, y esto despues de tantos esfuerzos, de tanta sangre, y de tantas victorias; nunca! Que seria yo para los franceses despues que hubiese firmado su humillacion? Que diria á los republicanos cuando me pidieran sus barreras del Rhin? Si los aliados se obstinan en modificar

(1) Fain, manuscrito de 1814, t. I, p. 76.

las bases de Francfort, no veo mas que tres partidos: vencer, morir ó abdicar (1).» Entonces y mientras Caulaincourt procuraba negociar, marchó contra el ejército de Silesia, y lo arrolló hasta Chalons. Embriagado con sus triunfos y creyendo que la fortuna le sonreía de nuevo, y que los aliados se hallaban aterrados, mandó á Caulaincourt que no negociara sino sobre las bases de Francfort. «Estoy mas cerca de Viena que ellos de París» dijo, pero los aliados conocian mejor que él la situacion interior de la Francia, y celebraron el tratado de Chaumont: (1.º de marzo) por el cual contraian alianza ofensiva y defensiva por veinte años, y se obligaban á continuar la guerra con todos sus recursos y á no celebrar nunca la paz separadamente. «Entonces pidieron á Caulaincourt una contestacion definitiva.» «Si no se celebra la paz en este momento, escribíale Metternich, es seguro el triunfo de los partidarios de la guerra á muerte contra Napoleon; el mundo será preso de general trastorno, y la Francia víctima de los acontecimientos.» Caulaincourt logró ganar algunos dias mas. «Es preciso hacer sacrificios, dijo al emperador, y hacerlos á tiempo. Como en Praga, podemos perder la ocasion, y una vez rotas las negociaciones, todo queda terminado: pensad que solo se busca un pretexto.» Sin embargo, sus nuevos triunfos habian devuelto á Napoleon toda su confianza en su fortuna.

Mientras ponía en fuga al ejército de Silesia, el ejército de Bohemia habia pasado el Sena en Bray y en Nogent, á pesar de una viva resistencia; Víctor y Oudinot se habian retirado á Nangis; Montereau, Sens y Auxerre habian sido tomadas, cabiendo luego igual suerte á Fontainebleau y á Montargis. Los cosacos se mostraban ya en el camino de Orleans á París, y Macdonald, que se encontraba en Meaux, fué enviado con diez mil hombres en auxilio de Víctor y de Oudinot; los tres se retiraron á la línea del Ieres, y Schwartzemberg, que sabia la derrota de Blucher, les persiguió débilmente. Al tener noticia de estos acontecimientos, el emperador deja á Marmont en Etoges contra Blucher, y á Mortier en el camino de Villers-Cotterets para hacer frente á Bulow y á Wintzingerode; sale de Montmirail con su guardia, llega al Ieres, y se reune con los tres mariscales (15 de febrero). Su ejército

(1) Cartas de 19 de enero y de 5 de febrero.

que presentaba entonces un efectivo de cincuenta mil hombres, y que se hallaba poseído de entusiasmo, emprende la marcha (17 de febrero); la vanguardia de Wrede, que se encontraba en Mormans, es arrollada y pierde cuatro mil hombres; otra division bávara es dispersada en Valjouan; los cuerpos enemigos se retiran por todas partes y pasan otra vez el Sena. Los wurtembergueses intentan defender Montereau, pero Pajol y Gerard se apoderan de las alturas que dominan el rio, despues de un violento combate en que Napoleon dirigió en persona el fuego de la artillería; el enemigo se retira á la ciudad, donde es aniquilado por la caballería y los habitantes, y se vé obligado á pasar el Sena, dejando seis mil hombres en el campo. Schwartzemberg dispone la retirada hácia Troyes, y manda á Blucher, retirado entonces en Chalons, que se incorporára á él por Arcis y Méry. Las columnas francesas salen en su persecucion por Bray y Nogent, llegan á Méry, y encuentran la ciudad ocupada por un cuerpo de Blucher, que se disponia á operar contra la izquierda y la espalda de los franceses. Oudinot, despues de un violento combate, se apodera de Méry y rechaza á los prusianos hasta el Aube (21 de febrero); Napoleon llega á Troyes, y Schwartzemberg se retira á Barsur-Aube desde donde comunica con Blucher que se encontraba en Arcis. Las dos masas enemigas se hallaban aun reunidas, pero la turbacion y la inquietud reinaban entre ellas; los fugitivos sembraban la alarma hasta las orillas del Rhin, donde los campesinos de la Lorena y de la Alsacia hacian una encarnizada guerra á sus convoyes, y donde la línea de retirada de los aliados podia ser cortada por Augereau.

Este general habia reunido en Lion diez y siete mil hombres, y su mision consistia en subir por el Saona, en sublevar los belicosos campesinos de Compté y del país de Vaud, y en dirigirse hácia el Rhin y los Vosgos para interceptar los convoyes y la retirada del enemigo; pero en vez de verificar semejante diversion, ocupóse únicamente en hacer una guerra de escaramuzas en el Saona y en el Ródano contra el cuerpo de Bubna, y dispersando su ejército en destacamentos, recobró Bourg, Montmelian y Chambery, derrotó á Bubna en Aix, y le rechazó hasta Ginebra. Los aliados cambiaron entonces de plan: Blucher debió dirigirse al Marne, arrollar á Marmont, y reunirse con los cuerpos del ejér-

cito del Norte y marchar contra París; Schwartzemberg debía replegarse hácia Langres, atrayendo á Napoleon en pos de sí, mientras que un nuevo ejército, llamado del Mediodía y compuesto de cincuenta mil hombres, marchase contra Macon para vencer á Augereau y asegurar á los aliados su línea de retirada.

En efecto, mientras Schwartzemberg se retira á la otra orilla del Aube, luego hácia Bar y por fin hácia Chaumont, Blucher pasó el Aube en Arcis, atacó á Marmont en Sezanne y le obligó á replegarse á la Ferté-sous-Jouarre, donde se le incorpora Mortier que se habia dirigido desde Soissons á Chateau-Thierry, Blucher marcha á Meaux para envolver el ala derecha de los dos mariscales, y cerrarles el camino de París; pero estos retroceden apresuradamente hácia Meaux, y arrojan de allí á los prusianos. Blucher se repliega en la Ferté-sous-Jouarre, pasa el Marne y se dirige á Lisy para envolver la izquierda de los mariscales: estos se prolongan por la orilla derecha del Ourcq y le detienen con dos sangrientos combates, pero su inquietud era grande al verse con solos diez mil hombres para cubrir á París, y al considerar que Bulow y Wintzingerode se adelantaban hácia Soissons.

Al saber la marcha de Blucher, Napoleon deja á Macdonald y á Oudinot para hacer frente á los austriacos, sale de Troyes con veinte y cinco mil hombres, y llega por Sezanne á la Ferté-Gaucher (1.º de marzo). Blucher que tuvo noticia de este movimiento renunció á marchar hácia París, hizo pasar el Marne á todo su ejército (26 de febrero), y cuando los franceses llegaron estenuados á la Ferté-sous-Jouarre, descubrieron en la opuesta orilla al enemigo que se retiraba á toda prisa hácia Soissons, bajo cuyos muros debian incorporársele dos cuerpos del ejército del Norte. Napoleon ordena á Marmont y á Mortier que tomen de nuevo la ofensiva por Villers-Cotterets (2 de marzo), y pasando el Marne, se dirige hácia Soissons. El enemigo marchaba á la desbandada, cubriendo los caminos de rezagados, y atacado por Marmont y Mortier, amenazada su izquierda por el emperador, estrechado entre el Aisne y entre una plaza mala, pero bien abastecida, era preciso que fuese destruido ó que depusiera las armas. Sin embargo, la fortuna iba á frustrar otra vez las combinaciones del genio: Bulow y Wintzingerode atacaban Soissons (3 de marzo) y el gobernador no atreviéndose á exponer á un asalto una plaza

de tan malas condiciones, se resolvió á capitular; las columnas de Blucher se precipitaron alegres en aquel refugio inesperado (4 de marzo): los ejércitos de Silesia y del Norte quedaron reunidos, y Blucher, que no era ya un fugitivo, habia doblado sus fuerzas, y podia tomar de nuevo la ofensiva.

Furioso Napoleon por aquel fatal accidente, al cual han atribuido los mismos aliados el buen éxito de su campaña, quiso atacar á los aliados por la izquierda, ocupar antes que ellos Laon, y cerrarles el camino de Bélgica; para ello forzó en Bery el paso del Aisne, y encontrando al ejército de Blucher formado en batalla en la eminencia de Craonne (7 de marzo), logró desalojarlo despues de un sangriento combate; mas sus pérdidas se elevaron á ocho mil hombres, y no pudo impedir que los enemigos se retirasen en buen orden á Laon, donde se prepararon para una segunda batalla. Napoleon se obstinó en seguirles, siendo así que no podia oponer á los cien mil hombres aguerridos de Blucher mas que treinta mil reclutas, enfermos y mal vestidos, y despues de un dia de combate para expulsar al enemigo de las cercanías de Laon, reconoció ser inexpugnable la posicion del frente, y ordenó á Marmont que la atacara por el camino de Reims (10 de marzo). Esta operacion no pudo llevarse á cabo por haber sido aquel general arrollado y rechazado mas allá del Aisne, pero no por esto desistió el emperador de combatir durante dos dias delante de Laon, hasta que se retiró por el camino de Reims despues de perder cinco mil hombres, dejando á Mortier en Soissons que habia sido evacuado por los aliados. La ciudad de Reims habia sido sorprendida por el cuerpo ruso de Sain-Priest, el cual habia pasado los Ardennes, y servia de lazo á Blucher y á Schwartzemberg; Napoleon se apoderó de la plaza despues de un violento combate, en el que perdieron los rusos cinco mil hombres y su general (14 de marzo), y conseguida aquella victoria, detúvose por espacio de tres dias, á fin de dar algun reposo á sus tropas y dar una ojeada á su situacion.

§. XIV.—*Disolucion del congreso.—Operaciones en Bélgica, en el Mediodia, en Italia y en los Pirineos.*—La invasion extranjera no habia logrado despertar á la Francia de su apatía, y en vano el emperador habia prescrito una leva en masa, que se cortasen los puentes, que se tocase á rebato, y que se destruyesen los ví-

veres al aproximarse el enemigo; solo los departamentos fronterizos obedecieron semejantes órdenes; la Francia no quería defenderse, y como si no creyese en el peligro, dejaba solo á Napoleon contra la Europa. Mientras esto sucedía, la administración tropezaba cada dia con mayores obstáculos, las contribuciones no se cobraban, y las necesidades del ejército debían cubrirse por medio de requisiciones forzosas; una tercera parte del territorio, ocupado ya por el enemigo, no daba hombres ni dinero; la Vendée se agitaba, los enemigos del régimen imperial redoblaban sus intrigas, la contra-revolucion estaba pronta, la conspiracion, cuyos jefes eran Talleyrand, Dalberg, Vitrolles y Pradt, se hallaba en activas negociaciones con los extranjeros, y fué causa con sus revelaciones de que se disolviera el congreso de Chatillon.

Caulaincourt, estrechado en sus últimas posiciones (15 de marzo), habia presentado un contra-proyecto, segun el cual la Francia solo conservaba de sus conquistas la Saboya y el reino de Italia limitado por el Adiger, en favor del príncipe Eugenio; pero los aliados declararon (19 de marzo) «considerar las negociaciones como terminadas, y que indisolublemente unidos por el gran fin que esperaban alcanzar con el auxilio divino, no hacian la guerra á la Francia, cuyas justas dimensiones miraban como una condicion indispensable del equilibrio político, pero que no depondrian las armas hasta que su gobierno hubiese reconocido y admitido los principios que les guiaban.» Entonces el gabinete de Lóndres expuso su plan de restauracion de los Borbones; el conde de Artois llegó á Versoul, el duque de Angulema á San Juan de Luz y el de Berry á Jersey; Luis XVIII dirigió un manifiesto al senado y á la nacion, y los conspiradores del interior esparcieron proclamas cuyo lema era: «¡Abajo el tirano! no mas guerra, no mas quintas, no mas derechos reunidos.»

Los acontecimientos de la guerra en Bélgica, en Lyon, en Italia y en los Pirineos, contribuyeron á aquella suprema resolucion de los aliados. Despues que Bulow hubo partido á Soissons el cuerpo del duque de Weimar fué contenido por las hábiles maniobras de Maison, el cual se habia retirado bajo los cañones de Lille; Carnot se defendia heróicamente en Amberes; ocho mil

ingleses, de acuerdo con los habitantes, intentaron verificar una sorpresa en Berg-op-Zoom (8 de marzo); pero la mitad de aquel cuerpo fué muerto ó hecho prisionero en la ciudad por una guarnicion de dos mil quinientos hombres; finalmente, cuando el duque de Weimar hubo recibido refuerzos, dirigióse contra Maubeuge; pero los habitantes, hombres, mujeres y niños, se precipitaron á las murallas, y le obligaron á emprender una vergonzosa retirada (27 de marzo).

Augereau tenia únicamente delante de sí á los veinte y cinco mil austriacos de Bubna, diseminados desde Chalons á Ginebra, y sin embargo permanecía inmóvil. Napoleon le mandó repetidas veces formar con sus tropas una sola columna, y marchar hácia el Rhin: «Herid al enemigo en el corazon, le decia. El emperador os ordena olvidar vuestros cincuenta y seis años, y acordaros de los hermosos dias de Castiglione.» Augereau empero permaneció en Lyon, bajo pretexto de que su ejército no se hallaba equipado. «Tengo en este momento, le contestó el emperador, una division de cuatro mil guardias nacionales con sombrero redondo y levita, sin cartucheras, armados con toda clase de fusiles, y quisiera tener treinta mil, tantos son los servicios que me prestan.» Augereau no se puso en marcha hasta que el ejército del Mediódia avanzó por Chalons y Macon, pero llegado á Lons-le-Saulnier, temió verse cortado de Lyon, retrocedió y volvió á aquella ciudad (9 de marzo); desde aquel momento no era mas que un jefe de guerrilleros, y no un ala de Napoleon, y sus operaciones no podian influir en los acontecimientos. Sin embargo, intentó recobrar á Macon, mas viéndose rechazado, retiróse á las alturas de Limonest para salvar á Lyon por medio de una batalla; derrotado otra vez, evacuó á Lyon, dirigióse á Valence para ocupar la línea del Isere, y bajo pretexto de impedir la reunion de los austriacos con los anglo-españoles, escalonó sus tropas desde Valence hasta el Puente del Espíritu Santo. Semejante conducta equivalia á una traicion, y en efecto, Augereau hallábase desde tres semanas en negociaciones con los extranjeros; los aliados entraron en Lyon, y dueños de aquella plaza y de Ginebra, tenian asegurada su línea de operaciones, y abiertas las puertas de Italia.

Eugenio ocupaba la línea del Adiger con treinta y ocho mil

hombres de tropas no muy sólidas, y tenia guarniciones en Ancona, en el Castillo de San Angelo, en Pisa, en Liorna, etc.; el ejército austriaco, compuesto de setenta mil hombres, tenia su derecha en el lago de Garda, su centro en el Adiger, y su izquierda en el Pó, apoyada en el cuerpo inglés que ocupaba á Ferrara; Venecia, Palma-Nova, Cattaro y Ragusa estaban sitiadas. Para empezar las hostilidades esperaban ambos ejércitos la llegada de Murat, el cual acababa de firmar con el Austria su tratado definitivo, y marchaba lentamente hácia Módena por el Estado romano y la Toscana (13 de enero) (1). Eugenio se replegó al Mincio; el enemigo le siguió, y trabóse una batalla, en la que los franceses quedaron dueños de sus posiciones ó hicieron experimentar á los austriacos una pérdida de siete mil hombres (18 de febrero). Eugenio envió entonces á la orilla derecha del Pó un destacamento que derrotó á los napolitanos en Parma; Murat se detuvo en Reggio, indeciso y preso de los remordimientos, esperando el resultado de la campaña de Francia, y al ver que Fernando IV desembarcaba en Liorna con diez y seis mil anglo-sicilianos, extalló la discordia entre él y los aliados. Los tres ejércitos permanecieron en la inaccion hasta el fin de la campaña.

Al principiar el año, Wellington ocupaba con setentamil hombres los caminos desde San Juan de Luz y San Juan de Pié del Puerto hasta Bayona; Soult con sesenta mil hombres tenia su ala derecha en Bayona, su centro en el Adour, y su ala izquierda en el Bidouze. El mes de enero se empleó en escaramuzas, y mientras Wellington recibia refuerzos, Soult debió enviar al emperador casi toda su caballería y dos divisiones de infantería, lo que redujo sus fuerzas á cuarenta mil hombres, al mismo tiempo que el desembarco del duque de Angulema en San Juan de Luz puso en agitacion á los realistas del Mediodía, y que las

(1) La cólera que experimentó Napoleon es indecible: «Murat hacer disparar sus cañones contra los franceses, es abominable! ¡Hela aquí, el Bernadotte del Mediodía! ¡El que podia desempeñar tan hermoso papel! ¡Reunido su ejército con el del virey, podia hacer una campaña soberbia; eran mas fuertes que Bellegarde, y una victoria alcanzada contra los austriacos, les llevaba á las puertas de Viena, salvando así á la Francia y la Italia!»

sociedades secretas, relacionadas con los aliados, les instruyeron de la situación de la Francia.

Wellington atacó la línea del Adour, y después de numerosos combates en el Joyeuse y en el Bidouze, el ejército francés abandonó á Bayona, ante la cual el enemigo dejó veinte mil hombres, retirándose á Orthez, en donde tomó posición. Los ingleses pasaron el Pau, les atacaron, y aunque la batalla fué vivamente disputada y la pérdida igual por ambas partes, los franceses retrocedieron hasta el Aire (26 de febrero). Wellington les siguió con circunspección, y Soult se retiró paralelamente á los Pirineos, subiendo el Adour, lo que le permitía apoyarse en las montañas é incorporarse con Suchet. Su maniobra tenía el defecto de abandonar Burdeos á las traiciones del interior, y en efecto, los realistas capitaneados por el *maire* Lynch, solicitaron al enemigo para que se dirigiese á su ciudad, donde todo estaba pronto para proclamar á Luis XVIII. Wellington destacó á Burdeos dos divisiones, las cuales entraron en la plaza en medio de los aplausos de los realistas y de los ciudadanos arruinados por la guerra; proclamóse á Luis XVIII y se tomó la escarapela blanca (12 de marzo), mientras que el ejército, indignado por semejante traición, continuaba su movimiento por Tarbes y Saint-Gaudens, y llegaba á Tolosa.

§. XV.—*Ultimas operaciones contra Schwartzemberg.—Marcha de Napoleon á Saint-Dizier.—Marcha de los aliados hácia Paris.—Batalla de Fere-Champenoise.*—Después de la marcha de Napoleon al Marne, Schwartzemberg habia continuado su retirada hácia Chaumont, pero luego que supo que el emperador no se hallaba ya delante de él, detúvose, y continuó su marcha hácia el interior de la Francia. Oudinot fué atacado en Bar por cuarenta mil hombres, y después de combatir todo el día, se retiró á Troyes; Macdonald siguió el mismo movimiento, se reunió con su compañero, y tomó el mando del ejército, compuesto de veinte y seis mil hombres (27 de febrero). El mariscal disputó el terreno palmo á palmo, abandonó Troyes que fué horriblemente saqueada, y se retiró con lentitud á Nogent y á Bray. Schwartzemberg, inquieto por Blucher, se detuvo durante ocho días, y al tener noticia de la batalla de Laon, pasó el Sena, obligando á Macdonald á retroceder hasta Nangis; pero al saber que Napo-

leon marchaba desde Reims hácia el Sena, se retiró al Aube.

Napoleon habia salido de París con diez y seis mil hombres, dejando á Marmont y á Mortier para que con diez y ocho mil hombres y sesenta cañones disputasen el camino de París á los ciento veinte mil hombres de Blucher. El emperador se dirigió por Epernay y Fere-Champenoise á Plancy, donde pasó el Aube, y llegó hasta Arcis que encontró evacuado por el ejército de Bohemia, declarado en completa retirada. El emperador de Rusia, cansado entonces de aquella continua fuga delante de un puñado de hombres, hizo decidir en el consejo de los aliados la reunion de Blucher y Schwartzemberg para marchar contra París en una sola masa. Chalons ó Vitry eran el punto señalado para reunirse, y Schwartzemberg marchó allí siguiendo el camino de Arcis; detúvole empero Napoleon delante de aquel pueblo, y despues de un violento combate en que Arcis fué incendiado, retrocedió, concentró sus fuerzas, y presentó á los franceses que le perseguian cien mil hombres en batalla. Napoleon abandonó entonces la línea del Aube.

Era imposible continuar por mas tiempo la lucha en el país comprendido en el Sena y el Marne, donde iban á reunirse doscientos mil hombres, y cambiando de plan, resolvió Napoleon marchar por Saint-Dizier á la Lorena, reunir allí los insurrectos y las guarniciones de las plazas, cortar las comunicaciones del enemigo, y obligarle de este modo á suspender su marcha hácia París, á hacer frente al Rhin y á seguirle en aquel nuevo sistema de operaciones, donde una batalla debia ser decisiva. Semejante plan era peligroso en cuanto dejaba á París sin defensa alguna; pero solo un golpe de audacia podia salvar á la Francia. Napoleon se puso en marcha despues de ordenar á Marmont y á Mortier que se reuniesen en Chalons, y de dar igual orden á la division Pachtod que escoltaba un convoy de artillería; pasó el Marne cerca de Vitry, y llegó á Saint-Dizier (23 de marzo). Schwartzemberg admirado, y temiendo alguna combinacion del gran capitán, le siguió por el camino de Vitry.

Al separarse de Napoleon, Mortier y Marmont fueron atacados en el Aisne, viéndose obligados á evacuar á Reims para cubrir á París; entonces recibieron del emperador la orden de marchar á Chalons, y dirigieronse á aquel punto por Chateau-Thierry.

Sin embargo, Blucher, que debía reunirse con Schwartzemberg, se había apoderado de Epernay y marchaba contra Chalons con todo su ejército; al saberlo los dos mariscales tomaron el camino de Montmirail, yendo á caer sin sospecharlo, entre los ejércitos reunidos y dueños, el de Bohemia, de Chalons, y el de Schwartzemberg, de Vitry.

Instruidos los aliados del plan de Napoleon por una carta interceptada, se encontraban en la mayor perplejidad; pareciales el colmo de la imprudencia el dejar á sus espaldas un jefe y un ejército semejantes con una vendée imperial, para marchar contra todas las reglas de la guerra, hallándose á ciento sesenta leguas de su base de operaciones, contra una ciudad de seiscientos mil habitantes, contra la ciudad de la revolucion, que podia aprontar sesenta mil hombres para su defensa. Con una sola derrota que experimentasen, ninguno de ellos hubiera vuelto al Rhin; pero los traidores del interior enviaron entonces emisarios á los soberanos extranjeros para excitarles á marchar contra París. «Lo podeis todo, y no os atreveis á nada, escribió Talleyrand, atreveos una vez.»

«A no venir en su auxilio la traicion, dice un escritor inglés, los aliados se habrian encontrado en un círculo vicioso, de donde les hubiera sido imposible salir; cuando los triunfos de Napoleon parecian ser superiores aun á la misma fortuna, la traición quedó consumada, y el movimiento de Saint Dizier, que debía asegurarle el imperio, le hizo perder la corona (1).»

Alejandro reunió un gran consejo, y quedó decidido que los dos ejércitos marchasen hácia París: el de Bohemia por Vitry, Sezanne y Coulommiers, y el de Silesia por Chalons, Montmirail y la Ferte-sous-Jouarre; Wintzingerode, con un gran cuerpo de caballería y artillería, debía apostarse á retaguardia de Napoleon para hacerle creer que los dos ejércitos seguian sus huellas. Entonces se publicó el famoso manifiesto de Vitry, en el cual los soberanos separaban completamente á Napoleon de la nacion francesa, y anunciaban su plan de restauracion. «La marcha de los acontecimientos, decian, ha dado á las cortes aliadas el sentimiento de la fuerza de la liga europea; los principios que precedieron

(1) Roberto Wilson, p. 91.—Véanse tambien las Revelaciones de M. de Pradt sobre la Restauracion p. 30 y 47.

á sus consejos en su primera reunion para la salvacion comun, habian recibido unánime aprobacion, y nada les impedia ya exponer las condiciones necesarias para la reconstruccion del edificio social.»

Los dos mariscales, que seguian el camino de Montmirail, se dirigieron hácia Fere-Champenoise al saber la presencia de inmensas columnas entre Vitry y Chalons; pero cayendo entre el ejército de Bohemia, perdieron su retaguardia, y huyeron á Sezanne, donde fueron salvados de la persecucion enemiga por la division Pacthod, que desde hacia cuatro dias marchaba para reunírseles, y que se encontró sin saberlo en medio de los aliados. Componíase aquella division de ocho mil guardias nacionales de los departamentos invadidos, que habian seguido voluntariamente al ejército en su retirada, abandonando sus familias; atacados por la caballería de Blucher, se formaron en cuadros, é intentaron llegar combatiendo á Fere-Champenoise; atacóles entonces la caballería de Schwartzemberg, y aquellos valientes ciudadanos, cuyos nombres desaparecieron en el gran naufragio de la Francia, diezmados por ochenta piezas de artillería, cargados por la inmensa caballería de los dos ejércitos, opusieron por espacio de doce horas una heroica resistencia. Apenas lograron escapar unos mil hombres, quedando todos los demás muertos ó prisioneros. La doble batalla de Fere-Champenoise costó á los franceses cinco mil muertos, cuatro mil prisioneros, y sesenta cañones; los aliados perdieron cuatro mil hombres.

Los mariscales precipitaron su retirada hácia la Ferté-Gaucher atacados de flanco por los prusianos que llegaron antes que ellos á aquella ciudad; entonces se retiraron á Provins, y desde allí á Melun, mientras que el enemigo entraba en Meaux. Los cuerpos de Sacken y de Wrede permanecieron allí para cubrir los movimientos de ambos ejércitos, los cuales se dirigieron, la derecha ó el ejército de Silesia, por Charny; el centro, ó las guardias y reservas mandadas por Barclay de Tolly, por Claye; y la izquierda, ó el ejército de Bohemia, por Chelles. Las tres columnas llegaron á Bourget, á Bondy y á Noisy mientras que los dos mariscales entraban en Charenton.

§. XVI.—*Batalla de Paris*.—La confusion reinaba en París; había sido tal el empeño del gobierno imperial en dejar sumidos á

los ciudadanos en una completa confianza, que apesar de haber trascurrido dos meses dándose cada dia batallas en Champagne, la capital quedó sorprendida el dia 30 de marzo al oír el estampido de los cañones enemigos. Contábase entera y únicamente en el emperador, y sabiendo que se hallaba en Saint-Dizier creyóse el pueblo abandonado por él. La emperatriz, el rey de Roma, los ministros y los grandes dignatarios habian partido el dia anterior para Blois; solo José se había quedado en la capital, pero en realidad no habia gobierno, la ciudad se hallaba abandonada á autoridades miedosas y serviles, dispuestas á venderse, resueltas á hacer un simulacro de resistencia para obtener una capitulacion; y finalmente quedaba el campo libre á los conspiradores, quienes se agitaban llenos de esperanza. No habia una voz para ilustrar la opinion pública, para excitar á la poblacion, para dar unidad á la resistencia. La guardia nacional, formada á despecho del gobierno y á disgusto de los habitantes, contaba apenas diez ó doce mil hombres, la mitad de los cuales estaban armados con fusiles y la otra mitad con lanzas; la tercera parte de ella salia de la ciudad para batirse, y el resto cubrió las barreras. La guarnicion se componia de algunos batallones de depósito, de cuatro mil reclutas, de la gendarmería y de los veteranos, mezclados con algunos soldados dispersos de Mortier y de Marmont, formando veinte ó veinte y dos mil hombres. La artillería contaba cincuenta piezas servidas por los veteranos y los alumnos de la escuela politécnica. Los proletarios sitiaban las *mairies* pidiendo armas, y á pesar de que habrian proporcionado al ejército el vigoroso apoyo de sus treinta mil brazos, y salvado á la Francia como en el año 92, el ministro de la guerra, Clarke, los rechazó, empleó las bayonetas de la guardia veterana para contenerles, y no consintió en que saliesen al campo, ni aun desarmados. En Versalles y en los vecinos pueblos habia veinte mil hombres en depósito, y no fueron llamados; en los arsenales existian veinte mil fusiles, ochenta cañones, cinco millones de cartuchos, y doscientas cincuenta mil libras de pólvora que fueron dejadas sin empleo, mientras que nuestros infelices combatientes carecian de armas y de municiones, pudiendo el enemigo al dia siguiente aprovechar aquellos grandes recursos. Finalmente, no se habia hecho el menor preparativo en las alturas que

dominan París, y que tan favorables son para la defensa: habíanse colocado cuatro cañones en el castillo de Chaumont, y siete en el de Montmartre.

Los soberanos aliados, que contaban con ciento cuarenta mil hombres, de los cuales veinte y cinco mil eran de caballería, resolvieron intentar el ataque; Barclay, con tres cuerpos, las reservas y las guardias, marchó por el centro hácia Belleville, y el príncipe de Wurtemberg, con dos cuerpos, se situó en Vincennes para cubrir el ejército por el lado del Marne. Empezó la batalla: Marmont desalojó á los rusos de Romainville, mientras que Mortier les disputaba Aubervilliers; Barclay admirado de semejante resistencia y de sus pérdidas, se detuvo y esperó á Blucher, el cual ocupó Pantin, San Dionisio y Montmartre, y atacó Belleville por la Vilette. Al observar tan numerosas fuerzas, José, desesperando de la salvacion de París, huyó autorizando á los mariscales para capitular, sin que por esto cesaran la batalla, en la que nuestros soldados combatian con heróico valor, exclamando al caer: ¡Son muchos! Marmont, expulsado de las calles del bosque de Romainville, formóse otra vez en el parque Saint-Fargeau, pero no tardó en ser arrojado al camino real de Belleville donde se defendió todavía. La colina de Chaumont cayó en poder de los vencedores; las balas rodaban ya por las calles de París, en tanto que Mortier con un puñado de valientes defendía la Vilette y la Chapelle; pero al oeste Montmartre sucumbia, la barrera de Clichy, defendida por Moncey, iba á sufrir igual suerte, y el enemigo ocupaba el camino de Neuilly y el bosque de Boloña. Mortier evacuó con órden la Vilette y la Chapelle, y se apoyó en el muro que cierra la ciudad, en tanto que los wurtembergueses se apoderaban de San Mauro y de Charenton, y que la guardia nacional y la reserva de artillería atacaban en vano á la caballería rusa en el camino de Vincennes. Marmont solicitó una suspension de armas, que los coaligados se apresuraron á conceder, sabiendo que el emperador se hallaba en marcha hácia París. En efecto, en aquel momento llegó á todo escape un ayudante de campo, solicitando de los mariscales que se sostuvieran por espacio de veinte y cuatro horas; mas la ciudad podia ser tomada por asalto, y firmóse una capitulacion, en virtud de la cual el ejército evacuó á París, retirándose por el camino de Orleans, y se re-

comendaba la capital á la generosidad de los soberanos aliados. Segun propia confesion del enemigo, la batalla le habia costado diez y ocho mil hombres; los franceses habian perdido cuatro mil.

En tanto Napoleon, que se habia detenido en Saint-Dizier, descontento por cuanto le rodeaba, inquieto por lo que haria el enemigo, atacó á Wintzingerode, y despues de un violento combate, le hizo perder dos mil hombres y le rechazó hasta Vitry. Los prisioneros le dijeron ser aquellas tropas las de un solo cuerpo de Blucher, y haber marchado á París los dos ejércitos aliados; fatigado entonces de las representaciones de sus generales, cambió su plan, y resolvió marchar hácia la capital, donde podia llegar casi al mismo tiempo que el enemigo, contando que se defenderia dos dias á lo menos é ignorando la batalla de Fere-Champenoise. El ejército se puso en marcha bajo una continua lluvia y por horribles caminos, y al llegar á Troyes, recibió Napoleón del director de correos, la Valette, la siguiente carta: «Los partidarios del extranjero, alentados por lo que sucede en Burdeos, levantan la cabeza; algunos secretos intrigantes les secundan, y es necesario la presencia del emperador, si no quiere ver la capital entregada al enemigo. No hay tiempo que perder (29 de marzo).» Napoleon se dirigió solo á Fontainebleau y desde allí á París (30 de marzo); pero al llegar á Fromenteau á las diez de la noche, encontró las primeras tropas que habian evacuado la ciudad (31 de marzo). Todo habia terminado, y traspasado de dolor regresó á Fointainebleau. El dia siguiente sus tropas encontraron en Essones á las de Mortier y de Marmont, y tomaron posicion en el rio, formando un total de cincuenta mil hombres.

§. XVII.—*Entrada de los aliados en París.—Deposicion y abdicacion del emperador.*—Aquel mismo dia hicieron los aliados su entrada en París. Las autoridades municipales habian obtenido de Alejandro la conservacion de todas las institucionés civiles y la de la guardia nacional, y las tropas extranjeras observaron una disciplina modelo, mostrando en todas partes una moderacion y cortesía indecibles. Los soberanos no ignoraban que Napoleon era el único vencido, pero no el pueblo; comprendian que su victoria era nula sin un cambio político, y así fué que se dirigieron á la Francia, no como á una conquista, sino como á una potencia rival á quien deseaban convertir en amiga. Durante la

batalla habian declarado en una proclama «buscar de buena fe en Francia una autoridad saludable á fin de tratar con ella de la union de todas las naciones y de todos los gobiernos;» mostraban á los parisienses el ejemplo de Burdeos, y en esto se veian ayudados por los conspiradores realistas. Varios jóvenes nobles recorrían las calles á los gritos de ¡viva Luis XVIII! y llevando la escarapela blanca; algunas damas de la alta sociedad se precipitaron delante de los aliados gritando: Viva Alejandro! vivan nuestros libertadores! Los empleados se hallaban dispuestos á sufrirlo todo con tal de conservar sus empleos; muchos patriotas sinceros admitian la idea de una restauracion para librarse de la conquista, y el pueblo, abandonado á sí mismo, no conociendo mas que al emperador en quien habia personificado la patria, mostrábase inquieto, sombrío y humillado, sin ser empero capaz de movimiento alguno, y no acertando sino á seguir las huellas de la clase media. Esto empero, no constituía una opinion pública en favor de los Borbones, á quienes las cuatro quintas partes de la Francia ni siquiera conocian; y los soberanos aliados, cuyo plan era ceder ante el voto nacional, así como á las exigencias de los realistas, se hallaban en los mayores apuros; Alejandro decia: «Manifieste la nacion sus aspiraciones, y nosotros las apoyaremos.» Entonces fué cuando Tayllerand, en cuya casa habitaba el czar, díjole que las autoridades y sobre todo el senado, se hallaban prontos á declararse en favor de los Borbones, pero que los soberanos debian pronunciarse antes contra Napoleon. Alejandro publicó un manifiesto en el cual anunciaban los aliados que no negociarian mas con Napoleon; que respetarian la integridad de la Francia antigua, tal como existía bajo sus reyes legítimos; reconocerian la constitucion que el pueblo se diese, é invitaban finalmente al senado á nombrar un gobierno provisional para preparar una constitucion, y atender á la administracion del estado (31 de marzo).

El día siguiente, se reunieron sesenta y dos senadores y nombraron miembros del gobierno provisional á Talleyrand, á Beurnonville, á Jaucourt, á Dalberg y á Montesquiou (2 de abril), publicando en seguida el siguiente acuerdo: «Considerando que Napoleon Bonaparte ha violado el pacto que le unia al pueblo francés, imponiendo contribuciones contra la ley, disolviendo

sin necesidad el cuerpo legislativo, dando ilegalmente varios decretos que llevaban consigo pena capital, y destruyendo la responsabilidad de los ministros, la independencia judicial, la libertad de imprenta, etc.; considerando que Napoleon ha llevado á su colmo las desgracias de la patria, con el abuso que ha hecho de los medios que para la guerra se le confiaron en hombres y en dinero, y con haberse negado á negociar sobre condiciones que el interés nacional exigia que fuesen aceptadas; considerando que el deseo evidente de todos los franceses aspira á un orden de cosas, cuyo primer resultado sea el restablecimiento de la paz general y una solemne reconciliación entre los Estados todos de la gran familia europea, el senado decreta: Napoleon Bonaparte queda privado del trono; el derecho de sucesion es abolido en su familia, y el pueblo francés y el ejército quedan libres para con él del juramento de fidelidad.»

Semejante decreto produjo en Francia gran sensacion é introdujo la confusion en el ejército; la defeccion del senado, el primer cuerpo constituido y el brazo derecho del gobierno imperial arrastró la de las demás autoridades: el cuerpo legislativo representado por setenta y siete de sus miembros, los tribunales de casacion y de cuentas, la municipalidad de París, el clero y la universidad se adhirieron al decreto de deposicion. Rompiéronse todas las insignias del régimen imperial; solo se oyeron imprecaciones contra el emperador, y su estatua fué derribada de la columna de 1805, al mismo tiempo que el gobierno provisional nombraba ministros, un comandante de la guardia nacional y un director de correos, licenciaba á los reclutas, y dirigia una proclama al ejército (6 de abril). Finalmente, el mismo gobierno presentó é hizo adoptar en pocas horas por el senado, una nueva constitucion, en virtud de la cual el pueblo francés llamaba libremente al trono á Luis Estanislao Javier de Francia, y despues de él á los demás miembros de la familia de Borbon, segun el antiguo orden; la constitucion debia ser sometida á la aceptacion del pueblo francés, y Luis Estanislao Javier proclamado rey de los franceses luego que hubiese prestado á ella el oportuno juramento.

Napoleon quedó asombrado al ver tan repentino abandono, al recibir tantos ultrajes de parte de aquellos que tanto le adularan, al considerar la vileza del senado que le reconvenia por

sus propios actos: «Una señal mia, dijo en una proclama á sus soldados, era una órden para el senado, que hacia siempre mas de lo que de él se deseaba.....» Entonces pensó en retirarse á la otra parte del Loire, reunirse allí con Eugenio, Augereau, Suchet y Soult, lo que junto con las guarniciones de las plazas le proporcionaria mas de doscientos mil hombres, y volver luego contra París; pero sus generales, cansados de tantas guerras y revoluciones, se negaron á seguirle: la defeccion no se hallaba únicamente en algunos partidarios de los Borbones, en algunos empleados ingratos, se habia introducido tambien en el ejército que se estremecía á la idea de sitiar á París, y de encender la guerra civil. Napoleon firmó entonces una abdicacion en favor de su hijo (4 de abril), y comisionó á Caulaincourt para negociar un tratado sobre aquella base; Alejandro dispensó á los enviados favorable acogida, pues mientras el ejército, que desde hacia quince años era la nacion, permaneciera fiel al emperador, nada se habia decidido, y los acontecimientos de París no tenian importancia alguna. Sin embargo, durante la conferencia llegó la noticia de que Marmont habia firmado con los aliados un tratado, en virtud del cual su cuerpo de ejército abandonaba las banderas imperiales para retirarse á Normandía con armas y bagajes; y en efecto aquellas tropas, que se creian amenazadas por el enemigo, atravesaron las posiciones rusas, y dejaron Fontainebleau en descubierto. Esta traicion cambió enteramente la faz de las cosas, y Alejandro rechazó las proposiciones de Napoleon. Este, desesperado, se hallaba resuelto á la guerra, pero sus soldados eran presa de un profundo abatimiento, y sus generales solo pensaban en sus intereses particulares; casi todos, y entre ellos Ney y Berthier, le abandonaron, y resignado entonces firmó su abdicacion en los siguientes términos (11 de abril): «Proclamado por las potencias aliadas que el emperador Napoleon es el solo obstáculo para el restablecimiento de la paz en Europa, el emperador Napoleon, fiel á sus juramentos, declara renunciar para sí y sus sucesores á los tronos de Francia y de Italia, porque no hay sacrificio alguno personal, aun el de la vida, que no me halle dispuesto á hacer en interés de la Francia.»

Firmóse entonces un tratado por el cual Napoleon conservaba su rango, su título y sus honores, con la isla de Elba en

soberanía y dos millones de renta (11 de abril). Parma, Plasencia y Guastalla fueron asignados á María Luísa y á su hijo, y no quedando cerca de Napoleon sino Maret, Caulaincourt, los generales Bertrand, Drouot y Cambonne con cuatrocientos hombres que debían seguirle á la isla de Elba. El emperador dio un adiós una tierna despedida á su guardia en el patio de Fontainebleau (20 de abril), y partió acompañado de varios comisarios de las potencias aliadas; al atravesar la Francia fué acogido con aclamaciones y sentimientos dolorosos, excepto en Provenza, donde los ultrajes del pueblo le obligaron á vestir un uniforme extranjero: «Sabeis, decia, porque me llaman criminal y bandido? porque he querido elevar á la Francia sobre la Inglaterra; aquí está todo.» Finalmente se embarcó en Saint-Raphau y llegó á la isla de Elba.

En tanto la Francia entera se habia adherido al gobierno provisional, con una facilidad que era á la vez la condenacion del régimen imperial, la consecuencia de la maquinal docilidad de las autoridades, y el efecto de la habilidad con que los aliados habian respetado las susceptibilidades nacionales. La escarpela blanca fué sustituida á la tricolor, el ejército la adoptó, si bien con profundo pesar, y Maison, Augereau, Grenier, al cual Eugenio habia cedido el mando del ejército de Italia, Suchet y Soult enviaron sucesivamente su adhesion. Las últimas operaciones de estos generales habian tenido muy escasa importancia, excepto las del mariscal Soult, quien con treinta y tres mil hombres empeñó una encarnizada batalla con los sesenta mil hombres de Wellington bajo los muros de Tolosa (10 de abril); retiróse luego hácia Montpellier, desde donde marchó á reunirse con Suchet, que habia repasado los Pirineos con catorce mil hombres al saber la abdicacion del emperador y los actos del senado.

§. XVIII.—*Restauracion de los Borbones.—Tratado de Paris.—Constitucion de 1814.*—Los Borbones llegaron á Paris: «A vos y á vuestro glorioso país, dijo Luis XVIII al príncipe regente de Inglaterra, atribuiré siempre, despues de la divina Providencia, el restablecimiento de nuestra familia en el trono de sus antepasados.» Esto equivalia á revelar claramente el vicio radical de la restauracion: procedia del extranjero! y como consecuen-

cia de tan fatal origen, los dos actos fundamentales del nuevo gobierno, es decir, el tratado de París y la constitucion de 1814 contenian las causas de su caida.

Un tratado provisional puso fin á las hostilidades y reglamentó la evacuacion del territorio francés por las tropas aliadas, tal como se hallaba en 1792, y á medida que fuesen evacuadas las plazas ocupadas por las tropas francesas fuera de los límites que se señalaban á la Francia (23 de abril). Semejante convencion, firmada por el conde de Artois, que habia precedido á su hermano como teniente general del reino, hizo augurar muy mal del patriotismo y de la habilidad de los Borbones; arrebató á la Francia cincuenta y tres plazas defendidas por doce mil cañones, treinta y un navíos, doce fragatas, etc., y anunciaba que la paz seria impuesta por los extranjeros en cuanto nos privaban de antemano de las únicas compensaciones que pudiésemos ofrecerles. En efecto, Luis XVIII debió aceptar un mes despues el tratado de París en todos sus puntos (30 de mayo), tratado que colocó otra vez á la Francia bajo el imperio del derecho público creado en Westfalia, é invocado en el manifiesto del duque de Brunswick. La Francia volvió á tener los límites de 1792 con algunos anexos, principalmente por la parte de la Saboya, donde conservó Chambery y Annecy; recobró la Guadalupe, la Martinica, la Guiena, el Senegal, Borbon y Pondichery, y reconoció, sin haber tomado en ella la menor parte, la division de los países que cediera hecha por los aliados en un congreso convocádo en Viena, cuyas bases eran las siguientes: la Holanda y la Bélgica quedaban bajo la soberanía de la casa de Orange; la Alemania debia formar una confederacion de Estados independientes, y la Italia componerse de Estados soberanos; la Inglaterra conservaba Mauricio, Tabago, Santa Lucía, el Cabo, Malta y las islas Jónicas, etc.

Luis XVIII habia negociado su restauracion con todo el mundo y en todas las épocas de la revolucion: hombre sin preocupaciones y sin creencias, habia escrito á Robespierre, á Barras, á Bonaparte, á Talleyrand, y no sentia aversion hácia nadie ni repugnancia á concesion alguna. A los ojos del conde de Artois y de los emigrados puros, era un jacobino; pero cuando vió á Napoleon vencido y á la Francia humillada por el extranjero,

se negó á admitir el principio de la soberanía nacional, y rechazó la constitucion del senado; habia heredado sus derechos, decía, de Dios y de sus padres, y no queria entrar en capitulaciones con sus súbditos, siendo precisa la intervencion de Alejandro para decidirle (2 de mayo de 1814) á hacer antes de entrar en París una declaracion de principios, que consagrarse las grandes conquistas políticas de la revolucion. Un mes despues (4 de junio), convocó al senado y al cuerpo legislativo, purificados arbitrariamente de los revolucionarios mas señalados, y allí «por el libre ejercicio de su autoridad real, otorgó y concedió á sus súbditos, así por durante su vida como por la de sus sucesores perpetuamente, una carta constitucional,» que fué fechada en el año *décimo nono de su reinado*, y á la que sus ministros dieron el nombre de *Ordenanza de reforma*.

Apoyada en dos actos tan impopulares como eran el tratado de París y la carta otorgada, entraba la restauracion en posesion de la Francia.



HISTORIA DE FRANCIA

DESDE LA RESTAURACION DE 1814
HASTA EL NOMBRAMIENTO DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

(10 de diciembre de 1848),

escrita en francés

POR PABLO LACROIX.

RESTAURACION.

LUIS XVIII.

(31 de marzo de 1814) París ha capitulado, mas la obra de la traicion está todavía en su principio. Talleyrand y su cómplice, el abate Pradt, se hallan reunidos en conciliábulo en el palacio de la calle de San Florentino: allí debe hospedarse el emperador Alejandro; de allí partirán los postreros golpes contra el poder de Napoleon.

Los cuerpos de ejército de los mariscales duques de Trevisa y de Ragusa han evacuado la capital durante la noche y retirándose á Villejuif, á fin de cubrir el camino de Fontainebleau, donde el emperador combina aun planes de campaña; al despuntar el dia, todas las guardias interiores han sido relevadas por la milicia nacional, y no habia en la ciudad mas soldados que heridos y desertores. La municipalidad parece haber abdicado; los *maires* y los comisarios de policia no se encuentran ya en sus puestos; la poblacion, triste y azorada, permanece encerrada en las casas; las calles están desiertas y silenciosas. Las primeras

columnas enemigas entraron al mediodía en París por la barrera de San Martín, y mas de cuarenta mil hombres de todas armas desfilaron por los bulevares, prolongándose hasta la avenida de los Campos Elíseos. Al frente de aquel inmenso cortejo donde cada nacion se hallaba representada por algunos regimientos y escuadrones de preferencia, marchaban el emperador de Rusia, el rey de Prusia, el gran duque Constantino, el príncipe de Schwartzenberg y los principales jefes de los ejércitos extranjeros; algunos vivas y aclamaciones aisladas en honor de los aliados y sobre todo del emperador de Rusia, que saludaba á las damas con una gracia del todo francesa, turbaban de cuando en cuando el general silencio; pero la multitud se hallaba en general muda y ansiosa, y se veian no pocos ojos enrojecidos por las lágrimas. El pueblo parecia no comprender los gritos de *Viva los Borbones!* y de *Viva el rey!* que lanzaban ciertos individuos al pasar los jefes de la coalicion europea; en veinte y tres años habia casi desaparecido de Francia, ó de París á lo menos, el recuerdo de los príncipes emigrados de la familia de Luis XVI, y hasta se ignoraba que existieran. La generacion nueva era hija de la república y del imperio.

Mas entonces los partidarios de la antigua monarquía se atrevian á reunirse y á mostrarse; agitábanse pañuelos blancos en las ventanas, en las azoteas ondeaban banderas blancas que el pueblo tomaba por emblemas de paz; algunos sombreros se adornaban con escarapelas blancas, y aparecian cintas de igual color en el ojal de varias levitas. Muchos jóvenes, pertenecientes á la antigua nobleza que habian vuelto á Francia en pos de los ejércitos coaligados, se atrevieron á recorrer á caballo los bulevares y los muelles, gritando: *Viva Luis XVIII!* y distribuyendo escarapelas blancas; en la plaza de Vendome se reunió con ellos una turba de miserables haraposos, guiados por dos agentes del conde de Artois, y asalariados para proferir iguales gritos y repartir proclamas, escarapelas y banderas. La plaza de Vendome se convirtió en cuartel general de los primeros soldados de la Restauracion, reclutados por el baron Maubreuil por espacio de cinco dias, y al rededor de la columna elevada á la gloria de los ejércitos franceses sucediéronse las mas escandalosas escenas. La juventud *dorada* de la emigracion descendió á secundar las

iras del populacho, intentando en vano derribar la estatua de Napoleon que les habria aniquilado en su caida: los descendientes de las mas illustres familias de la Francia monárquica tiraban como presidiarios de una cuerda que uno de ellos atara al cuello de la estatua, que se resistia empero á todos sus esfuerzos. Para hacerla desaparecer, fbase á minar el monumento que le servia de pedestal, cuando el fundidor Delauny, como para expiar el crimen de haberla colocado en la columna, recibió orden de bajarla de allí, *bajo pena de ejecucion militar*. Esta orden iba firmada por el conde de Rochechouar, coronel ayudante de campo del emperador de Rusia y gobernador de la plaza.

En tanto habia llegado Alejandro al palacio del príncipe de Talleyrand; segun él, la coalicion de los reyes habia alcanzado el objeto que se propusiera: Napoleon vencido y la Europa satisfecha, solo faltaba sentar la paz general sobre duraderas bases; mas Talleyrand y Pradt tenian otras ideas y un proyecto distinto, que lograron hacer prevalecer en una conferencia á la que asistian, junto con el emperador de Rusia y el rey de Prusia, los poderosos auxiliares que se habian granjeado de antemano en los consejos de ambos soberanos. Los abates Pradt y Louis fueron los oradores en aquella sesion que decidió de la suerte del Imperio: Alejandro, arrastrado y subyugado por los especiosos argumentos de Talleyrand y de sus secuaces, declaró solemnemente que no consentiria en negociar con Napoleon ni con miembro alguno de su familia; el emperador de Austria no estaba allí para defender los intereses de su yerno, de su hija y de su nieto, y la declaracion de Alejandro fué formulada en un manifiesto por el abate Pradt, quien deslizó en ella algunas palabras que podian interpretarse en favor de los Borbones. Hacia decir á Alejandro en aquel manifiesto, del cual debia nacer la Restauracion, que los soberanos aliados respetarian la *integridad de la antigua Francia tal como habia existido bajo los reyes legitimos*, que le ofrecian mas favorables condiciones de paz á causa del *restablecimiento de un gobierno moderado*, é invitábase por fin al senado á nombrar un gobierno provisional, y á preparar la constitucion que pudiese convenir al pueblo francés.

Este manifiesto, fijado en todas las esquinas de París, fué por decirlo así, la señal de desercion en el partido del Emperador, la

ingratitude de los individuos se ocultó bajo la razon de Estado de los cuerpos constituidos; nadie pensó mas que en conservar su posicion personal, su rango y su fortuna, aun á expensas del gobierno á quien los debia, y todos olvidaron en un instante, no solo sus juramentos, sino tambien aquel pudor que es la mas eficaz salvaguardia de la fe jurada. La corporacion municipal dió el ejemplo de tan vil egoísmo, insultando el infortunio de Napoleon á quien tan bajamente y tanto tiempo adulara: el dia primero de abril, en una proclama que revelaba en cada una de sus líneas la pluma de un realista, y que fué el primer ensayo del abogado Bellart, los miembros de la municipalidad declararon abjurar *toda obediencia hácia el usurpador para reconocer de nuevo á sus legítimos soberanos*. El nombre de los Borbones no era todavia pronunciado, pero se le descubria ya bajo aquellas afectaciones del lenguaje oficial. Circulaba ya en las calles y paseos, resonaba en los periódicos invadidos por los realistas al mismo tiempo que la capital; repetíase en los folletos y en las publicaciones anónimas de que París estaba inundado. Los soberanos aliados no autorizaban abiertamente aun la propaganda monárquica, y antes de apoyar á los Borbones fingian querer consultar el sentimiento del país. Desde aquel momento, empero, todo quedó convenido entre ellos, y Talleyrand veíase dueño de la situacion: el duque de Vicenza, enviado por Napoleon con plenos poderes para celebrar la paz, no logró siquiera entablar negociaciones en nombre de la emperatriz y de su hijo, á quien protegía en vano una sombra de gobierno provisional establecido en Blois en 1.º de abril. Talleyrand, como un muro de hierro, se oponia constantemente entre Napoleon y Alejandro.

Talleyrand preside el senado que se reunió en sesion extraordinaria en número de sesenta y cuatro miembros, para la formacion de un gobierno provisional, y es colocado al frente del mismo gobierno que se compone del conde Beurnonville, del conde de Jaucourt, del duque de Alberg y del abate de Montesquiou, los cuales nombran á Dupont (de Nemours) secretario general y á Roux-Laborie secretario adjunto. El general Desolles es elevado al cargo de comandante en jefe de la guardia nacional de París; el nuevo gobierno dirige de parte del senado una proclama á los ejércitos franceses absolviéndoles del juramento

de fidelidad á Napoleon, y el senado que se habia ya deshonrado por su conducta rastrera y servil, llegó al colmo de su vileza á ingratitude declarando á Napoleon Bonaparte depuesto del trono en su sesion del 3 de abril, y aboliendo en su familia el órden de sucesión. Los ministros del emperador que continuaban en Blois fueron reemplazados por comisarios extraordinarios: Henrion de Pansey se encargó del ministerio de justicia; el conde de Laforest del de negocios extranjeros; el general Dupont del de la guerra, el baron Malonet del de marina; el baron Louis del de hacienda, y Anglés del de policia, personificándose en estos nombramientos ministeriales el antiguo régimen, el odio al Emperador y la restauracion de los Borbones. Los cuerpos constituidos no tardaron en seguir el general impulso, y el día 3 de abril se adhirieron sucesivamente á la declaracion del senado el cuerpo legislativo, representado por sesenta y siete miembros, el tribunal de casacion y el de apelacion, el consejo de Estado y el resto de la magistratura. Talleyrand era el único autor de aquel movimiento entre las clases elevadas de la sociedad, que se precipitaban á porfía en la conjuracion de los ingratos, de los cobardes y de los ambiciosos contra el *Ogre de Corse* (Córcega): así habia llamado á Napoleon el escritor Martainville inspirándose sin duda en el manifiesto del gobierno provisional al pueblo francés, escrito injurioso y ridículo, que anunciaba el restablecimiento de la *verdadera monarquía* y del *trono paternal*, sin nombrar á los Borbones ni á Luis XVIII. Talleyrand se atrevía á hablar del emperador en estos términos: «Sobre las ruinas de la anarquía, solo ha fundado el despotismo. Por gratitud á lo menos debia convertirse en francés como nosotros, pero jamás lo ha sido; sin objeto, sin motivo, ha emprendido injustas guerras como un aventurero que corre en pos de la fama. En pocos años ha devorado vuestras riquezas y vuestra poblacion..... Napoleon os gobernaba como un rey de los bárbaros.» Al desafiar así á Napoleon que se encontraba en Fontainebleau rodeado de su ejército, Talleyrand no ignoraba que no podia ya contar con sus generales.

Tres días de vacilacion habian perdido la causa del emperador: ignorante de lo que sucedia en París, estaba léjos de sospechar las intrigas que minaban los restos de su poder. Rodeado en aquel

entonces por cuarenta y cinco mil hombres escogidos, y pudiendo reunir sin trabajo mas de ciento veinte mil á las órdenes de sus mariscales, pensaba en operar un movimiento hácia la capital con los cuerpos de Macdonald, de Mortier y de Marmont. Este habia tomado posicion delante de Essonne con quince mil hombres y cubria el camino de Fontainebleau; pero desde la capitulacion de París, negociaba en secreto por su propia cuenta, y en 3 de abril escribió al príncipe de Schwartzberg *hallarse pronto á abandonar con sus tropas el ejército del emperador Napoleon con las condiciones siguientes*: 1.^a Que sus tropas pudiesen retirarse á Normandía con armas, bagajes y municiones, «con los honores militares que se deben recíprocamente las tropas aliadas; 2.^a Que si á consecuencia de aquel movimiento, los sucesos de la guerra hacian caer en poder de las naciones aliadas la persona de Napoleon Bonaparte, quedaban garantidas su vida y su libertad en un espacio de terreno y en un país limitado á voluntad de las potencias aliadas y del gobierno francés.» Así establecia el duque de Ragusa, que se hallaba sin duda en inteligencia con el príncipe de Benevento y los realistas, el desenlace de la cuestion europea; solo esperaba una palabra de París para abandonar su cuerpo de ejército luego de haber recibido del príncipe Schwartzberg la garantía escrita que habia solicitado; mas al ver llegar á Essonne á Caulaincourt, á Macdonald y á Ney que se dirigian á la capital llevando la abdicacion de Napoleon en favor de su hijo, temió ser paralizado en sus negociaciones particulares; confesó á los tres plenipotenciarios haber entablado relaciones con los jefes de los ejércitos coaligados, y díjoles que, *siendo el único objeto de sus cuidados la salvacion del Estado, jamás se separaria de sus hermanos de armas.* Admirados é indignados los plenipotenciarios al saber que el duque de Ragusa habia proyectado y formulado una convencion que se estaba discutiendo en la aldea de Chevilly, pensaron en hacerle prender en medio de sus tropas, mas no se atrevieron á obrar sin orden del emperador, y resolvieron llenar ante todo su mision en París, sin cifrar en ella ninguna esperanza de buen éxito. En efecto, era ya tarde: la defeccion de los cuerpos constituidos del Estado debia ir seguida de la de los generales, y Napoleon iba á encontrarse solo. Luego que los plenipotenciarios

hubieron partido, Marmont se apresuró á imitarles, para llegar antes que ellos á París: entregó sin instruccion alguna al general Souham el mando de su cuerpo, y corrió á Chevilly donde celebró con el príncipe de Schwartzenberg el tratado que hacia dos dias que tenia en suspenso.

No sin cólera y amargura se resignó el emperador á firmar el acta de abdicacion que redactó él mismo en los siguientes términos: «Proclamado por las potencias aliadas que el emperador Napoleon es el único obstáculo que se opone en Europa al restablecimiento de la paz, el emperador Napoleon, fiel á su juramento, declara estar pronto á bajar del trono, á abandonar la Francia, y aun la vida en provecho de la patria, inseparable este de los derechos de su hijo, de la regencia de la emperatriz, y de la conservación de las leyes del imperio.» Al hacerlo cedió á las instancias de sus mariscales que le dijeron ser este el único medio de impedir la guerra civil y de conservar la herencia del rey de Roma bajo la regencia de la emperatriz. Los plenipotenciarios llegaron á París en el preciso momento en que la comision nombrada en el senado para preparar la nueva constitucion acababa de terminar su trabajo, y su presencia no dejó de despertar profundas inquietudes en el partido realista, que entreveia la posibilidad de un arreglo entre Napoleon y el emperador de Rusia. Talleyrand cuidó de detener lo mas posible á los plenipotenciarios en la puerta de Alejandro, rodeándoles de promesas y de seducciones individuales, hasta que por fin verificose la conferencia el dia 5 de abril á la una de la madrugada. El gobierno provisional y el general Desolles asistian á ella como representantes de la monarquía. Caulaincourt, Ney y Macdonald representaban el imperio, y Alejandro, despues de escuchar á unos y otros en silencio, pareció indeciso, manifestó el deseo de consultar con el rey de Prusia, y aplazó para el mediodía la solucion de la conferencia. Sabia la existencia del tratado de Chevilly, pero no podia prever el modo como se ejecutaria: pocos momentos antes de recibir á los plenipotenciarios recibió la noticia de que el cuerpo de ejército de Marmont habia salido de Essonne al rayar el dia como para presentar batalla, y que no observó su error hasta que se vió rodeado por la caballería bávara que le escoltó hasta Versailles. El general Souham, llamado por el em-

perador á Fontainebleau, se guardó mucho de ir á hacerse fusilar; los demás generales, amenazados por sus tropas que les acusaban de traicion, huyeron por entre las balas que de todas partes les dirigian: el cuerpo de ejército, en completa insurreccion, queria marchar á Fontainebleau, pero el duque de Ragusa se presentó á sus soldados, y fué bastante afortunado para imponerles un resto de disciplina, hablándoles en nombre del emperador, logrando conducirles á Mantes, sombríos y desesperados.

Introducidos los plenipotenciarios cerca de Alejandro, declaróles que los soberanos aliados solo podian admitir la abdicacion absoluta del emperador, en cuanto el voto nacional rechazaba la regencia como habia rechazado á Napoleon, abandonado por su mismo ejército, y añadió que celebrada la paz bajo estas bases, se aseguraria á Napoleon una *existencia independiente y honrosa bajo todos conceptos*. Los plenipotenciarios se retiraron consternados, y llevaron el ultimatum á Fontainebleau; indignado el emperador reune al momento á sus mariscales Lefebvre, Oudinot, Berthier, Ney y Macdonald, al gran mariscal Bertrand, al duque de Bassano y á Caulaincourt; expóneles un plan de campaña, segun el cual tomará otra vez la ofensiva despues de abrirse paso á través de cuatro ejércitos que le estrechan mas cada dia; París volverá á ser el centro de sus operaciones, y entrará en la capital que le llama y que está pronta á sublevarse al verle cerca de sus muros. Los asistentes callan, miranse entre sí, y nada contestan á las palabras del gran capitán. Napoleon comprende que su reino ha terminado, y antes de despedirles, les dirige amargas reconvencciones; esto no obstante se resiste á las duras condiciones que quieren imponerle; vacila, espera aun, hasta que por fin firmó el dia II su abdicacion definitiva, en la que declara «renunciar para sí y sus sucesores á los tronos de Francia y de Italia, y estar pronto á cualquier sacrificio personal, hasta al de la vida, en beneficio de la Francia.» La constitucion redactada por Lambrechts, Destutt de Tracy, Barbe-Marbois, Eymery, y el duque de Plascencia fué adoptada por el senado el dia 6 de abril, pudiendo calificársela de compromiso entre el antiguo y el nuevo régimen, entre los hombres del imperio y los de la monarquía; prometia la libertad individual, la libertad de imprenta, la libertad de

cultos, la responsabilidad de los ministros, la inviolabilidad de las ventas de bienes nacionales, y una amnistía general; todo ello con el fin de que fuesen adoptadas las disposiciones que interesaban mas particularmente al senado, como eran la inamovilidad de los senadores, el derecho de traspasar su cargo á sus sucesores, la division de las rentas del senado entre los senadores en aquel entonces, y el reconocimiento de los títulos de nobleza de creacion imperial. Estas fueron las condiciones del contrato, garantidas por Talleyrand, y renegadas por la restauracion. Al frente de la constitucion conservadora de los privilegios del senado, este cuerpo proclamaba al gobierno francés monárquico y hereditario de varon en varon por orden de primogenitura, y declaraba que el pueblo francés llamaba *libremente* al trono á Luis Estanislao Javier de Francia, hermano del último rey, y despues de él á los demás miembros de la familia de Borbon. En su consecuencia, Luis debia ser reconocido por rey de los franceses, despues de aceptar y jurar la constitucion, á la cual se adhirió el dia siguiente el cuerpo legislativo, mientras que una comision de la municipalidad se apresuraba á cumplimentar al duque de Ragusa por su *noble y patriótica* conducta. Hubiérase dicho que Talleyrand habia emponzoñado el espíritu público; la traicion parecia ligera á todos, y el gobierno provisional se vió colmado de felicitaciones como si hubiese salvado á la Francia: universidades, tribunales, abogados, escribanos, funcionarios de todo orden, se apresuraban á saludar al naciente sol de la monarquía borbónica.

Luis XVIII se encontraba todavía en Inglaterra, pero el conde de Artois, cuyos agentes secretos habian urdido la trama de aquella grande intriga política, habia tomado la posta para marchar desde Burdeos á París. La propaganda realista no perdía tiempo para seducir la opinion pública, y trocar á los indiferentes en partidarios de la restauracion; las calumnias é injurias contra Napoleon y su gobierno se multiplicaban bajo todas formas: el vizconde de Chateaubriand habia dado el ejemplo de semejante táctica, y su folleto titulado *Bonaparte y los Borbones*, que tan inmensa sensacion produjo en Francia, fué causa en gran parte de los progresos del realismo entre la clase media de la sociedad. El pueblo era convertido por apóstoles de un orden

menos elevado: los pasquines, las canciones, las caricaturas, propagaron en París, no los sentimientos, sino las ideas monárquicas; la existencia de los Borbones era un hecho consumado aun para aquellos que los creían muertos con Luis XVI y el duque de Enghien. La revolución del año 92 y el imperio protestaban todavía por medio de los colores nacionales, y el gobierno provisional, con decreto de 9 de abril, restableció la bandera y la escarapela blancas. La monarquía podía volver ya á las Tullerías, y el 12 de abril, el conde de Artois que tomara por su autoridad privada el título de teniente general del reino, llegó á la barrera de Bopdy, rodeado de los mas fieles representantes de la emigración: los miembros del gobierno provisional y los ministros interinos habian salido á su encuentro, seguidos de una multitud de cortesanos y curiosos. El príncipe de Talleyrand llevó la palabra y rogó al príncipe que acogiera «con la bondad celeste que á su familia caracteriza,» el homenaje de religiosa adhesión y de respetuoso afecto que animaban á los miembros del gobierno provisional. El conde de Artois contestó algunas palabras insignificantes, y el dia siguiente el *Monitor* le atribuía esta hermosa frase: «Vuelvo por fin á ver la Francia; nada ha cambiado en ella, solo que cuenta un francés mas en su seno.» No estuvo tan inspirado despues del discurso del prefecto del Sena, que dejó sin respuesta, y su voz fué sofocada por las aclamaciones con sorprendente oportunidad. El hermano de Luis XVI y de Luis XVIII tenia cierto aire de distinción y de benevolencia, que le granjearon mas simpatías que las entusiasmas exageraciones de sus servidores; montado á caballo, contestaba á los vivas con incesantes saludos é infatigables sonrisas; y despues de oír en Nuestra Señora un *Te Deum* y un *Domine Salvum* cantados á grande orquesta, tomó posesion de las Tullerías en nombre de su hermano que las abandonara hacia veinte y cuatro años. El emperador Napoleon continuaba en Fontainebleau.

Allí permanecía casi solo, con su guardia veterana; sus mariscales, sus grandes dignatarios le habian ya abandonado. En los primeros momentos de aquel inmenso abandono y de aquella insultante soledad habia resuelto morir, convencido de que no debía sobrevivir á su grandeza. En la noche del 12 al 13 de abril

se envenenó, pero ya fuese su naturaleza mas fuerte que el veneno, ya hubiese perdido este parte de su fuerza, pues habia sido compuesto por Cabanis antes de la campaña de Rusia, el emperador no sucumbió. Despues de una larga crisis, acompañada de horribles convulsiones, dijo á Caulaincourt: «Está visto, hasta la muerte me rechaza!» El tratado definitivo, que fijaba la suerte del emperador, habia sido firmado en Fontainebleau el mismo dia de la abdicacion por sus plenipotenciarios y los de Austria, de Prusia y de Rusia; en él, Napoleon renunciaba á toda soberanía sobre la Francia y la Italia, conservando empero su título y su rango; aceptaba por residencia la isla de Elba con una renta anual de dos millones de francos, reservándose además dos millones quinientas mil libras de renta en el gran libro para sí y su familia, y un capital de dos millones para ser distribuido en recompensas. Los ducados de Parma, de Plasencia y de Guastalla eran cedidos á la emperatriz para ella, su hijo y sus descendientes: tres ducados de Italia y una reducida isla en el Mediterráneo, he aquí lo que Napoleon pudo salvar de tantos reinos. Los realistas no se mostraron satisfechos aun con el tratado de Fontainebleau, ratificado por el emperador dos dias despues de haberlo firmado los plenipotenciarios; consideraban, y con razon, que la isla de Elba se hallaba muy inmediata á las costas de Francia, pero á despecho de sus ocultas intrigas, Alejandro se negó á faltar á una palabra dada; Napoleon pudo partir, si bien no se le permitió ver á la emperatriz, ni abrazar á su hijo. El dia 20 de abril á la una de la tarde, la guardia veterana se hallaba formada inmóvil y silenciosa en el patio de honor del palacio de Fontainebleau; Napoleon, con uniforme de general, llevando el histórico sombrero y el redingote gris, que habia aparecido tantas veces como una señal de victoria en los campos de batalla, se presentó en la escalera principal; detúvose un momento para contemplar por última vez á los valerosos regimientos cuya marcial actitud protestaba contra su partida; bajó lentamente al patio, y pasó por delante de las filas de sus compañeros de armas, que lloraban; sus ojos se humedecieron tambien, y pronunció con voz conmovida esta tierna alocucion que la historia ha conservado: «Me despido de vosotros!... Desde hace veinte años que estamos juntos, estoy contento de

vosotros, y siempre os he hallado por el camino de la gloria. Las potencias todas de Europa se han armado contra mí; algunos de mis generales han hecho traicion á su deber, y la misma Francia suspira por nuevos destinos. Con vosotros y los valientes que me han permanecido fieles, habria podido mantener la guerra civil, pero la Francia habria sido desgraciada. Habria podido morir, pero debo conservar mi vida para escribir las grandes cosas que hemos realizado. Me es imposible abrazaros á todos, pero abrazo á vuestro general. ¡Venid á mis brazos, general Petit! ¡Acercad el águila; quiero estrecharla contra mi corazon! ¡Ah! ¡águila querida, ojalá que el beso que te doy resuene en la posteridad! ¡Adios, hijos míos, mi corazon os seguirá por do quiera!» Dicho esto, Napoleon se lanzó al carruaje que le esperaba, partiendo al momento bajo la proteccion de una reducida escolta. Habíanse nombrado cuatro comisarios para representar la Rusia, el Austria, la Prusia y la Inglaterra, cerca del ilustre cautivo, y su intervencion bastó apenas para defenderle contra los ultrajes y puñales de los realistas del Mediodia: el populacho de Avignon pidió su cabeza á grandes gritos; en Orgou algunos miserables detuvieron su coche, arrancáronle su condecoracion y le escupieron al rostro, viéndose obligado á continuar, á caballo y disfrazado, su viaje hasta Frejus donde se embarcó en el *Intrépido*, el navío en que volviera de Egipto como libertador. En 4 de mayo entró en Porto-Ferraio y tomó posesion de la isla de Elba; allí se encontraba al menos en seguridad; tenia por ejército á cuatrocientos soldados de su guardia, se hallaba cerca de las playas francesas, y parecia tranquilo y resignado; perdonaba ya á los pusilánimes y traidores y solo á tres personas acusaba: á Talleyrand, á Marmont y á Bernadotte.

La batalla de Tolosa, dada en 10 de abril por el mariscal Soult al duque de Wellington, habia probado que, á pesar de la defecion del duque de Ragusa, el emperador podia contar aun con su ejército; mas la conducta de la mayor parte de los mariscales y generales de Napoleon probó asimismo que el ejemplo de Marmont no habia sido un hecho aislado. Todos habian depuesto las armas: algunos habian reconocido la bandera blanca, y Augereau, en una proclama á sus tropas, reconvinó á su antiguo

amigo por haber *inmolado millares de víctimas*, y no haber sabido *morir como un soldado*. Jamás la ingratitude ostentó con mayor impudencia su inmoralidad; el conde de Artois veía aumentar cada día el número de los afectos á la Restauracion, y nombró miembros del gobierno provisional á los mariscales Moncey y Oudinot, como para manifestar la buena inteligencia establecida entre los desertores de la causa imperial y los partidarios de la monarquía. Estos se mostraban ávidos de empleos y dinero, aquellos solo deseaban conservar lo que habian adquirido. El baron de la Bouillerie, tesorero general de la corona, trajo desde Blois á París sesenta millones así en dinero como en vajilla y pedrerías, que habian seguido á la emperatriz y al rey de Roma, y en seguida empezó una distribucion de indemnizaciones entre los realistas mas necesitados: en menos de veinte y cuatro horas se gastaron tres millones en oro, y fué preciso la intervencion del abate Louis, cerca del conde de Artois, para que entrase en el tesoro el resto del numerario. Los nombres de los príncipes de Condé y del duque de Orleans, ausentes en aquel entonces, figuran en las listas de esa distribucion, y el mismo Chateaubriand se halla inscrito por una suma de veinte mil francos. La sed de oro que la restauracion de los Borbones parece excitar entre sus primeros defensores, se manifiesta mas aun en la misteriosa mision de Maubreuil, quien, revestido de un carácter oficial, y provisto de órdenes emanadas de todas las autoridades civiles y militares, se apoderó de los diamantes de la princesa de Westfalia en el bosque de Fontainebleau. El mismo Maubreuil se habia encargado de asesinar al emperador al partir para la isla de *Wolff*, como él propio lo proclama delante de la Europa; este asesinato habia sido ideado por Talleyrand y aprobado por sus cómplices, y en tanto que urdia tan infernal trama, María Luisa se hallaba con su hijo en el Pequeño Trianon, donde tuvo una entrevista con su padre el emperador de Austria, el cual le aconsejaba regresar á Viena.

Luis XVIII, en cuyo nombre se habia hecho todo, sin que hubiese autorizado ni aprobado los actos de su hermano, juzga por fin que ya es tiempo de aprovecharse de ellos; abandona su retiro de Hartwell, y se dirige á Londres, donde es recibido como rey; el pueblo desengancha los caballos de su coche y lo arras-

tra gritando ¡hurra! La Inglaterra concede una escuadra á Luis XVIII para conducirlo á su reino, pero antes de que el rey de Francia haya desembarcado en Calais, en medio del entusiasmo de los emigrados, el conde de Artois, principal autor de aquella restauracion inesperada, hace pagar á la Francia los gastos de la paz que firma en 23 de abril con las potencias aliadas. Segun aquel tratado, que Luis XVIII ha tenido la prevision de dejar pesar del todo sobre la popularidad de su hermano, apellidado por los realistas el *verdadero caballero francés*, el territorio de la Francia queda circunscrito á los límites que tenia en 1.º de enero de 1792, y los ejércitos coaligados se retiran del territorio, excepto de algunos puntos del mismo que deben ocupar hasta el 1.º de junio: todas las plazas fuertes que se hallan fuera de los límites del territorio francés, son abandonadas á los soberanos aliados con todo el material de guerra que en ellas se encerraba, y así fué como el teniente general del reino entregó en expiacion de veinte años de guerras y de heróicos esfuerzos, cincuenta y una plazas fuertes, inmensos depósitos de armas y de provisiones, doce mil cañones, treinta y un navíos de alto bordo y doce fragatas. La Francia devolvió á la Europa mas de doscientos sesenta millones, pero sintió poco tan enormes pérdidas en cuanto el tratado no aumentaba en lo mas mínimo la contribucion de cada uno. Un dia despues Luis XVIII se encontraba en medio de sus súbditos.

El nuevo rey volvió á Francia con la duquesa de Angulema, el príncipe de Condé, el duque de Borbon, su hijo, los duques de Havre, de Duras, de Grammont y de Lorges, el conde Blacas-d'Aulps, su favorito, y el padre Eliseo, su cirujano; el 23, llegó al palacio de Compiègne y se instaló allí á fin de asegurarse de que el terreno político era bastante sólido para dar un paso adelante. El cuerpo legislativo le envió el dia siguiente una diputacion, ejemplo que no imitó el senado, pues guardaba al rey cierto rencor por haber rechazado el acta constitucional de 6 de abril; esto no impidió que se presentasen muchos senadores uno despues de otro, no siendo los últimos en hacerlo los mariscales de Napoleon. Berthier, príncipe de Neufchatel, dirigió la palabra á Luis XVIII en nombre de los mariscales, y olvidando el rey la gota que le hacia impotente, les contestó con belicoso to-

no: «Espero, señores, que la Francia no necesitará mas de vuestra espada, pero si algun dia nos obligasen á desnudarla, gotoso como soy, marcharia delante de vosotros.» No se necesitaba mas para hacer olvidar á los mariscales que su emperador, escoltado como un prisionero por los comisarios de las potencias aliadas, se encaminaba tristemente á su destierro en la isla de Elba; el mariscal Ney, mas que los otros, se distinguia por el ardor de su reciente realismo; siempre era él quien daba la señal de los gritos de *viva el rey!* El vértigo fué general en todos los grandes dignatarios del imperio, y Luis XVIII, al verles prosternados en su presencia, podia creer, como le repetia su íntimo confidente, M. de Blacas, que nada era tan fácil como restablecer la antigua monarquía absoluta, sin ninguna reforma ni condiciones. Sin embargo, Luis XVIII tenia en el fondo mas cordura y prevision que ninguno de sus consejeros; su política consistia en el arte de temporizar, y así era que no se apresuraba á declarar el modo como entendia gobernar el reino que su hermano el conde de Artois y su plenipotenciario el príncipe de Benevento acababan de reconquistarle á fuerza de intrigas y de audacia. El emperador de Rusia fué quien le obligó á decidirse: Alejandro era en aquel momento el verdadero rey de París, y parecia haber tomado á empeño el granjearse el amor de los parisienses. Las mujeres dieron el impulso como siempre, y la moda les obedeció; la misma emperatriz Josefina quiso ver y admirar al que era llamado el *Salomon del Norte*, y Alejandro fué recibido en la Malmaison, cuya entrada habria debido impedirle el recuerdo vivo del emperador. La entusiasta acogida que hallaba el emperador de Rusia en la capital del mundo civilizado, hizo tal impresion en su ánimo, que se impuso la mision de protector de la Francia; rodeábale y subyugábale un partido constitucional ó liberal, que empezaba á robustecerse en el senado, y que se propagaba entre el público desgarrando el velo de gloria bajo el cual se habia ocultado el despotismo imperial, y el autócrata ruso aceptó el singular papel de hacer consagrar bajo sus auspicios las libertades políticas de la Francia, no faltando quien asegure que violentó la voluntad de Luis XVIII, amenazándole con cerrarle las puertas de su capital si se negaba á satisfacer las aspiraciones del partido constitucional.

Luis XVIII, que se habia adelantado hasta Saint-Ouen, resistió por espacio de algunos dias, y quiso ganar tiempo, apoyándose en vano en las ciegas exigencias del partido de la emigracion. Talleyrand, que fingia no estar de acuerdo con el rey á quien aconsejaba y alentaba en secreto, consintió en intentar un esfuerzo en favor de la constitucion del 6 de abril, y arrastrando al senado á Saint-Ouen, felicitó á Luis XVIII por su regreso que devolvia á la Francia el gobierno *natural* de sus reyes legítimos, y dejó oír por primera vez las palabras de *Carta Constitucional*, añadiendo esta significativa frase: «Señor, vos sabeis mejor que nosotros que tales instituciones, tan regularizadas en un pueblo vecino, suscitan apoyos en vez de obstáculos á los monarcas amigos de las leyes y padres de los pueblos.» Luis XVIII evitó explicarse sobre este punto por miedo de aparentar que hacia al senado una concesion indigna de la corona. El senado se retiró convencido de la inutilidad de su paso, mientras que su presidente, el príncipe de Benevento, redactaba de acuerdo con Luis XVIII y sus familiares, la famosa declaracion de Saint-Ouen, que fué recibida como un pacto de alianza por la mayoría de los franceses. Cuanto menos habia prometido el rey, tanto mas se le agradecia lo que otorgaba espontáneamente. En dicha declaracion, de fecha 2 de mayo, anunciaba que «restablecido por el amor de su pueblo en el trono de sus padres, instruido por las desgracias de la nacion que se hallaba destinado á gobernar,» habia resuelto conceder una constitucion liberal, que se obligaba á redactar junto con una comision elegida en el seno del senado y del cuerpo legislativo. Esta constitucion debia tener por bases las garantías siguientes: «El gobierno representativo dividido en dos cuerpos; los presupuestos consentidos libremente; la libertad pública en individual; la libertad de imprenta; la libertad de cultos; las propiedades inviolables y sagradas; la venta de los bienes nacionales irrevocable; los ministros responsables; los jueces perpetuos, y el poder judicial independiente; la deuda pública garantida; la Legion de honor conservada; cualquier francés admisible á los empleos todos, y libertad omnimoda en las opiniones y en los votos.» Semejante declaracion era ya mas lata y explicita que el acta constitucional de 6 de abril, solo que Luis XVIII, al no mentar

las circunstancias de su regreso al trono, reservaba el principio de sus derechos hereditarios, en cuanto debía suponer que aunque ausente y desterrado no había cesado de reinar desde la muerte de Luis XVI. El efecto producido por el programa de la monarquía constitucional fué generalmente muy favorable á Luis XVIII; el emperador de Rusia dió su aprobacion al manifiesto de Saint-Ouen é hizo decir al rey: «Ya podeis venir.»

El día siguiente, 2 de mayo, el rey y la familia real verificaron su entrada en París: Luis XVIII, vestido con casaca azul, llevando sobre su chaleco blanco el cordon de la órden de San Luis, con los cabellos empolvados y sombrero redondo, iba sentado en una carroza descubierta, donde su corpulencia y achaques le obligaban á permanecer inmóvil; su actitud era fria y severa, y á las aclamaciones lanzadas por la multitud, no contestaba ni con un gesto de benevolencia. Vefase á su izquierda á la duquesa de Angulema, grave y silenciosa como él, y como él sobrecogida de estupor al encontrarse en París, donde sus padres enrojecieron con su sangre el cadalso revolucionario y donde habia sufrido ella tan duro cautiverio. Entre los ginetes, el príncipe de Condé imitaba el continente austero, la mirada glacial y el aire indiferente del rey, pareciendo decir la familia real con su aspecto casi amenazador, que no sin mucho trabajo se lograría hacerles olvidar lo pasado. Recibidos en la barrera de San Dionisio con el ceremonial de costumbre, Fontanes, gran maestro de la universidad, sirvióse en su discurso de iguales expresiones á las que empleara al arengar á Napoleon; los principales funcionarios manifestaron igual impudencia, y Luis XVIII no se dignó siquiera contestar á aquel cúmulo de lisonjas oficiales. Luego que se vió en las Tullerías, no ocultó ya su idea fija de mantener los antiguos derechos de la monarquía por la gracia de Dios, sin dejar por ello de tomar la iniciativa de las reformas indispensables, y redactó una proclama en la que aseguraba haber *recobrado* aquellos derechos con el amor de su pueblo, y prometia atender cuanto antes á la situacion de sus provincias y de sus valientes ejércitos. «¡Franceses, estais oyendo á vuestro rey!» decia aquella proclama en la que el *nos* monárquico habia reemplazado al *yo* imperial. El primer acto de Luis XVIII probó querer abandonarse casi del todo la influencia del príncipe

de Talleyrand, que acababa de constituir así el nuevo gabinete: Ambray fué nombrado canceller y ministro de justicia; Talleyrand se reservó la cartera de negocios extranjeros; el abate Montesquiou fué ministro del interior; el general Dupont conservó la cartera de la guerra; el abate Louis la de hacienda, y el baron Malouet la de marina. Al mismo tiempo se nombraron tres directores generales: Ferrand, de correos; Berenger, de contribuciones indirectas, y Bengnot, de policía. El partido de los realistas puros, del cual era Blacas el jefe reconocido, no logró hacerse representar en el ministerio, sino por un solo ministro, el abate de Montesquiou, honrado pero ciego y obstinado auxiliar de la reaccion absolutista y religiosa; esto hizo que se creara para M. de Blacas un ministerio de palacio, que debia limitarse á ser una intendencia administrativa, pero que tomó, en circunstancias graves, cierta preponderancia política. El conde de Artois, que habia resignado en las manos del rey el título y cargo de teniente general del reino, fué nombrado coronel general de todos los guardias nacionales de Francia, lo que era ofrecerle ocasion para aumentar la popularidad que se creara por su modo de montar á caballo, por las sonrisas que sin cesar prodigaba, y por los rasgos de ingenio que se le atribuian. Su hijo, el duque de Angulema, mas valiente pero menos amable que él, no cautivaba con su aspecto, y desaparecia además ante la enérgica personalidad de la duquesa de Angulema, inflexible guardadora de las tradiciones de la familia de Borbon. El duque de Berry, hijo segundo del conde de Artois, poseia algunas cualidades de alma y de talento, que le daban una superioridad real sobre su hermano, y le hacian la esperanza de los realistas, destinado como estaba á formar una rama real, en cuanto el duque de Angulema no tenia ni debia tener sucesores directos. El príncipe de Condé y su hijo el duque de Borbon, lo mismo que el duque de Orleans, se sometian á pesar suyo á los principios de la legitimidad, y bajo una apariencia de respetuoso afecto, conservaban las antipatías y la desconfianza que acumulara la emigracion contra el ex-conde de Provenza. Iguales recelos abrigaban la mayor parte de los emigrados, y no se auguraba mejor de las secretas intenciones del rey que de su carácter y moralidad: temíase que se arrojase en los brazos de los revolu-

cionarios y de los ateos, de modo que la familia real no estuvo jamás unida sino de un modo ficticio y por política. El partido realista se dividió á su ejemplo en muchos campos hostiles uno á otro, si bien obraban de acuerdo para sostener el dogma de la legitimidad dinástica.

Rey, príncipes y nobles, todos volvían del destierro, agobiados de deudas y desprovistos de recursos, y preciso fué que el tesoro real socorriese tanta miseria; cada día aumentaba el número de los pretendientes en los salones de las Tullerías y en las antesalas de los ministerios. El antiguo régimen se mostraba en todas partes bajo la figura de un soldado del ejército de Condé, y los realistas de Coblenza se habian dado cita en París como para asaltar los empleos y repartirse los fondos del Estado. Los Borbones empero no se mostraron siempre agradecidos, alentados sin duda por el ejemplo de los ingratos que habian renegado tan pronto de su emperador, y además de no pagar todas sus deudas, solo reconocieron las que no podían absolutamente rechazar. Las promesas, que tan poco cuestan, eran la moneda corriente de que era menos avara la Restauracion, si bien es cierto que los empleados por el gobierno anterior se habian declarado tan obstinadamente realistas, que habria sido peligroso el destituirles en masa para sustituirles con realistas de mas antigua fecha. Esto no obstante, el abate Montesquieu no dejó de cambiar todos los prefectos del imperio, reemplazándoles con intendentes que no se habian mezclado en los asuntos públicos hacia un cuarto de siglo, y á su ejemplo, el general Dupont, que deseaba vengarse de su humillacion en tiempo del emperador y protestar así contra la vergüenza de su capitulacion de Bailen, destituyó á muchos oficiales distinguidos, y se complació en desorganizar el ejército, trastornando la obra de Napoleon. Tales hechos, empero, eran únicamente excepciones, pues se habia resuelto no modificar la administracion imperial, ni en los hombres ni en las cosas, lo que no impedia que la camarilla del antiguo régimen, llena de escarapelas blancas, confiase en que de un dia al otro un real decreto volveria á poner la Francia bajo el pié de 1789, haciendo desaparecer hasta los últimos restos de la revolucion.

(Luis XVIII se hallaba impaciente por gozar del libre ejercicio

del poder real, por ver desaparecer los extranjeros uniformes que encontraba á cada paso por las calles de París; avergonzábale al ver desde las ventanas de su palacio las hogueras que los prusianos y los rusos encendían de noche en los Campos Eliseos, y comprendía que un rey de Francia solo debe rodearse de soldados franceses. Al entrar en las Tullerías el día 5 de mayo, publicó un decreto prohibiendo acceder á las requisiciones hechas por los jefes de las tropas aliadas, y se apresuró á suspender la convención de París, que se negó á ratificar en todas sus cláusulas, sin lograr por ella trasformarla en un tratado honroso. En vano intentó defender los intereses del país harto sacrificados por su hermano; en vano expuso á los soberanos aliados la necesidad de no desprestigiar su corona con acto contrario al sentimiento nacional; solo pudo obtener concesiones sin importancia, hasta que por fin cansado de combatir, se resolvió en 30 de mayo á firmar el tratado definitivo á fin de librarse de la onerosa tutela de los aliados. La mayor parte de las condiciones impuestas á la Francia por la coalición europea debieron ser aceptadas, esto es: el desmembramiento de las provincias unidas al territorio francés, la pérdida de nuestras mas hermosas colonias en beneficio de la Inglaterra, el reconocimiento de todas las deudas de la administracion francesa en los países conquistados que la misma cesaba de ocupar, el abandono de la escuadra desde Texel hasta Holanda. La política de Europa quedaba como bosquejada en un artículo que prometía un aumento de territorio á la Holanda, colocada bajo la soberanía de la casa de Orange; la independencia y la union federativa á los estados de Alemania; el gobierno republicano á la Suiza; la formacion de varios estados soberanos á la Italia central, fuera de los límites del territorio devuelto al emperador de Austria; pero esta política debía desenvolverse y sentarse sobre sus naturales bases en un congreso que debían celebrar en Viena dentro de dos meses los plenipotenciarios de todas las potencias coaligadas. Un artículo secreto concedía una gratificación de un millon de francos á cada uno de los cuatro agentes de la coalición, á saber: lord Castlereagh y los condes de Metternich, Nesselrode y Hardemberg; la pobre Francia debía pagar tales gratificaciones, mas en cambio las potencias aliadas pagaron sin duda las recompensas que Talleyrand y

los demás negociadores franceses tanto habian merecido.

La carta constitucional que Luis XVIII se habia empeñado á redactar él mismo para someterla á una comision de exámen elegido en el senado y en el cuerpo legislativo, hallóse terminada al mismo tiempo que el tratado de París como para servirle de compensacion política. El cuerpo legislativo y parte del senado fueron convocados para recibir el depósito de aquella constitucion otorgada, y entonces empezó la depuracion del senado, no convocando á la sesion extraordinaria á los republicanos, á los regicidas, ni á los imperialistas incorregibles. La sesion se verificó el dia 4 de junio, en el palacio del cuerpo legislativo, con una solemnidad tomada en parte del ceremonial de la antigua monarquía: Luis XVIII, sentado y cubierto, pronunció con voz conmovida y afectuosa, un discurso bastante vago en el cual tuvo el buen gusto de no acusar el pasado elogiando el presente; abstúvose con prudencia de tratar del principio de la monarquía hereditaria; no se atrevió á calificar de *honroso* el tratado que la coalision europea acababa de arrancarle, como habian practicado sus heraldos al publicarlo por las calles de París, pero justificó el abandono de las conquistas de territorio diciendo: «La gloria de los ejércitos franceses queda sin mancha; los monumentos de su valor subsisten, y las obras maestras de las artes nos pertenecerán en adelante por derechos mas estables y sagrados que los de la victoria.» Evitó examinar la crítica situacion del país despues de tan dolorosas pruebas, y se limitó á dejar entrever para el porvenir un rayo de esperanza: «La calma en el exterior y la felicidad dentro de nuestras fronteras serán los felices resultados de la paz.» El canciller Dambray tomó luego la palabra, y fué mas explícito que el rey acerca de las intenciones del gobierno; no satisfecho con celebrar el *tan deseado beneficio de una paz honrosa*, calificó la carta de simple *decreto de reforma*, y declaró, sin turbarse por los murmullos de reprobacion que sus palabras suscitaron, que Luis XVIII en *plena posesion* de sus derechos hereditarios, queria ejercer la autoridad que Dios y sus antecesores le habian conferido, estableciendo él mismo los límites de su poder. En seguida de este exordio, leyó la carta que fué considerada por todos los hombres sinceros como una obra llena de reticencias y de contradicciones; las consideraciones prelimina-

res, colocadas al frente de los setenta y seis artículos que componen el acta constitucional, contrastaban por fortuna con el tono del discurso del canciller, pero bajo la apariencia liberal de la redacción atribuida al mismo Luis XVIII, descubriábase la inveterada obstinación del derecho divino y de las retrógradas tendencias hacia el antiguo régimen. El hermano de Luis XVI recordaba la fecha de su legítimo advenimiento en esta memorable frase que protestaba contra los hombres y las cosas de la revolución: «Al procurar unir la cadena de los tiempos, rota por funestos extravíos, hemos borrado de nuestra memoria, como quisiéramos borrarlos de la historia, todos los males que han affligido á la patria durante nuestra ausencia.» Respecto al artículo 14 que según la enérgica apreciación de Chateaubriand, debía algún día confinar la carta por completo, no se observaron en un principio las amenazas que para la libertad encerraba esa frase que no había sido deslizada en el artículo sin premeditación, y que sin embargo pasó desapercibida: «El rey hace los reglamentos y ordenanzas necesarios para la ejecución de las leyes y la seguridad del Estado.» Esto equivalía á decir que en una circunstancia dada, el rey, *jefe supremo del Estado*, podía por medio de un decreto suspender ó suprimir la carta pretextando la necesidad de atender á *la seguridad del Estado*. Fuerza es ahora confesarlo; aquella constitución otorgada, cuya duración y ejecución se hallaban subordinadas al capricho del rey, podía ser ventajosa ó funesta para el país, según la mayor ó menor honradez política que de ella se sirviera; así por ejemplo, reconocíase la libertad de cultos, pero declarándose la religión católica religión del Estado, tenía en caso necesario el derecho de perseguir las conciencias; concedíase la libertad de imprenta, mas para imprimir y publicar sus opiniones, los franceses tenían que conformarse con las leyes destinadas á prevenir y coartar los abusos de la misma libertad; el poder legislativo debía ejercerse colectivamente por el rey, la cámara de los pares y la cámara de los diputados; pero el rey se reservaba proponer, sancionar y promulgar la ley; la cámara de los pares ó el senado y la cámara de diputados quedaban constituidos, pero lo eran sobre bases arbitrarias y pecuniarias, sobre el dinero y el favor, en cuanto los senadores eran nombrados por el rey y los diputados

que debian pagar una contribucion directa de mil francos, eran elegidos por electores que habian de pagar trescientos francos: ningun ciudadano podia ser conducido ante otros jueces que los suyos naturales, pero merced al artículo 14 no se derogaba la jurisdiccion de los tribunales *prebostales*. En una palabra, todo en la carta podia prestarse á una doble interpretacion; todo se hallaba preparado así para el ataque como para la defensa, y hasta los artículos que no iban precedidos ó seguidos de un correctivo ó de un equívoco, no eran bastante fuertes para paralizar un extravío de la suprema voluntad del rey.

En la misma sesion se pronunció la disolucion del senado, y poco despues apareció el decreto que lo reconstituia en cámara de los pares; componíase la nueva cámara de ciento cincuenta y cuatro miembros vitalicios, entre los cuales habian sido admitidos noventa y un senadores y doce mariscales del Imperio; habia entre los demás: un arzobispo y dos obispos, antiguos pares eclesiásticos del parlamento de París; veinte y seis duques, antiguos pares del mismo parlamento, y once duques de antigua nobleza. El príncipe de Talleyrand, que movia los hilos de aquella trama monárquica, se contentó con formar parte de los pares de primera creacion, y dejó la vice-presidencia (pues la presidencia pertenecia al canceller) al anciano conde Barthélemy, ex-miembro del directorio ejecutivo; por favor especial del conde de Blacas, el marqués de Semonville, fué instituido gran refrendario de la cámara de los pares. El mismo dia de la union real, la cámara de los pares se reunió en el palacio del Luxemburgo, que le habia sido señalado como residencia, y la cámara de diputados, bajo la presidencia interina de Felix Faulcon, dió principio á la discusion de una contestacion al rey; la primera votó la suya con complaciente unanimidad, pero en la segunda, algunas voces independientes combatieron la carta, en su principio y en sus disposiciones, comparándola con el Manifiesto de Saint-Ouen. Durbach, diputado del Mosella, se preparaba á hacer desde la tribuna una enérgica protesta, pero sus colegas le disuadieron de leer su discurso, que sin embargo fué impreso, y puede considerarse como la iniciativa del partido liberal en el poder parlamentario. Durbach se atrevió á decir haber visto con profundo dolor que la monarquía inauguraba su reinado

faltando á su palabra y desoyendo la voz de la justicia, mas esto no impidió que la contestación al rey votada y presentada el día 6 de mayo, elevase á Luis XVIII al rango de los sábios cuyas instituciones labraron la felicidad de los pueblos, ni que proclamase que el virtuoso descendiente de san Luis y de Enrique IV habia formado «escuchando y armonizando todas las aspiraciones,» una carta constitucional que, «con la cooperacion de las voluntades todas, debia afianzar las bases del trono y de la libertad pública.» Así pues, ambas cámaras eran dóciles y silenciosos instrumentos en la mano del rey; la de los pares adoptó la carta tal como se la presentaron; la de diputados obtuvo un reconocimiento mas explícito de la libertad de cultos, gracias á la insistencia de Boissy-d'Anglas en la discusion preparatoria, y creyó haber salvado la libertad de imprenta subordinándola á las leyes que debian coartar y no prevenir sus abusos; mas el abate Montesquieu, ministro del interior, no renunció por ello al sistema preventivo que prometia hacer triunfar bajo otra forma. La carta, de la que se habia borrado la palabra *prevenir*, y en la cual se habian añadido dos ó tres palabras acerca de la libertad de cultos, fué votada sin exámen y sin debate contradictorio, y en 13 de junio recibió la cámara el complemento de su organizacion definitiva con el real decreto que nombraba su presidente Lainé, y sus dos cuestores, Maine de Biran y Calvet-Madaillan. Los secretarios fueron elegidos por la cámara en los mas puros matices de la opinion realista.

Esto no obstante el partido liberal se hallaba en germen en la asamblea; el abate Montesquieu desenvuelve en un proyecto de ley la palabra *prevenir* que no habia logrado introducir en la carta contra la libertad de imprenta, y en 5 de julio, da comunicacion de aquel proyecto de ley concebido y redactado á lo que se dice, por el célebre filósofo doctrinario Royer-Collard. Las tribunas públicas murmuran, la asamblea se conmueve, y Raynouard, relator del proyecto de ley, no vacila en rechazarlo, protestando lealmente contra la confusion que se intentaba establecer entre las dos palabras *prevenir* y *coartar*. La oposicion se levantaba aunque débil y tímida aun, y la discusion del proyecto de ley fué aplazada para el día 5 de agosto; á fin de prepararla el abate Montesquieu expuso en un largo discurso la situa-

cion de Francia, violenta diatriba contra el período revolucionario, glorificación de cuanto ha desaparecido en el orden político desde 1789. El ministro resucitó, exaltó aquel pasado, muerto de decrepitud mas bien que derribado por la fuerza de las cosas; pintó á la Francia extenuada, hambrienta, arruinada por la guerra, pero no habló de los progresos de la civilización, de las ciencias, de las artes y de la industria; nada dijo de las instituciones legislativas, administrativas y militares debidas al genio de Napoleón, y concluyó con un grito de odio y de desconfianza contra la prensa. (El día 6 de agosto abrióse con fanática violencia la discusión del proyecto de ley) once diputados, entre otros Fleury de l'Isère, Goulard, Thuault del Morbihan y Prunelé compararon á los escritores con los incendiarios y asesinos; asimilaron á los mas grandes crímenes los delitos ó abusos de la imprenta, y unos querían suprimir, otros suspender aquella libertad tan peligrosa para la sociedad. Despues de seis dias de lucha oratoria, en la cual no escasearon esfuerzos los diputados de la oposicion, (la ley de represion fué votada;) pero ochenta bolas negras que cayeron en la urna con ciento treinta y siete bolas blancas, probaron que el partido liberal habia ganado terreno. (La cámara de los pares no quiso permanecer silenciosa en presencia del proyecto de ley, y si los duques de antigua nobleza se unieron á algunos senadores á quienes el pasado servilismo imperial habia hecho hostiles ó indiferentes á la libertad de imprenta, esta fué defendida por los jurisconsultos y publicistas del antiguo senado,) Maleville, Boissy-d'Anglas, Lanjuinais, Destutt de Tracy etc., tomando lugar entre los oradores de la oposicion el mariscal Macdonald, que se habia adherido, no á la monarquía, sino al gobierno constitucional. La ley fué aprobada, empero, por una considerable mayoría, siendo ejecutoria el 21 de octubre, y tres dias despues del voto de las cámaras, quedaron nombrados los censores. Habia veinte censores reales con mil doscientos francos de sueldo, y veinte censores honorarios que gozaban sin duda de pensiones secretas. Ilustres sábios como Clavier, Cuatremère de Guiney y Silvestre de Sacy, eminentes literatos como Lemontey, Auger y Campanon, venerables legistas como Delvincourt, decano de la facultad de Jurisprudencia, Delacroix-Framville, prior del colegio de abogados, y Legrave-

rend, director de los asuntos criminales en la cancillería; en una palabra, los miembros mas apreciables del instituto, de la Universidad, de los tribunales y del clero aceptaron como un honor aquella mision de confianza que bajo el antiguo régimen habia sido la recompensa de prolongados servicios á las ciencias y á las letras; mas las ideas habian cambiado con las costumbres, y pocos años despues de la restauracion de la censura, cobróse una invencible repugnancia al nombre y á la cosa.

Segun la nueva ley, los escritos periódicos debian ser autorizados por el monarca, y sometidos al previo exámen de los censores, los impresores debian tener privilegio y prestar juramento, cualquiera impresion debia presentarse en la oficina señalada para este objeto; de modo que el gobierno concentraba en sus manos y en las de sus afiliados el poderoso instrumento de la publicidad política, quedando árbitro y único dueño del destino de los periódicos. La autoridad podia suspender la impresion ó publicacion de todo escrito que, segun su apreciacion, pudiese turbar la tranquilidad pública ó fuese calificado de libelo infamatorio; los libreros que vendian ó distribuian una obra sin el nombre de la imprenta, incurrian en una multa de dos mil francos, que era de tres mil para los impresores reos de igual delito, y que llegaba hasta seis mil y mas cuando el impreso indicaba un nombre falso. La ley solo exceptuaba de la censura los escritos de mas de veinte pliegos, es decir los tomos, y además cuatro categorías de obras ó de opúsculos, fuese cual fuere el número de pliegos de que se compusieran: 1.º los escritos en lenguas muertas ó extranjeras; 2.º las pastorales, los catecismos y los libros de devocion; 3.º las memorias judiciales firmadas por un abogado ó por un procurador; 4.º las memorias de las sociedades científicas ó literarias establecidas ó reconocidas por el rey. Bajo el régimen de semejante ley, la libertad de imprenta no existia ya de hecho, y la oposicion que habia intentado por un momento levantar la voz, quedó reducida al silencio pero no á la impotencia. El partido liberal á que habia dado origen la promesa de una carta constitucional, se habia formado y robustecido en las cámaras, y al mismo tiempo en las clases inferiores de ciudadanos, y á su sombra se cobijaban los partidarios del emperador, los descontentos que habian perdido su rango, título ó for-

tuna por el regreso de los Borbones, y cuantos temian perderlos viendo que los hombres de la antigua monarquía se esforzaban en reconstituirla en beneficio propio.

Las tendencias de aquellos hombres ciegos y obstinados no eran un secreto para nadie; antes de obrar, proclamaban en alta voz sus planes; pretendian reconstituir al trono sobre una sólida base restableciéndole sobre el altar, forjaban de nuevo las antiguas y enmohecidas armas de la monarquía absoluta, confiaban en el clero para adormecer el sentimiento nacional, no se dignaban siquiera considerar como un obstáculo la existencia de la constitucion, y el primer golpe que pretendian descargar contra ella debía ser la restitucion de los bienes á los emigrados. De aquí nació una sorda inquietud en las aldeas y una progresiva irritacion en las ciudades; no se sentia ya la humillante opresion de los ejércitos extranjeros que regresaban lentamente á sus países, y la Francia libre de la ocupacion militar de los aliados, se veia encadenada bajo el yugo de una faccion que la trataba como una provincia conquistada. La Italia, el Piamonte y la España restablecian tambien el absolutismo, y con una bula de 7 de agosto, Pío VII, á petición del emperador de Rusia y de Fernando, rey de las dos Sicilias, restableció la orden de los jesuitas, declarando ceder á las repetidas súplicas de los obispos y á los unánimes deseos del mundo católico.

Desde entonces el partido liberal se reclutó entre los volterrianos ó filósofos, y mientras el gobierno restablecia en todo su rigor las prácticas del catolicismo, mientras mandaba la estricta observancia del domingo, mientras se pensaba en abrir otra vez las puertas de Francia á las órdenes regulares, y en devolverles sus conventos, las miradas y esperanzas de los descontentos se fijaron en la isla de Elba, donde los ecos de Francia llevaban el mágico grito de *viva el emperador!* reprimido pero no ahogado en la conciencia pública. Napoleon habia comprendido que la monarquía de Luis XVIII solo descansaba en movediza arena, y esperaba el dia que no consideraba lejano de reconquistar el imperio.

Los Borbones, obcecados por la adulacion, se creian tan dueños del porvenir como del presente, y continuaban con ceguedad su obra de restauracion monárquica y religiosa que el príncipe de Talleyrand habia intentado en vano contener dentro de los lí-

mites de la legalidad y del derecho constitucional. El baron Louis, hechura de Talleyrand, obtuvo el permiso de aplicar sus sistemas de hacienda, mas ingeniosos en la teoría que fecundos en la práctica, y al presentar el presupuesto de 1814 y el de 1815 desenvolvió sus mezquinas é improductivas ideas de amortización. La deuda pública que ofrecia en 1.º de abril de 1814 un total aparente de mil trescientos ocho millones, solo ascendia en realidad á setecientos cincuenta y nueve millones exigibles, y para disminuirla anualmente, imaginó el medio de aumentar las contribuciones, ignorando, ó por mejor decir no comprendiendo, que la deuda pública, que descansa en la confianza y en el crédito, es como una garantía de la prosperidad general, y que su peso, por grande que sea, no se deja sentir sino en las crisis políticas. El baron Louis invocó el ejemplo de la Inglaterra, la primera en dejar crecer su deuda, renunciando á la ruinosa quimera de la amortización; pero esto no impidió que fuesen muy celebradas las doctrinas del ministro de hacienda, sin que hubiera ni una voz que proclamase su jactanciosa inutilidad. El presupuesto de 1814, fijado en la suma de ochocientos veinte y siete millones cuatrocientos quince mil francos, presentaba un déficit de trescientos setemillones cuatrocientos quince mil francos; mas en el de 1815 empezaba á restablecerse el equilibrio entre los ingresos y los gastos, pues estos habian sufrido una notable disminucion en el ramo de la guerra, y habian aquellos aumentado á consecuencia de la paz. El presupuesto de 1815 se fijó pues en quinientos cuarenta y siete millones setecientos mil francos; el excedente de ingresos, setenta millones trescientos mil francos, debia emplearse en el pago de los atrasos, reuniéndose á la deuda pública la suma que faltase cubrir, á cuyo aumento de capital se hacia frente por medio de la amortización, enajenando trescientas mil *hectareas* de bosques del Estado, y creando títulos de renta del cinco por ciento consolidado, pagaderos en el espacio de tres años, y ganando un interés de ocho por ciento. Las medidas rentísticas del baron Louis causaron tanta mayor satisfaccion cuanto que se habia temido una bancarrota en presencia de un déficit que se creia imposible de llenar, y los acreedores del Estado se juzgaron muy afortunados de percibir sus rentas, sin causarles gran zozobra las fluctuaciones de la renta. El juego de la bolsa no era

todavía el cancer devorador del país, y los agiotistas formaban una raza aparte poco numerosa y casi secreta. Durante la mayor prosperidad del Imperio, el precio de la renta no había excedido de ochenta francos.

La lista civil y la familia real debían absorber treinta y tres millones del presupuesto que el baron Louis se envanecía de haber sometido á tan severas economías. Luego que el presupuesto hubo sido votado por ambas cámaras, presentóseles la ley sobre la lista civil que fué también votado por aclamación; señalábase al rey veinte y cinco millones, y ocho á su familia, comprendiéndose además en la dotación de la corona el Louvre y las Tullerías con sus dependencias; los palacios, edificios, tierras, prados, granjas y bosques de los territorios de Versalles, Marly, Saint-Cloud, Meudon, Saint-Germain-en-Laye, Rambouillet, Compiègne, Fontainebleau, Pau, Burdeos, Strasburgo, etc.; los diamantes, perlas, pedrerías, cuadros, estatuas, bibliotecas y otros monumentos artísticos existentes en el palacio real, en el guardajoyas y en los museos de la corona. Las fábricas de Sevres, de los Gobelinos, de la Jabonería y de Beauvais se hallaron comprendidas en la lista civil, y todos esos bienes declarados inajenables é imprescriptibles, quedaron exentos de contribuciones públicas. No contentos aun, los Borbones abrieron otro *libro rojo* para inscribir en él los nombres de sus pensionarios y favoritos, y el diputado Fornier de Saint-Lary aprovechó la ocasión para solicitar de los ministros que se *pidiese humildemente* al rey la comunicación á la cámara de las deudas que podía haber contraído durante su permanencia en el extranjero. La cámara aprobó la proposición, y desde aquel día quedó á cargo de la nación el pago de los treinta millones declarados por Luis XVIII. La emigración no se consideraba aun recompensada, y el día 13 de diciembre presentó el ministro un proyecto de ley sobre los bienes de los emigrados; en él no se atacaban abiertamente los derechos adquiridos antes de la publicación de la Carta, y decía sustancialmente que los bienes inmuebles no vendidos y formando parte todavía de la propiedad del Estado, serían restituidos á sus antiguos poseedores ó á sus herederos. Es cierto que no era aquello una restitución completa, pero la palabra estaba en la ley, y solo faltaba darle toda su rigurosa aplicación; y si seme-

jante proyecto sembró la inquietud en el país y resucitó la hidra de los bienes nacionales, la exposicion que leyó en la tribuna el ministro de Estado, Ferrand, fué como una siniestra revelacion de los planes de la monarquía. El ministro dijo que los emigrados habian obrado como *buenos y leales franceses* al abandonar su patria; excusó al rey por haber penetrado con extrema prudencia en aquella vía de *rigida y absoluta equidad*, en la que se entreveía por fin la *posibilidad de hacer bien* despues de tantos males, y confesó que una ley subordinada á las circunstancias mas que á los *principios*, no podia satisfacer la benéfica justicia del monarca que hubiera querido *abandonarse á una justa prodigalidad*. Tan singular discurso, cuya idea habia inspirado Luis XVIII, y cuya expresion habia aprobado, justificó los rece- los que despertara la marcha del gobierno.

Las palabras de Ferrand encontraron complacientes y laudatorios ecos en la mayor parte de los periódicos monárquicos; el objeto no era otro que preparar los ánimos para una restitucion general de los bienes nacionales, que experimentaron al momento una considerable baja. El *Diario de los Debates*, órgano oficial de las Tullerías, formuló el siguiente axioma que la prensa realista en masa se apresuró á comentar en perjuicio de los detentores de aquellos bienes: «No hay poder humano que pueda legitimar lo que es ilegítimo.» Estas odiosas polémicas no podian menos de producir sus frutos, y bastaron seis meses para preparar una reaccion imperialista; los habitantes de los campos que maldijeran á Napoleon durante sus prolongadas guerras, odiaban mas aun á Luis XVIII y á su corte de emigrados al verse amenazados en sus propiedades. Desde entonces aviváronse en todas partes los recuerdos del imperio; los retratos de Napoleon reaparecieron en las ferias y mercados, en las chozas y en los talleres, y si bien no podia preverse como y cuando se modificaria aquel estado de cosas, tan contrario al sentimiento nacional, era seguro que no podia durar mucho tiempo.

El partido liberal, muy distinto del partido napoleónico, apoyaba á este sin embargo y le daba el ejemplo de la resistencia; el diputado Bedach, miembro de la comision que entendia en la ley sobre los bienes de los emigrados, fué en 17 de octubre el intérprete de la opinion constitucional: reconoció y rindió ho-

203
Afectado

menaje á las intenciones del rey y á su sabiduría, no acusó abiertamente la desercion de los emigrados al llegar el dia del peligro; pero manifestó que los ciudadanos que derramaran su sangre en servicio de su país, y que se habian impuesto por él toda clase de sacrificios, no podian ser comparados sin injusticia y escándalo á los héroes de la emigracion; invocó el olvido de lo pasado y la reconciliacion de todos los franceses, y concluyó reconviniendo á Ferrand por haber comprometido al rey con aquella funesta exposicion, en la que habia sustituido la aspereza de sus sentimientos personales á los sentimientos de Luis XVIII. Ferrand, empero, no aceptó ese cargo, y creyendo á la monarquía bastante fuerte para hacerla responsable de sus actos y tendencias, mantuvo los términos de su discurso, dijo haber sido en él un mero eco de Luis XVIII, y manifestó que la intencion formal de S. M. era devolver á la nobleza y al clero los bienes de que se les habia despojado. Esta fatal discusion, que la polémica de algunos periódicos hizo mas y mas funesta, acabó de alarmar á los propietarios de bienes nacionales, es decir á la mayoría de pequeños cultivadores; en vano intentaron algunos oradores desconcertar la política de los ultra realistas, y en vano tambien pronunció Dumolard, uno de los jefes de la oposicion liberal, estas memorables palabras: «Pretender, despues de tantas revoluciones, restablecer lo que fué y destruir lo que es, equivale á intentar lo imposible para lograr únicamente nuevas convulsiones.» Seguro de antemano el ministerio de la adopcion de la ley, se negó á ceder en los motivos en que la apoyaba, y la oposicion solo obtuvo que la palabra *restituir*, que lastimaba ciertas susceptibilidades, fuese reemplazada por la de *devober*, que parece expresar una entrega amistosa y no obligatoria, un sentimiento de equidad mas que un acto de justicia. Ciento sesenta y ocho votantes entre ciento noventa y dos opinaron por la adopcion de la ley, la cual no encontró oposicion alguna en la cámara de los pares.

El mariscal Soult, jefe de la décima tercera division militar, que debia expiar ante la restauracion su victoria de Tolosa, no vaciló en constituirse en agente oficial de la Vendée realista, y en tomar bajo sus auspicios el proyecto del monumento de Quiberon. El mariscal propuso y abrió una suscripcion para ele-

var un monumento á la memoria de los emigrados muertos en Quiberon, y él mismo redactó el programa de aquella fundacion religiosa y perpétua en honor de los defensores del trono y del altar. No satisfecho aun, dirigió una proclama á los bretones y á los vendeanos excitándoles á sostener con él la bandera de las lises, y á mostrarse fieles á la divisa de *rey y honor*, y doce dias despues de la insercion de aquel documento en el *Monitor*, esto es en 3 de diciembre, recibió en premio el nombramiento de ministro de la guerra en reemplazo del general Dupont. Nombróse tambien un nuevo ministro de marina, sucediendo el conde Beugnot al bárón Malouet que acababa de morir.

En tanto el congreso de Viena, que debia modificar el mapa de Europa y sentar sobre sólidas bases la paz de los pueblos, habia abierto sus sesiones el dia 3 de noviembre; la Francia nada útil y ventajoso para ella debia esperar de aquel congreso de sus enemigos, pero estos habian querido hacerla espectadora de la reparticion de los estados europeos que acababa de perder, perdiendo á su emperador, y fué representada en Viena por el autor de los despojos y de la humillacion que sufriera en París, por el príncipe de Talleyrand, el cual iba acompañado de Labesnardiere, el sábio diplomático que habia intervenido en las mas felices negociaciones de Napoleon. Luis XVIII, que no se fiaba del todo en la reciente fidelidad de su enviado, hizole vigilar por tres realistas experimentados, Dalberg, La Tour-du-Pin y Alejo de Noailles. Abierto el congreso con asistencia de los embajadores de todos los estados secundarios de Europa, no tardó en descubrirse el verdadero objeto de la coalicion europea contra el emperador: la Rusia queria la Polonia, el Austria la Italia superior, la Prusia la Sajonia, y la Inglaterra los Países Bajos y la Holanda. La Francia que nada podia esperar en aquella distribucion de almas (despues de prolongadas discusiones, se habia decidido que los países se dividirian por almas y no por territorios), no permaneció sin embargo inactiva en las conferencias del congreso; Labesnardiere, que parecia inspirado por la política del emperador, logró que obrase en el mismo sentido el príncipe de Benevento, y que la Inglaterra y el Austria, separadas de la Rusia y de la Prusia, firmasen con la Francia un tratado particular para oponerse al engrandecimiento de las dos potencias. De este

modo se halló paralizada la obra del congreso de Viena; pero después de aquel tratado en que lord Castlereagh y el príncipe de Metternich habían consentido por temor de ver á la Rusia y á la Prusia tomar demasiada preponderancia en los asuntos de la Europa Central, Talleyrand intentó en vano hacer triunfar el principio de la legitimidad monárquica de derecho divino: pidió al Austria y á la Inglaterra que restablecieran en el trono de Nápoles á Fernando rey de las Dos Sicilias, reuniendo sus armas con las de Francia para expulsar á Murat como usurpador; pero la Inglaterra y el Austria que habían garantido á Murat su soberanía y su corona cuando este abandonó la causa de Napoleon, se negaron á tomar partido por los Borbones de las Dos Sicilias, y se mostraron resueltos á impedir las hostilidades entre la Francia y Murat. Este, del cual puede suponerse que se hallaba en inteligencia con el prisionero de la isla de Elba, había manifestado intencion de atacar á Luis XVIII en su propio reino al frente de treinta mil hombres, y Luis XVIII por su parte no se hallaba lejos de enviar un ejército francés á Nápoles para restaurar á Fernando; mas el Austria que deseaba impedir un conflicto capaz de encender otra vez la guerra general, manifestó en París lo mismo que en Nápoles que no permitiría que pasara los Alpes un soldado francés ó napolitano.

Talleyrand esperaba vencer los escrúpulos del Austria erigiéndose en constante defensor de la legitimidad de los reyes, dogma fundamental que aspiraban dar por apoyo al gobierno constitucional de la Francia los escritores de la Restauracion. Existia una íntima solidaridad entre la autoridad religiosa y el poder político, el cual había creído afianzarse reuniendo su principio y su sistema en estas dos palabras *Dios y el rey*. (El vizconde de Chateaubriand, considerado como el oráculo de la monarquía, acababa de proclamar en estos términos su opinion que nadie pensaba en contradecir: «El rey es fuerte, muy fuerte; no hay poder humano que pueda hoy conmover su trono.») El partido del condé de Artois continuaba persiguiendo á la revolución de 1789 en sus actos y en sus autores; los detentores de bienes nacionales, los regicidas, nombre que se daba á los convencionales que votaron la muerte de Luis XVI, eran anatematizados desde los pulpitos y las redacciones de los periódicos realistas;)

instituyóse la ceremonia expiatoria del 21 de enero, y así en París como en las provincias, habia en la poblacion un descontento general, una ansiedad creciente. El viaje oficial que durante los últimos meses de 1814 hizo el conde de Artois á los departamentos del Mediodía, fué, merced á la diligencia de sus partidarios, una ovacion continua que excitó, á lo que se asegura, los celos y aun la desconfianza de su hermano; (el antagonismo estuvo próximo á reanimarse entre ellos como en la época de los estados generales de 1789, y todo el entusiasmo, todo el estrépito de los triunfantes realistas, sofocaba apenas los murmullos de la nacion que se veía otra vez bajo el yugo de la aristocracia.

Napoleon oía esos murmullos desde su destierro de la isla de Elba, y así sus miradas como su corazón no cesaban de dirigirse hácia la Francia; en la reducida isla donde le habia relegado la coalicion de la Europa, dejaba al gobierno de los Borbones que se destruyera á sí mismo con sus actos impolíticos y sus tendencias anti-nacionales, y veía con gozo en los periódicos ultra realistas los progresos de aquella reaccion impaciente que atacaba sin cesar un pasado glorioso. Solo en Porto-Ferrajo, visitado de cuando en cuando por algunos franceses y extranjeros á quienes la admiración llevara hasta aquel punto, iba siguiendo con ansiedad el movimiento que se verificaba en Francia. «He venido sin inteligencias, sin acuerdo previo, sin preparacion alguna, teniendo en la mano los diarios de París y los discursos de M. Ferrand.» Sabia únicamente los deseos y las esperanzas de la mayor parte de la poblacion; sabia que muchos de sus oficiales y compañeros de armas solo pedian derramar por él su sangre; esta fué la única conspiracion de su genio. Cuatro generales, Lefebvre-Desnouettes, Erlon y los dos hermanos Lallemand se habian reunido á fines de enero, para tratar de los medios de restablecer al emperador, no sin que sus planes llegaran á noticia de Maret, duque de Bassano; bajo pretéxto de francmasonería habia en el ejército varias sociedades secretas que conspiraban en pro de Napoleon, pero todo ello era todavia vago, confuso, desordenado. La policia, que sentia crecer sordamente una especie de conmocion napoleónica, buscaba en vano su origen y sus propagadores; pero como algunos folletos, algunas canciones, algunos epigramas, algunas caricaturas, no podian derrocar se-

guramente á la monarquía de 1814, en el pabellon Marsan, residencia del partido dominante, solo se ocupaban en reorganizar por completo las instituciones del antiguo régimen; el ministerio, á quien las oficiosas advertencias de Fouché habian encontrado sordo y ciego, se creia dueño de la situacion hasta tal punto, que en una circular dirigida á los prefectos á fines de enero, el abate de Montesquiou solo les encargaba velar por la observancia de las prácticas y deberes religiosos, místicas ideas que no impedian sin embargo al ministerio el abrigar belicoso encono contra el reino de Nápoles, que los Borbones querian devolver á Fernando y arrebatár á Murat: tres cuerpos de ejército reunidos en Provenza, en el Franco Condado y en los alrededores de Lyon solo esperaban el permiso del Austria para pasar los Alpes y destronar al rey de Nápoles, y mientras los periódicos del gobierno continuaban en todos los tonos un concierto de injurias contra el imperio, (el telégrafo anunció en 5 de marzo que el emperador se hallaba en Francia.)

Napoleon habia realizado el plan mas audaz é imprevisto; despues de burlar al comisario inglés, el coronel Campbell, á fuerza de resignacion, aprovechó su ausencia para abandonar la isla de Elba el 25 de febrero á las ocho de la mañana. Desde mucho tiempo tenia hechos sus preparativos, y embarcóse en el *Inconstante*, bergantin de veinte y seis cañones, con Bertrand, Cambronne, Drouot y cuatrocientos granaderos de su guardia veterana: doscientos cazadores corsos y cien polacos de caballería ligera, estaban distribuidos en seis pequeñas embarcaciones que navegaban de conserva con el bergantin. Aquel puñado de *valientes* como les llama la primera proclama del emperador, ignoraba todavia el objeto de la expedicion; mas al encontrarse en alta mar, Napoleon, en pié junto al palo mayor, dijo con voz fuerte y solemne: «Granaderos, nos dirigimos á Francia, nos dirigimos á París!» contestando á sus palabras un inmenso grito de alegría. La travesía fué penosa y no estuvo exenta de peligros; avistáronse varios buques franceses y extranjeros que se alejaron sin detener la marcha de la sospechosa escuadrilla; un navío francés quiso saber la procedencia del *Inconstante*, y al decirle que venia de la isla de Elba, preguntó: «Cómo está el emperador?»—Muy bien!» contestó el mismo Napoleon, decidido á

luchar en caso de que el navío quisiese cerrarles el camino. Sin embargo, no sucedió así, y aquel encuentro no tuvo consecuencia alguna. Napoleón, rodeado de sus granaderos que participaban ya de su confianza, dictóles una proclama al pueblo y al ejército explicando los motivos y el objeto de su regreso á Francia; aquellas quinientas copias decían así: «Franceses, en mi destierro he oído vuestras quejas y vuestros clamores; queriais el gobierno de vuestra eleccion, el único legítimo... y llego entre vosotros para recobrar mis derechos que son tambien los vuestros... Soldados! acudid bajo las banderas de vuestro jefe; la victoria marchará á paso de carga, y el águila con los colores nacionales, volará de campanario en campanario hasta las torres de Nuestra Señoral... Honor á esos valientes soldados, gloria de la patria, y eterno oprobio para los franceses criminales, en cualquier rango que la fortuna les haya colocado, que pelearon con el extranjero por espacio de veinte y cinco años para desgarrar el seno de la patria!» El emperador desembarcó en el golfo Juan, cerca de Canas, el día 1.º de marzo, á las cinco de la tarde, y estableció su primer campamento en un olivar: «Buen presagio!» dijo, y al día siguiente se puso en marcha al frente de su reducido ejército, que hacia jornadas de quince á veinte leguas pasando por Grasse, Digne, Suteron y Gap. Las poblaciones se precipitaban á su paso y saludaban su regreso con entusiasmo; pero una division de seis mil hombres llegaba de Grenoble á marchas forzadas y debía alcanzarle en breve. Léjos de huir ó retroceder, salió al encuentro del primer cuerpo de la division, y echando pié á tierra, y seguido de su guardia que continuaba con el arma al brazo, dirigióse á un batallon del quinto de línea: «Cómo, amigos míos, exclamó, acaso no me reconocéis? Soy vuestro emperador, y por sí se halla entre vosotros un soldado que quiera dar muerte á su general, aquí está mi pecho.» Conmovero el batallon por tales palabras, gritó: Viva el emperador! los jóvenes soldados de línea y los veteranos granaderos de la guardia se abrazaron llorando; pisotearon las escarapelas y la bandera blanca, y marcharon hácia Grenoble. El ejército del emperador aumentaba sensiblemente; el coronel de La Bedoyere abandonó Grenoble con su regimiento, y se puso á las órdenes de Napoleón, el cual, llegado sin disparar un tiro bajo los muros de

Grenoble, halló ardientes auxiliares en los habitantes de la ciudad, donde encontró un inmenso material de guerra. Luego de su entrada en Grenoble, verificada en medio de trasportes de entusiasmo, Napoleon, en sus discursos, en sus proclamas y en sus decretos, anuncia su intento de cambiar de sistema al subir otra vez al trono, y de hacer á la Francia libre, feliz é independiente reconociendo los derechos del pueblo: «Quiero ser, dijo, mas que su soberano, el primero y el mejor de sus ciudadanos,» y estas declaraciones que no cesa de repetir, le granjean tantos partidarios como el recuerdo de su glorioso reinado: no trata de continuar el imperio, sino de dar una organizacion mas robusta y popular al gobierno constitucional.

En tanto ningun cuidado inspiraba en las Tullerías la *insensata empresa de Bonaparte* y de su *banda*: la increíble noticia del desembarco del emperador habia sido acogida con una sonrisa de piedad, y no se habria tomado medida alguna de defensa, á no presentir Luis XVIII las graves consecuencias de semejante suceso. La agitación que se manifestó en París al saberlo probaba bastante su importancia; desde el primer momento se pronunciaron vivamente los partidos políticos: los realistas se encogia de hombros, y veian en aquella loca tentativa la ocasion de acabar con el emperador, al paso que los liberales ó constitucionales se alarmaban por el peligro que á la carta y á la libertad amenazaba en caso de que lograrse dominar el despotismo imperial bajo la influencia de la gloria militar. Los periódicos insertaban falsas correspondencias representando á Bonaparte en la situacion mas crítica y ridícula; un real decreto de 6 de marzo, convocó inmediatamente las cámaras legislativas; otro decreto del mismo dia declaró á Napoleon Bonaparte traidor y rebelde, y el conde de Artois partió para Lyon donde debian reunirse con él el duque de Orleans y el mariscal Macdonald para tomar el mando del ejército. El Emperador habia hecho bien al confiar en sus soldados mas que en sus generales, pues estos que se encontraban todos en ejercicio, se atrevieron á desnudar la espada contra su Emperador, y á injuriarle en sus proclamas; el mariscal Soult declaró que su antiguo soberano se habia convertido de usurpador en aventurero, cuyo solo nombre llenaba de espanto á las familias; el mariscal Victor, al anunciar el nue-

vo atentado, el nuevo crimen de Bonaparte, excitó á los buenos franceses á combatir al hombre que habia tiranizado, asolado y vendido la Francia por espacio de doce años; el mariscal Ney, el *valiente entre los valientes*, participó tambien del vértigo de sus compañeros, y no contento con aceptar un mando bajo la *bandera de las lises* que Soult acababa de desplegar, prometió á Luis XVIII traerle á Bonaparte encerrado en una jaula de hierro. La famosa proclama del mariscal Soult no pareció todavía suficiente prenda de su fidelidad, y en 11 de marzo la cartera de la guerra pasó á las incapaces manos del duque de Feltre.

Napoleon solo habia permanecido en Grenoble el tiempo necesario para hacer levantar en masa los departamentos inmediatos en los que reorganizó la guardia nacional; fechó en aquella ciudad su primer decreto imperial, y despues de una revista en la que reinó el entusiasmo de los mas gloriosos dias de su reinado, púsose al frente de sus tropas para marchar á Lyon. El conde de Artois, el duque de Orleans, y el mariscal Macdonald eran los encargados de atajar la marcha triunfal de Bonaparte; pero sus tropas empezaban á agitarse al grito de ¡viva el Emperador! y los príncipes que temian ser dados en rehenes no esperaron la llegada de Napoleon, á cuyo encuentro habia marchado la juventud lionesa acompañándole hasta la ciudad. Macdonald intentó cerrarle las puertas, mas su division se negó á obedecer sus órdenes, y el emperador entró en la ciudad en medio de unánimes aclamaciones el 10 de marzo á las cinco de la tarde. Tres dias permaneció en Lyon para promulgar varios decretos que debian precederle á París, y servir de base por decirlo así al trono que intentaba restablecer; en ellos disolvía las cámaras y convocaba los colegioselectorales á una asamblea extraordinaria del Campo de Mayo, que debia reunirse en París el dia 1.º de mayo próximo para *corregir y modificar* la constitucion de la Francia, segun el interés y la voluntad de la nacion, y para asistir á la consagracion de la emperatriz y del rey de Roma; expulsaba á los emigrados que habian vuelto á Francia, sin autorizacion desde el 1.º de enero de 1814, y secuestraba sus bienes; abolia la nobleza y suprimia los títulos feudales; restituía á la Legion de honor, á los hospicios, á las municipalidades etc. las propiedades nacionales de que se les habia privado para de-

volverlas á los emigrados; destituía á los generales y oficiales de tierra y de mar introducidos en el ejército desde 1.º de abril de 1814; restablecía en sus funciones á los miembros del cuerpo judicial; licenciaba á los suizos y á la real servidumbre, secuestraba los bienes de la familia de los Borbones, y anulaba las órdenes militares de San Luis, del Espíritu Santo y de San Miguel; en una palabra, borró de una plumada los once meses de la Restauracion. Las causas del decreto relativo á la asamblea del Campo de Mayo encerraban todas las quejas que la opinion pública aducía contra el gobierno real, y cuya responsabilidad hacia pesar el emperador sobre la cámara de los pares y el cuerpo legislativo, igualmente indignos á sus ojos de la confianza de la nacion; acusábales de haber dado á Luis XVIII el título de *rey legítimo*, «lo que equivalía á declarar rebeldes al pueblo francés y á sus ejércitos, y proclamar buenos franceses á los emigrados que desgarraron durante veinte y cinco años el seno de la patria, y que violaron todos los derechos del pueblo, consagrando el principio de que la nacion era hecha para el trono y no el trono para la nacion.» Tales palabras en boca de Napoleon prometian un hombre nuevo, y contribuyeron á tranquilizar el partido liberal que temia el restablecimiento del imperio con su dictadura y sus arbitrariedades. Mientras el emperador permaneció en Lyon no cesó de hablar en igual sentido: «No os otorgaré, como Luis XVIII, una carta revocable, decia á la municipalidad de Lyon; quiero daros una constitucion inviolable que será obra del pueblo y mia.»

El secreto de tan grandes acontecimientos fué muy bien guardado en las Tullerías, donde se hacian los preparativos necesarios para la sesion real del 16 de marzo: los pares y los diputados llenaban el recinto de la cámara, inquietos y silenciosos; las tribunas estaban ocupadas por los mas fieles realistas. El rey, acompañado de los principales oficiales de su servidumbre y de los grandes dignatarios del reino, se dirigió con gran pompa al palacio del cuerpo legislativo, y al presentarse en el salon fué acogido con prolongadas aclamaciones. Rodeábanle todos los príncipes y entre ellos el conde de Artois, recién llegado de Lyon, y solo faltaban á la ceremonia el duque y la duquesa de Angulema, que recorrían entonces las ciudades del Mediodía.

Luis XVIII sentado bajo dosel y cubierto, recorrió la asamblea con una mirada tranquila é imponente, y leyó con voz firme un discurso expresando sus sentimientos é intenciones; anunció que las potencias extranjeras acudirían en su auxilio contra el *enemigo público* que intentaba esclavizar otra vez la patria bajo su yugo de hierro y destruir el pacto constitucional: «Reunámonos todos á su alrededor exclamó, sea nuestro sagrado estandarte!» Entusiasmada la asamblea por su discurso y por la noble actitud del real orador, levantóse en masa á los gritos de ¡viva el rey!, y el conde de Artois, en su nombre y en el de su familia, pronunció con el brazo extendido el siguiente juramento: «Juramos por nuestro honor vivir y morir fieles á nuestro rey y á la Carta constitucional que asegura la felicidad de los franceses.» Los príncipes extendieron la mano y repitieron á la vez: «¡Lo juramos!» y mientras los circunstantes se asociaban á aquel juramento, el rey abrió los brazos á su hermano quien se precipitó en ellos presa de gran conmocion: todos se abrazaban, el entusiasmo brillaba en todas las frentes. En la siguiente sesión, la cámara, á propuesta del diputado Delhorme, confió el depósito de la Carta y de las libertades públicas á la fidelidad y al valor de los guardias nacionales y de los ciudadanos todos; el partido liberal, y Benjamin Constant, su mas poderoso jefe, protestó contra el restablecimiento del régimen imperial dirigiendo á Luis XVIII las siguientes palabras: «Un año de vuestro reinado no ha hecho derramar tantas lágrimas como un solo día del reinado de Bonaparte.» Esta oposicion de parte de los liberales fué causa sin duda de un cambio inmediato en las intenciones del emperador; y en efecto, formábase una coalicion contra Napoleon en la cámara de diputados, donde Juan Andrés Barrat propuso declarar que «no podia sostenerse en Francia gobierno alguno, sino siguiendo exactamente la línea de los principios constitucionales desconocidos y violados todos por Bonaparte, con menosprecio de los mas sagrados juramentos.»

«A cada momento se recibía en las Tullerías la noticia de una defeccion militar: aquí los jefes arrastraban á sus soldados, allí eran los soldados quienes arrastraban á sus jefes; no habia ciudad que no se apresurase á llamar, á abrir sus puertas al emperador, quien se adelantaba á grandes pasos hácia la capital. El

13 pernoctó en Macon, el 14 en Chalons, el 15 en Autun, el 16 en Avallon, y allí supo la sumision del mariscal Ney el cual dirigió á sus tropas una proclama que empieza con las siguientes palabras: «La causa de los Borbones está perdida para siempre.» Dos días despues el mariscal se reunió con el emperador en Auxerre, al mismo tiempo que Luis XVIII dirigia una última é inútil proclama al ejército, que se habia pasado casi por completo á la bandera tricolor: suplicaba á los oficiales y soldados desertores que abjurasen su error, y se arrojasen en brazos de su padre, pero en vano. Los ex-emigrados, los realistas puros y los mas comprometidos se apresuraban á salir de París; era aquello una fuga general, y si bien Luis XVIII fingió intenciones de permanecer en las Tullerías para esperar en su trono á su temible competidor, únicamente vacilaba acerca del camino que habia de tomar. Los ministros que le habian perdido, Dambrey y Ferland, opinaban por dar de nuevo principio á la emigracion; mas Luis XVIII comprendió que no se vuelve dos veces por semejante puerta, y el 19 de marzo á media noche tomó el camino en secreto de Lilla; su partida, empero, no pudo ocultarse para que á las primeras horas de la mañana no dedujese de ella la poblacion de París la próxima llegada del emperador. El día 20 pasó entre la agitacion y la ansiedad; los caminos del norte y del oeste se hallaban atestados de carruajes; todos los que habian tomado parte en la obra de la revolucion huian ó se ocultaban, y á las nueve de la noche, Napoleon, que se encontraba en Fontainebleau desde las cuatro de la mañana, tomó otra vez posesion de las Tullerías.)

(Desde aquel momento continuó el imperio como si no hubiese sido interrumpido casi por espacio de un año; el emperador volvió á ser lo que antes era, esto es, dueño absoluto de todos y de todo.) Napoleon reconoce á sus antiguos compañeros de armas, y no les pide cuenta de lo que han podido hacer desde el 31 de marzo de 1814; parece haber olvidado las traiciones, las debilidades, los errores que le perdieron, y solo se acuerda de algunos hombres á quienes considera como sus implacables enemigos, entre otros Talleyrand y Marmont. Despues de la recepción nocturna, en la que reaparecieron la mayor parte de los generales, de los magistrados y cortesanos

que pocos días antes se agrupaban en las Tullerías, el emperador, á quien no habian rendido las fatigas y emociones de su maravilloso viaje de Canas á París, se retira con sus consejeros y pasa toda la noche en reorganizar su gobierno. El día siguiente tuvo la Francia un ministerio en el cual se hallaba personificado el sistema imperial por los nombres que el emperador habia por mucho tiempo asociado al suyo: el mariscal Davoust era ministro de la guerra, Cambaceres, de justicia, Gaudin (duque de Gaeta), de hacienda, el conde de Molliou, del tesoro, Décrés, de marina, y Fouché de policía; el imperio resucitaba en todas sus partes, mas para ofrecer una garantía pacífica á la Europa, confiése la cartera de negocios extranjeros al duque de Vicenza que se habia granjeado el aprecio de todos los soberanos aliados en las negociaciones del tratado de Fontainebleau, así como se dió á Carnot el departamento del interior, para atraer al partido liberal ó constitucional. La incapacidad de Décrés, las artimañas de Fouché y la dureza de Davoust habrian podido paralizar ú obstruir la marcha del nuevo gabinete si el emperador no hubiese estado allí para comunicarle una voluntad y prestarle una accion. El duque de Bassano, nombrado ministro secretario de Estado sin cartera, añadió un nombre venerable á los de Caulaincourt y de Carnot. Napoleon elevó á los cargos superiores á los hombres en cuya fidelidad creia: el duque de Rovigo fué colocado al frente de la gendarmería; el conde de Bondy, en la prefectura del Sena, y el conde Real, en la prefectura de policía; el gran mariscal de palacio, Bertrand, y el mayor general de la guardia, Drouot, recobraron sus funciones cerca del emperador, lo mismo que los antiguos ayudantes de campo, en cuyo número añadió á los generales Lefort y La Bedoyere, eliminando al general Lauriston por haberse mezclado demasiado en los asuntos de la Restauracion. Despues de reconstituir su servidumbre, reconstituyó el emperador la de la emperatriz, como si María Luisa y el rey de Roma, que se hallaban en la corte de Austria, debiesen de un momento á otro volver á las Tullerías. Proponíase interesar al Austria en su política por un lazo de familia que la coalicion europea no habia destruido; queria hacerlo todo para la paz, y sin embargo preparábase ya para la guerra, pues la declaracion de los plenipotenciarios del congreso de Viena, votada y firmada en 13 de

marzo por inspiracion de Talleyrand, poniendo á Napoleon fuera de la ley como *enemigo y perturbador del reposo del mundo*, equivalia á un rompimiento de hostilidades, y de todos los puntos de Europa se dejaba oír un grito de guerra, que llamaba bajo las banderas de la coaliccion á los ejércitos extranjeros, salidos apenas de Francia, é impacientes por volver á ella.

El batallon de la isla de Elba que escoltara al emperador hasta París acampó en la plaza del Carrousel, y allí se mostró Napoleon por primera vez al pueblo deseoso de saludarle con sus aclamaciones. Napoleon dirigió á sus soldados una ardiente alocucion en la que les dijo: «La gloria de cuanto acabamos de hacer, es toda del pueblo y vuestra. El trono imperial es el único que puede garantir los derechos del pueblo, y sobre el primero de nuestros intereses, el de nuestra gloria. Así el pueblo francés como yo, ciframos en vosotros nuestra confianza.» Interrumpióse en aquel momento para recibir las antiguas águilas que le presentaban el general Cambronne y los oficiales de la guardia veterana: «¡Sean estas águilas vuestra divisa! exclamó; al darlas á la guardia, las doy al ejército entero. La traicion y circunstancias desgraciadas las habian cubierto con un fúnebre velo, pero merced al pueblo francés y á vosotros, reaparecen con toda su gloria ¡Jurad que se hallarán siempre donde las llame la patria!» Oficiales y soldados repitieron con trasporte, «¡Lo juramos!» y los circunstantes todos, hombres y mujeres, contestaron á aquel grito unánime repitiéndolo á su vez. En la recepcion oficial de los cuerpos constituidos, verificada el 26 de marzo, varios oradores intentaron sondear las intenciones de Napoleon é interrogarle acerca de la forma de gobierno que se proponia establecer; mas el emperador evitó explicaciones sobre este punto, y se limitó á generalidades mas ó menos vagas, mas ó menos oscuras. Cambaceres que habló en nombre de los ministros, se hallaba sin duda de acuerdo con el emperador para dar una especie de satisfaccion á la Francia liberal: «Lo único legítimo, dijo, la causa del pueblo, ha triunfado... Los Borbones nada han sabido olvidar, sus acciones y su conducta desmentian sus palabras. V. M. cumplirá la suya, y solo se acordará de los servicios prestados á la patria; nada de guerra exterior á no ser para rechazar una injusta agresion; nada de reacciones

en el interior, nada de actos arbitrarios; seguridad de las personas, seguridad de las propiedades, libre circulacion del pensamiento, tales son los principios que habeis consagrado.» Estas palabras eran un programa completo de gobierno, y puede creerse que el mismo Napoleon lo habia dictado, pues se encuentra tambien, aunque mas en extenso, en la solemne manifestacion que el consejo de Estado entregó aquel mismo dia al emperador, y que se resume en estos términos: «El emperador garantiza por medio de instituciones (á ello se ha obligado en sus proclamas á la nacion y al ejército), todos los principios liberales, á saber: la libertad individual y la igualdad de derechos, la libertad de imprenta y la abolicion de la censura, la libertad de cultos, la votacion de las contribuciones y de las leyes por los representantes de la nacion legalmente elegidos, las propiedades nacionales de todo origen, la independenciamiento é inamovilidad de los tribunales, y la responsabilidad de los ministros y de todos los agentes del poder.» Con aquel acto fundamental, emanado del consejo de Estado, el emperador era absuelto de su abdicacion de Fontainebleau que la nacion no habia aceptado ni sancionado, y se depositaban en sus manos todos los poderes hasta que hubiese ratificado su autoridad soberana el sufragio de la asamblea representativa del Campo de Mayo.

El emperador se anticipó á los deseos que aquella asamblea debia expresarle en nombre de la Francia, y aplicóse desde los primeros dias de su reinstalacion imperial, á cumplir la mayor parte de las promesas olvidadas por la Restauracion; en 24 de marzo abolió la censura; en 27 del mismo mes prohibió el tráfico de negros; ocho dias despues suprimió los derechos sobre las bebidas, y en 17 de abril estableció la enseñanza mútua. Esto equivalia á abjurar los principios opresores del imperio para adoptar abiertamente las ideas liberales del partido constitucional, y el emperador que sabia por experiencia hallarse en el pueblo sus mas sólidos apoyos, nada omitia para recobrar y aun aumentar su popularidad; visitaba las fábricas, los colegios, los establecimientos públicos; distribuia cruces y pensiones; recorria la capital á pié, á caballo y en coche, mostrábase en todas partes, y en todas era su presencia la señal de una ovacion.

Mientras esto sucedia Luis XVIII habia llegado á Lila acom-

pañado del duque de Orleans, de los dos mariscales Mortier y Macdonald, con intencion de detenerse en aquella ciudad, establecer en ella su gobierno, y esperar el auxilio de sus aliados y el de los voluntarios realistas que reclutaban el duque de Berry y el conde de Artois. En su consecuencia mandó poner en estado de defensa las plazas fuertes de la frontera, y dispuso otras precauciones militares; pero temiendo de repente hallarse prisionero en Lila, cuya guarnicion no le era muy afecta, partió sin escolta el dia 23 de marzo, despues de expedir dos decretos en uno de los cuales licenciaba el ejército, y en el otro prohibia el pago de las contribuciones. El conde de Artois y el duque de Berry seguidos de sus voluntarios realistas, reclutados entre la juventud liberal lo mismo que entre los antiguos defensores del antiguo régimen, supieron que el rey habia abandonado Lila y renunciando desde entonces á la lucha, pasaron la frontera, convirtiendo á la Bélgica en teatro de una segunda emigracion. El duque de Borbon habia intentado sublevar la Vendée, pero solo logró reunir algunas partidas de campesinos que se dispersaron luego que se hubo embarcado en Paimbeuf el dia 1.º de abril á bordo de un navío inglés. Sin desalentarse por aquellos reveses el duque y la duquesa de Angulema hicieron un supremo esfuerzo en favor de los Borbones; el duque á quien Luis XVIII habia conferido el título de teniente general de los departamentos meridionales y el mando del ejército del Mediodía, se encontraba en Tolosa, y de acuerdo con los barones de Vetroilles y de Damas, organizó un vasto plan de resistencia contra el *bandido* y su *banda*, excitando el entusiasmo de las poblaciones, reuniendo los guardias nacionales, y aumentando el ejército del Mediodía que constaba de doce mil hombres y de doce piezas de artillería. El duque tenia á sus órdenes el segundo cuerpo de aquel ejército, y mandaban los dos restantes los generales Ernouf y Compans. Los sucesos de Lyon y de París no eran conocidos todavía en las provincias meridionales, donde ondeaba en todos los campanarios la bandera blanca; alistábase gente en nombre de los Borbones, armábase á los guardias nacionales, y no faltaban generales para dirigir las operaciones de aquella guerra realista. Un mariscal del imperio, Massena, dijo al duque de Angulema que respondia de la octava division mi-

litar, de modo que era inminente un alzamiento contra Napoleón en la Provenza, la Auvernia, el Languedoc y la Guyena, mientras esperaban los refuerzos que la Suiza, la Cerdeña y la España habían prometido al teniente general de los departamentos del Mediodía. El emperador no dió á aquel ejército el tiempo necesario para hacerse peligroso, y envió contra él al mariscal Grouchy con orden de hacer levantar en masa á los guardias nacionales del Delfinado, del Lyonesado y de la Borgoña. La duquesa de Angulema que había hallado en Burdeos igual entusiasta acogida que en 1814, pensaba conservar para la Restauracion aquella ciudad donde su energía y el recuerdo de sus desgracias habían logrado fanatizar á la guardia nacional y á los habitantes; mas la guarnicion se componia en parte de antiguos soldados del imperio, en quienes el nombre del emperador ejercia ya una influencia irresistible, y al saber que el general Clausel marchaba contra Burdeos con algunos voluntarios imperiales, cuyo número aumentaba á cada instante, enarbolaron la bandera tricolor al grito de *Viva el emperador!* Aquella misma noche (1.º de abril) la duquesa, que había intentado en vano mantener á las tropas en la obediencia, salió precipitadamente de Burdeos, acompañada del *maire* de la ciudad y de algunos realistas, y se embarcó en Pouillac, con direccion á España y Lóndres. El duque de Angulema consiguió en un principio algunos triunfos insignificantes; el general Ernouf ocupó Gap, el vizconde de Escars se apoderó de Montelimart, y el día 3 de abril entró el duque en Valenza; pero al traslucirse en el ejército real el restablecimiento del trono imperial, cuando los veteranos que se hallaban en él tomaron la escarapela tricolor y se desbandaron, todos los cuerpos quedaron desorganizados á un tiempo, y la artillería se negó abiertamente á servir la causa del rey. El duque de Angulema había marchado en retirada al aproximarse el mariscal Grouchy, reunido con el general Gilly, y se halló estrechado con cuatro mil hombres desmoralizados entre el Drome, el Ródano, el Durance y las montañas del Delfinado; en tan crítica situacion solicitó capitular, y el baron Damas firmó en 8 de abril una capitulacion con el general Gilly, estipulando que el príncipe se embarcaria en Cette luego de licenciar sus tropas. El 16, el duque seguido de

sus familiares Guiche, Escars, Damas, Levis y Polignac se embarcó en un buque sueco que debia conducirle á Cádiz, y el 17 no quedaba un solo Borbon en el territorio francés.

Napoleon era dueño de toda la Francia; ni una provincia, ni una ciudad desconocia su poder; ni una voz se elevaba contra su autoridad, mas no por ello dejaba de encontrarse en muy difícil y delicada posicion así en el interior como en el exterior. El congreso de Viena y su amenazadora declaracion de 13 de marzo, suspendian por decirlo así la espada de Damocles sobre la frente imperial, mientras que en el centro del imperio dos partidos hostiles é igualmente inflexibles, el partido realista y el partido liberal, se preparaban á combatir la autoridad del emperador. Esta autoridad, debilitada por el ejercicio de los derechos políticos y por el establecimiento del gobierno constitucional, no podia ya apoyarse en la absoluta voluntad del soberano, sino que debia robustecerse con el consentimiento de las masas; por la primera vez vió el emperador que no podia gobernar solo, y que habia de contar con los hombres; su carácter se resistió á ello; y la lucha empezó en el consejo de ministros, donde Carnot se atrevió á resistirle reivindicando la responsabilidad de sus propios actos, y rechazando los que se pretendia imponerle. Dejando esto aparte ha de convenirse en que Napoleon estuvo de acuerdo con su ministerio para tranquilizar la opinion pública, y hacer desaparecer todos los recuerdos de la Restauracion; dió el ejemplo del olvido aparentando ignorar lo que habria debido castigar en los muchos traidores é ingratos, y solo exceptuó de tal medida á trece personas que en calidad de miembros del gobierno provisional, ó como agentes de los Borbones en 1814, habian contribuido á la caida del imperio antes de su propia abdicacion: ordenó contra ellas la formacion de causa y el secuestro de sus bienes, pero ninguno de aquellos contumaces fué entregado á los tribunales, merced á la mediacion de Fouché que deseaba granjearse amigos en los dos campos. El nombramiento de los prefectos y de los varios jefes de la administracion manifestó que el emperador se sometia á un sistema general de moderacion, y los nombres de muchos realistas y liberales figuraron en las nóminas junto á los mas significativos del régimen imperial, deduciéndose de aquí que el

deseo del emperador era refundir todos los partidos en un gran partido nacional, á fin de hacerse legítimo y necesario á los ojos de la Europa. El ministro de policía pareció obedecer á iguales miras, y en la circular que dirigió á los prefectos en 3 de marzo invocó los principios de moral y de justicia para inaugurar la nueva *policia de observacion* que debia reemplazar á la *policia agresiva*, y prometió ejercer aquella policia «que impasible en su actitud, mesurada en su marcha, activa en sus indagaciones, siempre presente y siempre protectora, vea por la felicidad del pueblo, por los trabajos de la industria y por el reposo de todos.» Fouché queria desvanecer los temores que su vuelta al ministerio de policia habia inspirado á cuantos recordaban el uso que de su autoridad habia hecho en tiempo del imperio, y su circular contribuyó en mucho á tranquilizar á los realistas y á contener la emigracion. Se ha creido generalmente, y quizás con razon, que las confidencias y relaciones de sus agentes en el extranjero le habian instruido de los proyectos de la política europea y de sus medios de ejecucion, pudiendo prever por lo tanto que no lograria el emperador triunfar de la nueva coalicion que aparecia ya mas formidable que la primera; sabia tambien cuanto ocurría en el congreso de Viena, donde Talleyrand, adicto á la causa de los Borbones, hacia mover él solo los resortes todos de la diplomacia; hallábase además en correspondencia con el príncipe de Benevento, pero esto no le impidió sostener en el consejo de ministros que la famosa declaracion del congreso de Viena contra Napoleon, no era mas que una grosera impostura imaginada por Talleyrand, para comprometer al congreso é infundir esperanzas á los partidarios del *conde de Lilla*, nombre con que se designaba á Luis XVIII. El sagaz ministro empleó toda su astucia y elocuencia en probar el carácter apócrifo de aquel amenazador documento que circulaba en Francia hacia muy pocos dias, á pesar de tener la fecha del 13 de marzo, y el mismo emperador favoreció la farsa que desempeñaba Fouché. Dicho documento fué sometido al exámen de una comision del consejo de Estado, y todo el mundo creyó mostrar deferencia hácia Napoleon fingiendo creer en la falsedad de la declaracion; una comision, elegida en el seno del consejo de Estado por el mismo emperador, y compuesta del du-

que de Bassano y de los condes Defermon, Andreossy, Reynault de Saint-Jean d'Angely y Boulay de la Meurthe, recibió el encargo de estudiar la cuestion y de presentar su dictámen, y este, dictado por Napoleon al duque de Bassano, fué leído en nombre de la comision en el consejo de ministros celebrado el dia 2 de abril. El dictámen establecia que la declaracion era obra personal de los plenipotenciarios franceses que se encontraban en el congreso de Viena, y que los demás plenipotenciarios no podian en caso alguno tomar sobre sí la responsabilidad de un acto contrario á los mas sagrados principios del derecho de gentes y á los eternos usos de la diplomacia; despues de atacar por su base á aquel documento que empezaba por una excitacion al asesinato de un soberano, exponíanse las quejas particulares de Napoleon contra los Borbones, y sentábase que no habia sido él el agresor en lo que llamaba la Declaracion su *invasion*: habia acudido á librar á la Francia de un yugo insoponible, habia oido la voz suplicante de sus antiguos súbditos, y respecto á sus proyectos ulteriores, solo queria lo que deseaba el pueblo: «La independenciam de la Francia, la paz interior, la paz con todos los pueblos, y la ejecucion del tratado de París de 30 de mayo de 1814.» En una palabra, nada se habia cambiado en Europa á no ser el jefe de la nacion francesa. «Nada se ha cambiado ni se cambiará, decia Napoleon por órgano de su consejo de Estado, si la nacion francesa, que solo aspira á vivir en paz con la Europa entera, no se ve obligada por una coalicion injusta á defender como hizo en 1792, su voluntad, sus derechos, su independenciam y el soberano de su eleccion.» Esto era á la vez una amenaza en caso de guerra y una promesa en caso de paz, y para afianzar la última, escribió el emperador á los soberanos extranjeros una carta autógrafa, en la que se obligaba á conservar la paz de Europa con tal de que abandonase la Europa la causa de los Borbones: «Despues de haber ofrecido al mundo el espectáculo de grandes combates, ha de ser muy halagüeño el no entrar en mas lucha que en la de la felicidad de los pueblos. La Francia se complace en proclamar con franqueza el noble objeto de sus aspiraciones.» Semejante declaracion, firmada por el emperador, habria quizás contrareestado la del congreso de Viena, mas los agentes secretos de Talleyrand interceptaron las cartas de Napoleon, y ninguna llegó á su destino.

Por otra parte, quizás era harto tarde ya para evitar una nueva coalición de las potencias aliadas: bajo la influencia del príncipe de Benevento, sus plenipotenciarios en Viena estipularon en 25 de marzo un tratado de alianza ofensivo contra Bonaparte, tratado que si bien fué ratificado algunos días después, fué mantenido secreto hasta que las cuatro potencias contratantes, el Austria, la Inglaterra, la Rusia y la Prusia, hubiesen recibido la adhesión de las demás potencias europeas. En dicho tratado, imaginado por el príncipe de Benevento de acuerdo con lord Wellington, las cuatro potencias se obligaban á mantener en toda su integridad las condiciones del tratado de paz de 30 de mayo de 1814, á aunar todos sus esfuerzos contra Bonaparte y «contra los que se hubiesen adherido á su facción,» á poner y á conservar en campaña un ejército de seiscientos mil hombres, y á no deponer las armas antes de alcanzar el objeto de la guerra. Las demás potencias de Europa, y en especial S. M. cristianísima, debían ser invitadas á adherirse á aquel tratado, y en tanto, y aun cuando la guerra no hubiese sido declarada, la Europa entera se preparaba á empezar de nuevo la guerra; desde las márgenes del Neva á las del Rhin resonaba el estrépito de las armas, y cansado Napoleon de esperar una respuesta pacífica, hizo publicar en el *Monitor* del 14 de abril una memoria de su ministro de negocios extranjeros, acerca del estado de Europa, poco dispuesta al parecer á respetar la independencia de la Francia. Napoleon, empero, comprendía que para convertir su causa en la de la Francia, debía someter el poder imperial á la constitución que prometiera á su regreso de la isla de Elba, y en la que veía un freno y un obstáculo, así es que el mismo día en que anunciaba el *Monitor* la inminencia de la guerra, Benjamin Constant, jefe del partido constitucional, era llamado á las Tullerías, y recibía el encargo de preparar las bases de una constitución. Su trabajo fué sometido al exámen y á la discusión de una comisión compuesta de los presidentes del consejo de Estado, y en aquellas conferencias, donde el principio liberal luchaba tímidamente contra la voluntad del soberano absoluto, prevaleció contra los contrarios pareceres la opinión del emperador, expresada con el vigor y la inflexibilidad que le caracterizaban. Esto no obstante Napoleon fingió ceder algunas veces

á las objeciones de Benjamin Constant, pero á pesar de las instancias y de la oposicion de la asamblea, se obstinó en suprimir el artículo 66 de la carta que abolia la confiscacion; en vano la comision quiso borrar aquella medida del código nacional; irritado Napoleon no quiso escuchar observacion alguna: «La primera ley, dijo, es la necesidad; la primera justicia, la salvacion pública. ¿Preténdese que hombres á quienes he colmado de bienes se sirvan de ellos para conspirar contra mí en el extranjero? no, esto no puede ser, y no será. ¡Es fuerza que se conozca en todas partes el brazo del emperador!» Al pedirle que sometiera el nuevo código á la discusion pública y á la sancion de las cámaras, frunció el ceño sin contestar, y al dia siguiente 22 de abril, apareció la constitucion en el *Monitor* con el titulo de *acta adicional y suplementaria á las constituciones del imperio*, con un preámbulo en que él recordaba, el emperador, sus antiguos derechos á la dictadura que no le habian impedido presentar una constitucion á la libre y solemne aceptacion del pueblo. Dicha constitucion reproducia los principales artículos de la carta de Luis XVIII con una forma mas clara y extensa: la libertad religiosa, la libertad individual y la libertad de imprenta eran igualmente protegidas; dos cámaras legislativas debian secundar al gobierno del emperador, esto es, una cámara de pares hereditarios, en número ilimitado, y nombrados por el jefe del Estado, y una cámara de representantes, nombrados por el pueblo cada cinco años por eleccion de dos grados, en número de seiscientos veinte y nueve, y debiendo recibir una indemnizacion por gastos de viaje y de permanencia en París durante la legislatura. Por el artículo último el pueblo francés renunciaba al derecho de establecer en caso alguno á los príncipes Borbones, la antigua nobleza feudal, los privilegios señoriales, los diezmos, y un culto cualquiera privilegiado y dominante. El partido constitucional no quedó satisfecho del acta adicional; los realistas por su parte se deshacian en elogios de la Carta de Luis XVIII, que admiraban mucho menos cuando se hallaba vigente, y realistas y constitucionales acusaban al emperador de no haber consultado al pueblo, y de pretender prolongar su dictadura al abrigo de aquella sombra de constitucion. El emperador creyó acallar tan malévolos rumores convo-

cando para el 30 de abril los colegios electorales, como se le aconsejara Benjamin Constant; mas no por esto renunció el partido liberal á sus temores y á su desconfianza.

La guerra general era inminente, y habia empezado ya en Italia donde el rey de Nápoles, Joaquin Murat, siempre intrépido pero siempre imprudente, se habia lanzado contra el poderío austriaco. Sabia que el congreso de Viena habia decidido en principio la devolucion de su trono al rey Fernando, tenia conocimiento de los audaces proyectos del emperador pronto á abandonar la isla de Elba, y se habia obligado á cooperar á su buen éxito. No esperó sin embargo el momento favorable para obrar: luego que supo la marcha triunfal de Napoleon por los departamentos del mediodia de la Francia, púsose al frente de su ejército, y partió de Nápoles el 16 de marzo, con intencion de sublevar la Italia proclamando su independencia. La Toscana, la Lombardía y el Piamonte contestaron con entusiasmo á su voz, y acudieron bajo sus banderas gran número de patriotas. Murat atravesó á viva fuerza los estados del Papa, apoderóse de Roma, estableció su cuartel general en Rimini, y cuando pasados pocos dias vió doblado su ejército, que se elevaba á cuarenta mil hombres y ocho mil caballos, dividiólo en cinco columnas que marcharon simultáneamente hácia Bolonia, Módena, Reggio, Ferrara y Florencia. Los cuerpos austriacos que encontraron en su camino viéronse obligados á emprender su retirada; el cuatro de abril, entró Murat en Módena despues de un sangriento combate, y pasados tres dias ocupaban sus generales Bolonia, Reggio y Florencia. Venecia, Padua, Verona y la Italia entera se disponian á lanzarse al combate para reconquistar su independencia, y tan formidable diversion habria contribuido no poco al triunfo de la causa imperial, cuando el gabinete de Viena, que temia tener dos enemigos que combatir, propuso á Murat que entrase en la coalicion de los soberanos aliados, prometiéndole en cambio la conservacion de su corona. El rey de Nápoles, empero, se acordó de que sus tratados con la primera coalicion europea no habian sido respetados por el congreso de Viena, y se arrepentia demasiado de haber vendido en 1814 á su amigo y bienhechor para desear salvar un reino á costa de una segunda traicion; rechazó pues las proposiciones del Austria, exclamando con caballeresca emocion:

«Es ya tarde; la Italia quiere ser libre, y lo será!» No correspondió el porvenir á sus lisonjeras esperanzas; los cuarenta mil austriacos que los generales Mohr y Bianchi podían oponer al rey de Nápoles no tardaron en tomar de nuevo la ofensiva; Murat quiso pasar el Po y continuar su invasión á través del Piamonte, pero el general inglés, Williams Bentick, le intimó que respetara el territorio del rey de Cerdeña, aliado de la Inglaterra, y Murat consintió en lo que se le exigía con la esperanza de adquirir la neutralidad, sino la protección del gobierno británico. Sin embargo, no tardó en saber que el general Bentick había recibido orden de unir sus fuerzas á las de los generales austriacos, y desde aquel momento debió pensar en la retirada; evacuó sucesivamente Módena y Bolonia, perseguido de cerca por el enemigo que le alcanzó el día 2 de mayo, presentándole batalla entre Tolentino y Macerata. El rey de Nápoles se vió obligado á aceptarla á pesar de la inferioridad numérica y de la carencia absoluta de cañones, y aunque hizo prodigios de valor lo mismo que sus soldados, no pudo su ejército resistir á los fuegos de la artillería, y acabó por desbandarse despues de dos dias de una lucha heroica. Murat solo pudo reunir algunos miles de hombres con los cuales intentó todavfa proteger su retirada; pero nuevos reveses en Ponte-Corvo, en Legnano y en San Germano anonadaron aquella sombra de ejército, y solo tenia junto á sí á su estado mayor, cuando entró tristemente en su capital dispuesta ya á abrir sus puertas á su antiguo rey Fernando.

Napoleon nada podia esperar por el lado de la Italia; así lo comprendió desde la primera derrota de Murat, y esto no obstante se lisonjeaba con producir, á falta de una diversion armada, una combinacion diplomática que redujese la coalicion á la impotencia: Con esta esperanza continuó negociando con la corte de Austria, valiéndose de ciertos agentes que le vendian sin rebozo y de la emperatriz María Luisa que no tenia influencia alguna, por la razon de que no la deseaba; Napoleon creyó por un momento en la paz al hacer declarar el Austria por las potencias reunidas en Viena que al ratificar el tratado de 25 de marzo, no se consideraban «autorizados para imponer gobierno alguno á la Francia.» De este modo se hallaban extraños los Borbones al objeto de la coalicion, pero esta se hacia mas formidable para Napoleon y mas

inflexible en el fin que proclamaba, que no era otro que castigar la *usurpacion de Bonaparte*. Una guerra europea para restablecer á Luis XVIII en su trono habria parecido mezquina y tiránica, al paso que una lucha contra Napoleon, en interés de la paz del mundo y en represalias de las guerras del Imperio, tomaba á los ojos de los pueblos un carácter de grandeza y justicia que aseguraba el triunfo, y así fué como el entusiasmo de los pueblos marchaba de acuerdo con los intereses de los reyes. La Inglaterra se mostró dispuesta á aliviar los sacrificios que aquella guerra habia de imponer á todos, concediendo un subsidio de cinco millones de libras esterlinas (quinientos millones de reales) queria, á toda costa vencer á Napoleon, pues así lo exigia su preponderancia marítima y mercantil, y los animados debates que tuvieron lugar en la cámara de los lores y en la de los comunes, probaron á Napoleon que el ministerio inglés presidido por lord Castlereagh tenia en su mano todos los secretos hilos de la coalicion. Aun antes de la declaracion de guerra los buques ingleses atacaron en los mares al pabellón tricolor, mientras que los ministros manifestaron deseos de conservar la paz; sin embargo, no era ya posible fingir por mas tiempo: la Bélgica, la misma Suiza no se habian atrevido á permanecer neutrales en presencia de aquella liga de reyes y pueblos que amenazaba á cuanto no amparaba: solo dos soberanos Murat y Napoleón eran rechazados del pacto comun; Bonaparte, segun la declaracion del 13 de marzo, era *entregado á la vindicta pública*, y si bien no le asesinaron, procuraron rodearle de traidores que conspiraban para perderle aparentando servirle. El duque de Otranto fué uno de los agentes mas activos de aquella traicion misteriosa, y sus manejos no pasaron desapercibidos á la penetrante mirada del emperador: «¡Antes de ocuparme de Fouché, dijo cierto dia con amargura, necesito una victoria!» Y esto no obstante no le privó del poder de dañarle, y Fouché, al frente de la policia del Imperio, continuó vendiendo al emperador.

(Los realistas habian recobrado todo su valor al saber que la Europa acudia en su auxilio.) Los dos decretos que diera Luis XVIII en su fuga, y que no produjeron el menor efecto, fueron publicados en el primer número del *Monitor* realista, que el gobierno de los Borbones publicó en Gante con el título de *Diario*

universal á contar desde el 14 de abril. Con el tácito asentimiento del rey de los Países Bajos, el gobierno emigrado se habia establecido en Gante, y componíase de tres antiguos ministros del rey, el duque de Feltre y los condes de Faucourt y de Blacas, y de dos nuevos ministros, el vizconde de Chateaubriand y el conde de Lally-Tollendal; dos mariscales, Marmont y Victor, siguieron la fortuna del rey desterrado, á cuyo alrededor formaban una especie de corte los príncipes de su familia. El *Diario universal* llenaba sus columnas con una série de falsas noticias que tenían todas por objeto realzar la monarquía á expensas del usurpador, y sostenía al mismo tiempo una ardiente polémica en pró de la legitimidad del derecho divino; Chateaubriand prestaba á la antigua doctrina su brillante fraseología, y jóvenes publicistas, como Guizot, mezclaban con ella las seductoras teorías de la metafísica constitucional, y si bien el diario oficial de la monarquía no era muy leído en Francia, propalaba en el extranjero el toque de rebato de la coalicion, y llamaba á las armas á los campesinos de la Vendée y de Bretaña. Las columnas del *Diario* servían tambien de palenque á la perpetua rivalidad de Luis XVIII y de su hermano el conde de Artois; este, fiel á su antigua táctica de emigrado, atizaba en Francia el incendio de la guerra civil; Luis XVIII procuraba únicamente hacerse echar de menos comparando sus actos con los del emperador, y presentándose como el primer ciudadano de su reino. Esto hizo que á los pocos dias de haber publicado su ministro Chateaubriand una exposicion al rey llena de invectivas contra el usurpador y el tirano que «solo abrazaba la libertad para mejor ahogarla,» declaró Luis XVIII en el mismo *Monitor* haber obtenido de los soberanos aliados «las mas solemnes promesas de respetar la independencia de la Francia y la integridad de su territorio, y de no intervenir en su gobierno interior.» Solo con estas condiciones, dijo, habia aceptado el auxilio de la Europa coaligada para libertar á la oprimida nacion francesa, y humillar al *perturbador de la paz*. Las disposiciones de Luis XVIII no prevalecian empero casi nunca, y á pesar de la repugnancia que experimentaba el rey hacia los recuerdos militares de la primera emigracion, viose obligado á dar su consentimiento á la misteriosa organizacion de una nueva Vendée.

Sin embargo, los tiempos y los hombres habian cambiado mu-

cho: la Bretaña y la Vendée de donde habia desaparecido todo síntoma de insurreccion desde la precipitada marcha del duque de Borbon, dieron á un tiempo la señal de la confederacion para la defensa de las libertades públicas y de la independenciam nacional. Los patriotas de Rennes, invocando el pacto federativo firmado por sus padres en 1790, dirigieron su voz en 15 de abril á los habitantes de las ciudades bretonas, y el entusiasmo de la nueva confederacion se propagó con tal rapidez del oeste al este, que antes de terminar el mes de mayo, los departamentos todos habian seguido el impulso del sentimiento popular y [patriótico.] La Francia confederada era invencible, pero Napoleon comprendió que aquella confederacion, emanada de una idea liberal ó republicana, no tenia por principal objeto la defensa del Imperio y del emperador; entrevió la república en la ejecucion de aquel pacto federal, y desde entonces, sin parecer serlo hostil ó contrario, nada omitió para impedir que se convirtiera en una realidad. Recibió con gran frialdad á las diputaciones de los confederados, y aunque eran insertadas en el *Monitor* las actas de las confederaciones departamentales, á fin de imponer á las potencias extranjeras y á la faccion realista, aunque los confederados se hallaban en varias provincias formados en regimientos y ejercitados en el manejo de las armas, no recibieron ni un fusil, á pesar de que habia disponibles en los almacenes mas de cuatrocientos mil despues de haber sido armada la guardia nacional. Además, habíase suscitado una especie de rivalidad entre la guardia nacional y los confederados que formaban batallones suplementarios de aquella, en la que segun el decreto de 10 de abril solo habian ingresado ciudadanos pagando cincuenta francos de contribucion directa, y el emperador que veia con placer aquella reciproca desconfianza, nada hizo para destruirla ni para debilitarla. La guardia nacional le parecia suficiente para ocupar las ciudades y plazas fuertes, mientras que el ejército entero marchase á las fronteras; se acordaba demasiado de los desórdenes de 1789 para desencadenar al pueblo revelándole su fuerza, y tenia menos confianza en el indisciplinado valor de las masas que en la accion regular de su reorganizado ejército. Este se componia á fin de mayo de quinientos ochenta y dos mil hombres de todas armas, incluso los batallones de la guardia nacional movible, siendo así

que dos meses antes, el emperador habia encontrado apenas cien mil hombres en los cuadros del ejército real. El material y las provisiones de guerra eran casi nulos á consecuencia de la invasion de 1814, y de los enormes despojos que habia sufrido la Francia, pero Napoleon solo necesitó dos meses para reparar estas pérdidas que habrian exigido á otros muchos años de esfuerzos y de sacrificios. Al mismo tiempo que llamó á las armas á los veteranos de la República y del Imperio, creó una caballería y una artillería capaces de repartir sesenta mil caballos y setecientas piezas de campaña entre ocho cuerpos de ejército. Las fábricas de armas de fuego, cerradas ó reducidas al mas miserable abandono, fueron de nuevo puestas en actividad, y pudieron aprontar cincuenta mil fusiles mensuales, encargándose la industria particular de fabricar otros tantos. Fundiéronse veinte y cinco cañones diarios, almacenáronse inmensas cantidades de balas y de pólvora, vastos talleres de vestuario y equipo trabajaron noche y dia; todas las fuerzas del país tendian á producir armas y soldados. Armáronse y proveyéronse noventa plazas fuertes; París y Lyon fueron puestas en estado de defensa por una línea de fortificaciones de tierra, que trazó el emperador con su propia mano, y que los confederados ejecutaron como por encanto, y finalmente en 1.º de junio tenia la Francia ocho ejércitos en campaña: los del Norte, del Rhin, del Mosella y de los Alpes que defendian las fronteras; los del Jura y de los Pirineos que observaban á la Suiza y á la España; el del Loire que combatia con la insurreccion vendéana, y el de París, destinado á servir de punto de apoyo y de reserva á los otros, y sobre todo á defender la capital contra el enemigo y contra sí misma.

Tan formidables preparativos de resistencia no lograron detener á la coalicion en sus planes de ataque, y los ejércitos extranjeros se hallaban de todas partes en marcha para envolver á la Francia en un círculo que se estrechaba cada dia. Cada potencia aliada se apresuraba á enviar su contingente de tropas, y la tesorería de Inglaterra se disponia, segun expresion del emperador, á asalariar á los combatientes. La primera columna rusa habia llegado á Nuremberg el dia 15 de mayo; los emperadores de Austria y de Rusia y S. M. prusiana acababan de salir de Viena con direccion á su cuartel general, y sin embargo la guerra no

había sido declarada aun. Fuele de un modo indirecto en una exposicion al emperador, dictada por este á Caulaincourt, y que apareció en el *Monitor* del 7 de junio para advertir á la Francia que solo en sus armas podía cifrar sus esperanzas: «Los soberanos aliados, decia la exposicion, se hallan ya al frente de sus ejércitos, y V. M. se encuentra todavía en París!... Señor, en estos momentos la menor vacilacion puede comprometer los intereses de la patria.» Al tiempo en que el ministro de negocios extranjeros rogaba al emperador que atendiera á una enérgica defensa, esta habia sido ya preparada con todos los recursos del genio de Napoleon, siendo un enemigo francés el primero con quien debió luchar, siendo sangre francesa la primera derramada en aquella lucha nacional. Los emisarios de los Borbones habian encendido la guerra civil en la Vendée, y el 15 de mayo los vendeanos se sublevaron al toque de rebato y al grito de *Viva el rey!* formando bandas de algunos miles de campesinos que los jefes de los antiguos ejércitos reales, Autichamp, Suzannet y Sapineau intentaron organizar con las armas, las municiones y el dinero procedentes de Inglaterra. El jóven marqués de La Rochejaquelein, fiel á las tradiciones de su familia, tomó el mando en jefe de aquellas fuerzas realistas, y sus proclamas le habrian seguramente proporcionado auxiliares en todas las parroquias del Anjou, de la Vendée y del Poitou, si el general Travot, de acuerdo con el general Lamarque, que mandaba los veinte y cinco mil hombres del ejército del Loire, no hubiese tomado tan prontas como enérgicas medidas para sofocar la insurreccion. Vencidos los vendeanos en San Juan del Monte, el marqués de La Rochejaquelein no quiso sobrevivir á la derrota de los suyos, y se lanzó entre las filas enemigas donde encontró la muerte que anhelaba. Los guardias nacionales de la ciudad es inmediatas se habian movilizado para impedir que los fugitivos se reunieran en la costa, donde la escuadra inglesa desembarcaba armas y municiones; pero muerto el marqués de La Rochejaquelein, los jefes realistas Suzannet, Autichamp, Saint-Hubert y Sapineau cambiaron de plan de campaña y reorganizaron varias partidas considerables en la parte mas inaccesible del *Bocage*. El general Lamarque no les dió tiempo para fortificarse allí, y saliendo en su persecucion á través de bosques y eriales, vencióles siempre que

pudo encontrarles é hizoles experimentar por último una sangrienta derrota en Roche-Serviere, donde veinte mil vendeanos fueron vencidos por doce mil franceses. Aquella deplorable victoria puso fin á la guerra civil en 20 de junio, dos dias despues del triunfo alcanzado por la coalicion extranjera en Waterloo! La Vendée quedó pacificada al mismo tiempo que el enemigo invadia la Francia.

Los inmensos preparativos de guerra no habian suspendido la accion constitucional del gobierno del emperador; los consejos municipales habian sido modificados ó trasformados, los colegios electorales convocados, los representantes elegidos, mientras que el acta adicional era ofrecida al voto de todos los ciudadanos en las municipalidades y en los cuerpos de ejército. Aquella votacion universal no tuvo lugar con las garantías que se habrian quizás exigido en circunstancias menos azarosas; muchos ciudadanos, aun los mas influyentes por su nacimiento, su educacion ó su fortuna, se abstuvieron de votar, estos por indiferencia, aquellos por miedo, por espíritu de oposicion los unos, por conviccion política los otros. Las elecciones estuvieron expuestas á iguales vicisitudes de opinion y de casualidad, y muchos electores evitaron ó rehusaron el tomar parte en las operaciones de los colegios de distrito y departamento. Aquellos electores, sin embargo, nombrados de por vida por las asambleas cantonales en virtud del senado consulto de 16 de termidor del año X (4 de agosto de 1802), habian servido para crear las varias asambleas legislativas que se habian sucedido durante mas de doce años, y el emperador creia poder confiar en su cooperacion, olvidando las inevitables metamorfosis fruto de la marcha de los acontecimientos y de las ideas. Dos nuevos partidos habian aparecido en el mundo político, el realista puro y el constitucional, y este, aunque sin estar aun bien definido y clasificado, tenia mas fuerza é iniciativa que el otro, aunque menos numeroso. Comprendia dicho partido á los antiguos republicanos, á los realistas segun la Carta, á los partidarios de las instituciones liberales de Inglaterra y de América, á los amantes del progreso intelectual, á los patriotas sistemáticos, en una palabra, á todos los que Napoleon calificara tantas veces de *ideólogos*; y si el emperador solo habia hallado hasta entonces delante de sí á in-

dividuos de esa especie, á los cuales habia fácilmente dominado, veía en aquel momento cerrarle el paso y disputarle el poder un partido entero de ideólogos. El partido realista era menos peligroso para el emperador y su gobierno, pues sin luchar, sin quejarse, conspiraba con su silencio, su inmovilidad y su abstencion; respecto al partido bonapartista, inferior á los otros en número, en prestigio y en inteligencia, no reconocia otro móvil que una adhesion absoluta á la causa imperial, ni tenia mas objeto que defender al emperador á quien identificaba con la libertad y con la patria: esta era su doctrina, su religion, su culto. La cámara de representantes fué pues elegida bajo la influencia de esos tres partidos, que léjos de declararse una guerra recíproca, se limitaron á obrar en el círculo de sus relaciones locales. Los realistas enviaron á la cámara un número muy reducido de diputados, los bonapartistas eligieron á una multitud de generales, de magistrados y de funcionarios, experimentados ya en tiempo del Imperio; mas la mayoría fué alcanzada por los constitucionales, quienes, contando en su seno á los oradores, á los publicistas y á los ambiciosos, tenia á su disposicion los medios de seducir, de arrastrar y de subyugar á los ánimos tímidos y vacilantes. Fácil es de comprender la repugnancia con que vió Napoleon acercarse la apertura de las cámaras y la asamblea del Campo de Mayo; pero era harto tarde para suprimir y tambien para aplazar aquella gran ceremonia con tanta impaciencia esperada, que debia sellar por decirlo así el pacto de alianza entre el emperador y la nacion.

El dia 1.º de junio al despuntar el alba, el cañon de los inválidos anunció la ceremonia: habíase elevado en el Campo de Marte un anfiteatro semicircular majestuosamente decorado, frente la fachada de la escuela militar, oculta por un peristilo construido y decorado segun el mismo estilo que el anfiteatro, y en el que entre trofeos y emblemas imperiales, se veian inscritos en escudos los nombres de los varios departamentos de Francia. Entre el anfiteatro y el peristilo, unidos por medio de espaciosas tribunas, extendíase una plataforma á la que se llegaba por una gradería ricamente entapizada, arrancando del primer piso de la Escuela militar, y bajo un magnífico dosel deslumbrante de estrellas y de abejas de oro, se veía el trono del emperador. Desde

la mañana quedaron llenas las tribunas; las diputaciones de electores, enviadas por todos los colegios de Francia, los representantes recién elegidos, ocupaban todo el anfiteatro; los grandes cuerpos judiciales y administrativos del Imperio, se hallaban colocados delante del peristilo y no lejos del trono. Veinte y siete mil hombres de la guardia nacional de París y tres mil de la guardia imperial se hallaban formados en el centro del Campo de Marte, y las alturas, coronadas de una compacta muchedumbre, servían de tribunas públicas en aquel grande espectáculo. A las doce y cuarto salió el emperador de las Tuillerías, siguiéndole hasta el Campo de Marte las entusiastas aclamaciones del pueblo; á la una, el cortejo imperial atravesó el Campo de Marte. Napoleon apareció en la plataforma del trono, y levantándose y descubriéndose los asistentes, todos prorumpieron en unánimes gritos de *viva el emperador!* Napoleon que parecía inquieto y agitado, saludó con dos ó tres inclinaciones de cabeza, y se sentó, teniendo á su izquierda á su hermano Luciano, y á José y á Gerónimo á su derecha; el archicanciller Cambacéres tomó asiento en un sitio mas inferior. Napoleon lo mismo que sus hermanos y el archicanciller vestía un traje mas teatral que majestuoso, mas rico que elegante; su manto de púrpura, su túnica encarnada, su gorra de terciopelo, sus medias de seda y sus calzones de raso blanco, produjeron menos efecto que la casaca verde de uniforme y el sombrero militar con que se presentaba en las revistas de su guardia. Aquella pompa cortésana no deslumbró á nadie, y pareció ridícula ó pueril á muchos espectadores. Un redoble de tambores hizo cesar las salvas de artillería; y despues de colocar el reclinatorio delante del emperador, celebróse la misa en medio del anfiteatro por varios prelados en hábitos pontificales; acto continuo se acercó al trono la diputacion central de los electores en número de quinientos, y Dubois, abogado de Angers, representante del departamento de Maine-et-Loire pronunció un discurso algo largo pero animado de patrióticos sentimientos, que excitaron por distintas veces la aprobacion del emperador y los aplausos del auditorio. El emperador no contestó á aquel discurso, en el cual los elogios que se le prodigaban, carecian, sino de justicia, de modestia; mas los circunstantes todos parecian ser en aquel entonces acérrimos bonapartistes y nadie lo censuró. El

archicanciller presentó luego á Napoleon el escrutinio de los votos del que se desprendia la aceptacion del Acta adicional por un millon quinientos treinta y dos mil trescientos cincuenta y siete votos afirmativos, contra cuatro mil ochocientos dos negativos, faltando aun para recoger ó transmitir al gobierno los de once departamentos y catorce regimientos. El primer heraldo declaró en nombre del emperador que el acta adicional á las constituciones del Imperio era aceptada por el pueblo francés, el emperador la firmó en medio del estrépito de la artillería que dominaba apenas las alegres aclamaciones de la multitud, y, sentado y cubierto, pronunció en voz alta y penetrante uno de los admirables discursos que sabia componer y dar con la altiva é incul-ta elocuencia del soldado: «Emperador; cónsul y soldado, lo he recibido todo del pueblo; en la prosperidad, en el infortunio, en el campo de batalla, en el consejo, en el trono, en el destierro, la Francia ha sido el único y constante objeto de todos mis afanes.» Recordó que se habia sacrificado para dar la paz á la Francia, dijo que elevado de nuevo al poder por el voto de la nacion, solo queria reinar bajo el imperio de una constitucion conforme con el interés del pueblo, y que habia hecho inútiles esfuerzos para obtener de las potencias extranjerias la paz de que se le acusaba querer privar al mundo: «Preciso ha sido prepararse para la guerra!» exclamó con energía, y á estas palabras levantóse la asamblea en masa gritando: *Viva el emperador! Viva la nacion!* Napoleon continuó su ardiente discurso que despertaba en los mas frios corazones el amor de la patria; el entusiasmo se comunicó á los trescientos mil espectadores que llenaban el Campo de Marte, y el unánime grito de *viva el emperador!* salido de las tribunas, fué repetido con loco frenesí. En seguida juró Napoleon sobre el Evangelio. «Observar y hacer observar las constituciones del imperio;» el archicanciller prestó igual juramento en nombre del pueblo francés, y la asamblea entera exclamó: «Lo juramos!» Cantóse el *Te Deum*, y fueron presentadas al emperador las águilas que debia distribuir á las tropas; entonces Napoleon se despoja vivamente del manto imperial, sale al encuentro de las águilas, y apoderándose de las que le presentan los ministros Carnot, Davoust y Decrés, el primero en nombre de la guardia nacional del Sena, y los otros dos en nombre del ejército de tier-

re y de mar, pronuncia en alta voz la fórmula del juramento: «Os confío el águila imperial con los colores nacionales; jurad que la defendereis aun á costa de vuestra sangre contra los enemigos de la patria y de ese trono.—Lo juramos! contestaron las diputaciones militares. El emperador abandonó entonces su trono, y se dirigió á un tablado cuadrángular, levantado en medio del Campo de Marte, ocupando otro trono entre sus mariscales y su corte entera. Desde allí repitió la fórmula del juramento de fidelidad á la que las tropas de línea y de la guardia nacional contestaron: «Lo juramos!» tendiendo la mano hácia el emperador que habia tomado de repente una actitud meditabunda y sombría. Cien mil hombres armados desfilaron delante de él saludándole con unánimes aclamaciones y cantando la *Marsellesa*, y á buen seguro que Napoleon habria quedado satisfecho de aquella magnífica ceremonia á ver en ella á dos personas á quienes esperaba: la emperatriz y el rey de Roma.

Al considerar el amor que le profesaban el pueblo y el ejército, sintió sin duda el no haber establecido la dictadura hasta la paz en vez de otorgar el acta adicional que iba á servir de arma y de pretexto á sus adversarios para atacar y destruir su gobierno. Durante la ceremonia del Campo de Mayo, habia comprendido que su voluntad se hallaba en adelante bajo la tutela de la cámara de representantes, y pensó en disolver una asamblea que no le prometia sino obstáculos; Carnot le suplicó que no se apartara de la línea constitucional, y pocos dias despues la oposicion empezó á levantar la frente en la asamblea legislativa. Napoleon deseaba que su hermano Luciano fuese nombrado presidente, pero ni siquiera llegó á discutirse esta candidatura, á la que hacian sospechosa los recuerdos del 18 de brumario, y Lanjuinais obtuvo doscientos setenta y siete votos sobre cuatrocientos setenta y dos votantes. El nombramiento de Lanjuinais, como presidente de la cámara, y los de Flaugerques, de Dupont de l' Eure, del general Lafayette y del general Grenier como vicepresidentes, probaba lo suficiente que el partido liberal podia contar con mayoría. El emperador no ocultó su despecho y quiso negar su aprobacion á la eleccion del presidente, á quien conocia por haberle visto en constante oposicion durante toda su carrera política, mientras que la cámara se disponia para la lucha mos-

trando gran repugnancia á prestar juramento á la constitucion y al jefe del Estado. Napoleón habia esperado en vano sujetar á la cámara de representantes por medio de la cámara de los pares, pero apesar de sentarse en ella gran número de hombres eminentes por su carácter y sus servicios, tales como Carnot, Thibaudau, el mariscal Massena, los generales Drouot, Travot, Lecourbe, no podia esperarse de la misma un auxilio eficaz y activo. En la apertura de las cámaras verificada en 7 de junio con la solemnidad que Napoleon juzgaba indispensable en las ceremonias públicas, hizo en cierto modo entrega voluntaria del imperio, declarando que se presentaba *para dar principio á la monarquía constitucional*: su discurso que leyó con voz débil y con aire sombrío, era una patriótica protesta contra los reyes coaligados, y al propunciar con inspirado acento y gesto amenazador: «La santa causa de la patria triunfará!» la asamblea parecia responder á su pensamiento gritando: viva el emperador! viva la nacion! pero aquellos gritos no partian del corazon, y la cámara de representantes, absorta por cuestiones mezquinas y frivolidades, no se cuidó de secundar las intenciones del emperador. La contestacion al discurso imperial que le presentó el dia 17 de junio, carecia á la vez de precision, de entusiasmo y de franqueza; vaga y con muchas mas palabras que conceptos, solo parecia ocuparse en sus trabajos para coordinar las constituciones del imperio. Napoleon con su ordinaria precision contestó noblemente: «Ayudadme á salvar la patria!... No imitemos el ejemplo del bajo imperio, que atacado por los bárbaros, se hizo el escarnio de la posteridad, entregándose á discusiones abstractas al mismo tiempo que derribaba el ariete las puertas de sus ciudades.» Desesperando ya del porvenir de aquella cámara donde La Fayette y sus amigos no desperdiciaban ocasion alguna para *armarle contiendas*, decia con amargura: «Los diputados me hostigan á alfilerazos; cuidado! tendré paciencia mientras pueda, pero si creen hacer de mí un segundo Luis XVI, se engañan: no soy yo hombre para que me hagan la ley abogados, ni para abandonar mi cabeza á facciosos!» Aquella cámara hostil ó por mejor decir indecisa, rechazó la proposicion de conferirle el título de *salvador de la patria*, y el 12 de junio á las tres de la mañana, partió Napoleon para el ejército despues de formar un consejo

de gobierno compuesto de catorce miembros á saber: sus dos hermanos José y Gerónimo, el archicanciller, los siete ministros y cuatro consejeros de Estado, los condes de Defermon, Boulay de la Meurthe, Regnaud de Saint-Jean-d'Angely y Merlin de Douai, con quienes sabia podia contar. No ignoraba tampoco la existencia de un traidor entre aquellos catorce miembros, y en efecto, luego que el emperador hubo salido de París, el ministro de policía redobló su astucia y sus manejos para reunir en su mano todos los secretos hilos que hacian mover á la cámara de representantes, siendo su primer cuidado impedir que se tomase en consideracion y se pusiese en planta toda medida de salvacion pública; en vano Garnier (de Saintes), Barrére y otros pidieron que se aplazase toda discusion que no tuviese por objeto la defensa de la patria contra los ejércitos extranjeros; en vano Leguevel (de Morbihan) propuso un proyecto de ley contra los instigadores de la guerra civil en los departamentos del oeste; en vano el ministro de hacienda reclamó el exámen del presupuesto; la cámara dominada por los liberales, empleaba sus sesiones en ociosos y ridículos debates. Oye sin embargo dos admirables discursos de los ministros de negocios extranjeros y del interior relativos á la situacion del imperio y á la conducta de la coalicion: el duque de Vicenza probó hasta la evidencia que el congreso de Viena no habia hecho mas que obedecer á las sugestiones del gabinete inglés, y que las cuatro grandes potencias aliadas «conspiraban todas por diferentes motivos para debilitar y desmembrar la Francia;» Carnot reveló el desastroso estado en que el emperador encontrara la Francia en 20 de marzo; enumeró las vastas y profundas mejoras que tres meses de reinado imperial habian introducido en todos los ramos del gobierno, é invocó el patriotismo de la cámara. Pero esta guarda silencio, permanece neutral, é invita al ministerio á tomar la iniciativa de las medidas que juzgue necesarias; todos esperan noticias del ejército.

Napoleón habia vacilado mucho tiempo entre dos planes de campaña que habian acudido á su mente á un mismo tiempo: consistia el primero en concentrar todas las fuerzas de que podia disponer bajo los muros de París y de Lyon, esperar allí al enemigo para encerrarle en una red de plazas fuertes, y vencerle en batalla campal. El segundo, mas pronto y menos desesperado, no

exigia que los ejércitos de la confederacion se hallasen reunidos y combinasen sus operaciones: tratábase de tomar de improviso la ofensiva, de vencer uno despues de otro á los ejércitos anglo-holandés, y prusiano-sajon, que cubrian la Bélgica, y de marchar luego á firmar la paz en el Rhin. El último acabó por ser adoptado, y al tomar el mando de su ejército, abrigaba la esperanza de entrar vencedor en Bruselas algunos dias despues. Su ejército, compuesto de mas de ciento veinte y tres mil hombres y de trescientos cincuenta cañones, se hallaba acampado entre Avesnes y Philippeville, á una legua de la frontera, y protegido por una línea de montecillos que le ocultaban á la vista del enemigo, el cual habia dispersado sus fuerzas en un espacio de mas de treinta leguas, como si hubiese contado con la inaccion de los franceses. El ejército de Wellington compuesto de ingleses, de hannoverianos, de belgas y de holandeses, formaba el ala derecha de las fuerzas aliadas, acampaba en los alrededores de Bruselas, y ocupaba las ciudades inmediatas desde Gante hasta Mons, y desde Mons hasta Nivelles, presentando un efectivo de ciento cuarenta mil hombres y de doscientos cincuenta cañones; junto á aquel ejército dividido en dos cuerpos, á las órdenes del príncipe de Orange y de Lord Hill, el de los prusianos y sajones, mandado por el anciano mariscal Blucher, formaba el ala izquierda y se extendia delante de Namur desde Ham hasta Fleurus, de modo que las avanzadas prusianas solo distaban de las inglesas un espacio de dos ó tres leguas. Este segundo ejército, menos temible que el primero, era sin embargo mas numeroso, pues contaba ciento veinte mil hombres y doscientos ochenta y ocho cañones. Napoleon proyectaba sorprenderlos á ambos, y colocarse con ellos en el intervalo que Wellington y Blucher habian dejado entre sus fuerzas; pero su proyecto fué comunicado al general inglés por algunos traidores; luego que hubo publicado su orden del dia, anunciando la entrada en campaña, que terminaba con estas palabras: «Para todos los franceses de corazon ha llegado el momento de vencer ó morir,» tres franceses, el general Bourmont y los coroneles Clouet y Villoutrays, dieron el ejemplo de la desercion, y revelaron al enemigo los planes del emperador. El mariscal Soult habia sido nombrado mayor general del ejército, y sin embargo no parece haber tenido iniciativa ni accion alguna.

en aquella corta campaña; el mariscal Mortier fué atacado de la gota el mismo dia en que recibió orden de ponerse al frente de la guardia jóven, otros dos mariscales, Ney y Grouchy, igualmente indecisos, y recelosos del porvenir, habian aceptado un mando á las órdenes del emperador. El 15 de junio al despuntar el dia, el ejército francés se puso en marcha en tres columnas á los gritos de viva *el emperador!* y puso el pié en territorio belga cantando la *Marsellesa*; despues de arrojar delante de sí á los cuerpos prusianos que encontró en los alrededores de Charleroi, pasó á la otra parte del Sambre, donde encontró mayor resistencia, perdiendo el enemigo despues de un obstinado combate tres mil hombres y cinco cañones. Aquel tiempo pareció de buen agüero á Napoleon y sobre todo á su ejército, que desde el mismo dia de su entrada en Bélgica habia penetrado entre los ejércitos de Wellington y de Blucher, realizando así el proyecto del emperador. Aquella misma noche ordenó este al mariscal Ney, jefe del ala izquierda, que ocupase al rayar el dia la granja de Quatre-Bras, posicion situada en el empalme de los caminos de Nivelles á Namur y de Charleroi á Bruselas; y en efecto la division Ney, compuesta de treinta y cuatro mil hombres, apoyados por ochenta piezas á las órdenes de los generales Erlon, Reille, Vandamme y Gerard, habria impedido, apoderándose de aquella posicion, la reunion de los ingleses y de los prusianos; mas el general Ney, engañado por falsas noticias, perdió ocho horas en vacilaciones y en inútiles movimientos, y á las once de la mañana no habia ocupado todavía la posicion que consideraba el emperador como la clave de sus operaciones militares. El emperador, contrariado por aquellas inexplicables dilaciones, envióle la orden de ocupar inmediatamente y á toda costa la posicion de Quatre-Bras, y dos horas despues de dar esta orden que creyó ejecutada sin pérdida de momento, desplegó las fuerzas que mandaba, en persona, y atacó á los prusianos que se apoyaban en los pueblos de Ligny, de Saint-Amand y de Sombref: «Dentro de tres horas puede decidirse la suerte de la guerra, dijo al general Gerard; si Ney ejecuta bien mis órdenes, no se escapará ni un solo cañon del ejército prusiano; le hemos sorprendido *in fraganti.*» Los tres pueblos que defendia Blucher, fueron tomados y recobrados muchas veces á la bayoneta; por ambas partes se combatia con un encar-

nizamiento que demostraba el odio que recíprocamente se profesaban prusianos y franceses; disputábase el terreno palmo á palmo, no se hacian prisioneros, dábase muerte á los heridos, y la guardia imperial gritaba con furor: «No hay cuartel!» De repente y en medio de la batalla, difúndese la voz de la llegada de los ingleses, y créense ver sus columnas avanzando hácia Fleurus; los franceses ceden y pierden terreno; Napoleon consternado no puede creer que Ney haya dejado el paso libre al enemigo, y en efecto eran aquellas fuerzas el cuerpo del general Erlon, que una órden falsa emanada se ignora de quien, habia llamado en auxilio del emperador, en el mismo momento en que el mariscal Ney confiando en aquella reserva, lo llamaba á otra parte para apoyar el ataque de Quatre-Bras. La lucha habia sido terrible en aquel punto, pues Ney dió al príncipe de Orange el tiempo necesario para llegar antes que él á Quatre-Bras, y establecerse allí con la vanguardia inglesa, elevada gracias á continuos esfuerzos á mas de cincuenta mil hombres, si bien carecia de caballería y artillería. El cuerpo del general Erlon que habria decidido la derrota de los ingleses, permaneció inactivo y no pudo prestar servicio alguno al mariscal Ney, obligado por la oscuridad de la noche á suspender sus heroicos esfuerzos, sin lograr apoderarse de la posicion de Quatre-Bras, que conservó Wellington hasta el dia siguiente. El ejército inglés habia perdido nueve mil hombres y uno de sus generales en jefe, el príncipe reinante de Brunswick; el prusiano dejó en el campo de batalla veinte y dos mil muertos, cuatro mil prisioneros, cuarenta cañones y ocho banderas; el mismo Blucher fué derribado de su caballo al ser dispersada su caballería escogida, y solo debió su salvacion al capote de uno de sus soldados, en el que se envolvió para no ser reconocido.

El resultado de la victoria de Ligny ó de Fleurus debia ser la ocupacion de Bruselas, pues los prusianos se retiraban hácia Namur, y su completa derrota hacia suponer que no se hallarian en estado de tomar de nuevo la ofensiva. El emperador dió órden al mariscal Grouchy de perseguir á Blucher y de ocupar Wayres á fin de cortar toda comunicacion entre él y Wellington, y si bien el mariscal, que se hallaba al frente de treinta y cuatro mil hombres y de ciento ocho piezas de artillería, empezó á perseguir

á los prusianos en la direccion de Gembloux, no tardó en ser extraviado por falsas noticias y en perder la pista del enemigo. En la noche del 17 lord Wellington supo el desastre de los prusianos, y resolvió retirarse sin abandonar empero su proyecto de reunirse con Blucher, y pronto siempre á dar frente al enemigo; provisto con abundancia de municiones y de víveres, recibia sin cesar nuevos refuerzos, mientras que el ejército francés solo habia vivido del merodeo desde que penetrara en Bélgica, y experimentaba grande escasez de municiones. El cielo parecia conjurarse tambien contra el emperador: la lluvia caia á torrentes, una espesa niebla cubria la atmósfera; el terreno se hacia impracticable para los caballos y la artillería, mas Napoleon se empeñó en seguir al ejército inglés, que habia tenido tiempo para concentrar todas sus fuerzas, esperando una ocasion propicia para presentar batalla. Wellington, de acuerdo con Blucher, se detuvo delante de la selva de Soignes, á cuatro leguas y media de Bruselas, y desplegó sus tropas en una eminencia que domina los pueblos de Mont-Saint-Jean, La Haya y Waterloo; Napoleon que seguía de muy cerca al general inglés como si temiera que se le escapara aquella presa, se hallaba impaciente por empezar el ataque, y lo habria empezado á pesar de la proximidad de la noche, si sus tropas extenuadas de fatiga no hubiesen necesitado algunas horas de descanso. Detúvose pues delante del enemigo, casi á tiro de cañon, en el pueblo de Planchenois, camino de Bruselas; estableciendo su cuartel general en la granja de Caillou desde donde podia ver la entrada del bosque de Soignes, iluminado todo él por las hogueras de los ingleses, que hacian aquella noche gran festin á fin de estar bien dispuestos para el combate del dia siguiente. Por lo que toca á los franceses, no todos comieron aquel dia, pero sí durmieron todos, oficiales y soldados, tendidos entre el fango y bajo una abundante lluvia que no cesó hasta la salida del sol. Solo el emperador no durmió, y pasó la noche trazando el plan de batalla y dando las órdenes convenientes. «Mariscal, dijo á Ney reconviniéndole por sus faltas de la víspera y estrechándole la mano, no siempre se es afortunado; pero un hombre como vos no es desgraciado dos dias seguidos.» Esto no obstante, el recuerdo de las amargas reconvenciones del emperador, no se borró en el corazon del

mariscal, quien se acusaba sin duda de haber comprometido gravemente el éxito de la campaña; el mariscal Grouchy por su parte dejábase extraviar por igual espíritu de irresolucion y de vértigo, y parecía existir una conspiracion secreta para que las órdenes de Napoleon á sus generales no llegasen á su destino ó fuesen mal ejecutadas. A las diez de la noche, el emperador que creía á Grouchy acampado en Wavres donde le enviara aquella mañana, expidió un oficial para mandarle que destacara antes del dia siete mil hombres de todas armas hácia el pueblo de San Lamberto, á fin de sostener las operaciones del ala derecha del ejército; esta orden, á cuya ejecucion daba el emperador mucha importancia, fué reiterada seis horas despues, mas los oficiales encargados de trasmitirla no llegaron ó llegaron harto tarde al cuartel general de Grouchy, quien no se encontraba en Wavres sino en Gembloux, no habiendo hecho mas que dos leguas de marcha durante la jornada del 17, como si se hubiese propuesto no turbar la retirada de Blucher. Al rayar el dia el ejército francés se hallaba ya sobre las armas, y esperaba en silencio la señal de la batalla que el enemigo habia aceptado, puesto que tambien se preparaba; á las ocho, almorzó alegremente el emperador con sus generales y les dijo: «El ejército inglés es superior al nuestro de casi una cuarta parte, pero no por ello dejamos de tener noventa probabilidades en nuestro favor y diez en contra. Wellington ha arrojado los dados y la suerte no le ha sido propicia!» En seguida montó á caballo, reconoció de nuevo las posiciones del enemigo, recorrió las filas de sus tropas, estableció el orden de batalla, y dividió al ejército en once columnas marchando en tres líneas, con los flancos cubiertos por la artillería. Los franceses, debilitados por las pérdidas que habian experimentado en los dias anteriores, y sobre todo por la ausencia del cuerpo de Grouchy, contaban todavía setenta ó setenta y dos mil hombres, poseidos de ardor y confianza, que desfilaron ante el emperador entonando cantos patrióticos. A las doce y media Napoleon dió la señal, y su hermano Gerónimo, que mandaba un cuerpo del ala izquierda, empezó el ataque. El enemigo se habia fortificado en el castillo de Hougoumont y en varias casas que defendian la llanura de Mont-Sain-Jean, y era preciso ante todo desalojarle de aquellas posiciones; el príncipe Gerónimo se apoderó del

castillo, y el mariscal Ney de la granja de La-Haye-Sainte lo mismo que de la eminencia de Mont-Saint-Jean, donde se concentró todo el esfuerzo del combate. Los ingleses y los escoceses volvieron varias veces á la carga con una intrepidez igual á la de sus contrarios, y aunque perdieron mucha gente y varios de sus generales, aunque dejaron en poder de los franceses treinta cañones y algunos miles de prisioneros, no renunciaron á recobrar la eminencia y á mantenerse en ella, á pesar del terrible fuego de las baterías, de los impetuosos ataques de la infantería, y de las reiteradas cargas de la caballería. Desde que se había disparado el primer cañonazo, el emperador no había cesado de dirigir su anteojo hácia la parte de San Lamberto, con la esperanza de ver aparecer á cada momento la division Grouchy; de repente se presenta un cuerpo de tropas considerable, pero no es Grouchy, es Bulow, uno de los generales de Blucher, que se reúne con el ejército inglés al frente de treinta mil hombres. Napoleon no se desalienta, pues confía aun en la llegada de Grouchy que debia aniquilar á aquellos treinta mil prusianos atacándoles por retaguardia, y manda á los generales Lobau, Morand, y Duhesme que salgan al encuentro de Bulow, é impidan su union con Wellington. Este, empero, que había sido advertido de la presencia de Bulow, combina sus movimientos con los de sus aliados, y reuniendo todas sus fuerzas dirigidas á la vez hácia la eminencia de Mont-Saint-Jean, que el mariscal Ney había ocupado entre las aclamaciones de sus soldados. La posicion del mariscal era cada vez mas crítica, cuando doce mil hombres de granaderos y dragones de la guardia, enviados por el emperador, cayeron sobre las masas de caballería inglesa, acuchillaron á varios regimientos, y se apoderaron de seis banderas y de sesenta piezas de artillería. Por segunda vez creyóse ganada la batalla: el emperador en persona decidirá la victoria poniéndose al frente de su reserva, cuando de pronto se oye un vivo tiroteo por la parte de San Lamberto: «Aquí está Grouchy! exclamó Napoleon, la victoria es nuestra!» Propálase por las filas «que el mariscal Grouchy entra en línea, y que la guardia imperial marcha al fuego;» la alegría, el entusiasmo llegan á su colmo, y oyése el unánime grito de *Adelante! adelante!* Sin embargo, no era Grouchy, sino Blucher que conducía un cuerpo de treinta mil prusia-

nos en auxilio del ejército inglés; sus tropas se precipitaron contra el ala derecha que Bulow no había aun atacado, al mismo tiempo que Wellington con toda su caballería se lanzaba contra el flanco de la columna de Ney. Entonces fué cuando el grito de *sálvese el que pueda!* proferido por algunos traidores, y repetido por algunos cobardes, contestó al de *traición!*; eran las siete y media, y el crepúsculo no permitía apreciar el conjunto del ataque y de la defensa. Introdújose el desorden entre los regimientos que habían cedido al choque de los escuadrones ingleses; rompiéronse las filas, y la espantosa confusión que la voz de los jefes no pudo hacer cesar, fué seguida en breve de una completa derrota que se propagó rápidamente por toda la línea de batalla. En vano el emperador, sus ayudantes de campo y sus generales se precipitaron entre los fugitivos para detenerles: sus órdenes, sus palabras, sus ruegos no eran escuchados. Las alturas que el ejército francés había evacuado se cubrieron de artillería, y sus tiros acabaron de desorganizar y destruir á aquel ejército antes victorioso y ahora fugitivo. El emperador intenta aun contener á los prusianos y á los ingleses que se han reunido y que le envuelven: con ocho batallones de su guardia resiste, rechaza á su enemigo veinte, cien veces mas numeroso que aquel puñado de héroes, que venden cara su vida y que mueren gritando *viva el emperador!* Napoleon desnuda la espada: Bertrand á su derecha, Drouot á su izquierda, Ney, Soult, Corbineau, Flahaut, La Bédoyere y otros veinte generales se hallan prontos á morir con él en el centro del cuadro que acaba de formar un batallón de reserva mandado por Cambronne. Las balas y la metralla caen al rededor de Napoleon. «Retiraos! le dice un granadero tomándole del brazo para hacerle abandonar el cuadro; ya veis que la muerte os rechaza!» El emperador cede en fin á las súplicas de sus generales que le arrastran, y los granaderos de Cambronne protegen su retirada, rehusando rendirse y haciéndose matar hasta el último para defender sus águilas, y justificar las sublimes palabras atribuidas á su coronel: «La guardia muere, pero no se rinde!» El enemigo había dejado treinta y cuatro mil muertos en el campo de batalla de que quedaba dueño, pero no fué menor la pérdida de los franceses; los prusianos se vengaron de las crueldades que cometieron aquellos en Ligny, dando muerte

hasta á los heridos. Así pereció el anciano general Duhesme, asesinado el dia siguiente por un húsar de Brúnswick.

Varios generales franceses, Duhesme, Lobau, Petit y la mayor parte de los oficiales superiores, habian intentado inútilmente oponerse al torrente de la derrota, pero el pánico aumentaba en vez de disminuir; la multitud no se hallaba ya á tiro de cañon y continuaba huyendo; soldados hubo que no se detuvieron ni al llegar á la frontera. El camino de Charleroi estaba atestado por una muchedumbre medio desarmada, que se empujaba en la oscuridad; todos los cuerpos, todas las armas, todos los grados marchaban confundidos; la artillería empero conservó sus cañones, y logró salvar cincuenta que condujo á Avesnes, donde el príncipe Gerónimo habia reunido veinte y cinco mil hombres escogidos. El emperador, llegado á media noche al campamento de Quatre-Bras, envió al mariscal Grouchy la orden de retirarse á Namur, y pasó una hora expidiendo correos en todas direcciones, partiendo luego para Philippéville, desde donde escribió á su hermano José para anunciarle tan gran desastre. Durmió algunas horas en un lecho de campaña, y se dirigió luego en carruaje á Laon, á fin de asistir á la reunion general del ejército que habia ordenado bajo los muros de aquella ciudad; pero el temor de abandonar la capital á la cámara de representantes, hizo cambiar de opinion, y llegó aquella misma noche al palacio del Eliseo. Al despertarse supo París con estupor el regreso de Napoleon, y ya la víspera habian circulado muchos y siniestros rumores, y una proclama de Luis XVIII, fijada en todas las esquinas, declaraba traidores y criminales de lesa-majestad á los que hiciesen armas en pro del usurpador. La traicion de Fouché daba ya sus frutos; los realistas se agitaban, celebraban conciliábulos, y propalaban mil falsas noticias; los liberales de la cámara, acaudillados por La Fayette, y alentados por la ausencia del emperador, tramaban una especie de conspiracion permanente contra el imperio. Dos dias antes ciento y un cañonazos disparados desde los Inválidos, anunciaron la victoria de Ligny, y aquel mismo dia súpose por telégrafo la noticia de la victoria de la Rocheserviere que ponía fin á la insurreccion de la Vendée; mas todo ello se olvidó al decirse que los ejércitos de la coalicion marchaban contra París á consecuencia de una gran victoria.

Los partidarios de la monarquía fueron los primeros en dar la señal de alarma; Fouché comunicó á La Fayette y á sus amigos el parte de la derrota de Mont-Saint-Jean, y decidióse acto continuo haber llegado el momento de deponer al emperador. Este que desconfiaba de la cámara y sobre todo de La Fayette, temia y esperaba alguna trama constitucional que le privase de la libertad de obrar, y así fué que convocando el consejo de ministros dijo que para salvar la patria necesitaba la *dictadura temporal*; los ministros todos, excepto Fouché, convinieron en la utilidad de la dictadura en tan graves circunstancias, y Napoleón no trató de ocultar la desconfianza y aversion que le inspiraba la cámara, llena de *jacobinos*, de *utopistas* y de *abogados*. «Por fortuna, dijo, el pueblo y el ejército están por mí!» En aquel momento le entregaron un mensaje de la cámara: á propuesta de La Fayette que habia excitado á sus cólegas á agruparse al rededor de la bandera tricolor de 1789, la cámara se declaraba en sesion permanente, calificaba de crimen de alta traicion toda tentativa para disolverla y ordenaba que el que se hiciera reo de semejante crimen fuese juzgado como traidor á la patria; proclamaba que la independencia de la nacion estaba amenazada, y confiaba su defensa á la guardia nacional y al ejército, y llamaba los ministros á su seno. Al leer aquel documento, comprendió Napoleon las intenciones del partido liberal, ó mejor las de la *faccion del extranjero*, y exclamó: «Habria debido despedir á esa gente antes de mi partida; ahora todo ha concluido, y serán causa de la perdicion de la Francia!» Prohibe á sus ministros que acaten las disposiciones de la cámara, pero esta que interpreta de distintos modos la ausencia de los ministros, y que cree ver en ella el preludio de un golpe de Estado contra la representacion nacional, dirige un segundo mensaje al Eliseo. Admirado el emperador de aquella obstinacion, é indeciso todavía en sus designios, autoriza á sus ministros para que se presenten á la asamblea y den allí las explicaciones que se les pidan, si bien hace ir con ellos á su hermano Luciano con el título de comisario general. La cámara se constituye en sesion secreta, y los enemigos de Napoleón, los cómplices de Fouché y de Talleyrand, los realistas, los liberales se desencadenaron contra el emperador; Enrique Lacoste (del Gard) declara que solo Napoleon es el objeto de los ataques

por parte de la Europa coaligada, y que únicamente ve á un hombre entre la paz y la cámara de representantes: «Desaparezca ese hombre y la patria quedará salvada!» El partido liberal se hace el instrumento de la conspiracion contra la persona del emperador, y La Fayette, Manuel, Dupont de l'Eure robustecen las filas de los conspiradores, uniéndose á los diputados de la Gironda que reclaman la abdicacion del emperador. Dado este paso, la asamblea no retrocede; en vano Luciano, con admirable elocuencia, intenta demostrar que la causa del emperador es una misma con la de la patria, y que tan santa causa dista mucho de encontrarse perdida; la mayoría lo ha decidido: quiere sacudir el yugo del emperador y nombra una comision de cinco miembros, compuesta de su presidente y de sus vice-presidentes, para tomar de acuerdo con los ministros y una comision de la cámara de los pares las medidas de salvacion pública. Dichos comisarios y los de la cámara de los pares, Boissy-d'Anglas, Drouot, Thibaudeau, Dejean y Andreossy se reunen con los ministros aquella misma noche bajo la presidencia de Cambaceres en el gran salon de las Tullerías, y en la discusion que se prolongó hasta las tres de la madrugada, propúsose, aunque indirectamente por La Fayette y Lanjuinais, la abdicacion del emperador, y se decidió que la salvacion de la patria exigia que ambas cámaras nombrasen comisarios para negociar con las potencias coaligadas, al mismo tiempo que se apoyasen sus gestiones en la concentracion de todas las fuerzas nacionales. Despues de semejante conferencia y de la secreta de la cámara, Luciano opinó por la inmediata disolucion de tan hostil asamblea, y aunque el emperador se irritó y amenazó, no llegó á tomar resolucion alguna. Aquella noche fué empleada en negociaciones y manejos cerca de los diputados, y la mayoría de estos acudieron á la sesion del 22 con la resolucion de obtener de grado ó por fuerza la abdicacion del emperador; así sucedió en efecto: la cámara si bien parecia unánime en rechazar del trono á la familia de los Borbones, solo concedió una hora á Napoleon para firmar su abdicacion. A iguales influencias cedió la cámara de los pares, y oyóse al mariscal Ney exagerar los desastres del ejército francés, dudar del valor de nuestros soldados, acusar al emperador, y sostener la opinion de que no habia otro medio de salvacion que dirigir proposiciones al enemigo. Carnot

contestó á tales palabras con una memoria del ministro de la guerra, en la que se presentaban bajo un aspecto muy favorable los recursos de la defensa. El emperador dudaba aun: sus enemigos estaban de acuerdo para arrancarle su abdicacion; sus mas fieles consejeros permanecian silenciosos y pasivos, y el pueblo se reunia en las inmediaciones del Eliseo pidiendo armas y gritando *viva el emperador*. «Si yo quisiera, con solo permitirlo, exclamó Napoleon, con una palabra mia, con un solo gesto, la cámara rebelde dejaria de existir antes de una hora! pero la vida de un hombre no ha de comprarse á tal precio, añadió con calma; no he vuelto de la isla de Elba para que París fuese inundado de sangre.» Y dictó con voz tranquila su abdicacion, en la cual ofreciase *en holocausto al odio de los enemigos de la Francia*: «Mi vida política ha terminado, y proclamo á mi hijo emperador de los franceses bajo el nombre de Napoleon II.»

En la cámara de representantes se trataba ya de la deposicion cuando presentaron los ministros la abdicacion del emperador; la cámara escuchó en silencio el manifiesto del emperador al pueblo francés, y envió á su presidente, vice-presidentes y secretarios en diputacion al Eliseo, para dar gracias á Napoleon por haberse sacrificado en aras de la patria. «Recomiendo á la cámara que refuerce cuanto antes los ejércitos, contestó el emperador; quien desea la paz ha de prepararse para la guerra. No pongais á esta gran nacion á merced de los extranjeros; pensad que pueden frustrarse vuestras esperanzas. Cualquiera que sea mi suerte será buena si la Francia es feliz. Confio mi hijo á la nacion francesa, y espero que no olvidará que solo por él he abdicado.» La mayoría de los diputados no se oponia al reconocimiento de Napoleon II; los mas decididos imperialistas propusieron que se nombrase el consejo de regencia, mas los partidarios de Fouché hicieron desear esa proposicion, limitándose la cámara á nombrar tres miembros de la comision ejecutiva, á los que debian unirse otros dos nombrados por la cámara de los pares. Carnot, Fouché y el general Grenier fueron elegidos por los representantes; el duque de Vicenza y el baron Quinette por los pares. Los derechos de Napoleon II no fueron mejor reconocidos en la cámara alta, y no faltaron voces para protestar contra el heredero del emperador: «Quizás haya aquí, exclamó La

Bedoyere volviéndose hácia el mariscal Ney, generales que meditan nuevas traiciones; pero ¡infelices de los traidores! ¡Declara que todo francés que abandone su bandera será cubierto de infamia, arrasada su casa, y proscrita su familia; entonces desaparecerán los traidores, y con ellos las maquinaciones que han ocasionado las últimas catástrofes, cuyos autores se sientan quizás en estos bancos!» La cámara se levantó casi en masa para llamar al orden al impetuoso orador. «¡Hace diez años, repuso con solemnidad La Bedoyere, que solo se han oído en este recinto voces tímidas!» El debate estuvo próximo á degenerar en lucha armada, pero aquellos pares, colmados de beneficios por el emperador, se negaron á aclamar á Napoleon II, y aplazaron su decision sobre la regencia. Una nueva faccion acababa de deslizarse en las dos asambleas legislativas: el duque de Orleans, advertido de las dificultades casi invencibles que se oponian al regreso de Luis XVIII, así en las cámaras como en la nacion, creyó propicio el momento para presentarse en cierto modo como candidato á la corona de Francia. Con antiguos amigos que databan del tiempo de Dumouriez, gozando de cierta popularidad entre los liberales, confió sus intereses de ambicion á varios agentes que procuraron adquirirle votos en las dos cámaras, si bien ninguno de ellos tenia bastante confianza en el éxito de su empresa para patrocinarla abiertamente. La faccion republicana tampoco se declaró explícitamente en aquellos debates; Dupin de la Nievre y algunos abogados propusieron declarar vacante el trono; La Fayette y sus amigos querian que la comision ejecutiva gobernase, y que el ejército combatiese *en nombre de la nacion*; pero ni siquiera pronunciaron el nombre de *república*, y se limitaron á invocar con timidez el ejemplo de la convencion. Ignórase qué inspiracion ó qué influencia determinó á Manuel, cuyas palabras arrastraban siempre á una parte de la asamblea, á separarse de repente del partido de Fouché, y á establecer, en un discurso lleno de singulares contradicciones, que Napoleon II debia ser reconocido, opinion que prevaleció en una orden del dia motivada, que fué votada por aclamacion, y que adoptó tambien sin debates la cámara de los pares. Así pues Napoleon II fué proclamado emperador, pero la comision ejecutiva, cuya presidencia desempeña-

ba Fouché, no entendió por ello deber abandonar su poder ni ejercerlo en nombre del nuevo soberano. Los ministros que formaban parte de dicha comision fueron reemplazados: Carnot, por su hermano el general Carnot Feulins, Caulaincourt por Begnon, Fouché por Pelet de la Lozere, y Cambaceres por Boulay de la Meurthe; los demás ministros conservaron sus carteras. El primer cuidado de Fouché era librarse del general La Fayette á quien habia atraído á su causa fingiendo secundar sus miras de ambicion republicana, y al cual acababa de burlar haciendo nombrar á Massena comandante en jefe de la guardia nacional de París; el general, siempre víctima de su vanidad, cayó en el nuevo lazo que se le tendia, y aceptó el cargo de plenipotenciario cerca de las potencias aliadas, llevando por séquito al conde de la Forest, realista y amigo de Talleyrand, á Voyer de Argenson, republicano y enemigo del emperador, y al conde de Pontecoulant y al general Sebastiani, partidarios ambos de los Borbones. Aquella extraordinaria embajada, cuyo jefe era La Fayette, sufrió todas las dilaciones que pudo crearle la perfidia de Fouché, y á duras penas pudo llegar á Haguenu donde se encontraban entonces los soberanos aliados; una vez allí, no lograron hacerse admitir en presencia de los emperadores de Rusia y de Austria y del rey de Prusia, y solo les fué dable entablar conferencias con simples comisarios que carecian de poderes para negociar, y cuyas decisiones estaban además subordinadas á las de lord Stewart, agente de la Inglaterra. Sus conferencias se limitaron pues, á conversaciones diplomáticas y políticas, despues de las cuales los comisarios de Rusia, de Austria y de Prusia solicitaron antes de toda negociacion, como garantía de la paz europea, que Napoleon fuese puesto bajo la custodia de las tres potencias; esto equivalia á rechazar las pacíficas proposiciones de los plenipotenciarios franceses, los cuales volvieron á París para asistir al triunfo de la conspiracion tramada por Talleyrand y Fouché.

En tanto la cámara de diputados continuaba perdiendo en inútil palabrería un tiempo precioso, y solo con extremada lentitud habia votado dos leyes de la mayor urgencia, la de requisiciones para el servicio y la provision del ejército, y la de seguridad general para perseguir y juzgar á los agentes de la

guerra civil y extranjera. La cámara de los pares se mostró aun mas indecisa en la votacion de ambas leyes, pretendiendo encerrarlas para siempre entre las formalidades de su reglamento, pero la voz de Thibaudeau y de otros patriotas acabó por triunfar de la mala voluntad de todos. En esto la comision ejecutiva dispuso sin consultarlo antes con la cámara que las leyes serian dadas y promulgadas en nombre de la nacion, de modo que el nombre de Napoleon II solo conservó su valor para el pueblo y el ejército, el cual se habia reconstituido por sí mismo bajo los muros de Laon; treinta mil hombres de las divisiones de Reille y de Drouet de Erlon se habian librado de la derrota de Waterloo con cincuenta piezas de artillería y casi todo el material; veinte mil hombres procedentes de los depósitos militares fueron unidos á aquellos restos; el mariscal Grouchy, al frente de su cuerpo de treinta y cuatro mil hombres habia logrado retirarse á Laon con cien cañones, á pesar de las combinadas tentativas de los prusianos y de los ingleses para cerrarle el paso y aniquilarle con su número, y nuevas tropas aumentaban cada dia aquel ejército formidable aun y animado por los mas patrióticos sentimientos. En 25 y 26 de junio los ingleses ocuparon Cambrai y Peronne, y Luis XVIII que habia regresado á Francia en pos de sus batallones, dirigió á los franceses la siguiente proclama desde Chateau-Cambresis: «Hoy que los poderosos esfuerzos de nuestros aliados han destruido los satélites del Tirano, nos apresuramos á volver á nuestros Estados para restablecer en ellos la constitucion que dimos á la Francia, reparar, por cuantos medios se hallan en nuestro poder, los males de la rebelion y de la guerra, esta consecuencia necesaria de aquella, recompensar á los buenos y poner en ejecucion las leyes existentes contra los culpables.» El ejército prusiano habia marchado mas rápidamente aun que los ingleses: en 28 de junio llegó á Villers-Cotterets, Crepy, La Ferté-Milon y Senlis, sin encontrar el menor obstáculo, y Blucher que enviaba ya fuertes destacamentos hasta las puertas de Versalles, parecia seguro de no verse detenido en sus operaciones que podian creerse dirigidas mas que contra París contra la Malmaison, donde se habia retirado Napoleon, esperando el salvo conducto que solicitara de los generales enemigos, para marchar á los

Estados-Unidos. La cámara de representantes habia puesto dos fragatas á su disposicion, pero esto no cumplia los deseos de las potencias aliadas; y Fouché, que no podia entregarles el emperador, les proporcionaba todos los medios para apoderarse de él. Al acercarse el enemigo, sintió Napoleon revivir su ardor guerrero, y ofreció al gobierno sus servicios en calidad de general, considerándose aun, decia, como el primer soldado de la patria. Parte de la comision ejecutiva se hallaba dispuesta á aceptar su oferta, pero Fouché que la habia acogido con estas palabras de desprecio: «¿Se está burlando de nosotros?» sostuvo que se hallaba en contradiccion con los compromisos contraidos por los plenipotenciarios con las potencias extránjeras. «¡Seguro estaba de ello! exclamó el emperador al saber que se le negaba el mando del ejército. ¡Esos hombres no tienen energía! ¡Nada puedo hacer ya, partamos!» La proximidad de Napoleon causaba no pocos temores á la comision ejecutiva; las cámaras decian abiertamente que su permanencia en la Malmaison era un obstáculo para las negociaciones; temian que el ejército francés que se replegaba hácia París, se apoderase de su antiguo general para colocarle á su frente y combatir con él, y Fouché y sus partidarios, recelosos de las consecuencias que podia tener semejante suceso, se hallaban decididos á emplear hasta la violencia para alejar al emperador: «¿Quando marcha vuestro Bonaparte? dijo el mariscal Davoust á un ayudante de campo del emperador, encargado de tomar las últimas instrucciones acerca de la partida. ¡Decidle de mi parte que es preciso que se vaya, y que si no lo hace al momento, le mandaré prender ó le prenderé yo mismo!» Napoleon, con el corazon desgarrado, sin abrigar esperanza alguna, partió el dia 29 acompañado de algunos generales que le siguieron á la isla de Elba; el general Becker recibió el encargo de escoltarle hasta la isla de Aix, donde debia embarcarse para América; pero Wellington se habia negado á otorgarle un salvo conducto, y Fouché tenia tomadas sus medidas para que el augusto desterrado cayese en poder de la Inglaterra.

La cámara de representantes lo mismo que la de los pares esperaba que la marcha del emperador desvaneceria cuantos obstáculos entorpecian las negociaciones entabladas con las

potencias enemigas, pero los comisarios, nombrados para continuar aquellas negociaciones cerca de Wellington, no pudieron siquiera obtener un armisticio de unos cuantos dias. Los ejércitos rusos y austriacos habian invadido los departamentos del este, y sin perder tiempo en sitiar las plazas fuertes, se encaminaban á marchas forzadas hácia la capital; el ejército inglés ocupaba sucesivamente los puntos que evacuaban las tropas francesas, y el prusiano, desplegándose al oeste de París, destacaba numerosas fuerzas á la orilla izquierda del Sena, que no estaba defendida por haberla considerado inatacable. Esto no obstante la ocasion era en extremo favorable á querer echar mano del ejército francés que solo anhelaba combatir; pero Davoust tenia el mando en jefe de aquel ejército, y desde el 27 de junio habia manifestado en el seno de la comision ejecutiva la necesidad de abrir á Luis XVIII las puertas de la capital. El rey no se habia atrevido aun á presentarse como tal: seguia de incógnito la marcha de los ejércitos extranjeros, y se estableció á dos leguas de París en el castillo de Arnonville, cerca de Gonesse, mientras que el conde de Artois, el duque de Berry y el duque de Angulema se encontraban en Lóndres, en el cuartel general de Wellington donde no tardó en reunirseles el príncipe de Talleyrand, y que el duque de Orleans que no renunciaba á su papel de pretendiente al trono constitucional habia invitado á lord Wellington á fijar en Neuilly su cuartel general. La cámara de diputados se hacia ilusion acerca de los proyectos de la coalicion extranjera, y pensando formalmente en defender París y en rechazar el gobierno de Luis XVIII, votaba proclamas al pueblo y al ejército para que se estrecharan junto á la bandera tricolor «consagrada por la gloria y el voto nacional;» por medio de Manuel, de Dupont de l'Eure, de Durbach y de sus miembros mas enérgicos protestaba contra el restablecimiento de los Borbones, y juraba mantener los derechos y el gobierno de Napoleon. El ejército, entusiasmado por la presencia y las palabras de los representantes, esperaba á cada instante la orden de marchar contra el enemigo; la poblacion de París confiaba en el triunfo, y la guardia nacional y los confederados se hallaban poseidos de furiosa exaltacion. Entonces fué cuando los comisarios del gobierno y los jefes militares firmaron, Fou-

ché antes que todos, un mensaje á los representantes del pueblo, destinado á ocultar las secretas negociaciones que Fouché y Davoust deseaban terminar por su propia cuenta: «En vuestras manos y á la faz del mundo, decian, juramos defender hasta el postrer suspiro la causa de nuestra independenciam y del honor nacional. Trátase de restaurar los Borbones, siendo así que los rechazan la inmensa mayoría de los franceses; si se consintiera en ello, acordaos, representantes, que se firmaria el testamento del ejército que por espacio de veinte años ha sido la salvaguardia del honor francés.» Estas palabras no eran mas que un lazo, y las tropas fueron condenadas á permanecer inactivas en los alrededores de París, cuando con tanta facilidad habrian podido tomar la ofensiva. El general Exelmans, con seis regimientos de caballería y uno solo de infantería, fué el único que pudo sustraerse á las contradictorias órdenes de Davoust, haciendo arrepentir á Blucher de haber adelantado con tanta imprudencia por la orilla izquierda donde su ejército podia ser aniquilado, si bien aquella derrota parcial no impidió á los prusianos que envolvieran á París desde Saint-Cloud hasta Chatillon. El cuerpo de Vandamme atravesó la capital para proteger los caminos de Orleans y de Fontainebleau que el enemigo habia ya cerrado, en tanto que se reunió en las Tullerías un consejo extraordinario con asistencia de los mariscales que se encontraban en París, de algunos generales elegidos por Fouché y Davoust, y de los presidentes de ambas cámaras. Largo tiempo se deliberó sobre la posibilidad de defender París, y acabó por no resolverse cosa alguna; sucediendo otro tanto en el gran consejo de guerra reunido el dia siguiente en la Villette para el mismo objeto. El dia 2 de julio se perdió en escaramuzas y en repetidos combates en las alturas de Meudon y en las llanuras de Issy; los prusianos continuaban acercándose al recinto de París, y Wellington ocupaba los pueblos de Asnieres, de Courbevoie y de Suresne, mientras que el ejército francés acampado en la Villette se admiraba de su inaccion. Los habitantes de París, que vieron desfilar por los bulevares una larga columna de prisioneros prusianos, se exaltaba al estampido del cañon y se resignaba á sostener un sitio; la cámara de diputados, extraña á cuanto pasaba á su alrededor, discutia los artículos de la cons-

titucion. A las diez de la noche, propuso Davoust un armisticio y la rendicion de la capital, pero como Blucher exigia que la ciudad y el ejército se rindiesen á discrecion, fué preciso que Fouché y Talleyrand mediaran cerca de Wellington para obtener mas honrosas condiciones. Las hostilidades empezaron de nuevo á las tres de la madrugada en los alrededores de Issy al tiempo que se parlamentaba en Saint-Cloud; Fouché habia escrito á Wellington: «Tranquilizad los ánimos y todos estarán por vos,» y en efecto, el generalísimo inglés tuvo en cuenta las susceptibilidades del honor nacional en la *convencion* que se firmó el dia siguiente: el ejército francés debia evacuar la capital dentro de tres dias, y retirarse dentro de ocho á la otra parte del Loire con todo su material de guerra; la ciudad debia ser administrada por sus autoridades, protegida por su guardia nacional, y respetada por las potencias coaligadas, no existiendo artículo alguno que determinase la forma de ocupacion de París por las tropas inglesas y prusianas. La bolsa experimentó un alza desde cincuenta y tres á sesenta y ocho francos.

Al siguiente dia dió principio el ejército francés á un movimiento general de retirada, ocupando las tropas de Wellington y de Blucher las posiciones fortificadas que defienden la capital; y en tanto la cámara de diputados, turbada, confusa y azorada, se espantaba de su propia obra, y conservaba una actitud hostil á los Borbones, sin nombrar tampoco en sus actos al soberano á quien reconociera; perdida la esperanza de sostener el trono de Napoleon II, adoptaba proclamas vagas é incoloras, en las que recomendaba al pueblo francés la confianza que ella misma no tenia. Los liberales que secundaran tan ciegamente las intrigas de Touché, volviéronse entonces hácia el duque de Orleans y entraron en negociaciones con sus agentes secretos, prontos á aceptarle como rey antes que á Luis XVIII y á los príncipes de la rama primogénita de los Borbones, si las potencias extranjeras no se hubiesen opuesto á aquella transaccion de los partidos. El duque de Orleans tenia en todas partes emisarios que decian á los bonapartistas que el príncipe conservaria las instituciones de Napoleon; á los realistas, que solo aceptaria la corona para restituirla á Luis XVIII; á los republicanos que seria fiel á sus primeros juramentos, y á los constitucionales que estableceria

sólidamente el imperio de la constitucion y del gobierno representativo. Mientras esto sucedia, Luis XVIII formaba un ministerio bajo la inspiracion de Talleyrand y de lord Wellington, quienes nombraron á Pozzo di Borgo, ayudante de campo del emperador de Rusia, ministro del interior; el mariscal Gouvion Saint-Cyr se encargó de la cartera de la guerra; el abate Louis de la de hacienda; el conde Jaucourt de la de marina, y el baron Pasquier de la de justicia. Fouché quedó ministro de policia, y el príncipe de Benevento se reservó los negocios extranjeros; el duque de Richelieu fué ministro titular de la casa del rey en lugar del conde de Blacas que se contentó con ser consejero íntimo de Luis XVIII, y designar él mismo á los jefes de las grandes administraciones públicas: De Cazes, nuevo favorito, fué nombrado prefecto de policia; el conde Chabrol-Volvie, prefecto del Sena; el conde Beugnot, director general de correos; el conde Molé, director general de puentes y calzadas, y el mariscal Macdonald, gran canciller de la Legion de honor. En el mismo momento en que Luis XVIII presidia el consejo de ministros y daba otra vez principio al ejercicio de su soberanía, ignorábase en París que se hallase tan cerca de las Tullerías; la comision de gobierno deliberaba aun, y Carnot proponia á sus cólegas trasladarse con las cámaras en medio del ejército á la parte opuesta del Loire; la asamblea de diputados se hallaba reunida, y negándose á disolverse ante las bayonetas extranjeras, votó casi por unanimidad y entre los gritos de *viva la nacion*, una declaracion de los derechos de los franceses y de los principios fundamentales de la constitucion, junto con un manifiesto al pueblo, donde protestaba solemnemente contra todo gobierno impuesto por la fuerza y contrario á las libertades constitucionales. El 7 de julio, al despuntar el dia, cincuenta mil prusianos hicieron su entrada triunfal en París, y al instante se lanzaron á la calle varios grupos de realistas llevando la bandera blanca y gritando: *viva el rey! muera Napoleon!* La comision de gobierno se hallaba reunida en las Tullerías, cuando penetró en la sala de sus sesiones un oficial prusiano, quien entregó al presidente una nota de Blucher exigiendo una contribucion de cien millones de francos en dinero, y una suma igual en prendas de vestuario y de armamento. La comision no

puede contener su enojo, pero el oficial prusiano la invita á retirarse en cuanto tiene órden de ocupar el palacio en nombre del rey de Francia. Advertida la cámara de tamañas violencias, sube Manuel á la tribuna y conjura á sus cólegas á resistirse hasta la muerte en caso necesario; los diputados aplauden sus elocuentes palabras, pero no tardan en dispersarse uno tras otro, y el presidente Lanjuinais levanta la sesion, siendo así que la asamblea se habia declarado en sesion permanente. Aquella misma noche invadió la policia el palacio legislativo, y cuando al dia siguiente quisieron los representantes penetrar en el salon de sus sesiones, viéronse rechazados por los prusianos y los guardias nacionales que ocupaban las inmediaciones. Aquel mismo dia volvió Luis XVIII á las Tullerías, atravesando la ciudad convertida en un vasto campamento; habia cañones en todas las plazas, en las calles acampaban regimientos ingleses y prusianos, y solo se oia el estrépito de sus tambores y de sus músicas militares.

En tanto, Napoleon llegaba á Rochefort el dia 3 de julio y se embarcaba en la fragata francesa *Saale*, que debia conducirle á los Estados Unidos; mas los cruceros ingleses interceptaban enteramente el paso, y cuatro dias estuvo esperando en la isla de Aix la ocasion favorable para atravesar la línea de bloqueo que el almirante inglés estrechaba mas y mas. Expuesto entonces á caer prisionero de guerra y á verse entregado al gobierno de Luis XVIII, prefirió correr el peligro de ponerse bajo la proteccion de la Inglaterra, y escribió al príncipe regente la carta que sigue: «Víctima de las facciones que dividen mi país y de la enemistad de las mas grandes potencias de Europa, he terminado mi carrera política, y como Temístocles voy á sentarme en el hogar del pueblo británico. Colócome bajo la proteccion de sus leyes y la reclamo á V. A. real como del mas fuerte, del mas constante y del mas generoso de mis enemigos. El dia 15 de julio entró á bordo del navio inglés *Bellerofonte*, mandado por el capitan Maitland, y el 26 hallóse en la rada de Plymouth; el emperador no pudo saltar á tierra, y el ministerio le notificó que iba á ser conducido á la isla de Santa Elena, lugar que se le señalaba para perpétua prision. «¡Esto es peor que la jaula de Tamerlan! exclamó Napoleon, tanto habria valido firmar al mo-

mento mi sentencia de muerte.» Derramó algunas lágrimas al mirar los retratos de su esposa y de su hijo á quienes no esperaba ver jamás, y dictó al gran mariscal Bertrand una enérgica protesta contra la medida adoptada por el gabinete inglés: «Apló de ella á la historia; esta dirá que un enemigo, que por espacio de veinte años hizo la guerra al pueblo inglés, fué libremente en su infortunio á buscar un asilo á la sombra de sus leyes. ¿Qué mayor prueba podia darle de su aprecio y confianza? Fingió tender á su enemigo una mano hospitalaria, y luego que se hubo puesto en sus manos de buena fe, le inmoló.» Trasladado á bordo del *Northumberland*, que se hizo á la vela sin perder un momento, divisó por última vez la tierra de Francia al doblar el cabo de Hogue: «¡Adios! ¡adios, patria del valor! exclamó; con algunos traidores menos, serias siempre la gran nacion y la soberana del mundo!» El 18 de octubre llegó á su destino, á la roca de Santa Elena donde debia morir. En un tratado firmado en París el dia 2 de agosto, las cuatro potencias aliadas habian decidido que Napoleon Bonaparte era su prisionero, y que su custodia quedaba especialmente confiada al gobierno británico.

En aquel entonces el ejército francés ya no existia; firmada la capitulacion de París habiase replegado lentamente á las órdenes del mariscal Davoust, y aunque compuesto de cien mil hombres de infantería, de veinte y cinco mil de caballería y de seiscientos cañones, habia permanecido inactivo mientras que se precipitaban contra la Francia un millon de extranjeros. Un ejército de doscientos cincuenta mil rusos tomó posicion en la orilla derecha del Loire, delante del campamento francés, y Davoust publicó entonces una poelama anunciando á sus tropas la formacion de un nuevo ejército, y el licenciamiento del que obedecese sus órdenes, y mandándoles la escarapela y la bandera blancas. La indignacion del ejército no conoció límites; la desercion, la indisciplina se introdujeron en sus filas, y no fué bastante á contenerlas el nombramiento del mariscal Macdonald en reemplazo de Davoust aborrecido por las tropas. El decreto de 24 de julio llevó á su colmo el furor de los soldados; por él se mandaba someter á un consejo de guerra por haber hecho traicion al rey antes del 23 de marzo, á los generales Ney, La Bédoyère, los dos hermanos Lallemand, Drouet de Erlon, Lefebvre-Desnouettes,

Ameilh, Brayer, Gilly, Mouton-Duvernet, Grouchy, Clausel, Laborde, Debelle, Bertrand, Drouot, Cambronne y Rovigo: otros como Soult, Alix, Exelmans, Carnot, Vandamme, Lamarque, etc., eran expulsados de París y enviados al interior del reino bajo la vigilancia de la policía hasta que las cámaras hubiesen decidido de su suerte. Macdonald logró empero reducir el ejército á la obediencia; los cuerpos tomaron, unos despues de otros, la escarapela blanca, y el licenciamiento se verificó sin desórdenes: aquellos hermanos de armas que habian compartido los mismos triunfos y los mismos reveses, se abrazaron antes de volver á sus hogares y de trocar el fusil del soldado por el azadon del labrador; los que se hallaban mas acostumbrados á la obediencia pasiva pidieron servir bajo la nueva bandera, y los oficiales fueron sometidos á una especie de sumaria política: examinóse su conducta durante los cien dias, y segun el mayor ó menor ardor de sus opiniones bonapartistas, dividióseles en catorce clases, que representaban sus títulos de exclusion ó de admision en el ejército real.

Los campesinos de la Alsacia, de la Lorena, de la Borgoña y de la Champaña, animados y sostenidos solo por su patriotismo hacian cruda guerra á los destacamentos extranjeros, y aun pasado un mes de haberse firmado la paz en París se combatia en las campiñas. En tanto la capital veia llegar incesantemente nuevos cuerpos de tropas aliadas; los muelles, las plazas, los jardines públicos eran trasformados en campamentos, y los soberanos coaligados, los emperadores de Rusia y de Austria y el rey de Prusia, lo mismo que todos los príncipes de la coalicion, no tardaron en acudir á París para gozar de su triunfo y de la humillacion de la Francia. Los museos que encerraban las obras maestras del arte, gloriosos frutos de las conquistas francesas, fueron despojados en beneficio de sus antiguos propietarios, y Talleyrand que trató de oponerse á aquel despojo, dirigido por el escultor Cánova en nombre del papa y de los príncipes de Italia, solo pudo obtener que se conservaran intactos los monumentos de piedra pertenecientes á la ciudad de Paris. El primer acto del gobierno del rey fué publicar una lista de proscripcion contra cincuenta y siete personas, notables en el ejército, en las cámaras y en la administracion; en seguida reconstituyó la cámara de los

pares tal como existia antes del 20 de marzo, eliminando á veinte y nueve pares que se habian sentado en ella durante los cien dias, y creando noventa y tres nuevos pares elegidos entre la antigua nobleza. La cámara constó de doscientos diez miembros, y la dignidad de par fué declarada hereditaria. Disuelta la cámara de representantes, convocáronse para el 14 de agosto los colegios electorales á fin de elegir una nueva cámara de diputados, compuesta de trescientos noventa y nueve miembros, en vez de doscientos cincuenta y nueve, y varias modificaciones en la ley electoral conferian al gobierno una influencia mas directa en las elecciones. Para robustecer el poder real, Luis XVIII, siguiendo su idea favorita, creó un consejo privado, superior al de ministros, y en él tuvieron cabida cuantos se mostraron fieles durante los cien dias. El ministerio no parecia aun definitivamente establecido: Pozzo di Borgo no habia admitido la cartera del interior, y el guarda sellos la desempeñaba; el duque de Richelieu solo de nombre era ministro de la casa del rey, y así el espíritu como la marcha del gobierno parecia indecisa todavía. El partido de los realistas puros, á cuyo frente se hallaba el conde de Artois, continuaba su papel de oposicion política y religiosa contra el sistema constitucional, y adquiria fuerzas y una preponderancia tal como jamás habia tenido; no dominaba únicamente en la corte y en la nobleza, y habia extendido su influencia en los departamentos, sobre todo en los del mediodía, donde se habian amontonado elementos de guerra civil á los que la catástrofe de los cien dias quitó la ocasion de estallar.

La noticia de la segunda restauracion de los Borbones exaltó las pasiones del pueblo en Marsella, en Nimes, en Avignon y en otras muchas ciudades del mediodía, donde la autoridad municipal fué cómplice con frecuencia de los excesos que debia reprimir. Los jefes subalternos, reclutados por las juntas realistas de los cien dias, dieron al viento una bandera blanca con un pequeño escudo verde, que les granjeó el nombre de *verdets*, y numerosas bandas organizaron una especie de terror que suspendió durante muchos meses la accion de la autoridad civil, jurídica y militar. El mariscal Brune fué una de las primeras víctimas del furor popular, y á pesar de los esfuerzos de las autoridades pereció á manos del populacho de Avignon.

El nuevo sistema inició su gobierno con actos de rigor contra los partidarios del antiguo orden de cosas, y el general La Bédoyère, que fué el primero en proclamar al emperador luego de su regreso de la isla de Elba, debia ser tambien el primero que cayese bajo los golpes de la reaccion. Léjos de imitar el general la conducta de sus compañeros de proscripción que se habian ocultado ó salido de Francia, vivia públicamente en París donde no tardó en ser espiado y preso, despues de negarse á recibir el pasaporte que Fouché le enviara, lo mismo que á las otras cincuenta y seis personas exceptuadas de la amnistía, entre las cuales repartió cuatrocientos cincuenta y nueve mil francos. El día 4 de agosto compareció ante un consejo de guerra, presidido por el coronel Berthier de Savigny y compuesto de seis comandantes, de dos capitanes y de un teniente de gendarmería; el príncipe real de Prusia, los príncipes de Orange y de Wurtemberg con sus estados mayores y todo el cuerpo diplomático, asistieron á los debates. La Bédoyère fué condenado á muerte, y el 19 de agosto, despues de abrazar á su esposa y á su hijo, fué fusilado en la llanura de Grenelle.

Bajo la impresion de tales sucesos y bajo la amenaza de las bayonetas extranjeras, nombraron los colegios electorales la cámara de diputados. El partido bonapartista no contó ni un solo representante en aquella asamblea compuesta de antiguos nobles, de emigrados y de realistas; á duras penas podian considerarse como adictos al partido constitucional treinta ó cuarenta miembros de la nueva cámara, y esto que aquel partido habia hecho considerables progresos desde los cien dias, pues la constitucion era una especie de terreno neutral en el cual se encontraban todas las fracciones, todos los matices de la oposicion, nacida del deseo de restablecer el pasado, y de las inquietudes que el porvenir inspiraba. El patriotismo menos exaltado se inflamaba al considerar la situacion de la Francia, y el mismo Fouché se vió obligado á confesar parte de la verdad en una memoria dirigida al rey sobre el estado interior del reino. Los males de la Francia han llegado á su colmo, decia el ministro de policía; se devasta, se destruye todo como si no hubiese para nosotros mas reposo ni tranquilidad. Los habitantes toman la fuga ante la indisciplina soldadesca; los bosques se llenan de infelices que buscan

en ellos un postrer asilo; las cosechas se secan en los campos; en breve no escuchará la desesperacion la voz de autoridad alguna, y la presente guerra, emprendida para asegurar el triunfo de la moderacion y de la justicia, igualará en barbarie á las deplorables invasiones que recuerda con horror la historia.» Estas palabras de Fouché eran una protesta pública contra los planes de los soberanos coaligados que, en menosprecio de los mas solemnes compromisos, deseaban oprimir, desmembrar y envilecer á la Francia. Luis XVIII se hallaba de acuerdo con Talleyrand para dirigir su voz al pueblo francés, y denunciar ante el tribunal de la opinion los hostiles proyectos de los que se titulaban los pacificadores de Europa, comprendiendo que no podia admitir el desastroso tratado que le exigian sus aliados como precio de sus interesados servicios, sino despues de fingir apurar todos los medios de resistencia; y esto hizo que los tres soberanos aliados dirigiesen dos *ultimatum* á la monarquía de los Borbones exigiendo por bases del nuevo tratado el desmembramiento de territorio, la sesion de plazas fuertes, una contribucion de guerra, y la ocupacion militar. Talleyrand era quien negociaba por parte de la Francia, sin observar que se trataba de librarse de él y de su supremacia celosa y tiránica; no imperaba ya como en el congreso de Viena en las decisiones de la diplomacia: al dominar á Wellington, apenas podia hacer sentir su influencia á lord Castlereagh, y los plenipotenciarios, Capo d'Istria, que reemplazara á Nesselrode por parte de la Rusia, Hardemberg por la Prusia, y Metternich por el Austria, no parecian nada dispuestos á doblegar sus resoluciones ante la sagaz insistencia del principe de Benevento. Este se creia fuerte con la absoluta confianza de Luis XVIII, pero Fouché que veia mas claro y mas léjos, que por medio de su policia era sabedor del fondo de las cosas, juzgó que no podia sostenerse por mas tiempo en el ministerio, y que este llegaría á caer por completo bajo los golpes de los ultra-realistas, quienes, acaudillados por el conde de Artois y la duquesa de Angulema, podian contar á la vez con la cámara de diputados y con el consejo privado del rey. Sin intentar la lucha contra aquel partido que le echaba cada día en rostro los nombres de *jacobino* y de *regicida*, presentó su dimision al rey en 16 de agosto luego que hubo recibido el gabinete el ultimatum de los plenipotencia-

rios, solicitando en cambio del ministerio de policía la embajada de Francia en la corte de Sajonia. Su fiel policía le advirtió de que se trataba de asesinarle en el camino de Alemania, así es que salió de París disfrazado y con un nombre supuesto, pudiendo llegar á Dresde despues de burlar varias asechanzas de sus enemigos. Esto no obstante, Talleyrand persistia en no abandonar el ministerio, creyéndose indispensable en circunstancias tan difíciles; habia conocido por fin de lo que era capaz el partido puramente realista que minaba su administracion y su diplomacia, y no temió atacarle de frente denunciándolo al rey como perjudicial para los intereses de la Francia y peligroso para la corona; sus advertencias empero, no produjeron el resultado que esperaba, y el rey acabó por declararle en pleno consejo de ministros, que las potencias aliadas consentirian en firmar la paz con mejores condiciones para la Francia, si cambiase de mano y de influencia la direccion de los negocios extrajeros. Talleyrand, ofendido en su amor propio de diplomático, ofreció su dimision, que el rey aceptó dándole gracias por el sacrificio que hacia á la razon de Estado. El duque Dalberg y el abate Louis imitaron á Talleyrand, cuya cartera pasó al duque de Richelieu, el cual, de acuerdo con el emperador de Rusia, constituyó un ministerio puramente realista: el duque de Feltré se encargó de la guerra, el vizconde de Bouchage, de la marina, el conde de Vaublanc del interior, Barbé-Marbois, de la justicia y Decazes, de la policía. «Nos han burlado, dijo el príncipe de Benevento á sus compañeros de desgracia; es una intriga que venia de lejos.»

En el mismo momento en que Talleyrand cedia su lugar al duque de Richelieu, un genio oculto organizaba un misterioso lazo entre los emperadores de Rusia y de Austria y el rey de Prusia; es un secreto todavía quien fué el primer instigador del tratado que firmaron los tres soberanos en 26 de setiembre, tratado de la *Santa alianza*, que no fué conocido hasta muchos meses despues de su celebracion, luego de haberse adherido á él las potencias secundarias. A lo que parece la idea de pacto tan singular pertenece á una mujer, célebre por su talento y por sus pretensiones de *iluminismo* germánico, la señora Krudner si bien se ignora quien era el oráculo cuyas lecciones repetia. Nada mas vago ni mas oscuro que los términos de dicho tratado, en virtud

del cual «habiendo adquirido los tres firmantes la íntima convicción de que era necesario sentar la futura conducta de las potencias en las sublimes verdades que nos enseña la religion del Dios salvador,» declaran solemnemente «que aquel acto solo tiene por objeto el manifestar á la faz del universo su firme resolucion de tomar por norma, ya en la administracion de sus estados respectivos, ya en sus relaciones políticas con otros gobiernos, los preceptos de aquella religion santa, preceptos de justicia, de caridad y de paz.» Segun dichos principios, los monarcas contrayentes se obligaban á considerarse como hermanos y á permanecer unidos por los lazos de una verdadera é indisoluble fraternidad; á mirarse como compatriotas, y á prestarse siempre y en toda circunstancia, asistencia, socorro y auxilio; á considerarse respecto de sus súbditos y ejércitos como padres de familia, y á dirigirles con igual espíritu de fraternidad en bien de la religion, de la paz y de la justicia; finalmente los tres príncipes aliados, considerándose á sí mismos como delegados por la Providencia para gobernar las tres ramas de una misma familia, á saber: el Austria, la Prusia y la Rusia, confesaban «que la nacion cristiana de que formaban parte ellos y sus pueblos no tiene realmente mas soberano que aquel único á quien pertenece en propiedad el poder, porque solo en él se hallan los tesoros del amor, de la ciencia y de la infinita sabiduría. Dificil era adivinar bajo tan místico lenguaje el objeto formidable que se proponía la Santa Alianza, y los terribles medios que debia emplear para alcanzarlo: era aquello una nueva cruzada contra las ideas revolucionarias y la emancipacion de los pueblos en favor de la legitimidad y el absolutismo de los soberanos.

En aquel tiempo Fernando, restablecido en el trono de Nápoles, se libró de un competidor temible. Despues de su loca y desastrosa expedicion, intentada en nombre de la independencía de Italia, Murat no se hallaba seguro en Nápoles, y embarcándose en secreto con algunos oficiales, se refugió en la isla de Ischia, mientras que la escuadra inglesa se presentaba á la vista de la capital y que los austriacos proclamaban en ella al rey Fernando. Murat pasó á Francia para asistir á la caída del Emperador, que no quiso volverle á ver, y estuvo oculto hasta mediados de julio en una quinta inmediata á Marsella. A duras penas pudo refu-

giarse en Córcega, y desde allí quiso hacer lo mismo que Bonaparte desde la isla de Elba: desembarcó en Calabria, pero así que hubo saltado á tierra con un escaso número de amigos adictos, vióse rodeado por una multitud de campesinos armados que no le dieron tiempo, ni para defenderse ni para morir con las armas en la mano. Sometido á una comision militar, fué condenado á muerte en 13 de julio, y fusilado aquel mismo dia.

Aun no habian salido de París los soberanos aliados cuando la cámara de representantes robusteció con sus actos el partido fuerte ya de la reaccion, que tenia su centro en el pabellon Marsan. Luis XVIII en el discurso de la corona dejó traslucir á través de su fraseología constitucional las tendencias y las esperanzas de aquel partido. «Junto á la ventaja de mejorar, dijo, existe el [peligro de innovar.». Despues de insinuar la *inconcebible defeccion* que señalara la *criminal empresa del usurpador*, habló el rey del tratado que acababa de celebrar con sus aliados, no sin *profundo pesar*, tratado que, firmado definitivamente en 30 de noviembre, no tardó en hacerse público: la indemnizacion pecuniaria á las cuatro potencias aliadas quedó reducida á setecientos millones pagaderos en cinco años; la Francia debia mantener durante este tiempo un ejército extranjero de ciento cincuenta mil hombres, ocupando plazas, fuertes y posiciones militares en los departamentos del Paso de Calais, del Norte, de las Ardenas, del Meuse, del Mosella, del Bajo y del Alto Rhin, donde el gobierno francés solo podia tener veinte y dos mil hombres sobre las armas para el servicio de las guarniciones. La fortaleza de Uninga debia ser demolida sin que fuese permitido á la Francia reconstruirla jamás; las fronteras del Norte y Este eran estrechadas de veinte leguas cuadradas solamente, pero en los cantones que perdia la Francia se hallaba comprendida una línea de fortificaciones, tales como Philippeville y Landau, necesaria para su defensa. La Prusia, la Baviera, los Paisés Bajos, la Suiza y la Cerdeña se dividieron entre sí la línea armada que rodeaba nuestro territorio; y trasmitióse al rey de Cerdeña la alta soberanía del principado de Monaco. El gobierno del rey prometia hacer liquidar cuantas sumas debia al extranjero el gobierno anterior, é indemnizar á los súbditos ingleses que habian sufrido por la confiscacion y el secuestro desde 1793. Este fué el tratado que los

Borbones aceptaron de la magnanimidad de sus aliados, quienes, mediante la humillacion y empobrecimiento de la Francia, confirmaron entre sí su alianza de 25 de marzo de 1815 á fin de afianzar en la monarquía francesa el órden de cosas establecido en el mantenimiento de la autoridad del rey y de la Carta constitucional. Aquel órden de cosas no era sin embargo del gusto de los ultra-realistas: la Carta les parecia una concesion revolucionaria, y esto fué causa de que se abriesen las Cámaras bajo el imperio de las ideas mas retrógradas. Así lo reveló el nombramiento del presidente y vice presidentes; Lainé, que presidiera la cámara de 1814, sentóse otra vez en aquel punto para reanudar la cadena de ambas asambleas, interrumpida por los cien días, y así los vicepresidentes como los secretarios fueron elegidos entre los mas exaltados realistas. La Cámara entera participaba, por decirlo así, de una sola opinion, y solo habia en ella unos cuarenta realistas constitucionales que se agrupaban al rededor de Roger Collard y del conde de Serre, jefes de una oposicion moderada y en cierto modo filosófica. La opinion liberal debia componerse de dos miembros, Voyer de Argenzon y Flangergues, pero fué anulada la eleccion de este último por no pagar exactamente la cuota de elegibilidad. Los miembros de la mayoría eran conocidos todos hacia treinta y cinco años como emigrados, como chuanes, como enemigos de la República y del Imperio, y entre ellos gozaban de grande influencia el conde de Artois y su camarilla, influencia que era mayor aun en la cámara de los pares, la cual por el secreto que envolvía sus sesiones, se prestaba naturalmente á la dominacion absoluta del poder. Los pares que pertenecian al imperio se hallaban doblegados á la obediencia pasiva, y los antiguos nobles, los ex-emigrados que formaban las dos terceras partes de aquella asamblea, no cedian en ardor monárquico á los mas jóvenes realistas de la cámara de diputados; á duras penas encontrábanse algunos que como Lanjuinais, algo adicto á la política del año 89, se atreviesen á proclamar su afecto á la carta de 1814, y viesen en ella las raices de la real monarquía constitucional. Al votar la contestacion al discurso ambas cámaras estuvieron de acuerdo para impulsar al soberano hácia las vias de rigor, preparadas ya por el ministerio; los pares *solicitaron humildemente de su equidad la*

retribucion necesaria de las recompensas y las penas, para conciliar con los beneficios de su clemencia los derechos de su justicia, y los diputados, cuyo único objeto debia ser cimentar la concordia universal, invocaban para ello la justicia del rey contra los que pusieron en peligro el trono: «Os suplicamos, decian, en nombre de este mismo pueblo, víctima de las desgracias que sobre él pesan, que dispongais que la justicia empiece allí donde ha terminado la clemencia.» Luis XVIII se apresuró por lo tanto á mostrar su firmeza, y «á mantener los derechos que debian afianzar la seguridad pública»

El ministro de policía Decazes, empezó por presentar un proyecto de ley sobre la suspension de la libertad individual: «El rey ha prometido, dijo, querer cuanto exija el interés del pueblo» de modo que aquella ley que violaba la carta, era asimilada á una medida de salvacion pública y de seguridad general; mas la comision que examinó el proyecto, solo vió en él una *medida moderada* que debia salvar la libertad de todos, coartando la de algunos, y Bellart, Pasquier y Hyde de Neuville, defendiéronlo contra las enmiendas y la modificacion completa que Royer-Collard y Serre pretendian hacerle sufrir para ponerlo mas en armonía con la legislacion existente; era la ley un arma saludable y protectora que debia confiarse al *padre de familia*, al *mejor de los reyes*. Voyer de Argenson negó la necesidad de aquella ley excepcional, y pidió que se extendiera un informe acerca de la situacion del reino y especialmente sobre los asesinatos de los protestantes en el mediodía: «Al órden!» gritáronle de todas partes, y no se le permitió hablar mas sobre aquellos excesos que cubria la mayoría con un velo realista. La libertad individual quedó pues suspendida hasta la próxima legislatura, y doscientos noventa y cuatro votantes contra cincuenta y seis, decidieron que todo individuo acusado de crímenes ó delitos contra la persona ó la autoridad del rey, contra las personas de la familia real ó contra la seguridad del Estado, podia ser preso sin ser juzgado mientras la ley se hallase vijente. En la cámara de los pares encontró la ley la enérgica oposicion de Lanjuinais, quien la calificó de inútil y de injusta, acusándola de reproducir la ley de los sospechosos, y si bien el duque de Brissac, Fontanes y el duque de Ragusa intentaron destruir el efecto producido por aquellos

argumentos, presentando á su vez la ley como medida de humanidad y de indulgencia, la concienzuda opinion de Lanjuinais, fué sostenida por veinte y nueve votantes que protestaron contra la adopcion del proyecto, tal como habia sido votada por la cámara de diputados. Este triunfo preparó uno nuevo: la ley contra los autores de gritos y actos sediciosos, indispensable corolario de la suspension de la libertad individual, fué adoptada por ciento veinte y un votos entre ciento cincuenta y seis votantes.

El ministerio no se hallaba aun bastante armado con aquellas dos leyes terribles, y el duque de Feltre presentó otra ley para el restablecimiento de los tribunales prebostales, ley, segun él, destinada á introducir la calma en el reino y á intimidar á los malos. La comision nombrada en la cámara de diputados para el exámen del proyecto, agravó aun mas sus disposiciones sin aceptar empero el principio de retroactividad introducido en las mismas, y quiso poner otra vez en vigor el suplicio de la horca. La discusion pública sobre la ley se abrió el dia 4 de diciembre estando encargado de su defensa en nombre del gobierno Royer-Collard y Cuvier; en virtud de ella creábase en cada departamento un tribunal de justicia, compuesto de un presidente, de un preboste con el grado de coronel, y de cuatro jueces elegidos en el tribunal de primera instancia. El mas jóven de estos jueces hacia las veces de asesor, y el preboste tenia por cargo el investigar y perseguir todos los crímenes, y en especial los que la nueva legislacion clasificaba en la categoría de atentados y delitos políticos. El interrogatorio de los reos, la instruccion de la causa y el juicio, debian verificarse sin perder un momento, y el fallo contra el cual no habia apelacion, era ejecutorio dentro de veinte y cuatro horas. En la cámara de diputados solo diez bolas negras rechazaron el proyecto, aprobado por doscientos noventa votantes, y en la cámara de los pares, donde fué puesto en discusion el 15 de diciembre, la oposicion contó un voto mas contra una ley «que segun dijo Lanjuinais, atenta á la institucion del jurado, imprime á la legislacion francesa una marcha retrógrada, ataca las mas preciosas franquicias del ciudadano, y ofende la majestad del trono con un rigor que no cabe en las intenciones ni en el interés del monarca.» Al ser votado el proyecto; el mariscal Ney ya no existia.

Preso en el departamento de Cantal, donde se habia refugiado, el mariscal fué conducido á París, interrogado por Decazes, entonces prefecto de policía, y sometido á un consejo de guerra. El mariscal Moncey, decano de los mariscales, fué designado por el ministro de la guerra para presidir el consejo, pero se negó á aceptar aquel cargo, y dirigió al rey una carta en la que le decía: Pensadlo bien, señor; es muy peligroso, y sobre todo muy impolítico el llevar a los valientes hasta la desesperacion. Ah! si el infortunado Ney hubiese hecho en Waterloo lo que tantas veces hizo en otra parte, quizás no se veria hoy sometido á una comision militar, quizás los que reclaman en el dia su muerte implorarian su proteccion!» En contestacion á semejante carta, el mariscal fué destituido por decreto del rey, y condenado á tres meses de cárcel. En 10 de diciembre, el mariscal asistido por los abogados Berryer y Dupin, compareció ante un nuevo consejo de guerra, presidido por el mariscal Jourdan, y compuesto de tres mariscales del imperio Massena, Augereau y Mortier, y de tres tenientes generales del rey, Villatte, Claparede y Gazan. Despues del interrogatorio del mariscal, el consejo se declaró incompetente por cinco votos contra dos, y los ultra-realistas que hacian de la condenacion de Ney un asunto de Estado, no pudieron contener su indignacion. Al dia siguiente, el duque de Richelieu trasladó la acusacion á la cámara de los pares: «No solo en nombre del rey, dijo el ministro, sino tambien en nombre de la Francia desde hace mucho tiempo indignada y sumida ahora en estupor, en nombre de la Europa entera, os conjuramos y os requerimos que juzgueis al mariscal Ney.» Semejantes palabras no daban lugar á la menor defensa. En 21 de noviembre compareció Ney ante los jueces con sus dos abogados; la instruccion de las diligencias habia sido dirigida por el baron Seguier, primer presidente del tribunal de París, y Bellart, procurador general del mismo tribunal, conocido por su fogoso realismo hacia las veces de fiscal público, y acusó á Ney de autor de traicion premeditada. El acusado reclamó el plazo necesario para presentar testigos de descargo y preparar sus medios de defensa, y la cámara suspendió sus sesiones hasta el dia 4 de diciembre. Ney hizo declarar por sus abogados que no hubo en su accion «intencion páfida ni verdadera traicion;» pero dos testi-

gos de cargo, el general Bourmont y el coronel Clouet, acusaron al mariscal de haber vendido á Luis XVIII, dando él mismo á sus tropas la señal de la defeccion, cuando la division que mandaba en Lonsle-Saulnie se hallaba animada del mejor espíritu realista. El mariscal desmintió con energía aquellas declaraciones, é invocando la memoria del general Lecourbe, le interpelló contra aquellos dichos *ante un tribunal mas alto, ante Dios*, dijo, *que nos está escuchando!* Ney citó varios testigos, entre ellos al príncipe de Eckmull, al conde de Bondy y al general Guilleminot, á fin de establecer que la capitulacion de París habia estipulado formalmente la seguridad de las personas que tomaron parte en los acontecimientos políticos de los cien dias. «Creeis, exclamó el mariscal, que á no ser aquel protector tratado no habria muerto con la espada en la mano?» El procurador general y el guardasellos se opusieron á que fuesen discutidos los artículos de la capitulacion de París; y el primero, que pidió la aplicacion de la pena capital, interrumpió el discurso de Berryer, quien intentaba probar que aquella capitulacion firmada por los generales inglés y prusiano, obligaba tambien á su aliado, Luis XVIII, diciendo que el acusado debia buscar su defensa en las leyes francesas y no en los tratados con las potencias extranjeras. El segundo abogado, Dupin, alegó que el mariscal, nacido en Sarrelouis, no era ya francés á consecuencia de haber el tratado de 20 de noviembre separado aquel pueblo del territorio de la Francia. «Sí, soy francés, exclamó el mariscal rechazando aquel medio de defensa, y moriré libre. Doy gracias á mis defensores por el celo que en mi favor han demostrado y demuestran todavía; pero cesen en mi defensa antes que presentarla incompleta. A ejemplo de Moreau, apelo á la Europa y á la posteridad.» La asamblea estuvo deliberando desde las cinco de la tarde hasta las once de la noche: cinco pares se negaron á votar, fundándose en que la defensa no habia sido libre; Talleyrand, Jaucourt y Gouvion Sainteyr recusáronse á sí mismos por haber tomado parte en la acusacion; Augereau se recusó tambien por haber sido miembro del consejo de guerra que conociera antes de la causa; los pares eclesiásticos se abstuvieron igualmente de votar, y el mariscal fué condenado á la pena de muerte por ciento treinta y ocho votos contra diez y siete que opinaron por la deportacion.

A las cuatro de la madrugada leyóse la sentencia al mariscal, y á las ocho le condujeron á la esplanada del observatorio. Ney bajó precipitadamente del carruaje, y deteniéndose delante de un peloton de veteranos, dijo con voz firme: «Declaro ante Dios que jamás he sido traidor á mi patria. Ojalá pueda mi muerte hacerla mas feliz. ¡Viva la Francia!» Los veteranos lloraban. «Soldados, les gritó, cumplid vuestro deber; apuntad al corazon!» Y cayó herido de doce balazes.

El encono del partido vencedor no se hallaba satisfecho aun: el conde de Lavalette, ex-ayudante de campo del emperador, compareció ante el tribunal ordinario el dia 20 de noviembre, acusado de conspiracion contra el jefe del Estado, y de usurpacion de funciones públicas bajo el gobierno real, pues en 20 de marzo, despues de la partida de Luis XVIII, habia recobrado de su propia autoridad la direccion de correos que desempeñaba en tiempo del imperio, enviando aquel mismo dia á los departamentos un parte que anunciaba el regreso del emperador á París, á cuyo parte se debió la esplosion en toda la Francia del entusiasmo bonapartista. Lavalette fué condenado á muerte; cuantos medios se emplearon para obtener su gracia fueron vanos, y la ejecucion se fijó para el 25. Sin embargo, el sentenciado fué salvado la víspera por su esposa, quien trocó sus vestidos con los suyos, y el conde pudo salir de París, y luego de Francia en compañía de tres oficiales ingleses. La condesa que así se sacrificara por su esposo se volvió loca, y jamás recobró la razon.

Los ultra realistas no ocultaron la indignacion que les causara semejante hecho; Humberto de Seismaisons y de Bouville se quejaron con amargura de que el culpable no hubiese recibido *el castigo de sus atentados*, acusaron al ministerio de negligencia y debilidad, y reclamaron para el porvenir mas respeto y celo en favor de la vindicta pública. El gabinete no habia esperado empero la evasion de Lavalette para someter á la cámara de diputados un proyecto de amnistía, que no era en realidad sino un nuevo modo de proseripcion; al dia siguiente de la ejecucion del mariscal Ney, el duque de Richelieu sometió á la cámara de diputados una ley concediendo plena y completa amnistía á cuantos directa ó indirectamente hubiesen tomado parte en la rebelion y usurpacion del Buonaparte, exceptuando los individuos

designados en el decreto de 24 de julio: los comprendidos en el artículo primero de dicho decreto, quedaban bajo la amenaza de la pena capital; los comprendidos en el artículo segundo debían salir del reino dentro de dos meses, y eran perpétuamente desterrados los miembros y aliados de la familia del usurpador y sus descendientes hasta el grado de tío y de sobrino. La cámara acogió con trasportes de entusiasmo aquellas rigurosas medidas, pero no tardó en calificarlas de suaves y limitadas; el conde La Bourdonnaie, el marqués de Bouville, Duplessis Grenedan y Germiny presentaron cuatro contra-proyectos de amnistía, y la comisión nombrada para proceder á su exámen, cambió en su totalidad el proyecto del gobierno, sustituyéndole una redacción del todo nueva, tomada de la proposición de La Bourdonnaie. Corbieres fué el defensor de tan singular amnistía que exceptuaba tres categorías de culpables, además de los expresados en los artículos primero y segundo del decreto de 24 de julio, y que prometía por lo tanto mil ó mil quinientas causas á los tribunales prebostales. Las excepciones comprendían á los que fueron cómplices en el regreso de la isla de Elba, y á los prefectos, mariscales y generales que reconocieron al emperador antes del 23 de marzo; la familia de Bonaparte era excluida del reino en línea ascendiente y descendiente, con prohibición de volver á él bajo pena de muerte; los convencionales regicidas que firmaron el acta adicional ó aceptaron cargos públicos durante los cien días eran desterrados para siempre; y finalmente, restablecíase en el código bajo el título de *indemnizaciones* el odioso principio de la confiscación. La discusión empezó el día 2 de enero, y en ella fué atacado con pasión el proyecto de ley de los ministros por no comprender á bastantes culpables: «La debilidad, dijo Boudert, contribuye mas que el despotismo á la caída de los imperios.» El severo La Bourdonnaie, el inventor de las *categorías*, defendió su sistema de proscripción: «La Providencia, siempre profunda en sus designios, dijo, pone por fin en vuestras manos á los autores de nuestros primeros crímenes y de nuestras últimas desgracias.» La mayoría se pronunciaba por las leyes de sangre y reclamaba ejecuciones; los ministros suplicaban á la cámara que no desfiguraran las intenciones del soberano, y que dejasen á la ley su carácter de amnistía general, limitando el número de excepcio-

nes, y acogian sus palabras murmullos y señales de reprobacion. Sus partidarios impugnaban con energía el proyecto de la comision, y rechazaban en principio las *categorias* lo mismo que las *indemnizaciones*: «Exigir indemnizaciones sería el medio mas seguro para encender la guerra civil,» dijo Pasquier, al suplicar á sus colegas *en nombre de la salvacion de Europa* que rechazaran la obra de la comision. Los realistas constitucionales, advertidos por sus jefes Royer-Collard y Serre, comprendieron por fin que el proyecto de la comision, preferido por la cámara, violaba abiertamente la constitucion, y esto no obstante, aquel proyecto habria alcanzado mayoría, si el duque de Richelieu, de acuerdo con algunos miembros influyentes de la derecha, no hubiese imaginado una especie de transaccion, consistente en añadir al proyecto del gobierno un artículo relativo al destierro de los regicidas. «Desde Tiberio hasta Bonaparte, dijo el duque de Richelieu, las confiscaciones han sido presentadas á título de indemnizaciones; dejamos á la augusta familia de Borbon la gloria de haberlas abolido.» En efecto la confiscacion y las categorías fueron rechazadas, pero no sucedió lo mismo respecto de la proscripcion en masa de la familia Bonaparte, votada por aclamacion. La cámara de los pares adoptó sin modificacion alguna la ley de amnistía, pero aquellos á quienes alcanzaba no esperaron á que fuese votada para librarse de sus fatales consecuencias, y buscaron un asilo en el extranjero, hallando en su mayor parte una favorable acogida en los estados de los soberanos de la Santa Alianza. Carnot pudo establecerse sucesivamente en Varsovia y en Magdeburgo; Fouché en Praga, en Lintz y en Trieste; el pintor David llevóse sus pinceles á Bruselas; el poeta Arnault, su pluma; otros se retiraron á Silesia, á Moravia, á Polonia, á Suiza; pero la mayor parte no se creyeron en seguridad bajo el poder de la coalicion europea, y pidieron hospitalidad á los Estados Unidos de América. Allí se refugiaron Vandamme, Grouchy, Exelmans, los dos hermanos Lallemand, Lefebvre-Desnouettes, Regnault de Saint-Jean d'Angely, y otros muchos, hombres de Estado ó de guerra que habian sido proscritos ó amenazaban serlo.

La ley de amnistía y la de los tribunales prebostales eran los rigurosos instrumentos que empleaba el gobierno para consoli-

darse, persiguiendo, acosando la oposicion bajo cualquier forma y nombre con que se produjese. Todas las cárceles se hallaban atestadas de sospechosos; los tribunales pronunciaban á porfía sentencias fundadas en la ley sobre gritos sediciosos; la policia tomó proporciones considerables, y de aquí tantas supuestas conspiraciones, tantas sociedades secretas, tantas causas criminales, tantas deportaciones. La general impaciencia de cambiar el órden de cosas establecido por la coalicion europea, revelaba las escasas simpatías que tenia en la nacion la causa de los Borbones, contra la que se hacia una propaganda liberal, nacida del carbonarismo italiano. Desde 1808 la Italia, para defender su nacionalidad oprimida, habia formado una vasta red de sociedades secretas, que jamás habian revelado su existencia formidable á no ser por actos aislados y que se proponian la fundacion de la nacionalidad italiana. La francmasonería fué un prodigioso auxiliar del carbonarismo que la Alemania recibió como una religion misteriosa, siendo en cierto modo la Santa Alianza de los reyes el último dique opuesto á aquel torrente que hizo irrupcion en Francia despues de la caida del emperador, y que intentó derribar el trono de Luis XVIII; el nombre de Napoleon y el de su hijo eran la divisa de aquellos soldados de una causa desconocida, que no era otra que la de la libertad; solo los jefes se hallaban en el secreto de la conspiracion verdadera, pues fácilmente se concibe que las ambiciones particulares quisiesen aprovechar la inquieta situacion de los ánimos y hacer combatir por su propia cuenta á los esparcidos afiliados del carbonarismo italiano.

X El duque de Orleans, que desde la muerte de Luis XVIII habia aspirado mas de una vez al trono, y que durante los cien dias fué presentado como candidato á la corona, no cesó en sus tramas subterranas: retirado á Inglaterra, despues de protestar contra las tendencias del partido ultra-realista, esperaba que una nueva revolucion dejase vacante el trono, á consecuencia de las incesantes faltas de una reaccion incorregible; su partido sin ser numeroso se componia de hombres entendidos, ó por mejor decir sagaces que se adornaban con el oropel constitucional, y que tenian sin cesar en los labios la palabra libertad. El duque de Orleans, mas sagaz que todos sus partidarios, mandoles aprovechar todas las ocasiones, pero sin suscitarlas; considerando

como inevitable y próxima la deposición de Luis XVIII y de la rama reinante, tenía fe en el sentimiento nacional, mas nada hacia para provocar su expresión violenta, y por esto puede casi asegurarse que su agente, Pablo Didier, que quiso á mano armada revolucionar Grenoble, se excedió á las instrucciones del duque. Didier, profesor de derecho romano en la universidad de Grenoble, trató de aprovechar la influencia que ejercía en las montañas del Delfinado, para dar de nuevo principio á las conspiraciones que tramara en su juventud para proclamar rey de Francia á Luis Felipe de Orleans. Para ello se puso en relaciones con la sociedad secreta de la independencia nacional establecida en París, recorrió treinta y seis departamentos inmediatos al del Isere, y echó en ellos las raíces de una vasta conspiración en nombre de Napoleon II. Los conspiradores debían tomar las armas en la noche del 4 de mayo; enciéndose hogueras en las montañas que rodean Grenoble, y se da la señal, pero la policía que lo sabía todo, cayó sobre los conjurados en su cuartel general de Eyben, matóles algunos hombres, dispersó el resto, y sofocó en la sangre de los que quedaron prisioneros la mal urdida trama, cuyo autor subió al cadalso sin nombrar á ninguno de sus cómplices, sin cometer la menor indiscreción que pudiese perjudicar al duque de Orleans.

La actitud de la cámara de diputados era muy propia para alentar el vértigo feaccionario de los ultra-realistas; dicha cámara, que Luis XVIII habia calificado de *inháblable* sin explicar lo que entendía por tan anfibológico epíteto, hábiase atribuido el singular privilegio de ser mas realista que el rey, el cual se halló por lo tanto investido del hermoso papel de oposición personal contra el partido de los realistas exclusivos, pareciendo tomar á pesar suyo las medidas que aquella decretaba, y dejando que los diputados asumieran sobre sí la responsabilidad de ideas, de sistemas y de actos peligrosos para la monarquía tal como la estableciera la carta. La cámara creía estarle permitido todo, y el ministerio doblaba la frente ante ella; llevada por su impaciencia de iniciativa gubernamental, cometía incesantes usurpaciones contra el poder del monarca, y como si se hubiese propuesto por objeto justificar los odios y la desconfianza, daba á la Francia un desgarrador espectáculo. La discusión de la ley electoral,

presentada por el ministerio con cierta solemnidad, probó que los directores políticos de la cámara se prometían forzar la voluntad del rey y de sus ministros; y en efecto, el proyecto de ley del gabinete que incorporaba á los empleados en las juntas electorales, fué condenado al mismo tiempo que oído. El ambicioso Villele, nombrado *ponente* del proyecto, sustituyóle otro de su invencion, cuyo objeto era poner las elecciones en manos de los grandes propietarios territoriales, formando asambleas primarias en las que debía ser admitido todo contribuyente que pagase veinte y cinco francos; además, apesar de la formal disposicion de la carta, la cámara en vez de renovarse anualmente por quintas partes, debía renovarse por completo pasados cinco años, y asegurar cinco años de existencia á aquella cámara *inhabitable*, equivalia á darle el tiempo necesario para realizar su obra. El proyecto de Villele fué adoptado con entusiasmo, pero rechazólo la cámara de los pares por ochenta y nueve votos contra cincuenta y siete, y los diputados se separaron en 25 de abril sin saber la ley electoral que habia de decidir de su suerte.

Los ministros no se hallaban muy contentos de su cólega Vau blanc, que habia carecido de habilidad en los debates de la ley electoral, y que habia contraído la responsabilidad de varios actos juzgados severamente por la opinion pública, y fué reemplazado en 7 de mayo por el presidente de la cámara de diputados. El guarda sellos Barbé Marbois, que temia las consecuencias de los excesos cometidos por la justicia prebostal, aprovechó aquella ocasion para entregar los sellos al canceller Dambray, y todó esto en el crítico momento en que amenazaban á la Francia la bancarrota y la escasez. Las grandes operaciones mercantiles se hallaban destruidas ó paralizadas desde la invasion; el comercio al por menor, floreciente por algun tiempo á causa de la afluencia de extranjeros, no tardó en caer en la postracion mas profunda; el dinero no circulaba; el crédito no traspasaba el estrecho círculo del banco; la miseria aumentaba cada dia; bandas de mendigos recorrían los pueblos; el precio del pan aumentaba sin cesar; la cosecha de cereales se anunciaba bajo los mas tristes auspicios, y el hambre habria sido general si las patatas y las legumbres farinaceas no hubiesen ofrecido una compensacion á la penuria de los granos. No eran menores ni menos espinosas.

las dificultades políticas: la actitud de la cámara ultra realista al cerrarse la legislatura, dejaba presentir la dominación que trataría de ejercer en la legislatura próxima; el ministerio se hallaba privado de toda libertad de acción: la voluntad real no podía superar los obstáculos que la rodeaban; la carta amenazaba desplomarse bajo los rudos ataques que la dirigían; el partido constitucional que Luis XVIII y Decazes, su ministro favorito, consideraban como indispensable en la cámara, se hallaba reducido á la impotencia y al silencio bajo la presión de la mayoría, y era fuerza que la corona y el ministerio doblegasen ante ella su voluntad y sus deseos, ó que la destruyesen por medio de un golpe de Estado. Esta fué la resolución que Decazes, obedeciendo á las inspiraciones del rey, hizo adoptar secretamente por Lainé y el duque de Richelieu, luego que las ovaciones tributadas á los diputados ultra realistas en sus departamentos, sobre todo en los del mediodía, parecieron reprobar los actos y proyectos ministeriales, y protestar contra la política de moderación. Luis XVIII, en un acceso de enojo, había exclamado: «si es preciso disolveré la cámara!» pero los ministros á quienes honraba mas particularmente con su confianza guardaron el secreto de la disolución, y ni siquiera advirtieron á sus colegas antes del momento decisivo. El gobierno parecia del todo ocupado en reformas de administración; el rey abolía el divorcio (8 de mayo); enlazaba á su sobrino, el duque de Berri, con Maria Carolina de las Dos Sicilias (17 de mayo); nombraba mariscales de Francia á los duques de Coigny y de Feltré, y á los condes de Beurnonville, y de Viomenil (3 de julio); reorganizaba la escuela política (4 de setiembre), y nadie pensaba en un golpe de Estado, cuando apareció el decreto de 5 de setiembre, declarando que ninguno de los artículos de la carta sería revisado, y disolviendo la cámara de diputados.

Dicho decreto fué sometido la víspera al consejo de ministros por Decazes y Lainé: «Es necesario disolver la cámara, dijo Decazes, confidente de los íntimos pensamientos de Luis XVIII, porque opone obstáculos al gobierno del rey, debilita su autoridad y usurpa su poder.» Los demás ministros dejaron oír algunas tímidas observaciones, y acabaron por adherirse á la opinión de sus dos colegas, á quienes sostenía la mirada del rey, redac-

tando este por sí mismo el importante preámbulo del decreto: «Desde que regresamos á nuestros estados, cada dia nos ha demostrado mas y mas la verdad que proclamamos en una ocasion solemne, esto es, que junto á los beneficios de mejorar existe el peligro de innovar, y nos ha convencido tambien de que las necesidades y aspiraciones de nuestros súbditos tendian á conservar intacta la carta constitucional, base del derecho público y garantía del reposo general.» El golpe de Estado excitó tanta mayor cólera, quejas tanto mas numerosas cuanto que era menos previsto y parecia menos posible: el pabellón Marsan se indignó y quiso rebelarse contra una medida que de nuevo le arrebatava el poder, gritábase traicion, y se condenaba á Decazes al odio general. Hiciéronse cerca del rey varias tentativas para apartarle de su ministro favorito, y para que abandonara la causa de los *revolucionarios*; mas Luis XVIII se mantuvo firme, y contestó con aspereza á su hermano y á toda su familia que la carta seria mas fuerte que todos sus enemigos. El partido constitucional felicitó al rey y á su ministerio por haber frustrado las tramas de los ultras, miró el decreto de 5 de setiembre como un punto de apoyo, y desde aquel momento juró ser fiel al rey mientras lo fuese este á sus sentimientos; Luis XVIII fué entonces el instigador del liberalismo, y el ministro Decazes su ídolo; pero si los periódicos de la oposicion daban gracias á ambos por haber salvado la Francia, la prensa realista les acusaba de haberla perdido. El vizconde de Chateaubriand publicó contra Decazes y el decreto del rey una violenta diatriba titulada: *la monarquía segun la carta*, en la que reveló la existencia de una *conspiracion de los intereses morales revolucionarios* que ponía en peligro la dinastía legitima; y esto le valió el ser borrado de la lista de los ministros de Estado, por haber manifestado dudas acerca de la voluntad personal del rey.» El principal efecto del decreto fué dividir en dos campos para la época de las elecciones á los diferentes partidos que dividian la Francia: en el uno se refugiaron cuantos abrigaban opiniones moderadas; en el otro cuantos suspiraban por la reaccion. Las elecciones dieron el resultado que se propuso el ministerio, y á pesar de que el número de nuevos diputados no excedia de sesenta, la mayoría de la cámara se encontró del todo modificada; esto no obstante los principales jefes

del partido realista fueron reelegidos en los departamentos meridionales, y Villele, el diputado por Tolosa, púsose al frente de los adversarios del ministerio. Luis XVIII en el discurso del trono que quiso escribir él mismo, habló de su decreto de 5 de setiembre, excitó á los diputados á ser fieles á la carta: «Jamás sufriré, dijo, que se atente en lo mas mínimo contra la ley fundamental», y renovó la expresion de su invencible firmeza «para reprimir los atentados de la malevolencia, y para contener los extravíos de un celo ardiente en demasía.»

El presidente debía ser elegido entre cinco candidatos constitucionales, ó por mejor decir ministeriales, á saber: Serre, Pasquier, Bellart, Ravez y Beugnot. El partido realista solo logró reunir setenta y seis votos en favor de Corbieres, su candidato, y el rey confió la presidencia á Pasquier, que tenia bastante influencia en todos los bancos de la cámara. La guerra entre el ministerio y los realistas estalló con motivo del nuevo proyecto de ley electoral presentado por aquel, proyecto del todo distinto de los que presentara y sostuviera en la legislatura anterior, «como si una invasion de bárbaros, decia La Bourdonnaie, destructora del gobierno establecido, de nuestro sistema político y del de las propiedades, hubiese convertido á la Francia en un pueblo distinto.» El ministerio abandonaba el principio de la eleccion gradual, y reemplazábala por la accion directa, confiada á electores de mas de treinta años que pagasen trescientos francos de contribucion, y los debates, abiertos en 26 de diciembre, revelaron los temores de los grandes propietarios á quienes despojaba el proyecto del exclusivo privilegio de las elecciones. «Cómo! dijo Cotton, diputado del Ródano; nada nos habrá enseñado la revolucion para llamar así á la multitud á la esfera del gobierno?» La eleccion gradual fué reclamada con instancia. «La eleccion directa, dijo Villele, director de la oposicion, destruye toda idea de igualdad entre los que pagan contribuciones de igual naturaleza, y entrega la victoria á los que ofrecen menos garantías.» Ciento treinta y dos votos contra ciento aprobaron por fin la ley ligeramente enmendada. La cámara de los pares mas aunque la de diputados sintió el ataque dirigido contra la gran propiedad, y viendo el gabinete la posibilidad de que fuese rechazada su ley electoral, invocó la expresa voluntad del rey:

La Ferronaie, Brissac, Julio de Polignac y Mateo de Montmorency combatieron vivamente el proyecto que fué defendido por los duques de Broglie, de Choiseul y de La Rochefoucauld por Barbé-Marbois, Lanjuinais y Boissy d'Anglas; hubo muy ásperas recriminaciones contra los ministros y sus actos, y si la ley salió victoriosa de la votacion, debe atribuirse á un acto de sumision mas que á la conviccion por parte de los votantes.

Al presentar la ley electoral promulgada en 5 de febrero de 1817, el rey y el ministerio habian dado un paso adelante por el terreno de las libertades públicas, pero no tardaron en darlo hácia atrás, solicitando de las cámaras dos leyes contra la libertad individual y contra la libertad de imprenta. Luis XVIII gustaba del sistema de tira y afloja á que daba el nombre de equilibrio constitucional, y vióse entonces á los mas ardientes adversarios de la carta cambiar de táctica á ejemplo del ministerio, y combatir aquellos proyectos en nombre de la ley fundamental. Villele y Corbieres defendieron la libertad individual para atacar al ministro; los constitucionales, y entre ellos Serre y Royer-Collard, aprobaron el proyecto del ministerio como una necesidad del momento, y solo Voyer d'Argenson se atrevió á decir que el ministro de policia solicitaba un año mas de tiranía. La oposicion ultra-realista se desencadenaba en especial contra Decazes, pero este, fuerte con el apoyo que tenia en el afecto particular del rey, hacia rostro á todos los ataques: «No esperéis, dijo con orgullo en medio de la confusion, que contestemos á las personalidades que muchos se han permitido desde esa tribuna, que descendamos hasta justificarnos; ministro del rey, honrado con su confianza, es para nosotros un pesar que no la acompañe la de algunos miembros de la derecha; pero permitannos creer que la de nuestro soberano, la de la nacion y la vuestra, señores, pueden consolarnos de no poseer la suya.» Para glorificacion de su policia habia dicho antes que la ley de 25 de octubre de 1815 solo habia cambiado la posicion de mil setecientas personas en todo el tiempo trascurrido, queriendo probar con semejante moderacion el prudente empleo que pensaba hacer de la nueva ley, que debia cesar de derecho en 1.º de enero de 1818, y ciento treinta y seis votos contra noventa y dos decretaron la suspension de la libertad individual durante un año.

El mariscal Marmont, duque de Ragusa, encargado en la cámara de los pares de dar su dictámen sobre el proyecto de ley, opinó en favor del mismo, y creyó rehabilitarse ante la opinion pública condenando las leyes de excepcion: «Señores, dijo; esperemos que al votar hoy esta ley, celebraremos los funerales del poder arbitrario.» Muchos oradores, entre otros Lanjuinais y Boissy d'Anglas, impugnaron con no menor energía el poder arbitrario y las leyes de excepcion, pero esto no impidió que la ley fuese adoptada el dia 8 de febrero por ciento diez y seis votos contra cuarenta y tres.

La discusion de la ley sobre la prensa habia empezado en la cámara de diputados, ofreciendo á la opinion los elementos de una nueva campaña contra Decazes; dicha ley que debia tambien cesar de derecho en 1.º de enero de 1818, se componia de un artículo único: «Los diarios y escritos periódicos solo podrán publicarse con autorizacion del rey.» La censura no era un arma bastante poderosa en manos del gobierno; convenia impedir la publicacion de tanto periódico, cuya acusacion se encargó de formular el *ponente* del proyecto de ley, Ravez. En aquel momento ocurrió un hecho muy singular: los realistas mas fogosos se convirtieron en abogados de la libertad de imprenta, y en cambio proclamó Royer-Collard ser la libertad de la prensa la mas funesta de las libertades. La ley quedó adoptada. Mas viva y obstinada oposicion encontró en la cámara de los pares: el vizconde de Chateaubriand, el duque de Broglie y el duque de Fitz James se mostraron á porfia amantes apasionados de la ilimitada libertad de la prensa, y el último exclamó con tono profético: «Al hallarse amenazada de muerte la libertad de mi país, creo de mi deber defenderla, aun cuando sean muy pocas las esperanzas que de triunfo abrigue, y diré: Ahora que somos aun libres no escaseemos nuestros esfuerzos en pro del honor de la Francia, de la salvacion de la carta, y del mantenimiento de las libertades públicas!» Apesar de tan siniestras palabras, la ley fué votada por ciento y un votos contra cuarenta y seis, y el ministerio Decazes se encontró consolidado.

La oposicion realista continuó sus hostilidades contra el ministerio al abrirse en la cámara de diputados la discusion sobre el presupuesto, el cual se elevaba á mil ochenta y ocho millones

y no era cubierto por los ingresos que ascendían á setecientos setenta y cuatro millones. El ministro de hacienda, Corvetto, que había sentado el principio de que la *necesidad de adeudarse* daría á la Francia *los medios de enriquecerse*, propuso el enajenar ciento cincuenta mil hectareas de bosque y pedir además un crédito que los impuestos eran insuficientes para cubrir; aquella venta debía producir cien millones en seis años, y la negociacion de treinta millones de renta cubrir el déficit; pero cómo negociar tan considerable empréstito en circunstancias tan difíciles, cuando la renta francesa se cotizaba lo mas á cuarenta y cuatro francos? Las bases del empréstito se hallaban establecidas de antemano con la casa Baring, de Lóndres, y la casa Hope, de Amsterdam, las cuales, de acuerdo estas con muchos soberanos de Europa, aceptaron el empréstito á cincuenta y cinco francos. La parte de gastos fué mas discutida aun que la de ingresos; Villele reveló los abusos que se cometían, y reclamó reformas; La Bourdonnaie expuso á la luz las dos hidras que devoraban los recursos de la Francia: la *burocracia* y la prodigalidad de las pensiones, y alarmada la cámara, disminuyó el presupuesto de veinte y siete millones. Al mismo tiempo obtuvo el ministerio una reduccion de treinta mil hombres en el ejército de ocupacion, lo que permitió rebajar en mas de una cuarta parte las doscientas diez mil raciones que se entregaban diariamente.

El gabinete era bastante fuerte para llegar hasta la próxima legislatura, pero Decazes que veía á dos de sus cólegas, Bouchage y Feltre, inclinarse hácia el partido realista puro y ponerse de inteligencia con el pabellon Marsan, pidió al rey que fuesen reemplazados. El duque de Feltre, apoyado en secreto por el conde de Artois, se negó á presentar su dimision; Bouchage ofreció la suya, y en tanto que se esperaba la vacante del ministerio de la guerra, el mariscal Gouvion Saint-Cyr se encargó de la cartera de marina. El ministro á quien reemplazaba solo se había distinguido por su incapacidad, mas notoria aun entre la decadencia de la marina francesa, que se componía sin embargo en aquella época de sesenta y ocho navíos de línea, de treinta y ocho fragatas, y de doscientos setenta y un buques de menor porte. Decazes creía que el ministro de la guerra, siguiendo el

ejemplo de su colega de marina, se retiraría de buen grado, mas el duque de Feltre, léjos de ceder, buscaba apoyos en la fraccion opuesta al ministerio; así las cosas, conoció Decazes no haber otro remedio que obtener del rey la destitucion del duque, y en efecto, despues de un mes y medio de paciencia, Gouvion Saint-Cyr pasó de la marina á la guerra, y Molé, que se distinguiera como orador del ministerio durante la última legislatura, se encargó de la cartera de marina. Aquella modificacion ministerial tenia por objeto dar mayor unidad á la accion del gobierno en las elecciones parciales que iban á verificarse, y que dieron por resultado, merced á la eleccion directa, el nombramiento de muchos liberales; con ellos la falanje liberal contó unos veinte y cinco miembros, á cuyo frente se distinguian los banqueros Lafitte y Casimiro Perier, al negociante Caumartin, al magistrado Dupont de l'Eure, al ex-ministro Bignon, al marqués de Chauvelin y al republicano Voyer d'Argenson, habiendo logrado el gobierno privar de la diputacion á Manuel, á Benjamin Constant y al general La Fayette, á quienes su conducta durante los cien dias hacia sospechosos al gobierno real. A consecuencia de aquellas elecciones parciales, hallose dividida la cámara en varias fracciones favorables ó contrarias al gobierno: los ultra-realistas en él extremo derecho y los liberales en el extremo izquierdo, estaban separados del centro ministerial en una parte por los realistas y en otra por los constitucionales con quienes se confundian los doctrinarios. Dábase este nombre á ciertos diputados que se habian formado entre sí una especie de religion política, y que hablando sin cesar de sus *doctrinas*, se envanecian de observar los principios de los mismos con inflexible severidad; Royer-Collard, filósofo de la escuela escocesa, era el jefe de aquella reducida fraccion que no tardó en convertirse en un poderoso partido.

Los periódicos de la oposicion se hallaban mudos; la censura les impedía hablar, y con frecuencia eran denunciados á los tribunales artículos maliciosos ó severos que se habian librado de las tijeras del censor; los periódicos ultra-realistas, como la *Gaceta*, la *Cuotidiana* y la *Bandera blanca*, no eran mas respetados cuando hacian la guerra al ministerio y lanzaban algun acerado dardo contra el ministro Decazes. La tendencia bonapartista era

la mas perseguida por la censura, y esto no obstante, componíanse, imprimíanse y publicábanse gran número de folletos y canciones evocando el recuerdo de Napoleon y del grande ejército. Los tribunales prebostales manifestaban contra los bonapartistas un rigor que á cada momento se encrudecía mas y mas, si bien es cierto que estos empezaban á afiliarse y á reunirse, y que si no se agitaban aun, si no conspiraban, asociaban á lo menos sus pesares y sus esperanzas; la frac-masonería servia de lazo y de pretexto entre los descontentos, y por todas partes nacian sociedades secretas, sin prescribirse empero una mision política. Las conspiraciones se hallaban en los ánimos, en el aire, por todas partes, y sin embargo no se veian; finalmente, despues de muchos meses de angustia, estalló un motin en las inmediaciones de Lyon, dando pretexto á la policia para numerosas y sangrientas ejecuciones.

Con semejante predisposicion bonapartista, se comprenderá fácilmente el entusiasmo con que fué recibida la noticia de haberse fundado en América una colonia de los valientes del imperio; en todas partes se abrieron suscripciones en favor del *Campo de asilo*, y los oficiales retirados se inscribian para aumentar la poblacion de aquella colonia francesa inaugurada en Tejas á la sombra de la bandera tricolor. El gobierno no se opuso á aquellos actos en favor de los desterrados, pero no tardó en saberse que los españoles habian atacado la naciente colonia de Tejas y dispersado á sus fundadores, mientras que la primera expedicion de emigrados bonapartistas, al mando del general Lallemand habia sido victima en la isla de Galwestown de la intemperie del clima, de la miseria y del hambre. Algunos actos de clemencia real sirvieron de consuelo á aquella gran desgracia, y varios generales del imperio, como Decaen, Clausel, Lamarque y Gilly, recibieron autorizacion para volver á Francia.

Esta medida fué aconsejada al rey por el ministro de la guerra, fundado en la necesidad de reorganizar el ejército. El que se habia formado por medio de alistamientos voluntarios despues de haber sido licenciadas las tropas del Loire era insuficiente aun para una potencia secundaria; componíase de ochenta y seis legiones de infantería, llevando cada una el nombre de un departamento; de cuatro regimientos suizos, de la legion ex-

tranjera de Hohenlohe, de cuarenta y siete regimientos de caballería y de doce de artillería. Sin embargo, el alistamiento voluntario no bastaba para llenar sus cuadros; algunos regimientos de caballería contaban apenas trescientos caballos; y los de artillería habían quedado reducidos á mil doscientos hombres. El ejército de línea no contaba mas que cincuenta mil hombres de no muy buenas tropas; y aunque la guardia real, compuesta de veinte y seis mil hombres, entre ellos seis mil de caballería, valia algo mas como cuerpo militar, no se hallaba colocada la Francia en la oportuna posición para imponer respeto á sus enemigos. Las mejores tropas del ejército francés eran los regimientos suizos, y Luis XVIII que comprendió la necesidad de remediar el mal, formuló un proyecto de ley para la reorganización del ejército. Su discusión fué uno de los primeros actos de la legislatura abierta personalmente por el rey el dia 5 de noviembre; el discurso del trono abundaba en consoladoras palabras: «No está lejana la época, decia el rey, en que gracias á la sabiduría y á la fuerza de mi gobierno, al amor, á la confianza de mi pueblo, y á la benevolencia de los soberanos, podrán cesar del todo las cargas resultantes del ejército de ocupacion, y recobrará nuestra patria entre las naciones el nombre y el lugar debidos al valor de los franceses y á su noble actitud en la adversidad.» El rey se creía entonces bastante fuerte para declarar que consideraba innecesaria la conservacion de los tribunales prebostales, al mismo tiempo que el nombramiento de los candidatos para la presidencia anunció que el partido liberal, que apoyaba el ministerio, habia ganado terreno: el rey eligió el primer nombre en la lista donde la mayoría habia escrito Serre, Royer-Collard, Beugnot y Camilo Jordan.

El rey de Francia tenia en efecto necesidad de un ejército para ser escuchado por sus aliados, y la cámara, que así lo comprendió, aprobó la ley de reorganización; necesitaba tambien dinero, pues la contribucion de guerra, fijada en setecientos millones, no era mas que una escasa parte de la deuda aceptada por la monarquía Borbónica. Hacia tres años que bajo la inspeccion del mariscal Wellington, distintos comisarios se ocupaban en formar la liquidacion definitiva de las indemnizaciones que los países conquistados por el emperador reclamaban de la Fran-

cia vencida y subyugada; su trabajo convirtiéndose cada día en una sima mas profunda, imposible de llenar, hasta que por fin adoptaron un total que excedía de mil millones, á pesar de haberse pagado ya doscientos millones para amortizar las deudas extranjeras. Lord Wellington parecia haberse empeñado en agravar extraordinariamente las cargas impuestas á la Francia, tanto que el presidente del consejo de ministros acudió al emperador de Rusia, á fin de obtener su intervencion personal cerca del general inglés; el czar, que nada podia negar al duque de Richelieu, escribió á lord Wellington invitándole á encargarse de la direccion suprema de las indemnizaciones para reducir las á cantidades proporcionadas con las necesidades de la Francia. Wellington quiso satisfacer el deseo manifestado por Alejandro, y desde aquel momento convirtiose en el oficioso abogado de la liquidacion contra las coaligadas exigencias de los gobiernos y de los particulares; esto no obstante, el duque de Richelieu no pudo preciar todavía el importe de las sumas que la Francia debería pagar cuando propuso á las cámaras la inscripcion en el gran libro de un crédito de doce millones cuatrocientos mil francos, y la abertura de otro de dos millones cuatrocientos mil francos de renta para completar el pago de las obligaciones que habia debido contraer: «La Francia, dijo, debe recibir el premio de su valor ó resignacion; llevando en la mano los mismos tratados, cuyas condiciones mas rigurosas ha cumplido, no pedirá en vano á la Europa la ejecucion de aquellas que le son favorables. El tratado de 20 de noviembre de 1815 dice que la ocupacion militar de la Francia podrá cesar al cabo de tres años: este plazo se acerca, y todos los corazones franceses se estremecen de alegría con la esperanza de no ver ondear en el suelo de la patria si no la bandera francesa.» Todos los diputados se sintieron franceses en aquel momento, y las dos proposiciones del ministro, que tenían por objeto la emancipacion de la Francia, fueron adoptadas por singular unanimidad.

La discusion del presupuesto que ascendia á cerca de mil cien millones, fué sin embargo una liza abierta para toda clase de ataques contra la política del ministerio, quien no podia contar ya con el decidido apoyo del partido doctrinario ni con la benevolencia del extremo izquierdo. Viéronse pues aparecer á un

tiempo dos oposiciones, realista la una y la otra liberal; Villele y Corbiere eran los dos jefes de los realistas, Lafitte y Casimiro Perier los de los liberales. El presupuesto fué votado, pero Lafitte y Villele habian puesto el dedo en las llagas de la situacion rentística, sin indicar empero el remedio que debia aplicarse. Las opiniones todas, republicana, bonapartista y constitucional empezaron á asimilarse y á fraternizar en el terreno neutral del liberalismo, en el cual querian tambien fortificarse los doctrinarios ó filósofos; sin embargo, la filosofía tenia poca accien sobre las masas que tan fácilmente se conmovian á impulsos de la pasion política. Esto hizo que la ley prohibiendo el tráfico de negros (15 de abril), saludada con trasporte por los filántropos tales como el duque de Larocheocault-Liancourt y el conde de Lasteyrie, no hallase mas que indiferencia en el resto de la nacion, donde las doctrinas sociales y humanitarias hablaban todavía un idioma ininteligible para el mayor número. La discusion de un proyecto de ley sobre la libertad de la prensa, cuyo objeto era reducir á esta á un estado mas precario aun que aquel en que se encontraba, dió lugar en ambas cámaras á ardientes discusiones, logrando Villele y Chateaubriand introducir en el proyecto distintas enmiendas que lo desnaturalizaron por completo.

En aquel entonces, en 30 de setiembre, abrióse el congreso de Aquisgran (Aix-la-Chapelle); el príncipe de Metternich y el baron de Vincent representaban al Austria; el príncipe de Lieven, Nesselrode y Capo d'Istria, la Rusia; Wellington, Castlereagh y Canning, la Inglaterra; y el príncipe de Hardemberg, el conde de Bernstorff y el baron Alejandro de Humboldt, la Prusia, debiendo los mismos soberanos asistir y dirigir las conferencias y negociaciones. El rey de Prusia fué el primero en llegar á Aquisgran, donde recibió á los emperadores de Austria y de Rusia en 28 de setiembre; el duque de Richelieu, acompañado de los condes de Rayneval y de Monnier les habia precedido de un dia. «Acepto toda clase de sacrificios para obtener la evacuacion del territorio, le habia dicho el rey. Obtened las mejores condiciones posibles, pero á toda costa haced que se retiren los extranjeros.» El duque de Richelieu sirvió fielmente las intenciones del rey, y pudo convencerse de las favorables disposiciones del emperador de Rusia, quien fué el entusiasta abogado de

la Francia. Creíase que el congreso plantearía la cuestión de reemplazar á Luis XVIII por el conde de Artois ó por el duque de Orleans, que contaba mas de un partidario entre los plenipotenciarios, y que por mas apartado que pareciese de la política, no abandonaba su candidatura á la monarquía constitucional; pero si se exceptuan algunas conversaciones particulares, no llegó á tratarse de tan delicadas materias, que los orleanistas por una parte y los ultras por otra deseaban agitar. El principal objeto del congreso, esto es, la evacuacion del territorio francés por las tropas extranjeras, entró desde un principio en cuestion, pero con tanta resolucion y franqueza, que al tercer dia de conferencias quedaba ganada la causa de la Francia. El dia 1.º de octubre partió de Aquisgran un correo extraordinario para anunciar á Luis XVIII que el ejército de evacuacion se retiraria el 30 de noviembre próximo, ó antes si fuese posible, y que las plazas fuertes que guarnecian serian devueltas á los comisarios de S. M. Cristianísima. El duque de Richelieu aceptó á ciegas las cuentas de la liquidacion, y se obligó algo ligeramente á pagar en un plazo muy inmediato cuanto la Francia estaba debiendo, esto es doscientos sesenta y cinco millones. El congreso no se separó sin haber examinado el estado político y moral de la Francia, y tomado varias medidas de orden para combatir y aniquilar en toda Europa el principio revolucionario: el territorio francés iba á verse libre del ejército de ocupacion, pero debíanse rodear de fortalezas las fronteras del norte y del este, y colocarse en ellas un ejército de observacion mantenido á expensas de las grandes potencias, como para encerrar á la revolucion en el recinto de la Francia. Luis XVIII empero salia responsable de la tranquilidad de su reino, y declaró por medio del duque de Richelieu haber «cerrado el abismo de las revoluciones con el sello de la Carta.» La confianza en las fuerzas del gobierno constitucional no le impidió sin embargo tomar parte en el tratado de la Santa Alianza, con igual título que las cuatro grandes potencias que lo habian firmado entre sí en 1815; por medio de aquella nueva convencion, el rey de Francia se convertia en otro de los cinco miembros de la sociedad ofensiva y defensiva de los reyes legítimos, y un manifiesto, redactado por el emperador Alejandro, proclamó del modo siguiente el sistema político que debia

regir en Europa: «La íntima union establecida entre los monarcas asociados así por sus principios como por el interés de sus pueblos, ofrece á la Europa la prenda mas sagrada de tranquilidad futura. El objeto de esta union es tan sencillo como grande y saludable: no tiende á nuevas combinaciones políticas, ni á cambios que no sean sancionados por los tratados existentes; tranquila y constante en su accion, solo tiene por objeto la conservacion de la paz y la garantía de las transacciones que le han fundado y consolidado.»

La situacion general de Europa parecia no deber inspirar graves recelos, á pesar del espíritu liberal de la Francia, de los motines de la Inglaterra, de la fiebre de constituciones que muchos príncipes de Alemania habian inspirado á sus súbditos. Napoleon Bonaparte agonizaba lentamente en la isla de Santa Helena, y no turbaba con amenazas ni terrores el porvenir de los monarcas coaligados. Metternich se negó con dureza á asociarse á la noble idea del emperador Alejandro que solicitaba la traslacion del emperador á un clima menos mortífero; Wellington contestó que el clima de Santa Helena era muy sano, y que el gobernador de la isla, sir Hudson-Lowe jamás se habia quejado de él; negó que la salud del prisionero se hallase gravemente alterada, y opúsose en nombre de su gobierno á toda mejora en la suerte del precioso cautivo. Solo la reina Hortensia intercedia por él; María Luisa se negaba á toda súplica en favor de su esposo, y la familia Bonaparte imitaba su indiferencia y su olvido.

La noticia de que iba á terminar en breve la ocupacion militar que afligia é irritaba á todos los corazones franceses, fué recibida con lágrimas y trasportes de alegría en las provincias, y con mucha frialdad en París; era esto efecto de que la capital se veia libre hacia dos años de la guarnicion extranjera, de que gozaba el beneficio de la residencia de los estados mayores, y de que estaba entonces absorta por la política militante y minada en todos sentidos por la fiebre electoral. Tratábase de renovar la quinta parte de la cámara de diputados, y los colegios electorales eran convocados para el 20 de octubre; los partidos todos se agitaban en interés de sus candidatos, y el ministerio que no desconocia que por la fuerza de las cosas tenian los liberales mayo-

res probabilidades que los realistas de ver aumentar el número de sus representantes en los escaños de la cámara, cambió de táctica: y dejando á los realistas que reclutasen votos y contasen sus partidarios, consagró todos sus esfuerzos y cuidados á ganar electores, usando de todas las seducciones y no mostrándose avaro de promesas y presentes. Considerando como una condicion de su propia existencia la necesidad de rechazar ciertas candidaturas harto significativas como las de Lafayette, de Manuel y de Benjamin Constant, apeló á todos los esfuerzos imaginables para frustrar su eleccion, y si bien logró que fuese elegido en París el fabricante Ternaux con preferencia á Benjamin Constant, no pudo impedir que este lo fuese en el departamento del Sarthe, y que Manuel saliese representante de la Vendee y de la Bretaña. En una palabra, las elecciones fueron una derrota para el ministerio, y la eleccion de los colegios recayó generalmente en constitucionales que ofrecian alguna garantía para el mantenimiento y la ejecucion de la carta.

En tanto aumentaba cada dia la animosidad entre el ministerio y los ultra-realistas, haciéndose mas y mas remota una reconciliacion. Las negociaciones se sucedieron por espacio de muchos meses sin que nada traspirase en la corte ni en el público; el rey se hallaba en completa ignorancia de lo que se preparaba, y pensaba que la mayoría que habia sostenido hasta entonces los actos del ministerio, no le abandonaría en la próxima legislatura: hallábase determinado por otra parte á seguir gobernando tomando por norma la Carta, y para perseverar en este sistema tenia el asentimiento formal de sus aliados, quienes reconocieron en una nota «que el orden de cosas felizmente establecido en Francia con la restauracion de la monarquía legítima y constitucional, y el buen éxito que habia coronado los paternales cuidados de S. M. Cristianísima, justificaban plenamente la esperanza de un progresivo afianzamiento de aquel orden de cosas tan esencial para el reposo y la prosperidad de la Francia, y tan estrechamente unido con todos los intereses europeos.» Sin embargo, el duque de Richelieu habia llegado á convencerse de que al separarse el ministerio de los realistas, sus auxiliares naturales, y al buscar su apoyo en el partido liberal, arrojábase en brazos de la revolucion; de que la ley electoral con

el sufragio directo de los electores, y la renovación anual de la cámara por quintas partes, había de producir por necesidad la destrucción del partido realista y el triunfo de los revolucionarios, y de que una cámara en que los liberales tuviesen mayoría no había de tardar en formarse en convencion. El duque de Richelieu hallábase indeciso acerca de los medios de salvacion que se le proponía adoptar, y solo entró á medias en la coalicion conocida con el nombre de fusion entre los realistas moderados y los realistas ardientes; el resultado de las elecciones parciales fué para él una revelacion de los peligros á que la ley electoral exponía á la monarquía legítima, y ligóse al momento con los pares y los diputados que opinaban por la revision de aquella ley peligrosa. Poco trabajo le costó el atraer á sus miras el ministro del interior y á algunos otros de sus cólegas; pero encontró cerca de Decazes tan enérgica resistencia, que no intentó siquiera vencerla, ni pidió al favorito su mediacion para hacer triunfar en el ánimo del rey los designios de los coaligados. La trama realista quedó en suspenso hasta la apertura de la cámara que Luis XVIII había aplazado para el 10 de diciembre, á fin sin duda de dar á todos tiempo para ponerse de acuerdo. La buena inteligencia de los ministros entre sí no parecia haberse alterado en lo mas mínimo, y solamente declaró Decazes en pleno consejo que el rey no se hallaba bastante tranquilo y dispuesto al gobierno constitucional para que cesasen de regir las leyes excepcionales.

Mientras los soldados extranjeros abandonaban la Francia en virtud de lo estipulado en el tratado de Aquisgran, París recibía de nuevo al emperador de Rusia, al rey de Prusia, á su hijo el príncipe Carlos y al gran duque Constantino, quienes iban á despedirse de su hermosa conquista. Alejandro tuvo con Luis XVIII una secreta conferencia sobre los proyectos de la Santa Alianza, sobre los asuntos de la Francia, y sobre el estado general de la Europa, y asegúrase que aprobó el sistema político del rey invitándole á perseverar en el mismo. Los bailes y festejos que motivaba la presencia de los soberanos y de los príncipes extranjeros en París, contrastaban con los apuros de la situacion rentística: la ficticia alza que las casas Hope y Baring habían establecido en el curso de los fondos públicos para negociar su empréstito, no se había sostenido; la renta había bajado á sesenta y

cinco, y muchos grandes capitalistas se habian visto arruinados por aquella imprevista baja, originada por la imprudente emision de gran cantidad de valores franceses en todas las plazas de Europa. Dichos valores experimentaron entonces una depreciacion espantosa, y de nuevo pudo temerse que se hallase la Francia en la imposibilidad de atender á sus compromisos; introdujose el pánico en todos los ramos del comercio, y muchas quiebras individuales parecian deber precipitar la bancarrota general. En semejante crisis, el emperador Alejandro, accediendo á los ruegos del duque de Richelieu, intervino cerca de sus aliados para modificar las condiciones del pago que habian impuesto al país, en cambio de su emancipacion completa. El movimiento retrógrado del ejército de ocupacion se habia ya suspendido, y los soberanos, parecian temer no ser jamás pagados si llegaban á retirar sus tropas, cuando el emperador de Rusia allanó todas las dificultades haciendo prolongar hasta diez y ocho meses el plazo de los pagos que era únicamente de nueve; con ello encontraron un respiro los banqueros que habian suscrito al empréstito; los fondos públicos recobraron su valor ordinario, y no se dudó ya de que la Francia cubriría sus obligaciones. El crédito de la Europa entera, trastornado durante un momento, cobró nuevas fuerzas, y las potencias aliadas no opusieron ya obstáculo alguno á la evacuacion del territorio francés; á contar desde 1.º de enero de 1819, las plazas de guerra y las fronteras quedaron del todo libres de la ocupacion extraña: en todo el reino no quedó un uniforme ruso, austriaco, inglés ó prusiano, y la Francia comprendió con orgullo que otra vez volvía á ser la Francia.

La legislatura se abrió pues bajo muy felices auspicios, pero la crisis ministerial, sorda é indecisa aun, no podia tardar en manifestarse. Corvetto, ministro de hacienda, habia comprendido la dificultad de conservarse por largo tiempo neutral entre sus cólegas que se dividian mas y mas cada dia; el mal éxito de sus combinaciones rentísticas le habia colocado delante del país y de las cámaras en una posicion muy delicada, y su talento, sino su probidad, se hallaba gravemente comprometido en los agiotajes del empréstito anglo-holandés. La mala inteligencia de los ministros con motivo de la ley electoral, sirvió de pre-

texto para presentar su dimision al rey, motivándola en el estado de su salud; Luis XVIII aceptó la causa y la dimision, y autorizó á Corvetto para retirarse, pudiendo de este modo el ministro, mas desgraciado que culpable, morir tranquilo en Génova, su ciudad natal, en 1821. Su sucesor fué un diputado del centro izquierdo, el abogado Roy, que se habia distinguido por su particular aptitud para las cuestiones rentísticas, y desde su ingreso en los negocios reparó en efecto algunas de las faltas de su predecesor. La dimision de Corvetto no habia logrado empero dar solidez al gabinete, y el duque de Richelieu se ocupaba formalmente en recomponerle cuando abrió el rey las cámaras el dia 7 de diciembre. El discurso del trono proclamó los beneficios de la carta que «al librar á la Francia del despotismo puso fin á las revoluciones;» invitaba al mismo tiempo á la cámara de diputados «á rechazar los perniciosos principios que bajo la máscara de la libertad atacan el orden social y conducen pasando por la anarquía al poder absoluto.» Al dia siguiente de la apertura de las sesiones, supo Luis XVIII que parte de su ministerio se habia coaligado con los jefes del lado derecho de ambas cámaras, y que Decazes debia ser sacrificado á aquella reconciliacion, cuyas condiciones no se habian fijado aun entre los interesados de un modo definitivo. Indignose por semejante intriga que tendia á violentar la autoridad real, mas disimuló su enojo, y se mostró dispuesto á tomar por programa aquellas palabras de lord Wellington que acojiera como un saludable aviso: «Es preciso que los realistas vuelvan al rey, pero sin condiciones.» En el consejo de ministros, repitió mas de una vez tales palabras y pareció no poco ofendido de que los realistas solitasen la modificacion radical de la ley de elecciones. Entonces fué cuando Decazes anunció su intencion de retirarse, en cuanto su ministerio de policía no debia sobrevivir al año que espiraba; los ministros no desconocian que la retirada del favorito del rey produciria inevitablemente la descomposicion del gabinete, é intentóse por lo tanto colocarle en otro ministerio; sin embargo, el del interior que Decazes codiciaba, no podia ser abandonado por Lainé, sin que este consintiese en encargarse de una nueva cartera, á lo que se negó de un modo absoluto. Lainé se creia indispensable en el departamento del interior, y podia reivindicar

algunos títulos al aprecio de la opinion pública, como era la reorganizacion de la escuela politécnica, la fundacion de las cajas de ahorros, y la institucion de las escuelas de artes y oficios. Desde entonces los ministros se hallaban divididos en dos opuestos campos; formaban el uno el duque de Richelieu, Lainé y Molé y el otro Decazes y Gouvion Saint-Cyr; Pasquier flotaba indeciso del uno al otro, y Roy deseaba á toda costa permanecer neutral. Cada uno de ambos jefes rivales tenia su bandera política; Decazes, la de la carta que el rey le ayudaba á sostener; el duque de Richelieu, el de la reaccion electoral, apoyado por una poderosa liga de París y de diputados. Villele habia dirigido las baterías y forjado las armas de la liga que estableció su cuartel general en la cámara de los pares, junto al cardenal de Beaussete, y la calidad de su jefe les hizo dar el nombre de *cardenalistas*, mientras que en la cámara de diputados llamábanse *independientes* los partidarios de Decazes defensor de la eleccion directa y de la renovacion de la cámara por quintas partes. En vano intentó Luis XVIII restablecer la union entre sus ministros, y evitar sobre todo el escollo de la ley electoral; su talento y su elocuencia de nada sirvieron. El duque de Richelieu, Lainé y Molé enviaron al rey su dimision, y entonces presentaron tambien la suya Decazes y Gouvion Saint-Cyr, protestando su adhesion á la corona y declarando no querer privar al rey de los servicios del duque de Richelieu. Luis XVIII aparentó aceptar esta segunda dimision, y suplicó al duque de Richelieu que conservase la presidencia del consejo: «¿Quereis reducirme á la penosa necesidad de recurrir á M. de Talleyrand?» djole con malicia. El duque, despues de ponerse de acuerdo con los cardenalistas y sobre todo con Villele, á quien destinaba para el ministerio de marina, escribió al rey la carta mas singular que imaginarse puede: arrojábase á los piés de S. M. suplicándole que le *concediese su libertad*; decia haber terminado su mision desde el momento en que habian concluido las grandes cuestiones con los extranjeros, y acusábase de ineptitud é incapacidad para conducir los negocios de un gobierno constitucional; sin embargo, para acatar las órdenes y los deseos del rey, consentia en continuar siendo ministro con la condicion de que Decazes, á quien *amaba y queria* tanto como pudiese amarle y quererle S. M.,

aceptase la embajada de Nápoles ó de San Petersburgo, y partiese dentro de una semana, pues mientras Decazes, decia, «no se hallara fuera de Francia revestido de un cargo eminente, todos los hombres opuestos al ministerio le considerarán como objeto de sus esperanzas, y será, sin duda á pesar suyo, un obstáculo para la marcha del gobierno.» Decazes fingió someterse al destierro que de él se exigia, y prometió partir, no para una embajada, sino para sus posesiones, y Luis XVIII, profundamente lastimado de la especie de violencia que se le hacia, aparentó dejar el campo libre al duque de Richelieu. Este logró hacerse con algunos auxiliares: Simeon, para la justicia; Lauriston, para la guerra; Molliou, para la hacienda, y Cuvier, para la instruccion pública; pero la entrada de Villele en el ministerio era un disolvente que destruia todas las combinaciones; Lainé fué el primero en renunciar á la formacion de un gabinete viable, el duque de Richelieu abandonó á su vez la partida, y Decazes se encontró el único dueño de la situacion. El favorito no habia perdido el tiempo, y luego que le nombró el rey, pudo presentar el ministerio ya formado. Decazes conservó el departamento del interior, y dejó al general Dessoles la presidencia del consejo y la cartera de negocios extranjeros; el conde Serre fué nombrado guarda-sellos; el conde Portal se encargo de la marina, el baron Louis, de la hacienda, y Gouvion Saint-Cyr, de la guerra.

El nuevo ministerio realista constitucional, elevado al poder en 28 de diciembre, no hizo mas que aumentar en las cámaras la oposicion de los realistas, al paso que fué acogido con favor por los liberales de todos los matices. La retirada del duque de Richelieu fué considerada como una derrota por los realistas puros; pero deseosos de rodearle al menos con las palmas de la victoria, propusieron conferir una recompensa nacional al ex-presidente del consejo, y apesar de sus reiteradas negativas, vótese por las cámaras una renta de cincuenta mil francos en favor del duque, el cual la aplicó sin pérdida de momento á los hospicios de Burdeos. «El aprecio de mi país, la bondad del rey y el testimonio de mi conciencia son bastantes para mí,» dijo. En vano el ministerio se asoció el homenaje tributado por las cámaras á los servicios que el duque de Richelieu podia justamente atribuirse en las negociaciones relativas á la evacuacion

de la Francia; la coalicion de los realistas no perdonaba á Decazes, y la conspiracion venia tramada ya desde muy léjos en las secretas reuniones celebradas en el palacio del cardenal de Beausset. El genio intrigante del príncipe de Benevento, cansado de la inaccion en que se le habia relegado, púsose al servicio del conde de Artois, contribuyendo á la preparacion de la mina que debia derribar al ministerio Decazes. Para pegarle fuego eligióse la mano mas débil, la del anciano marqués Barthelemy, quien subiendo á la tribuna en la sesion del 20 de febrero, formuló la proposicion siguiente: «Pido que la cámara de los pares acuerde suplicar humildemente á S. M. que presente un proyecto de ley, con objeto de introducir en la organizacion de los colegios electorales las modificaciones que se crean indispensables.» Los conspiradores, pues era aquello una verdadera conspiracion contra el gabinete, apoyaron la proposicion que fué vivamente combatida por los ministros, y apesar de los esfuerzos de Decazes y de su ex-cólega Barbé-Marbois, de los duques de Choiseul y de La Rochefoucauld, de Boissi-d'Anglas y de Lanjuinais, una mayoría de ochenta votos contra cincuenta y tres probó que los antiguos ministeriales se habian unido con los realistas. Luis XVIII se indignó al ver aquella sistemática adhesion contra su ministro favorito, é hizo declarar solemnemente por el guarda-sellos en la cámara de diputados que el gobierno mantendria la ley electoral, «consecuencia necesaria de la carta y el mas firme sosten de los derechos y de las libertades públicas.» La proposicion Barthelemy fué sin embargo defendida por su autor y discutida en la cámara de los pares; tratábase de la existencia del ministerio, y los realistas redoblaban su furor para sepultarle bajo las ruinas de la ley electoral. Los ministros, fuertes con el apoyo del rey, protestaron contra aquella trama: «Nada en el mundo, dijo Decazes, podrá determinar al gabinete á modificar una ley cuyos resultados han sido buenos hasta ahora.» Dessoles, presidente del consejo, calificó la proposicion Barthelemy de la *mas funesta* que hubiese salido de la cámara de los pares, y habló de la agitacion que hacia en las provincias alarmantes progresos. Lanjuinais pretendió que los enemigos declarados ó secretos de la carta celebraban conciliábulos y organizaban un ejército en el Oeste con

escarapela particular;» mas á pesar de todo cincuenta y cinco votos contra noventa y ocho se opusieron inútilmente á que fuese adoptada la proposicion. Al saberse semejante acontecimiento hubo en Francia una viva ansiedad, y firmáronse muchas exposiciones al rey pidiéndole el mantenimiento de la ley electoral.

Decazes no se retiró ante la votacion de la cámara de los pares, y en 6 de marzo publicábase en el *Monitor* un decreto del rey nombrando sesenta nuevos pares; los elementos de semejante promoción, llamada chistosamente *ornada*, habian sido elegidos entre los matices todos de la opinion moderada y en las filas de la aristocracia; y Decazes, al investir con la dignidad de par á seis mariscales de Francia, á dos almirantes, á varios generales del emperador, á algunos jefes de antiguas familias nobles, á ex-emigrados, á empleados de la república, del imperio y de la restauracion, á sábios, á magistrados y aun á doctrinarios, habia tenido seguramente la intencion de conciliarse los partidos todos, y de satisfacer las exigencias de todo el mundo. La promoción destruia la mayoría contraria al ministerio, pero Decazes no habria tenido mas recurso que la disolucion de la cámara de diputados, si igual mayoría realista se hubiese formado contra él en ella, donde Villele encontraba en el ex-ministro del interior Lainé un aliado complaciente é interesado. El ministerio no se limitaba á invocar el auxilio de sus amigos poco numerosos en los bancos de la cámara, sino que se dirigia tambien á los oradores del lado izquierdo, quienes debian defenderlo bajo pena de abandonar la causa constitucional. La coalicion intentaba tambien aumentar sus filas con los realistas timoratos, á los cuales se persuadia de que el rey era esclavo de sus ministros, y de que en el fondo de su corazon aprobaba la cruzada emprendida contra una ley revolucionaria. Ambos partidos habian logrado reunir fuerzas casi iguales, cuando se trabó la lucha el dia 20 de marzo sobre la proposicion Barthelemy, pero en el momento decisivo faltó á los realistas la mayoría que se hallaban seguros de poseer, y ciento cincuenta y cuatro votos contra ciento cincuenta rechazaron la resolucion adoptada por la cámara de los pares.

Aquellos cuatro votos de mayoría, empero, no bastaban para

contener al ministerio en la cámara de diputados, donde habia tenido el poco seguro apoyo de la izquierda, y por esto fué que se apresuró á hacer una concesion al partido realista, presentando tres proyectos de ley, que formaban una especie de código de la prensa, y que aumentaban sus trabas bajo pretexto de reglamentar sus derechos. Con ellos esperaba recobrar la confianza de los realistas, sin ver que al mismo tiempo perdía la de los liberales. Aquel nuevo código de la prensa habia sido redactado por Guizot, nombrado por Decazes director de la administracion municipal, y uno de los hombres más importantes de la escuela doctrinaria. La discusion de las tres leyes, distintas en sus medios, pero idénticas en su objeto, elevóse hasta los sofismas de la legalidad, y las sublimidades de la doctrina; la izquierda solo defendió débilmente la libertad de la prensa que el ministerio no atacaba de un modo descubierto, y no comprendió bastante el abuso que se podia hacer de la aplicacion de aquellas leyes, que encerraban un arsenal completo de penas corporales y pecuniarías contra el mas leve error de pluma; los constitucionales por su parte no se mostraron muy hostiles al código ministerial, y los realistas apoyaron con todas sus fuerzas una legislacion que tenia por objeto limitar y reprimir una de las libertades que más temía. Desde aquel momento, pues, reconstituyóse la mayoría en favor del ministerio, y en la votacion de la tercera ley, relativa á la fianza de los periódicos, solo tuvo contra él cuarenta y cinco bolas negras en la cámara de diputados y catorce en la de los pares.

El ministerio, cuya existencia no se hallaba ya comprometida, unfase insensiblemente con los realistas á medida que el espíritu público arrastraba á los liberales á un sistema general de oposicion. La junta directiva de París, instituida para imprimir á las elecciones un movimiento nacional, trabajaba ocultamente en sublevar la opinion pública contra el gobierno de los Borbones, y era la cabeza de una organizacion secreta que minaba la monarquía, preparando para tiempos remotos aun una explosion bonapartista y republicana. Este mejor acuerdo entre los realistas y el ministerio manifestóse con gran fuerza en la discusion del presupuesto, que fué fijado en la suma total de ochocientos ochenta y nueve millones; el lado izquierdo acepta-

ba tácitamente el armisticio, y si se exceptuan algunas escaramuzas sobre cuestiones poco importantes, la cámara de diputados se mostró indulgente y aun dócil para con los ministros. Sin embargo, la guerra estuvo próxima á estallar á causa de un déficit descubierto en las cuentas del ministro dimisionario Corvetto, déficit que Beugnot apreciaba á mas de cincuenta millones, al paso que la comision anunciaba por el contrario un excedente de ingresos de mas de dos millones; las exageraciones de una y otra parte hicieron imposible el descubrimiento de la verdad, pero este incidente puso en relieve el vicio que dominaba en los hombres políticos de todos los partidos. Animados de una singular avidez preferian la fortuna á los honores, y no habia que buscar desinterés ni tampoco en un ministro; todo el mundo pensaba en enriquecerse y se sacrificaba todo á aquel ardiente deseo; los personajes mas distinguidos tomaban parte en el agiotaje de la Bolsa, los adelantos de la industria y los progresos del comercio favorecian aquellas tendencias de egoismo y de avaricia, y la sociedad francesa, antes tan generosa y pródiga, empezaba á sentir deseos de atesorar. El conde de La Bourdonnaie, avergonzado de aquella miserable metamórfosis de las costumbres y de los sentimientos de la antigua Francia, dió un grito de alarma semejante á una profecía: «Quisierais, dijo á los ministros, trasladar el gobierno á la Bolsa de la capital y constituir la monarquía en república aristocrática, cuyos nobles y magníficos patricios fuesen los capitalistas y banqueros; quisierais que el poder del dinero fuese la fuerza vital del Estado!» Estas palabras que pasaron casi desapercibidas, entre las carcajadas de la izquierda donde imperaban los banqueros Lafitte y Casimiro Perier, encerraban sin embargo los futuros destinos de la Francia.

El término de la legislatura (17 de julio), permitió á Decazes unir su nombre á algunos importantes actos de administracion pública; estableció el consejo general de cárceles; ensancho el círculo de la instruccion superior, creando cátedras de economía política y de historia del derecho; difundió la enseñanza mútua; restableció las exposiciones quinquenales de los productos de la industria, que no se habian verificado desde 1806, organizando la primera en el palacio del Louvre; instituyó los consejos generales

de fabricacion y de comercio; recompensó los inventos útiles y los procedimientos nuevos; secundó, con sus circulares é instrucciones á los prefectos, los progresos de la agricultura; propagó la vacuna, en una palabra imprimió un benéfico impulso á los negocios administrativos de su ministerio. Su mas bello título á la gratitud de las clases pobres fué la fundacion de la enseñanza pública y gratuita del conservatorio de artes y oficios (25 de noviembre); pero no debe olvidarse que Guizot era entonces la cabeza y el brazo del ministerio del interior, y que Decazes se ocupaba mas personalmente en su policia. Merced á ella conoció la verdadera situacion de los ánimos y el subterráneo trabajo de las sociedades secretas en medio de la aparente tranquilidad del país; el carbonarismo italiano, que habia penetrado en Francia hacia tres años, dominaba ya en Italia, en España y en Alemania; los tronos todos vacilaban, y los plenipotenciarios de la Santa Alianza, convocados en Carlsbad por el Austria y la Prusia, trataron de las medidas preventivas que convenia tomar para detener los progresos del espíritu revolucionario. La Francia no se hallaba en aquel momento tan agitada como muchos estados vecinos, pero el antagonismo de los partidos tomaba cada dia formas mas pronunciadas, y parecía anunciar una terrible lucha á la primera señal. Los peligros que amenazaban á los tronos y á los gobiernos fueron indicados, examinados y estudiados en las conferencias de Carlsbad, á las cuales asistia en persona el rey de Prusia; bajo su responsabilidad particular, habia enviado Decazes un agente á ellas á fin de justificar al ministerio contra las denuncias de los realistas franceses y la desconfianza de los soberanos extranjeros, y apesar de las explicaciones que dió acerca de su conducta y designios, el resultado de las deliberaciones fué contrario al sistema de Decazes. En nombre de la Santa Alianza se le intimó que modificase su marcha política, que se uniese á los realistas y se separase de los liberales, y que no diese mayor extension á las libertades constitucionales. La renovacion anual por quintas partes de la cámara de diputados atestiguó la marcha ascendente del partido liberal; los esfuerzos del ministerio no lograron procurarle la mayoría de votos, ni tampoco la direccion en el nombramiento de los candidatos; los bonapartistas y republicanos triunfaron en todas partes de los rea-

listas, y las elecciones dieron treinta y cinco diputados al lado izquierdo, quince al centro, y solo cuatro al lado derecho. Entre los nuevos diputados de la izquierda observábanse muchos nombres que caracterizaban las tendencias de la oposicion, como eran los Sebastiani, Foy, Demoçay, Lambretsch y del ábate Gregorio; desde aquel momento, resuelto ya el ministerio al sistema retrógrado que le imponian los ministros de la Santa Alianza, planteó, en presencia del rey, la necesidad de modificar la ley electoral. Tres ministros, que habian tomado la defensa de la misma ley en la legislatura anterior, Dessoles, Gouvion Saint-Cyr y Louis, no tuvieron valor para atacarla entonces en las cámaras, y suplicaron al rey que no pusiese otra vez en cuestion el código electoral, protegido por el asentimiento universal de los ciudadanos, y pocos dias despues, cuando aquella discordia pasajera entre los ministros era ya casi olvidada por los que no la habian provocado, el baron Pasquier, de acuerdo con Decazes, presentó al rey una explícita memoria aconsejándole un cambio radical en el sistema del gabinete. Luis XVIII dejóse convencer, é hizo una concesion á las circunstancias modificando su ministerio: Decazes fué elevado á la presidencia sin abandonar por eso la cartera del interior que le ponía al frente de la policia; Pasquier reemplazó al general Dessoles en los negocios extranjeros; el marqués de Latour-Maubourg á Gouvion Saint-Cyr en la guerra, y Roy al abate Louis en la hacienda. Los demás ministros conservaron sus carteras consintiendo en retrogradar con Decazes por el terreno constitucional.

Los proyectos del ministerio habian excitado la inquietud del partido liberal, cuando el rey abrió la legislatura en 29 de noviembre, por medio de un discurso en el que hacia presentir la reforma de la ley electoral, manifestando la intencion, de fortificar la cámara de diputados, y de sustraerla á la accion anual de los partidos.» Luis XVIII anunciaba que solicitaria de las cámaras «dos medios para salvar de la licencia á las libertades públicas, para afianzar la monarquía, y para dar á todos los intereses garantidos por la carta una profunda seguridad.» Su discurso, mas firme y menos vago que los anteriores, terminaba con estas palabras: «La providencia me ha impuesto el deber de cerrar el abismo de las revoluciones, legando á mis sucesores y á mí

patria instituciones libres, fuertes y duraderas.» La conciencia pública se alarmó por aquel lenguaje y por los rumores que lo comentaron: hablóse de golpe de Estado, de disolucion de la cámara de los diputados, de ordenanzas provisionales, y en medio de tanta ansiedad empezaron los trabajos de las cámaras. El único objeto del ministerio era sin embargo la derogacion de la ley electoral, y luego que se supo el peligro que corria la existencia de aquella ley tan querida de la clase media, prodújose una violenta reaccion contra Decazes, considerado antes por los liberales como su aliado y protector. La reaccion en sentido contrario no se verificó con igual fuerza entre los realistas que aprobaban sin duda las nuevas disposiciones del ministro, pero que sentian sobrada antipatía y desconfianza hácia el favorito del monarca, para concederle su completo apoyo antes de poseer seguras prendas de reconciliacion. Decazes por su parte no se apresuró tampoco á presentar la ley electoral esperada por los unos como una medida de salvacion pública, y por los otros como un grande atentado contra las libertades nacionales; y en tanto los liberales, cuyo número é influencia aumentaban en temible proporcion para los realistas, ligáronse por toda la Francia tomando por divisa: Mantenimiento de la ley electoral. La prensa multiplicó su irresistible propaganda en favor de aquella ley, que si bien era aun respetada su destruccion estaba ya decidida, y puede decirse que el liberalismo hizo mas progresos en el espacio de dos meses de los que hiciera en dos años.

Imposible era prever la acogida que recibiria en la cámara de diputados la presentacion de una nueva ley electoral, la que podia estar además concebida en virtud de diferentes sistemas: los realistas, los doctrinarios y los ministeriales habian cada uno elaborado el suyo, mas ó menos hostil á la carta, mas ó menos restrictivo de la libertad; el ministerio en tanto nada decia, y se conservaba en la defensiva del silencio, si bien no se ignoraba que sus delegados Guizot, Baraunte y Villemain preparaban un proyecto de ley. Al abrirse la legislatura, pudo conocer Decazes que la izquierda de la cámara de diputados no habia tomado aun resolucion alguna, ni le amenazaba con una oposicion compacta é indisoluble. Esto le incitó á pedir, de acuerdo con los realistas de todos los matices, que fuese anulada la eleccion del regicida

Gregorio, y en efecto ni un miembro de la izquierda hubo que se atreviese á alzar su voz en favor de la admision. El ministerio podia pues esperar el momento favorable para presentar su ley electoral que estaba pronta, pero este momento no llegaba jamás. La opinion pública se hallaba profundamente agitada por las noticias exteriores: el asesinato de Kotzebue, muerto en Manheim por el estudiante Sand, y otros hechos del mismo género, habian evidenciado el fanatismo de las sociedades secretas de Alemania, las ciudades fabriles de Inglaterra presenciaban motines é incendios, que parecian precursores de mas graves acontecimientos; el liberalismo español, despues de minar por espacio de seis años la autoridad de Fernando VII, habia estallado por fin en 1.º de enero de 1820: el coronel Quiroga y el comandante Riego habíanse puesto al frente de una insurreccion militar, que encerrada al principio en la isla de Leon, debia propagarse por toda la Península á los gritos de *viva la constitucion*. Los liberales franceses saludaban como hermanos á los sublevados españoles, y en tanto Bolivar convertia en repúblicas las colonias españolas de la América meridional. En tan difíciles circunstancias no se atrevia el gobierno á descargar tan rudo golpe á las ideas y simpatías liberales.

De repente, en medio de los regocijos de un carnaval que la política no habia logrado entristecer, despertóse París el dia 14 de febrero al rumor de un asesinato. El duque de Berry asistió la víspera con su esposa á una representacion del teatro de la ópera, y á las once, poco antes de terminar la funcion, acompañó á la duquesa hasta su carroza; luego que aquella hubo subido al coche, precipitóse un hombre entre los gentiles-hombres que rodeaban al príncipe, é hirióle de una puñalada en el pecho. Mientras el herido era trasladado á una sala del teatro, donde llegaban el sonido de la música y los aplausos del público, el asesino fué preso, sin que manifestara por su crimen la menor emocion. El rey y la familia real no tardaron en hallarse reunidos cerca del moribundo príncipe, quien recibió los sacramentos de la Iglesia con tierna compuncion, y no cesó de implorar el perdon de su asesino: «Habré sin duda ofendido á ese hombre, decia; perdon, perdon para él!» Cuantos presenciaban aquella escena deshacíanse en lágrimas, pues los médicos habian declarado que la herida

era mortal; la agonía duró seis horas, y empezaba á despuntar el día cuando Luis XVIII cerró los ojos del príncipe, diciéndole: «Duerme en paz, hijo mío!» Semejante asesinato sembró el horror y la consternación en todos los ángulos de la capital, y todos los partidos se mostraron unánimes en compadecer á la víctima y en maldecir al asesino. Este, que confesaba su horrible delito y que se envanecía de no tener cómplices, era un mancebo guarnicionero, llamado Louvel, quien había cobrado un odio implacable contra los Borbones.

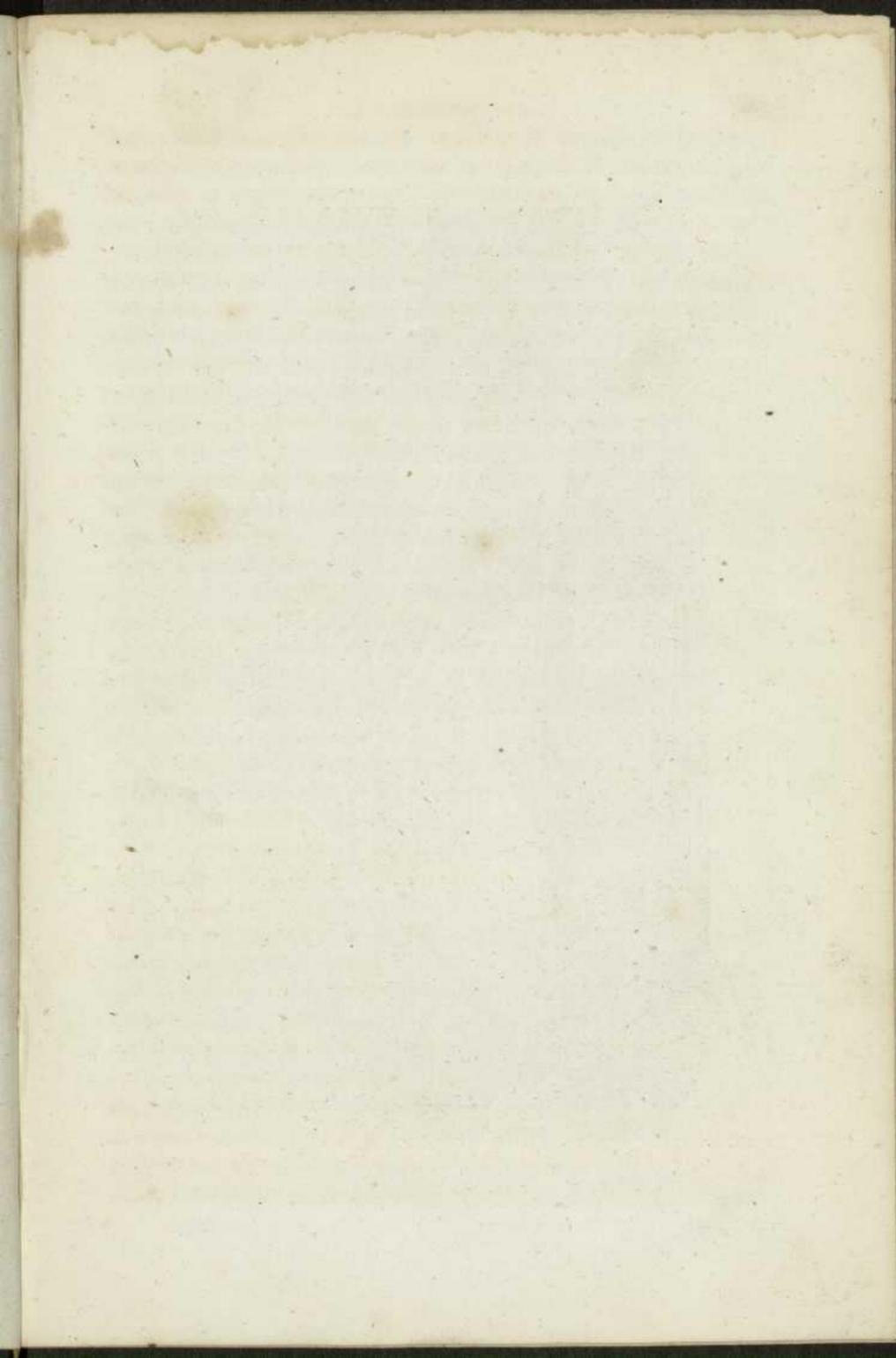
Al día siguiente del crimen, abrióse la sesión de la primera cámara de diputados entre el silencio y la desolación; hablábase en voz baja en todos los bancos sobre las circunstancias de la muerte del príncipe, cuando Clausel de Coussergues se lanzó á la tribuna y gritó con furor: «Propongo á la cámara que fulmine un acto de acusación contra M. Decazes, ministro del interior, como cómplice del asesinato de monseñor el duque de Berry!» Sorprendida é indignada la asamblea llamó al acusador al orden, pero en la sesión siguiente, Clausel de Coussergues persistió en su increíble acusación, si bien consintió en modificarla, calificando únicamente á Decazes de rey de traición. Los realistas exaltados apoyaron las palabras de su colega, y aunque se levantaron muchas voces en defensa del ministro, no impidieron que el golpe estuviése ya dado; Decazes, acusado de complicidad con Louvel, no era por esto sospechoso á Luis XVIII; pero la familia real se hallaba autorizada para exigir la deposición de un ministro á quien había podido alcanzar semejante acusación. Decazes intentó resistir la tormenta, y sin dignarse contestar, á sus calumniadores, limitóse á presentar á las cámaras tres proyectos de ley, los cuales suspendían la libertad individual y la de imprenta, y reglamentaban las elecciones de los diputados, colocándolas de nuevo bajo la influencia de los funcionarios del gobierno y de los grandes propietarios. En vano esperó que esas leyes le granjearían la pérdida de confianza de los realistas: ni siquiera se le dió tiempo para que fuesen adoptadas; el conde de Artois, en nombre de su hijo, y la duquesa de Berry, en el de su esposo, solicitaron la destitución del ministro que había sido culpable á lo menos de negligencia, no empleando mejor su numerosa policía. Decazes puso su dimisión en manos

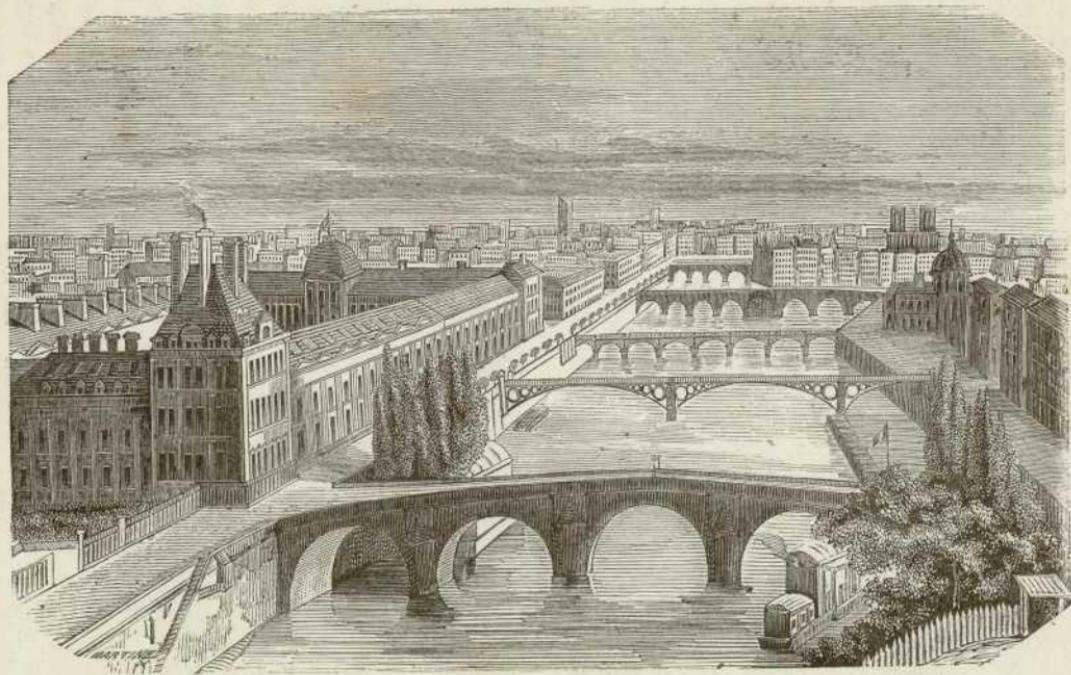
del rey, quien le dispensó un público testimonio de confianza encargándole la designación de su sucesor; el ministro desgraciado indicó al que era considerado como el principal autor de su caída, al duque de Richelieu, quien aceptó el título de presidente del consejo sin cartera, y conservó en su puesto á todos los ministros, confiriendo al conde Simeon el del interior. La caída de Decazes, á quien pareció perseguirse en la persona de sus amigos y protegidos, fué causa de importantes mudanzas en el ministerio que habia abandonado: la administracion municipal y departamental que tenia á su frente al distinguido publicista Guizot, fué trasformada en direccion general de las municipalidades y de la políca, confiriéndola al baron Monmier que habia reusado un ministerio; el baron Capelle fué nombrado secretario general del departamento del interior, y Portalis, subsecretario de Estado del de justicia. El duque de Richelieu, que no imitó la generosidad de su antiguo antagonista, exigió que Decazes saliera de Francia sin pérdida de momento, y Luis XVIII, obligado á ceder ante las exigencias del partido dominante, separóse de su favorito colmándole antes de distinciones y de honores; no contento con haberle creado conde y par de Francia, confirióle la dignidad de duque, dióle ochocientos mil francos para pagar sus deudas, y le nombró embajador en Londres.

La herencia ministerial de Decazes no era muy halagüeña, y la oposicion liberal tomó de repente en ambas cámaras un carácter de firmeza como jamás habia tenido; las leyes excepcionales que presentara el ministro al retirarse, fueron recibidas con unánimes clamores de reprobacion; la prensa dió un grito de alarma que resonó hasta el fondo de los corazones, y muchas y animosas voces protestaron en las dos cámaras contra el establecimiento de la arbitrariedad. El duque de la Rochefoucault-Liancourt, Daru, Lanjuinais y Chateaubriand impugnaron en la cámara de los pares la censura de los periódicos, y Manuel, La Fayette, Benjâmin Constant, Estanislao Girardin, Daunou, Royer-Collard, Camilo Jordan y Foy fueron en la cámara de diputados los elocuentes adversarios de aquella opresora medida. Apesar de todo las leyes fueron aprobadas, y el ministerio hizo de ellas un terrible uso, suprimiendo cuantos periódicos no se-

cundaban sus miras; pero aquella guerra cotidiana, declarada á los escritos periódicos, solo logró que la prensa política trasformase su modo de publicidad. Otra vez estuvieron en boga los folletos que nada debían temer de la censura, y la opinión liberal mostróse mas ardiente y mas ingeniosa que nunca en crearse ecos y en abrirse nuevas vías. El extremo izquierdo de la cámara de diputados dió el ejemplo de la resistencia, proponiendo una suscripción nacional en favor de los ciudadanos víctimas de prisiones arbitrarias, y aunque los firmantes de la proposición fueron encausados como culpables de sedición, solo servían aquellos actos para robustecer al partido liberal, que consentía de muy buen grado en desempeñar el papel de mártir. Todo era pretexto para manifestar la oposición al gobierno, y el pueblo no apartaba los ojos de la América del sur, donde se desplomaba el poderío de España, de Inglaterra, donde se habían sublevado los proletarios de Manchester y de Birmingham, de la Italia donde fermentaba una insurrección nacional; de la Alemania, donde las universidades habían desplegado la bandera de la nueva *Teutonia*, de la España especialmente, donde Fernando VII, estrechado de cerca por Riego y Quiroga al mediodía y por Mina al norte, había prestado juramento á la constitución y proclamado el gobierno liberal.

Bajo el imperio de tan graves preocupaciones políticas empezó casi al mismo tiempo el proceso de Louvel en la cámara de los pares, y la discusión de la nueva ley electoral en la de diputados. Si la agitación exterior y aparente era formidable, no lo era menos la interior y oculta; las sociedades secretas habían penetrado en los cuarteles, en las escuelas, en los talleres, en los mas insignificantes villorrios, y esta profunda emoción del país y sobre todo de la capital estuvo próxima á producir la guerra civil cuando quiso el ministerio modificar la ley electoral de 5 de febrero de 1817. No contento aun con el proyecto presentado por Decazes antes de retirarse, sustituyóle en 29 de abril con un nuevo sistema de elecciones de dos grados, obra de Villele, supremo jefe de los realistas de la cámara. Según dicho sistema constituíanse dos clases de colegios electorales, unos de departamento y de distrito los otros, compuestos los primeros de electores que pagasen á lo menos mil francos de contribución, y los





segundos de los que pagasen trescientos francos, la mitad de ellos en contribucion territorial. De este modo privaba el gobierno de la elegibilidad á los candidatos que no representasen la gran propiedad, quedando elegidos la mayor parte de los diputados fuera de la industria, del comercio y de la clase media urbana. Los liberales consideraban esta ley como una calamidad pública; la opinion general se habia armado para defenderla, y los partidos trabaron la lucha en la tribuna en las últimas sesiones del mes de mayo. Villele empezó por declarar francamente que aquella ley, conservadora del verdadero orden social, debia impedir que las fortunas muebles é industriales dominasen á las inmuebles y territoriales; mas la oposicion habia contado sus fuerzas, é invocando la carta, habíase proporcionado apoyo en los bancos del centro, pudiendo disputar la mayoría á los realistas. Camilo Jordan intentó conciliarlo todo presentando una enmienda que dividia los departamentos en tantos distritos electorales cuantos fuesen los diputados que debiesen elegirse, y confiaba á cada colegio electoral el nombramiento de su diputado. El ministerio rechazó esta enmienda á la cual opuso otra totalmente distinta, y procediéndose luego á la votacion, reunieron ambas igual número de votos (ciento veinte y siete). De repente introducen en la sala á un diputado que se hallaba en cama hacia muchos dias atacado de gota: era el marqués Chauvelin, que queria apesar de su dolencia, votar por la enmienda de Jordan. El entusiasmo de las tribunas públicas no conoció límites, y propagóse á la multitud que rodeaba el palacio legislativo esperando con ansiedad el resultado de los debates. Los estudiantes de derecho y de medicina, reunidos en las puertas de la cámara, llevaron en triunfo á Chauvelin hasta su habitacion, y las calles de París vieron celebrar la derrota del ministerio con tumultuosas manifestaciones. Al dia siguiente 2 de junio, formáronse de nuevo grupos mas numerosos y agitados que la víspera como para seguir todas las peripecias de la deliberacion que continuaba viva y encarnizada como nunca. Los realistas mezclados entre el gentío, llegaron por fin á las manos con los contrarios de la nueva ley, y de ello resultó una lucha á garrotazos, en la cual recibieron contusiones Camilo Jordan y otros varios diputados que salian de la cámara. En tanto conti-

nuaba la discusion de la ley, y cada artículo daba lugar á nuevas enmiendas que eran todas rechazadas como las de Camilo Jordan; el ministerio habia adquirido cinco votos que le aseguraban la mayoría, pero no por esto se desalentaba la obstinada resistencia de la izquierda. En aquel momento puede decirse que la suerte de la monarquía solo pendia de un hilo: los miembros de las sociedades secretas tenian orden de no salir á la calle sino armados con pistolas, puñales ó palos de estoque, y no se aguardaba mas que una señal de la junta directora para apelar á la fuerza. El gobierno no desconocia la gravedad de la situacion; publicóse un bando prohibiendo los grupos, pero los alrededores de la cámara de diputados, el puente de Luis XVI, la plaza de Luis XV, los muelles y la plaza del Carrousel, eran incesantemente teatro de provocaciones y amenazas que se expresaban por medio de alternativos gritos de *viva el rey!* y *viva la carta!* La tropa atacada á pedradas no hizo empero uso de sus armas, si bien hubo algunas personas heridas por las cargas de caballería que barrian los boulevares á cada momento. Todas las tardes se reproducian iguales escenas con una exactitud que revelaba la existencia de un plan; los soldados y los grupos tomaban posicion; las tiendas se cerraban; proferianse gritos sediciosos; rompíanse los faroles; lanzábanse algunas piedras; y luego los coraceros y dragones acuchillaban hasta media noche; entonces todos se retiraban para volver á empezar al dia siguiente á la misma hora. En medio de aquella agitacion popular, adoptó la cámara la ley electoral tal como la habia presentado el gabinete, creando el doble voto en beneficio de los electores de gran colegio, los cuales debian ser admitidos á votar por segunda vez con los colegios de distritos; estos últimos debian nombrar doscientos cincuenta y ocho diputados, y ciento setenta y dos los departamentos.

El juicio de Louvel pasó como desapercibido en medio de tan graves preocupaciones políticas; habíase abierto el dia 5 de junio ante la cámara de los pares, y el procurador general Bellart intentó probar en su acusacion que el asesino tenia cómplices y que su atentado era obra del partido revolucionario. Louvel era uno de aquellos hombres enérgicos que solo necesitan una conviccion y un sentimiento para cometer un crimen, y él mis-

no se había afirmado en su horrible resolución de dar muerte al desgraciado príncipe; desde 1814, según declaró tranquilamente, buscaba una coyuntura favorable para matar á un Borbon. Habíase exaltado leyendo el *Contrato social* y los demás escritos de Juan Jacobo Rousseau, y la soledad había robustecido su fanatismo republicano. Es posible sin embargo que Louvel hubiese sido alentado en su horrible designio por ambiciosos ó conspiradores que tuviesen interés en la muerte del príncipe, pero no pudo probarse que en medio de su vida laboriosa y retirada hubiese tenido relaciones con las sociedades secretas, ni se hubiese jamás mezclado en tramas republicanas, bonapartistas, liberales ú orleanistas. Por esto el comisario de la cámara de los pares, Bastard de l'Étang, pidió que la acusacion se concentrase en la persona de Louvel. Durante el juicio mostróse éste tranquilo, frio y casi digno; no hizo esfuerzo alguno para sustraerse á la suerte que le esperaba; nada confesó, nada desmintió, y llegó á referir con espantosa sencillez las gradaciones morales que su alma había seguido antes de consumar el asesinato: «Empecé por el duque de Berry, dijo, porque este era el medio mas seguro de extinguir la raza; despues del duque de Berry, habria muerto al duque de Angulema, luego á Monsieur, y luego al rey.» En vano se pretendió inspirarle mejores sentimientos ofreciéndole la imágen de los eternos castigos reservados á los pecadores endurecidos; el infeliz se sonrió con desprecio y murmuró: «Esto no son mas que palabras.» A los que le interrogaban acerca del nombre de sus cómplices, contestó: «Mi deseo era obrar de un modo seguro, y por lo tanto debia obrar solo. Un hombre es siempre dueño de la vida de otro cuando consiente en sacrificar la suya. A nadie necesitaba.» Y volviéndose hácia el duque de Ragusa que le reconvenia amargamente por su parricidio, exclamó: «Y sois vos quien me decís esto, vos que habeis sido mi primer cómplice, puesto que si no hubieseis vendido á la Francia, no habria yo cometido un crimen. Vos vendisteis á la patria, y yo he querido salvarla.» Despues de la defensa de su abogado que le recomendaba á la compasion de los jueces suponiéndole víctima de una enajenacion mental, leyó un discurso escrito en el que hacia su profesion de fe política con la misma tranquilidad que si hubiese sido extraño á la sen-

tencia que iba á pronunciarse: «No ha de verse en mí, decia en aquel singular documento, sino á un francés deseoso de sacrificarse para destruir, segun mi sistema, á una parte de los hombres que empuñaron las armas contra la patria.» Su discurso acababa con estas palabras: «Los Borbones son muy culpables, y la nacion quedaria deshonrada si se dejase gobernar por ellos.» Condenado á la pena de los parricidas, su impasibilidad no le abandonó ni un momento; el dia 7 de junio á las seis de la tarde subió las gradas del cadalso, y sin conmoverse al mirar la multitud que llenaba la plaza de Greve, púsose sin vacilar en manos de los ejecutores: «Aprisa, les dijo, me esperan allá arriba.» De repente se estremeció: «Parecíame haber oido un cañonazo,» exclamó con emocion; mas calmándose luego, recibió la muerte sin que en su semblante se leyera la menor alteracion. Mucho tiempo despues se ha sabido que durante la misma noche del asesinato, Louvel se habia reunido en un café de la calle del Monte Thabor, donde iba algunas veces, con dos desconocidos, anciano el uno y jóven el otro. Los tres habian hablado en voz baja, y oyóse al anciano que decia á Louvel: «¡Idos á acostar, estais loco!» Luego salieron juntos, y Louvel, al separarse de sus amigos que procuraban detenerle, les abrazó, segun la expresion de un testigo, «como si partiese para un largo viaje.» ¿Quiénes eran aquellos desconocidos?

El asesinato del duque de Berry, las turbulencias que acompañaron la discusion de la ley electoral, la agresiva actitud de los diputados del lado izquierdo, y la agitacion general de los ánimos, eran otros tantos síntomas graves de los acontecimientos políticos que se preparaban ó se realizaban por toda Europa. La revolucion de España habia seguido su curso. Despues de jurar la constitucion de 1812, Fernando VII parecia haberse sometido á ella de buen grado, y suprimió el santo Oficio, expulsó á los jesuitas, abolió parte de los privilegios de la nobleza, abrió á los desterrados las puertas de la patria, concedió una amnistía é instituyó la guardia cívica. Agustín Argüelles era su ministro del interior; el conde de Toreno, Calatrava y Martínez de la Rosa apoyaban el ministerio en las cortes; pero el partido liberal se veia supeditado ya por el revolucionario, á cuyo frente acababa de colocarse Riego despues del licenciamiento del ejér-

cito libertador. El ejemplo de la España debia servir de modelo á todos los Estados donde habia echado el carbonarismo profundas raices, y el dia 2 de julio un regimiento de caballería que formaba la guarnicion de Nola, en el reino de Nápoles, rebelóse á los gritos de *Viva el rey y la constitucion!* fraternizando sucesivamente con las guarniciones de las ciudades inmediatas; la de Nápoles, mandada por el general Guillermo Pepe salió de la capital para reunirse con los insurrectos, y el rey Fernando IV, despues de nombrar á su hijo, el duque de Calabria, teniente general del reino, juró acatar la constitucion que no era mas que la constitucion española. La Sicilia quiso hacer tambien una revolucion, y renovó contra los napolitanos la escena de sus famosas Vísperas; mas, despues de un terrible bombardeo, cayó Palermo en poder de sus antiguos dominadores. Portugal fué mas feliz que la Sicilia en su revolucion: durante la noche del 24 de agosto la guarnicion de Oporto, arrastrada por su coronel Castro de Sepúlveda, dirigióse hácia Lisboa y fraternizó con las tropas que enviaba el gobierno para combatirla; la regencia tomó la fuga, y la junta de gobierno adoptó la constitucion española antes de que el rey Juan VI regresase del Brasil para reconocer y continuar aquella revolucion pacífica. El triunfo alentó á los carbonarios, cuyo número ascendia en Europa á mas de setecientos mil, á continuar su obra insurreccional, y causaba ciertamente admiracion el que la Francia se hubiese mantenido tranquila hasta entonces. En efecto, las sociedades secretas se hallaban fuertemente organizadas y afiliadas entre sí lo mismo en París que en los departamentos, habiendo invadido en especial el ejército y las universidades. Cada asociado, despues de prestar juramento sobre un puñal, debia estar pronto para obrar y armarse á la primera indicacion, y una junta directora central, cuyos jefes supremos no eran si quiera conocidos por las juntas que les seguian en categoria, hacia mover á las juntas todas que correspondian entre sí y dependian, sin conocerse las unas de las otras. Aquellas juntas llamadas *ventas*, se componian cada una de veinte miembros, de los cuales uno, sin saberlo los demás, formaba parte de la *venta* superior. En cada distrito, en cada calle de París existian infinitas *ventas* mútuamente encadenadas; pero cuyo lazo misterio-

so burlaba las investigaciones todas de la policía. El gobierno supo, empero, la existencia de una conspiración que debía estallar el día 19 de agosto, y el vecindario al despertarse encontró cerradas las barreras de la capital, á las tropas sobre las armas, y rodeadas las Tullerías con grande aparato militar. Los conjurados, pertenecientes al ejército en su mayor parte, abrigaban el designio de apoderarse del fuerte de Vincennes, de sublevar el arrabal de San Antonio, y de hacer en las Tullerías un segundo 10 de agosto. El jefe reconocido de la conspiración era el capitán Nantil, quien fué bastante afortunado para poder refugiarse en España, junto con la caja de los conspiradores que se hacia subir á cuatro millones. El objeto de la conspiración habia sido muy poco definido, de modo que los partidarios de Napoleon II, de la república y del duque de Orleans, habian resuelto marchar juntos á los gritos de: *Viva la libertad!* aplazando la elección de un gobierno para despues de la toma de las Tullerías y de la prision de la familia real. En la causa figuraron muchos militares retirados y en activo servicio de alta graduación, y las diligencias demostraron que aquella conspiración, muy insignificante en apariencia, tenia numerosas ramificaciones en todos los cuerpos del ejército. La cámara de los pares que conoció de la causa pronunció tres sentencias de muerte contra otros tantos ausentes, condenó á muchos á algunos años de cárcel, y absolvió al resto de los acusados.

Las sociedades secretas se hicieron reas de otro nuevo crimen intentando por medio de un petardo que estalló bajo la ventana del pabellon Marsan, hacer abortar á la duquesa de Berry, y privar así de un sucesor legítimo á la rama primogénita de los Borbones. Tan abominable proyecto, cuyos autores fueron condenados á muerte por el jurado, si bien vieron conmutada su pena en veinte años de presidio, no tuvo influencia alguna funesta en el nacimiento del hijo póstumo del duque de Berry, el cual vino al mundo durante la noche del 29 de setiembre. La malévola y el espíritu de partido habian propalado los mas absurdos rumores acerca del embarazo de la duquesa, y por esto fué que asistieron al parto el mariscal Suchet y varios guardias nacionales que se encontraban de servicio en las Tullerías; Luis XVIII dió al recién nacido el título de *duque de Burdeos*; y

el cuerpo diplomático el de *hijo de la Europa*, mas no todos los miembros de la familia real acogieron con igual entusiasmo el nacimiento de un príncipe que les apartaba del trono, atribuyéndose al duque de Orleans una protesta publicada bajo su nombre en los periódicos de Londres, contra los derechos de un príncipe á quien consideraban algunos como supuesto. Los realistas no cabían en sí de alegría, y creían encerrado en la cuna del recién nacido el porvenir de la monarquía de San Luis y Enrique IV; el rey, mas previsior que su familia y sus fieles servidores no pensaba que aquel nacimiento hubiese destruido ninguna de las dificultades de la situacion, y la proclama que con aquel motivo hizo refrendar por el presidente del consejo de ministros, manifiesta con evidencia que no se engañaba acerca del estado de la Francia y de la Europa: «Las circunstancias son graves, decía, mirad á nuestro alrededor y todo os revelará vuestros peligros, vuestras necesidades, vuestros deberes... Apartad de las nobles funciones de diputado á los autores de desórdenes, á los causantes de nuestras discordias, á los propagadores de injustas desconfianzas contra mi gobierno, mi familia y yo! Decidles que ahora que todo florece, que todo prospera, que todo se engrandece en vuestra patria, no pensais siquiera en abandonar al azar de sus insensatos sueños, ni en poner á merced de sus perversos designios, vuestras artes, vuestra industria, las cosechas de vuestros campos, la vida de vuestros hijos, la paz de vuestras familias.» Esta proclama, escrita de puño propio del rey y reproducida en fac-simile en número de ciento cincuenta mil ejemplares, distribuidos á los electores de los grandes colegios, aseguró el éxito de la doble votacion. De ciento cuarenta y tres diputados nuevos que fueron nombrados para completar la cámara, aumentada hasta cuatrocientos veinte miembros, apenas emanaron del partido liberal cinco ó seis nombramientos, y la renovación anual de la quinta parte de la antigua cámara, robusteció aun mas en ella la derecha y el centro derecho. El realismo ganaba terreno; y el duque de Richelieu creyó necesario darle una especie de satisfaccion llamando á sus jefes al poder antes de abrirse la legislatura de 19 de diciembre: Villele, Corbiere y Lainé, su aliado, fueron creados ministros secretarios de Estado sin cartera, obteniendo luego el segundo la de instruccion pública. El gabinete

quedaba pues dominado por el partido de los realistas puros; mas Luis XVIII, en el discurso con que abrió la legislatura, no dejó de colocar su gobierno bajo los auspicios de la carta, á fin «de inspirar mas general confianza en la estabilidad del trono y en la inflexibilidad de las leyes que protegen los intereses de todos.» Esto no obstante, los hombres políticos que mas se habian opuesto al decreto de 5 de setiembre de 1817, tales como el general Donadieu, el prefecto Chabrol de Crouzol y el abogado del rey Peyronnet, no se encontraban en la cámara con intencion de defender la carta, ni de poner, segun decia el discurso de la corona: «Las diferentes partes de la administracion en armonia con aquella ley fundamental.» La legislatura de 1821 no fué mas que una lucha insignificante entre los realistas exaltados y moderados, mientras que el partido liberal, que comprendia su inferioridad en la cámara, se agitaba en todos sentidos para aumentar su influencia en el país.

La conspiracion era permanente, pero solo se revelaba por actos aislados que manifestaban así las escasas fuerzas como la obstinacion de los conspiradores; el nombre de Napoleon II se hallaba mezclado en todas aquellas tramas, y creyóse ser la mano de un bonapartista la que colocó un barril de pólvora en una escalera inmediata al gabinete del rey. La explosion se verificó el dia 27 á las cinco de la tarde, pero solo causó algunas pérdidas materiales; Luis XVIII se hallaba en aquel momento fuera de su gabinete, y como no pudo dudarse de que aquella máquina infernal iba dirigida contra su existencia, las cámaras le enviaron diputaciones para expresarle la indignacion que en ellas causara el horrible atentado. Esto sirvió de pretexto á los realistas exaltados para excitar al soberano á abandonar lo que llamaban ellos ilusiones del sistema constitucional; mas Luis XVIII, resistiendo no solo á la mayoría retrógrada de ambas cámaras y á las amenazadoras sugerencias de parte de sus ministros, sino tambien á las repetidas instancias de los reyes aliados, pretendia no apartarse de la carta lo mas mínimo y ceñirse extrictamente á ella. El duque de Richelieu era como siempre su eloquente intermediario cerca del emperador de Rusia, el cual en un principio se habia mostrado dispuesto á dar una constitucion á su pueblo; sin embargo, cuando la revolucion que se ha-

bia apoderado de España, de Portugal y de Italia, se atrevió á llegar hasta San Petersburgo, Alejandro se arrepintió de sus tendencias liberales. Desde aquel momento Metternich fué el verdadero árbitro de la santa alianza, y en el congreso de Troppau fué Alejandro el primero en proponer el empleo de la fuerza contra la revolucion de Nápoles. La posicion geográfica de España y de Portugal no exigia tan pronta represion, y esta pertenecia al rey de Francia mas bien que á sus aliados. En su calidad de rey constitucional, Luis XVIII ofreció su mediacion que el gobierno de Nápoles no se apresuró á aceptar, mientras que la Inglaterra se conservaba indiferente y neutral. El Austria se encargó entonces de devolver al rey Fernando su reino de las dos Sicilias, y el dia 8 de febrero, sesenta mil austriacos á las órdenes del baron de Frimont, pasaron el Pó y marcharon contra Nápoles por tres distintos caminos. A principios del año abriéronse nuevas conferencias en Laybach, á las que asistieron personalmente los emperadores de Austria y de Rusia y el soberano de Prusia; la Francia, lo mismo que los Estados secundarios de Europa, hallábase representada en ellas por sus ministros plenipotenciarios. El rey de Nápoles abjuró la promesa que hiciera de guardar la constitucion, y aprobó en una proclama á su pueblo la intervencion de sus aliados. En tanto el ejército austriaco seguia su camino en territorio napolitano, y apesar de las esperanzas que sustentaban los liberales franceses, entró en la capital el dia 23 de marzo, restableciendo sin pérdida de momento el gobierno absoluto. Al mismo tiempo estalla una revolucion en el Piamonte; la nobleza iniciada en el carbonarismo exige una constitucion; el marqués de San Marsan, Santa Rosa y el príncipe de la Cisterna son los jefes de los conspiradores, entre los cuales se cuenta el príncipe de Carignan, Carlos Alberto, hijo del rey; la guarnicion de Alejandría se rebela el dia 10 de marzo; el movimiento se propaga de ciudad en ciudad, llega hasta Turin, y el rey que no resiste, abdica en favor de su hermano antes que jurar la constitucion de las cortes, nombrando regente del reino al príncipe de Carignan. Este jura el código fundamental del Estado; pero apenas Victor Manuel se hubo retirado pacíficamente á Niza, cuando el nuevo rey Carlos Félix, protesta contra cualquier cambio en la forma del gobierno, contra la

constitucion y la junta nacional; intima á los rebeldes que reconozcan su autoridad hereditaria, y convoca en Novara al ejército piemontés al mando del conde de Latour. Los austriacos apoyan la declaracion de Carlos Félix y marchan hácia Turin; el gobierno constitucional se prepara sin embargo para rechazar la invasion extranjera, y el príncipe de Carignan se pone al frente de las tropas; mas en vez de guiarlas contra el enemigo, es el primero en dar el ejemplo de la defeccion, saliendo de Turin durante la noche para marchar á Novara en cumplimiento de las órdenes del rey su tío. Esto no obstante, los piemonteses no renuncian á combatir; Santa Rosa les excita á la resistencia esperando que las sociedades secretas de Francia acudirian en su auxilio de un momento á otro. Los austriacos entran en el Piemonte en número de ocho mil hombres; obligados á retirarse luego hácia Novara, reciben allí numerosos refuerzos, y de nuevo empeñan la batalla el dia 2 de abril á una legua de aquella ciudad. El ejército constitucional acaba por ser vencido; los jefes de la revolucion sarda se refugian en Suiza, y el rey Carlos Félix toma posesion de su capital, mientras que á petición suya es su reino ocupado por diez y ocho mil austriacos.

La Francia no habia respondido á la voz de los constitucionales italianos que la instaban para que hiciese una diversion en su favor; cuando las sociedades secretas hubieron organizado la insurreccion, el orden estaba restablecido ya en Italia. Solo estallaron algunos desórdenes en Grenoble, mas la energia desplegada por las autoridades desconcertó á los conspiradores. Aquella fué la única tentativa que se permitieron durante aquel año los carbonarios franceses, quienes, soñando únicamente en revoluciones y en constituciones en todos los pueblos inmediatos á la Francia, tenian fijos entonces sus ojos en la Grecia, donde el príncipe Alejandro Ipsilanti habia llamado á las armas á sus compatriotas. Aquella insurreccion, como todas las demás, era obra de las sociedades secretas, y especialmente de la de los *heteristas*, la que preparaba hácia muchos años la emancipacion de los helenos. El dia 6 de marzo, los turcos fueron asesinados en toda la Moldavia y la Valaquia, y á aquella señal, las provincias griegas se sublevaron una tras otra contra la tirania turca para reconquistar su independencia. El emperador de Rusia se

declara contra la empresa de Ipsilanti, pero este, sin desalentarse por ello, continuó su lucha contra los musulmanes. Los horribles asesinatos de Constantinopla excitaban la indignación de la Grecia entera; y se dá principio á la guerra santa; el clero predica una nueva cruzada contra los turcos, y los griegos todos son soldados. Los kleptos y los palikaros bajan de sus montañas para proteger la constitucion que Maurocordato presenta á la aceptacion de los jefes reunidos en Epidauro, constitucion que por estar calcada sobre la de los Estados-Unidos, sino es muy conveniente para la Grecia no preparada todavia para el uso de las instituciones liberales, sirve á lo menos para establecer la existencia de una nacionalidad, que los unánimes esfuerzos de sus hijos defenderán durante ocho años contra sus antiguos opresores. A la noticia de aquella revolucion, los pueblos todos se sintieron poseidos de admiracion y de piedad; la Francia en especial, casi sin distincion de partidos, favorece con sus votos tan justa é interesante causa, y no solo sigue con ansiedad la marcha de los acontecimientos en aquella guerra tan nutrida de maravillosos hechos de armas y de sublimes sacrificios, no solo repite con orgullo los nombres de los valientes que combaten por la independencia de su patria, sino que les envia experimentados oficiales, auxiliares intrépidos, armas y caudales.

En tanto la cámara de diputados se hallaba entregada á interesadas divisiones, á debates personales que no traspasaban el terreno del ministerio; promovidos por dos facciones que pretendian dominarse recíprocamente y apoderarse del poder por toda clase de intrigas, los realistas constitucionales no tenian ciertamente sobre los ultra-realistas las ventajas del número de la audacia ni de la habilidad, pero creíanse apoyados por el rey, y tenian en su favor á la mayoría del gabinete y al presidente del consejo de ministros. A su entrada en el consejo, Villele y Corbiere no se habian separado del extremo derecho que les elevaba por fuerza al ministerio, aparentando únicamente en la cámara no ser obstáculo á los actos ministeriales que jamás apoyaban abiertamente, y á los que por el contrario atacaban de un modo oculto por medio de sus amigos. La division era profunda en el seno del gabinete, si bien no daba lugar todavia á una

abierto rompimiento entre los ministros, quienes, á pesar de las mútuas deferencias que parecían guardarse, hacíanse entre sí una guerra implacable. El duque de Richelieu podía contar con sus colegas Pasquier, Serre, Simeon y Roy, los cuales se conformaban con los deseos de Luis XVIII; Villele y Corbiere, adictos al conde de Artois y á su partido, viéronse en breve bastante fuertes para hacer doblegar la autoridad real ante las excesivas exigencias de los realistas absolutos, y Luis XVIII, debilitado por la edad y los acháques, abandonaba su ordinaria firmeza mostrándose menos constante en sus ideas constitucionales. Empezó por hacer concesiones al partido clerical que tenía su principal punto de apoyo en el pabellon Marsan, y el concordato de 1817 fué reconocido y sancionado; y el ministerio, atacado y hostigado sin cesar por los realistas exaltados, no podía esperar una prolongada existencia. La izquierda y el centro izquierdo solo le defendían en ciertas ocasiones, cuando parecía querer unirse con ellos por medio de alguna medida liberal, y en aquella lucha de dos partidos rivales que procuraban escalar el uno el poder y mantenerse el otro en él, la corrupcion aumentó en ambos campos de un modo extraordinario; los unos hacían promesas para una época que creían muy próxima, los otros distribuían gracias y empleos, y cada partido procuraba adquirir partidarios en las cámaras y alcanzar mayoría comprándolas. El reinado de la corrupcion política se encontraba aun en su aurora, y esto no obstante el general Donadieu pronunciaba ya este fatal oráculo: «Todo ha terminado para un país, todo ha terminado para los hombres cuando llegan á no ver mas valor que el del dinero!»

Mientras la legislatura se arrastraba á través de mil intrigas dirigidas contra el ministerio, dilatándose la adopcion del presupuesto, que se elevaba á ochocientos ochenta y dos millones trescientos veinte y siete mil trescientos setenta y cuatro francos, la Francia recibió la triste noticia de la muerte de Napoleón. El día 5 de mayo á las seis de la tarde, el emperador habia dado su último suspiro á la edad de cincuenta y un años ocho meses y veinte dias, en su cárcel de Santa Helena donde su agonia moral y física habíase prolongado por espacio de sesenta y siete meses y medio. Napoleón pasó todo el tiempo de su cauti-

verio sufriendo los ataques de una enfermedad crónica, que el clima mortífero de la isla agravó é hizo incurable; pero no era aquella dolencia del hígado ó del estómago lo que mas le atormentaba: era sí su propio pensamiento, el recuerdo de lo que habia hecho, la impaciencia por lo que habria pretendido hacer. Sin apartar los ojos de la Europa y de la Francia, presentia el porvenir y se indignaba de no poder tomar en él la menor parte. «Después de mí, decia, la revolucion, ó mejor las ideas que la han producido, volverán á tomar su curso, y si manos firmes y entendidas no abren al torrente un cauce profundo, él mismo se lo abrirá á través de las ruinas mas deplorables.» A veces esperaba que los reyes que lo habian puesto bajo la custodia de la Inglaterra le llamarian en su auxilio: «La monarquía llorará por todas partes mi brazo tutelar, decia tristemente; la aurora de las revoluciones aparecerá de nuevo para la Europa!» Enternecese hasta derramar lágrimas al pensar en la Francia y en su hijo, y en su modesta habitacion de Longwood, en medio de aquellas rocas calcinadas por el sol, en presencia de aquella naturaleza árida y desolada, el augusto cautivo no tenia mas consuelo que el de su secretario Las Cases, de sus generales Gourgaud, Bertrand y Mantholon y de algunos fieles servidores que le habian seguido á su destierro. Napoleon espiró durante una horrible tempestad que devastaba la isla, y parecia querer destruir el órden de los elementos; sus últimas palabras fueron: «Dios mío!... ¡la Francia!... hijo mío!...»

La muerte de Napoleon afirmó el trono de los Borbones en el preciso momento en que Luis XVIII, atacado por la gota y por una enfermedad escrofulosa, preparábase filosóficamente á abandonar la vida repitiendo los versos del poeta Horacio. Luis XVIII no tenia ya fuerza ni voluntad para resistir á las representaciones y á las súplicas de su hermano, y después de dejarse persuadir de que los ultra-realistas eran los únicos capaces de defender la carta contra los conspiradores que habian minado en todos sentidos la monarquía constitucional, invitó al duque de Richelieu á inclinarse ante las circunstancias haciendo nuevas concesiones á los jefes de la oposicion realista. Villele, que no ignoraba cuan necesaria era su cooperacion, exigia para él la cartera del interior, pedia la creacion de un ministerio de cultos y

de instruccion pública para su amigo Corbiere, y designaba para las grandes embajadas ciertos nombres que habrian revelado un cambio de sistema en la política exterior. El duque de Richelieu no pudo ponerse de acuerdo con tan imperiosa y agresiva ambicion, que crecia á medida que se trataba de satisfacerla, y Villele y Corbiere mandaron su dimision al rey volviendo á sentarse en los bancos del extremo derecho. Las elecciones para la renovacion de una quinta parte de los diputados habian sido aun mas favorables á los ultras que las anteriores; la legislatura empezaba bajo la amenaza de una formidable mayoría hostil al ministerio y al gobierno constitucional; pero el presidente del consejo creia poder confiar en la mayoría que le prometiera Villele en cambio de numerosas garantías al partido del trono y del altar. El rey, cuya salud habia mejorado algo, abrió en persona la legislatura el dia 5 de noviembre, con un discurso que solo contenia, como de costumbre, frases muy vagas acerca del estado de Europa y de la próspera situacion de la Francia. La contestacion que debia dar la cámara al discurso de la corona fué elegida por el extremo derecho como una arma de guerra para herir de muerte al ministerio; Villele y Corbiere no fueron los autores de la siguiente frase, pero debia ser interpretada de dos modos distintos por la izquierda y la derecha de la cámara, lo que no habia de impedir que fuese aprobada por la oposicion liberal y por la oposicion realista: «Nos felicitamos, señor, por vuestras amistosas relaciones con las potencias extranjeras, abrigando la justa confianza de que una paz tan preciosa no ha sido comprada á costa de sacrificios incompatibles con el honor y la dignidad de la corona.» Semejante lenguaje era muy extraño en boca de los realistas en el mismo momento en que la Santa Alianza habia sofocado las revoluciones de Nápoles y de Turin, y proyectaba ya otra intervencion contra la de España, pues bajo pretexto de establecer un cordón sanitario á lo largo de las fronteras francesas para preservarlas de la fiebre amarilla que reinaba en Barcelona, el gobierno de Luis XVIII concentraba un ejército á la falda de los Pirineos. La famosa frase de la contestacion al discurso de la corona provocó el enérgico asentimiento de la izquierda, al mismo tiempo que las reclamaciones de todos los ministros; sin embargo, cuanto mas el ministerio la recha-

zaba como injuriosa para el rey y para él, mas se empeñaba la izquierda en mantener la frase que parecia una censura directa por la inaccion de la Francia ante la intervencion austriaca en Nápoles y en Turin; mas se esforzaba la derecha, que solo veía en la frase la caida del ministerio, en justificarla con increíbles divagaciones; finalmente así la derecha como la izquierda votaron la frase tan controvertida despues de quince dias de animados debates. El ministerio fué condenado por ciento setenta y seis votos contra noventa y ocho, é indignado el rey por aquella coalicion que no vacilaba en llevar los ultrajes hasta su persona, estuvo tentado en un principio á disolver la cámara y declararse en favor de su ministerio; negóse á recibir á la diputacion que le debia presentarle el insolente mensaje; expresóse en términos muy duros acerca de la audacia de los ultras, pero el duque de Richelieu le hizo comprender los peligros de una disolucion, y le aconsejó disimular su enojo, esperando poder atravesar la borrasca inclinando la cabeza y sin necesidad de reconstituir un ministerio, tanto era lo que se creia indispensable al frente de los negocios. Villele, empero, no habia empleado tan astuta y peligrosa táctica para renunciar luego á la victoria, y apoyado como estaba por el partido clerical y por el partido de la corte ó del conde de Artois, ambos igualmente activos y sagaces, ambos igualmente poderosos al rededor de un rey moribundo, fué recomendado á Luis XVIII como el único capaz de vencer la resistencia de la cámara de diputados. El rey le llamó varias veces, le escuchó, le consultó, y pareció acceder á sus observaciones, al tiempo que la condesa de Cayla lograba conquistar en el ánimo del rey una influencia absoluta. La condesa excitó á Luis XVIII á cambiar á la vez de política y de ministerio, y en pocos dias obtuvo lo que un favorito, el conde de Blacas, lo que el conde de Artois y la duquesa de Angulema, no habian podido alcanzar en muchos años: Luis XVIII puso el gobierno en manos de los ultra-realistas, con la condicion de que respetasen la carta. En la discusion del proyecto de censura, el ministerio Richelieu acabó de perder la partida ante la cámara de diputados; la derecha se coaligó de nuevo con la izquierda para defender la libertad de imprenta, y el duque de Richelieu, abandonado por el rey como lo habia sido por la ma-

yoría, supo casi al mismo tiempo que el público la formación de un nuevo gabinete, que si bien no se publicó en el *Monitor* hasta el 15 de diciembre, existía ya diez días antes. Villele, autor de la coalición, era nombrado ministro de hacienda, y de hecho presidente del consejo de ministros, á pesar de haberse logrado que el duque de Richelieu conservara semejante título á fin de no privar al ministerio del prestigio de su nombre; el vizconde Mateo de Montmorency se encargaba de la cartera de negocios extranjeros; Corbieres, de la del interior; Peyronnet, protegido por la duquesa de Angulema y por la condesa de Cayla, era nombrado guarda-sellos; el mariscal duque de Bellune, aceptaba el departamento de la guerra; el marqués de Clermont-Tonnerre, el de marina, y el marqués de Lauriston, continuó siendo ministro de palacio.

El nuevo gabinete no trataba de seguir las huellas del que le precediera, así es que todos los grandes empleados fueron elegidos en las filas de los ultras. Los ex-ministros entraron segun costumbre en el consejo privado en calidad de ministros de Estado; el conde de Latour Maubourg, que fuera el primero en enviar su dimision al rey, fué nombrado gobernador de los Inválidos; pero á pesar de esto no hubo la menor fusion entre ambos sistemas ministeriales. El duque de Richelieu tenia el sentimiento de ver que bajo su nombre y responsabilidad, Villele gobernaba la Francia y al rey en el sentido de la contra revolucion, mas no se atrevió á oponerse abiertamente á la realizacion de la trama ultra-realista, no se atrevió á proclamarse defensor de las libertades constitucionales que el mismo Luis XVIII parecia mirar con indiferencia, no se atrevió á romper con una política que no era la suya, y cinco meses despues (17 de mayo de 1822) librole la muerte de tan embarazosa situacion. Luis XVIII, enfermo y dominado por la condesa de Cayla, abandonaba á sus ministros los cuidados del gobierno; sin voluntad, él tan obstinado é inflexible antes, veia sin inmutarse los progresos de la congregacion, la cual habia tenido por origen la reunion de algunos eclesiásticos y seglares con el exclusivo objeto de defender la religion católica, y ya entonces lo habia invadido todo, ejército, empleados y gobierno. El centro político de la congregacion, especie de concilio permanente, habia sido trasladado des-

de las misiones extranjeras á la casa de Montrouge, y allí afuian sin cesar los mas eminentes personajes del consejo de Estado, de ambas cámaras y de la corte; la congregacion en una palabra estaba en todas partes y en ninguna, y dos famosas obras que en aquel entonces se publicaron, el tratado *Del Papa*, por el conde de Maistre, y el *Ensayo sobre la indiferencia en materia de religion*, por el abate Lamennais, dieron mayor voga á las ideas que la congregacion propalaba.

Junto á aquella especie de conspiracion tramábase otra mas fuerte, mas vasta y mas enérgica, la de los carbonarios franceses que contaban con el apoyo de los carbonarios de todos los paises. La triste suerte de las revoluciones napolitana, siciliana y sarda no habia logrado apagar el ardor de una juventud entusiasta, acaudillada por hombres eminentes como La Fayette y su hijo, Dupont de l'Eure, Voyer d'Argenson, Manuel, Corceilles, etc., y cegados estos por su patriotismo, consideraban como legítima una revolucion armada que podia ser causa de la guerra civil, sin poder invocar mas derecho que el de la violencia. Aquella extraña conspiracion se fundaba en diferentes motivos mas especiosos que justos; todos los jefes estaban acordes en considerar el gobierno de los Borbones incompatible con el sentimiento nacional, pero unos condenaban á Luis XVIII por haber violado la carta, otros le acusaban de alta traicion para con el país al cual habia entregado á la coalicion extranjera; estos no le perdonaban el ser cómplice de la Santa Alianza, aquellos creian prudente anticiparse á sus malos designios arrebatándole los medios de realizarlos: todos en fin deseaban la caida del gobierno. No reinaba tan perfecta igualdad de miras al tratarse de lo que debia reemplazarle, y en la junta directora se hallaban representados á lo menos tres distintos partidos: el del duque de Orleans ó de la monarquia constitucional; el de Napoleon II ó del imperio constitucional, y el de La Fayette ó de la república Americana. Algunos de los jóvenes miembros de la *venta* suprema, impregnados aun con los recuerdos clásicos de la antigua Grecia y de la antigua Roma, soñaban con la república de Licurgo y de Caton, y si bien la república del 93 divagaba por la mente de dos ó tres ancianos, nadie se atrevia á tomarla por modelo. A fines del año (1822) el ejército del carbo-

narismo francés se elevaba á mas de sesenta mil juramentados; las principales ciudades de Francia tenían su foco de insurrección; no faltaban armas, municiones ni dinero, y los conspiradores se hallaban impacientes por hacer triunfar lo que se llamaba la santa causa de la libertad, sin saber empero fijamente los resultados que podian esperarse de aquella revolución. La policía, abismada en la vigilancia de los periódicos, de los libros, de los grabados y de otros emblemas sediciosos, parecia no ver la inmensa conspiracion que germinaba en el corazon del país; habíanla advertido empero hacia mucho tiempo delaciones incompletas, notas bastante oscuras relativas al complot, y habia empezado á mostrarse prevenida, cuando supo que la trama general debia estallar en Befort, en Saumur y en Marsella el día 1.º de enero de 1822.

La autoridad se hallaba preparada para la defensa, y en Saumur y en Marsella logró apoderarse de los principales jefes antes de haber dado principio á la insurrección. Los conspiradores contaban con dar en Befort un golpe decisivo, creyéndose seguros de una gran parte de la guarnición; una vez la ciudad en manos de los conjurados, la Alsacia entera debia sublevarse contra un gobierno que jamás habia tenido las simpatías de aquella provincia belicosa y patriótica. Estaban tan bien tomadas todas las medidas, parecia el triunfo tan seguro, que el general La Fayette resolvió, á pesar de los consejos de sus amigos, marchar en persona á Befort para ponerse al frente del movimiento; algunos jóvenes y entusiastas republicanos como los dos Scheffer, Armando Carrel, Buchez, Bazard, etc., se anticiparon al general á fin de ser los primeros en llegar á la plaza; su entusiasmo y confianza hicieronles cometer mil indiscreciones durante el camino, y así fué que á su llegada á Befort, el telégrafo habia revelado ya sus proyectos. El 31 de diciembre á media noche acudieron todos al punto de reunion señalado, pero encontráronse rodeados por tropas que redujeron á prision á la mayor parte de los conspiradores, despues de algunos gritos sin eco y de algunos disparos que apenas causaron daño.

La frustrada tentativa de Befort no desalentó al carbonarismo en su propaganda frac-masónica, y la junta directora envió nuevos emisarios al este y al oeste con plenos poderes y mucho

dinero para preparar y dirigir la insurreccion. El día 24 de febrero el general Bertol dá en Thouars el grito de rebelion al frente de un centenar de hombres armados; dirígese con ellos hácia Saumur, cuya cooperacion se esperaba, mas al llegar la pequeña columna cerca de sus puertas, tuvo que desbandarse vergonzosamente en vista de la indiferencia de las poblaciones que habia atravesado y de la actitud hostil de la plaza. Bertol y los que le habian secundado en su ridícula tentativa solo pensaron en ocultarse ó en salir de Francia. Poco despues supo el gobierno que la insurreccion intentaba reaparecer en Strasburgo, donde parte de la guarnicion debia apoderarse de la ciudadela y proclamar á Napoleon II; pero las enérgicas medidas tomadas por la autoridad militar hicieron que aquella intentona tuviese igual resultado que las anteriores.

En presencia de las conspiraciones militares que se formaban y estallaban en todas partes, el gobierno no pidió á las cámaras otras armas que leyes represivas contra la prensa. El ministerio Villele, Corbiere y Peyronnet que habia nacido por decirlo así de la resistencia de los realistas, á una nueva ley de censura que el gabinete del duque de Richelieu habia presentado como necesaria, se apresuró á adoptar como suya aquella misma ley, si bien mas severa que en el primer proyecto. La mayoría de la cámara de diputados cambió repentinamente de actitud y de lenguaje, y cesó de defender á la prensa para convertirse en su mas implacable enemigo. Bajo pretexto de reglamentar la libertad de imprenta, agravábanse las penas en que podian incurrir los escritores, amenazábaseles con crecidas multas, dábase á las cámaras el derecho de citarles ante ellas, suscitábanse toda clase de obstáculos á la marcha de sus publicaciones, y se les privaba en fin del privilegio del jurado. Los oradores de la izquierda se esforzaron en vano en defender lo que llamaban una necesidad social imposible de desarraigat, y la mayoría aceptó la sentencia fulminada contra la libertad de la prensa. Igual suerte cupo al proyecto en la cámara de los pares, de donde se encontraba ausente el gran campeón de aquella libertad, el vizconde de Chateaubriand, á pesar de las enérgicas y elocuentes protestas á que dió lugar la ley ministerial. Hasta aquel momento llovieron las causas contra los periodistas; muchos de ellos fueron

encarcelados, y no pocos editores pagaron con su ruina una frase calificada de impía ó de revolucionaria.

Luego que la ley contra la prensa y la votacion del presupuesto, fijado en nuevecientos millones, hubieron satisfecho lo que llamaba el ministerio las necesidades del momento, cerróse la legislatura (1.º de mayo), y procedióse inmediatamente á la renovacion de la quinta parte de los diputados. Hallábanse entonces los liberales vivamente preocupados con los sucesos de la política extranjera. La Grecia luchaba para reconquistar su independencia, la España se disponia á derramar su sangre en defensa de su constitucion, la antigua contienda entre los Wighs y los Torys se encendia otra vez en Inglaterra, el Austria y la Rusia habian convocado un congreso en Viena para publicar en él las resoluciones de la Santa Alianza, y aquel espectáculo de la Europa, agitada por dos principios irreconciliables, el absolutismo y la libertad, mantenía á la Francia absorta é inquieta, sin hacerla empero indiferente á sus propios intereses, á sus propios sufrimientos, y á su propio porvenir. Las elecciones parciales para las que se habian preparado con igual actividad el ministerio y el partido liberal, fueron acompañadas de algunas turbulencias, especialmente en Lyon, donde fué precisa la intervencion de la fuerza armada; la lucha entre los candidatos ministeriales y los liberales fué aun mas viva en París, y terminó con la señalada victoria del partido constitucional, el que obtuvo diez diputados de los doce que debia nombrar el departamento del Sena. No fué tan afortunado el liberalismo en el resto de la Francia, y si los colegios de distrito le dieron diez y siete diputados al tiempo que proporcionaban veinte y cinco al ministerio, de los colegios departamentales, exceptuado el del Sena, únicamente salieron dos diputados de la oposicion. El ministerio pues podia contar con mayoría en la cámara, cuyo primer acto debia ser la votacion de créditos extraordinarios. Desde aquel momento, hallábase resuelta en principio la guerra de España, y cuanto mas el gobierno asegura no intentar la menor cosa contra la constitucion de las cortes, mas se preparaba en secreto para la guerra que le habia ordenado la Santa Alianza. El cordon sanitario que la peste de Barcelona habia hecho establecer en la frontera de los Pirineos, habíase conver-

tido gradualmente en un cuerpo de ejército dispuesto á penetrar en España; los periódicos de la oposicion, haciéndose eco de las justas alarmas de los españoles constitucionales, habian revelado hacia muchos meses el verdadero destino de aquel cordón sanitario, á lo cual contestaba el *Monitor* protestando el respeto que abrigaba Luis XVIII por la neutralidad. Al abrirse la legislatura (4 de junio), dijo el rey que «solo la maledicencia podia encontrar en las medidas tomadas un pretexto para desnaturalizarlas.» «Un perfecto acuerdo, añadía en lenguaje ambiguo el discurso de la corona, ha dirigido los esfuerzos combinados sin cesar entre mis aliados, y yo á fin de poner término á las calamidades que pesan sobre el Oriente y afijen á la humanidad; abrigando la esperanza de que en breve renacerá el sosiego en aquellas comarcas, sin que aumente sus calamidades una nueva guerra.» En aquel mismo momento exterminaban los turcos á los habitantes de la isla de Chio, vendian á treinta y cinco mil esclavos cristianos en el mercado de Esmyrna, y pasaban á cuchillo á cuantos los años ó los achaques hacian inútiles para el infame tráfico que proveía los serrallos turcos. Nada mas se habló de la Grecia ni de la España durante la corta legislatura de que tenia necesidad el ministerio para hacer votar el presupuesto y dos créditos extraordinarios en rentas, representando un capital de doscientos treinta millones, bajo pretexto de terminar la liquidacion de los atrasos y de restablecer el equilibrio entre los ingresos y los gastos. De entonces data la funesta invasion de los bolsistas y mercaderes en los negocios públicos, y aunque el reinado de la gente del Debe y Haber se hallaba todavía en su principio, las costumbres se corrompian con espantosa rapidez al soplo de la codicia. El presupuesto no fué mas crecido que el del año anterior, y el ministerio que solo pedía nuevecientos millones para conservar la paz, contaba con los créditos extraordinarios para cubrir los gastos de la guerra que estaba meditando. En su contestacion al mensaje de la cámara, Luis XVIII hizo ya presentir la guerra con las siguientes palabras: «¡La paz general, tan deseada por Enrique IV, quizás huirá de mí!» En efecto el cordón sanitario de los Pirineos se cambió el 22 de setiembre en cuerpo de observacion, y un decreto de 20 de noviembre llamó á las armas á cuarenta mil soldados.

Los carbonarios franceses no eran bastante fuertes para verificar una diversion favorable á sus hermanos de España; todas sus empresas se habian frustrado por la imprudencia é indecision de los conspiradores, y si las sociedades secretas conservaban todavia su organizacion, carecian ya de lazo y de voluntad suprema que las dirigiera. El gobierno estaba prevenido; varios conjurados recalcitrantes, entre otros el general Bertol, pagaron con su cabeza las ilusiones que aun abrigaban, y el carbonarismo acabó por sucumbir en Francia á tantas y sucesivas derrotas. Las afiliaciones habian estado de moda, esta pasó de repente, y nadie pensó ya en hacerse recibir de carbonario; las *ventas* se habian dispersado por sí mismas, y la junta directora cesó absolutamente de dar señales de vida; las fuerzas todas de las sociedades secretas se concentraron no obstante en el partido liberal, cuyos gefes renunciaron por completo á los medios violentos que tan mal les habian servido, conviniendo entre sí no conspirar sino en la tribuna de la cámara de diputados. La Grecia y la España absorbian entonces la atencion de los hombres de todos los partidos, y la prensa habia secundado el interés que inspiraban los destinos de ambos países, pidiendo á voz en grito que la Francia auxiliase á la insurreccion griega, y que respetase ó hiciese respetar la revolucion española. Veamos lo que sucedia en la otra parte de los Pirineos. Luego de restablecida la constitucion de 1812, los enemigos de la revolucion se habian agrupado junto al rey Fernando VII para preparar sin rebozo el triunfo de la monarquía absoluta, y mientras Cataluña, Vizcaya y Navarra se cubrian de partidas realistas pertenecientes al ejército de la fe, mientras el trapense, Antonio Maramon, el cura Merino y el general Quesada combatian en nombre del rey absoluto con el ejército constitucional del general Mina, Fernando VII, en su palacio de Madrid, se veía comprometido entre los moderados y los exaltados, entre Morillo y Riego, protestando la nobleza, el clero y los frailes que el rey no era ya libre. Luego de tomada la plaza de la Seo de Urgel por Maramon, establecióse en ella un gobierno provisional compuesto del marqués de Mataflorida, del baron de Eroles y del arzobispo de Tarragona, quienes excitaron á Fernando á romper el yugo de la constitucion declarándose rey absoluto. Un motin que estalló durante la noche del 7 de ju-

lio entre el pueblo de Madrid impidió al rey la salida de la corte. Desde aquel momento triunfó la facción de los exaltados; Morillo y los ministros enviaron su dimisión al rey, cediendo su lugar á un ministerio menos moderado; la democracia se introducía en el gobierno constitucional, y la revolución española empezaba á seguir igual curso que la francesa de 1789. Fernando VII no era acusado todavía delante de las cortes, pero su hermano, don Carlos, juzgado en rebeldía, había sido condenado á diez años de presidio; no se había decretado aun la ley de los sospechosos, ni creado tribunal alguno revolucionario, pero en las calles de Madrid resonaba la asquerosa canción del *Trágala*. Los progresos del espíritu revolucionario en España debían atribuirse á la presencia de gran número de carbonarios franceses é italianos que se había refugiado allí como en una nueva patria. En tanto Mina dispersaba y destruía el ejército de la fe; la regencia de la Seo de Urgel se retiró de ciudad en ciudad ante el infatigable y terrible general, hasta que se vió privada de Puigcerdá, su último baluarte; y los jefes realistas se refugiaron en Francia esperando que las tropas francesas de observación se convirtieran en ejército invasor.

El resultado de la revolución española no podía ser dudoso; los reyes todos de Europa la habían condenado, y Luis XVIII estaba mas interesado que sus aliados en reprimirla y en aniquilarla en cuanto ofrecía á la Francia un peligroso ejemplo que la proximidad de ambos estados hacia comunicativo. El congreso de Verona, convocado para el 22 de octubre, estaba encargado de determinar los medios con que debía aquella empresa ser llevada á ejecución, é igual objeto tuvieron las conferencias preliminares de Viena, donde el príncipe de Metternich supo conservar su iniciativa y preponderancia, decidiéndose que la Santa Alianza se conservaría neutral respecto de la Grecia, y restablecería en España la monarquía absoluta. La Francia se hallaba representada en el congreso por su ministro de negocios extranjeros, Mateo de Montmorency, y por su embajador en Londres el vizconde de Chateaubriand, quien subordinando siempre la política á los arranques de su corazón, había se erigido en el ardiente abogado de la Grecia que deseaba colocar en brazos de la cristiandad, condenando al mismo tiempo á muerte á la revolución española.

Mateo de Montmorency participaba de su horror hácia los revolucionarios españoles, pero no de su entusiasmo por los patriotas griegos; Metternich, frio é inflexible ejecutor de los principios de la Santa Alianza, redujo á la nada el *poético* discurso de Chateaubriand, haciendo observar la inconsecuencia de proteger en Grecia al carbonarismo que se trataba de extirpar en España, y la cuestion griega quedó resuelta por tan lógica y severa objecion. No era tan fácil de resolver la cuestion española: los soberanos y sus plenipotenciarios deseaban coaligar sus ejércitos y atravesar la Francia para penetrar en España, pero Mateo de Montmorency se opuso á aquella nueva coalicion que habria podido ser para la Francia tan funesta como la primera, y prometió en nombre de Luis XVIII que el ejército francés haria por sí solo lo que las tropas extranjeras no habrian hecho sin peligro para el reposo de la Europa. El ofrecimiento del rey de Francia fué aceptado, y dejósele dueño de elegir el tiempo y la forma de la intervencion que se proponia hacer triunfar en España. Así se habia resuelto por una y otra parte, cuando lord Wellington, que debia representar á la Inglaterra, se reunió en Viena con los plenipotenciarios. La política inglesa no habia cambiado con el gabinete, y aunque Canning hubiese sucedido á Castlereagh la Gran Bretaña permaneció indiferente y pasiva ante una cuestion que no la interesaba directamente, negándose empero á asociarse de hecho ó de intencion á toda especie de empresa ofensiva contra la España. Nada mas habia de deliberarse cuando los plenipotenciarios partieron para Verona, donde se abrió el congreso el dia señalado, en medio de la desusada agitacion que animara de repente á aquella poblacion silenciosa. La presencia de la emperatriz de Austria, de la reina de Cerdeña, de la archiduquesa María Luisa, de la gran duquesa de Toscana, y de gran número de princesas rusas, alemanas é italianas convirtieron á Verona en una corte ruidosa, donde no cesaban los bailes, los banquetes y las cavalgatas. Los usureros y banqueros no perdieron su viaje, pues unos negociaron empréstitos y otros colocaron sus fondos á crecidos intereses; Oublard compró el título de provisionista del ejército de intervencion en España, y Rotschild fundó allí la prosperidad de su familia. El congreso se prolongó hasta el 12 de diciembre, pero desde el 30 de noviembre, Mateo

de Montmorency se hallaba ya de regreso en París, donde en su ausencia Villele presidía el consejo. Montmorency, á quien el rey nombrára duque á su llegada de Verona, exajerábase á sí mismo la importancia del papel político que acababa de desempeñar en el congreso: creía haber salvado á la Francia de una segunda invasion obteniendo de las potencias que fiasen en la prudencia del rey para intervenir en España, y convencido de que la intervencion debía ser inmediata, y de que el rey habia de apresurarse á libertar á su primo Fernando VII, quien podia temer la suerte de Luis XVI, proponía intimar á las cortes, en nombre de la Santa Alianza, que volviesen á los límites del verdadero gobierno constitucional, amenazádoles con apoyar por medio de las armas aquella intimacion. Villele por el contrario esperaba todavía que la guerra no tendria lugar, y consideraba de todos modos imprudente el declararla á son de trompeta, dando así á las pasiones un plazo de muchos meses para agitarse y exaltarse. Esto le movió á aconsejar en secreto á los miembros mas influyentes de las cortes que hicieran alguna concesion á los soberanos de Europa, modificando la constitucion española sobre el modelo de la carta francesa, y colocando otra vez á Fernando al frente de su gobierno; sin embargo, el duque de Montmorency, que era de carácter obstinado, y que se creía obligado á seguir la línea de conducta que le trazaba la congregacion, persistió en que la cuestion fuese resuelta, pronta y definitivamente. Villele habia logrado por fin hacer adoptar en consejo de ministros el partido de la contempORIZACION; Luis XVIII opinaba por disimular tanto como fuese posible, cuando los emperadores de Rusia y de Austria y el rey de Prusia saltaron la valla mandando á sus encargados de negocios que saliesen de Madrid y cesando en toda relacion diplomática con el gobierno constitucional de España. Luis XVIII no retiró su embajador á pesar de las vivas instancias del duque de Montmorency, de ser ya conocidas las resoluciones de la Santa Alianza, y de haber empezado el gobierno francés sus preparativos de guerra. El ministerio británico se hallaba instruido de todo, y sin protestar contra las decisiones del congreso, habia solicitado únicamente permanecer neutral; sin embargo, cambió de repente su política, y en 17 de diciembre dirigió lord Wellington una nota oficial al gabinete francés

ofreciendo la mediacion de la Inglaterra entre el rey de Francia y el gobierno de las cortes. El duque de Montmorency solo vió en aquella proposicion nuevas dilaciones contra la expedicion de España, y despues de obtener que fuese rechazada la mediacion inglesa, encargó al embajador de Francia en Madrid que expusiese al gobierno español las disposiciones del suyo: «Le direis que el gobierno del rey participa con sus aliados de la firme voluntad de rechazar por todos los medios los principios y movimientos revolucionarios.» Aquel despacho equivalia á una declaracion de guerra, y no fué poca la sorpresa é indignacion que experimentó el ministro dos dias despues al venir en conocimiento de que el gobierno francés usaba un lenguaje distinto del suyo por medio de Villele, que se hallaba con el embajador en secreta correspondencia. Ofendido el duque como es natural presentó su dimision al rey, quien no le sacrificó Villele como él esperaba, sino que le dió por sucesor su colega en el congreso de Viena, el vizconde de Chateaubriand. Este no era menos hostil que Montmorency á la revolucion española, pero prometia ser mas dócil á la voluntad de Villele, convertido en el jefe del gabinete.

El embajador de Francia habia comunicado al ministerio español las instrucciones que recibiera dos dias antes de la dimision del duque de Montmorency, y el ministro de negocios extranjeros de España, San Miguel, contestó á aquella nota con tanta moderacion como dignidad: reconvenia al gobierno francés por haber protegido á los soldados del ejército de la Fe y por haber atizado en España el fuego de la discordia, protestando con energía en nombre del derecho de gentes contra el supuesto derecho de intervencion que se arrogaban las potencias europeas. El ministerio inglés reprodujo la oferta de mediacion rechazada por Montmorency, y aunque Villele tampoco la aceptó, dejóla en suspenso, continuando sus armamentos al mismo tiempo que conservaba á su embajador en Madrid. Esta aparente vacilacion alimentaba algunas esperanzas entre los amigos de la paz; decíase que la Inglaterra se oponia á una guerra injusta y peligrosa para la tranquilidad de Europa; en semejante situacion verificóse la apertura de las cámaras (28 de enero). La renovacion anual de la quinta parte de los diputados habia sido favorable á

la derecha y fatal para la izquierda, la cual vió disminuir sus filas y perdió á uno de sus mas vehementes oradores, Benjamin Constant; la mayoría habia aumentado por el contrario, y con ella la audacia del partido exaltado, pudiendo juzgar el ministerio desde los primeros momentos de la ciega cooperacion que se prestaria á sus actos y de la confianza que se le dispensaba. Entre Villele y sus antiguos soldados de oposicion realista no existia la mas ligera nube, y el ministro consideró el discurso del trono lugar oportuno para declarar la guerra á España: «La ceguedad con que han sido rechazadas las representaciones hechas en Madrid, deja pocas esperanzas de conservar la paz. He ordenado la retirada de mi embajador, y cien mil franceses, mandados por un príncipe de mi familia, por aquel á quien mi corazon se complace en dar el nombre de hijo, están prontos á marchar invocando al Dios de San Luis para conservar el trono de España, á un nieto de Enrique IV, librar á aquel hermoso país de su ruina, y reconciliarlo con la Europa.» Nadie esperaba una decision tan pronta, y numerosas quiebras fueron consecuencia del discurso de la corona. La discusion de la respuesta que á él debia darse puso frente á frente á los liberales consternados y á los realistas triunfantes, así en la cámara de los pares como en la de diputados. En la primera Molé, Broglie, Segur, Barante, Daru y Pasquier acusaron de imprudencia al ministerio que no temia dar la señal de la guerra, y hasta el mismo Talleyrand reprobó la política del gabinete, exponiéndose á disgustar al rey, dijo, como habia disgustado al emperador *raticinándole el porvenir*. En la cámara de diputados fué mas viva la discusion, y Villele, estrechado por los argumentos de sus adversarios, acabó por refugiarse en la siguiente excusa: «Estamos en la alternativa de atacar á la revolucion española en los Pirineos, ó de defenderla en el Rhin.» La guerra fué votada junto con el mensaje del rey por doscientos dos votos contra noventa y tres. «La guerra actual, dijo tristemente el general Foy, se halla colocada fuera de nuestro alcance; el impulso ha venido del exterior, y la cólera que vemos es eco de la que abrigan los prusianos y cacos. No somos nosotros quienes prendemos el fuego, y quizás tampoco seamos los que podamos apagarlo!»

Esto no obstante conservábase todavía alguna esperanza de

desviar la tempestad: los créditos extraordinarios para dar principio á la guerra no habian sido votados aun, y en la discusion del mensaje al rey, el ministerio habia encontrado muy obstinada resistencia para no esperar terrible oposicion al tratarse del crédito de cien millones. Chateaubriand se encargó de sostener por sí solo todo el peso de la responsabilidad ministerial, y su lenguaje fecundo y brillante se elevó hasta las mas sublimes alturas de la poesía; pero la izquierda, que veia las cosas menos poéticamente, habia resuelto denunciar enérgicamente al país la iniquidad y los peligros de una guerra que la opinion condenaba. El general Foy, cuya voz elocuente tenia profundo eco en la nacion, hizose el acusador de una guerra impuesta al gobierno francés por la Santa Alianza: «Antiguo soldado, dijo con dolorosa emocion, no puedo menos de hacer votos por el honor de nuestras armas, aun en el caso de que su empleo es condenado por el sentimiento nacional; ciudadano, deploraré una guerra de partido, una guerra en que se ven obligados á faltar á su destino ~~mis~~ antiguos compañeros de glorias y la noble y jóven generacion que alimentada en el amor de la libertad, era digna de combatir un dia á los verdaderos ~~enemigos~~ enemigos de la Francia.» Los liberales y los doctrinarios unieron sus esfuerzos para atacar la guerra de España en sus principios y en sus consecuencias, pero Chateaubriand, cuya elocuencia reconocia á lo menos una ardiente conviccion, no solo quiso justificarla, sino que la glorificó como una imponente demostracion de fuerza, de sabiduría y de justicia: «La Francia, dijo, no declara la guerra á instituciones; estas son por el contrario las que la combaten; su antiguo enemigo la provoca bajo la capa española; la revolucion codicia una segunda víctima.... ¡El rey con generosa confianza ha entregado la bandera blanca á capitanes que han hecho triunfar otros colores, y otra vez le mostrarán el camino de la victoria, ya que jamás ha olvidado el camino del honor!» Semejantes palabras hicieron prorumpir en aplausos á la entusiasmada mayoría, y los diputados ministeriales se lanzaron en masa hácia la tribuna para felicitar al orador por su brillante triunfo. Manuel, empero, se atrevió á bajar á la liza para replicar á Chateaubriand, y trató con franqueza y sin rodeos la cuestion de la culpable é impolítica guerra que se tra-

taba de emprender en auxilio de Fernando VII, condenando el sistema de la intervencion que habia perdido la causa de los Estuardos en vez de protegerla, y que al intentar la salvacion de Luis XVI le habia conducido al cadalso. Un sordo murmullo de cólera se elevaba de los bancos de la asamblea, pero á despecho de algunos gritos de *al órden*, mezclados con injurias y amenazas, Manuel continuó: «Debo acaso decir que el momento en que los peligros de la familia real de Francia hiciéronse mas graves fué cuando la Francia, la Francia revolucionaria comprendió la necesidad de defenderse por medio de una nueva energfa.» A estas palabras ahoga la voz del orador un espantoso tumulto: «¡Esto es la apologfa del regicidio!» gritan los de la derecha. «¡Dejad concluir la frase!» dicen desde la izquierda, y el presidente Ravez, pudo á duras penas invitar á Manuel á dar algunas explicaciones, á completar su idea. La izquierda permanece indecisa, la derecha redobla sus violencias, y por fin un momento de silencio permite á Manuel repetir su frase sin cambiar nada en ella, si bien con algunas palabras de mas que no atenuan su efecto ni sentido: «Debo acaso decir que el momento en que los peligros de la familia real de Francia hiciéronse *los* mas graves, fué cuando la Francia, la Francia revolucionaria comprendió la necesidad de defenderse *por medio de una nueva forma*, por medio de una nueva energfa.» Como la primera vez interrúmpenle furiosos clamores: «¡Fuera el regicida! ¡que no deshonne por mas tiempo la tribuna! ¡no queremos oirle!» La izquierda que no aprueba enteramente las imprudentes palabras de Manuel, no se atreve á defenderle ni á excusarle, y se limita á pedir que se conceda al orador el tiempo de explicarse. La derecha empero habia tomado la resolucion de no escuchar cosa alguna, y el presidente suspende la sesion durante una hora. Al continuarse aquella, Manuel se presenta en la tribuna, y de nuevo empieza el tumulto: «¡La frase está horriblemente clara, grita Hyde de Neuville; es fuerza vengar á la Francia!» El marqués de la Case pide que la cámara se constituya en tribunal y juzgue al apologista del regicidio. Forbin des Issarts se lanza á la tribuna y reclama la expulsion de Manuel, mas el presidente rechazó semejante proposicion y declaró la sesion terminada. El marqués de La Bourdonnaie renovó al dia siguiente en las

secciones la proposicion de Ferbin des Issarts y la defendió luego en la tribuna: «¡Cese de ser diputado, dijo; goce á tal precio por última vez de la inviolabilidad que le asegura este título, y quede vuestra decision depositada para siempre en vuestro archivo, como un monumento elevado para evitar la repeticion de semejantes atentados!» Manuel, tranquilo y grave en medio de los clamores, dijo que la medida propuesta contra él seria «un acto de tiranía sin pretexto, sin excusa y sin justicia;» hizo en seguida una profesion de fe atrevida y enérgica, en la que no vaciló en reconocer los inmensos beneficios de la revolucion; pero su lenguaje acabó de exasperar á sus adversarios, y la proposicion fué tomada en consideracion el dia 3 de marzo. La izquierda al combatirla se esforzó en inspirar á los realistas un voto conciliador: Etienne condenó á los jueces de Luis XVI; el marqués de Sainte-Aulaire reconoció que la frase de Manuel ofrecia un sentido que distaba mucho de la idea del orador; Royer-Collard, Girardin y el general Sebastiani demostraron la ilegalidad de la expulsion de un diputado, y quizás la mayoría habria depuesto su rigor, si Manuel no la hubiese provocado de nuevo: «Declaro no reconocer en persona alguna, dijo, el derecho de acusarme y de juzgarme. Creo, añadió, que cuando la resistencia es un derecho, es igualmente un deber; enviado á esta cámara por la voluntad de los que podian enviarme á ella, solo debo abandonarla por la violencia de aquellos á quienes no es dable expulsarme de este sitio, y aun cuando esta resolucio- nia deba atraer sobre mi cabeza los mas graves peligros, sé tambien que el campo de batalla ha sido muchas veces fecundado por una sangre generosa.» Defenderse así, equivalía á declararse condenado, y la expulsion fué decidida. El ex-diputado fué seguido hasta su domicilio por una entusiasta multitud, y al dia siguiente presentóse de nuevo en su banco. El presidente le invita á retirarse, y Manuel contesta: «Señor presidente, he dicho ya que solo cederia á la fuerza.» Ravez suspende la sesion y dicta las oportunas medidas para la ejecucion del acuerdo de la víspera; en seguida manda al ujier que comunice al diputado excluido la orden de salir, y Manuel no obedece. Algunos guardias nacionales penetran en la sala, pero el sargento Mercier, que les mandaba, se niega á poner la mano en un diputado;

entonces se acude á los gendarmes, y su coronel, el vizconde de Foucauld, no vacila en ejecutar la órden que habia recibido, y grita á sus soldados: «Gendarmes, apoderaos de M. Manuel!»— «Esto me basta, caballeros, exclama Manuel levantándose; estoy pronto á seguirlos.» Sus compañeros quieren defenderle, mas dos gendarmes le cogieron por el brazo y le arrastraron consigo: «¡Llevadnos á todos! gritaban los principales diputados de la izquierda, ¡todos somos Manueles!» La sesion continua, pero la izquierda habia salido de la sala escoltando respetuosamente á Manuel. Aquel mismo día se redactó y firmó por sesenta y tres diputados una protesta, declarando que la exclusion de su colega «era el preludio del sistema que conducia á la Francia á emprender una guerra injusta en el exterior, para consumir en el interior la contra revolucion, y franquear el territorio francés á la ocupacion extranjera.» Aquella solemne protesta depositada en la mesa del presidente, no tuvo mas consecuencia que la retirada voluntaria de los diputados que la habian firmado, quedando así libre el campo á la mayoría realista. La deliberacion sobre la guerra de España acabóse por falta de opositores, y el crédito de cien millones fué votado casi por unanimidad junto con otro crédito de tres millones aplicables á pensiones hereditarias, destinadas á los buenos servidores del rey. El acto de que fuera víctima Manuel, conmovió profundamente en Francia á la opinion liberal, é hizo responsable de él al ministerio, si bien este se habia abstenido de toda participacion en los debates de la proposicion La Bourdonnaie. Manuel, herido en el corazon por el ultraje que recibiera, abandonó la vida política y condenóse voluntariamente al reposo que reclamaba su salud alterada. Cuatro años despues expiró con los ojos fijos en el porvenir de la Francia.

Nada se oponia pues á que se empezase la guerra de España. El duque de Angulema, nombrado generalísimo de la expedicion, salió de París el día 15 de marzo con direccion al ejército de los Pirineos, llevando á sus órdenes á dos mariscales del imperio, Moncey, duque de Conegliano, y Oudinot, duque de Reggio; varias divisiones eran mandadas por generales que habian hecho su aprendizaje en la escuela del emperador, tales como Molitor, Panfilo Laeroix y Curial; pero otros jefes como Canuel,

Donnadieu, Bourdesoulle, Bourmont y Damas solo se habian distinguido por sus servicios á la restauracion. El ejército se dividió en cuatro cuerpos de fuerza desigual, siendo el mas considerable el cuarto, llamado *ejército de los Pirineos Orientales*, destinado á operar en Cataluña, contra el general Mina. Mandábalo el duque de Conegliano; el duque de Reggio mandaba el primer cuerpo ó la reserva que, compuesta de la guardia real, no debia separarse del duque de Angulema; el general Molitor tenia el mando en jefe del segundo cuerpo, y el príncipe de Hohenlohe el del tercero, el mas débil de los cuatro. La disciplina de aquel ejército de cien mil hombres reunido hacia dos meses en la frontera de España, se hallaba activamente minada por los emisarios del carbonarismo francés asalariados por la revolucion española: las proclamas republicanas inundaban cada noche el campamento; la bandera tricolor ondeaba en las cimas de las montañas, en la otra parte del Bidasoa resonaba sin cesar el canto nacional de la *Marsellesa*. El ejército rechazaba aquellas seducciones cotidianas, pero era evidente que reinaba en sus filas cierta agitacion y que el carbonarismo se propagaba entre los oficiales. Esto era efecto de que se habia establecido en Irun, casi delante del ejército francés, un cuartel general de conspiradores, los cuales eran los oficiales y subalternos mas ó menos comprometidos de las intentonas bonapartistas de París, de Marsella, de Befort, de Estrasburgo y de Saumur. El organizador supremo de aquel reducido ejército francés era el general Lallemand, quien con el auxilio de los coroneles Caron y Fabrier, habia podido formar algunas compañías de infantería, especie de cuerpos francos que bajo la bandera tricolor combatian á las partidas del ejército de la Fe. Remediada la escasez de víveres que experimentaba el ejército del duque de Angulema, este que supo la peligrosa propaganda que se ejercia entre sus soldados, dió orden de pasar el Bidasoa y de penetrar en España. El movimiento de las tropas empezó el dia 6 de abril á las once de la mañana, despues de la celebracion de la misa; la legion franco-piamontesa republicana se adelantó por la otra parte del Bidasoa al encuentro del ejército á fin de fraternizar con él, esperando tener delante de sí seis batallones que debian rebelarse á la vista de los uniformes del imperio. Sin embargo, aquellos batallones sospechosos habian sido

alejados durante la noche, y cuando tres pelotones de ciento cincuenta hombres se avanzaron sin armas hasta el puente de Behobia que une la orilla española á la francesa, cuando la bandera tricolor fué clavada en medio del puente, y los refugiados, entonando la Marsellesa, tendieron los brazos á los soldados llamándoles hermanos, hubo un momento de vacilacion en las filas de la vanguardia. El general Valhin, jefe de la artillería, habia prometido aclamar la bandera tricolor por poco que viese en los que le rodeasen disposiciones á secundarle; pero como todos se mostrasen firmes en el puesto que el deber les señalaba, mandó dispersar á cañonazos á la legion revolucionaria, á la cual intimó que se retirase antes de empezar el fuego. Los artilleros cargaron las piezas, y la *Marsellesa* fué interrumpida por una descarga que derribó la bandera y al hombre que la sostenia. Los refugiados se obstinan empero en permanecer bajo el fuego de las baterías, gritando *viva la Francia! viva la libertad!* mas una nueva descarga mas mortífera que la anterior dispersó á los autores de aquella provocacion, convencidos ya de que las puertas de España acababan de abrirse para el ejército francés. Algunos, inflexibles en su republicanismo, olvidaron que eran franceses ó hicieron armas contra sus compatriotas; pero otros muchos prefirieron abandonar la España antes que tomar parte en una guerra fratricida. El paso del Bidasoa no fué pues disputado, y el mismo dia en que el duque de Angulema puso el pié en España, ocupó Fuenterrabía y estableció su cuartel general en Irun.

Sin embargo, el gobierno constitucional de las cortes contaba con un ejército de ciento treinta mil hombres, mandado por buenos generales, O'Donnell, conde de la Bisbal, Morillo, Ballesteros, Mina; el primero tenia orden de cubrir á Madrid, el último debia recorrer el principado de Cataluña, donde se habia distinguido por tan maravillosos hechos de armas, Morillo mandaba en Galicia, y Ballesteros defendia las provincias meridionales. Luego que empezaron las primeras operaciones de la campaña, reconocióse que no presidia á la guerra una voluntad firme y patriótica, y que los aislados esfuerzos de la resistencia serian inútiles por la falta de conjunto y de autoridad. Luego que fué inminente la invasion francesa, resolvieron las cortes trasladar fuera de Madrid

la residencia del gobierno, pues la capital, así por su situación como por el carácter de sus habitantes, no parecía propia para abrigar al monarca durante una prolongada lucha; el rey era una prenda muy preciosa para que las cortes consintiesen en desprenderse de ella, y habíanse descubierto ya muchas conspiraciones para sustraerle á su poder. Fernando VII acompañó las cortes á Sevilla con repugnancia, pero sin abierta resistencia, y el consejo de Estado, los tribunales y los embajadores de Inglaterra, de Portugal y de los Estados-Unidos, que permanecían acreditados cerca del gobierno constitucional, siguieron igualmente al rey y á las cortes. Los ministros, á quienes el rey consideraba como sus tiranos, y que obedecían en efecto las inspiraciones de las cortes, habían sido destituidos y otra vez nombrados, pero la mala voluntad del rey les quitaba toda clase de fuerza moral; mandaban en nombre de las cortes pero no eran obedecidos. Los generales solo tomaban consejo de sí mismos, de sus pasiones y de sus intereses, y el duque de Angulema no encontró en parte alguna una resistencia obstinada. Cuan distinta era aquella guerra de intervencion moral y religiosa á la guerra de conquista y de opresion que el imperio no había logrado llevar á buen fin en España! Cada español no era ya un terrible enemigo; cada aldea, cada convento, no era ya una fortaleza que debiese tomarse por asalto; no se ocultaba un soldado en cada piedra, en cada mata. El ejército francés no saqueaba ya; su proveedor general derramaba el oro á manos llenas. En esto aparecieron algunas partidas realistas cometiendo los ordinarios excesos que á las reacciones acompañan, y fué preciso que el duque de Angulema interpusiese su mediacion para templar el ardor de los *libertadores*.

Mientras se abría brecha en algunas plazas fuertes que no se rendían sino despues de una vigorosa resistencia, mientras que el sitio de San Sebastian amenazaba prolongarse indefinidamente, el ejército español se mantenía á cierta distancia como si esperase una capitulacion, y esto era efecto de que los generales de las cortes se hallaban divididos observándose mutuamente, para saber quien de ellos seria el primero en negociar con los franceses. El cuarto cuerpo del ejército de los Pirineos no había entrado en Cataluña hasta el día 18 de abril, y aunque

hostigado sin cesar por Mina que evitaba una batalla decisiva, Moncey habia ocupado sucesivamente á Rosas, Zaragoza y Gerona. El primer cuerpo, mandado por Oudinot, habíase apoderado de Burgos y de Vitoria casi sin disparar un tiro, y las poblaciones se precipitaban delante de los franceses, gritando: ¡Viva el rey absoluto! Las tropas concentradas en Vitoria dividiéronse en tres cuerpos á fin de marchar á Madrid por tres distintos caminos; el conde de la Bisbal, encargado especialmente de proteger la capital, no se opuso al paso del mariscal Oudinot, y solo empleó su ejército en perseguir á la banda de Bessieres, quien se titulaba generalísimo del ejército de la fe y servia de vanguardia al ejército francés. El conde de la Bisbal fué el primero en dar el ejemplo de la defección, y escribió al duque de Angulema ofreciéndole su sumision y la de la ciudad confiada á su custodia; el dia 23 de mayo entraron los franceses en Madrid, y á su presencia estalló la indignación del partido absolutista por mucho tiempo contenida: el pueblo profirió gritos de muerte contra los exaltados y contra las cortes, rompió los bustos de Riego, y destruyó las lápidas de la constitucion. La licencia popular habia llegado á su colmo cuando entró en Madrid el príncipe generalísimo, y su primer acto fué la creacion de una *regencia de España y de las Indias*, compuesta por el duque del Infantado, por el duque de Mortemar, por el baron de Eroles, por Calderon y por el obispo de Osuna, quienes regularizaron la reaccion realista y reconstituyeron el poder absoluto en nombre de Fernando VII. La entrada de los franceses en Madrid puso fin igualmente á la revolucion de Portugal, pues el infante D. Miguel, de acuerdo con su padre Juan VI, declaróse contra la constitucion apoyada por las tropas, y restableció la soberanía absoluta. El desenlace de la revolucion portuguesa no bastaba empero para hacer presentir el de la revolucion española: Fernando VII se hallaba en Sevilla en poder de las cortes, y asustado al verse en manos de sus enemigos, habia caído en sombrío abatimiento, negándose á tomar parte en ninguno de los actos de las cortes; entonces se pensó en destronarle bajo pretexto de que habia perdido el uso de sus facultades intelectuales, y nombróse una regencia provisional para suplir la incapacidad del rey, componiéndola Valdés, Ciscar y Vigodet,

miembros de las cortes. La regencia decide que el gobierno no se encuentra ya seguro en Sevilla, y que al día siguiente sería trasladado á Cádiz; Fernando quiere resistir alegando que reina en aquella plaza la fiebre amarilla, pero sus reclamaciones no son escuchadas, y el día 12 de junio verificase su marcha para Cádiz. En tanto el Conde de la Bisbal había abandonado á sus tropas, y estas no habían vuelto á tomar la ofensiva; Morillo en Galicia se negaba á reconocer así á las cortes de Cádiz como á la regencia provisional de Madrid, y se obligó á no mezclarse activamente en la guerra hasta que él se hallase libre y le hubiese transmitido sus órdenes. Ballesteros se hallaba dispuesto también á firmar una capitulación, y lo hizo después de algunos insignificantes combates con el general Molitor. Solo Mina mostraba otra vez su indomable energía, y su audaz actividad para defender el principado de Cataluña y tener constantemente en jaque á las tropas del mariscal Moncey; solo en Cataluña tuvo que hacer el ejército francés una verdadera guerra semejante á la que debieron sostener las fuerzas del imperio. Emboscado en sus inexpugnables montañas, atacaba sin cesar de improviso, y jamás se dejaba sorprender; su campo de operaciones se extendía entre las cuatro plazas fuertes de Tarragona, Lérida, Figueras y la Seo de Urgel, á las cuales socorria sucesivamente á medida que eran atacadas. Su reducido cuerpo de ejército habría sido invencible á no diezmarle tantos combates y á poder Mina, herido y enfermo, resistir á fatigas sobrehumanas. El general fué á restablecerse á Tarragona, mientras que Moncey con todas sus fuerzas bloqueaba á Barcelona y á Lérida. La forzosa ausencia del héroe de Cataluña desalentó á sus compañeros de armas, y suspendió la guerra casi por completo en aquella provincia. Habíanse entablado negociaciones cerca de todos los jefes militares y políticos á fin de apartarles del gobierno revolucionario y pacificar la España, mas por el medio de la conciliación que por la vía de las armas; el abogado Martignac había seguido al duque de Angulema en calidad de comisario civil, y á sus esfuerzos se debieron gran parte de los resultados obtenidos. Por sus consejos volviéronse al palacio real de Madrid cuarenta y ocho banderas y las llaves de Valencia, trofeos de la primera guerra de España, pero á pesar de aquellas transacciones, la regencia abso-

lutista parecia haberse propuesto desvirtuar las conciliadoras intenciones del generalísimo francés. El partido de los absolutistas y exaltados ó *serviles* en nada respetaba las promesas de perdón y de olvido que se hicieran en nombre de Fernando VII, y así en la capital como en todas las ciudades que se habian sometido de grado ó por fuerza, organizóse una terrible persecucion contra los *liberales* y los *negros*. El duque de Angulema no pudo ver sin indignacion tantos excesos, y firmó en 8 de agosto el decreto de Andujar, prohibiendo á las autoridades españolas proceder á prision alguna sin autorizacion de los jefes de las tropas francesas, y mandando poner en libertad á todos los ciudadanos *detenidos arbitrariamente por causas politicas*. Este decreto no llegó á ejecutarse á consecuencia de instrucciones contrarias emanadas de la congregacion; el ministerio francés lo reprobó igualmente, y el conde de Artois escribió á su hijo encargándole que no se abandonase á sus tendencias liberales.

○ Era preciso poner fin cuanto antes á una guerra que amenazaba prolongarse mas de lo que á los intereses de la Francia convenia, y el duque de Angulema trasladó su cuartel general delante de Cádiz, á fin de poner sitio á aquella plaza donde se habian encerrado las cortes con Fernando VII. En aquel tiempo las cortes que debian hacer frente á las numerosas intrigas de los agentes de Fernando, de la regencia española y de los realistas franceses, habian perdido ya su valor junto con la esperanza de triunfar de la intervencion extranjera y de la defeccion interior. Esto no obstante, las tropas que guarnecian la isla de Leon hallábanse animadas del patriótico entusiasmo que les inspiraba su general Riego, y mientras se hacian por parte de los franceses los preparativos de un sitio que no debia tener lugar, habíase acudido al medio de las negociaciones. Mientras esto sucedia, abrióse la trinchera delante del fuerte del Trocadero que defendia la entrada de la isla de Leon, y llegada la noche del 31 de agosto, diez y ocho compañías de preferencia, mandadas por los generales Obert, Goujon y Escars, formáronse en columna de ataque, atravesaron el canal, acercáronse en silencio á las murallas, y se precipitaron en ellas á los gritos de *¡Viva el rey!* Todos dormian en el fuerte y los centinelas no tuvieron siquiera

tiempo para dar el grito de alarma; la pérdida de los españoles fué de unos quinientos hombres, é insignificante la de los franceses. El fuerte de San Luis, cuyos defensores habian podido á lo menos tomar las armas, opuso una obstinada resistencia, y sus defensores no cesaron hasta despues de una hora de encarnizada lucha.

La toma del Trocadero produjo gran sensacion en Europa, pues era el golpe de gracia contra la revolucion española, si bien no puede dudarse respecto del hecho considerado en sí mismo, de que la traicion entregó al generalísimo francés un fuerte que tan fácilmente podía defenderse. La guarnicion de Cádiz sentia por todas partes la presencia y la accion de los traidores, y habíase decidido ya la rendicion de la plaza, cuando Riego ejecutó una diversion que debia envolver al ejército francés cerrándole la retirada: despues de salir de Cádiz por mar, desembarca cerca de Málaga, llama á las armas á las poblaciones, é intenta ponerse al frente del ejército que manda Ballesteros. Este que queria mantener sus estipulaciones con el duque de Angulema, invoca el apoyo de sus soldados contra Riego, quien pudo evadirse con una reducida partida de voluntarios, siendo luego preso por algunos campesinos, y entregado al general Latour-Foissac. Hasta fines de setiembre se prolongaron las negociaciones para la capitulacion de Cádiz. Las cortes se hallaban divididas; la guarnicion indecisa, el pueblo impaciente; al caer las primeras bombas en la plaza, salió de ella un parlamentario portador de condiciones de paz para el duque de Angulema, pero este se negó á aceptarlas á pesar de la carta de Fernando que las apoyaba, y declaró que el bombardeo continuaria á menos de disolverse las cortes y de ser puesto el rey en libertad. Esta noticia produce en Cádiz viva agitacion; las cortes y las autoridades revolucionarias vense obligadas á ceder, y Fernando VII con toda su familia se embarca para dirigirse al campamento del duque de Angulema. El príncipe le recibió al desembarcar el día 30 de setiembre, y felicítale por verle salvo y libre, invitándole luego á dar principio á su reinado bajo el imperio de las instituciones nacionales que su pueblo espera. El discurso del duque fué interrumpido por los gritos de *Viva el rey absoluto!* «¿Oís esos gritos?» preguntó Fernando VII, ellos de-

ben ser mi regla de conducta; ese pueblo no debe ser gobernado sino del modo que él desea.» En efecto, el rey absoluto dió al olvido cuanto dijera y prometiera, proscribió á los miembros de las cortes y á cuantos habian tomado parte en la revolucion de España, sin perdonar tampoco á Morillo, á Ballesteros y á los demás generales que tan bien le habian servido con su defecion. Riego, entregado por el general Latour-Foissac á las autoridades españolas, fué conducido desde Andujar á Madrid, y despues de ser sometido á un consejo de guerra, fué condenado á la horca como criminal de lesa majestad, sufriendo su pena el dia 7 de noviembre en la plaza de la Cebada. En aquel entonces el duque de Angulema habia salido ya de España, y casi todas las plazas que resistian todavía á las armas francesas, habian capitulado á ejemplo de Cádiz. Ocho dias despues del suplicio de Riego, Fernando verificó su entrada triunfal en Madrid, donde fué recibido por una parte del pueblo con indecible entusiasmo, y desde aquel momento se apoderó de España la mas decidida reaccion. Tal fué el resultado de aquella guerra que costó á la Francia quince mil hombres y cuatrocientos millones, suma que no fué gastada únicamente en los gastos materiales de la guerra: además de las cantidades empleadas en secretas transacciones, enriquecieronse muchos personajes políticos, y entre otros el proveedor general Ouvrad. El mariscal de Bellune, ministro de la guerra, que solo habia manifestado imprevision y ligereza en el asunto de las subsistencias del ejército, fué objeto de las mas graves sospechas, y vióse sacrificado de antemano al escándalo que aquella cuestion amenazaba suscitar en las cámaras. En 19 de octubre fué reemplazado en el ministerio de la guerra por el teniente general baron de Damas, que se negó á aceptar como compensacion el puesto de embajador en Viena. La expedicion de España que no habia ofrecido mas accion notable que la toma del Trocadero, no era ya indiferente al sentimiento de honor nacional que despierta siempre en Francia la gloria de sus armas, y el pueblo que desde hacia nueve años no oia hablar de victoria, sentia latir su corazon á aquella palabra que no habia olvidado, de modo que el mejor efecto de la campaña fué reconciliar á los Borbones con los instintos guerreros de la Francia. Como Fernando en Madrid, el duque de An-

gulema hizo su entrada triunfal en París, pasando por debajo del arco de la Estrella que Napoleon habia apenas bosquejado, y que la Restauracion prometió terminar en memoria del Trocadero. En una palabra, aquella guerra distó mucho de ser impopular entre el ejército, que encontró en ella un recuerdo de las guerras del imperio con abundante cosecha de recompensas, grados y condecoraciones. Los generales fueron aun mejor tratados que los soldados; muchos de ellos fueron hechos pares, y Molitor recibió el baston de mariscal de Francia.

Apoyado en aquel ejército victorioso, el ministerio se creyó bastante fuerte para dar principio á la realizacion de sus planes; nombró veinte y siete nuevos pares (23 de diciembre), y decretó la disolucion de la cámara de diputados, esperando que las nuevas elecciones, hábilmente preparadas por los prefectos y sub-prefectos, destruirian totalmente la oposicion. Experimentábase en efecto en todas partes una necesidad de reposo, resultado mas que del cansancio de los partidos, de una aficion general á las especulaciones de bolsa y á las empresas industriales; entonces se manifestó esa fiebre de dinero que hace soñar á las almas con una tierra de promision del todo material; la invasion de los banqueros en la política redujo su horizonte y sus proporciones, y á los ojos de la nueva escuela economista, todo quedaba reducido á una cuestion de fortuna particular, de bienestar individual. Villele que se enriquecia sin cesar desde que era ministro, deseaba tambien enriquecer á sus paniaguados y á su partido, sin empobrecer sin embargo á la Francia, y su proyecto favorito de la conversion de las rentas, parecióle ya bastante sazonado para llevarlo á efecto. Para ello necesitaba asegurarse ante todo una larga existencia ministerial al abrigo de los sacudimientos parlamentarios, y queriendo librarse del trabajo anual de las elecciones, pensó en crearse una cámara septenal. Las elecciones generales se verificaron á fines de febrero y á principios de marzo de 1824, dando el resultado que previera Villele al aconsejar al rey la disolucion de la cámara: solo diez y seis miembros de la oposicion fueron enviados á ella, y entre estos solo seis ó siete pertenecian al extrema izquierda. El ministerio creyó pues haber ahogado la oposicion, y dispúsose sin pérdida de momento para realizar su objeto; abierta la legislatura el dia 23 de marzo, el

discurso de la corona anunció la conversión de las rentas, y la renovación septenal de la cámara de diputados. «Después de tanta agitación, decayó en él, el reposo y la estabilidad constituyen la primera necesidad de la Francia.» El primer acto de la nueva cámara reveló su hostilidad respecto al corto número de diputados liberales que habían podido librarse del ostracismo de la ley electoral. Dudon intentó hacer anular la elección de Benjamin Constant, bajo pretexto de que, nacido en Suiza, no podía ejercer los derechos de ciudadano francés; esta proposición desahucada tuvo el éxito que no podía menos de esperarse, y fué desechada por la cámara. El nombramiento de Ravez para la presidencia de la cámara, proclamado por doscientos cuarenta y ocho votos contra sesenta y ocho dados al conde de La Bourdonnais por la contra oposición, hacía presentir lo fácil que sería al ministerio obtener la ley de la septenalidad y la de la conversión de las rentas; la primera fué presentada ante todo á la cámara de los pares, donde encontró por únicos adversarios á ex-ministros que habían deseado derrotar al ministerio en una cuestión en que tan vivamente se empeñaba. Por una y otra parte mediaron insignificantes debates, y concluyóse finalmente por la adopción del proyecto. En tanto la cámara de diputados discutía el proyecto de ley relativo al reembolso del capital de las rentas y á la reducción del interés de los fondos públicos; este proyecto había sembrado la consternación entre los rentistas, pues el gobierno proponía reembolsarles íntegramente ó conservar sus capitales, si así lo preferían, reduciendo empero el interés que no se hallaba en proporción con el precio ordinario del dinero, y aunque era esta una combinación rentística de la mas alta importancia muy legal y provechosa para el Estado, en cuanto el gobierno respetaba el crédito en su integridad ofreciendo su reembolso á los rentistas que no consintiesen en cambiar sus títulos de renta á cinco por ciento contra otros nuevos á tres por ciento al precio de setenta y cinco francos, la mayoría de los acreedores del gran libro no veía en aquella grande operación de hacienda sino la disminución de la renta que hasta entonces percibiera y que consideraba invariable. Nadie pensó en que era libre de aceptar ó no aquella reducción de intereses, y todos se lamentaron, todos se indignaron de lo que llamaban

un inaudito despojo y una escandalosa injusticia. La mayor parte de los diputados estaban tan ignorantes como el vulgo de las espinosas cuestiones de hacienda, y los banqueros y bolsistas que tenían al menos cualidades especiales para apreciar exactamente la importancia de los planes de Villele, guardáronse mucho de rendir homenaje á la verdad, y reunieron por el contrario sus esfuerzos para condenar un proyecto de ley que habrían defendido á ver en él provecho propio. Casimiro Perier hizo el eco de los banqueros de París, reconviniendo al ministerio por haber negociado clandestinamente con casas extranjeras para verificar la conversion de las rentas; en efecto desde hacia cuatro meses, Villele había celebrado con la compañía inglesa Barring, la compañía hebrea Rotschild, y la compañía francesa Lafitte, mediante condiciones muy ventajosas para el tesoro, un convenio definitivo para el reintegro eventual del cinco por ciento consolidado, y aunque el nombre de Lafitte debía tranquilizar á la opinion pública acerca de la legalidad de la medida reclamada por el gobierno, olvidóse al diputado de la oposicion para ver únicamente al banquero realizando un negocio mercantil. Sin embargo, los realistas ministeriales no participaron de las preocupaciones de la oposicion, y trescientos ochenta y tres votantes contra ciento cuarenta y cinco resolvieron llevar á cabo la conversion. Al tiempo que la nueva ley pasaba al exámen de la cámara de los pares, llegaba desde esta á la de diputados la ley electoral para ser objeto de una discusion muy animada sino muy profunda. La reducida falanje de la izquierda marchaba de acuerdo con el batallon sagrado de los ultra-realistas, ó por mejor decir anti-ministeriales, á quienes acaudillaba el conde de La Bourdonnaie, cuyo solo objeto era sustituir á Villele en el sillón ministerial. La septenalidad encontró formidables agresores en los dos opuestos campos, y Delalot y Royer Collard, el general Foy y la Bourdonnaie, atacaron, desde el terreno de la carta, la ley que debía consolidar al ministerio por espacio de siete años. Sus esfuerzos no lograron sin embargo derrocar el proyecto de ley que fué victoriosamente defendido por el vizconde de Chateaubriand, y en la sesion del 8 de junio fué aprobado por los trescientos votos de que disponia constantemente el gabinete. La atencion pública se hallaba entonces excitada por la

presentacion de la ley de hacienda á la cámara de los pares; el baron Louis, Mollieu y Roy atacaron el proyecto de conversion de las rentas como impertinente, peligroso, ilusorio y ridículo, y estas tres autoridades en la materia granjearon con facilidad la mayoría, á pesar de haber demostrado el duque de Levis con mucho tacto y acierto las excelentes disposiciones de la ley, que no solo debia reportar una considerable economía en provecho del Estado, sino tambien ejercer la mas favorable influencia en el crédito público y en el movimiento mercantil disminuyendo el interés del dinero. La coalicion de los banqueros fué eficazmente secundada por la abierta resistencia del baron Pasquier, quien se habia erigido en jefe del antiguo partido Richelieu, y juzgó llegado el momento de derribar al gabinete. Villele comprendió que iba á verse abandonado, y redobló sus esfuerzos, su habilidad y los arranques de su genio; pero su ley de conversion estaba ya condenada por la cámara lo mismo que por el público, y el dia 3 de junio fué rechazada por ciento veinte y ocho votos contra noventa y cuatro.

Fué aquella una inmensa derrota para el ministerio y un inmenso alborozo para los rentistas que aplaudieron la decision de la cámara de los pares; Villele se hallaba muy irritado por un resultado que no podia prever, pero no se retiró: Luis XVIII que habia reconocido la superioridad de su ministro, le aconsejó y hasta le ordenó que permaneciera al frente de los negocios para tomar su desquite, sin disimular á nadie que aprobaba por completo sus planes de hacienda. Villele era harto perspicaz para no descubrir al momento la intriga que le arrebatara la mayoría en la cámara de los pares: observaba que desde hacia algun tiempo su colega, el ministro de negocios extranjeros, hacía oposicion en el consejo, y mostraba muy poca simpatía por combinaciones rentísticas en las que nada comprendia, y aunque Chateaubriand hubiese pronunciado un discurso en favor de la conversion de las rentas, aunque hubiese contribuido eficazmente al triunfo de la ley de septenalidad, apartábase cada vez mas de la disciplina ministerial y del jefe del gabinete; súpose luego que estuvo próximo á asociarse á la protesta de los banqueros, y díjose que habia organizado la oposicion en la cámara de los pares, creyéndose desde la guerra de España el mi-

nistro indispensable, el árbitro supremo de la política. Villele, deseoso de vengarse, no tuvo que decir más que una palabra al rey, y Luis XVIII con la irascibilidad natural de su carácter que aumentaba cada día á medida que empeoraba el estado de su salud, exclamó: «Escribidle que le destituyo.» Villele hizo que firmara un decreto encargándole interinamente la cartera de negocios extranjeros «en reemplazo del señor vizconde de Chateaubriand,» y lo envió á éste junto con una carta que el ministro depuesto recibió en el acto de subir al coche para dirigirse á las Tullerías. Chateaubriand bajó del carruaje y contestó las siguientes palabras al presidente del consejo de ministros: «Señor conde, abandono el departamento de negocios extranjeros, el cual queda desde ahora á vuestra disposición.» Tan repentina caída proporcionó al ex-ministro una inmensa popularidad; Chateaubriand correspondió á ella haciendo dura guerra á sus antiguos amigos ya en la cámara de los pares, ya en el *Diario de los Debates*. Esto no obstante, Villele no se apresuró á nombrarle sucesor, y se limitó á confiar la interinidad del ministerio de negocios extranjeros al marqués de Moustier, recomendado por la Congregación. Chateaubriand empezaba ya á poder recojer amargos frutos de su fatal guerra de España: veíase con inquietud el abismo que aquella lucha había abierto en nuestra hacienda; descubriábase las dilapidaciones y los robos que habían deshonrado á la administración, y los actos escandalosos de Ouvrard imponían un borron de infamia sobre el ministerio que los había sufrido y que se atrevía á defenderlos. El general Foy, indignado por aquellas *singulares especulaciones* en las cuales habían tomado parte ministros, generales y pares de Francia, pidió un severo castigo para los dilapidadores del tesoro francés; pero á pesar de esto Ouvrard nada tuvo que temer de los tribunales, y al salir de Santa Pelagia, donde sus acreedores le encerraron por espacio de cinco años, con la esperanza de hacerle devolver lo que robara, pudo gozar impunemente de una fortuna de cuatro millones, dispuesto siempre, como dijo el general Foy, á *emprender la provision del mundo entero*.

La Francia empero no había concluido todavía con los gastos de su intervencion en España: por un tratado celebrado en 30

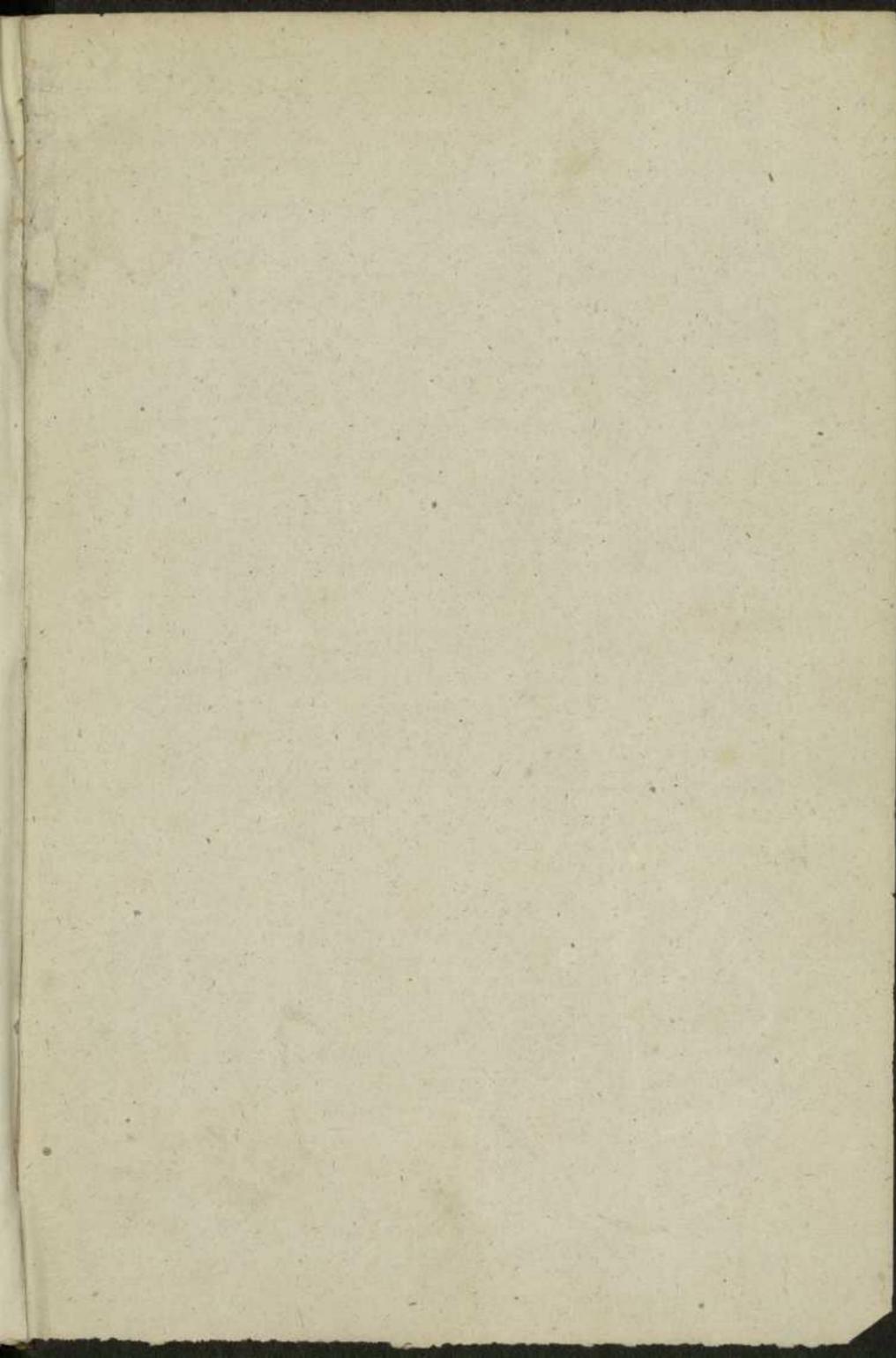
de junio, el ejército de ocupacion de cuarenta y cinco mil hombres que la Francia mantenía á sus expensas en los Estados de Fernando VII, debía prolongar su permanencia allí hasta 1.º de enero de 1825, y podía ya vaticinarse que no se verificaría en la época fijada la evacuacion del territorio español, agitado como estaba aquel desgraciado país por intestinas divisiones. Aquella guerra además impulsó al gobierno á decretar el aumento del ejército, siendo esta una ocasion ó un pretexto para desorganizar la creacion del mariscal Gouvion Saint-Cyr, pues se fijó en ocho años en vez de seis la duracion del servicio militar, y se suprimió la reserva compuesta de veteranos. Sin embargo de haberse llamado á las armas á sesenta mil reclutas en vez de cuarenta mil, era evidente que no habían de emplearse en el exterior las fuerzas militares de la Francia: ninguna revolucion en Europa reclamaba la represion de la Santa Alianza; la Grecia regenerada se agitaba sola bajo la cimitarra de los turcos, y los soberanos, compadecidos de su debilidad, ó admirados de su heroísmo, se limitaban á concederle el favor de su neutralidad; á cada instante podíase recibir la noticia de que aquella lucha desigual había terminado, y de que la Grecia cristiana había dejado de existir. Es cierto que la Congregacion reinaba entonces sin rival, y que Luis XVIII, cuyas dolencias morales y físicas se agravaban á cada momento, había abandonado á su hermano el peso de los negocios y la responsabilidad del gobierno. Cansado hacia dos años de luchar contra un partido que tan poco le agradecía sus resistencias constitucionales, había dejado que la autoridad eclesiástica penetrara en la administracion civil; no era ya el rey moderado é inteligente que durante diez años había opuesto un dique á las contra-revolucionarias empresas de los afiliados al pabellon Marsan; era un ser doliente que conservaba á penas el uso de algunos sentidos, y que no se cuidaba de averiguar el uso que de su poder se hacia. Una amiga, mejor que una favorita, recogía en la intimidad los últimos destellos de aquella agonía real: la señora de Cayla era para Luis XVIII mas que la Francia, mas que la corona. En tanto su futuro sucesor no seguía poco ni mucho sus consejos al acercarse al trono: «El título de jefe de partido en un príncipe destinado al trono, escribíale el rey en 1820, es ilusorio y funesto; vese dirigido hácia

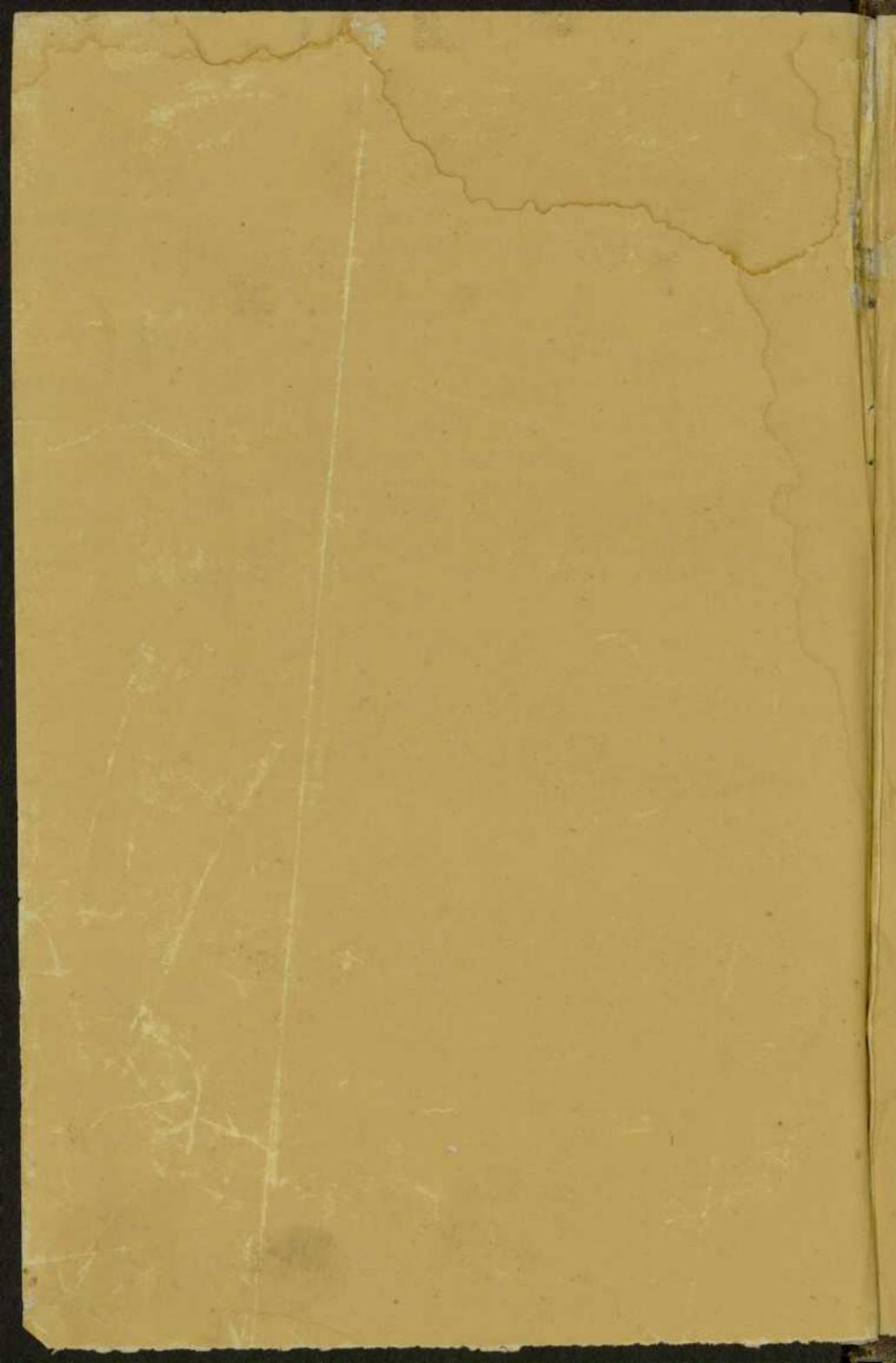
un objeto que ignora, y se le emplea á la vez como égida y como instrumento.» Estas proféticas palabras se habian realizado, y despues de haber visto aumentar y propagarse el poderoso partido de la Congregacion que le aclamara por jefe, el conde de Artois se hallaba arrastrado por una faccion á quien no podia contener ni dominar; el príncipe, de talento débil y limitado, no veía la pendiente por la que corria, y su bondad natural le impedía abrigar una desconfianza que le habria arrancado la venda de los ojos. La educacion del pueblo y la enseñanza superior quedaran confiadas desde aquel momento en manos del clero, y un decreto de 28 de enero de 1823 habia ya franqueado á siete obispos la puerta de la cámara de los pares. Hacíase ya presentir el reinado de Carlos X.

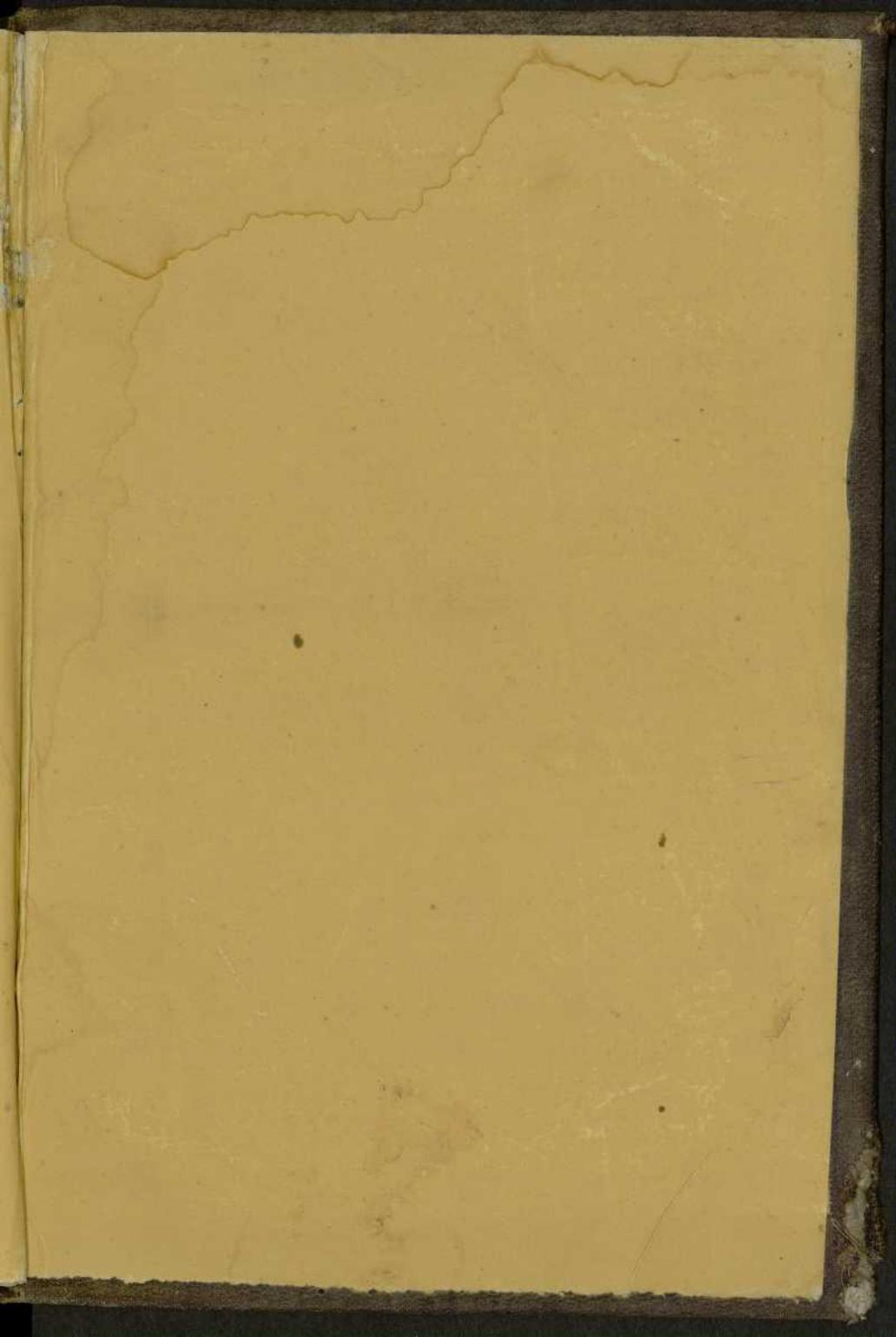
El partido ultra-realista no esperó para dar curso á sus esperanzas que Luis XVIII hubiese llevado consigo al sepulcro las solemnes promesas de la carta: el conde de La Bourdonnaie invitó á la cámara á que suplicase al moribundo rey la concesion inmediata de una íntegra indemnizacion á los emigrados, cuyos bienes habian sido confiscados y vendidos por decreto revolucionario, y aunque Villele se hallase resuelto á hacer triunfar el principio de la indemnizacion, tuvo sin embargo la habilidad de combatir como inoportuna la proposicion del conde, que obtuvo empero gran número de votos. No era sin embargo en la cámara donde gozaba la oposicion de mayor autoridad, sino en los periódicos, que habia declarado una implacable guerra al ministerio y especialmente á Villele: los órganos de ambas oposiciones, realista y liberal, hallábanse de inteligencia para predicar una especie de cruzada contra el ministro de hacienda. *El Diario de los Debates*, inspirado por el vizconde de Chateaubriand, hablaba mas alto que el *Correo Francés* que acababa de ser condenado; nada igualaba en la prensa los arranques ultramonárquicos del *Rayo* y de la *Bandera Blanca*, y en tanto el estado de Luis XVIII empeoraba sin cesar, y la agitacion de los ánimos, excitados por la prensa, podia aumentar las dificultades del momento. El ministerio no olvidaba ninguna de las medidas que podian prepararle para un nuevo reinado, y el mismo dia en que se anunció á las cámaras la disolucion de la legislatura (4 de agosto), hizose un cambio general en las altas esferas de la ad-

ministracion; rodeándose Villele de sus mas adictos y entendidos partidarios: el baron de Damas trocó la cartera de la guerra por la de negocios extranjeros; el marqués de Clermont-Tonnerre le sucedió en el departamento de la guerra, y cedió el de marina al conde Chabrol de Crouzol; el duque de Doudeauville fué nombrado ministro de palacio en lugar del general Lauriston, elevado á ministro de Estado y á montero mayor, y al mismo tiempo introdujéronse en el consejo de Estado dos arzobispos y un obispo á fin de comunicarle un carácter mas religioso. Los principales empleos en los ministerios y los mas importantes cargos de la magistratura, distribuyéronse igualmente á los *flees*, y estos nombramientos, aprobados si no aconsejados por la Congregacion, fueron firmados por Luis XVIII sin exámen ni objecion alguna. Los periódicos no pudieron disponer de mucho tiempo para estudiar la significacion política de aquellos cambios ministeriales y administrativos, pues el dia siguiente, antes de que empezase á propalarse fuera de las Tullerías el rumor del próximo fallecimiento del rey, un decreto firmado por tres ministros restableció la censura bajo pretexto de que los tribunales vacilaban en suspender y suprimir los periódicos. El conde de Artois evidenció el poder que la Congregacion habia ya usurpado bajo sus auspicios al crear en 26 de agosto un ministerio de negocios eclesiásticos y de instruccion para su favorito el obispo de Hermópolis, y Luis XVIII, sin hacer observacion alguna sobre aquella medida, pareció admirarse y dudar de lo que firmaba. Aquel dia aunque muy enfermo recibió á los grandes cuerpos del Estado y á los embajadores: «Un rey de Francia muere, dijo; pero no debe enfermar.» Desde aquella recepcion solemne, no trabajó ya mas con sus ministros ni abandonó sus habitaciones; sus piernas formaban una llaga viva, la gangrena era inevitable y la hinchazon aumentaba de hora en hora. Él mismo habia anunciado que moriria el diez y seis de setiembre, y si los partes diarios de su estado que mandaba publicar, no tenian aun nada de alarmante, el del diez de setiembre, redactado á su vista por su médico Portal, no ocultaba la inminencia del peligro. Luis XVIII recibió los últimos Sacramentos de la Iglesia, y aunque vivia aun en él toda la energía de su voluntad, hallábase inmóvil en su sillón, presa de espan-

tosos sufrimientos, que se esforzaba en disimular bajo un rostro sereno, esperando á cada momento el fin de su reinado y de su vida. «Un rey de Francia debe morir sentado ó en pié,» dijo á su primer médico que le invitaba á acostarse. Sin embargo, sus fuerzas le abandonaron antes que su valor, y fué llevado á su cama al empezar la agonía. Reanimóse aun para dar algunos prudentes consejos á su sucesor: «Como Enrique IV, dijo, he bordeado entre todos los partidos, y tengo sobre él la ventaja de morir en mi lecho y en las Tullerías. Obrad como yo, y alcanzaréis el mismo fin pacífico y tranquilo.» El día 14 fué creído muerto, pero salió de su letargo en medio de las oraciones de los agonizantes que rezaban los asistentes al rededor de su cuerpo; solicitó entonces ver al tierno duque de Burdeos para bendecirle, y al serle presentado el huérfano, tendió hácia él su moribunda mano, y murmuró con voz alterada: «¡Recomiendo á Cárlos X la corona de este niño!» Aquellas fueron sus últimas palabras, y despues de una lenta y dolorosa agonía espiró el día 16 á las cuatro de la mañana á la edad de sesenta y ocho años y diez meses. Cárlos X, puesto de rodillas, estrechaba la mano de Luís, y levantándose con el rostro anegado en llanto, contempló en silencio el semblante descompuesto del cadáver y le cerró los ojos. Abriéronse las puertas del aposento del rey, y el duque de Duras repitió por tres veces: «¡Señores, el rey ha muerto! ¡Viva el rey!» Cárlos X seguido de su familia y sosteniendo á la duquesa de Angulema, atravesó los grupos de cortesanos prosternados á su paso, salió al momento de las Tullerías, y se retiró á Saint-Cloud.









16.129